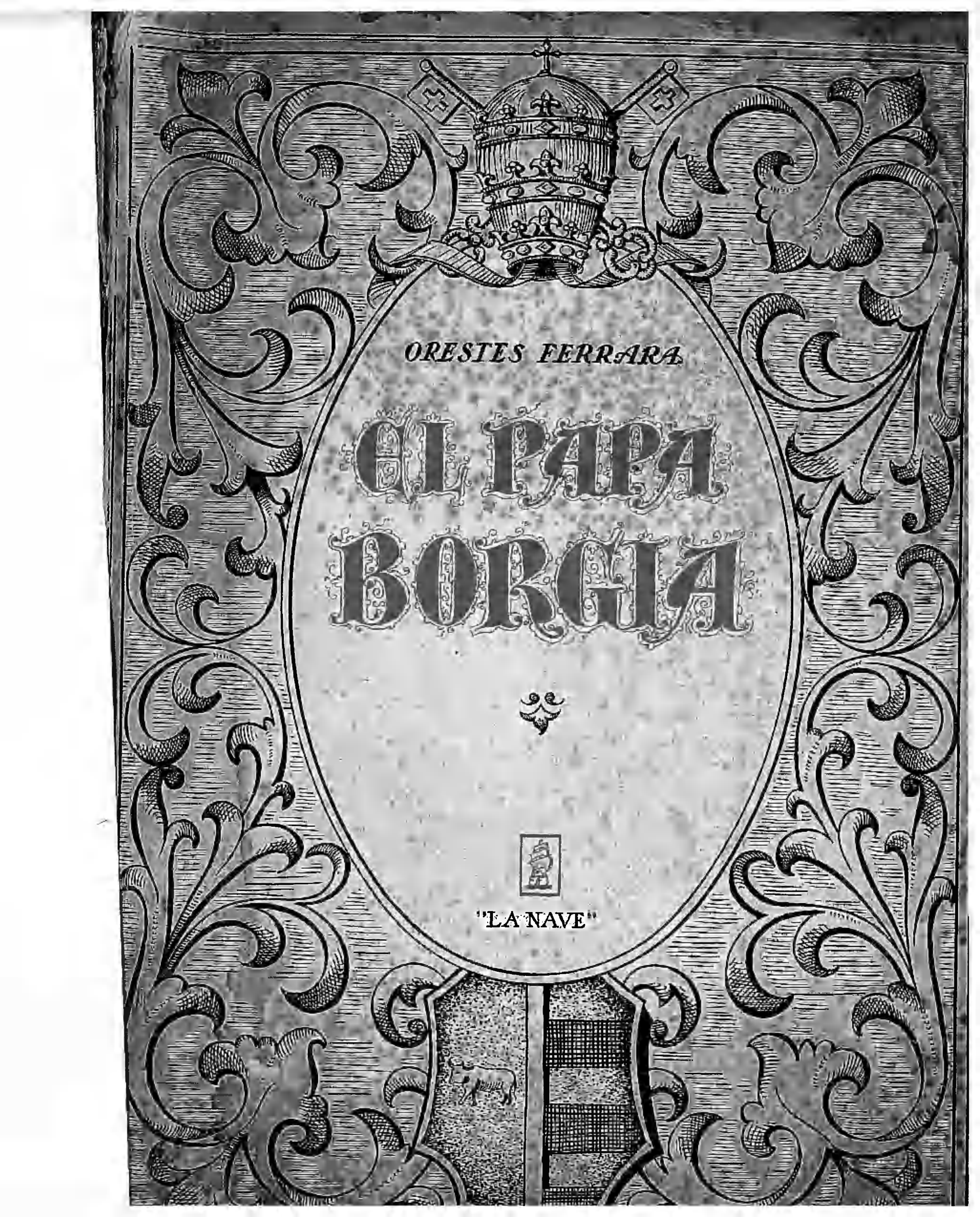


ORESTES FERRARA
EL PAPA
BORGIA
"LA NAVE"



COLECCION

«La Nave»

TERCERA EDICION

•

Dos encuadernaciones a elegir.
En rústica: Cubierta a dos colores
Encuadernada en tela, estampada
en oro.

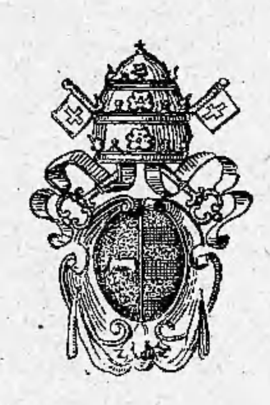


Alexander · ppa · VI

EL PAPA ALEJANDRO VI
(Tomado de un fresco de Pinturicchio en las Salas Borgia del Vaticano.)

ORESTES FERRARA

# EL PAPA BORGIA



COLECCION "LA NAVE"
VALENCIA-28 - MADRID

*DEL MISMO AUTOR:*

LA GUERRA EUROPEA: Sus causas y pretextos.
(Traducida al inglés)

PROBLEMAS DE LA PAZ.
(Traducida al inglés)

EL PANAMERICANISMO Y LA OPINIÓN EUROPEA.
(Traducida al francés con el título «L'Amérique et L'Europe»)

MAQUIAVELO.
(Traducida al francés y al italiano)

THE PRIVATE CORRESPONDENCE OF NICHOLAS MACHIAVEL.
(Publicada en inglés)

THE LAST SPANISH WAR.
(Publicada en inglés)

ALEJANDRO VI, EL PAPA BORGIA.
(Traducida al inglés y al francés)

MIS RELACIONES CON MÁXIMO GÓMEZ.

UN PLEITO SUCESORIO: Enrique IV, Isabel de Castilla y *la Beltraneja.*





GRÁFICAS ORBE, S. A. - PADILLA, 82. MADRID

## NOTA PRELIMINAR
## DE LA TERCERA EDICION

*AGOTADAS enteramente las dos ediciones primera y segunda de esta obra admirable, al editarla por tercera vez nos honramos y nos complacemos en señalar la importancia excepcional, realmente extraordinaria, de la contribución aportada por su ilustre autor a la magna labor de devolverle a España títulos de gloria que por demasiado tiempo había logrado oscurecer o desfigurar la «leyenda negra».*

*Los años de lucha, y aún más, por ventura, los subsiguientes a la segunda guerra mundial, han hecho que todos los pueblos del orbe, y singularmente los de América española, se sintiesen invitados y, en cierto modo, obligados a revisar fundamentalmente muchos de los absurdos conceptos que sobre España venían circulando.*

*Muy oportuno, plausible y merecedor de gratitud es que un hispanoamericano del rango intelectual del señor Ferrara haya ocupado hace años un señalado puesto de vanguardia en la honrosa labor de revisión y rectificación al escribir* EL PAPA BORGIA.

*Sirva esta tercera edición para poner de relieve que la difusión triunfal de este libro en toda América es una gran batalla—más gloriosa por incruenta—ganada a los difamadores de nuestra Patria.*

«LA NAVE».

# ORESTES FERRARA

*Al publicar la segunda edición castellana de* El Papa Borgia, *los editores de esta obra, de resonancia mundial, han querido honrarse incluyendo en la misma unas palabras acerca del autor, el Excmo. Sr. D. Orestes Ferrara, entre cuyos muy numerosos y encumbrados títulos, preferimos destacar uno que no logró en ninguna docta academia ni pública corporación: Orestes Ferrara, Amigo de la Verdad. Es este título el que más aptamente describe la vida rectilínea de Orestes Ferrara, eximio hombre de Estado, diplomático habilísimo, jurista de nombre internacional e historiador de mundial fama.*

*Toda la vida de Ferrara ha sido un continuo batallar con la mentira histórica, política y diplomática. Con gesto sencillo y profunda voz amable, pero con la convicción enérgica del hombre honrado, ha ido caminando simultáneamente por los cuatro caminos distintos que eligió—Jurisprudencia, Diplomacia, Política, Crítica histórica—, diciendo cada vez que ha topado con una inexactitud: «No; verán ustedes: eso no es así.»*

*Bien característico de esta actitud de Ferrara es el presente libro, y bien característico del uniforme mérito de sus obras el éxito sensacional que la obra ha tenido en España y su traducción en Estados Unidos (donde llegó a colocarse a la cabeza de los éxitos de librería cuando se publicó), en Inglaterra y en Francia.*

*En* Alejandro VI, el Papa Borgia, *Ferrara, armado de su incansable actividad de investigador, no ahorrándose viajes de varios miles de kilómetros para ver con sus ojos lo que* verdaderamente *decía una*

*bula papal o un olvidado códice, comprobando incansablemente todos los datos una y otra vez, ordenándolos luego con exactitud de teorema matemático, y pesando luego la evidencia hallada tomando declaración a los muertos con clarividencia de jurisperito, se enfrenta con todos los doctos historiadores que durante los últimos cuatrocientos cincuenta años se han ocupado en escribir acerca de la figura gigantesca de Alejandro VI, y les dice, sin alharacas, sin dar voces, tranquilamente, con el gesto mesurado que en vida le caracteriza: «No; verán ustedes: eso no fué así.»*

*Es un gesto que quienes tratan a Ferrara han aprendido a conocer. Grande, recio, de ojos alegres y profundos, dueño de una risa que dijérase la de un hombre en quien el estudio y la experiencia no hubiesen matado la siempre nueva delicia que en el niño causa la vida, cuando oye algo que no es exacto, se retrepa en el asiento, agarra los brazos del sillón, dobla la cabeza, frunce la boca, y, luego, con mirada franca, pero firme, dice: «No.» Sigue una pausa breve, y alzando luego una mano, traza un gesto que pudiera interpretarse por «Ya saben ustedes cómo pasan estas cosas...», y los hombros se encogen, comprensivos, subrayando ligeramente el gesto de la mano. Luego, Ferrara comienza a hablar, pesando cada palabra, dándole la vuelta, mirándola por detrás y por delante, no vaya a ser una distinta de la que buscaba, y va diciendo lo que tenía* necesidad *de decir, pues la inexactitud no es tolerable. Habla despacio, pero sin premiosidad, con claridad y fluidez, sobre todo con amenidad extraordinaria. Y habla y habla, con verdadero gusto, pues está cumpliendo con su deber: está matando otra mentira, puntuando sus observaciones con pausada y expresiva mímica y subrayando alguna que otra frase con una risa que le sale de lo hondo y que lanza a las cejas hacia arriba, subiendo por la amplia frente. Pero no ríe ante los errores, ante las mentiras de la Historia. Esto es para Ferrara una cosa muy seria, que le causa pena, extrañeza, incomodidad, desasosiego. Va pasando la conversación de un tema a otro, y todos los sabe Ferrara vivificar y bañar de interés, comparando unos con otros los diversos episodios a que alude, exprimiéndoles diestramente el jugo a todos. No es raro, sin embargo, que, luego de haber derrochado en una conversación particular y amistosa, coloquial y sen-*

cilla, suficiente erudición para formar tres discursos académicos, Ferrara diga, con indudable sinceridad, que no hace menos asombrosa su declaración, que lo que él siente es «tener tan mala memoria».

*Cuando habla de España, y en especial de Castilla y de sus hijos ilustres, Ferrara casi pierde su imperturbable ecuanimidad. «¡Qué tierra!», dice, alzando la cabeza, lo que hace más pronunciado su curioso parecido con Alejandro VI, muy abiertos los ojos, para ver mejor a España, y traza en el aire un gesto evocador de los amplios espacios de Castilla, o acaso de los vastos dominios de la espiritualidad española.*

*Naturalmente, de todos los asuntos que trata con indescriptible amenidad, la conversación de Ferrara es particularmente deleitosa cuando habla de Política o de Historia. Deja entonces de darse cuenta de la presencia de quienes le escuchan y se sume en sí mismo para ir entresacando del portentoso archivo de su «mala memoria» la fecha exacta, la anécdota justa, el preciso paralelo histórico, para luego, volviendo al exterior, resumir su juicio con la lacónica sapiencia del jurisconsulto, la profunda visión del filósofo de la Historia y la comprensión tolerante del hombre que ha vivido y luchado con intensidad.*

*«Someter a un proceso de revisión las ideas tradicionales resulta difícil», escribe Ferrara al hablar de su tema favorito: «Cómo conocer la verdad». Esta obra suya de rehabilitación del gran Alejandro VI, labor fantástica, labor pasmosa, no merece de Ferrara calificación más apasionada. Es, simplemente, «difícil». Pero de tal manera ha logrado el autor su «difícil» cometido, que será preciso que aparezca un historiador de la imparcialidad, de la estudiosa meticulosidad, del claro juicio y la profunda preparación de Ferrara para que pueda pensarse en la remota posibilidad de que sean refutadas las conclusiones que el erudito cubano saca de su documentado análisis, tan claro y ordenado como la geométrica belleza de un brillante blanco. Mientras tanto, será preciso aceptar como verdades históricas las conclusiones de Orestes Ferrara y desechar casi todo lo que hasta la fecha se ha escrito sobre los Borgia. Lo más probable, lo que parece casi seguro, según opinión de los entendidos, es que, a no ser que aparezcan nuevos documentos que hayan escapado milagrosamente a la sagaz investigación de cuantos*

*historiadores se han dedicado al estudio del Renacimiento, las conclusiones de esta obra quedan aceptadas como definitivas; y cuando los historiadores venideros hablen de la bibliografía de los Borgia, todo parece indicar que la dividirán en dos partes: antes de Ferrara y después de Ferrara.*

*Orestes Ferrara, ministro de Negocios Extranjeros de Cuba durante los difíciles años de 1932 y 1933, es de los hombres de Estado más conocidos en América y uno de los juristas de mayor prestigio internacional en todo el mundo. Los títulos y distinciones académicos que ha reunido son tantos, que probablemente ni él mismo pudiera dar una relación completa de ellos, si a ello accediera, pues el único tema sobre el cual es imposible hacer hablar a Orestes Ferrara es «Orestes Ferrara». Doctor en Derecho público y privado de la Universidad de la Habana; catedrático de Derecho constitucional y Derecho público comparado de la misma Universidad durante veintinueve años; doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Nápoles; doctor «honoris causa» de varias otras destacadas Universidades; de la Real Academia de la Historia; de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; de la Academia Mejicana de la Historia; de la Académie Diplomatique, de París...*

*No es posible tampoco citar todos los puestos ocupados por Ferrara y las importantes misiones que ha desempeñado en muy diversas partes del mundo, pues el único que podría darnos esa información es Ferrara, y Ferrara no accede a hacerlo. El primer puesto de que tenemos noticias fué el de Secretario del Gobierno de la provincia de Santa Clara, en Cuba (1898). Fué luego, sucesivamente, miembro de la Misión Cubana en la Exposición Universal de París (1900); gobernador de la provincia de Santa Clara (1901); diputado del Parlamento cubano desde 1908 hasta 1922, y presidente del mismo durante seis de esos años; miembro destacado de la Delegación cubana en la histórica Conferencia de la Paz, en La Haya (1907). Juriconsulto de fama creciente, durante estos años hubo de trasladarse al extranjero —a Francia, entre otros sitios—para emitir dictámenes sobre espinosos asuntos legales. Embajador extraordinario en Wáshington en momentos*

*dificilísimos* (1912); *embajador extraordinario en el Brasil* (1926); *embajador en Wáshington (1926-1932); encargado de una misión especial en el Japón (1929); ministro de Negocios Extranjeros (1932-3); miembro de la Comisión cubana en la Conferencia Internacional Económica y Financiera de Londres (1933); miembro de la Convención Constituyente que dictó la actual Constitución cubana; representante de Cuba en la Asamblea y en el Consejo de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra; abogado jurisconsulto de varias de las más importantes Compañías norteamericanas... Desde 1940, Orestes Ferrara es Delegado Especial de Cuba en Europa, y su presencia en España, donde pasa largas temporadas, la está aprovechando para dar los últimos toques a un importantísimo estudio, ya casi terminado, sobre Isabel la Católica.*

*Además de sus obras de importancia, relacionadas en otro lugar de este libro, Ferrara ha derramado pródigamente su talento en mil artículos, como lo hace a diario en sus conversaciones, escritos principalmente en el periódico de su propiedad y dirección,* El Heraldo Cubano, *el más importante diario político de Cuba; en la* Revue Politique et Parlamentaire, *la* Revue Bleue, The North American Review, Current History, To-day, Pan-American Bulletin, *etc.*

*Diplomático, estadista, jurisconsulto, historiador: en las cuatro carreras ha descollado Orestes Ferrara internacionalmente. No es fácil lograr tal cosa. No, no es fácil, en verdad, para un jurisperito cubano que le llamen de Francia para dictaminar sobre un asunto legal en el que se ventilaban intereses enormes; no es fácil para un diplomático arreglar satisfactoriamente en setenta y dos horas una situación de ominosa tensión internacional con un solo discurso, breve, viril y sincero, pronunciado ante los atestados escaños del Parlamento yanqui (hecho entonces sin precedente), y una conversación de doce minutos con el secretario de Negocios Extranjeros en Wáshington. No es fácil levantarse en el Palacio de la Sociedad de las Naciones, como lo hizo Ferrara en una muy sonada intervención, cuando rebosaba el edificio de optimismo y bullicio y planes para lo por venir, y profetizar el fracaso de la Sociedad si ésta se empeñaba en adelantarse a los tiempos y erigirse en superestado en lugar de tender a ser un organismo de colaboración universal. Y con igual claridad de visión se alzó de su asiento*

*durante la Conferencia Económica de Londres para decir: «Los fines internacionales de esta asamblea no pueden alcanzarse en el actual período histórico. Pese a la buenta voluntad de cuantos aquí estamos reunidos, fallarán todos los esfuerzos y malgastaremos nuestro tiempo, pues ocurre que hoy los Estados persiguen dos políticas divergentes y contrarias: una, en las conferencias como ésta, en donde la buena voluntad es innegable, y otra, en las cancillerías de cada nación.» Y aquellos buenos señores continuaron discutiendo entre ellos varias semanas, con excelente voluntad, para luego fracasar rotundamente por los motivos indicados por Ferrara.*

*Así ha sido siempre la vida de Ferrara. En su conversación particular, desde los escaños de una asamblea pública, sentado en el sillón de una Academia o en su despacho de diplomático, cuando ha visto u oído algo equivocado, algo inexacto, ha agarrado los brazos de su asiento, se ha retrepado, ha hundido la cabeza en el pecho y, sin cuidar de las consecuencias de su actitud honrada, ha dicho: «No; eso no es así.» Y con increíble regularidad, Orestes Ferrara, Amigo de la Verdad, ha demostrado luego tener razón.*

«La Nave».

## *PROLOGO*

*EL poner ante los ojos del lector español, en esta hora patética de Europa, la figura de Alejandro VI; el mostrar al ensangrentado resplandor crepuscular de este atardecer histórico del Continente la imponente silueta del Papa Borgia, personaje apasionante cuya memoria, falseada por enemigos certeros y por historiadores desaprensivos, sirvió para decorar los orígenes de nuestra leyenda negra, no es solamente romper una lanza por la verdad, sino hacerlo en el momento en que más útil puede ser esta verdad a los intereses del Espíritu y a los de nuestra Patria, tan identificados con aquéllos.*

*Como católicos y como españoles, la rehabilitación de este Pontífice, que de modo tan rotundo lleva a cabo la fría e inconmovible objetividad procesal del historiador Ferrara, no puede parecernos sino imprescindible y oportunísima en momentos en que Europa se enfría y agoniza, sufriendo las postreras consecuencias de más de siglo y medio de envenenamientos doctrinales, y en que España—que acaba justamente de desangrarse por la restauración de valores eternos—espera escuchar a un tiempo la hora que señale el fin de la lucha y la de su bien ganada redención. Y como esta hora ha de ser, en juicio nuestro, y contra una opinión muy extendida, la del robustecimiento del Papado y su autoridad rectora sobre un mundo en que han de retoñar los particularismos políticos, que de momento parecen a punto de disolverse o de agruparse en grandes zonas de semejantes o idénticas modalidades ideológicas, pero que, con mayores o menores rodeos y artificios, provienen todas del terreno mental del 89, en ella no puede sernos indiferente el resurgimien-*

*to, y precisamente de la mano de figura tan relevante como el Pontífice valenciano, de aquella parcela gloriosa de nuestro pasado que, a caballo sobre dos siglos, abarca reconquista y unidad, descubrimientos y política peninsular y europea...*

*Alejandro VI, con su irreprochable ortodoxia y su gran talento político, con su equilibrado españolismo y su intuición italianísima ocupa un puesto—al considerar por entero su carrera eclesiástica—casi cronológicamente central en la cadena de Papas que va de Nicolás V a Julio II; es decir, y para hablar en nuestro lenguaje nacional, desde las convulsiones que anuncian el alba de Isabel y de Fernando, hasta el declinar de la estrella francesa en Novara, que también anuncia el advenimiento triunfal de Carlos de Habsburgo.*

*Por ello, elaborando su extraordinario porvenir o presidiendo ya la Catolicidad en tal convulso y fecundo período de tiempo, la silueta de Rodrigo Borgia, de la que nos legó el Pinturicchio tan rico y apasionante testimonio y en que se acusa al hombre robusto moral y físicamente capaz de torcer el curso de la Historia, si este concepto pudiera tener alguna interpretación esotérica, debe convertírsenos en una silueta familiar a los españoles de hoy, limpia y destacada sobre el fondo de unos acontecimientos que, al discurrir tumultuosamente por el cauce nacional, preparando el paso de otros y otros, hasta nuestros días, hasta «nuestras vidas», que irán también a «la mar del morir», como cantó el poeta...*

*Hace ya cerca de dos años acompañábamos por las calles de la Ciudad Eterna los despojos mortales de aquel gran Monarca que se llamó Alfonso XIII, para depositarlos entre los muros de la españolísima iglesia de Santa María de Monserrat y, precisamente, en la capilla de San Diego de Alcalá, en que ya reposaban desde finales del siglo XIX Calixto III y Alejandro VI, los dos Papas Borgia, si bien sus restos llevaban, por aquel entonces olvidados, dos siglos y medio en los subterráneos de esta iglesia que la piedad de Señores catalanes y aragoneses acertó a elevar en 1495... ¡En 1495!... ¡El año de la invasión de Carlos VIII, de su coronamiento en Nápoles, de la rotura del tratado de Barcelona—«ces chiffons de papier»—, de la «Liga de Venecia», de Fornovo, en fin!... El Papa tenía ya sesenta y tres años y hacía tres*

*que ocupaba la Silla de San Pedro. Por primera vez fué entonces cuando se habló del veneno de los Borgia, de la «cantarella» que tanto juego ha dado hasta nuestros días. Realmente, un poco tarde para doctorarse en el crimen.*

*Fué en este año 1495, ilustrado por el talento político del Rey Católico y por la espada de Gonzalo de Córdoba, decíamos, cuando se edificó la iglesia de «Vía Monserrato» que iba, andando el tiempo, a ostentar en sendos monumentos funerarios los tres nombres de dos Papas y un Rey que hoy mueven a piedad y meditación a los visitantes españoles. Tan reciente—olorosa y sangrante todavía—la historia del último Príncipe que reinó en nuestra Patria, con su visión militar que nos dio la soberanía de un rincón de Marruecos, con su intuición política que echó los cimientos del gran bloque espiritual de la hispanidad, nos mostró el Atlántico sur como «mare nostrum»—de portugueses y españoles—, y nos dió y predicó la neutralidad en las guerras de Europa, con su cruz de calumnias que barrió el viento y de amarguras que la muerte disolvió, no dejaba de ser inquietante para la conciencia pura y falsamente informada del peregrino nacional ese nombre de Borgia campeando en la media luz de la capilla sobre el nombre sin mácula de Alfonso XIII... La obra de Orestes Ferrara viene, tras de otros intentos literarios de restablecer en este punto la justicia de la Historia, sin timidez alguna y armada de todas armas, a disipar esos temores, a sosegar esas inquietudes, a hacer brillar el sol de la autenticidad sobre el nombre ilustre tan mal traído por la leyenda.*

*Hay en la vida profusa de Alejandro VI tres aspectos que, si se superponen o entremezclan para integrar la gran figura histórica, pueden y deben ser objeto de atención separada: el humano, el religioso y el político. Ser hombre, y hombre perteneciente a elevada clase social, significaba, en aquel entonces, entregarse sin reservas a una vida que, casi sin atenuación alguna, era desenfreno de placeres, de lujo, de ambición de riquezas y de autoridad, de exacerbación estética e intelectual, pero, al mismo tiempo, de exaltación de los lazos familiares. Ser político no era, por regla general, otra cosa que permanecer atento a todas las posibilidades cotidianas, beber con ansia en la realidad de cada hora, aguzar los sentidos y pensar en el propio encumbramiento, sin olvidar*

ni un instante el de los suyos... Ser religioso, ¡ah!, ser religioso era otra cosa muy distinta en esencia, aunque el investido del sagrado ministerio tuviese, por fuerza, que moverse política y personalmente en el interior de una sociedad de cuyas características y procedimientos no podía desligarse en absoluto. El Papa, Soberano espiritual, era al mismo tiempo —no hay que olvidarlo—un Príncipe temporal; era un hombre que, arrancado de una vida en que las disciplinas eclesiásticas no habían logrado, en la mayoría de los casos, desarraigar las exigencias de un medio social privilegiado, se veía encumbrado a un puesto en que, ineludiblemente, había de defenderse contra todo género de asechanzas, en que había de triunfar contra la intriga y la traición, casi permanentes. Señores feudales sometidos al juego del feudalismo, los Pontífices, situados en el corazón de una Italia dividida en pequeños países y sojuzgada por familias poderosas, tuvieron, una vez pasado el gran Cisma y cerrada la tarea de los Concilios, que dedicarse a la construcción de un fuerte poder temporal, sin el cual hubieran de estar siempre sometidos y humillados por vecinos más poderosos, armonizando la obra ecuménica, católica, con la de simples Príncipes italianos y teniendo de modo más o menos claro, acentuado y persistente, la visión de una Italia unificada al servicio de los altos intereses de la Iglesia: actuando, en una palabra, tanto o más que con las llaves de San Pedro, con la espada de San Pablo...

Típico producto de la época, los Borgias, cuya ascensión en el cielo vaticano comienza con Calixto III, tío de Rodrigo, se abren paso merced al tacto de codos familiar, lo que no excluye, naturalmente, sus méritos iniciales, sostenidos y crecientes. Pero el «nepotismo», que fué la primera acusación que cayó sobre la familia española, se puede admitir por razones del tipo de las que se acaban de exponer, como lo hacen muy calificados historiadores, y entre ellos Carlo Castiglioni, en su reciente «Storia dei Papi», con estas palabras: «El «nepotismo» de los Pontífices se justifica, en parte, por la necesidad que sentían de rodearse de personas adictas e interesadas en sostenerlos en el gobierno del Estado contra los turbulentos señores usurpadores de los cargos y de las tierras estatales.» El encumbramiento de las familias no era, pues, deber que respondiese a aquella simplicidad de sentimientos humanitarios, ma-

*nifestada por Lorenzo «el Magnífico», sino estrategia fundamental del gobernante de todas las épocas, a la que no fueron nunca, por completo, ajenos los jefes absolutos o populares de la antigüedad clásica, ni los déspotas del Renacimiento, ni Reyes de derecho divino, ni otros ilustres Papas, ni, más recientemente, aunque con menos elegancia y justificación, las democracias y los regímenes totalitarios.*

*Pero Calixto, cuyo pensamiento central es la cruzada contra el turco, la reconquista de Constantinopla y de los Santos Lugares, tropieza contra la inercia de los Príncipes cristianos, quienes, no teniendo como él la doble investidura, se preocupan principalmente de sus problemas personales. Su «nepotismo» no le impide consumirse en la llama divina de su misión sobrenatural, mientras su gran amigo Alfonso V de Aragón, que reina en Nápoles, guerrea contra Génova y pretende obtener del Pontífice que reconozca como sucesor a su bastardo Ferrante, lo que no logra, pese al vínculo afectivo, pues a su muerte, en 1458—que es también el año de la muerte de Su Santidad—, Calixto III publica una Bula declarando vacante el trono y decretando—como jefe feudal del país—que los napolitanos no podrán prestar juramento a otro Príncipe que el que él mismo apruebe para el caso. No es todavía el «Dictatus Papae» de Gregorio VII; Felipe III, reacio a la Cruzada, no irá a Canosa como su antecesor, Enrique IV, pero es ya el camino de retorno a un programa de reorganización europea, en el que consumirá su vida pontifical Alejandro VI, quien ya fallará altos pleitos internacionales, como el del reparto de las tierras por descubrir en el Mar Océano, o tendrá concepciones políticas de la máxima envergadura, como la de la defensa de Italia contra el ultramontano, o la de su unificación, para mayor esplendor de la Iglesia de Cristo.*

*Al ser elevado al solio pontificio Eneas Silvio Piccolomini, acababa de cumplir el Cardenal Rodrigo Borgia veinticinco años y de ser nombrado Vice-Canciller de la Iglesia, altísimo puesto que conservó a través de los pontificados de Pío II, Paulo II, Sixto IV e Inocencio VIII, y su brillante ascensión eclesiástica había sido antes jalonada por la concesión de beneficios por Nicolás V y de otras distinciones por Eugenio IV. Su puesto, el perfeccionamiento de sus talentos múltiples y su indiscutida y creciente capacidad de emoción religiosa, le destinaban de un*

*modo cierto para ocupar el inmediato y supremo escalón de la jerarquía, y, como dice muy intencionadamente Ferrara, no pudiendo Calixto III elegir su sucesor como un «buen Príncipe temporal», se creó un «heredero en potencia», introduciendo así, comentamos nosotros, el máximo posible factor humano en la divina decisión.*

*Defendida con todo género de pruebas documentales la silueta del hombre y exaltada su piedad, casi insuperable, en las deliciosas páginas que el lector va a recorrer ávidamente con sus ojos fatigados de tanta historia frívola o partidaria, no queremos—aunque el señor Ferrara trate también con claridad magistral estos aspectos—dejar pasar sin atención por nuestra parte la ingente obra política del Cardenal de Oporto, iniciada a los cuarenta años de edad, con la misión que le confió Sixto IV—un Della Rovère—cerca de las Cortes de Castilla, Aragón y Portugal. Corría el año de 1472 cuando el Vice-Canciller de la Iglesia, provisto de tantos poderes y revestido de tanta autoridad como jamás Legado «a latere» alguno pudo ostentar, zarpó de Ostia con rumbo a su tierra natal de Valencia. ¿Cómo dudar que su viaje era mucho más político que religioso y que en decidir esta primacía sobre los intereses de la Cruzada en proyecto intervino directamente Rodrigo?*

*España luchaba con el árabe, pero también se conmovía intensamente en la anarquía precursora del gran acto unitario. Doce años antes había dejado de existir el gran paladín de Cristo que se llamó Enrique «el Navegante», dejando en el aire la flecha que iría a clavarse en el Indico, junto al corazón del Islam. Luis XI intervenía en la política peninsular, y ya pugnaban por golpearse las espadas que habían en Toro de dar al traste con la inseguridad dinástica nacida de la querella familiar y de la falsa postura canónica de los futuros Reyes Católicos. Era preciso crear una España fuerte junto a un Portugal—hijo predilecto de la Iglesia desde su nacimiento* (1)*—fraterno y poderoso, bajo un mismo cielo limpio de nubes... Encontramos, pues, al Cardenal español en los albores de la unidad y de la grandeza de su Patria, como le hemos de encontrar, veintiún años más tarde, en el comienzo de su pontificado,*

---

**(1) En Roma, es el propio San Bernardo, fundador de la Orden del Císter, quien defiende los derechos reales del nieto de Alfonso VI de Castilla y León sobre el *Condado Portucalense*.**

*promulgando las tres Bulas que precedieron a la «Inter Cœtera Divina», y que con una quinta más llevaron a Portugal y a España a la firma del tratado de Tordesillas, aprobado por el Pontífice, y que resolvió entre ambas naciones misioneras del mundo el problema que les creaba su propia dinámica rasgadura de velos oceánicos y sedienta de Absoluto.*

*No era ello, en realidad, sino continuar la tradición de la Iglesia en esta materia e insistir en una postura tomada ya ante la epopeya marítima que se dirigía desde Sagres por otros Pontífices como Nicolás V, quien concedió a Portugal el señorío de las tierras descubiertas por el Infante, y como Calixto III, que promulgó la Bula en que «prohibía» intentar descubrimientos en las direcciones reservadas al hijo de Joao I y concedía a la Orden del Cristo el patriarcado de las tierras descubiertas y por descubrir. Pero Alejandro VI estructura ya toda una política peninsular, que es la política de la Iglesia, servida por el «paralelismo» de las casas de Trastamara y Avís, que había de alcanzar el cenit de la esperanza y del dolor, cuando nace y muere, en los umbrales del siglo XVI, el Príncipe de Asturias, Don Miguel, hijo del «Afortunado» y de la Infanta Isabel, primogénita de los Reyes Católicos y ya viuda del hijo del «Príncipe Perfecto»...*

*Estamos en los sesenta años del Pontífice. La política matrimonial de Isabel y de Fernando, en trance de llegar a sus máximas ambición e impotencia ante los designios de Dios. El Conde del Maine, a quien legó sus derechos sobre Nápoles Renato de Anjou, ha muerto en 1481; también ha desaparecido de la tierra Luis XI, y en el Trono de Francia ha sentado un joven a quien la Providencia enfrentó con el César Maximiliano, gran estratega de amor, pero que no desdeñaba el pensar, a un tiempo que en las futuras caricias de sus elegidas, en las tierras que podía ofrecer al hambre insaciable de las Alemanias... Están en el juego del corazón de Carlos VIII la Archiduquesa Margarita con su Franco-Condado y con su Artois, y Ana de Bretaña con su brumosa tierra atlántica apretada al costado de Francia. Pero en el duelo amoroso que se inicia a favor del viudo de María de Borgoña, Carlos VIII puede, al fin, vencer y casar con la heredera bretona, rompiendo el tratado de Arras, que lo destinaba a Margarita, sin que a ello se pudieran oponer los ingleses, medio ahogados en la sangre de sus guerras civiles, ni el*

*propio Habsburgo, en lucha difícil con los bullentes particularismos del Imperio.*

*Se vió así el joven Monarca francés, reconciliado ya con el Duque de Orleáns, al frente de un Estado próspero, sin súbditos rebeldes y con el mejor Ejército de Europa. De un país sobre el que flotaba, tras el largo bostezo de Luis XI, un deseo contagioso de gloria y aventuras, y, heredero de los Reyes que habían puesto mano en la secular tarea histórica de construir una gran nación, «presintió», al mismo tiempo que el «peligro español»—evidenciado poco tiempo después por los matrimonios del Príncipe Don Juan con la Archiduquesa, prenda del tratado de Arras, y de la Infanta Doña Juana con el futuro heredero del Imperio—, el peligro de una Alemania ya su enemiga, que por la Casa de Austria recomenzaba a levantarse en Europa y lograría, con los matrimonios españoles, apretar un dogal al cuello de Francia, que la había de sofocar durante siglos. Intuiciones solamente asequibles a la hipersensibilidad nacional de los Reyes hereditarios, jefes de familia a quienes el más sagrado de los egoísmos, unido a la práctica, cultivada por generaciones, de los negocios de Estado, hacen prever estos peligros, saliendo a su paso y creando las condiciones necesarias para la empresa que ha de conjurarlos o, al menos, de combatirlos.*

*Italia era el único terreno posible de la lucha que se avecinaba: futura cuña o puente, según el resultado de la contienda, entre ambas ramas de los Habsburgo, a la sazón entregada a la floreciente anarquía de sus Repúblicas y ofreciendo la realidad de un Milanesado a que podía aspirar Blanca Sforza, la segunda mujer de Maximiliano, y de un Nápoles en que estaba instalada—con detrimento de la Corona de Francia—una rama de la Casa de Aragón y, por tanto, posible sueño de Fernando, quien ya tenía firme pie en Sicilia, poseía toda la costa Sur de España y podía desear un buen día convertir el Mediterráneo occidental en un lago nacional..., Carlos VIII, acuciado por un interés específicamente francés, solicitado por el verbo calenturiento de Savonarola, con aliados en todas las Repúblicas y ciudades de la descompuesta Italia de finales del «cuatrocientos», prepara la invasión, y es tan sólo el español Alejandro VI quien, viendo roto el equilibrio peninsular y amenazado de quedar personalmente a merced de las intrigas de Ludovico «el Moro» y del*

*Rey Ferrante, se opone—desde el punto de vista de los intereses de la Iglesia y de la propia Italia—a la aventura guerrera del nieto de San Luis.*

*No tratamos de dar un antegusto de las páginas certeras de Orestes Ferrara, pero sí de señalar aquellos de sus pasajes que abren sobre el panorama histórico grandes perspectivas caras al lector español. Las últimas trincheras en que se bate—pobre Príncipe temporal, débil de armas, pero invencible Soberano del Espíritu—Alejandro VI, que son las de la Cruzada, para tratar de canalizar y de desviar la fogosidad francesa, y de la solución jurídica de la investidura napolitana, planteada la sucesión por la muerte del bastardo del «Magnánimo», y que al fin falló decidiendo la coronación de Alfonso II, no son suficientes para detener el ímpetu francés, que, a pesar de todo, no había de triunfar. Frente a él se alzan dos grandes poderes que se alían y compenetran: el del Papa y el del Rey de Castilla y Aragón, y ambos ganan la batalla a Carlos VIII, al «Moro», al Duque de Ferrara, a los genoveses que odiaban a Venecia y a los Orsini, Colonna y otros grandes Señores, que aborrecían al Pontífice porque salía al paso de sus privilegios feudales. Carlos no podía haber contado con la defección de Ludovico Sforza, ni con la formación de la «Santa Liga». Pero su esfuerzo no se perdió por entero, sino que sirvió para fortalecer la Monarquía francesa y contribuyó a que Luis XII sucediese a su muerte, sin convulsión interior alguna, y para que su política no fuese abandonada por el sucesor, quien se apresuró—en frase feliz de Bainville—«a desposarse con la Bretaña, casándose con la viuda de su primo», y también a reanudar su propia concepción italiana. Para ello encuentra Luis el pretexto de los derechos al ducado de Milán que le viene de su abuela, Valentina Visconti. La razón es siempre la misma y cada vez más apoyada en la realidad en que iban cristalizando los instintivos temores de Carlos VIII: actuar de cuña, separar por el Milanesado a la Casa de Austria de los Monarcas españoles, sus parientes y aliados, ya que desde 1497, año de la muerte de Don Juan, el Archiduque Felipe había tomado, aunque indebidamente, el título de Príncipe de Asturias, que, en realidad, correspondía a los Reyes de Portugal.*

*Alejandro VI se opone también—esgrimiendo las mismas sugestio-*

*nes e idénticos argumentos: cruzada contra el turco y examen jurídico de la sucesión napolitana—a las ambiciones de Luis XII, y de todo este juego surgen alianzas y defecciones, ligas y campañas militares, en que se decoran la tenacidad doctrinal del Papa, el realismo político de Fernando «el Católico» y el genio militar del «Gran Capitán». El espectáculo de Francia y España en guerra, por dificultades de aplicación del tratado de Granada, en que ambos Soberanos se repartían Nápoles, llevó a Alejandro a la decisión de organizar un Estado temporal militarmente fuerte, que mantendría a cubierto de los «ultramontanos», y de imponer coactivamente, valiéndose de una alianza con Venecia, y ya que no podía venir dictada por el convencimiento armónico de los italianos, una unión de los pueblos peninsulares. Pero la «Señoría», con ceguera impropia de su legendaria certeza diplomática, se le negó sistemáticamente. Tenía ya el Santo Padre setenta años cumplidos y todavía sus ojos despedían lumbre, su piel era tersa, y su risa y sus sollozos podían conmover una cúpula de Brunelleschi. Con estas energías acosaba al Embajador veneciano: «Pensemos en esta pobre Italia desgarrada»; o bien: «Francia y España luchan por expulsarse mutuamente de Nápoles. No nos conviene que los españoles venzan; pero mucho menos aún que sean los franceses los ganadores...»*

*¡Eran ya los umbrales de la muerte! Atrás quedaban los días apoteósicos del Jubileo, los lauros y las músicas triunfales, el calor de la supuesta familia engrandecida sin tregua, y, también, los odios de los Barones de la Iglesia, derrotados y uncidos a la carroza de un poder temporal, que sólo había encontrado en su ruta el duro escollo de la «Señoría» adriática. Pero comenzaba—y ¡sólo entonces!—a urdirse la gigantesca calumnia contra la figura gigantesca: la simonía, el veneno, los asesinatos de Cardenales, la vida orgiástica, incestuosa... Los historiadores protestantes buscaron en Alejandro VI una justificación de la Reforma; otros, un cebo de folletín para el lector, cuando no se entregaron al demonio de la facilidad, faltos de una documentación que hoy ya está al alcance de cualquiera. Pero hasta aquellos que reconocen la piedad de un apostolado inteligente y esforzado, escriben, como Walsh, que «si no hubiese sido por su carácter sacerdotal, que había deshonrado, hubiese podido pasar por un hombre no demasiado corrompido*

*en la Italia del Renacimiento», o aluden, como Funck-Brentano, a los crímenes que «sin duda alguna cometió», desfiguran por completo su pensamiento político y le achacan las peores debilidades en materia de dinero, sin perjuicio de reconocer más lejos, con evidente y lamentable contradicción, que «no fué malo ni cruel, pero que estaba dominado por su terrible hijo», y de citar al propio Orestes Ferrara en su «Maquiavelo», para señalar que la «decadencia política de la Corte romana comienza con su muerte».*

*El salpicar de lodo la figura del Cardenal Borgia es manchar también, y de modo absurdo, a los Papas que lo elevaron y mantuvieron en su altísima estimación; el proclamar como William Thomas Walsh, que «sobre la ascética figura de un Sixto IV cayó la sombra vergonzosa de su Vice-Canciller, el Cardenal español Rodrigo Borgia», en la propia obra en que glorifica a Isabel «la Católica», y a renglón seguido de haber escrito que «este Pontífice—Sixto IV—amó a sus parientes más que lo que ningún Papa acostumbrara», es tener de la labor del historiador un concepto demasiado fácil y candoroso.*

*Felizmente, con la obra de Ferrara, la revisión definitiva del proceso de los Borgia ha llegado, y envuelta, por añadidura, en el ropaje de un limpio estilo atrayente y de una sagacidad y justeza de visión, que lo mismo penetra el secreto de los «Conclaves» violado por la calumnia, que el misterio gozoso de toda una sociedad, seguramente frívola y licenciosa, pero en la que Vannozza se desdobla en varios personajes confusos, uno de los cuales, madre de los famosos Borgia, «estaría indiscutiblemente ligado con Alejandro VI si se pudiera demostrar la paternidad de éste con respecto al Duque de Gandía, César, Lucrecia y Joffre, y en la que Julia Farnesio triunfa con el triple esplendor de su nombre, de su belleza y de su honestidad...»*

*El Papa muere en 1503. Pero su sucesor abandonará la política italiana, y Venecia—e Italia entera—sufrirán la suerte de los vencidos. Y mientras ascendía la estrella victoriosa de Fernando, se cerraba el arco triunfal erigido por Enrique «el Navegante», con la clave que colocó Vasco de Gama al clausurar el Océano Indico al comercio del Islam. Con razón escribe Pastor que los «ibéricos», desde tiempos re-*

*motos, fueron «el pueblo elegido y escogido para campeón de la Cristiandad».*

*En cuanto a Francia, acosada por toda Europa, que se coaligó contra ella, no pudo, a pesar de la gloria de Ravena, evitar la pérdida de la «cuña» de Italia en Novara, y cuando el Rey de España, Carlos I, se convierte en el César germánico y el magnífico Francisco de Valois reemprende, con el paso de los Alpes, la invasión francesa del Milanesado, se adivina lejana en el horizonte aquella campiña de Pavía, en que sus armas habían de sufrir tan rudo revés, que Italia, perdida para el francés, había de convertirse en un corredor o puente de comunicación entre las dos ramas de la Casa de Austria.*

*¡Casi dos siglos de esfuerzos—de Enrique IV y Sully a Luis XIV y Richelieu—había de necesitar la denodada Francia para desasirse de las manos tenaces que la sofocaban, y aún nuestra grandeza se prolongó hasta el día triste del Cabo de San Vicente, en que, ocho años antes de Trafalgar, empezó, por un azar adverso de los elementos, a tragarse el mar la escuadra más bella y poderosa del Continente!*

*Un pasado de grandeza y altivez debe ser prenda cierta de sumisión cristiana en la desgracia, y el perfume de las patrióticas glorias perdidas, buen clima para el cultivo de la ilusión nacional. Hoy, el viajero, el peregrino más bien, que recorra las calles históricas de Roma para adentrarse por la «Vía Monserrato», transponer el umbral de la «Iglesia de los Españoles» y arrodillarse en la penumbra recogida de la capilla de San Diego de Alcalá, podrá sumar a la emoción piadosa del lugar, aquella patética sacudida que siempre produce el encontrarse frente a frente con auténticos y generosos testimonios de la Patria: Papas y Reyes, palpitantes los unos por las evocaciones literarias; los otros, porque aún parecen rodar los ecos de sus voces y perdurar el fino perfil físico y moral de sus recias y cordiales personalidades. Vivos, los unos, en la mente, ávida siempre de plásticas resurrecciones; los otros, en el corazón, para el que no mueren ni los seres amados, ni los Príncipes que pasaron por la vida sembrando ilusiones y dejando una estela imborrable de esperanza.*

EL MARQUÉS DE QUINTANAR

## CAPITULO PRIMERO

# LA FAMA

*Interés general en los Borgia.*

Los Borgia, no obstante los crímenes que se les atribuyen, son hijos predilectos de la Historia. La tragedia en la cual se les presenta como principales actores ha aumentado el interés público por sus proporciones horrendas, cual, en opuesto sentido de imponderable bien, acontece con la inextinguible piedad y el supremo amor de San Francisco de Asís. El Papa Alejandro, y sus hijos César y Lucrecia especialmente, han recibido el homenaje de muchos cerebros que en larga fatiga estudiaron sus gestos y siguieron sus actos, investigando los móviles y los pormenores todos de su vida. Dentro de esta dedicación continua, los errores, las exageraciones, las tergiversaciones de los hechos son constantes; pero no por ello el esfuerzo mental ha sido menos grande. Pocos personajes a lo largo de los anales de la vida han sido objeto de tanto estudio. Con los Borgia, además, se ha creado el tipo de una era.

*Tiempos borgianos.*

Nosotros hablamos de tiempos «borgianos» y de «época borgiana», no sólo como de una cosa del pasado, sino como de algo que define métodos de gobierno y estados sociales. El nombre «Borgia» es, en la vida diaria, sinónimo de veneno y asesinato, astucia malévola, incesto y fratricidio, engaño constante; y, dentro de la Iglesia, es expresión de simonía, nepotismo, negación de fe, y hasta de la idea de Dios. Según la opinión general, el período, relativamente breve, en que el Papa Alejandro VI estuvo sentado sobre la silla de San Pedro, es de abomina-

Resumen de la leyenda. Cuf



ción, a la cual los hombres de otras épocas señaladas de infamia podrán acercarse, pero nunca alcanzarla; y constituye un ejemplo que atrae a todos los hombres de codicia y de bajas pasiones, llevándolos a usar formas perversas, aún peores que sus fines malvados. Si, como muchos equivocadamente opinaron, Maquiavelo fué el teórico de métodos repulsivos a las conciencias honradas, los Borgia representaron la maldad en acción.

*La leyenda y Rodrigo Borgia.*

Rodrigo Llansol, después de haber sido hombre de armas, en quien se confundía el caballero con el bandido abusivo y violento, cambió el nombre de Llansol por el de Borgia y tomó los hábitos religiosos a instancia de su tío, el Papa Calixto III, que le hizo Cardenal en contra de la voluntad del Sacro Colegio. El nuevo Cardenal vivió una vida crapulosa, en que el libertinaje competía con una inapagable sed de dinero, y, hecho audaz por el éxito, compró el Conclave cardenalicio a la muerte de Inocencio VIII, haciéndose elegir Papa. En su alta jerarquía, y bajo el nombre de Alejandro VI, asesinó a muchos de sus antiguos compañeros consistoriales por medio de un veneno llamado la *cantarella,* e igual suerte hizo sufrir a otros; lanzó a su hijo César a las más miserables aventuras; fué incestuoso, en competencia con el propio César, gozando de la perversa Lucrecia; se apropió del dinero de todas sus víctimas; nunca mantuvo la fe jurada, concurriendo desde las sombras, maravilloso simulador, con sus consejos perversos, a las matanzas que se atribuyen a su hijo, al cual siguió amando, y le elevó a los mayores honores, a pesar de ver constantemente en él al siniestro asesino de su otro hijo, el Duque de Gandía. Privó de paz a la Europa de aquel entonces; robó a la Iglesia los bienes temporales que poseía, para darlos a César, y arrebató a un gran número de Príncipes sus ciudades, sus castillos, sus casas; murió, al fin, víctima de su propio veneno, al querer suprimir por este medio, para apagar su constante sed de dinero, a un Cardenal, en la misma hora en que éste le daba amable hospitalidad y a otros purpurados. Como todos le habían temido y todos estaban inseguros del mañana mientras él viviera, su muerte fué para Europa y para Roma una gran liberación.

Todo esto es la historia de los Borgia en sus grandes líneas, según ha llegado a nosotros, historia que, después de haber salido

de la pluma de los escritores, se ha transformado en tradición popular, en drama y hasta en morbosa emotividad poética. Es la leyenda negra que se forja caprichosamente en muchos sucesos de la Historia.

*Cómo conocer la verdad.*

Someter a un proceso de revisión las ideas tradicionales resulta difícil. La Historia es arte y ciencia, y cuando estas dos manifestaciones de la mente concurren sobre un mismo estudio, la primera, que representa la lenta adaptación de los gustos colectivos al mundo del espíritu, triunfa sobre la segunda, formada por cálculos y exámenes individuales con fines puramente objetivos. Volver a estudiar a Alejandro VI sobre los documentos originales y examinar la formación de la leyenda en cada caso, o, mejor dicho, en cada delito; reducir a las proporciones reales, ayudado por una crítica imparcial, los actos considerados monstruosos, es, en cierto modo, hacer caer una ilusión, destruir un conjunto artístico que ha hecho palpitar a autores y lectores, dramaturgos y público, y en estos últimos tiempos, a las masas infantiles de los «cines».

Mas lo cierto es que esta realidad palpitante, transmitida hasta nosotros por la *communis opinio,* es una creación fantástica. Lo cierto es que ésta que creemos historia de los Borgia, es leyenda formada, tanto por los hombres de la época como por los escritores posteriores. Leyenda poco a poco elaborada, como sucede con todas ellas. Para hacerla verosímil se han añadido paulatinamente hechos imaginarios a hechos ciertos; aumentado luego su volumen; convertido hipótesis en realidades, y, al final, ya a distancia de siglos, se ha dramatizado todo el conjunto. La historia de Alejandro VI, como nos ha sido transmitida, pese a cuatro siglos de erróneas afirmaciones y a la creencia general consiguiente, es un tejido de falsedades y de incongruencias, que se revelan sólo cuando se vuelve a los documentos de aquel tiempo, bajo la influencia de una sana crítica. Entonces, los delitos que se le atribuyen caen al menor examen, más aún que por falta de pruebas, por la evidente imposibilidad de que el acusado los realizara. Las agrias censuras políticas, al contacto de la verdad, se deben trocar en alabanzas, pues no hubo durante el Renacimiento quien tuviese un concepto de la libertad de la Iglesia, de los Estados y de los individuos más alto que él, y quien tuviese una noción más cabal del daño

que hacían a Italia los ultramontanos, como llamaban a los poderes hegemónicos de la época, bárbaros que decían otros, y, por fin, quien porfiadamente tratara de evitar con inteligencia y habilidad el funesto dominio extranjero y las divisiones y rivalidades en Italia.

*El verdadero Papa Borgia.*

Alejandro VI fué hombre jovial, perspicaz, sereno, sano de cuerpo y de mente. Por haber vivido cerca de medio siglo en Roma y durante casi toda su existencia en la organización eclesiástica, había adquirido un gran espíritu de disciplina y un respeto sagrado, superior a toda otra consideración, por los intereses de la Iglesia Católica. Era un sacerdote, en el sentido más exclusivo de la palabra: transigente en toda cosa humana, pero rígido en cuanto a aquello que tocara los privilegios seculares de su religión, abogando siempre por sus fuerzas y prestigio. Fué el tipo del cura político, siendo miedoso personalmente, pero fuerte hasta el heroísmo en la defensa de la gran institución cuyo timón le había sido confiado. Sobrio, modesto y sencillo en todo lo personal de su vida íntima, se elevaba a una pompa desmedida, como sin medida humana eran en su mente los cargos que ocupaba en las funciones públicas; mostraba una altanería desdeñosa cuando por sus labios hablaba el Cardenal, luego el Pontífice, mientras en la intimidad defendía sus ideas casi con humildad, olvidándose de sus cargos, animado sólo por el deseo de convencer.

Conocedor de las cuestiones del mundo de su época y de las necesidades de la Iglesia, trató de prevenir los males que luego debían afligir a Italia durante los siglos posteriores. Si su política de equilibrio internacional, que en las crisis hacía inclinar siempre a su favor, usando la fuerza espiritual del Papado, hubiese continuado siendo la política vaticana, y no la destruyera con sus inconsultas vehemencias Julio II, la Iglesia y su sede se hubieran ahorrado muchos dolores.

Con más éxito que en Italia evitó en otros países graves dificultades, como en el caso de España, en donde concurrió eficazmente a favorecer la unidad nacional, y en el de las Américas, en donde fijó la línea divisoria de las conquistas. Hizo en el campo puramente eclesiástico un programa de reformas religiosas, no mejorado después ni por la Reforma ni por la Contrarreforma, siendo el gran precursor

del Concilio de Trento. Benévolo y paternal, perdonó la doble traición de algunos Cardenales, traición en contra del Estado papal y en contra de su persona. Fué severo y basta cruel, según la moda del tiempo, sólo cuando sus planes de librar a Roma y al centro de Italia de la tiranía facciosa de los Barones romanos, verdadero ludibrio de gente, eran combatidos. No fué un místico, no fué un santo; tuvo todos los méritos y los defectos de un hombre práctico que mira al éxito, al bien real y no a la abstracción. Fué un Papa, y un gran Papa del Renacimiento. Nepotista y gran Príncipe; amante del trabajo y de la alegría; intransigente en lo religioso; legalista en materia pública.

*Cómo resolver el contraste entre historia y leyenda.*

Hay un gran contraste, pues, entre la realidad y la leyenda formada. La mente de todo escritor—así como la de todo lector—se debe sentir turbada ante este contraste. Nos hemos sentido turbados nosotros mismos. Y de esta turbación debe surgir el estado de inseguridad que se revela en muchos historiadores modernos, ya más enterados que los precedentes, cuando niegan y afirman un mismo hecho y dan inconcebibles opiniones contradictorias.

Como la leyenda de Alejandro VI ha llegado a ser una opinión general, a fuerza de ser repetida, su verdadera historia resulta nueva, debiendo ser hecha con paciente análisis sobre antiguos documentos, análisis que no es del gusto de la generalidad, y con libertad de espíritu. Nosotros hemos estado en constante prevención, por otra parte, contra nosotros mismos, temiendo que el interés polémico nos llevara a un campo igualmente erróneo. Pero esta prevención la hemos vencido al contacto de hechos irrefutables.

Mas si en los hechos específicos hemos llegado a muchas conclusiones definitivas, como lo demostraremos luego, nos hemos, en cambio, sentidos muy perplejos al preguntarnos por qué se ha formado esta creencia general tan opuesta a la verdad. Y, dentro de esta perplejidad, no hemos podido evitar que la crítica histórica se fundiera con el relato histórico, al presentar los hechos en su exposición cronológica. Sin embargo, si bien en cada caso hay explicaciones justificativas, todas ellas reunidas no son suficientes para revelarnos el por qué de la total aversión al Papa Borgia y a su familia. La opinión general

del pasado y del presente es también un factor histórico que debe tener su razón de ser. Examinarlo con precedencia al relato de los hechos, nos ayudará a comprenderlos.

*Las causas de la fama de los Borgia. Su nacionalidad.*

Los Borgia eran españoles. Dos Borgias fueron Papas a distancia de no muchos años. Ser Papa entonces significaba tener un poder temporal, o sea, ser Príncipe con mando sobre un rico territorio. Significaba recibir tributos de los más opuestos rincones del mundo cristiano. Y en la concepción de la Iglesia romana suponía ser el «gobernante supremo del mundo, el padre de los Príncipes y el de los Reyes y el Vicario de Jesucristo nuestro Salvador sobre la tierra». Como todos los Príncipes, además, los Papas eran nepotistas, favoreciendo a sus familiares, a sus compatriotas y también a sus amigos y antiguos protegidos. Los plebeyos no han sido más tarde diferentes de los Príncipes y de los Papas, pues al advenimiento de la Democracia, los hombres políticos turnantes en el Poder han sido y son los que han beneficiado y benefician a sus amigos y parientes con la dominación momentánea que la urna les concede. La elección del Conclave daba al elegido la potestad de distribuir *ad libitum* beneficios, prebendas y favores vacantes. En consecuencia, con todo nuevo Papa entraba en el Poder el grupo de familiares, amigos y coadyuvantes que le habían seguido en su vida privada y en su carrera. Esto era considerado como natural y normal. Aquel espíritu artístico y elegante que fué Lorenzo *el Magnífico*, consideró no sólo un derecho, sino un deber del Papa dar a los suyos honores y bienestar, pues lo contrario, según él, no constituye una virtud, sino falta de afecto y de sentimientos humanos (1).

Así, pues, con el primero como con el segundo Borgia, España entraba en el Vaticano, y, en efecto, los Borgia entraron en Roma con sus cohortes de *catalanes*, como eran llamados entonces los españoles en Italia. Y es de advertir que si para Roma todo extranjero era poco apreciado, el *catalán* era odiado. Los italianos en general temían a los franceses y no transigían con los alemanes, pero aborrecían a los

---

(1) *Carta de Lorenzo* el Magnífico *a Inocente VIII en Fabroni: Vita Laurentii,* II, pág. 390.

españoles. La península italiana no era una unidad política, pero se consideraba una expresión civilizadora superior a la de los Estados que se habían constituído más allá de los Alpes y del mar. El revivir del clasicismo, que apasionaba a todos, había alimentado esta pretensión de superioridad. El nombre de «bárbaros» era aplicado a todos aquellos, como en los días de la antigüedad, que no fuesen hijos directos de Roma. La explosión artística del siglo había igualmente fortalecido esta creencia de mayor grandeza.

España era considerada una nación inferior aun dentro de los bárbaros, por ser la última llegada a la alborada del Renacimiento.

La opinión italiana de aquella época sobre los españoles, errónea ciertamente, se encuentra en un libro de Antonio de Ferrariis conocido con el nombre de *Galateo*. Una parte de los italianos, o por mejor conocimiento de las cosas o por estar ligados a los intereses españoles de Italia, no pensaban como De Ferrariis; pero las observaciones de muchos escritores de aquel tiempo y los sentimientos de las masas revelados por sus actos, nos convencen de que éste interpretaba las convicciones pasionales de la gran mayoría de sus conciudadanos. Hasta la filología está allí para probarnos esta actitud despectiva, ya que las palabras españolas que penetraron en el uso idiomático italiano no son de aquellas que califican los actos honorables y las buenas costumbres de los pueblos.

*Palabras de De Ferrariis sobre los españoles.*

De Ferrariis lanza una verdadera filípica. «Los españoles—dice— pretenden ser godos, y lo son en realidad, con excepción de un pequeño número, que son hombres cultos morales. La mayor parte es, ciertamente, inculta y desea continuar siéndolo; sus aspiraciones no están en la sabiduría, en las costumbres refinadas o en una vida superior. A los jóvenes no los elevan para estos fines, sino los envilecen, pues en lugar de enviarlos para su educación cerca de personas de condición más noble, como se hace en el resto de Europa, los remiten a las casas de dependientes propios, que los inician en todas las malas artes de la vida. En ellos es una virtud saber engañar y sustraer lo ajeno con habilidades. La más alta forma de sociabilidad que tienen consiste en repetir cuentos picantes, excesivamente libres. El juego es su entretenimiento habitual, y pedir dinero prestado para no de-

volverlo es la manera de alimentar este juego durante largas horas del día y de la noche. Personalmente, son pomposos y rebuscados, bárbaros, y como todos los bárbaros, libidinosos; viejos y jóvenes van cantando a las ventanas de sus amigas. Su poesía no vale nada, pues el poeta español es un simple hacedor de coplas. Su música es lánguida, afeminada, quejumbrosa y triste. Su método en los juegos de guerra se limita a un «tú me persigues, yo huyo; tú huyes, yo te persigo», y esto con vendas y turbantes y acompañado con espantosos gritos árabes.» (1).

Gobernar un español en país en que se sustentaban tales criterios, y gobernar, no con armas materiales y por derecho de conquista, sino revestido de una autoridad moral, debía de ser muy difícil.

*Calixto III, tío de Alejandro VI.*

Calixto III fué el primero de los Borgia que penetró en Roma bajo estos auspicios. Hombre de rara habilidad y de fuertes estudios jurídicos, llegó al Papado en abril de 1455. Su elevación fué consecuencia de una sorpresa muy habitual en los Cónclaves. La lucha entre dos candidatos igualmente fuertes fué la causa de que, en rápida transacción, resultase él, ya viejo y enfermo, el elegido. El pueblo de Roma recibió la noticia de la elección con gran desagrado, y uno de los Orsini dió muestra de la mayor irreverencia hacia la autoridad papal, encarándosele armado en los momentos que celebraba su toma de posesión con todos los honores y pompas de costumbre.

Muchos personajes de la época le amaron y admiraron, recordando que había sido profesor de la Universidad de Lérida y presidente del Sagrado Colegio de Nápoles, institución judicial superior a los tiempos. Pero el gran público y las Cortes de Italia llamaron a este profesor de leyes canónicas, a este educador y consejero de Reyes y distinguido diplomático, el «Papa bárbaro», y tal nombre quedó en la opinión posterior por mucho tiempo.

El agravó su situación de intruso manteniendo en el trono de San Pedro los vicios ya existentes, justificados y perdonados en los Papas italianos. Cubrió en seguida de beneficios eclesiásticos a sus dos

(1) Croce, Benedetto.—*La Spagna nella vita Italiana.*—Este libro erudito contiene un resumen muy amplio de la obra *De Educatione*, de De Ferrariis, págs. 113 a 121.

sobrinos, Rodrigo Borgia, el futuro Papa Alejandro VI, y Luis del Milá, y luego elevó a ambos al Cardenalato. Hizo a otro sobrino, Pedro Luis, Capitán general de la Iglesia y Prefecto de Roma. Roma fué gobernada por los españoles durante los tres años en que Calixto III fué Papa. Paolo da Ponte dice, indignado, que en aquella hora, lúgubre para los italianos, en Roma no se veían más que *catalanes*. A pesar de que su breve Pontificado estuviese dedicado principalmente a preparar una Cruzada contra el turco, acto de por sí solo bastante a crear una popularidad, Calixto III murió dejando más sentimientos de odio de los que le habían recibido al ocupar la alta investidura. A su muerte, la persecución popular contra sus conterráneos que vivían en Roma, fué cruel y persistente. Pedro Luis tuvo que huir, acompañado de su hermano el Cardenal Rodrigo y de otra Eminencia, el veneciano Pedro Barbo, luego Papa Paulo II. Rodrigo Borgia, solo entre todos, fué con dignidad y firmeza a rezar sobre el cadáver del viejo Pontífice de ochenta años, desafiando las amenazas del populacho. Las casas de los españoles fueron saqueadas; a muchos de ellos les quitaron sus bienes; no pocos fueron asesinados.

Con este precedente, Rodrigo Borgia recibió sobre su cabeza la triple corona.

*Los sentimientos españoles de Alejandro VI.*

Alejandro VI había absorbido durante sus largos años de residencia en Italia toda la psicología de la curia romana, que es fundamentalmente italiana; de español sólo le quedaba la parte sentimental. Sin embargo, para todos era español. Y, en efecto, los intereses italianos, al considerarlo así, no se equivocaron, pues en sus afectos y en sus relaciones personales, el nuevo Papa fué consistentemente español.

Alejandro VI elevó a Cardenales a diecinueve españoles durante su Pontificado. Sus hombres de confianza fueron españoles en su mayoría. Los mejores guerreros que rodearon a César, gonfalonero de la Iglesia, fueron de la misma nacionalidad, como lo habían sido sus preceptores y como lo eran las damiselas que acompañaban a Lucrecia. El Papa hablaba en español y en valenciano con sus familiares. Repetimos: toda la parte exterior sentimental y formal de la vida de este Papa era española, e irritaba grandemente a la nobleza romana y al pueblo. Poco importaba a éstos que su política fuese emi-

nentemente italiana, e italianos también su cultura y sus hábitos mentales.

En la vida pública, que es mezcla de intereses y de sentimientos, nada irrita tanto como el intruso advenedizo, real o supuesto. Eneas Silvio Piccolomini, Papa él también, dejó escrito que los italianos estaban dispuestos a obedecer a sus compatriotas, pero no a los extranjeros. Alejandro VI era un extranjero, a pesar de haber vivido en España sólo hasta los dieciocho años y todo el resto en Italia, y, por tanto, independientemente de sus condiciones personales, no podía ser estimado y menos querido; era, además, español, de un pueblo entonces odiado. Como el tío, erudito, era llamado el «Papa bárbaro», él, de noble linaje, fué calificado de «Papa marrano».

Es muy cierto que al ser electo Alejandro VI, de una reputación bien cimentada de hombre de sabiduría y de práctica, fué muy aclamado; su elevación al cargo se consideró como la terminación del gobierno de las camarillas irresponsables. Pero los aplausos de la primera hora son siempre de triste augurio para los gobernantes. Pasado el entusiasmo, el nuevo Papa volvió a ser el catalán intruso que usurpaba, con los suyos, las riquezas de Italia.

Si Calixto III se hizo en parte tolerar y, por tanto, olvidar, sea por la brevedad de su Pontificado, sea por el programa que tuvo, dedicado todo a preparar una Cruzada contra el turco, Alejandro VI, con varonil audacia, llevó los odios al paroxismo, al querer transformar a su manera el sistema político de la tierra que no era suya, guiado por el concepto de la universalidad de la Iglesia y de sus necesidades permanentes, y, sobre todo, por su fuerte y vigoroso temperamento.

Esta actitud que asumió es la verdadera causa determinante del origen de la injusta fama que deprime su memoria.

*El programa político del nuevo Papa.*

El programa político del nuevo Papa aparece claro desde el primer momento. En Roma debe gobernar el Papa. Las facciones deben desaparecer. Ni el Papa necesita el apoyo de las grandes casas, ni éstas deben ser poderosas. No importa que Lorenzo Valle haya encontrado que la famosa donación del Emperador Constantino es falsa y que Roma no pertenece jurídicamente al sucesor de Pedro. El

hecho real es que Roma, abandonada por la autoridad civil en tiempo del Imperio, quedó bajo la jurisdicción del Obispo de Roma (el Papa), como aconteció después en tantas otras ciudades europeas durante el bajo medievo. Fuera de Roma, Alejandro VI igualmente entiende que en las tradicionales posesiones de la Iglesia debe también gobernar el Papa, reivindicando las tierras a los llamados vicarios.

El Rey franco Pepino *el Breve*, después de haber expulsado a los longobardos del exarcado de Ravena y la Pentápolis, los cuales a su vez los habían usurpado del Emperador romano de Oriente, concedía ambos territorios al Sumo Pontífice. No importa en este caso, como en la donación de Constantino, que Pepino no tuviese un derecho legal preexistente a su conquista. La Iglesia acepta en lo eclesiástico los principios morales inmanentes, pero en el campo de sus derechos temporales se ve obligada a reconocer que la fuerza crea derechos y que el tiempo los consolida. Si el Papa posee estos bienes temporales de derecho, debe poseerlos de hecho, y si no ejerce la autoridad debida, no sólo deja de cumplir con su primordial obligación de defensor de la Iglesia, sino que abandona poblaciones enteras, que confían en él, a la ferocidad y rapiña de tiranos clásicos, como los Baglioni, Bentivogli, Malatesta, Varano, Oliverotto de Fermo, etc. Este pensamiento no es exclusivo de Alejandro VI, sino de los Papas precedentes, que trataron en ocasiones de hacerlo prevalecer, pero la fuerza de los usurpadores fué superior a la de los Papas.

Los vicarios habían ocupado ciudades, tierras y fortalezas con la fuerza, el asesinato, la astucia y por concesiones papales. Poco a poco se habían independizado virtualmente de Roma. Deseosos de llevar una vida de lujo y de placeres, esquilmaban y tiranizaban a sus pueblos. Eran señores feudales, que ya en Italia, como en las monarquías ultramontanas, representaban una clase usurpadora, que si un día fué útil para la guerra defendiendo en una hora suprema los intereses de todos, hoy sobreviven a tiempos superados, y por no ser órganos útiles, se han degenerado, siguiendo en su arte de la guerra como antes, pero vendiéndose al mejor postor y haciendo de la traición su principal fuente de bienestar y de riqueza. El nuevo representante

de Dios en la tierra decide su exterminio desde los primeros momentos para el día en que tenga fuerzas adecuadas (1).

En el resto del mundo, Alejandro VI no desea invasiones, defiende el *statu quo*, y, mediante el equilibrio de las fuerzas materiales, aspira a que la fuerza moral del Papado, aunque declinado por la formación de los Estados con base jurídica y por la menor fe religiosa de los pueblos, sea suprema en la hora de las grandes decisiones, ya que no puede serlo permanentemente.

*Las consecuencias del programa político.*

Un programa de este género resulta contrario a todos; va en contra de los Reyes de Europa, especialmente los de Francia y España, que sobre la decadencia del Imperio romanogermánico estaban fundando un nuevo imperialismo conquistador; va contra Venecia, potencia italiana de una importancia única, que precisamente entonces aspiraba a un gran Estado en tierra firme, ya que el turco la iba expulsando de las posesiones marítimas; va contra el reino de Nápoles, a la sazón bajo el insaciable Ferrante I, que desea apropiarse Benevento y unir su reino con el territorio de Florencia para dominar el norte de Italia. Sobre todo, amenaza en su propia existencia a las grandes casas principescas de Roma y a las aún más numerosas del centro de Italia, que al mismo tiempo eran las más ricas, las más agresivas, las que tenían a sueldo a las mejores tropas y a los más exquisitos poetas y brillantes escritores de la Península.

En guerra con los poderosos, se aventuró igualmente, luchando sobre dos frentes, a reprimir los abusos del populacho y el crimen común. Mantuvo estrictamente el imperio de la ley sobre las clases bajas que, si habían sido objeto de continuos vejámenes, gozaban, sin embargo, como en todo Estado tiránico, de abusiva tolerancia, mientras no lesionaban los intereses o los caprichos del Señor del cual dependían. Organizó la administración de la ciudad, expulsó a los hombres armados que se venían a vender como mercancía preciada

(1) Esta politica de Alejandro VI es la misma que coetáneamente aplicaron Luis XI, los Reyes Católicos y Juan II de Portugal, el Príncipe Perfeito, o sea los más conspicuos representantes de la Revolución, que sobre los escombros del feudalismo y de las libertades municipales creó la Monarquía autoritaria primero, la absoluta después.

sobre aquel mercado de revueltas; persiguió a los malhechores, que entre tanta confusión moral y tanta falta de autoridad eran protegidos por las mismas víctimas.

Este programa de fuerza, rápidamente aplicado, iba principalmente contra los elementos italianos de arriba y de abajo. El autor del mismo era un extranjero, y por añadidura, de una supuesta raza inferior. El orden, como el desorden, rompe costumbres y lesiona intereses; aplicado rápida y totalmente, es siempre causa de impopularidad.

*La injuria como arma de lucha.*

Las casas romanas combatieron a este Papa en campo abierto con fortuna varia; pero principalmente le combatieron propagando noticias falsas para deshonrarle. Para vencerle había que destruir su autoridad moral, ya que su fuerza residía en el alto prestigio de su cargo. Los antiguos coronaban de flores a las víctimas antes de llevarlas al suplicio; en los períodos en que los hombres abandonan los principios para gobernarse al día, a las víctimas se les llena de fango.

Roma se sintió sacudida. El descontento contra este gobernante, que quería dominar con mano fuerte, empezó a extenderse desde la urbe al resto de Italia, y luego pasó los Alpes. El nepotismo papal ofreció un lado débil a los atacantes, y empezaron los «se dice», «se rumorea», «es opinión general». Los diplomáticos acreditados cerca de la Corte papal, para satisfacer el ávido espíritu de intriga de sus Señores, recogían estos rumores con beneplácito, pues el Papa les hacía sentir todo el peso de su indiscutible superioridad mental.

*El mundo contra el Papa.*

El mundo reaccionó rápidamente contra la política del nuevo Pontífice. Los Orsini y los Colonna y las otras familias contendientes seculares tienen ahora un enemigo común, y los vemos, en una hora, pelear en las mismas filas. El Rey Ferrante de Nápoles, expresión de todo abuso y tiranía, se trueca en moralista, porque el Papa le detiene en su avance contra los Estados de la Iglesia, y escribe una carta a los Reyes Católicos, que denuncia la vida privada de Alejandro VI. Los venecianos, para difamar al Papa, se unen a los tiranos de la Romaña, que oprimen aquellas tierras, y denuncian contra toda ética al Rey de Francia las relaciones y tratos secretos que tienen con la Corte de Roma. Los florentinos, comerciantes tranquilos, ven sinies-

tramente a este Papa, que quiere una Roma en lo temporal fuerte sobre una región extensa que pone cerco a su propio Estado. Los Reyes de Francia invaden sucesivamente a Italia y ocupan el reino de Nápoles y el Ducado de Milán, y no encuentran más que a este Papa que les dificulta su avance. El Rey de España desea tener una dependencia en Roma en este español, mientras en Roma, *el español* piensa precisamente lo contrario.

Alejandro VI se defendió con habilidad ante tales dificultades en el campo de los hechos, y la muerte le sorprendió en plena aunque no definitiva victoria. Pero en el de la crítica secreta de la difamación, de los libelos anónimos, no se podía ni se quería defender, como lo expresó una vez al Embajador de Venecia. Es una de las debilidades de los grandes hombres creer que la defensa de lo justo surge espontánea de la bondad de los hechos.

Mas, seguramente, estas voces falsas, los epigramas y las publicaciones clandestinas, así como las interesadas difamaciones de los diplomáticos y cronistas hubieran sido rectificados por el juicio sereno de una mayoría dotada de buen sentido, si la época no hubiese sido excepcional, fundamentalmente revolucionaria. En tiempos normales, los rumores públicos no se elevan a hechos ciertos, ni el hecho de haber nacido en tierra extraña hace de un hombre sagaz un delincuente, después que la pasión del momento se desvanece con los años. Pero el Renacimiento no fué una época normal. Fué una explosión de cuanto de bueno y de malo tiene el alma humana; un período en que lo que acontece no puede medirse por el rasero de la honorabilidad y del deber.

*El Renacimiento en la evolución de la fama de los Borgia.*

En la larga evolución histórica hay horas en que se rompen, por contraste inevitable, todos los cauces que con paciente labor han creado los siglos precedentes, y que en el campo moral e intelectual se llaman principios. Las nuevas necesidades y las aspiraciones nuevas chocan contra el sedimento teórico del pasado, y en tal lucha, al parecer alternante, éste cede a las exigencias de aquéllas. Lo primero que cae en un estado revolucionario son las reglas de vida que la costumbre, aunque mala, mantenía; normas de vida que, generalmente, son siempre superiores a las de los períodos de transición. Es muy

cierto que de la desordenada libertad moral surgen los grandes atrevimientos y todas las audacias, y que más tarde, canalizados los unos y tomando una tendencia uniforme y elevada las otras, producen los avances de la sociedad humana, avances que, una vez consolidados, crean una nueva armonía con principios y reglas de vida ordenados y normales. Pero ¡mientras tanto!... Mientras no llega el momento en que las confusas iniciativas de tantos espíritus sin freno se disciplinen para formar un nuevo ambiente moral y jurídico, ¡cuántas bajas pasiones, cuántas ideas descarriladas, cuántos actos reprobables, cuánto falseamiento de la verdad, cuánta pobreza mental, cuántas víctimas, cuánto desatino y cuánta vileza, cuánto odio a quien resiste y cuánto triunfo y placer para el sórdido interés particular!

No de otra manera, sino en un estado moral de este género, se pueden explicar los crímenes repulsivos de los Malatesta, los Bentivoglio, los Baglione, los Oliverotto de Fermo y tantos otros, o mejor dicho, de todos los otros. La crueldad estaba animada por una pasión que no alcanzaba satisfacción posible, pues habiéndose perdido todo freno, el deseo perverso y malvado no se limitaba a un propósito definitivo y concreto, sino que desbordaba en la demencia.

La verdad y la mentira, bajo la influencia de esta psicología colectiva, no podían ser sino ligeras variaciones de la mente. La realidad y la hipótesis eran grados limítrofes del conocimiento. Por esto, los grandes hombres de la época fluctúan en sus convicciones. El más grande, Erasmo, no sabe si quedar con Roma o contra Roma, y el más enérgico, Lutero, oscila largamente entre la rebeldía total y la apostasía limitada. En donde no hay principios estables, reglas básicas, normas uniformes de vida, no existe interés alguno por la verdad, o sea, no existe el hecho cierto generalmente apreciado como tal. La verdad en este período no es más que la opinión de los que escriben y de los que dirigen al gran público, o sea la opinión de los que mandan.

Alejandro VI fué Papa en la época de mayor fermentación del Renacimiento. Y, además, el Renacimiento continuó después de su muerte, siendo sus enemigos los grandes personajes del tiempo, con poetas y cronistas en sus Cortes, con historiadores a sueldo que es-

cribían de los hechos pasados como pretexto para disertar sobre las ideas del presente.

Los actos de este Papa, ya falseados en su época, sirvieron de base para las más exageradas acusaciones posteriores. Tratándose de él, toda hipótesis fué fácilmente admitida como hecho cierto; todo lo inconcebible fué creído y propagado; toda impostura fué acogida. Los «rumores» que inventaron el interés bastardo o la agitada fantasía, fueron reproducidos como verdades indiscutibles. Como en el 755 el Papa Esteban II escribía al Rey Pepino: «En este siglo hasta los hombres honrados saben crear la ficción cuando la creen útil a sus intereses» (1), así también en todo el siglo XVI.

*Nuevas calumnias.*

En realidad, si una parte de la leyenda se formó en vida de Alejandro VI, la mayor de ella se fué creando después, empezando las nuevas calumnias en el Pontificado de Julio II, o sea durante el gobierno de su enemigo. Es la historia de Robespierre escrita por la reacción inmediata que sobrevino a su muerte. Es como si se escribiera la historia de Napoleón tomando los hechos de las gacetas inglesas de su tiempo. Es la historia de Catilina hecha sobre los discursos de Cicerón. Debemos hacer notar, para no equivocarnos en cuanto a las fechas reales de los documentos acusatorios, que muchos de ellos que aparecen como de la época del Papa Alejandro VI fueron escritos en cambio más tarde, durante el Papado de Julio II o después. Porque los Diarios y las correspondencias de este período se revisaron o corrigieron posteriormente. Y por añadidura, muchos de estos Diarios y correspondencias no han llegado hasta nosotros en su original, sino por síntesis hechas por otros o por copias de escribas poco fieles, que usaban, por medio de interpolaciones continuas, dar sus propias ideas en el manuscrito que reproducían.

La influencia de esta literatura sobre la fama del Papa Borgia y de los suyos ha sido grande, porque aparece exteriormente como una información directa de personajes bien enterados y se le supone además la espontaneidad del relato que sigue inmediatamente al suceso.

(1) FLEURY: *Hist. Eccles.*, Lib. XLIII, número 17.

leyenda negra — libelo anónimo c/AVI: refutado



*Una biografía anónima*

Entre todos estos documentos así hechos o alterados, contemporáneos o posteriores, hay uno que ha tenido gran preponderancia. Se trata de un papel histórico afortunado, como hay tantos otros en el curso de los siglos. Su fortuna debe atribuirse a que es la primera tentativa de biografía de Alejandro VI. Es anónimo y se encuentra en diferentes bibliotecas, pero los textos no coinciden. Los copistas han hecho en éstos su obra habitual de interpolación y cambio. Los escritores serios, en general, no lo citan por pudor, pero lo copian. Su título es: *Vida de Don Rodrigo Borgia, luego Papa Alejandro VI, y de César Borgia y hermanos, hijos de dicho Pontífice, junto con las memorias de los más secretos acontecimientos que sucedieron durante el mencionado Pontificado, el todo tomado de los manuscritos de la Biblioteca Vaticana.* En este breve trabajo están sintetizados todos los supuestos crímenes del Papa y su familia en forma orgánica, utilísima al historiador literario que desea ofrecer en bella prosa hechos por otros examinados que sean de gusto del lector. Y, sin embargo, no puede haber un documento más erróneo, confeccionado con menos cuidado, más contrario en su relato a todo lo que es conocido por pruebas irrefutables de la familia Borgia. Todo resulta antihistórico. En efecto: pone en la escena del mundo al padre Rodrigo Borgia años después de su muerte; presenta al joven Rodrigo de bandido en los campos españoles en las mismas horas en que recibía cargos eclesiásticos; a los dieciocho años le sitúa en la dirección de algunos negocios, cuando se hallaba en Roma o en Bolonia estudiando; luego le hace abogado en España, y más tarde hombre de guerra. Como si toda esta actividad no fuese suficiente para un joven, le nombra paje del Rey Alfonso V de Aragón. Sigue manteniéndole a los veintiocho años en España, cuando sabido es por documentos incontrastables que en esta edad era ya Cardenal y residía en Roma. Las relaciones con la Vannozza las sitúa igualmente en España, en una intrigada madeja amorosa en que Rodrigo es presentado como amante de una madre y de dos hijas a la vez. Calixto III, desconociendo cuanto pasaba, según el escritor anónimo le hace Cardenal; pero Calixto, añade, murió estando Rodrigo todavía en España y el Cónclave eligió a... Inocencio VIII. El libelista suprime así a tres Pontífices: Pío II, Pau-

lo II y Sixto IV. Coronando todas estas falsedades históricas, se hallan los asesinatos, el veneno, los incestos, etc., etc., que fueron fielmente tomados por los historiadores de la primera época y legados, ya con autoridad de grandes nombres, a los historiadores posteriores.

Estas aberraciones no podían escribirse sino en un momento en que toda calumnia en contra de Borgia era premiada. El anónimo autor había escrito para provocar quizá la hilaridad de algún señor que le pagaba o le protegía, desconociendo el éxito que había de tener su obra en el curso del tiempo. Su trabajo no tenía pretensiones históricas; era un mero libelo, dirigido ciertamente a persona interesada.

*Otros documentos infamantes.*

Otros documentos han influído en mayor o menor grado sobre la fama de los Borgia, y especialmente de Alejandro VI. Aparte Pontano y Sanazzaro, que no relatan hechos, sino lanzan injurias, consideramos que tres fuentes de información han servido más siniestramente a esta labor de demolición moral. El Diario de Infessura, que trata de los primeros tiempos de Alejandro VI. De esta obra basta decir, para calificarla, que Muratori quería excluir su publicación de la Colección de los *Rerum Italicorum Scriptores,* por considerarla poco respetuosa con la verdad. La *Carta a Silvio Savelli,* trabajo igualmente anónimo, que finge escribirse a Savelli, a la sazón refugiado en Alemania, al cual el Papa había quitado sus bienes y desterrado. Alejandro VI leyó este documento riéndose de su contenido, ¡tan absurdo le pareció!..., y más tarde recibió en Roma a este mismo Savelli, siendo probable que hasta le protegiera con una pensión. Y, por último, la correspondencia diplomática de Giustinian, que toda ella revela la ciega animosidad de este representante de Venecia contra el Papa Borgia y los suyos.

Los autores de estos tres trabajos, como más tarde Giovio, Guicciardini, Bembo y otros, son hijos del ambiente. Aquéllos no eran tiempos de crítica racional, que no debe confundirse con la dialéctica.

*Influencia de la Reforma y Contrarreforma.*

La muerte de Julio II y las desgracias de la Iglesia bajo otros Papas, lejos de traer un proceso de revisión equilibrado y tranquilo, como podía esperarse después de tantos agravios sufridos, y de parte de una posteridad que, si bien cercana, era menos interesada que

los contemporáneos, provocó en cambio mayores exageraciones calumniosas, pues pasado el tiempo, la fantasía no tuvo como barrera el pudor intelectual del que conoce los hechos. La reacción mística, por la cual pasó la Humanidad al tiempo de la Reforma y de la Contrarreforma, necesitaba encarnar en hombres la época de realismo revolucionario que todos maldecían. Y a los Borgia sucedió, como ya hemos dicho, lo que a Maquiavelo. Los dos nombres están reunidos en efecto. Este fué considerado como el teórico de los años en que, a juicio de los místicos, se negaba a Dios y toda moral humana, y los Borgia como los actores principales.

*El siglo XIX y la crítica histórica.*

No es extraño que en este ambiente, y bajo estas influencias psicológicas, se haya llegado hasta el siglo XIX. En ese siglo, la crítica histórica hubiera debido hacer una gran obra de rectificación, porque los hechos empezaron a salir de los archivos en forma de documentos auténticos. Pero es preciso tener en cuenta que, en su primera fase, la historiografía moderna, confiada a estudiosos técnicos y a investigadores, ha debido aceptar la documentación del pasado, más en razón de su cantidad que de su calidad. El descubrimiento de un documento, aunque singular y aislado, resulta ser la verdad absoluta. Así, a manera de ejemplo, cuando Ranke leía en los archivos polvorientos de Venecia la relación del veneciano Capello, que trataba de su legación en Roma, la tomaba como una pieza fehaciente de una fuerza probatoria absoluta. No pensaba el gran historiador, ni podía pensarlo, que tal relación al pasar por el cerebro y la pluma de Sanudo había perdido probablemente su primera forma, pues Sanudo no es siempre exacto en las reproducciones de los documentos; no suponía que éste y aquél eran venecianos de una época en que los Borgia se oponían al espíritu imperialista de la serenísima República y que, además, en esta relación, Capello habla de hechos que no había conocido directamente, por no estar en Roma cuando se realizaron, ni en funciones de Orador o Embajador, ni de otro modo. Ranke sintió los mismos entusiasmos negadores de toda crítica que sentiría quien leyera hoy un documento de Pilato a propósito de Cristo, o una oración de Hortensio sobre la vida de Cicerón.

Sólo cuando la documentación se vuelve abundante viene el cote-

jo crítico entre las distintas piezas probatorias, y sólo entonces la crítica histórica tiene medios de intervenir.

*Revisión histórica.*

Si la modernidad quiere conocer las cosas del pasado tal cuales fueron, tiene que seguir un solo método: librarse de las preocupaciones seculares, examinar los hechos en sus fuentes y agruparlos con un criterio de sana crítica. Este método es conocido sin duda, pero no es fácil de usarse. La opinión general que aun hoy es adversa a los Borgia por un lado, y las tantas falsificaciones que se han hecho, y la obra destructiva del tiempo sobre papeles útiles por otro lado, no facilitan una labor de reconstrucción de la verdad. Sin embargo, con un cuidadoso análisis puede presentarse a Alejandro VI en su aspecto real, y sobre su figura histórica.

Al considerar que su nacionalidad española no le favoreció en el Papado y que el Renacimiento, por la agitación de los espíritus, no era un escenario del cual se podía salir indemne, no hemos querido aportar una prueba de su inocencia en el proceso histórico que se le ha hecho. Tampoco hemos pretendido examinar como elemento de defensa su tendencia política, que le pone frente a todos, provocando a que todos se pusieran frente a él, esgrimiendo en la lucha el arma del rumor calumnioso, en boga en aquel tiempo, como lo refiere el propio Savonarola (1). La enemistad del que fué virtualmente su sucesor inmediato, Julio II, y de todos los Príncipes italianos y extranjeros que dominaban la «inteligencia» de la época, no es prueba concluyente de por sí sola de que no cometió específicos actos reprobables. Y menos lo es el hecho extraordinario de la aceptación unánime por escritores de noble alcurnia intelectual de relatos anónimos en los cuales, a pesar de los siglos, se revela el libelista a sueldo. Todo esto lo alegamos como explicación de la fama de los Borgia *en abstracto*, y debe servirnos sólo para tener nuestro espíritu libre de prevenciones al examinar las fases sucesivas de la vida de este Papa. Todo esto debe hacernos comprender que el triste renombre alcanzado no es indiscutiblemente debido a los hechos de su

(1) VILLARI, PASQUALE: *Savonarola* (trad. inglesa), pág. 60.

existencia, sino que puede ser producto de otras causas concurrentes por el ambiente en que vivió y del que siguió a su muerte. Con este espíritu libre debemos entrar en el estudio de los documentos que por motivos distintos los hombres y los tiempos alteraron para ocultar la verdad y examinar los hechos ciertos que otros documentos no pervertidos nos presentan y ver todo en su realidad objetiva, sin el peso acusatorio de cuatro siglos.

CAPITULO II

# LA JUVENTUD

*Lugar de nacimiento.*

«Llegó a la ciudad de Valencia el correo con las nuevas de la elección del Papa Alejandro VI, en 20 de agosto, de mañana, a las nueve horas de 1492, e hízose grande fiesta en La Seo: y se hizo procesión cantando el *Te Deum,* y toda la ciudad hizo gran fiesta a doña Beatriz de Borja, hermana del electo y mujer de don Ximeno Pérez de Areños, besándole las manos» (1). «La noticia de Valencia pasó a Xátiva, ciudad cercana a Valencia, en donde reunióse el pueblo con gran regocijo, por ser el Pontífice natural de la misma. Las campanas repicaron, las procesiones recorrieron las calles cantando el *Te Deum* para dar gracias a Dios por el fausto acontecimiento» (2).

En estas dos ciudades el Papa Alejandro VI, antes Rodrigo de Borja, había pasado su niñez y su primera juventud, hasta la edad de dieciocho años. Era natural que este entusiasmo se distinguiera del otro de las ciudades italianas de aquellos mismos días sobre la elección papal, por su mayor espontaneidad popular, pues el pueblo, en el honor concedido a su hijo preclaro, elevado a la silla de San Pedro, se veía honrado él mismo.

La ciudad de Játiva comprendió que ya Rodrigo Borgia entraba en el campo de la Historia con un nuevo nombre, el de Alejandro VI, y que si a los mortales que llevan a la tumba con sus despo-

---

(1) **Villanueva:** *Viaje literario a las iglesias de España.*—Tomo II, página 213.
(2) **Villanueva:** «ut supra».

jos también sus actos, no es necesario fijarles el origen y las etapas de sus vidas, en cambio, a los hombres que permanecen en el escenario secular hay que esclarecerlos con una publicidad que se extiende a hechos secundarios o sin importancia, al parecer. Por ello quiso que trece testigos, bajo juramento, consignaran que Rodrigo era hijo de los nobles Yofre de Borja e Isabel de Borja, y que «nació durante el mes de julio, a medianoche», en la casa y zaguán que está en la plaza que tomaba su nombre del de los Borjas. Estos testigos además dijeron, para indicar el grado de nobleza de Yofre de Borja, que tenía cuatro caballos y que su hijo Rodrigo, a los ocho años, iba por la ciudad «caballero en una haquilla», y por último, que a la muerte de Yofre, cuando Rodrigo tenía solamente diez años, toda la familia se trasladó a Valencia (1).

El alto cargo de Alejandro VI, esta clara información y otras posteriores, no han evitado, sin embargo, muchos errores sobre su nacimiento y sus primeros años. Es de interés notar que los escritores que han acusado a este Papa de tantos delitos de intención que es siempre difícil escudriñar, no conocen, en cambio, su verdadero nombre, su edad exacta, su temprana entrada en las órdenes eclesiásticas, sus cambios de residencia, hechos todos ciertamente más fáciles de averiguar que algunos otros, misteriosos o íntimos por su naturaleza.

*Los apellidos.*

El nombre de Alejandro VI fué Rodrigo de Borja, italianizado en Borgia. Pero desde el continuador de Platina hasta Frederick Barón Corvo, incluyendo escritores de la importancia de Reumont y Von Pastor, la gran mayoría de los que han tratado de los Borgia han afirmado que el apellido usado era el de la madre, habiendo sido adoptado por Rodrigo para obtener mayores favores de su tío materno, que luego ascendió al Papado tomando el nombre de Calixto III. Fué el continuador de Platina el primero que negó a Rodrigo el nombre de Borgia, para darle el de Rodrigo Lanzol (2). Este error procede de una confusión, porque otro sobrino del Papa Ca-

---

(1) VILLANUEVA: «ut supra».—*Pasajes de un documento de un tal Maestro Diago.*

(2) Continuación de PLATINA: *Da Vita et moribus summorum Pontificum Historia.*

lixto III, igualmente favorecido por éste, llevaba el nombre de Lanzol (1). Después, salvo contadas excepciones, todos los historiadores han copiado este error con complacencia, para negar a Alejandro VI la nobleza de su abolengo.

Sin embargo, en todos los documentos de la época, así en los discursos pronunciados en su honor después de electo Papa como en las Bulas de sus predecesores, en que se le otorgaban consecutivos beneficios eclesiásticos, el nombre usado es el de Borgia (2). Y a mayor prueba, en 1924, un documento salido de un archivo de Valencia, referente a una donación dotal hecha por el Cardenal Alfonso de Borgia, luego Calixto III, a su hermana Isabel, vino a confirmar su descendencia paterna, también de la familia Borgia. En este documento, en efecto, se prueba que el padre de Rodrigo, cuando éste no había aún nacido, tenía el apellido de Borja y no el Lanzol o Llanzol (3).

La madre de Alejandro VI se llamó Isabel, y pertenecía también a la familia de Borja, como hemos dicho, sin que se pueda tener duda alguna sobre tal nombre, sea por el documento en el cual el futuro Papa Calixto III le concede la dote al tiempo de su matrimonio con Yofre de Borja, sea por las declaraciones de los testigos formuladas al tiempo de la elección de Alejandro VI en la ciudad natal de Játiva, a la que nos hemos referido precedentemente. Pero como si la alteración de los hechos fuese un imperativo categórico de la historia de los Borgia, escritores contemporáneos que penetran en los más oscuros e internos designios de ese personaje la llaman Juana, confundiéndola con la otra hermana del Papa Calixto, aunque conce-

(1) El nombre de Lanzol ha sido dado en diferente forma. Encontramos Lanzol, Llanzol, Lenzuoli, etc.

(2) Siguiendo la confusión ortográfica de la época, se encuentra indistintamente en español e italiano: De Borja, De Borge, De Boria, De Borgia, Borza, Borigia, para quedar luego definitivamente Borgia.

(3) Sanchiz y Sivera: *Boletín de la Real Academia de la Historia,* tomo 84, pág. 1.924. Portigliotti-Giuseppe, en la obra *Les Borgia,* dice erróneamente, en la página 15: «Ce fut son oncle Calixto III (Alphonse de Borgia), disent ils, qui en lui confiant la pourpre a vingt-cinq ans, lui fit abandonner l'obscur nom patronimique de Lanzol pour celui qu'il portait et auquel la tiare avait conferé celebrité et splendeur.»

den que «algunos otros historiadores indican el nombre de Isabel» (1).

La nobleza familiar.

En nuestra opinión, la nobleza ancestral de la familia Borgia fué exagerada por el Papa Calixto III, con el propósito de dar a uno de sus sobrinos, Pedro Luis, o el reinado de Nápoles, si le hubiese sido posible, o algún ducado importante como el de Benevento, el cual, en efecto, le otorgó poco antes de morir. La verdad histórica es que el nombre de Borgia llegó a Valencia y a Játiva con los numerosos miembros de esta familia que acompañaron al Rey Jaime I de Aragón, cuando éste conquistó de los moros toda la Murcia y entró en Valencia, en el año 1238. E igualmente resulta de documentos indiscutibles que estos Borja ocuparon cargos de honor y tuvieron riquezas, cosas que entonces iban unidas solamente cuando se trataba de familias nobles. En efecto: los Borja, de los cuales procede el Papa Alejandro VI, fueron representantes reales y representantes populares de la ciudad de Játiva y habitaron una casa con zaguán en el centro de la plaza de la ciudad, que llevaba su nombre, teniendo servicio de cuatro caballos (2).

Pero de la verdad histórica se baja a la hipótesis histórica cuando se afirma que estos Borja descendían de Ramírez, Rey de Aragón, y más directamente de don Pedro de Atarés, que en 1134 fué electo Rey y luego destituído, tomando después de la destitución el título de Señor de Borja. La identidad del nombre pone esta cuestión: ¿eran estos Borja del Papa Alejandro ciudadanos de la ciudad de su propio nombre, adoptado por ellos, y por tanto vasallos del Señor de Borja, o eran familiares de este ex Rey don Pedro, Señor de Borja? Alguien afirma, sin dar la fuente de su dicho, que don Pedro no dejó hijos varones, lo cual, de ser cierto, resolvería en gran parte la duda. Pero las concesiones de tierras tan numerosas que los Borja antepasados del Papa recibieron en Valencia no hace suponer que eran meros vasallos asoldados en el ejército del Rey Jaime I. ¿Se trata de una rama bastarda? Con los datos que tenemos, no podemos precisar el verdadero linaje. De cierto sabemos que los Papas Calixto III

(1) PORTIGLIOTTI: *Les Borgia*, pág. 16, trad. francesa.
(2) Véase sobre todo esto GASPAR ESCOLANO: *Historia de Valencia*.

su padre lo destinó a la (I), 7 años?



y Alejandro VI creían en el origen real, y que los Soberanos españoles aceptaron, muerto Calixto, antes de que Alejandro fuera Papa, el enlace de un familiar de ellos con un Borja, y que el escudo del frustrado Rey don Pedro de Atarés, descendiente a su vez del Rey Ramírez, coincide con el usado por los Borja.

Cualquiera que sea la verdad, oscurecida por el tiempo, el joven Rodrigo nació noble y rico, y el padre, como en todas las familias de su linaje, le había destinado a la vida eclesiástica por no ser el primer varón de su descendencia.

No se puede hablar de niño prodigio en el caso del Papa Borgia, porque sus antiguos conciudadanos no encontraron ni en la hora de gloria en que subía al Papado recuerdo alguno de excepcionales cualidades.

*Los primeros años.*

Rodrigo Borgia nació en el 1432 (1). A los diez años, como hemos indicado, se trasladó de Játiva a Valencia; y a los quince ya lo encontramos recibiendo por una Bula papal la autorización de aceptar altos oficios administrativos y dignidades eclesiásticas (2). Con posterioridad le vemos cubierto de «beneficios» por el Papa Nicolás V, y por una Bula dictada por éste, pero confirmatoria de otra precedente, debemos suponer que también antes de los quince años recibiera favores del Papa Eugenio IV. Su entrada en la Iglesia debe asignarse a una fecha bastante anterior a los quince años, probablemente a los siete, límite mínimo de edad impuesto por los cánones.

---

(1) La mayoría de los escritores han dado el 1431 como año de nacimiento de Alejandro VI, sobre la fe de Bruchard, que en su *Diarium* relata que el Papa, el día primero del año 1498, manifestó a los Cardenales que él había cumplido en el día anterior sesenta y siete años, habiendo nacido en el primer año del Pontificado del Papa Eugenio IV. Pero el mismo Bruchard, más adelante, dice que en 1503, su colega Bernardino fué impuesto por el Papa mismo de que tenía setenta y un años. Los documentos vaticanos que De Roo: *Material for a History of Pope Alexander VI,* ha visto, nos inclinan a creer que el 1432 y no el 1431 fué el año del nacimiento de éste.

(2) El Papa Nicolás V, en dicha Bula, declara que es inducido a conceder tales especiales favores por su *Vitae ac morum honestas aliaque laudabilia probitatis et virtutum.* Nosotros no damos gran importancia a estas palabras. Pero es justo apreciar este exagerado lenguaje eclesiástico, habitual en aquella época, tanto cuando suena a loa, como cuando resulta crítico. Para que el lector se acostumbre a esta forma exagerada, es por lo que consignamos lo anterior.

Bajo la protección del Cardenal Alfonso de Borgia, luego Calixto III, la carrera de Rodrigo fué rápida y brillante, y en 1449 el mismo Papa Nicolás V autorizó al Canónigo de Valencia Rodrigo Borgia a residir, por Bula del 17 de febrero, fuera de los lugares en los cuales radicaban los beneficios obtenidos (1). Este año 1449 es el último de su residencia en España, si se exceptúa el período de 1472 a 1473, en que la visitó como Legado del Papa Sixto IV. Es posible que el joven Rodrigo pasara algún tiempo en Roma, después de 1449, cerca del tío Cardenal, pero no mucho más tarde le encontramos en la Universidad de Bolonia estudiando Derecho. Para acusar a Alejandro VI de ignorancia y extender el nepotismo, que le favoreció en su carrera eclesiástica, a lo cultural, los biógrafos, en gran mayoría o casi la totalidad de ellos, le hacen llegar de España a Italia y tomar el camino de Bolonia sólo después de la coronación de Calixto III, o sea en 1456 (2). Pero lo cierto es que a Italia vino en 1449, según se infiere de la referida Bula de Nicolás V y de un discurso de Yason del Majno (3), y en Bolonia estuvo, ciertamente, por lo menos en el año 1453 (4). Un pasaporte en el cual el Papa Calixto III recomienda dar a Rodrigo y a su otro sobrino Del Milá todo género de consideraciones y auxilios, a los funcionarios de los territorios por donde deben pasar para trasladarse de Roma a Bolonia en 1455, no fué he-

*La llegada a Italia.*

(1) Diferentes Bulas del Papa Nicolás V tratan del joven Rodrigo. A las prebendas que le daba el Cardenal Alfonso Borgia se añadían los «beneficios» papales. En ésta que le autoriza a residir fuera de la sede de sus «beneficios», el Papa dice que autoriza al canónigo de Valencia, su hijo dilecto, *seu in Roma curia residendo, aut in Literarum Studio...*

(2) Becchetti ha incurrido en este error: *Istoria dei quatro ultimi secoli della Chiesa,* tomo VI, pág. 217. Otros escritores repiten las mismas palabras de Becchetti. Pero Gregorovius le supone en dicha Universidad de Bolonia durante siete años.

(3) Del Majno, cual orador de Milán, al congratular a Alejandro por su elección pontifical, en discurso pomposo y apologético indica que el Papa, a la sazón, había estado en Italia cuarenta y cuatro años.

(4) En una Bula de Nicolás V se dice que en el año 1453 Rodrigo *de Boria* estudia en Bolonia. Archivo Secreto Vatic. Regesto 428.—Nicolai V de Curia, libro XXIII, folio 75. La parte referente a la investigación de los archivos del Vaticano la tomamos de Peter de Roo, obra ya citada. Omitiremos en el futuro esta indicación, pero deseamos que conste nuestra gratitud al cuidadoso investigador.

mortuus est ... sepultus in inferno



cho, como Von Pastor estima, para su primer viaje a esta ciudad, sino para un viaje posterior.

*Los estudios.*

Alejandro VI, sin duda, hizo estudios muy serios en Bolonia durante cerca de siete años. En esta Universidad queda un documento en el cual se consigna la aprobación de sus estudios de Derecho y unas notas marginales que indican las fechas en que fué nombrado Cardenal, en que fué electo Papa y la de su muerte. Estas notas son de una época posterior, o sea, de cuando los Borgia habían adquirido su triste renombre. La última dice: «Mortuus est 1503, Augusti, et sepultus in inferno.» Los escritores coetáneos manifiestan que el futuro Papa fué graduado con todos los honores, y lo cierto es que Alejandro VI fué muy versado en cuestiones canónicas y que escribió trabajos muy apreciados en bastante temprana edad (1).

Sin tener en cuenta su correspondencia con Savonarola ni las cartas a los hermanos franciscanos, que son muchas y voluminosas, así como las cartas a los rutenos para que abandonasen el rito ortodoxo, todos documentos de gran valor canónico, Alejandro VI ha dejado a la posteridad dos publicaciones en defensa de la Fe: una con el título *Clipeus Defensionis Fidei Sanctae Romanae Ecclesiae,* y otra, *Constitutiones Ecclesiasticae.* También escribió dos libros, el primero más extenso que el segundo, sobre organización eclesiástica, y otros trabajos menores.

En resumen: lo que hemos indicado, que es lo único que existe de histórico en tal período, prueba que Rodrigo de Borgia entró en la carrera eclesiástica desde muy temprana edad, en la cual, gracias a su tío Cardenal, recibió constantemente «beneficios» o cargos eclesiásticos, con la remuneración consiguiente. Resulta igualmente que a los diecisiete años obtuvo autorización papal para seguir cobrando estos beneficios, a pesar de no estar en el lugar de los cargos que se los proporcionaban y de residir o en Roma cerca del Cardenal Borgia o en una Universidad. Y que, en efecto, más tarde, le encontramos en la Universidad de Bolonia. Todo esto, podemos decir con frase

---

(1) XIMENO: *Historia de Valencia,* vol. I, cap. XXIII, dice que fué graduado como el más eminente y juicioso jurisperito.

curialesca, está probado con documentos fehacientes que no admiten prueba en contrario. Pero la leyenda no podía faltar. El afortunado documento que ha servido de base a la gran mayoría de los escritores para crear esta familia legendaria del crimen, también sobre este primer período de la vida de Alejandro VI, prueba al mismo tiempo la fantasía de su autor y su propósito calumnioso. Sobre la guía de este documento, muchos escritores modernos, desde el siglo XVIII, no anteriormente, han consignado como hecho incontrovertible que el joven Rodrigo de Borgia, antes de ser eclesiástico, o en un período en que interrumpió su carrera, había sido hombre de armas y que había viajado extensamente. Y han agregado que luego, cambiando la espada por la toga, se había hecho jurista, defendiendo casos difíciles con sutil habilidad (1).

*La invención del primer crimen.*

Mas el caso trágico no podía faltar a la niñez del Papa Borgia. El documento aludido consigna que Rodrigo, a los doce años, mató a otro niño de su misma edad, pero de inferior condición social. El ataque, que fué feroz, prueba doblemente sus malos instintos, pues con un puñal infirió múltiples heridas en el bajo vientre de la víctima, buscando el lugar apropiado para producir el mayor daño. La causa no pudo ser más nimia, como convenía a la figura del gran criminal histórico, siendo debida a simples palabras irrespetuosas. El padre de Rodrigo no le castigó, ni tampoco la ley (2). El autor de esta fantasmagoría hace preceder este cuento trágico con un «se dice». Los escritores modernos, que lo han copiado de segunda o tercera mano, suprimen la indicación dubitativa.

Cuándo y cómo hubiera podido ser *condottiere*, a la manera española, en la penísnula ibérica, y en qué período abogado ilustre defendiendo casos judiciales ante las Cortes de Valencia, no lo sabemos, ni es fácil imaginarlo. Eclesiástico desde la niñez. En Italia, a los diecisiete años o poco más. En Bolonia, a los deciocho, o irrefuta-

---

(1) R. Rodocanachi, en *Une Cour Princière au Vatican*, pág. 140, dice: «on a avancé qu'il avait plaidé non sans succès devant les tribunaux valenciens». Y en una nota, añade: «On dit aussi qu'il s'etait fait chef de bandes: cela parait peu probable». Verdaderamente... poco probable.

(2) Que el padre no castigara a Rodrigo a los doce años no nos parece improbable, porque cuando éste tenía diez la muerte los separó.

blemente a los veintiuno. Cardenal a los veinticuatro años. Además, Alejandro VI, por rara casualidad, a diferencia de Julio II, ha hecho constar su desconocimiento en cuestiones de guerra. En cartas a Príncipes o en conversaciones en diferentes tiempos, dejó consignado que habiendo sido eclesiástico desde su niñez y durante toda su vida, no entendía de materia bélica.

La elección de Papa de Calixto III determinó la fortuna del sobrino Rodrigo, a la sazón en la Universidad de Bolonia. El Colegio cardenalicio, después de una dura lucha entre dos fuertes contendientes, escogió en transacción al viejo Cardenal Alfonso de Borgia, a causa de su avanzada edad de setenta y seis años. Los aspirantes al papado aplazaban a veces la lucha de este modo, en la esperanza de que el interregno fuese breve, como auguraba la vejez del nuevo electo, que en este caso duró tres años. Pero Rodrigo Borgia, de clérigo que gozaba de una alta protección, pasó a ser pariente del Papa; de un príncipe temporal que unía la más alta autoridad espiritual del mundo, al mando efectivo de un territorio; y como consecuencia, se apresuró a volver desde Bolonia a Roma, pero el Papa le reintegró a sus estudios, asegurándole que mientras tanto él se ocuparía de su porvenir. En efecto, los ricos beneficios empezaron a caer sobre su cabeza con prodigalidad extraordinaria.

*Beneficios nepotistas.*

El Papa Calixto III fué electo el 8 de abril de 1455, el 20 fué coronado, y ya el 10 de mayo había nombrado a este sobrino suyo protonotario apostólico, alto cargo a las directas órdenes del Vaticano. Poco después, en enero del siguiente año, le hace presbítero y canónigo en la Catedral de las dos diócesis reunidas de Segovia y Albarracín, y más tarde le concede la parroquia de Cuart, en la diócesis de Valencia. Estas concesiones se hicieron en consideración a las virtudes del beneficiado y por los servicios que presta a la Iglesia y al Papa. Rodrigo era simplemente un joven serio y estudioso a la sazón, que se preparaba para el doctorado; pero el nepotismo encontraba fáciles y bellas palabras para justificarse (1).

---

(1) Estas Bulas se encuentran en el Archivo Secreto del Vaticano, Calixto III, De Curia, anno I, tomo V, Regesto 440. Véase De Roo, obra citada.

Todos estos favores, por excesivos que fuesen, no llenaban ni los deseos de los familiares de Calixto ni satisfacían por completo el afecto que el mismo Papa tenía a su sobrino. El Pontífice era viejo y enfermo y sabía que, como Lorenzo *el Magnífico* dijo luego a Inocencio VIII, «no era inmortal, y que un Papa posee toda la potencia que quiere tener, pero no puede hacer su cargo hereditario, y no puede calificar de propiedad suya más que los honores y bienes que da a los suyos» (1). Desde el primer momento de su pontificado, Calixto III había decidido hacer a sus dos sobrinos, Rodrigo Borgia y Luis Juan del Milá y Borgia, Cardenales, o sea elevarlos a la más alta dignidad que estuviese en sus manos dar, pero deseaba al mismo tiempo que terminasen sus estudios. Hombre de alta cultura y jurista habituado al formalismo, no quiso abreviar la estancia de ellos en Bolonia, y no se decidió hasta más tarde, y con alguna dificultad, a poner el *cappello* sobre las cabezas, inclinadas hacia los libros, de los dos jóvenes estudiantes. En un Consistorio tenido el 20 de febrero de 1456, el Papa, en efecto, nombró tres Cardenales: Luis Juan del Milá, Rodrigo Borgia y don Jaime de Portugal, hijo del Infante Don Pedro. Fué una elección de jóvenes. Milá tenía veinticinco años; Rodrigo, veinticuatro, y don Jaime, veintitrés.

Otros Cardenales de menor edad aún fueron nombrados más adelante, pues el cardenalato no era entonces el último premio a una vida dedicada a la Fe y al Culto: era algo más complejo. El Cardenal tenía muy a menudo funciones de príncipe y de gobernante, y en ocasiones era comisario general cerca de los ejércitos o de las escuadras. La designación de estos tres nuevos Cardenales fué hecha *in petto*, forma no habitual, pero usada, en cuya virtud la designación no debía ser publicada por el momento.

***Cardenal «in petto».***

El Consistorio secreto y esta fórmula reservada de designación han invitado a los biógrafos a dramatizar el caso. Aun los más modernos entre éstos, dicen que hubo fuerte oposición a tales nombramientos y que, al fin, siendo la voluntad del Papa suprema en tales casos, los Cardenales transigieron, en la esperanza de que, hecho el nom-

(1) FABRONI: «ut supra».

bramiento *in petto*, el Papa, enfermo siempre, muriese antes de la publicación; y dicen, además, que el Papa hizo la publicación cuando, en el mes de septiembre, las malas condiciones higiénicas de la Roma de aquel entonces tenía fuera de la ciudad a los Cardenales contrarios. Todo esto resulta mera fantasía. En efecto, en la Bula en que el Papa crea Cardenal a Rodrigo Borgia consta la unanimidad no sólo de los presentes, sino hasta del único ausente, el Cardenal Obispo de Ostia, que se adhirió al acto, y al pie de ella se encuentran las firmas de todos los Cardenales. Es posible que haya habido fuerte oposición previa a este acto de evidente favoritismo familiar, pero de histórico no tenemos más que unos nombramientos hechos con toda garantía para el nombrado y en forma, si no habitual, común a muchos otros casos. El Papa Calixto III podía morir tranquilo. Como buen príncipe temporal, no pudiendo escoger en su familia su sucesor directo e inmediato, creaba unos herederos potenciales. La voluntad tenaz de uno de ellos y el tiempo hicieron que un segundo Borgia subiera al alto trono.

En esta época de su nombramiento de Cardenal nadie hubiera podido juzgar con severidad al futuro Alejandro VI. Sólo los escritores de las épocas posteriores, al condenarle por actos supuestos o reales de su vida de adulto, han querido manchar también su primera juventud. En esta fecha de 1456 no hay siquiera pretexto para acusar al joven que se preparaba a doctorarse en la Universidad de Bolonia, y que un tío Papa y Rey elevaba a un alto cargo.

Ciertamente, el nombramiento para tal dignidad de un joven de veinticuatro años, constituye un mero acto de favor; pero de este mal no estuvo exento ningún Papa de aquel período histórico. Y, caso extraño, pero real, los Papas de mayor importancia del Renacimiento fueron precisamente escogidos entre estos jóvenes que el nepotismo había elevado a la púrpura cardenalicia (1).

(1) Ejemplos: Julio II, Leon X, Clemente VII, Pablo III.

## CAPITULO III

# EL CARDENAL

*El noviciado.*

Demasiado joven era Rodrigo Borgia para los deberes que caían sobre sus hombros. Pero bajo la dirección de su propio tío, el Papa, y con su inteligencia bien cultivada, y sobre todo con su arrogante figura, realzada por el hábito cardenalicio, le era fácil el noviciado, que no necesita ser largo en carreras en que se ejerce mando y no se obedece. Además, en las funciones de gobierno, bajo una buena guía, es posible tener éxito fácil si nos domina una fuerte voluntad. Rodrigo, así por el entusiasmo del honor recibido en una edad en que los honores se aprecian doblemente, como por su naturaleza exuberante, tenía el carácter preparado para cualquier empresa.

*La primera misión.*

Calixto III, pocos meses después de haber hecho público el nombramiento, designó al nuevo Cardenal como vicario papal en la Marca de Ancona, con poderes plenos, temporales y espirituales; y con este pretexto, le cubrió de «beneficios», algunos *pro tempora,* o sea durante un tiempo determinado, para sufragar los gastos de esta misión, y otros permanentes. La Marca de Ancona necesitaba en aquel entonces una mano fuerte, y al mismo tiempo un buen administrador, celoso y severo. El Cardenal Borgia se mostró a la altura de su misión. Un noble de Ascoli, en una de esas conjuras habituales, había asesinado a un Juan Sforza, tirano de la ciudad; como consecuencia de su éxito criminal, calificado por el triunfador de victoria popular, se

sustituyó en el cargo y en el ejercicio de la tiranía de su víctima. Otra conjura, más tarde, lo expulsó de la ciudad, salvándose milagrosamente. Pero conociendo los cambios de los sentimientos colectivos, el noble señor asalta y toma la fortaleza papal, que ejercía la guarda de aquel dominio, en la esperanza de volver al gobierno del Estado, animado por un espíritu de venganza homicida, que conocen los que están familiarizados, en la vida y en la historia, con estos períodos de luchas facciosas. El Cardenal Borgia pasa por Ascoli al iniciar su misión; comprende que hay dos víctimas en esta tragedia: una, de derecho, que es el Papa, al cual no se le obedece, a pesar de ser el verdadero soberano de aquellas tierras; y otra, de hecho, el pueblo, que paga con su sangre las contiendas de sus amos; y sin preocuparse de las dificultades ordena a las fuerzas papales atacar el castillo. Le sonrió la fortuna. La lucha es breve, la fortaleza es conquistada, y hecho prisionero el rebelde, no manda ejecutarle, según la costumbre, sino que le envía a Roma.

Si nosotros quisiéramos introducir la novela en la historia, daríamos este acto como punto central de toda la política posterior del que luego fué Papa Alejandro VI. En efecto, es la primera vez que Borgia se encuentra frente a frente a estos tiranos, que se disputan entre ellos las posesiones de la Roma papal a fuerza de asesinatos, de traiciones y de conjuras. Es la primera vez que él ve claramente que la debilidad de la Iglesia en lo temporal permitía estos abusos, causa de tantas desgracias ciudadanas y de tanta vergüenza a la Iglesia misma. Pero, fuera del drama, en la realidad de la vida diaria, debemos admitir que en el joven Príncipe de la Corte romana se preparaba con este caso especial aquella psicología que más tarde, cerca de cuarenta años después, le lleva a cambiar la política de transigencia de los Papas precedentes, y no se apoya sobre un tirano para combatir a otro, sino que los combate a todos. Desde esta temprana hora debe comprender que bajo el nombre de vicarios se ocultaban usurpadores, los cuales, a su vez, dominaban a la Iglesia, llamándose sus defensores.

El nuevo Cardenal dió prueba también, en esta primera misión, de su capacidad fiscal y administrativa, por la cual debía ser alta-

mente apreciado más tarde, aun por sus enemigos. Resolvió la cuestión del impuesto sobre la sal y aumentó su rendimiento; actuó en materia de justicia; castigó a otros nobles rebeldes y confiscó sus bienes en favor de Roma. No podía esperarse un comienzo más favorable en la nueva y afortunada carrera.

*El éxito en las primeras pruebas.*

El viejo Papa hablaba regocijado de los éxitos del sobrino en el Consistorio; todo el afecto íntimo del clan de los Borgia, tan numeroso y tan unido, desbordaba en sus palabras (1). Y tomó nuevo pretexto de estos éxitos para dar otras prebendas al joven Cardenal. No pudiendo nombrarle Obispo, le hizo administrador de la Diócesis de Gerona, para que luego la ocupase en propiedad al llegar a la edad requerida de los veintisiete años. Pero tantos beneficios rápidamente concedidos no llenaban aún el alma papal, que consideraba haber encontrado al continuador glorioso del nombre ilustre de los Borgia. Y si bien sigue protegiendo a los otros sobrinos y a todos los parientes, especialmente a Pedro Luis Borgia, para el cual ha soñado hasta el reino de Nápoles, como sabe que sólo en la organización eclesiástica hay en aquel entonces éxitos y honores sin peligros, en 1457, cuando estima que puede hacerlo sin gran oposición, nombra al Cardenal Rodrigo Vice-Canciller de la Iglesia. El segundo puesto en esa organización universal.

*Vice-Canciller.*

Canciller de Dios en la tierra es el Papa. El Vice-Canciller, si no era un Vice-Papa dada la autocracia eclesiástica, era el jefe de la organización interna y la más alta dignidad después de la del Pontífice. Además, el cargo de Vice-Canciller estaba bien retribuido. Jacobo de Volterra indica que posiblemente sus entradas llegan a ocho mil florines al año, suma considerable para la época (2). En honor

(1) «El Supremo Pontífice ha elogiado altamente a Vuestra Eminencia, y todos, en el Colegio de los Cardenales, reconocen que ellos le deben estar obligados... Toda la Corte de Roma se alegraría grandemente de vuestra llegada... Vuestra presencia sería de gran alegría para él (Calixto III)... Yo no sé lo que se decidirá sobre vuestra vuelta (a Roma), pero si puedo hacer algo para acelerarla, no dejaré de hacerlo...» Carta de Eneas Silvio Piccolomini, Cardenal de Siena (luego Papa Pío II), al Cardenal Rodrigo Borgia, de 1 de abril de 1457. En *Opera Omnia,* de Eneas Silvio Piccolomini, Epístola 257.

(2) Jacobo de Volterra es un autor que escribió sobre Alejandro VI antes de la muerte de éste. Escribió un *Diarium Romanum,* desde el Pontificado de

Rodrigo Borgia: Vice canciller no sólo de su tío Calixto III, sino de los 4 Papas posteriores



de Calixto III, es deber consignar que su espíritu nepotista no sacrificó con este nombramiento los intereses de la Iglesia. Cualesquiera que sean las opiniones que se tienen sobre el Papa Borgia, no se puede negar que en este cargo, tanto en las funciones eclesiásticas como en las administrativas y temporales, su éxito fué completo. El Cardenal Borgia continuó, en efecto, de Vice-Canciller durante todo el tiempo en que fué Cardenal, o sea desde 1457 hasta 1492. Los sucesivos Papas, Pío II, Paulo II, Sixto IV e Inocencio VIII, le prodigaron en tales funciones sus aplausos y siguieron sus indicaciones en las reformas que se adoptaron en la Cancillería. Pío II había apreciado la labor del joven Cardenal antes de ser Papa: «Rodrigo Borgia gobierna la Cancillería al presente; es joven en cuanto a sus años, es cierto, pero es viejo en cuanto a su juicio» (1). Sixto IV declara que Rodrigo ha sido por muchos años Vice-Canciller, con eximia y solícita virtud y exactísima diligencia (2). El Papa Inocencio VIII, a su vez, calificó la Cancillería de Borgia como la que daba a la Santa Sede el mayor conocimiento de las cosas.

*Los grandes gastos.*

Si la remuneración era crecida, los gastos inherentes al cargo lo eran más a veces, sobre todo en los primeros tiempos, cuando el Cardenal Borgia hubo de construir un gran edificio, que quedó por muchos años como Cancillería vaticana. Este edificio, donado en cierto modo, como veremos, al Cardenal Ascanio Sforza, cuando Borgia fué electo Papa, por haberle sustituído en el cargo de Vice-Canciller, ha sido el motivo principal en que se ha basado la acusación de que tal elección papal fué simoníaca. El Cardenal Borgia, a pesar de estar cubierto de «beneficios» y de la retribución de Vice-Canciller, no tuvo

[illegible] del edificio al próximo vice-canciller

Sixto IV hasta el de Julio II; pero ha llegado hasta nosotros sólo el primer período, el de Sixto IV. Es escritor imparcial y de un buen sentido histórico. Algunas de las cartas, tan bien redactadas, del Cardenal Ammanati Piccolomini, son de él, pues fué secretario de este Cardenal. Debe tenerse en cuenta que los que escribieron en vida del Papa, sin que sus escritos fuesen objeto de correcciones posteriores, hablan bien, o, por lo menos, no mal de Alejandro VI.

(1) Palabras reproducidas por LEONETTI: *Papa Alejandro VI*, vol. I, página 166.

(2) «Multis annis eximia virtutis solertissima et exactissima diligentia.» Bula de 13 de junio de 1482, Archivo Secreto Vaticano, Sixto IV, tomo LXXV, Regesto 620, folio 145.

siempre suficiente dinero para cumplir sus compromisos, debiendo acudir a menudo a préstamos, y hasta le vemos hipotecar, digámoslo así, los productos de estos múltiples «beneficios» por un largo período.

*El nepotismo del Papa Calixto III.*

El Papa Calixto III no murió sin haber vertido por entero el vaso de la fortuna sobre este sobrino. Le dió cuantos honores pudo y todas las posiciones y las entradas que estimó necesarias para que fuese, a pesar de lo reciente de su nombramiento, uno de los Cardenales más poderosos. Y para que la fuerza material acompañase a la espiritual y a la financiera, le hizo jefe de toda la organización militar, mientras era jefe de los Ejércitos el propio hermano de Rodrigo, el ya mencionado Pedro Luis Borgia.

La intensidad del nepotismo de Calixto III fué superior, dada la brevedad de su pontificado, a todo lo que había habido en el pasado y lo que hubo en el futuro, aun siendo esto excesivo. Probablemente las presiones familiares tuvieron mayor eficacia sobre este Papa que sobre los otros, por su avanzada edad y por los achaques que siempre tuvo, que le obligaron a quedar recluído, sin que llegaran a sus oídos siquiera los murmullos de los cortesanos envidiosos o insatisfechos, que hacen función de opinión pública cuando el aire libre de la calle no penetra en las cámaras de los poderosos. Calixto pudo morir tranquilo; Rodrigo Borgia había hecho durante sus tres años de pontificado una carrera de un cuarto de siglo.

El joven Cardenal, ya solo, demostró que no necesitaba ni de los consejos ni de la alta protección del Papa muerto. Después de haber cumplido con los deberes que el triple vínculo que tenía con Calixto III, Papa, pariente y protector, le imponía, desafiando al populacho, que impidió que los funerales tuviesen el grado de dignidad y de piedad que como Papa y como hombre exigía el difunto; después de haber salvado la vida a su hermano Pedro Luis y hecho para él un buen arreglo monetario, se entregó enérgicamente al cumplimiento de sus funciones y a mantener y aumentar con su inteligencia y habilidad la posición que tan fácilmente había alcanzado.

*El Cardenal Rodrigo y los Cónclaves.*

Lo más conocido de su labor de Cardenal se refiere a los Cónclaves sucesivos a que asistió. Borgia, en los cuatro Cónclaves a que concurrió, decidió virtualmente la elección, y en tres al último momento,

votando en los primeros escrutinios en contra del que tenía más votos, para luego, con movimiento elegante y certero, dar la mayoría necesaria y resolver como árbitro más que como uno de los votantes. Es en estas asambleas electorales donde todo Cardenal determinaba gran parte de su carrera futura. En aquella hora única, el Cardenal es soberano, como lo es modernamente el pueblo en los comicios públicos. Su habilidad debía consistir en obligar al nuevo electo tan sinceramente que éste, monarca absoluto, o sea sin frenos jurídicos, por superior a la ley, y sin otros frenos morales que los voluntarios, recordara espontáneamente el favor recibido.

Joven, muy joven, en el primero de ellos, Rodrigo ofreció su voto al Cardenal De Estouteville. Los Cardenales en el Cónclave creyeron que la mayoría necesaria de las dos terceras partes de los votos se daría probablemente a favor de éste desde la primera votación. Estouteville, Cardenal de Rohan, «había entrado Papa en el Cónclave», como se decía entonces. Pero como a nadie convenía una elección fácil, todos votaron, en el secreto de la urna, en contra de la palabra empeñada, y lo hicieron por nombres de Cardenales que no tenían presentada siquiera su candidatura, dispersando así sus votos. De Estouteville, que se consideraba Papa, quedó abismado ante tanta perfidia. En la segunda votación, el Cardenal Borgia cumplió su promesa y votó por él. Pero se confirmó una vez más la frase: «el que entra Papa en un Cónclave, sale Cardenal». Estouteville no fué electo. El favorecido fué Eneas Silvio Piccolomini, el Cardenal de Siena, escritor elegante y erudito, inteligentísimo diplomático y hombre de Estado, cuyas cualidades de espíritu le ponen muy cerca del genio.

*Formas de las votaciones en los Cónclaves.*

Es preciso explicar las formas del procedimiento de los Cónclaves para poder ver la importancia que tuvo el Cardenal Rodrigo Borgia, aún joven, en esta primera prueba, y cómo, a pesar de haber sido adverso a Piccolomini, resultó ser el factor más importante de su elección. El Papa puede ser electo de diferentes formas. La primera es la que en derecho parlamentario moderno se califica «elección por aclamación». La Iglesia ennoblece el nombre llamándola «elección por inspiración». Un número grande de Cardenales empieza a dar, en altas voces, el nombre de uno de sus miembros. Si estas voces

salen de los pechos de las dos terceras partes más uno, habiéndose obtenido el número necesario, el que lleva el nombre aclamado es electo. Este método es raro en la práctica y resulta útil en teoría sólo cuando hay una casi unanimidad de pareceres. Es, por otra parte, un método peligroso, que los Cardenales han excluido a menudo por pacto recíproco, pues influye en los débiles de espíritu o en los que temen no estar con la mayoría. La segunda forma es la llamada «por adoración». Cuando el candidato es un Cardenal de gran respeto, venerable anciano o carácter enérgico, propio para una hora difícil, la misma mayoría requerida de las dos terceras partes más uno se levanta de sus sillas y se va a poner a los pies del colega que quiere elegir. La tercera es la del escrutinio secreto. La más común, la más usada, especialmente en las primeras votaciones. Pero hay dos más que pueden considerarse suplementarias: una, que se califica «de accesión», y otra, «de compromiso». La accesión resulta útil cuando, después de muchas votaciones, no habiendo dado el escrutinio secreto la mayoría necesaria, el Cónclave se prolonga excesivamente; entonces se acuerda que de viva voz un Cardenal puede rectificar su voto y sumarlo a uno de los que han obtenido una mayoría relativa. Si uno de los Cardenales llega en esta forma a alcanzar los sufragios necesarios, cesan inmediatamente las declaraciones de votos, y ya *Papam habemus* (tenemos Papa). La votación de compromiso se practica cuando siendo imposible elegir Papa en ninguna de las formas precedentes y el Cónclave se prolonga más de lo prudente, con la consiguiente disminución de comida para los Cardenales y el tumulto en la calle, se nombra un Comité con plenos poderes para designar al nuevo Papa.

*Estouteville y Piccolomini*

En esta lucha entre Estouteville y Eneas Silvio Piccolomini, el Cónclave acordó, después de una votación de seis por nueve, que entre el primero y el segundo se procediese por vía de accesión a completar la elección. En el silencio natural de estos momentos solemnes, el que toma la iniciativa rompiendo la reticente espera en que se sitúa la gran mayoría, resulta imprudente o decisivo. Rodrigo Borgia, mientras los Cardenales se miraban ansiosos los unos a los otros, como para descubrir recíprocamente sus intenciones, vacilantes en el fondo,

pero deseosos de acertar quién sería el triunfador, se levantó sobre su trono de terciopelo gravemente, con su arrogante figura de joven de veintiséis años, y dijo con solemnidad: «Yo accedo al Cardenal de Siena.» Con ello, no solamente Eneas Silvio se acercó a la mayoría requerida, sino que Estouteville perdió un voto, retrocediendo de seis a cinco votos. La suerte estaba echada. Inmediatamente, el Cardenal Tebaldo accedió también al Cardenal de Siena, y cuando ya la votación estaba virtualmente hecha, el Cardenal Colonna manifestó su voluntad favorable.

La maledicencia de los años de la adversa leyenda ha hecho creer que Borgia traicionó a Estouteville. Si actos de este género se califican de traición, no podría haber nunca mayorías electorales. Un sano concepto de la vida explica suficientemente la actitud del Cardenal Borgia. Después de una votación parcial en que se ha formado una fuerte mayoría, él sigue a esta mayoría. Se ha dicho que ambos contendientes habían ofrecido a Rodrigo Borgia mantenerlo en el cargo de Vice-Canciller, pero que Eneas Silvio le había hecho saber que Estouteville se entendía con otro Cardenal, siendo ésta la causa de la decisión de Rodrigo en el último momento. En el campo de las hipótesis es más plausible creer que si Eneas Silvio hubiese tenido conocimiento de la doble promesa de su adversario, lo hubiera comunicado a Borgia durante los escrutinios, y si éste hubiese creído la intriga del candidato, hubiera, entonces, cambiado su voto.

También se ha dicho que fué llevado a votar por Piccolomini bajo la presión de un Estado italiano, el de Milán. Pero no se piensa que sólo en último extremo votó Borgia por este candidato, cuando el Cónclave, rígidamente guardado, estaba cerrado a todos y no era posible desplegar acción alguna desde fuera. Eneas Silvio había querido ganarse el voto de Rodrigo desde el primer momento, pero el fino escritor y diplomático presentaba al joven español un argumento poco convincente para sus aspiraciones futuras; le decía que otro Papa extranjero sería causa de dificultades para la Iglesia, y que de no quererle dar su sufragio, que votara de todos modos por un italiano. El astuto erudito quería debilitar al Estouteville, que era candidato fuerte, pero Borgia no podía aceptar esta teoría de que el extranjero en la Curia

romana podía ser perjudicial, y es posible que por ello precisamente haya votado por Estouteville en los escrutinios.

*Elección de Sixto IV.*

En la elección del Cardenal Francisco de la Rovère, que se dió luego el nombre de Sixto IV, Rodrigo tomó la misma actitud que en la de Pío II. En realidad, Francisco de la Rovère no parecía tener posibilidad alguna de éxito. Al comienzo del Cónclave otros eran los nombres que se discutían. Borgia votó por el Cardenal de Ravena, pero la lucha áspera se sostuvo entre los Cardenales Gonzaga y Estouteville durante dos días. Al final de éstos, Gonzaga creó como candidato suyo a Francisco de la Rovère, de pobre cuna, modesto, apolítico; no pudiendo ser él Papa, el Cardenal Gonzaga pretendía elegir a uno que siguiera luego sus consejos. Rodrigo votó contra De la Rovère, pero al ver que éste tenía una fuerte votación, propuso él mismo el sistema de accesión, para dar término al Cónclave. Y, obtenido esto, se levantó para adherirse a la mayoría de los votantes; le siguieron el propio Estouteville y Barbo, sobrino de Paulo II, y así Francisco de la Rovère fué Papa.

*Decano y exhortador.*

A la muerte de Sixto IV se abrió el Cónclave el 26 de agosto de 1484. Esta vez entraba ya el Cardenal Borgia como un dominador. Era el Decano del Sacro Colegio, y uno de los candidatos. De los Cardenales de su época no había más que él y su primo, Del Milá, que, retirado en España desde mucho tiempo, se desinteresaba de Roma y de su Corte.

Rodrigo pronunció el discurso de exhortación invitando a todos a votar por la persona que con más aptitudes podría servir a la Iglesia. Los escrutinios empezaron, y para evitar sorpresas en esta ocasión, se acordó previamente que durante aquel primer día no se acudiría al sistema de accesión. Se quería dar a la asamblea el tiempo necesario para formar una espontánea y concordante mayoría, y no verse obligado cada miembro a tomar una decisión bajo la mirada escudriñadora y crítica de los demás.

*Cómo fué electo Inocencio VIII.*

En las primeras votaciones, un buen número de Cardenales votó por Marco Barbo, Cardenal de San Marco; otros votaron por Borgia, y otros, por Julián de la Rovère, el futuro Papa Julio II. Otros votos se dispersaron sobre diferentes nombres. Sobrevino la noche

sin que se lograra reunir la mayoría necesaria. Entonces, en privadas conversaciones, entraron en escena los dos futuros adversarios, Rodrigo Borgia y Julián de la Rovère, los cuales, de acuerdo, abandonaron sus aspiraciones personales, probablemente porque, convencidos que no podían ser electos, convinieron en que la Iglesia estaría bien defendida por el Cardenal de Santa Cecilia, Juan Bautista Cibo (1). Este era descendiente de una noble familia, distinto en esto de su predecesor, pero igualmente de la Liguria, pues Sixto IV había nacido en Savona, y éste, en Génova.

El apoyo que el Cardenal Borgia dió a Juan Bautista Cibo fué debido no sólo a las esperanzas que se ponían en él como hombre de temperamento tranquilo y conciliatorio, que todos deseaban después del fiero Sixto IV, sino también para oponerse a Marco Barbo, cuya elección no deseaba. Este Cardenal hubiera triunfado, sin embargo, de no haber sido veneciano. El Papa Sixto IV había lanzado un interdicto contra Venecia, precisamente el año precedente, y esto provocó un estado de gran animosidad entre la Santa Sede y Venecia. Toda la política veneciana era entonces, como en múltiples otras ocasiones, contraria a la política vaticana y al interés del resto de Italia. En efecto, Venecia, en este mismo año del Cónclave, sugiere a Carlos VIII la conquista de Nápoles, y firma la paz de Bagnola, en contra de la Liga Italiana, para anexionarse en su marcha expansionista en tierra firme las *Polesine* y Rovigo (2).

Un veneciano sobre la silla de San Pedro no podía ser del agrado general de los Cardenales, tanto más cuanto que el espíritu nacionalista, si la palabra cabe al hablarse de una ciudad, era muy conocido de sus naturales. Las virtudes del Cardenal Barbo fueron eclipsadas por esta consideración política. Los adversarios de Borgia de los siglos posteriores no podían dejar de atribuir la actitud de él al temor que le inspiraban estas virtudes de Barbo. Consideraciones políticas y no

(1) **Rodocanachi, sobre la guía de otros escritores precedentes, dice que la elección se debió del todo a Julián de la Rovère:** ***Une Cour Princière au Vatican*****, pág. 82.**

(2) **Romanin:** ***Historia Documentada de Venecia.*** **En el volumen IV trata de la política veneciana de aquel período.**

¿En qué consistía la simonía?



personales influyeron sobre el ánimo del Decano del Sacro Colegio.

En la elección de agosto-septiembre de 1464, Borgia estuvo, en cambio, desde el primer momento, al lado del Cardenal Pedro Barbo, otro veneciano, tío de Marco Barbo, que, electo, asumió el nombre de Paulo II. Parece, además, que fué considerado como su gran elector, a pesar de que una reciente enfermedad contraída en Ancona, al lado del Papa Pío II, le hizo entrar todavía convaleciente en el Cónclave. El enviado de Mantua escribe a su príncipe en aquellos días: «El Vice-Canciller (Borgia) tendrá gran influencia con este Papa, y ciertamente se lo ha ganado bien» (1).

Esta habilidad de saber ganar siempre, o dirigiendo una elección o dando el margen debido en el momento oportuno, es propia de los espíritus sin pasión y calculadores. Naturalmente, Rodrigo recibió los frutos de tantas repetidas victorias.

*Crecimiento de la autoridad cardenalicia.*

La autoridad cardenalicia se había ido elevando desde el tiempo de los cismas. Nuevas prerrogativas se habían añadido a las viejas. Los Papas se debían obligar, antes de su elección, a múltiples concesiones en favor de los Cardenales, llegándose hasta fijar una suma del tesoro papal para los Cardenales cuyos beneficios no llegasen a proporcionarles la vida suntuosa de príncipes de la Iglesia y príncipes temporales. En los Consistorios, antes de procederse a una elección, cada uno de los Cardenales firmaba una lista de obligaciones, podríamos decir, todo un programa papal, para el caso de ser electo, y entre ellas, la principal consistía en los deberes que asumía en relación con sus antiguos colegas.

*En qué consistía la simonía.*

En estas condiciones no es nada extraño que el candidato diese a entender de antemano o dentro de los Cónclaves, con estas bellas formas indirectas de los clérigos, tomadas en préstamo a los clásicos o dictadas por la psicología del oficio, qué cosa entendía hacer con los «beneficios» propios que quedaran vacantes al ser electo. Todo Papa, al dejar de ser Cardenal, debía abandonar estos «beneficios»,

---

(1) Ludovic Von Pastor reproduce un documento sobre este extremo. Documento 67, en su *Historia de los Papas*. Hemos usado indistintamente las ediciones alemana, inglesa e italiana de esta obra al hacer las referencias, a causa del lugar en donde hemos trabajado.

y todo Cardenal papable, por lo general, tenía muchos de ellos, porque si era papable debíase, principalmente, a que era un Cardenal importante. Que se hiciesen ofertas indirectas, no es dudoso. Cuanto se dice sobre la simonía de los Cónclaves hay que entenderlo como algo distinto a un real y verdadero mercado de votos. Naturalmente, los vencidos y los grupos que los acompañaban, al ver defraudadas sus esperanzas, acusaban de corrupción y de venalidad a sus adversarios afortunados. Pero el grado de corrupción y de venalidad de los vencedores no era más bajo que el grado de corrupción del derrotado, que no había usado armas diferentes, aunque ambos no violaban, por lo menos en la forma, la legalidad vigente en la materia.

En las organizaciones democráticas que pasan por períodos agitados sucede lo mismo. El que ha sido vencido en buena lid, la relativa buena lid de todas las luchas agrias, exagera las pequeñas violaciones electorales y atribuye la victoria del adversario a malas artes, a compras de votos, a violencias personales o gubernamentales. El hecho real es que las formas electorales no son perfectas; pero una mayor verdad existe por encima de ésta, y es que no son siempre del todo imperfectas y arbitrarias como las considera el vulgo que no analiza.

Nosotros encontramos al Cardenal Rodrigo Borgia colmado de favores después de cada Cónclave, y durante el resto de los pontificados. Pero, como en él, sucedía con los otros Cardenales activos que prestaban servicios en la Corte de Roma y residían en ella permanentemente. En cuanto al Cardenal Borgia, sin embargo, parece que, además, se le encomendaban las funciones de mayor dificultad y más dispendiosas, y que los Papas todos quedaron siempre satisfechos del celo, actividad y buen juicio que él desplegaba en cumplir tales obligaciones. Las continuas Bulas, con las cuales se le daban encomiendas y beneficios, no se diferenciaban en el tono de las primeras que firmó su tío, el Papa Calixto III, y son constantes, una después de otra, a pocos meses de distancia. Los elogios que contienen para el beneficiado podrían servir para escribir de él una historia apologética; pero es preciso considerar que era prosa oficial sometida a fórmulas comunes.

gastos de Borgia — En lo público y en lo personal



*Importancia real de Rodrigo Borgia.*

Mas la estimación que rodeaba al Vice-Canciller Borgia está probada fuera de la prosa protocolaria. Los Papas deseaban su compañía, aceptaban sus consejos, le daban misiones en que tenían gran interés, acudían a él constantemente. En múltiples ocasiones en que los Papas salían para visitar las tierras del patrimonio de la Iglesia, le encontramos a él siempre, o en la mayoría de los casos, mientras que el resto del cortejo era formado por un número reducido de Cardenales que alternaban en estas funciones.

El está en relación con los poderosos de la tierra. Los recibe en Roma cuando llegan, abriendo de par en par las puertas de su magnífica casa. En los programas oficiales de tales acontecimientos hay siempre un acto suntuoso en casa de Borgia. Ascanio Sforza, de la poderosa casa ducal de Milán, elegante y refinado, no puede dejar de manifestar a su hermano Ludovico *el Moro* la belleza de uno de esos banquetes al cual asistió, precisamente en una ocasión en que llegaba un Príncipe de la Casa de Aragón, de Nápoles.

En las fiestas religiosas, el Cardenal Borgia, igualmente, toma el primer puesto, despliega sus tapices, cubre de flores un largo trecho de la calle, ilumina maravillosamente la fachada de su casa. Su prodigalidad en tales casos raya en la extravagancia.

En su vida privada es, en cambio, modesto hasta lo frugal; Bruchard, Maffei y otros nos dicen que en su mesa se sirve un solo plato, y que César Borgia y los otros Cardenales evitan quedarse a comer con él (1). A diferencia de Julio II, a quien todos deseaban no encontrar después de las comidas, es completamente abstemio. En la intimidad, gasta lo menos posible, y los que le rodean califican esta actitud de avaricia.

Sus ingresos son enormes, pero sus gastos públicos son igualmente excesivos. Edifica el Palacio Episcopal de Piensa para agradar a Pío II, quien, por razones sentimentales, quiere crear esta ciudad. Reconstruye las fortalezas de Subiaco y también el castillo de Civita Castellana. En 1461 contribuyó con treinta hombres de armas a la guerra contra Segismundo Malatesta, o sea, más que ningún otro Cardenal. En la

(1) Rafael Maffei da Volterra, en *Commentariorum Urbanorum.*

Cruzada que preparó Pío II contra los turcos, desafortunada empresa que terminó con la peste de Ancona y con la consiguiente muerte del Papa, concurre con una galera, que le costó miles y miles de ducados. Mejoró todas las iglesias que estaban en su Episcopado, gastando sumas enormes.

*Palabras de Gherardi de Volterra.*

De Borgia, en el tiempo en que era Cardenal, tenemos una descripción palpitante de Jacobo Gherardi de Volterra: «Varón de versátil inteligencia, de alma grande, orador fácil, aunque sus palabras no revelan un alto valor literario. Temperamento cálido, pero mira las cosas que trata, sobre todo bajo el prisma del interés; hábil en buscar la fortuna de actuar («ser ante omnia mirae ad res tractandas industriae. Claret mirum in modum opibus»). Múltiples Reyes y Príncipes están ligados a él por amistad...; posee, principalmente en España e Italia, ricas entradas sacerdotales, y preside tres sedes catedrales: Valencia, Porto y Cartagena, y de la Cancillería recibe una suma que, según se dice, llega a ocho mil ducados. Tiene vasos de plata, piedras preciosas, hábitos sagrados de oro y de seda, y libros de doctrina...; al punto que se le considera el más rico, si se excluye al Cardenal De Estouteville» (1).

---

(1) *Diarium Romanum* de JACOPO GHERARDI DE VOLTERRA, pág. 48. Edición Muratori.

CAPITULO IV

# ACUSACIONES DE INMORALIDAD

*Dificultad del relato de la vida de Borgia en esta época.*

Un relato, día por día, de la vida del Cardenal Borgia, no tendría base histórica, por la falta de datos exactos, y sería monótono agrupar hechos de su vida eclesiástica consignando las funciones religiosas en que ha tomado parte en las grandes ocasiones, y las prebendas y «beneficios» recibidos o dispensados. En realidad, la vida de los Cardenales se desarrollaba en aquella época a la sombra del Papa, que representaba a la Iglesia en su totalidad. Un Borgia, además, no tiene importancia histórica, sino dentro del papel que los escritores le han asignado, principalmente en lo referente a su política peculiar y a la supuesta inmoralidad de sus costumbres. Hablar de algún viaje privado, de un banquete o de una excursión cinegética, es cosa sin importancia. Lo interesante, en el punto a que hemos llegado, es saber cuánta verdad hay en lo que se ha escrito y repetido sobre las pruebas de erotismos y de perfidia del Cardenal Borgia antes de llegar al papado.

Debemos manifestar que, hasta dentro del círculo fantástico de las acusaciones, poco ha sido dicho sobre ello, hasta que Rodrigo llegara a la edad de sesenta años, porque de las relaciones con la Vannozza y Julia *la Bella,* o sea Julia Farnese, no encontramos huellas antes del Cónclave de 1492, en el cual alcanzó la tiara.

Ya nosotros hemos probado lo fantástico de las acusaciones sobre su primera juventud, que, por otra parte, son negadas o puestas en

Ver la dee reproche de Isabel

duda por la mayoría de los escritores modernos. Vamos a examinar ahora lo poco que de histórico queda de la vida del Cardenal Rodrigo Borgia en relación a esta atracción sexual que provocaba su bella persona, según se afirma; atracción que un escritor del tiempo presenta en una frase elogiosa para él, y que la posteridad ha usado para denigrarle. Fuera de dos episodios más o menos reprensibles, no hemos encontrado huellas ni de los banquetes y fiestas licenciosas ni de una vida matrimonial de buen sabor burgués.

*Afecto de Eneas Silvio Piccolomini.*

Eneas Silvio Piccolomini, que sucedió a Calixto III con el nombre de Papa Pío II, tenía especial predilección por el Cardenal Borgia. De su nombramiento de Cardenal dice que, aunque joven para tan alta dignidad, la distinción que se le hizo no fué injusta, debido a sus conocimientos, a su prudencia y a sus buenas formas. Su designación de Vice-Canciller la trata con igual bondad y aprecio, afirmando que el Cardenal es joven de años, pero viejo por sus modales y juicio. Electo Papa Eneas Silvio, le da pruebas evidentes de afecto, favoreciéndole con «beneficios» más o menos abundantes, como en los tiempos del Papa Calixto III. Le mantiene en el cargo de Vice-Canciller, cargo de continuo trabajo, pero también de remuneración crecidísima y fuertemente codiciado. A principios de su Pontificado, debiendo asistir al Congreso de Mantua, a fin de seguir la obra de su predecesor y conseguir la unión de los Príncipes cristianos para una liga contra los musulmanes, pidió al Cardenal Borgia que le acompañara en unión de otros cuatro Cardenales. De vuelta de Mantua, en donde el Papa tuvo poco éxito, se dirigió a Siena, seguido también por el Cardenal Borgia. Eneas Silvio volvía siempre con gusto a su ciudad nativa, pero en esta ocasión lo hacía obligado por la gota. Quería hacer una cura de agua en Petriolo y descansar fuera de Roma, evitando los fuertes calores de la Ciudad Eterna. El Cardenal Borgia permaneció a su lado todo el tiempo.

Es en esta ocasión cuando aparece por primera vez una acusación concreta contra Rodrigo Borgia.

*El incidente de Siena.*

El Papa, en el mes de junio de 1460, estaba en Petriolo; el Cardenal Borgia se hallaba, en cambio, a poca distancia: en Siena. El incidente a que aludimos no fué relatado por ningún cronista de la época, y parece no haber sido conocido por los historiadores contemporáneos

de Alejandro VI. Pero los pormenores del mismo nos llegan directamente de Eneas Silvio, que recopilaba hechos y documentos suyos y de su tiempo, y se encuentran en una carta severa que el Papa escribió personalmente al Cardenal Borgia. La carta ha sido considerada apócrifa por algunos escritores católicos, afirmando que el estilo no es elegante como el que usaba el ágil latinista Eneas Silvio. Nosotros nos inclinamos a considerarla, con Von Pastor y L'Espinois, del todo auténtica, no sólo por la sinceridad de la expresión, sino porque no se trata de un documento aislado, sino de una breve correspondencia. Todo el incidente, al ser conocido, desvanece el fin acusatorio que le han dado los biógrafos más recientes.

Los falsificadores, habitualmente, se entretienen sobre documentos aislados y no falsifican sin tener una finalidad determinada. No negamos, sin embargo, que haya podido ser alterada tal carta en algún extremo, pero la sustancia es exacta. Que el estilo no sea de un latinista de fama, no es argumento convincente para negarle autenticidad. El Papa, al escribir *calamo currente*, pudo no usar su forma habitualmente elegante, o también pudo ordenar a un secretario redactar la misma, dada la premura con que lo hizo y la gota que le afligía.

La carta contiene el relato de lo acontecido y es útil reproducirla in extenso, traducida del latín. Ella habla el lenguaje fuertemente severo de un Papa que ama a su Iglesia, cuyo alto grado de moralidad piensa defender a pesar o aun en contra de sus afectos personales. No importa que Eneas Silvio hubiese usado y abusado de sus años juveniles. Ahora es Papa, y los Papas, en materia de moral, deben ser intransigentes:

*La carta acusatoria.*

«Hemos oído que hace tres días, un gran número de mujeres de Siena, ataviadas con toda vanidad mundana, se reunieron en los jardines de nuestro bien amado hijo Juan Bichis, y que Vuestra Eminencia, descuidando la dignidad de su posición, estuvo con ellas desde la una hasta las seis de la tarde, y que teníais en vuestra compañía a otro Cardenal, a quien, si no el honor de la Santa Sede, al menos su edad, debía haberle recordado sus deberes. Se nos dice que los bailes fueron desenfrenados y que las seducciones del amor no tuvieron límite, y que vos mismo os habéis comportado como si fuerais un joven del mon-

tón secular. Me ruborizaría, en verdad, de especificar todo lo que se dice tuvo lugar allí. No solamente la realidad de esas cosas, sino sólo hablar de ello deshonra las filas que ocupáis. A los maridos, padres, hermanos y parientes que acompañaban a esas jóvenes, se les prohibió entrar, para dar mayor libertad a vuestra diversión. Vosotros dos, con unos cuantos servidores, fuisteis los únicos organizadores e instigadores del baile. Se dice que en la actualidad no se habla de otra cosa en la ciudad de Siena y que sois el hazmerreír de todos. Ciertamente, aquí, en los baños, donde hay un buen número de eclesiásticos y seculares, sois el escarnio del público. Si declarara que estas cosas no nos disgustan, cometería un grave error. Nos disgustan aún más de lo que manifestamos, pues es causa de desdoro para el estado eclesiástico y desprecio de nuestro ministerio; con ello se da la razón a las acusaciones que se nos hacen de emplear las riquezas y elevada posición para orgías. De esto proviene el menosprecio en que nos tienen los Príncipes y las potencias; de aquí la burla diaria de los laicos; de aquí también la reprobación de nuestra propia conducta cuando queremos reprender a los otros. El Vicario de Cristo, él mismo, está sujeto a menosprecio, porque creen que él hace la vista gorda a tal comportamiento.

»Vos presidís, amado hijo, la Iglesia de Valencia, que es una de las más importantes en España; tenéis el gobierno también de la Cancillería pontifical, y lo que hace vuestro acto más reprensible es que os sentáis con el Pontífice, entre los Cardenales, como Consejero de la Sede Romana. A vuestro juicio nos remitimos para que digáis si cuadra a vuestro alto cargo lisonjear muchachas, enviarles frutas cada rato, probar vino y, después, hacer que lo lleven a la que os gusta más; pasar un día entero de espectador complacido en toda clase de fiestas, y, finalmente, para gozar de más libertad, excluir de estas reuniones a los maridos y parientes de las mujeres que asisten. Por vuestras faltas se nos culpa a nosotros, a Calixto, vuestro tío, de feliz memoria, acusándole de gran falta de juicio por haberos colmado de honores no merecidos. No debéis alegar en vuestra disculpa vuestra poca edad, pues ella no es tan tierna que digamos ya, y podéis daros cuenta, por el contrario, del fuerte peso que vuestra dignidad

pone sobre vuestros hombros. Es de la incumbencia de un Cardenal el ser irreprochable, ser un saludable ejemplo a todos en la vida moral, y exponente de una existencia que no sólo aparezca edificante y provechosa a los corazones, sino que lo sea también en su exterioridad. Nos indigna y enfada cuando los Príncipes seculares se dirigen a nosotros con títulos poco honorables, cuando nos molestan queriendo menoscabar nuestras propiedades y beneficios, cuando tenemos que plegarnos a sus exigencias. Somos nosotros mismos quienes nos infligimos las heridas que causan nuestros sufrimientos, cuando actuamos de manera que la autoridad de la Iglesia sea menos respetada cada día. Sobrellevamos la vergüenza de nuestra conducta en este mundo, y en el más allá sufriremos los merecidos castigos.

»Ponga Vuestra Eminencia, pues, fin a estas frivolidades, recuerde vuestra dignidad y cese de aparecer entre los jóvenes contemporáneos con la liviandad del hombre galante. Si tales actos se repiten, nos veremos obligados a mostrar que ocurren muy a pesar nuestro y contra nuestra voluntad, y nuestra reconvención será hecha en tales términos que os sonrojará. Siempre os hemos amado y considerado digno de nuestra protección, creyéndoos un modelo de gravedad y modestia. Permitidnos mantener por largo tiempo aún esta opinión y convicción, y para lograrlo debéis abrazar sin dilación una vida mucho más seria. Vuestros años, aún prometedores de enmienda, nos impelen a reconveniros paternalmente. Si os hubiérais permitido esto a la edad de vuestro compañero, no podríamos haceros este servicio caritativo.»

*Importancia del documento.*

Evidentemente, la acusación es dura, y la carta está escrita en términos enérgicos. Pero en el punto más grave, el Papa tiene el buen cuidado de decir que *así se le ha referido,* lo cual resulta importante, por lo que veremos más adelante. Es preciso considerar también que la carta se compone de hechos y consideraciones. Al hacer éstas con gran extensión, muy justamente dice el Pontífice, con el lenguaje propio, siempre un poco apocalíptico de la Iglesia Romana, que un Cardenal no debe provocar escándalos y tampoco un Obispo, que tienen a su cargo la cura de las almas. Pero, en cambio, los hechos se limitan a establecer que Rodrigo y otro Cardenal, de edad avanzada, se reunieron en una fiesta en los jardines de una persona de distinción querida

Incidente de Siena. Resumen: Ferrara dice q como Pío II se admira de lo q pasó, no era frecuente en Borgia dg x el estilo



por el Papa («in ortis dilecti filii Johannis de Bichi»), en donde, después de haber impedido la entrada a los padres, maridos y parientes de las mujeres allí reunidas, asistieron a bailes no decentes, en los cuales hubo todas las provocaciones al amor, o sea, los movimientos lascivos de los bailes coreográficos. Y que, además, Rodrigo halagó a las jóvenes danzarinas y les enviaba frutas, bebiendo en su copa para mandarla a ofrecer luego a la joven de su preferencia para que la terminara. El juicio que el Papa da de estos hechos nos provoca, al leerlo, la deducción singular que usándose tal severidad sólo con personas de buena moral, no puede tratarse del Borgia de la leyenda. El Papa Pío II, en efecto, parece sorprendido de esta actitud desordenada del Cardenal Borgia, y con paternal amabilidad, después de la crítica, le dice que él le ha querido siempre, considerándole digno de su protección, por ser un hombre en quien ha visto un modelo de gravedad y de modestia. («Te semper dileximus et tamquam eum in quo gravitatis et modestiae specimen vidimus dignum nostra protectione putavimus.») Reconoce, además, que el otro Cardenal presente ha pecado en mayor grado, e indica que abriga grandes esperanzas para el porvenir. Del otro Cardenal, y de su moral, el Papa ni siquiera se interesa, casi como si le considerara fuera de toda posible redención. A tanta distancia de tiempo es difícil explicarse la causa de esta diferente actitud papal entre los dos Cardenales, pues el pretexto que da de las distintas edades debe ser descartado, en buena lógica; pero cualesquiera que hayan sido los motivos de la misma, es lo cierto que ella demuestra estimación para el uno y desprecio para el otro. Nosotros, por otra parte, nos inclinamos a creer también que el lenguaje papal responde en mucho a la técnica apostólica de la reprimenda. El pecado cometido en la concepción eclesiástica, debe ser siempre presentado bajo los más negros colores. Leed todas las Encíclicas o tomad cualquier sermón, especialmente los de aquella época, o los de la época presente, en los países de fuerte catolicismo, y quedaréis perplejos sobre la virtud del más santo de los hombres. El lenguaje religioso, especialmente de la religión católica, es siempre subido de tono. De ello proceden las catilinarias contra la sociedad entera de un Savonarola, y hasta los agresivos sermones de un Lutero, que no pudo lavar en su rebeldía los hábitos adquiridos.

*La realidad de los hechos.*

En cuanto a los hechos en sí, debe convenirse que se trata de una fiesta típica de la época. Los dos Cardenales, a distancia, admiraban el espectáculo. Las mujeres bailan, o entre ellas mismas, o haciendo figuras, pues así eran los bailes de entonces; sus movimientos eran lascivos; las miradas, desde lejos, eran lánguidas y voluptuosas; la copa de vino, ligeramente iniciada, era remitida a la que bailaba mejor o a la que se admiraba más. Fiestas de este género vió luego el Vaticano mismo bajo diversos Papas.

Pero los escritores que han reproducido esta carta de Pío II, agravándola aún más en las traducciones, no han dado a conocer a sus lectores que ella fué, en parte, rectificada inmediatamente por el propio Papa, que supo cubrir su responsabilidad desde el primer momento con el «por lo que se me dice» (1).

*Contestación de Rodrigo y nueva carta del Papa.*

Rodrigo Borgia contestó al Papa en seguida. A nosotros no ha llegado la contestación y justificación de Rodrigo, ciertamente conservada por el Papa, pero destruída en el período de aversión a los Borgia, para impedir que constase su defensa; pero nos ha quedado la réplica del Papa, igualmente rápida, estando la segunda carta de Pío II fechada solamente tres días después de la primera (2). El Papa no abdica por completo. Un Papa es como un padre celoso de su autoridad, que nunca confiesa el error al hijo. Pero declara que los actos realizados por Rodrigo pueden ser, en efecto, menos culpables de como le fueron relatados («licet minus fortasse sit quam fuerit nobis relatum»).

Esta segunda carta merece igualmente ser reproducida, porque con la primera, si bien prueba un acto de liviandad o algo peor del que fué luego Alejandro VI, nos da a conocer también que a los veintiocho años, el concepto moral en que se tenía a Rodrigo Borgia era muy alto, muy distinto del que supone la opinión común:

«Bienamado hijo, etc. Hemos recibido la carta de Vuestra Eminencia y tomado nota de las explicaciones que me dais. Vuestra acción, querido hijo, no puede estar exenta de culpa, aunque tal vez sea me-

(1) Von Pastor es una excepción al publicar también la segunda Epístola.
(2) Portigliotti (pág. 49, obra citada), dice: «Rodrigo prometió corregirse, y también, en otra carta al Cardenal de Pavía, prometió corregirse, y juró llevar una vida conforme a las buenas costumbres.» Tal carta no existe.

nos grave de lo que al principio se dijo. Os exhortamos a absteneros en lo futuro de tales deslices y a cuidar con mucho esmero de vuestro honor. Os concedemos el perdón que nos pedís; de no amaros como hijo predilecto, no os hubiéramos reconvenido tan tiernamente, pues está escrito: «A quien amo, censuro y disciplino.» Mientras hagáis el bien y viváis modestamente, tendréis un padre y protector cuyas bendiciones alcanzarán también a aquellos que os son caros, no tendréis que lamentaros de la falta de vuestro tío, nuestro predecesor, mientras Pío viva. Dado, etc., el 14 de junio.»

*Diferencia entre las cartas.*

La diferencia del tono entre la primera y segunda carta es grande. El Papa ha tenido, quizá, tiempo para informarse; además, en la primera ha juzgado sin oír al acusado; en la segunda ha tenido en cuenta sus descargos. Mientras en su opinión del primer momento la acción de Rodrigo es reprensible bajo todos los aspectos, más tarde «no puede estar exento de culpa, aunque tal vez sea menos grave de lo que al principio se dijo». De todos modos, este segundo documento permite sólo dos deducciones: o Pío II se convenció de que Rodrigo no tenía grave culpa, por haber asistido a una fiesta alegre, pero no inmoral, o quiso, como desean interpretarlo algunos biógrafos, por un espíritu conciliatorio, poner término al incidente. La verdadera intención del Papa descansa en los actos que realizó coetánea y posteriormente a este hecho.

*Actos posteriores de Eneas Silvio.*

Pues bien, históricamente queda probado que el Cardenal Borgia permaneció, a diferencia de algunos otros de los acompañantes, al lado del Papa hasta que éste terminó su curación, y que volvió con él a Roma, vía Viterbo, en donde ambos se hallaban el 30 de septiembre de ese mismo año, en 1460; que además, cuando todavía no se había secado la tinta de la dura carta de 11 de junio, el mismo Papa empezó a cubrirle de nuevos favores, firmando sobre el camino de Roma una Bula en la que le concede la administración del Monasterio de los cistercianos en Tarragona, y que, por último, la mayor parte de los «beneficios» que el Cardenal Borgia recibió del Papa Pío II le fueron dados precisamente en este período posterior al incidente relatado (1).

(1) Véase De Roo, obra citada. Este diligente investigador ha tratado ampliamente esta parte de la vida del futuro Alejandro VI.

En una segunda visita a la ciudad de Siena, poco antes de morir, el Papa llevó como acompañantes suyos al propio Cardenal Borgia y sólo a otros cuatro Cardenales. Borgia le siguió también a Ancona, en donde el Papa, enfermo, pensaba embarcarse para entrar personalmente en guerra contra el turco. Pero en Ancona la muerte le sorprendió rodeado por los Cardenales que le habían acompañado, enfermos ellos también por la epidemia, probablemente la peste, que diezmaba a los hombres de armas y a los clérigos allí reunidos, dispersándolos y haciendo entrar en la misma tumba el débil cuerpo de Pío II y su ideal de librar a los cristianos de las continuas violencias del turco.

*La enfermedad de Ancona.*

Este viaje de Ancona pudo costarle la vida a Rodrigo Borgia. Enfermo grave, fué considerado por su médico en peligro de vida. Dada su importancia, por ser Vice-Canciller, y la gran amistad que le ligaba a Ludovico Gonzaga, Jacopo de Arezzo comunicó su estado a su Príncipe en nota rápida. Este despacho ha sido objeto también de sátiras y de graves insinuaciones. Jacopo de Arezzo dice: «Informo también a Vuestra Ilustrísima Señoría que el Vice-Canciller está enfermo de *morbo,* y esto es cierto; tiene dolor en el oído y bajo el brazo izquierdo. El médico que le vió en seguida, dice tener poca esperanza de curación, debido especialmente a que poco antes no durmió solo en la cama («non solus in lecto dormiverat») (1). La deducción que se ha hecho por la fácil crítica es que el *morbo* era la conocida enfermedad que se llamó «mal francés». Pero desde que este mal fué diagnosticado (1494), por cierto algunos años después de los casos de peste de Ancona (1464), hasta los presentes días, nunca ha tenido como síntomas los indicados por el médico que visitó a Rodrigo Borgia y que repite Jacopo de Arezzo en su despacho. Y, en cambio, la peste bubónica, hasta hace unos cuarenta años, cuando los vapores del Oriente traían, al Mediterráneo especialmente, algunos de estos casos, se revelaban, según la opinión popular, por síntomas como el dolor o forúnculo debajo del brazo y el dolor de oídos. ¿Cómo hay que interpretar, en relación con la enfermedad, la observación del lecho que Rodrigo compartió con

*Diagnóstico de la enfermedad.*

---

(1) Portigliotti reproduce a Pastor en este punto, y añade: «il faisait volontiers la chasse aux phalènes errantes». Pág. 50, obra citada.

otra persona? La opinión del médico debe tomarse no como una maledicencia o deseo de revelar los secretos de su paciente, sino como un dato técnico. Y en este sentido es útil advertir dos cosas: que la peste se suponía que venía del contacto humano, y que en este período, múltiples personas dormían en una misma amplísima cama, pudiendo haber sucedido que hasta los Cardenales se hayan visto obligados en Ancona a dormir de este modo. Ancona era una pequeña ciudad, y los cruzados habían llegado en largas cohortes de todas partes, con la esperanza de ser pagados por el Papa. Un número crecidísimo de eclesiásticos, además, había ocupado las casas. El Papa mismo se vió obligado a estar en una pequeña vivienda, y los Cardenales, con sus numerosos acompañantes, habitaban en grupos pequeñísimas casas. Cada Cardenal tenía un séquito que era en Roma enorme, superior en número y calidad al de muchos príncipes, y fuera de Roma, si bien más reducido, bastante grande para que, dado el número de purpurados que había en Ancona, ellos solos ocuparan con sus domésticos toda la ciudad. En aquellos tiempos las viviendas no eran amplias. La casa del Renacimiento no tenía las comodidades que la riqueza trajo después. Los cortejos oficiales eran habitualmente numerosísimos, y sabido es que a veces Reyes y Emperadores no han podido entrevistarse para tratar cuestiones importantísimas a causa de que las ciudades fijadas para reunirse no bastaban a cobijar el indispensable número de cortesanos que acompañaba a cada Monarca. En verdad, no debe parecer anormal que en las grandes camas de aquella época, donde dormían habitualmente, a despecho de todo pudor, familias enteras, haya dormido con otros clérigos de su corte el Cardenal Borgia, y, en cambio, debe, sí, considerarse como muy anormal que mientras el Papa moría, en un período de epidemia violenta, en una ciudad que tenía veinte o más veces su habitual población, haya podido encontrar una alcoba tan íntima y tener una diversión del género indicado.

Cualquiera que sea la interpretación que se quiera dar a las palabras del médico de Rodrigo, o cualquiera que sea la que le dió Jacopo de Arezzo escribiendo a su Señor, amigo íntimo del Cardenal, lo cierto es que en ningún período de la evolución de la Medicina los síntomas indicados han servido para diagnosticar una enfermedad del género de

las que pueden sobrevenir porque no se duerma solo, ni que este hecho, de amoroso deleite, provoca o agrava la peste. La parte verdaderamente histórica de este acontecimiento es que los Cardenales Scarampo, Barbo y otros, enfermaron igualmente en Ancona, y que, en períodos posteriores, se recordaba que Rodrigo Borgia había estado enfermo de peste en su juventud.

*La acusación del Cardenal Ammanati.*

Otro importante documento, casi de la importancia de la carta de Pío II, se presenta a menudo como prueba adversa a la moral del Cardenal Borgia. Se trata de una carta del Cardenal Ammanati Piccolomini. En ésta se le acusa de haber procurado la elección de Sixto IV con malas artes, de ser vano, mezquino, de gastar el dinero de la Iglesia en la misión de España, que se califica de inútil (1).

*Carácter de Ammanati.*

Algunos autores han tomado ciertas palabras de este Cardenal sobre cambio de vida de él y de Borgia como una indicación de que tenían ambos costumbres disipadas. Por las cartas que tenemos delante, que se encuentran en *Cardinalis Papiensis Epistolae et Commentarii*, publicadas primero en Milán y luego en Francfort, resulta que el cambio de vida se refiere a un cambio de relaciones entre ellos dos. Toda la carta se dirige a este fin y a ningún otro. Pero, como muy bien dice Von Pastor, este Cardenal Ammanati no puede ser tenido muy en cuenta, por lo tornadizo de sus ideas, que le llevaban a escribir en los más opuestos sentidos y referir las cosas más contradictorias al mismo tiempo. En efecto, era un espíritu agrio. Temperamento literario, poco práctico, poco dúctil y menos aún amable, no podía prosperar en la Corte romana. Sensibilísimo, se creaba enemigos por cuestiones nimias. A Rodrigo Borgia le dice que sabe no le quiere tratar a él porque solamente desea cultivar la amistad de los grandes de la tierra, y que prefiere la conversación de otro Cardenal a la suya, por ser más importante. Al Cardenal Bessarion, tenido en olor de santidad, entonces y después, le cubre de ridículo y le injuria. Pero Ammanati Piccolomini no tuvo siempre esta misma opinión de Borgia. En otra ocasión le

(1) Ya hemos dicho anteriormente que Sixto IV fué electo por accesión, y que el Cardenal Borgia, que había votado en contra de él, «accedió» a él en el último momento, lo cual evidencia que no pudo haber usado malas artes para elegirlo.

escribe directamente a España, durante su misión en aquel país, invitándole a volver por ser su presencia indispensable en Roma. Le dice que él ya ha cumplido con su deber en España y ahora debe volver porque «todos desean verle allí (en Roma) y consideran su presencia necesaria para ejercer su predominante influencia a fin de impedir el éxito de proyectos imprudentes, y, especialmente, la entrada en el Sacro Colegio de un hijo natural». Y en otra ocasión, haciendo alusión a querellas recíprocas, le pide que vuelvan a tenerse buena amistad, olvidando el pasado (1).

Realmente, en la historia de Rodrigo Borgia, en que hay la ingrata labor de desmentir cosas fantásticas, negar más que construir, nos encontramos con la grave dificultad de tener que destruir columnas de humo. Lo que dejamos consignado resulta, respecto a moralidad, lo único que se ha alegado y lo único que existe hasta el Cónclave del cual salió Papa.

*El respeto que se tenía por el Cardenal Borgia.*

Se encuentran, por el contrario, muchas decenas de Bulas en las cuales, al concedérsele «beneficios», se habla de él en términos altamente elogiadores. Cinco Papas de diferentes grados de virtud, de inteligencias desiguales, de noble alcurnia unos, otros plebeyos, eruditos o no, tratan al Cardenal Borgia con igual estimación, le admiran en su trabajo, le confían las más difíciles misiones, le cubren de «beneficios». Existe una Bula de Inocencio VIII que es un elocuente resumen de las relaciones de este Cardenal con los Papas que durante cerca de cuarenta años gobernaron la Iglesia Romana; dice así: «Inocencio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable hermano Rodrigo, Obispo de Oporto y Vice-Canciller de la Santa Romana Iglesia, salud

*Las palabras de un Papa.*

y bendición apostólica. A veces dirigimos nuestro aprecio a tu persona, que se distingue por nobles natales, abundante en méritos y conspicua por sus virtudes, y, además, pensamos atentamente que, mientras has sido cubierto con la resplandeciente dignidad del Cardenalato, tú has

(1) Todos estos documentos se encuentran en: *Cardinalis Papiensis Epistolae, de* AMMANATI PICCOLOMINI. DE ROO, en obra citada, publica la minuta original, con correcciones de la mano del autor, de la carta que en noviembre de 1476 Ammanati envió a Borgia. La minuta se halla en el Archivo Secreto del Vaticano.

servido a la Iglesia de Roma bajo los Pontífices de feliz memoria Calixto III, Pío II, Paulo II, Sixto IV, nuestro predecesor, y también, bajo nosotros, durante casi treinta años. En este tiempo nos has ayudado a soportar las obligaciones de la Iglesia, plegando los hombros bajo el constante trabajo, con diligencia que resiste a todos los esfuerzos, asistiéndola con tu excepcional prudencia, tu pronta agudeza, tu maduro juicio, tu integridad en la fe dada, tu larga experiencia y todas las otras virtudes que se te reconocen. Ni una vez has dejado de ser útil hasta nuestros días» (1).

Esta Bula es de abril de 1486. Rodrigo Borgia tenía cincuenta y cuatro años, según nosotros; cincuenta y cinco según la opinión de la mayoría de los escritores precedentes. En esta Bula ya no se habla con palabras protocolarias o formales. Es un testimonio vivo que honra aun en labios que no tuviesen la autoridad de un Papa. Es una declaración que difícilmente encontramos en la historia, hecha por un superior a un inferior, más que en raros casos: al quererse premiar grandes virtudes.

---

(1) Archivo Secreto del Vaticano: *Innocentius VIII*, Regesto 682, fol. 251. De Roo, obra citada, reproduce íntegra esta Bula en apéndice al tomo II.

CAPITULO V

# DOS GRANDES MISIONES

El período en que Rodrigo Borgia fué Cardenal puede calificarse como el de la preparación de la nueva Cruzada. Mas la Cruzada ahora tiene otros móviles que no son de orden religioso. Y, en consecuencia, muchas dificultades políticas la impiden tener éxito. Se habla mucho de ella y nunca se lleva a cabo.

*El ocaso de las Cruzadas.*

Combatir al turco representa un interés, no un ideal; interés político máximo, o sea, la defensa del territorio italiano o de los territorios cercanos. El Papa se ve amenazado en su propia Sede, porque este nuevo poder que se ha sentado sobre el Imperio de Oriente marcha hacia Occidente con paso firme. Los dominios territoriales papales y hasta Roma pueden encontrarse un día al alcance de la mano invasora, mientras los dominios morales eran menos extensos, por el disminuído poder espiritual de la Santa Sede. El Pontífice invita, como en otras épocas, a Príncipes y a pueblos cristianos a combatir en nombre de la fe. Los Príncipes no responden, pues piensan constituir sus Estados bajo una forma jurídica nueva que les dé un mando incontestable y absoluto. Los pueblos, por la mayor cultura y el desarrollo de la riqueza, han perdido a la vez el fervor religioso y la irresistible codicia dictada por la miseria, impulsos ambos que habían favorecido su adhesión a las primeras Cruzadas (1).

(1) Para comprender el estado del espíritu público, basta recordar a los florentinos Maquiavelo, Vettori y Guicciardini, que con distintas frases han invocado la llegada del turco a Italia «para dar una buena lección a estos curas».

Sólo los venecianos luchaban con brío para defender sus posesiones mediterráneas, resistiendo con supremo valor al avance turco; pero Venecia, como en otros tiempos Cartago, sin *hinterland*, tuvo que ceder la supremacía de los mares a Roma; así ella, en iguales condiciones, tuvo que ir retrocediendo frente al gran Imperio musulmán, que renovaba continuamente sus armadas, sin que ninguna derrota pudiera ser para él definitiva. Hungría, en defensa propia, también resistía por tierra. Pero los grandes poderes de la época, en esta cuestión oriental, obedecían sólo formalmente al Papa, y buscaban pretextos para no entrar en una lucha que no les convenía, preparándose para entenderse más tarde con el infiel. Los Papas, sin embargo, no admitían estas verdades ambientes.

*Esfuerzos de los Papas.*

Calixto III dedicó sus tres años de Pontificado a esta obra de organizar una Cruzada, sin resultados prácticos. Eneas Silvio muere frente al mar Adriático, desoído e impotente, en el momento de embarcarse para la guerra santa. El Papa Paulo II, el veneciano Barbo, conserva las mismas esperanzas, sin éxito alguno. Por fin, Sixto IV, vigoroso y fuerte, cree poder realizar una obra de gran alcance y destruir de una vèz al enemigo de la cristiandad. De acuerdo con el Consistorio, decide enviar, como paso previo, a cinco Cardenales a convencer a los Príncipes de Europa y de Italia de la necesidad de la Cruzada y a recaudar dinero para ello. Más tarde, después de Inocencio VIII, los Papas comprenden que los tiempos han cambiado, y obligados a defenderse en su propio territorio de la agresión, no de los turcos, sino de los Príncipes cristianos, más cercanos que aquéllos, invocan la Cruzada como simple pretexto para derrotar a otro enemigo temporal. Usan sus armas materiales y espirituales contra enemigos continentales, olvidando al turco, que se bate ahora en Asia como el irreflexivo Julio II, o sin capacidad para la gran política, y abandonada toda esperanza de defensa contra turcos y cristianos, se someten a las necesidades de los tiempos, como León X y Clemente VII.

*Cinco legados para la nueva Cruzada.*

Los cinco Cardenales que Sixto IV envió como legados a las provincias de su imperio espiritual representan cuanto de mejor podía dar el Sacro Colegio. Uno de ellos es Rodrigo Borgia. Otro es el Cardenal Bessarion, que había sido «papable», nacido en el oriente mediterráneo,

respetable y respetado, fué destinado cerca del Rey de Francia, el Rey de Inglaterra y el Duque de Borgoña. El Cardenal Barbo, sobrino del Papa precedente, Paulo II, fué delegado a la Corte del Emperador, a la del Rey de Hungría y a otras menores. El muy apreciado Cardenal Caraffa, de Nápoles, debía visitar al Señor de su tierra natal, el Rey Ferrante; mientras que el Cardenal Capránica tuvo a su cargo a los otros Príncipes italianos, Borgia fué encargado de las Cortes de España y Portugal. Estos nombramientos fueron acogidos con gran satisfacción. Una sola voz disonante encontramos, y es la del Cardenal Ammanati Piccolomini, probablemente porque, siendo candidato, no había recibido el esperado nombramiento.

*Rodrigo Borgia, Legado en España.*

Rodrigo Borgia, antes de salir para España, se ocupó intensamente de obtener cuantos poderes pudiese un Papa concederle a un Legado. En efecto, todas las facultades papales le fueron delegadas en el orden político, y muchas también del orden religioso. Creemos que es imposible encontrar en la historia de la Iglesia un Legado *a latere* que haya tenido mayor autoridad. Un escritor de la época afirma que, en cuanto a España, se podía considerar como el mismo Papa (1). Aparte de la misión relacionada con la Cruzada, Sixto IV le encargó una referente a la situación política de España.

*La situación en España.*

En este período, la península ibérica estaba en un continuo desorden. Mientras el Rey de Aragón, Juan, ayudado por su hijo don Fernando, establecía fuertemente su personalidad en el Norte y combatía enérgica y cruelmente a los catalanes rebeldes, un Rey débil y derrochador, bueno e inteligente, pero inhábil, Enrique IV, ocupaba el trono de Castilla y León, ondulando entre un favorito y otro y manteniendo a sus vasallos en plena confusión moral y material. La Corte de Portugal, a su vez, tenía sus miradas sobre las Castillas, no obstante el odio recíproco de los dos pueblos, inexplicable si se quiere, pero cierto. En el Sur, en el reino de Granada, los moros defendían su sonriente y gentil, aunque ya precaria civilización; mientras, en el extremo Norte estaba el débil reino de Navarra, y en las provincias vascas, fronterizas, las amenazas de guerra con Francia eran continuas.

---

(1) Jácopo de Volterra, en *Diarium Romanum*.

*La «Beltraneja».*

Había aún más dificultades: las dinásticas. El Rey de Castilla tenía una única hija, cuya paternidad le era negada por muchos, y los nobles estaban divididos igualmente sobre la sucesión futura. El alto clero seguía a los nobles. Así, mientras el Arzobispo de Toledo, Carrillo, era adverso a la «hija» del Rey, otro poderoso prelado, luego Cardenal, don Pedro González de Mendoza, se inclinaba ante la legalidad sostenida por el Rey mismo. En realidad, el pleito estaba fallado por la opinión pública, con razón o sin ella, que llamaba a la heredera legítima *la Beltraneja,* aplicándole el nombre del supuesto padre, don Beltrán (1). Y frente a ella sostenían las pretensiones sucesorias, primero Don Alfonso, y a la muerte de éste, Doña Isabel, ambos medios hermanos de Enrique IV. Isabel, después de graves dificultades, y contra la voluntad del Rey, se había casado con Don Fernando, hijo, como hemos dicho, del Rey Juan II de Aragón.

*Matrimonio nulo de Doña Isabel y Don Fernando.*

Por otra parte, Don Fernando y Doña Isabel vivían ellos mismos fuera de la ley en oposición a los cánones de la Iglesia, pues se habían casado haciendo uso de una Bula papal falsa (2), que en aquel entonces se fabricaban abundantemente, la cual suspendía, en cuanto a ellos, la prohibición canónica de contraer matrimonio entre consanguíneos (3). Así, el matrimonio de los futuros Reyes Católicos, y en este momento la esperanza de las Españas, resultaba ser un mero concubinato. Para un pueblo católico la situación era grave. Y más grave aún por haber nacido ya una niña de este matrimonio, que resultaba una bastarda.

La península ibérica, pues, tenía cinco reinos; los señores feudales, potentísimos aún y mal avenidos; tres religiones eran practicadas con igual fervor: la católica, la musulmana y la judía; los reinos de Portugal y Aragón tenían fijos sus ojos sobre las Castillas; el Rey de Francia miraba hacia las provincias del Norte. El Sur, todavía árabe, aunque obligado a la defensiva, no olvidaba sus antiguos dominios

---

(1) Esta es una grave cuestión. Nosotros consignamos aquí la «communis opinio» de los escritores. Nos reservamos la nuestra.

(2) Durante muchos años se practicó en gran escala este ilícito comercio de falsificar Bulas.

(3) Eran Isabel y Fernando consanguíneos en tercer grado.

y su antigua grandeza, atestiguada por todos los monumentos de la España de entonces, mientras por un lado, el clero, en el Centro y en el Norte, estaba desunido y codicioso, y el pueblo vivía en un estado de atraso completo. Quienes debían defender el mayor territorio, o sea, las Castillas y León, eran un Rey incapaz, desacreditado, tímido, o unos aspirantes a la sucesión que habían violado la ley más sagrada de la época, y la más importante en la realeza, o sea, la de la familia.

*El Legado sale de Italia y llega a España.*

El Cardenal Borgia dejó Roma para cumplir su misión, el día 15 de mayo de 1472. En Ostia estuvo algunos días. Dos galeras venecianas le llevaron con su séquito numerosísimo, más numeroso y distinguido que el de un Rey. El 18 o el 20 del mismo mes siguiente desembarcaba en Valencia. La recepción de que fué objeto tuvo todos los caracteres del recibimiento que habitualmente se hacía al propio Soberano español. Los altos funcionarios de la Corte y de la ciudad fueron a recibirle a las afueras con todos los nobles y los señores locales. Las casas, a lo largo del camino, estuvieron todas adornadas con tapices. Le fué dado un hermoso caballo, que montó, marchando bajo un dosel que sostenían miembros de la nobleza, a pie. El pueblo, en larga procesión, le acompañó en las visitas a las iglesias y en el canto del «Te Deum» (1). Toda la ciudad demostró gran entusiasmo en festejarle y honrarle.

El Primado de España, o sea, el Arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, fué el primero en discurrir con el Cardenal Legado sobre la situación política. Carrillo se declaraba en aquel período campeón de la moralidad española contra un Soberano que calificaba de degenerado, y por lógica consecuencia era adverso a *la Beltraneja* y favorable a Isabel en materia de sucesión real. Borgia aceptó las razones expuestas por Carrillo sobre la llamada hija del rey (2), y se dió a sí mismo la misión de llevar a cabo la conciliación del Rey Enrique IV con Doña Isabel y el marido de ésta, Don Fernando, para evitar luchas que dividirían aún más a la ya muy dividida España. Al efecto, se entretuvo sucesivamente con las más importantes personalidades del país. Sabiendo que la voluntad del Rey estaba vinculada a la del Marqués de

(1) VILLANUEVA, *Viaje Literario a las Iglesias y Catedrales de España*, apéndice al tomo IV, pág. 306.

(2) El Cardenal no emitió opiniones sobre la legitimidad.

Villena, de origen hebraico, en parte, se acercó a él, en primer término, y gracias a su fuerza de persuasión le conquistó nuevamente a la causa de Isabel, en aquella hora en que éste, tornadizo e interesado, vacilaba una vez más. Vió al Rey mismo, y con hábiles manejos obtuvo que recibiera amistosamente y como símbolo de paz a Isabel y a Fernando. La conciliación fué, en efecto, sellada por un banquete, del cual, el Rey debía salir herido de muerte por un fuerte y típico ataque al hígado. Naturalmente, la voz popular habló entonces de veneno. Mientras se celebraba el banquete, el Cardenal Borgia recorría toda la Castilla y «era aclamado dondequiera como el hombre que por su tacto y habilidad había hecho posibles los preliminares de la reconciliación y de la paz». Pero nada firme podía hacer sin resolver la escabrosa cuestión del matrimonio de Doña Isabel y Don Fernando; así, dedicó toda su enérgica actividad a obtener una Bula auténtica que subsanara los inconvenientes pasados. Aunque Paulo II se había opuesto precedentemente a esta medida de prudencia, Sixto IV, con más política, accedió a dictarla, siguiendo el consejo del Cardenal Borgia. Esta unión de los dos príncipes, de Aragón y Castilla, debía tener decisiva influencia en la historia española, pues con el tiempo consolidó en uno los dos reinos principales, destruyendo las fronteras internas, expulsó a los moros de la península, absorbiendo el reino de Granada, y dominó las facciones con que la nobleza, sedienta de riqueza y de poder, dividían al pueblo, sumiso e ignorante. Sobre la Bula falsa, alguien hizo correr el rumor, en los años del mal renombre de los Borgia, que en su confección había concurrido este Cardenal. No hay indicio alguno, y menos prueba, no ya de la verdad, sino de la seriedad de este rumor. Lo cierto es que tenemos la prueba moral de que el Cardenal reprobó cuanto se había hecho en ocasión de aquel matrimonio, y condenó a los que lo habían tolerado. El Arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, a pesar de ser la primera autoridad eclesiástica de España y de haber ayudado con eficacia decisiva la misión del Cardenal Borgia, no fué elevado a la alta dignidad de miembro del Sacro Colegio, sino que lo fué el Arzobispo González de Mendoza y otro prelado español, Auxias de Podio. Carrillo, profundamente herido por esta pretericíón, combatió a Isabel *la Católica,* y al final de su vida se retiró a sus posesiones de Alcalá de

*Consecuencias de la acción del Legado en las Castillas.*

Henares. En el alma del Cardenal Borgia, que hizo las propuestas, predominó el buen nombre de la Iglesia sobre los sentimientos personales de gratitud que debía al Arzobispo de Toledo.

Un historiador imparcial, examinando los actos de aquel tiempo. a la zaga de los acontecimientos posteriores, debe apreciar la obra de Rodrigo Borgia con las mismas palabras que lo hacían a su paso los campesinos de Castilla. Los preliminares de la grandeza española fueron dictados por él.

*En Aragón y Barcelona.*

Del lado de Aragón, el Cardenal Legado hizo sentir también su influencia benéfica. El viejo Rey Juan II era un rudo guerrero, tenaz y cruel; a la sazón se hallaba domando con mano fuerte a sus súbditos rebeldes. Barcelona estaba sitiada, reducida a condiciones casi desesperadas. Rodrigo Borgia fué al campo de lucha y allí convino en dar su cooperación a la causa de Don Fernando para que un día pudiese ocupar el trono de Castilla; pero pidió al Rey, que quería tomar dura venganza de los actos de rebeldía de sus súbditos, que fuese piadoso, y así lo obtuvo. El mismo Cardenal se elevó a árbitro de la contienda y ofreció una favorable rendición a los barceloneses. Estos, si bien la rehusaron por el momento, la aceptaron con gran beneplácito poco tiempo después (1). Como se ve, la obra de Rodrigo Borgia en España fué de una importancia grande. Estamos muy lejos de la hipótesis del Cardenal Ammanati, que, al llamarle a Roma, en una carta que hemos ya referido, le dice, entre otras cosas: «Si no hay poder humano que pueda unir Aragón y Castilla, ni a las facciones de este último reino, ¿qué necesidad hay de tratar de remover obstáculos que son inamovibles? Lo que se ha hecho es lo que se podía hacer, y es mucho para satisfacer al público.» Ammanati no era buen profeta, y su colega Borgia preparó la unión de las Castillas y Aragón con su acción prudente y previsora, poniendo virtualmente a Isabel sobre el trono de las Castillas y removiendo todo obstáculo legal a su enlace con el futuro Rey de Aragón.

No aparece por documento alguno que el Cardenal Legado fuese a Portugal siquiera por breve tiempo, si bien es de suponer que estu-

(1) Precott: *Ferdinando e Isabel,* vol. I, pág. 159.

viese en contacto con aquella Corte por el conducto de un emisario (1).

Concilio de Segovia.

En el campo puramente eclesiástico, Borgia reunió el llamado Concilio de Segovia o reunión de los representantes de todas las Diócesis de Castilla y de León, en el cual, entre otras decisiones, hizo condenar los nombramientos de «tantos clérigos ignorantes» y tomar medidas para evitar que continuara este mal en el futuro. De sus actos puramente religiosos, lo más notable fué el discurso que pronunció al clero de Valencia a su llegada. Es una bella pieza oratoria; en ella no se sabe si admirar más la fuerza psicológica o la elegante forma. Lo publicamos íntegro, como contraste a la terrible fama:

«Por fin, venerables hermanos en Cristo, ha apuntado el día tan deseado y esperado siempre, pero impedido por las circunstancias hasta ahora. Hemos venido a nuestra esposa, la Iglesia de Valencia, ilustre en todo el orbe por la gloria de su sacerdocio. Proclamamos que este pueblo, confiado a nuestra custodia, se distingue por su religión y fe, y que en estas virtudes no le aventaja ciudad alguna de la cristiandad. Nos es dado, por fin, contemplar esta vuestra venerable asamblea, verdaderamente merecedora de la vocación del Señor; en lo cual, más que en ninguna otra cosa, encontramos nuestro gozo, honor y legítimo orgullo, por lo que damos gracias a Dios Todopoderoso que así nos ha favorecido; bendecimos su santo nombre, y con el santo anciano (Simeón), cantamos las proféticas palabras: «Ahora, oh Señor, despides a tu siervo de acuerdo con tu palabra, en paz, porque mis ojos han visto tu salvación», con lo cual Tú has dado paz y consuelo a mi anhelante alma. También damos gracias a nuestro Santo Padre Sixto, quien al elegirnos para el ministerio de estos reinos occidentales, nos ha devuelto, después de una larga ausencia, a nuestra patria y familia. Desde nuestra temprana edad, cuando hace ya tiempo fuimos puestos a la cabeza de esta muy venerable Diócesis, tuvimos siempre plena conciencia de nuestro deber y de las aspiraciones generales de nuestros feligreses; siempre nos hemos dado cuenta del estímulo que ofrece a una piadosa vida la presencia de un pastor y los

(1) Hay escritores, sin embargo, que le acusan de haber pasado el tiempo de esta misión con damas de la Corte en Portugal, olvidando sus otras obligaciones.

medios de salvación que ofrece a su rebaño su dirección personal. No hemos desconocido que el título de Obispo, es decir, superintendente, requiere una labor directa y no la de otros que le sustituyan. Así lo oímos de la voz imperiosa de las Sagradas Escrituras: «Sed diligentes en distinguir el aspecto de vuestro ganado y llevad cuenta de nuestro rebaño.» Pero Dios, que lee en el corazón de todos, nos es testigo de que nunca fué nuestra voluntad quien puso impedimentos a nuestra presencia, sino siempre la necesidad quien se nos interpuso con harto dolor nuestro. Necesario era obedecer al Supremo Padre de todos y no desviarnos de las normas de nuestros predecesores. Nuestra dignidad, como Cardenal, nos liga con más fuerte lazo a la Sede Apostólica, y una vez hecho miembro de su Concilio, no podemos ausentarnos, a menos de no ser enviados en misión especial. Además, la vasta y laboriosa administración de la Cancillería romana, instituída en el interés de toda la Iglesia, y segunda en importancia, sólo a la del Pontífice, no puede, sin gran detrimento, ser privada de la autoridad que la preside. Debemos, antes que nada, obedecer siempre a quien Dios ha dado mayor autoridad y a quien debemos el mayor acatamiento. Si hasta hoy, pues, nos ha sido vedado estar con vosotros y por ello hemos tenido que delegar en otro el cumplimiento de nuestro deber, ello no ha sido por elección nuestra y decisión de nuestra libre voluntad, sino obligados por las circunstancias. De esta guisa han delegado en otros que los representen para desempeñar sus propias labores, rectores de muchas iglesias, Reyes y Príncipes y las más altas autoridades; de esta suerte, también los Pontífices romanos, de mayor consideración que todos, nombran sus delegados para una Diócesis especial, a fin de que ejerzan el poder en su nombre; y así, finalmente, Jesucristo, que está en el cielo, establece vicarios en su rebaño para que suministren los medios de salvación. Pero ahora que por Su munificencia estamos con vosotros, hermanos nuestros, surgen algunas cuestiones que la caridad no puede silenciar en esta nuestra primera reunión. Ante todo os queremos dar muy merecidas gracias, porque habéis esperado nuestra llegada con deseo constante; a este convencimiento nuestro se añade, como prueba evidente, vuestra bondadosa disposición hacia nosotros, así como también vuestros atentos deberes filiales; ha-

béis cariñosamente respetado vuestro Padre ausente; habéis escuchado las palabras de aquellos que él colocó a vuestra guía; habéis cuidado vuestra Iglesia y velado con esmero para que nada faltase en el desempeño de los oficios divinos en la casa de Dios; finalmente, os damos las gracias también por el recibimiento que nos habéis dispensado a nuestro arribo, con honores tan grandes y solemnes que habéis no solamente glorificado nuestro Episcopado y misión como Legado, sino que habéis, especialmente, manifestado vuestra buena voluntad hacia nosotros con vuestras gozosas demostraciones personales. Esta gran adhesión vuestra hacia nosotros ha aumentado nuestro amor hacia vosotros, si es posible que sentimiento ya tan superabundante sea susceptible de crecimiento. Pueda Dios, el remunerador de todo, concedernos en su bondad que nos sea dable a nosotros también recompensaros un día por vuestros servicios filiales.

»A pesar de todo esto, os exhortamos a todos aquí hoy, amadísimos hermanos nuestros, aun cuando vuestras obras sobrepujan todo estímulo, a que continuéis como empezásteis, en virtud y religión, y que ofrezcáis a Dios nuestro creador, y a la Sede de Valencia, vuestra madre, una devoción más obsequiosa de día en día. Esto, ciertamente, lo demanda vuestra profesión sacerdotal y vuestras obras pasadas. Pues de vosotros ha sido escrito: «Sois una generación elegida, un sacerdocio de realeza, una gente santa, un pueblo adquirido.» Sed constantemente solícitos en el culto del Altísimo, sabiendo que la santidad es necesaria a su casa a través de todos los tiempos, y que, por razón de ese culto, vivimos del altar y ocupamos posiciones honorables. Actuemos siempre de manera que nuestro ministerio esté al servicio del pueblo y que, según el Apóstol San Pablo, no demos ocasión de murmuraciones; no remisos en nuestra solicitud, fervorosos de espíritu, sirviendo verdaderamente al Señor. Haced que los actos de vuestra vida se ajusten, en cuanto sea posible, a vuestra profesión, y observad tal modestia, que el corazón u ojos de los que os miran no sean turbados. Nuestra consagración a ser modelo de ejemplaridad hace que el pecado de olvidar tan alto sacerdocio sea aún más reprobable que la culpabilidad misma de la transgresión. Procedamos honrada-

mente y velemos por nuestra buena reputación; esto es primordialmente necesario para el éxito de nuestro ministerio.

»Entre otras cosas, amadísimos hijos, os recomiendo la observación de la caridad fraterna. Marchad en armonía en la casa del Señor. El Salvador dijo: «Un mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros.» Así como esta unidad fomenta la gloria y extensión de la Iglesia, la degradante disensión le causa detrimento e ignominia; «donde hay envidia y litigio, allí fructifican la inconstancia y todas las malas artes», como dice el Apóstol Santiago: «Quitad toda piedra de tropiezo y roca de escándalo», que «vuestra mente no sea más que una, tened paz, y el Dios de la paz y del amor será con vosotros». Y puesto que la libertad de la Iglesia, concedida por el Señor y cuidadosamente conservada por nuestros antepasados, ha aumentado entre las naciones la veneración del sacerdocio, nosotros también os suplicamos, no solamente que seáis unánimes en velarla y defenderla como cosa la más preciada, sino que no escatiméis ni penas ni peligros para preservarla. Si por ostentación terrenal los vanidosos gentiles hacen la guerra y en competencia ruin se han expuesto a matanzas y segura destrucción para conservar su libertad, cuánto más nos es necesaria esta conducta a nosotros, sacerdotes, cuyo galardón es Dios, el mismo cuya muerte es vida; a nosotros, que hemos sido colocados como guardianes de la Iglesia, y a quienes se dice: «Luchad por la justicia hasta la muerte y Dios derribará vuestros enemigos.» Pero si esta libertad fuera perdida, ¿qué nos queda, qué pérdida pudiera significar mayor ruina para nosotros? ¿No sería éste el despojo de todo nuestro honor y poder? Sin duda, si esto acaeciera, seríamos despreciados y pisoteados, «el vituperio de los hombres y el proscripto del pueblo». Cooperemos, pues, los unos con los otros para preservar esta independencia, y todos vosotros laborad unidos con vuestros prelados, los cuales, a su vez, marcharán de acuerdo con vosotros, siendo así los jefes de nuestras batallas. El fruto de vuestro combate, con el poder de Dios, es la libertad; la consecuencia de la huída sería vil servidumbre, pues está escrito: «La mano del valiente portará dominio; pero el perezoso será sometido y pagará tributo.» Vuestra excelencia es grande, y la Iglesia está por arriba de toda nobleza. Con todas vuestras fuerzas,

procuraos libertad para ambos, identificaos con nosotros de manera que, según la palabra del Salvador, «deis al César lo que es del César y a Dios las cosas que son de Dios».

»De estos asuntos y otros del mismo género trataremos a menudo en el futuro y aún más extensamente. Y ahora hagamos algunas alusiones a la cosa pública. Hemos sido enviados, hermanos míos, como sabéis, para trabajar por el rescate de los fieles que sufren bajo la espada de un feroz enemigo. El turco, después de haber subyugado el Asia y gran parte de Europa, ha, dos veces ya, descendido sobre Italia, destruyendo todo con matanzas e incendios. Ahora se halla en camino, y amenaza así el centro de nuestra religión, hacia el santuario de los Santos Apóstoles y Santos Mártires, hacia la ciudad de Roma; así, después que la cabeza sea triturada, el resto del cuerpo cristiano perezca también. Si es de la incumbencia de alguno correr en auxilio de Roma, si a alguien corresponde el deber de pararse a defender la religión, ciertamente a nadie toca tanto como a nosotros. Somos nosotros los jefes de este rebaño, estamos en guardia en las torres de centinela, precisamente para conservarlo intacto. Es un deber que otros imiten nuestro ejemplo. Exhortamos vuestra caridad en el Señor, y efusiva y paternalmente os rogamos nos ayudéis con vuestro consejo y todo otro medio a vuestro alcance en la tarea imperiosa que tenemos que rendir en esta jornada. Sabemos vuestro celoso cumplimiento en la casa del Señor y la buena voluntad que empleáis para servirlo, por lo cual, estad seguros que ninguna otra cosa es más merecedora de vuestro patrocinio sacerdotal o que os conceda mayores méritos.

»Sea suficiente, sin embargo, por el momento, haber dicho en general estas pocas palabras. Os haremos conocer más detalladamente, después de empuñar el arado, de qué diversas maneras podréis promover nuestra labor y cómo mejor podremos nosotros aprovechar vuestra cooperación. Ahora, queridísimos hermanos, unidos mutuamente en la tarea de nuestro Episcopado, os bendecimos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con profundo afecto en Cristo Jesús, en el nombre de nuestro Santo Padre y Pontífice Sixto IV, y esperamos que constantemente Dios, Padre omnipotente, tenga desde su alto y santo trono sus ojos sobre la santa Diócesis de Valencia, y que os

preserve en su gracia celestial a vosotros, sus hijos, para su santo culto. Amén.» (1).

*Rodrigo visita la ciudad nativa.*

La nota sentimental de toda la misión se halla en la visita a su ciudad natal de Játiva. El Cardenal no sólo fué recibido con todos los honores del cargo, sino con un afecto desbordante. Volvió a la casa de sus primeros años; pasó por todas las calles que había recorrido sobre su pequeño caballo en la niñez; recibió al pueblo en la plaza que tomó el nombre de Borgia por el respeto público que gozaba su abuelo; visitó los parientes y los amigos; oró en las iglesias; se interesó por todos los antiguos vecinos, y ofreció futuros favores a la tierra de su nacimiento. Dado el carácter emotivo de Rodrigo, como nos lo revelan sus actos y las opiniones de los que estuvieron en contacto con él, esta visita tuvo que ser la hora más agradable de su viaje, muy movido.

*Vuelta a Italia y naufragio de una de las galeras.*

A fines de septiembre de 1473, el Cardenal Legado visitó a Valencia y a España por última vez, para volver a Roma. Una tempestad hundió el 10 de octubre, sobre las costas de Italia, una de las galeras en que iba su séquito; cerca de doscientas personas perecieron. La otra galera, donde se hallaba el Cardenal, sufrió grandemente y corrió grave peligro de destrucción, pero pudo llegar al puerto de Livorno.

Borgia podía estar satisfecho de cuanto había hecho; mas el objeto específico de su misión no pudo tener el fin deseado. Los Reyes no querían ya Cruzadas. Las luchas entre ellos hacían muy peligroso el envío de fuertes contingentes armados fuera del territorio. El Rey Juan II se lo dijo claramente al Cardenal: «Yo debo vigilar al Rey de Francia y a mis súbditos.» El Rey de Castilla tenía en sus musulmanes de Granada a quienes atacar preferentemente. Como Borgia, volvieron Bessarion y los otros. Todos tuvieron que comunicar al Papa que venían descorazonados en este punto. Repetimos: la época de las Cruzadas, que merecían tener este nombre, había pasado. Este es el tiempo en que el señor turco, como entonces se le decía, entra en las intrigas

---

(1) Este discurso se halla en las *Epistolae et commentarii,* del Cardenal Ammanati, que conservaba, además de sus propios documentos, otros que le parecían de interés.

europeas; ahora empieza a ser amigo y hasta aliado de Reyes cristianos, y los pueblos le temen como enemigo, pero no le odian como «el infiel».

*Misión de Nápoles.*

Pocos años después de esta misión de España, Sixto IV tiene necesidad de enviar fuera de Roma un delegado personal que realice el acto de más altas facultades atribuído a los Papas. Sixto IV hubiera podido realizarlo personalmente, pero la situación de Italia le retenía necesariamente en Roma. Entre todos los Cardenales escogió para ello a Rodrigo Borgia y le hizo representante directo. Se trataba de coronar a la Reina de Nápoles, Juana de Aragón, que acababa de casarse con el Rey Ferrante. El Cardenal Borgia fué investido de todos los poderes eclesiásticos y temporales, como durante su precedente misión, y tuvo en Nápoles un recibimiento casi regio. Es en 7 de agosto de 1477 cuando el Papa le otorga esta delegación. Al hacerlo manifiesta que deplora verle alejarse, pues queda privado «de su habitual prudencia, de su integridad y solicitud y de la gravedad de sus costumbres».

El Papa estaba rodeado de algunos parientes Cardenales, a los cuales tenía gran afecto, que probaba con continuos favores, y entre los miembros del Sacro Colegio había no sólo el Cardenal Caraffa, de noble familia napolitana, sino otros de sangre real o principesca. Sin embargo, escogió a Borgia para esta segunda misión, porque en él tenía mayor confianza. Ciertamente, las buenas formas, la elegancia y la solemne actitud de Rodrigo, influyeron también en que se le diera este nuevo y honroso encargo. Aparte, quizá, el hecho de que este Cardenal gastaba abundantemente sus dineros en estas ocasiones.

El Cardenal Borgia era considerado como el amigo de los Príncipes, según le califica en una carta el Cardenal Ammanati Piccolomini, y lo indica Jacobo de Volterra en su *Diario Romano*.

*Esplendor de la misión.*

Una vez más, con todo esplendor y dignidad, cumplió su misión. Tenía cuarenta y cinco años, era alto, bien proporcionado, una cabeza leonina, los modales francos y corteses a la vez, la voz sonora y suave. En Nápoles produjo gran impresión. Aquel pueblo, amante de la forma y sensibilísimo al lujo, tuvo que ver en él al genuino representante de sus gustos estéticos. Y el Rey Ferrante tuvo que comprender desde entonces que, de ser un día Papa, sería difícil gobernarle.

Precedentemente a estas dos grandes misiones, Rodrigo Borgia tuvo un cargo honorífico en el 1469: el de acompañar, junto con el Cardenal Capránica, a Maximiliano, Rey de los romanos, de Viterbo a Roma. Y entre una y otra, o sea, en 1475, cuando el Rey de Nápoles estuvo en Roma, fué designado, en unión de Julián de la Rovère, para hacerle los honores del recibimiento. Todas estas misiones deben ser consideradas, por una mente imparcial, como especiales distinciones, distinciones que se hacían no solamente al hombre de inteligencia y de cultura, sino al Príncipe de la Iglesia, que no debía ser, sin duda, objeto de la crítica general, y menos del desprecio universal. Sabido es que los Gobiernos, antiguos y modernos, si a veces transigen en los actos internos con funcionarios que, teniendo altas cualidades intelectuales, presentan máculas morales, para los actos internacionales siempre buscan representantes intachables y decorativos, bajo todos los aspectos, incluyendo en éstos el aspecto moral. En aquel período, la representación exterior era objeto aún de mayor cuidado que en los tiempos presentes. Véanse los nombres de los Nuncios papales y de los oradores de los Reyes, Príncipes y Repúblicas de la época, y se notará que los mejores hombres de Italia y del mundo ejercían estas funciones.

*Los gastos de estas misiones.*

Por las pocas palabras de la carta del Cardenal Ammanati Piccolomini, a que nos hemos referido más arriba, se ha formulado la acusación de que el Cardenal Borgia iba a estas misiones para acumular fortunas, y se ha añadido que su propósito al hacerlo era comprar luego, en un próximo Cónclave, la elección papal. La verdad histórica nos dice lo contrario. Estas misiones eran costosísimas. Y en el caso de Borgia encontramos que le obligó a los mayores sacrificios, especialmente cuando la de España, pues se vió compelido a empeñar todos sus «beneficios» al mejor postor, por tres años, a fin de recibir en uno o dos plazos las cuantiosas sumas que le eran indispensables para tal viaje. Y como era difícil encontrar quien se aventurara a un negocio de este género, pues los «beneficios» podían perderse o por muerte del titular o porque el Papa lo dispusiera así, Sixto IV, por medio de una Bula, tuvo que autorizar la operación de préstamo, estatuyendo que los «beneficios» de Rodrigo Borgia, si por cualquier motivo pasaran a otro, no darían al sucesor derecho a recibir sus productos sino después

de haberse satisfecho el total de la deuda que sobre ellos se contraía (1).

A su vuelta de España, el Cardenal Borgia devolvió todas las sumas recolectadas. El Papa examinó sus cuentas, dándole el más amplio recibo, en el cual hacía constar que apreciaba su irreprochable virtud y su probada honradez. Todo esto ha quedado en documentos auténticos para el conocimiento de una posteridad que se interesa en conocer la historia y no quiere mecerse en la leyenda. El Papa declaró además que Borgia había cumplido en forma recomendable su misión y que había presentado las cuentas en forma clara y controlable (2). La opinión emitida muchos siglos después no nos parece que debe tener mayor autoridad que la del Papa de la época.

*Primeras relaciones de Borgia y Julián de la Rovère.*

Sixto IV continuó demostrando al Cardenal Borgia su amistad, y siguió prodigándole favores hasta el final de su Pontificado. Cuando una terrible epidemia se cernía sobre Roma, le pidió a él y a pocos Cardenales más que le acompañaran. En todas las ocasiones graves le tuvo a su lado, declarando lo útil que resultaba su labor a la Iglesia de Roma. En uno de sus últimos períodos de bienestar físico, pero ya cerca de la muerte, el Papa Sixto fué a Ostia con sus dos sobrinos Cardenales, Julián de la Rovère y Jerónimo Basso de la Rovère, e invitó a Rodrigo Borgia también. Jacobo de Volterra relata las escenas que presenció en esta ocasión. Gran comida en casa del Cardenal Julián, en Ostia; luego, al día siguiente, banquete lleno de elegancia y esplendor en el Palacio episcopal de Porto, dado por Rodrigo, Obispo de aquel lugar. El Papa y los tres Cardenales, en la hora vespertina, se divierten, libres de toda ceremonia oficial, a lo largo de la costa, frente al mar, que suavemente baña la arena. El Pontífice está amabilísimo, pues en los instantes de reposo mental aun las almas más desdeñosas manifiestan una bondad inocente y suave; juega con Julián y con Rodrigo, y éstos entre sí se hacen manifestaciones de afecto, inspiradas en una sincera hermandad.

---

(1) Archivo Secreto del Vaticano: Sixto IV: *Bullae*, libro II, tomo VII, Regesto 552, folio 95. Referido por De Roo, ob. cit.

(2) «Exigit tuae eximiae virtutis integritas et probata in rebus commissis sinceritas»... Véase De Roo, pág. 442, vol. II.

El enérgico franciscano que presidía la cristiandad desde el trono de San Pedro no podía sospechar en aquella hora tierna la querella histórica que debía luego debatirse a través de siglos entre el joven sobrino y el amigo predilecto, que él unía, con vista al futuro, en tanta armonía y paz ante sus ojos de moribundo. Los grandes actores son los que tienen la noción más imperfecta de los actos de su vida.

## CAPITULO VI

# EL CONCLAVE

El 25 de julio de 1492, Inocencio VIII, después de haber estado algunos meses entre la vida y la muerte, dejaba vacante la Sede pontifical. Los Cardenales se prepararon a defender su independencia y a asegurar el derecho de los ciudadanos contra los ataques de las facciones de los barones y del populacho excitado, habituales en tiempos de vacancia papal. También se tomaron las precauciones necesarias para que la elección del nuevo Papa estuviese libre de las influencias de los fuertes poderes de la época, que pretendían elegir un Papa que les conviniera. El Vice-Canciller Borgia tuvo que hablar, en nombre de los Cardenales, a los delegados del pueblo romano, que aprovechaban la hora incierta, como en comicio público, para tranquilizarlos, ofreciéndoles soluciones favorables a las reivindicaciones que presentaban en momento tan inoportuno. La dignidad de la Corte romana bajaba mucho durante estos interregnos. Cada vez que sobrevenía una elección papal, la jefatura del mundo cristiano era acechada por todos. Las ambiciones y las concupiscencias encontraban, sin embargo, soluciones, que evitaban males definitivos en este equilibrio de los intereses que se crean siempre en la sociedad humana.

Al fin, enterrado el Papa con todo el ritual, y hechas las funciones religiosas de costumbre, el Cónclave se pudo reunir con relativa tranquilidad.

*Los Cardenales del Sacro Colegio.*

El Sacro Colegio se componía a la sazón de veintisiete Cardenales. Dos de ellos eran Cardenales *in petto*, o sea elegidos, pero no proclamados; el Cónclave los aceptó en su seno, como se había hecho en otras ocasiones. Cuatro purpurados estaban ausentes. Es muy importante conocer los nombres de los ausentes, para desvirtuar con una primera prueba las voces de simonía que corrieron sobre este Cónclave, y que después han sido aceptadas como una verdad indiscutible. He aquí los nombres:

1. Luis Juan de Milá y Borgia, Cardenal de los Cuatro Coronados.
2. Pedro González de Mendoza, Cardenal de Santa Croce.
3. Andreas Spinay, Cardenal de San Martino.
4. Pedro d'Aubusson, Cardenal de San Adriano.

Los ausentes todos eran extranjeros, o sea no italianos, dos españoles y dos franceses. El Cardenal de los Cuatro Coronados era primo de Rodrigo Borgia, y Pedro González de Mendoza había estado en íntima relación con él durante el tiempo en que fué Cardenal Legado en España, y debido a sus indicaciones hecho Cardenal más tarde.

Los presentes en el Cónclave eran, en cambio, todos italianos, menos Borgia y Costa.

1. Rodrigo Borgia, Vice-Canciller, Cardenal de Porto.
2. Giovanni Michiel, Cardenal de Preneste, de noble familia veneciana. Sobrino del Papa Paulo II. De él hablan con respeto los Embajadores venecianos, y los cronistas escritores de la época le califican como hombre de inteligencia y de óptima moral.
3. Oliverio Carafa o Caraffa, Cardenal de Sabina. De nobilísima familia de Nápoles. Eclesiástico sin tacha. Poseía una enorme fortuna. Fué considerado «papabile» en más de una ocasión.
4. Giorgio Costa, Cardenal de Albano, conocido con el título de Cardenal de Lisboa. El más rico entre todos los Cardenales. Muy respetado por su piedad y su cultura.
5. Antoniotto Pallavicni, Cardenal de Santa Anastasia. Muchas veces recogió votos en los futuros Cónclaves como candidato para el papado.
6. Girolano Basso de la Rovère, Cardenal de San Crisógono,

conocido bajo el nombre de Cardenal de Recanati, sobrino del Papa Sixto IV. Desempeñó importantes papeles durante algunos pontificados. Hombre de energía y de cultura. Mereció siempre el respeto universal.

7. Domenico de la Rovère, Cardenal de San Clemente. Sobrino también de Sixto IV. El producto de sus «beneficios» lo usó para edificar iglesias.

8. Giuliano (o Julián) de la Rovère, Cardenal de San Pedro, en Víncula; es el futuro Papa Julio II.

9. Paolo Fregoso, Cardenal de San Sixto. El Cardenal rebelde, como fué llamado. Hombre de guerra. Mandó la escuadra pontifical en la toma de Otranto. Fué dux («doge») de Génova. Rico y de poderosa familia de la Liguria.

10. Giovanni dei Conti, Cardenal de San Vitale. De noble familia romana. Muy respetado. Muy anciano en la época de este Cónclave.

11. Giangiacomo Sclafenati, Cardenal de San Esteban. Rico y honorable.

12. Ardicino della Porta, Cardenal de San Juan y San Pablo. Durante el pontificado de Inocencio VIII renunció al cardenalato y a todos los «beneficios», para encerrarse en un convento. Obligado a volver al Sacro Colegio, por voluntad del propio Inocencio VIII, tomó parte en este Cónclave.

13. Lorenzo Cibo, Cardenal de Santa Cecilia. Sobrino del anterior Papa, Inocencio VIII. Todos los autores convienen en que fué un prelado que mereció respeto público.

14. Francisco Piccolomini, Cardenal de San Eustaquio. Sobrino del Papa Pío II. Es el futuro Papa Pío III, que con gran honor se sentó sobre la silla de San Pedro por breves días, separando los pontificados de Alejandro VI y de Julio II.

15. Raffaele Sansoni-Riario, Cardenal de San Jorge. Rico y bien preparado en materia canónica. Pariente de Sixto IV.

16. Giovanni Colonna, Cardenal de Santa María, en Aquino. De la noble y rica familia Colonna.

17. Giambattista Orsini, Cardenal de Santa María Nueva. De la

poderosa e igualmente rica familia Orsini, que, con la anterior, se disputaban el dominio de Roma.

18. Giovanni Savelli, Cardenal de San Nicolás, en Carcere Tulliani. De otra noble, rica y poderosa familia romana. Recibió, por los sucesivos Papas y por el Sacro Colegio, misiones financieras y administrativas que requerían honorabilidad probada.

19. Giovanni dei Médicis, Cardenal de Santa María. De la poderosa y rica familia de Médicis. Hijo de Lorenzo *el Magnífico*. El futuro Papa León X.

20. Giambattista Zeno, Cardenal de Santa María, en Portico. Sobrino del Papa Paulo II. De noble familia veneciana. Sus riquezas fueron dedicadas a la construcción de iglesias y a otras obras.

21. Ascanio María Sforza-Visconti, Cardenal de San Vito. Hermano de Ludovico *el Moro*, que fué luego Duque de Milán. Por riquezas y poder, este Cardenal no podía considerarse inferior a ninguno de sus colegas.

Los dos Cardenales *in petto* eran: uno, Maffeo Gherardo, Cardenal de San Nereo, patriarca de Venecia, de ochenta y dos años o más de edad al entrar en el Cónclave; y el otro, Federico Sanseverino, hermano del famoso *condottiere* capitán Fracassa e hijo igualmente de *condottiere*, de muy noble familia.

*Nobleza y riqueza de los Cardenales.*

Estos eran los electores. Hemos querido hacer notar sus nombres para recordar que casi todos representan las más ilustres, poderosas y ricas familias de la Italia de aquel entonces, y para deducir que no debía de ser fácil comprar, si no tanta honorabilidad, porque la honorabilidad no se mide ni por la riqueza ni por la alcurnia, tanta ambición y tanta altanería en pocas horas, si es que se les supone inclinados a vender sus conciencias. El fácil comercio de los votos de este Cónclave, que escritores ligeros e irreflexivos, han alegado como hecho indiscutible, no parece que pudiera ser la empresa de un individuo solo, por muy rico que fuera, y la fortuna de Borgia no era excesiva. Quizá un gran Estado o dos Estados hubieran podido usar de sus grandes entradas y de su poderío para corromper a estos Cardenales y obtener que elevasen a la silla de San Pedro a un Cardenal sin honor ni prestigio (de lo cual, sin embargo, no tenemos ejemplo

en la historia de la Iglesia); pero un hombre como Rodrigo Borgia, que a veces tuvo que dar en garantía sus «beneficios» para levantar fondos, por mucho dinero que se le quiera suponer en aquel momento, no podía, en buena lógica, hacer triunfar su candidatura comprando a un Costa, a un Colonna, a un Orsini, a un Médicis, a un Sforza, a los arrogantes Cardenales venecianos, que tenían, además, derecho y poder para ser compradores ellos mismos. La simonía de los Cónclaves de que hablan algunos escritores de la época, o significa otra cosa bien distinta de lo que nosotros entendemos al usar tal palabra, o expresa la idea, en forma exagerada y maldiciente, de uno de los habituales compromisos morales que están en la base de toda organización de vida común, y hoy de todo parlamento. No se debe olvidar que la exageración y la maledicencia constituyen una cualidad distintiva de la Italia de entonces y del Renacimiento.

*Julián de la Rovere, apoyado por Francia.*

En el relato contemporáneo aparece, no como una verdad probada, y sí como una creencia general, que Francia tenía depositados en Roma doscientos mil ducados, y la ciudad de Génova, cien mil más, para usarlos todos en favor de la elección de Julián de la Rovère (1). Si a este hecho se le da crédito, como se lo dieron los contemporáneos, se debe convenir que muy poco influyó el dinero en aquel Cónclave, ya que el Cardenal así respaldado no tuvo nunca, no digo probabilidad, sino posibilidad de éxito. Pero la verdad es que, en un Cónclave, el mercado de los votos resulta imposible, si es que tal mercado no se ha preparado antes en todo o en parte, y en este caso sería falsa la consagrada frase romana que «el que entra Papa en un Cónclave, sale Cardenal». En el estrecho recinto en donde vivían los Cardenales durante la elección, uno cerca de otro, vigilándose recíprocamente con esa astucia que desarrollan los hombres cuando viven colegiados y con esa falta de respeto formal, que es la consecuencia de una continua vida común dedicada a una constante actividad igualmente común, no era fácil concertar arreglos que, a pesar de la corrupción de los contratantes, debían ser, por su naturaleza,

(1) Pastor reproduce a Cavaliere en este extremo. Probablemente se trata de un simple rumor.

estrictamente confidenciales, sin inspirar sospechas en los demás asistentes. Es posible suponer que se hicieran los unos a los otros, al oído, alguna indicación, alguna alusión; pero en una época, típica por la violación de todo ofrecimiento, hasta de la fe jurada, ¿qué valor podían tener estas promesas furtivas? El recelo recíproco debía ser grande, y a veces el recelo, que no es una noble cualidad, evita las malas acciones. Así, la simonía, aunque fuese deseada por vendedor y comprador, no podía ser practicada a última hora, durante una votación que se llevaba a cabo bajo la más estricta vigilancia de todos y en un ambiente reducido de la vida común.

*La simonía de este Cónclave.*

Es muy cierto, sin embargo, que muchos cronistas y algunos diplomáticos hablan de simonía. Pero se ha hablado de ella a propósito de casi todos los Cónclaves, por lo menos de los de Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, Julio II y León X. Sin embargo, es preciso considerar que en esta época agitada, esos cronistas y hasta los Embajadores, en Roma, estaban obsesos de la manía de encontrarlo todo malo y de apasionarse más por un rumor espeluznante o exagerado que por el proceso lógico de los acontecimientos. Tener confianza en estas fuentes de información es prueba de ingenuidad o de falta de espíritu crítico, porque las Crónicas y las correspondencias diplomáticas de la época están cuajadas de errores fácilmente comprobables.

Y, en realidad, debemos absolver también a estos cronistas ligeros y a estos Embajadores que quieren acariciar el oído del Soberano, hablándole mal de un candidato poco amigo, o darle alguna intriga divertida, o repetirle una bella frase malévola como buen cortesano, cuando todo un Cardenal Ammanati, que ha asistido, él mismo, al Cónclave que eligió a Sixto IV, remite a la posteridad la afirmación de que este Papa electo *ex artibus et corruptelis* del Cardenal Borgia, estando probado históricamente que Borgia fué contrario a tal elección en todas las votaciones, hasta el último momento, en que se adhirió a la gran mayoría de los votantes, seguido por los Cardenales Estouteville y Barbo. Estas alteraciones de la verdad evidente se presentan cuando un país pierde su equilibrio tradicional y se inclina a creer siempre en lo más favorable, porque la neurastenia, por delirio de persecución, es también una enfermedad de los pueblos.

Mas es preciso considerar qué cosas entendían los contemporáneos por simonía. Si ella consiste en el pacto táctico que se forma entre un candidato que, al ser electo, debe abandonar sus múltiples «beneficios», su palacio, en el cual no puede residir ya, por deber vivir en el Vaticano, y una serie de aspirantes a estas prebendas, sinecuras y favores, que quieren ser preferidos por el nuevo electo, adelantándose al éxito para provocar su agradecimiento, entonces no nos atrevemos a dar opinión, porque entramos en un campo muy hipotético, más del dominio de estudios psicológicos que de estudios históricos.

*A qué se limitaba la simonía.*

En la gran reforma de la Iglesia preparada por Alejandro VI, y luego en la Bula de 14 de enero de 1505, de Julio II, se habla de evitar los males de los Cónclaves; pero, a pesar de la exageración verbal que se encuentra en ambos documentos, común a todos los de la Curia romana y de la Iglesia, especialmente en aquella época, no encontramos en ellos la opinión general de un supuesto mercado de votos. El mal tiene sus proporciones, como las tiene el bien, y es preciso mantener estas proporciones si nuestro juicio debe ser justo.

*Los candidatos.*

Hemos ya dado los nombres y las calificaciones de los electores; ahora es útil conocer a los candidatos. Antes del Cónclave, los nombres que corrían en los labios de todos eran los de Caraffa, Costa y Ardicino della Porta (1). Luego se habló de Zeno y Piccolomini. Pero el trabajo electoral más efectivo se hizo a favor de Julián de la Rovère, que era apoyado por el partido francés, por Génova y por los enviados militares del Rey de Nápoles, que se hallaban a las puertas de Roma (2). De Borgia no se habló en esta ocasión. Sólo encontramos mencionado su nombre por el orador de Florencia en Roma, que lo presenta como una remota posibilidad. Así, no es de extrañar que cuando entraron en la Capilla Sixtina, a pesar de que los Cardenales, en la primera votación, dispensaron sus votos como de costumbre, Caraffa y Costa parecieron ser los contendientes de mayores pro-

---

(1) Este murió poco después, o sea en noviembre de este mismo año 1492.

(2) Es extraño que Francia y Nápoles estuvieran a favor del mismo candidato, pero, aun no dando crédito al depósito de fondos de que se habló en aquel entonces, hecho a favor de Julián de la Rovère, es lo cierto que existía esta concurrencia de voluntad de los dos Poderes rivales. Los archivos aragoneses (de Nápoles) prueban ampliamente el apoyo del Rey de Nápoles.

babilidades. Pero después de estos primeros votos de prueba, la lucha se delineó entre Julián de la Rovère y Ascanio Sforza, este último apoyado decididamente por Rodrigo Borgia.

*El Cardenal Ascanio Sforza.*

El Cardenal Ascanio, como se le llamaba, liberal, elegante, vigoroso, era bien querido por sus colegas, y hubiera triunfado si su hermano, Ludovico *el Moro,* no hubiese proyectado sobre el Cónclave la sombra de su propia ambición, causa primera y última de sus éxitos y de sus desgracias. Ascanio, cuando se convenció de que no podía triunfar, dió su decisivo apoyo, y por tanto, todos sus votos, al compañero que fielmente le había apoyado en su aspiración y no le había abandonado hasta que no se formara espontáneamente, en su propio ánimo, la convicción de que le resultaba imposible alcanzar la elección.

Pero es lógico colegir que si Ascanio Sforza no podía ser electo con el apoyo de Borgia, menos podía serlo Borgia con el apoyo de Sforza. Es más, Borgia era extranjero, español por añadidura, y en el Sacro Colegio no había más que otro extranjero, o sea el portugués Costa. Los otros cuatro, como hemos dicho, estaban ausentes. Además, Borgia era tenido como enemigo, no sólo por los franceses, sino por el Rey de Nápoles, y por Venecia, y por Florencia. Borgia tenía un concepto de la supremacía de la Iglesia que no podía ser del agrado de los Príncipes temporales. El Rey de Francia no podía desconocer las discusiones del Consistorio y los puntos de vista del Cardenal Borgia en su contra, que dieron lugar a un vivaz incidente que tuvo con el Cardenal francés La Balue, durante el cual los dos purpurados se injuriaron como hombres del arroyo (1). Zurita dice que el Rey de Nápoles consideraba como una catástrofe la elección de Borgia, pues si Inocencio VIII le había provocado tantos males, siendo un hombre débil, ¿qué no le sucedería con Borgia, enérgico, inteligente y hábil?

---

(1) Este incidente con el Cardenal La Balue ha hecho decir a Gregorovius y a otros que Rodrigo Borgia era del partido español y La Balue del partido francés. A la sazón, no había partido español; sólo había partidarios de los Reyes de Nápoles que se estaban italianizando. Rodrigo no era amigo de los Reyes de Nápoles, pero sostuvo en el incidente referido la causa de la paz.

Seguramente por estas razones, Rodrigo Borgia no intentó, como en el Cónclave precedente, presentar su nombre a la consideración de sus colegas. Para comprender que Borgia no creía que aquélla era su hora propicia, basta el hecho de que, no obstante la enfermedad de Inocencio VIII, los otros dos Cardenales españoles, uno de ellos su primo, intentaron siquiera dirigirse hacia Roma.

*Rodrigo Borgia no era candidato.*

¿Cómo, pues, y por qué Borgia resultó electo? Con la teoría de la compra en masa se da una contestación satisfactoria, pero no exacta. Si en uno de los platos de la balanza se hubiera podido echar oro, el triunfo hubiera sido de Julián de la Rovère, protegido por grandes Estados, más ricos que cualquier individuo.

Informaciones directas sobre este Cónclave no hay muchas. Pero la mayor parte de los que dieron cuenta del mismo, apenas celebrado, dicen que Rodrigo Borgia fué electo unánimemente (1). Pero otra versión de los hechos apareció más tarde, y ha sido aceptada por los historiadores modernos. Esta es que una fuerte mayoría votó, después de gran lucha, por Borgia, Borgia inclusive, y que, faltando un único voto para el triunfo, no pudiéndose obtener el de Julián de la Rovère, o de Caraffa, o de Piccolomini, o de Costa, o de Médicis, se acudió al viejo patriarca Gherardo, el cual votó, al fin, dando término al Cónclave (2).

---

(1) Camillo Beneimbene, en una poesía escrita por la elección de Alejandro VI, dice:

«Ut sensere Deum mox suffragantia vota
In te convertunt animis concordibus unum.»

Biblioteca Vaticana. Ottobiana Cod. 2.280, fojas 165. Así lo comunican a sus Gobiernos el orador de Florencia Filippo Valori, y Manfredo Manfredi, orador del Duque de Ferrara. En los discursos que se pronunciaron en honor del nuevo Papa se hace constar esta unanimidad. Así lo dicen, en efecto, los oradores de Florencia, de Lucca, de Génova, de Mantua y de Milán. Los historiadores contemporáneos confirman este hecho por boca de Jerónimo Porzio, Giovanni Stella y Sigismundo dei Conti. Los escritores más recientes apoyan la versión de la unanimidad. Véase TULIO M. CESTERO: *César Borgia*, página 73.

(2) RODECANACHI (obra citada, pág. 1.337) reúne las dos opiniones y dice que después del voto del Cardenal Gherardo, que decidió la elección, todos los Cardenales quisieron concurrir al triunfo del Papa ya electo, y los hasta entonces contrarios le dieron el voto por «accesión». Es probable que en el fondo así haya sucedido, pero, ciertamente, no en la forma, pues llegado a la

Cualquiera que haya sido el curso de las votaciones, que no vamos a discutir ahora, es lo cierto que el futuro Alejandro VI, descartada su nacionalidad, por su posición y cualidades había de ser un fuerte candidato. En esta hora de su elección, a los sesenta años de edad, no hay un solo documento transmitido a la posteridad que hable de sus relaciones con la Vannozza o con la Giulia Farnese. Sus enemigos, que son muchos, sí le califican de altanero, de falso, de astuto; pero nadie le atribuye amantes e hijos. El orador florentino, que al hablar del Cardenal Ardicino della Porta dice que no podrá ser electo Papa por tener un hijo, que, debemos hacer constar, era legítimo, no hace, en cambio, la menor alusión a los supuestos o reales hijos ilegítimos del Cardenal Borgia.

*Borgia, candidato de transacción.*

Cuando el Cónclave vió que podía salir triunfante, o Ascanio Sforza, que representaba a su hermano Ludovico, que tanto daño estaba ya haciendo a Italia, o Julián de la Rovère, que se hallaba ligado a Francia, a Nápoles y a todo Estado extranjero que apoyara sus aspiraciones, concentró sus votos sobre el hombre de mayor conocimiento en los asuntos de la Iglesia, más independiente por temperamento y que más habilidad había demostrado en el largo tiempo que había estado en Roma. En aquel momento fué olvidado el hecho de que era extranjero y español, y la memoria del tío Calixto se había redimido de la acusación de nepotismo, ya que estos electores casi todos son producto del nepotismo. En el momento de la gran decisión, que es cuando mejor se advierten los peligros, los Cardenales comprendieron que ni Ascanio ni Julián servirían a los intereses de la Iglesia, por sus lazos políticos, y que tampoco podían ser útiles al Estado pontificio figuras menores como un Costa, un Caraffa o un Ardicino en aquella hora.

Rodrigo Borgia era el hombre que respondía, por sus cualidades, a aquel momento histórico. La iglesia de Roma ha podido resistir a

---

mayoría de las dos terceras partes, la votación debió terminar. En el campo de la hipótesis—a que los historiadores tanto se abandonan—ha podido suceder que una vez conocido en privado que el Cardenal Borgia tenía la mayoría se acordó votarle por unanimidad. Acto éste que, de ser cierto, excluiría toda hipótesis de simonía, porque el votante honrado no va a unirse espontáneamente y sin necesidad con el deshonesto.

todas las tormentas de los siglos por esta especial condición que tiene de conocer los momentos de peligro y saber buscar entonces para jefe de la cristiandad al Cardenal que puede salvarla. Una vez nombra al fanático que desafía peligros; otra, al político sagaz; en un período surgen Papas mundanos que alternan con los Príncipes en las pompas de la vida civil; en otro aparecen pastores que defienden con fuerte constancia los dogmas todos, aun aquellos que la ciencia supone falaces. En esta adaptabilidad exterior, correspondiente a una rigidez de todo lo fundamental, reside la causa prima, si no única, de su grandeza de veinte siglos.

Rodrigo Borgia recibía la alta investidura teniendo todas las cualidades para regir los destinos de la Iglesia. Con los Reyes, ya fuertes sobre sus tronos, podía tratar, por lo menos, de igual a igual; con los turbulentos Príncipes italianos sabía usar la energía necesaria, y sobre los Cardenales de las grandes casas, interesados más en el auge de sus familias que en el bien de la Iglesia, tenía los derechos que da la ancianidad en el cargo y el recuerdo de la protección que les había dispensado, o en sus respectivas designaciones, o en los primeros pasos de sus carreras eclesiásticas (1). El conocía por larga experiencia dónde estaban los males de la organización de que formaba parte, como lo demostró en el documento en que preparó la gran reforma de la Iglesia, cuyas guías siguió más tarde el Concilio de Trento. Por triste práctica había aprendido también que un Papa no podía estar al servicio, dentro de la misma Roma, de las poderosas casas principescas que se alquilaban a todos los Monarcas extranjeros en constante labor de traición.

Era, por otra parte, el más laborioso de los Cardenales, el que tenía fama de ser el mejor administrador y el más entendido en cuestiones de finanzas. Sus antecedentes eran mejores que los de cualquier otro candidato. En el momento aquél era el decano del Sacro Cole-

---

(1) Rodrigo Borgia había asistido en el Sacro Colegio al nombramiento de todos los Cardenales y había ayudado a muchos de ellos a que lo fuesen. Lorenzo *el Magnífico*, en carta amable, le agradece el concurso dado a la designación de su hijo Giovanni de Médicis, y le dice que éste le quedará siempre fiel.

gio, habiendo sido Cardenal treinta y seis años, era Vice-Canciller, y lo había sido durante el pontificado de cinco Papas, habiendo, además, desempeñado las más altas misiones.

Nada de extraño que fuese electo espontáneamente sin la simonía de los votos.

*La elección se supone simoniaca.*

Hemos indicado las dificultades genéricas de las prácticas simoníacas en los Cónclaves. Examinemos, con la ayuda de los documentos de la época, este caso especial. Se dice que los Cardenales que votaron por Borgia recibieron «beneficios» eclesiásticos de consideración. El Cardenal Ascanio Sforza-Visconti fué nombrado Vice-Canciller, recibió el castillo de Nepi y el palacio que poseía Borgia en Roma, llamado luego la Cancillería vieja, y más tarde Palazzo Cesarini; que al Cardenal Colonna fué donada la abadía de Subiaco y sus castillos; que al Cardenal Fregoso fué dada la iglesia de Santa María de vía Lata; que otro Cardenal recibió el obispado de Porto, etc., etc. Pero es que todo esto hubiera sucedido igualmente con simonía o sin ella, porque un Cardenal, al ser electo Papa, deja automáticamente vacantes todos los «beneficios» que goza. Rodrigo Borgia debía, necesariamente, al asumir el nombre de Alejandro VI, conceder los innumerables beneficios que había acumulado en su larga carrera. Hacer otra cosa era imposible.

Nadie ha intentado probar que tales «beneficios» fueron el precio de la votación, ni nadie ha presentado una prueba de que fueron ofrecidos antes, y no hay tampoco un documento del tiempo que alegue tal hecho. Se dirá que Alejandro VI favoreció a sus partidarios. Es posible; pero entonces hay que admitir lo que parece ser cierto, o sea, que la votación fué unánime, porque todos los Cardenales recibieron favores desde el primer momento de su papado. Los Cardenales que se han dado como adversarios suyos en el Cónclave, fueron beneficiados como los otros. Hasta el joven Médicis, de dieciocho años, al cual se atribuye la frase «hemos caído en la boca del lobo, huyamos; de lo contrario, nos tragará a todos», recibió un nombramiento en el primer Consistorio que se reunió después de la elección. En este mismo Consistorio, a otro supuesto adversario, Basso de la Rovère, le fué otorgada la Diócesis de Palestina y otros «beneficios». Zeno fué cu-

bierto de favores durante los primeros seis meses de este pontificado. Caraffa recibió canonjías y prebendas en España y en Francia. El Cardenal que se supone haber dirigido las filas enemigas de Borgia en el Cónclave, Julián de la Rovère, recibió favores innumerables: en el mismo día de la coronación, el 26 de agosto de 1492, recibió la abadía benedictina en la Diócesis de Rieux y el monasterio de Saint Hubert, en las Ardenes. En el Consistorio del 31 de agosto le fué reservada la abadía de los Camaldoles de San Bartolomeo, en Arezzo, y fué confirmado en la Legación de Aviñón. Al principio del año 1493, en los meses de enero, febrero y marzo, el alma pródiga de Alejandro VI seguía favoreciéndole con una canonjía, un rectorado, otra abadía, una pensión de cincuenta ducados oro, una canonjía y un prebosterado y otros beneficios, valuados en novecientos florines oro al año. Es que el Papa Alejandro VI se ocupó de todos, hasta de los ausentes, concediendo beneficios y pensiones a los Cardenales Del Milá, Spinay y Mendoza. Si el hecho posterior de la elección, de la distribución de los beneficios, tuviera que pasar de efecto a causa, habría que decir que todos los Cardenales se vendieron, lo cual nadie, ni autor moderno ni antiguo, se ha atrevido a afirmarlo (1).

*En qué consiste la donación de la casa de Borgia al Cardenal Ascanio.*

Evidentemente, el Cardenal Ascanio Sforza-Visconti fué de los más favorecidos. Había sido uno de los Cardenales «papabiles» más fuertes, y era hermano de Ludovico *el Moro*, a la sazón el Príncipe que tenía en sus manos la paz de Italia. A Sforza, Borgia dió su casa, que había construido con todo cuidado y esmero. El Papa declara, en el documento en que hace esta donación, el motivo que le impulsa a realizar aquel acto, o sea, que el nuevo Vice-Canciller no tenía casa propia en Roma. En el documento de referencia no se dice, porque esto debía ser entonces de general conocimiento, que un Vice-Canciller, a cuyo cargo estaba una burocracia enorme, no podía vivir sino en un palacio adaptado a las funciones complejas y continuas que desempeñaba, con voluminosos archivos, con salones para recibir al público que acudía de todas las partes de Europa. La construcción de

(1) De Roo, en la obra citada, presenta una investigación completa sobre la distribución de estos beneficios.

un nuevo edificio hubiera tomado tiempo, años, porque, en aquella época, la obra de arte no se había sometido aún a cálculos exclusivamente mecánicos. Este palacio que donaba Alejandro VI a Ascanio Sforza no quedó como propiedad del que recibía la donación, sino como Cancillería, aun después de la muerte del Cardenal Ascanio y hasta que otro Papa, León X, lo donó a los Cesarini.

*La fábula de los mulos cargados de oro y plata.*

En relación con el Cardenal Sforza, igualmente se cuenta por Infessura, y se copia por todos los escritores posteriores, que cuatro mulos cargados de plata se vieron marchar por las vías de Roma, de la casa de Borgia a la que habitaba Sforza, dando a entender que esta plata representaba parte del precio del voto de Ascanio. Esta es una de las tantas invenciones de Infessura, y no resiste al más ligero examen (1). Sabido es que la propiedad de un Cardenal electo Papa era considerada *spolia,* al punto que el populacho tenía derecho a asaltar su palacio privado y a saquearlo, al anuncio de la elección. Es posible que haya habido algunos mulos con alguna carga de este género por orden de algún Cardenal que, creyéndose «papabile», quería salvar sus riquezas de la rapiña pública; pero Infessura cuenta de tal remisión como acontecida antes del Cónclave, o sea, cuando el Cardenal Sforza era candidato y Borgia no lo era. El peligro estaba más en casa de Sforza, en aquellos momentos, que en la de Borgia. Es preciso añadir que Infessura da la noticia como rumor, poniendo un habitual «se dice». Los historiadores posteriores han quitado el «se dice». La duda aminoraría la fuerza del drama borgiano.

*Calumnias contra el moribundo Cardenal Gherardo.*

Con otros dos hechos específicos se pretende acreditar la acusación de simonía. Uno se refiere al viejo Cardenal Gherardo, patriarca de Venecia, y el otro, a una compra por dinero de los votos de la flor y nata de los grandes aristócratas romanos, Cardenales Orsini, Co-

---

(1) Infessura, en cambio, concede el palacio de Borgia al Cardenal Orsini, demostrando con esto no conocer lo que toda Roma conocía y que ha sido transmitido hasta nosotros en documentos auténticos. Stefano Infessura escribió el *Diarium Romanae Urbis,* que termina en 1494. Es típico calumniador, como le califica el Reumont. Su posición política es enorme, y, empleado del Senado de Roma, era terriblemente antipapal, como lo demuestra atacando a todos los Papas. Además, su *Diario* fué alterado y terriblemente interpolado.

lonna y Savelli. Ambos hechos no resisten tampoco al más superficial estudio.

Hemos ya indicado que una de las versiones que se han dado sobre este Cónclave, consigna que, habiéndose reunido los votos necesarios, menos uno, para elegir a Borgia, se obtuvo el de Gherardo para formar la mayoría necesaria. Este Cardenal, viejo, casi decrépito, se vendió fácilmente o «se dejó vender» por sus servidores que le acompañaban. Un historiador de la importancia de Ranke acepta esta tesis sobre la fe del *Diario* de Bruchard (1). Y la gran

---

(1) Burchard, Bruchard, Burkardt, Buckardi, etc..., maestro de ceremonias del Vaticano, escribió un *Liber Notarum* o *Diarium* o *Rerum Urbanorum Commentarii.*

De esta obra no nos quedan más que veinticinco fojas y media del manuscrito, que se encuentra en el Vaticano; del resto no tenemos noticias desde el 1508, en cuya fecha estaba en manos de Paris de Grassis, sucesor de Burchard en el cargo, el cual dice de él que nadie puede comprenderlo, pues debe haber sido el diablo el que le copió y que sólo la Sibila puede interpretarlo. Las fojas quedadas en el Vaticano confirman el vivo lenguaje de De Grassis.

Copias del manuscrito aparecen, sin embargo, en múltiples bibliotecas. Publicaciones parciales fueron hechas hasta que L. Thuasne presentó, en 1883-86, una edición completa. El valor de ella es juzgado por dos eruditos en la materia, el padre Ehrle, bibliotecario del Vaticano, y E. Stevenson, con las siguientes palabras severas: «Nadie ha llamado la atención de los estudiosos sobre la insuficiencia del texto impreso de Thuasne, que está muy lejos de ser una edición completa; por el contrario, se halla cuajada de errores.» Posteriormente a Thuasne, Enrique Celani ha presentado al público otro texto basado principalmente en una nueva copia hallada en el Vaticano, limitada a los años que van de la última enfermedad de Alejandro VI a la muerte del propio Burchard, y en el manuscrito monacense, o sea de la Biblioteca Munich. Esta edición, que mejora la de Thuasne, no es, sin embargo, fidedigna. La copia de Munich fué, a su vez, transcrita y alterada, de otra copia y no del original como algunos creen. Y Panvinio, que dirigió su confección, quiso hacer de ella una obra histórica más completa que la dejada por su autor más de medio siglo antes.

El copista de aquellos tiempos era un erudito que se apasionaba sobre la materia que le pedía tanto esfuerzo y tanta constancia. Las dificultades de interpretación del manuscrito de Burchard hicieron más fáciles a la conciencia crítica del copista las alteraciones que le dictaban sus vastos conocimientos sobre los hechos que copiaba. Las interpolaciones generalmente admitidas son múltiples. Hay, en efecto, inserciones masivas tomadas del *Diario* de Infessura, sobre todo en lo referente al Cónclave que eligió Papa a Rodrigo Borgia. Se encuentran en él documentos que Burchard no pudo conocer. Se hallan listas de personas entre otros Cardenales, considerándolos vivos cuando el propio *Liber Notarum* los da precedentemente como muertos. Leemos dísticos sobre Alejandro VI que fueron insertos malévolamente por la mano de Paris de Grassis y de algunos otros, después de la muerte de Burchard. Hallamos re-

mayoría de los posteriores y anteriores a Ranke hacen lo mismo (1).

Si la fama de los Borgia no hubiese proyectado una luz siniestra sobre este Cónclave, un criterio sano hubiera debido inclinar a los historiadores hacia razonamientos más lógicos. En todos los Cónclaves, al llegarse a formar una tendencia muy marcada en favor de un candidato, los dudosos se suman a la gran mayoría. Por esto, una de las formas de la elección se llama accesión. La secular institución católica, por la continua práctica, tiene soluciones adecuadas para todos los inconvenientes. El Cardenal Maffeo Gherardo, de haberse llegado al *impasse* de faltar solamente un voto para la elección, estando al borde de la muerte, ciertamente hubiera votado por el candidato que ya reunía tantos sufragios. Y si el Cardenal no lo hubiese hecho, los que temían por su salud, al prolongarse su estancia en aquel recinto estrecho, con poca comida, que se había de reducir cada día, se lo hubieran fuertemente aconsejado. Pero la reconstrucción de los hechos del pasado, a veces se hace sobre un dato falso y no sobre lógica y serena explicación de los mismos. Y éste es el caso de la supuesta simonía del viejo patriarca o de sus acompañantes. Ahora, el hecho cierto, probado históricamente, es que Bruchard no estaba en Roma al tiempo del Cónclave, y que todo el relato que se halla en su *Diario* es una interpolación, pues todas las palabras que contiene sobre el caso han sido tomadas de Infessura, cuya veracidad ningún escritor moderno quiere garantizar. El *Diario* de Bruchard sobre Alejandro VI empieza el 2 de diciembre de 1492. Thuasne, que lo ha evidenciado con gran facilidad, ha podido escribir que las relaciones del Cónclave y los primeros actos del nuevo Pontífice y la

---

producido, a propósito del jubileo de 1500, hasta un cuento drolático, de Boccaccio. Hallamos en las copias de fines del siglo XVI o del siglo siguiente el convenio celebrado en Roma entre el Papa y Carlos VIII, que, en cambio, no se encuentra en las copias precedentes. No seguimos.

Pero observamos: si la opinión general acepta estas interpolaciones de tanto bulto, ¿cómo no admitir otras muchas más fáciles de frases aisladas, adjetivos violentos, de historietas obscenas, que nada de esto parece haber sido del gusto de Burchard ni del tenor de su libro? *Il Liber Notarum* debe usarse con cuidado.

(1) GREGOROVIUS: *Storia della Citta di Roma*. Libro XIII, cap. IV, página 29, dice: «... y hasta el patriarca de Venecia, viejo de noventa y cinco años, tendió su trémula mano a una bolsa de cinco mil ducados.»

retirada del Cardenal Julián de la Rovère..., faltan en el *Diario* de Bruchard, y que para llenar esta laguna, los copistas han interpolado la parte correspondiente con el *Diario* de Infessura (1). Es indudable que el mismo Thuasne no ha examinado con criterio crítico la obra de Bruchard, sino que la ha visto con el cuidado de un editor que solamente pone en guardia al lector sobre los errores evidentes. El famoso *Diario* del diligente maestro de ceremonias del Vaticano espera un mejor análisis. Por el momento, basta advertir que su obra se refiere a un largo período que empieza en 21 de diciembre de 1483, bajo el pontificado de Sixto IV, y termina en 1506, en tiempo de Julio II, y que sólo la parte en que trata del pontificado de Borgia entra en pormenores políticos, mientras en el resto se limita a cuestiones de ceremonial. Y esto no deja de ser sospechoso.

Infessura, a propósito del Cardenal Gherardo, dice que se vendió a Borgia, y que los venecianos, al recibirle, le quitaron los «beneficios» de que gozaba y le negaron todo el respeto y autoridad. Pues bien, y esto prueba hasta dónde llega la falta de veracidad de Infessura, los venecianos nunca hubieran podido castigar a su Patriarca, porque el pobre anciano no tuvo tiempo de llegar a Venecia, muriendo en la ciudad de Terni, poco después del Cónclave, en su viaje de retorno.

Es muy probable que esta leyenda haya tenido por origen el hecho de que la Santa Sede decretó una suma de setecientos ducados para que dicho Cardenal, después del Cónclave, sufragara sus gastos de viaje, dinero que fué pagado sólo a raíz de su muerte, y sirvió para su largo funeral. La Santa Sede, no Borgia, dió este dinero, siguiendo una costumbre común en casos análogos. Y Venecia, en lugar de considerar a su Patriarca como réprobo, hizo grandes honores a sus despojos y elevó una estatua a su memoria.

*La venta en dinero de los Cardenales Orsini, Colonna y Savelli.*

Sobre el segundo hecho específico de compraventa, se trata de un supuesto pago de veinticinco mil ducados al Cardenal Savelli, veinte mil al Cardenal Orsini y quince mil al Cardenal Colonna. Al investigar la fuente histórica de esta maledicencia, no encontramos nada en Roma. A pesar de toda la facundia romana en materia de

(1) Thuasne, vol. III, pág. 21 y siguientes.

libelos, el que primero lanzó esta especie es un diplomático que residía a la sazón en Florencia, cerca de Piero de Médicis. Manfredo Manfredi es quien escribe a su dueña y señora, la Duquesa de Este, y la escribe desde una Corte hostil a Borgia a otra igualmente hostil, y, al hacerlo, cumple admirablemente su alta función de satisfacer al que manda, que en los Gobiernos unipersonales resulta ser lo más importante para mantener el cargo. Es inconcebible que fuesen estos tres purpurados los que se vendieron a precio de moneda y que fuesen los tres romanos. Es más inconcebible aún que en Roma no se dijera nada, y que viniese la noticia de Florencia. Advertimos que Manfredi no garantiza el hecho, sino que dice que lo tiene de *buena fuente.*

Con estas indicaciones creemos haber probado que todas las acusaciones específicas de simonía no resisten a un examen crítico, aunque debemos advertir que quedan, aquí y allá, afirmaciones genéricas de contemporáneos que han sido aceptadas por los escritores posteriores como testimonios verídicos, sin analizar «la razón del dicho». Véase, por ejemplo, el caso de Pedro Mártir, cuyos escritos han estado en boga como buena información histórica. Este escritor, italiano de nacimiento, pasó la mayor parte de su vida en España. Al tiempo del Cónclave residía en España, y da cuenta a la posteridad de que Alejandro VI compró la elección (1). La carta literaria, llamémosla así, en que hace la acusación de la simonía del Cónclave, tiene fecha de 19 de julio de 1492, mientras la elección de Alejandro VI se llevó a cabo del 10 al 11 de agosto del mismo año. No es que Pedro Mártir haya pronosticado la elección y le haya atribuído métodos reprobables, sino que estos trabajos suyos fueron hechos y rehechos, ampliados, corregidos y aumentados de acuerdo con las ideas posteriores que se formaron al surgir los choques de intereses entre este Papa, que quería someter a los barones, disciplinar a los vicarios, constituir un Estado fuerte en Italia y evitar las invasiones extranjeras, y los que tenían intereses contrarios, o sea, todos los poderosos de la época.

---

(1) Pietro Martire: *Opus Epistolarum.* Epístola del 19 de julio de 1492.

Alejandro VI fué electo por unanimidad.

En cambio, lo que ba llegado hasta nosotros, desde el primer momento, y que no ha podido ser alterado, nos dice que Alejandro VI fué electo por unanimidad. Hartman Schedel, un escritor alemán que se hallaba en Roma al tiempo del Cónclave, escribe que los Cardenales, después de las primeras dificultades, convinieron en que Borgia debía ser preferido, y «por tanto él fué considerado *por todos sus colegas* como digno del pontificado». Este testimonio probablemente existe, porque Schedel publicó sin demora su *Chronicarum Liber* en Nuremberg un año después, en 1493, cuando todavía no se había formado la corriente adversa (1). Miguel Fermo, que igualmente publica su *Conclavi Alexandri Sexti Pontifici Maximi*, en 1493, en Roma, habla de la unanimidad que atribuye a las virtudes del candidato. Sigismondo dei Conti, que dejó una historia que quedó sepultada bajo el polvo de los siglos hasta 1883, nos confirma que Alejandro VI fué electo con el consentimiento de todo el Cónclave. Y así Giovani Stella (2).

Los Embajadores Valori y Manfredo Manfredi se ven obligados a manifestar a sus Príncipes que Borgia fué electo por unanimidad. Y cuando los Embajadores extraordinarios llegan a felicitar al nuevo Papa, todos a una vez declaran que se congratulan especialmente por la unanimidad de votos con que sus antiguos colegas han elevado al nuevo jefe de la cristiandad.

El propio Papa, en diferentes ocasiones nos ha dejado consignado este especial y excepcional favor de su elevación al alto ministerio. Al escribir a Ascanio Sforza, en las horas difíciles de la llegada de Carlos VIII, le reprocha su actitud, diciéndole que Julián de la Rovère, «mientras podía esperar mucho de Nosotros, por la queridísima memoria de su tío, Nuestro predecesor, Sixto IV, después de habernos dado con mucha magnanimidad los sufragios suyos y de sus amigos en el Cónclave, se disgustó luego, precisamente por ver que tú estabas

---

(1) Hartman Schedel trata solamente de los primeros momentos de este pontificado.

(2) JOANNIS STELLA: *Vitae ducentorum et triginta summorum pontificum a beato Petro usque ad Julium secundum modernum Pontificem.* Véase LEONETTI, vol. III, que reproduce la parte referente a la vida de Alejandro VI, de Stella.

tan adentro de Nuestro afecto». Y con precedencia a esta fecha, dirigiéndose a los representantes de Terni, manifiesta en una carta: «...por voluntad de Dios, cuyos designios son inescrutables, ellos (los Cardenales) me eligieron el 11 de agosto unánimemente...».

Esta unanimidad, de por sí, es suficiente no sólo para confundir las voces de simonía, originadas, como hemos visto, en fuentes deleznables, sino para negar todo cuanto se ha escrito de la vida matrimonial que llevaba en Roma el Cardenal Borgia y de sus inmoralidades del arroyo.

La unanimidad en la Iglesia la han alcanzado pocos Papas, y todos de altas cualidades.

CAPITULO VII

# LOS PRIMEROS MOMENTOS

*La satisfacción del elegido.*

Al ser electo, los historiadores nos relatan que el Papa Rodrigo Borgia demostró un vivo deseo de ser adornado rápidamente con la rica indumentaria pontifical. «Ya soy Papa, el Pontífice, el Vicario de Cristo», se dice que exclama con alegre entusiasmo (1). Esta era su naturaleza, y es en los momentos de excitación moral o física cuando se revela el carácter. Si las anteriores palabras no fueron pronunciadas, ellas, muy verosímilmente, pueden ser atribuidas a Rodrigo Borgia. Eneas Silvio Piccolomini, al ser electo, lloraba melancólicamente; otro Pío, el décimo, siglos más tarde, se deshacía igualmente en lágrimas. León X, el hijo de Lorenzo *el Magnífico*, en cambio, exclamó: «Dios nos ha dado el papado, y ahora, a gozarlo.» Borgia había votado múltiples veces por otros Papas; había hecho el acto de veneración besando el pie a diferentes antiguos colegas; había también, como decano del Colegio, puesto la triple corona sobre la cabeza de otros. Ahora llegaba su turno, después de tanto esperar. Este entusiasmo espontáneo, risueño, fresco, le revela de cuerpo entero; es el hombre jovial y sanguíneo, como se mantiene hasta pocos días antes de morir. El deseo de verse cubierto de púrpura y de oro en el momento en que subía al más alto y respetado de los tronos, reflejaba en aque-

---

(1) GREGOROVIUS: *Storia della Cittá di Roma,* libro XIII, cap. IV, página 30.

lla tan extraordinaria ocasión su inclinación a la pompa, a la forma solemne que hallamos en toda su vida de Cardenal, cuando se trata de funciones públicas o de actos religiosos. Y nos parece muy posible que haya manifestado ruidosamente estos sentimientos internos. Pero ninguno de los presentes al Cónclave y a los actos posteriores, que nos han dejado sus impresiones, han consignado esta actitud de Rodrigo Borgia. Sólo el relato anónimo, lleno de errores y de falsía, que hemos calificado de «documento histórico afortunado», reseña esta situación dramática. Por una sola vez, el anónimo y atrabiliario calumniador ha dicho algo que, si no es cierto, resulta verosímil.

*El porqué del nombre del nuevo Papa.*

El nuevo Papa asumió el nombre de Alejandro VI. ¿Por qué Alejandro VI? Porque quería tomar actitudes guerreras, asumiendo el nombre que había ilustrado Alejandro *el Grande,* el invencible. Esto se le ha atribuído; pero de aquella época no tenemos más referencias de esta coincidencia de nombres que la de algunos poetas que buscan argumentos de ocasión para ser cortesanos. En cambio, toda política posterior del Papa Borgia recuerda a otro Alejandro, o sea, al Papa Alejandro III, que obligó al Emperador Federico Barbarroja a respetar a la Iglesia de Roma, uniéndose a los Comunes italianos. En igual empeño, no con los Comunes, sino con los nuevos Estados, veremos a Alejandro VI.

*Roma en fiesta.*

Esta elección papal dió lugar en los primeros momentos a manifestaciones desmedidas de júbilo. La elección de un Papa provocaba siempre la alegría del populacho y las frases del elogio protocolario. En esta ocasión, escritores contemporáneos y posteriores no han podido dejar de consignar que ambas cosas fueron mayores de lo habitual (1).

Roma estuvo de fiesta durante varios días. Un espectador, que debía ser un clásico, exclama la noche del anuncio de la elección: «Ni siquiera Marco Antonio fué recibido por Cleopatra con tanto

(1) VON PASTOR: *History of the Pope,* vol. V. GREGOROVIUS: *Lucretia Borgia.* CREIGHTON: *History of the Papacy during the Reformation,* vol. III, y entre los antiguos HARTMAN SCHEDEL, JERÓNIMO PORZIO, NARDO y el mismo INFESSURA, tratan todos de este entusiasmo popular y de la confianza que las altas clases depositaron en Alejandro VI después de su elección.

esplendor.» La ciudad estaba iluminada *a giorno*. Miles y miles de personas llevaban antorchas en las manos. Los edificios estaban llenos de luces y de tapices. Arcos triunfales elevados por grupos populares o por personas adineradas se sucedían a continuación por las calles principales. Las inscripciones eran excesivamente apologéticas:

*Cesare, magna fuit nunc Roma esta maxima Sextus*
*Regnat Alexander; ille vir, iste deus.*

El día de la coronación, el 26 de agosto, un domingo, a pesar del calor sofocante, toda Roma asistió a la gran procesión, en la cual tomaron parte no sólo la nobleza romana y el pueblo, sino todos los Príncipes del patrimonio de la Iglesia. Desde el Vaticano, el elegante cortejo se dirigió a la vecina Catedral de San Pedro. Alejandro VI seguía inmediatamente después de los Cardenales; en San Pedro fueron admitidos los Canónigos a besarle el pie, y los Cardenales le renovaron su adoración, mientras él estaba sentado en la silla de oro. Después de una misa y de su rezo, en que invocó el auxilio divino, fué coronado por el primer Cardenal Diácono Francisco Piccolomini, luego Papa Pío II. De allí, por Príncipes cubiertos de hierro y por clérigos resplandecientes de oro, ante los ojos de una población extasiada, se dirigió lentamente a la iglesia de San Juan de Letrán, pasando por el castillo del Santo Angel, cerca del cual los judíos le rindieron homenaje. En San Juan de Letrán se disolvió el cortejo. Por la noche, el nuevo Papa volvió al Vaticano entre los aplausos del pueblo y en medio de una iluminación nunca vista en Roma. Y se cuenta que, agotado, después de haber tenido varios desfallecimientos en el curso de las funciones, que duraron todo el día, empezó a despachar los asuntos públicos.

*Alegría en las ciudades italianas.*

En muchas ciudades italianas se hacían igualmente grandes fiestas. En Florencia y Milán, pueblo y señores se unieron para festejar con entusiasmo la elección. En todas las tierras sobre las cuales la Iglesia ejercía soberanía, las manifestaciones de alegría fueron igualmente ruidosas, y los Príncipes vicarios se asociaron al general regocijo con mayor entusiasmo aún, para ocultar sus preocupaciones y para

dar al nuevo electo garantías de fidelidad y adhesión personal en aquella forma.

Parece que este especial contento y alegría del primer momento debióse al presentimiento de que el nuevo Papa tenía una política propia, a la altura de las difíciles circunstancias de Italia. El historiador Nardi, que se hallaba más en armonía que nosotros con la psicología de la época, resume este estado de ánimo, diciendo: «En todas partes, y especialmente en Roma, una gran conmoción se apoderó de las personas, como si Dios hubiese elegido a este Príncipe a fin de que fuese su instrumento para cumplir un especial designio suyo» (1).

*Las misiones que rinden obediencia.*

Al cesar el aplauso popular con las suntuosas fiestas, empezó a oírse la voz oficial de los representantes de los Estados. Todos los Soberanos enviaron misiones a saludar al nuevo Papa. El Rey de Francia hizo su acto de adhesión en persona, como veremos, uno de los últimos y en muy extrañas circunstancias. Las ciudades italianas fueron las primeras en enviar sus emisarios a rendir la debida obediencia. Era costumbre entonces, en ocasiones semejantes, enviar Embajadas más o menos numerosas de prominentes y nobles ciudadanos, y en ellas habitualmente se añadía un latinista y orador de fama. Los discursos que se encomendaban al gran orador eran preparados con mucha anticipación; su contenido no era político, pues difícilmente se encuentran en ellos alusiones a los acontecimientos del día o a los intereses de las dos partes. Estos discursos debían pasar por una severa crítica académica. La importancia de la misión se determinaba principalmente por las personas que la formaban. Y los pequeños Estados, que sólo adquieren consideración y respeto internacionales cuando son representados por grandes hombres, enviaban las mejores delegaciones, por los nombres ilustres y la gran intelectualidad de sus miembros, puesto aún más en evidencia por costosísimos trajes y un lujo brillante y continuo.

*Piero de Médicis y otros personajes, en Roma.*

En esta ocasión, Piero de Médicis presidió personalmente la Embajada florentina. El Marqués de Mantua envió a su hermano Juan Gonzaga. La ciudad de Siena fué representada por Angelo Ambrogini, o sea, el famoso *Poliziano*. Hermes Sforza, hermano de Gian Ga-

(1) Nardi: *Istorie Fiorentine*, lib. I, pág. 9.

leazzo, duque de Milán, representó a éste, siendo acompañado por Jasone del Maino. Venecia, desde el primer momento, comunicó al Papa que había recibido con placer la noticia de su elección «propter divinas virtutes et dotes quibus ipsum insignitum et ornatum conspiciebamus, videbatur a divina providentia talem pastorem gregi, dominio et sacrosanctae romanae ecclesiae vicarium suum fuisse delectum et preordinatum» (1). El Rey Ferrante, de Nápoles, se apresuró a enviar los más amistosos mensajes y una Embajada presidida por su hijo, el Príncipe de Altamura. Génova, el Duque de Monferrato, y luego, los Reyes y el Emperador hicieron acto de homenaje a Alejandro VI.

*Discursos grandilocuentes.*

Los discursos pronunciados en las diferentes recepciones fueron todos inspirados en el mayor respeto, como de costumbre; pero también reflejaban una admiración personal sin límite para la persona del Pontífice, y todos manifiestan la esperanza de que la Iglesia vuelva a la antigua grandeza bajo su guía.

*Poliziano* le declara superior a todos los otros hombres (2). Jasone del Maino, con palabras elocuentísimas, felicita a los Cardenales por haber escogido un tal Papa, en el cual reposan tantas esperanzas de la Iglesia, y en una tirada retórica consigna que el Papa no necesita de inspiradores ni de consejeros: «Tú no necesitas aprender nada de los otros durante tu pontificado; tú solo no puedes ser acusado de ignorancia. Tú conoces bien las necesidades de la Santa Sede y de la Religión de Cristo; lo que debe hacer un Pontífice Romano, lo que le está permitido y qué cosa le es útil. Tú no necesitas el consejo de otro en tu gran sabiduría; consulta a ti mismo, obedece a ti mismo, sigue tus inclinaciones; tómate a ti mismo de modelo...; tú nunca caerás en el error si no te apartas de tu juicio» (3). Los oradores de

---

(1) Archivo de Stato, Venecia. Despacho de 14 de agosto de 1492.

(2) «Praestans animi magnitudo quae mortales crederes omne antecellere. Magna quaedam de te, rara, ardua, singularia, incredibilia, inaudita, policentur.»

(3) La publicación de este discurso fué hecha poco después de haber sido pronunciado. Una copia se halla en la Biblioteca Vittorio Emmanuele, de Roma. Es un hecho muy sintomático que las obras impresas en aquella época, y de las cuales nos quedan copias originales, hablan bien de este Papa.

Nápoles le ofrecen, a nombre de su rey, tomar las armas para defenderle a él y a la Iglesia. El Emperador, por medio de su emisario especial, Ludovico Bruno, se congratula de tan acertada elección.

Las misiones especiales fueron recibidas durante un año. Mientras se hacían estos solemnes recibimientos, el Papa trabajaba para organizar la ciudad, para dar un sistema a la administración de justicia, reformar las costumbres, dominar a los barones y mantener intacto el patrimonio temporal de San Pedro. De esta labor, llevada a cabo virilmente por un hombre de autoridad y de conocimiento, decidido y firme, surgieron las primeras dificultades. Alejandro VI empezó a atacar duramente a los delincuentes de abajo y de arriba, y muy pronto entró en lucha con el Rey de Nápoles. Este Rey Ferrante, de Nápoles, había sido también, bajo los otros Papas, un vecino muy incómodo.

*Las aspiraciones del Rey Ferrante.*

En aquel período, los intereses de familia de los Soberanos dominaban sobre los intereses de los pueblos, y a menudo era difícil separar los unos de los otros, o saber si una actitud determinada, hasta una guerra, surgía por mezquinas cuestiones domésticas o era inspirada por necesidades del Estado. El Rey de Nápoles, bastardo de Alfonso, Rey de Aragón, era de una gran violencia de espíritu, acoplada a una insaciable ambición. No hubo crimen que no cometiera contra sus súbditos. Su reino estaba siempre en fermento, y buena parte de su nobleza se hallaba fugitiva en Cortes extranjeras, especialmente en la de Francia. Este Rey, ligado a diferentes familias reinantes, quería, por el conducto de estos vínculos personales, ejercer una influencia decisiva en las cosas de Italia. Pero como hay en el mundo un eterno dualismo, de donde él recibía autoridad y prestigio, le vinieron también preocupaciones y desdichas.

Su nieta Isabel, hija de Alfonso II, heredero del trono y luego Rey de Nápoles, había casado con el Duque de Milán, Gian Galeazzo Sforza, a quien su tío Ludovico *el Moro* no quería entregarle el ducado. Igualmente una hija natural suya, Beatriz, había casado con Matías Corvino, Rey de Hungría, y a la muerte de éste, por no tener hijos, había convenido en contraer nuevas nupcias con el Rey

Ladislao de Bohemia, prometiéndole hacerle Rey de Hungría. Beatriz cumplió su parte en el convenio; pero Ladislao, después de ser Rey, se negó a suscribir el contrato matrimonial, pidiendo al Papa, soberano en todas estas materias, entonces del todo canónicas, que anulara por vicios legales su propia promesa matrimonial. Ferrante veía frustrados sus planes, y en defensa de sus dos familiares, y para mantener su esfera de influencia política, pidió al Papa que obtuviese con su autoridad que, en Milán, el Duque Gian Galeazzo, ya llegado a la mayoría de edad, asumiese el gobierno, terminando el de Ludovico *el Moro,* que a título de regente continuaba en el mando, siendo en realidad un usurpador, y que Ladislao fuese obligado a contraer el matrimonio pactado. A Alejandro VI no le interesaba ni una ni otra cosa, y no se apresuraba siquiera a opinar, mucho menos a actuar. La cuestión del ducado de Milán no era de su competencia, y no tenía por qué mezclarse en ella, sobre todo teniendo a su lado como Vice-Canciller al Cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico, que recientemente había sido su gran elector. En cuanto al Rey Ladislao, debía tener en cuenta que este Rey estaba a la extrema vanguardia terrestre de la cristiandad, defendiendo a Europa del turco.

Para no volver sobre esta cuestión matrimonial, diremos desde ahora que ella vino a decidirse definitivamente en 1499. El Papa, en ningún tiempo halló pruebas jurídicas de la promesa hecha por Ladislao a Beatriz; pero la razón canónica que siempre consignó en sus resoluciones tenía por base un hecho más importante, o sea, que Ladislao estaba casado con Bárbara de Brandeburgo. Este Rey de Hungría, en materia matrimonial, era poco escrupuloso. Después de anulada la promesa hecha a Beatriz de Aragón, pidió la nulidad del matrimonio con Bárbara. Esta se opuso, y el Papa la concedió. Con los habituales «se dice», algunos autores han consignado que la Corte de Roma recibió dinero por estas decisiones. El Papa, por su parte, nombró en 1493 un Tribunal para que resolviera. Y lo cierto es que la Corte de Roma temía mucho perder la amistad de Ladislao, y en los registros pontificios se encuentran no sumas recibidas, sino sumas dadas por el Papa a este Rey.

*Intereses encontrados entre Roma y Nápoles.*

Si al Papa, en aquel momento, no interesaban las cuestiones familiares del Rey de Nápoles, y menos a través de éstas sus aspiraciones políticas, le preocupaba en cambio su avance subrepticio en su propio territorio. El astuto aragonés quería penetrar en el territorio de la Iglesia, a fin de comunicar su reino con los dominios de los Médicis de Florencia, sus amigos y aliados. Alejandro VI, que pensaba reconstruir sobre bases fuertes el Estado pontificio, no podía permitir que Ferrante llevase a cabo su plan político de hacerse dueño de los destinos de Italia ligándose doblemente con su aliada Florencia, y dominando en Milán y la Lombardía por medio de su nieta, que gobernaba al inepto y enfermo Gian Galeazzo; y al mismo tiempo, por el parentesco proyectado con el Rey de Hungría, neutralizar toda acción de Venecia en Italia. Esta política de Ferrante rompía el equilibrio que por largos años había mantenido la paz de Italia, y ponía el papado e Italia a la discreción del Rey de Nápoles.

Este propósito ambicioso creó las primeras dificultades del nuevo pontificado. Ferrante no usaba, al desarrollar sus planes, la manera fuerte. Lento, oscilante, pérfido, desconcertante, buscaba un pretexto en cualquier asunto de menor importancia para provocar una dificultad grave. La falsía ya no era una forma para alcanzar un fin circunstancial, sino un hábito. «La simulación insidiosa, la hipocresía, una sed inextinguible de venganza que espera ver madurar lentamente sus frutos», constituía su existencia misma (1). De todos modos, tenía una virtud en la perfidia: sabía esperar. En este caso de la ocupación de los territorios de la Iglesia no procedió de distinta manera. Pero Alejandro VI le conocía y le vigilaba. Mientras sus grandes proyectos dependían de arreglos matrimoniales o de derechos que se debían reclamar, el Papa hablaba a los Embajadores con palabras vagas; pero cuando se presentó el caso concreto en que la Iglesia era perjudicada, Alejandro VI dejó las palabras generales y se determinó a luchar.

---

(1) E. Gothein: *Il Rinascimento nell'Italia Meridionale* (traducción italiana de 1915), pág. 235.

*La primera dificultad del nuevo Papa.*

Franceschetto Cibo, hijo del Papa Inocencio VIII, a la muerte de éste, abandonó Roma y se retiró a Florencia, en cuya Corte era bien recibido, por ser su mujer una Médicis, hija de Lorenzo *el Magnífico* y hermana del futuro Papa León X, a la sazón Cardenal. Temeroso de perder los bienes que le había donado el muerto Papa, en el territorio eclesiástico, como acontecía a menudo al renovarse el jefe de la Sede Apostólica, trató con Virginio Orsini la venta de los castillos de Cervetri, Monterano y Viano, con el villorrio de Rota, por veinticinco mil ducados, y la del castillo de Anghillara y sus posesiones por quince mil ducados. Virginio Orsini, aunque noble romano, estaba a sueldo del Rey de Nápoles y era uno de los grandes señores del reino, condestable y jefe del Ejército. El Papa Borgia comprendió que Orsini era un simple testaferro y que estos feudos de la Iglesia iban a ser entregados indirectamente al Rey de Nápoles. Se amparó en su derecho y declaró con razones legales que el contrato de venta era nulo; y para que el derecho que le asistía fuese válidamente defendido, se preparó con un buen número de hombres armados. Con el perfecto equilibrio que le vemos tener siempre en lo futuro, mientras con las armas legales pedía al Rey de Nápoles que sometiera a juicio imparcial la cuestión de si podía Franceschetto Cibo traspasar o vender aquellos feudos de la Iglesia, se unió en liga o alianza con la República de Venecia y el ducado de Milán, ambos poderes los más fuertes de Italia por riqueza y prestigio.

*Primera proposición matrimonial con un Borgia.*

El Rey Ferrante, oblicuo siempre, visto que había perdido en el campo político y que perdería en el del derecho, pensó en rehacerse sobre otro terreno, penetrando en el corazón del Papa por otro camino. Conocía dónde se hallaba la debilidad del carácter de Alejandro VI, y pensó alcanzar sus fines proponiendo al Papa una alianza familiar, un nuevo lazo de parentela que le fuera más útil que los precedentes de Hungría y Milán. Ofreció a Joffre de Borgia, que era generalmente considerado hijo del Papa, la mano de Sancha, su nieta, hija del entonces Duque de Calabria, y al mismo tiempo le propuso una liga política con el reino de Nápoles, sin que por ello tuviese que denunciar la ya existente con Milán y Venecia. Alejandro VI rehusó lo uno y lo otro, comprendiendo que Ferrante le iba a separar

de Venecia y Milán, pues la segunda alianza neutralizaría los efectos de la primera, y que después de haberle separado de estos dos Estados, le tendría virtualmente en condición de vasallaje. No se dió por vencido el viejo Rey. El Papa empezaba a ser demasiado independiente y había que desacreditarle. Un Papa desacreditado pierde gran parte de su fuerza. Por eso acudió al arma de la calumnia, escribiendo en contra de Alejandro VI a diferentes Príncipes, y especialmente, en 7 de junio de 1493, a los Reyes de Castilla sus parientes (1). Es ésta la primera agresión del género contra Borgia. El hombre de menos moral y de ningún honor de aquel período, es el iniciador de la larga campaña de descrédito contra el Papa Borgia.

*La primera calumnia.*

La carta a los Reyes de Castilla sería suficiente en la vida cotidiana para demostrar la mala fe de quien la escribe; en la vida histórica sucede a veces algo muy diferente, y ella ha servido como una de las piezas acusatorias de mayor fuerza en la tragedia borgiana. En efecto, el Rey Ferrante dice a sus ilustres parientes de la península ibérica que el Papa quiere quitarle a sus *condottieri*, y que para ello ofrece grandes sumas y tierras a los Orsini y a los Colonna; que, bajo cuerda, pide a Virginio Orsini que no ceda en el asunto de Cervetri, Anghillara y otras posesiones, mientras abiertamente hace de esta cuestión un *casus belli;* que el Papa quiere nombrar trece Cardenales con el único fin de hacer dinero, cotizando el cargo a un mínimo de veinte mil ducados. La inmoralidad reina en Roma. El desorden, en toda Italia. El Papa, sigue diciendo el Rey, tiene un solo interés: elevar a sus hijos de todos modos. Y para dar al mundo una guerra más, está ofreciendo la investidura del reino de Nápoles al Duque de Lorena. El Papa es capaz de llamar al turco para que le ataque por el Sur. La carta continúa relatando un bien hilvanado tejido de falsedades y de hipótesis maliciosas, y llega a su máximo cuando declara que en el asunto de Cervetri y Anghillara él ha propuesto un «proceso judicial» y que el Papa se ha negado, y que igualmente el Papa le ha ofrecido una alianza familiar. Bastarían estos últimos extre-

(1) TRINCHERA: *Códice Aragonés*, tomo II, parte 2.ª, páginas 41 a 48. La carta está dirigida a Antonio d'Alessandro, orador de Ferrante en España, pero debía ser presentada por éste a los Reyes de Castilla.

mos para dar a este documento un valor histórico ciertamente no desfavorable a Alejandro VI, pues está probado con documentos indiscutibles que fué precisamente el Rey Ferrante quien se negó al «proceso de justicia» referido, y el que propuso el matrimonio de Joffre y Sancha.

*La misión de López de Haro.*

Sin embargo, esta carta produjo sus efectos en la mente de Fernando e Isabel, como los ha producido después en la de los escritores que han tratado de Alejandro VI. Cuando el Embajador Diego López de Haro fué enviado a Roma a prestar homenaje a Alejandro VI, recibió el encargo de hacer presión sobre su ánimo y de forzarle a un arreglo con el Rey de Nápoles. Ciertamente, Infessura altera la verdad, como de costumbre, cuando dice que el Embajador hispano atacó rudamente al Pontífice por su conducta; pero que éste tratara de llevarlo a transigir con el Rey aragonés, no hay duda alguna. López de Haro, en efecto, después del solemne acto de homenaje, en conversaciones sucesivas pidió al Papa que arreglara sus dificultades con Ferrante y con Virginio Orsini y que cesasen los preparativos bélicos, de los cuales había clara evidencia en Roma. El Papa, bajo esta presión, ofreció al Embajador llegar a una transacción, pero no alteró sus demandas iniciales de una solución legal sobre la cuestión. Ferrante no pudo negarse, ya que él, tergiversando la verdad o falseándola toda, había declarado que la propuesta de un arreglo judicial era suya, y aceptó entenderse amistosamente con el Papa. Para dar prueba de su buena voluntad, escribió una segunda carta dando las gracias a los Reyes españoles por su intervención (1).

*La cuestión judía en España y en Roma.*

Mas es preciso observar que Don Fernando y Doña Isabel no fueron probablemente los instrumentos de Ferrante, sino éste de ellos, pues a los Reyes de Castilla no les importaba la cuestión de Cervetri y Anghillara, sino otra, y sólo tomaron como pretexto la queja del Rey de Nápoles. La desavenencia mayor que se trató en Roma fué, en efecto, otra muy distinta. Los judíos, que ostentaban una falsa conversión al Cristianismo, conocidos bajo el nombre de

(1) TRINCHERA, en la obra citada, contiene todos estos documentos. De manera especial debemos señalar la carta de 13 de julio de 1493, dirigida a Antonio d'Alessandro.

*marranos,* eran fuertemente perseguidos en la península ibérica. Los tribunales de la Santa Inquisición los condenaban a penas durísimas. Los israelitas habían adquirido un poder enorme bajo los últimos reinados de los Trastamara y también en Aragón. Los conversos y los falsos conversos habían penetrado en la Corte, en el Gobierno y hasta en el Clero, amén del gran poder que tenían en el campo de la finanza pública y privada. Había *marranos* en la alta nobleza, los había Obispos, y alguno de ellos predicaba en público la ley de Cristo y en secreto rezaba sus viejos credos. España había asistido al crecimiento de un grupo numerosísimo de su población que no tenía el origen tradicional, que era de raza diferente, y que, en aquella época de fanatismo, no creía en la fe de la mayoría. El poder civil, el religioso en parte, y el poder económico preponderantemente, se iban concentrando en manos de este grupo. Vino la reacción, que fué una mezcla de intereses y de ideales. Los hombres de fe sincera pensaron que era necesario unificar la conciencia moral del pueblo, que no eran españoles aquellos hombres que ahora mandaban y se enriquecían a la vez. La gran mayoría aspiraba, en cambio, a sustituir a los miembros de la raza extraña en el disfrute de sus bienes y de sus posiciones. El Estado no resistió a la demanda pública, porque el Estado se sintetizaba en los Reyes, y éstos, entregados a una obra de reconstrucción nacional muy dispendiosa, necesitaban el apoyo popular y las grandes fortunas acumuladas por la avasalladora minoría hebraica. La persecución tomó una forma orgánica y legal, amén de las violencias esporádicas de un populacho sediento de sangre y de pillaje. En Roma no se sentían las mismas necesidades de España ni se había asistido al encumbramiento de aquel elemento exótico y molesto. Roma, además, a pesar de ser el centro del Catolicismo, tenía tradiciones de tolerancia bien arraigadas. Los Papas no perseguían a los judíos, aunque procuraban separarlos del resto de la población. El judío en Italia no era poderoso ni agresivo, y el cristiano, a su vez, por herencia de la antigua Roma, era generalmente tolerante. Alejandro VI en particular, espíritu libre, sin ni siquiera los prejuicios y las supersticiones de otros Papas, consideraba a los judíos como a semejantes qúe habían caído en el error de practicar una fe que en

parte no se basaba en principios verdaderos. En efecto, el día de la coronación, al recibir de ellos el homenaje ritual, les había contestado: «Hebreos: nosotros admiramos y respetamos vuestra santa ley, pues ella fué dada a vuestros antepasados por el Altísimo por medio de Moisés; pero nosotros somos contrarios a la falsa observancia e interpretación que hacéis de ella, porque la fe apostólica enseña que el Redentor, que vosotros en vano esperáis, ha venido ya, o sea, Nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo es el eterno Dios.»

*Intolerancia de los Reyes de España*

Los Reyes de España, ya en la lucha, no querían tolerancia para los judíos tampoco fuera de España, y pidieron por conducto de Haro que cesase este estado de cosas en Roma, especialmente en relación con los que procedían de España. Esa fué la verdadera misión que llevó a Roma el Embajador español. Alejandro VI se negó rotundamente a acceder a tales pretensiones, aunque usando las mejores palabras, como era su costumbre. Colmó de honores y cortesías al enviado, le habló de su gran amor a los Reyes y a España, y le demostró que los judíos no eran peligro para Roma. Esta forma suave y hábil la usó siempre; ella, unida a su inteligencia superior, hizo surgir la leyenda de su «maquiavelismo». Los inferiores atribuyen a engaño las derrotas intelectuales que sufren.

El Papa mantuvo la palabra dada a López de Haro en lo referente a la primera parte de su misión, y se dispuso en seguida a ponerse de acuerdo con el Rey de Nápoles y Virginio Orsini.

Pero, debido al transcurso del tiempo, el arreglo de la cuestión de Cervetri y Anghillara, aunque iniciado formalmente por España, se debió, sin embargo, a causas más profundas. Una tempestad se iba formando en el Norte, que preocupaba tanto al Rey de Nápoles como al Papa. Carlos VIII preparaba un ejército para conquistar el reino napolitano, alegando derechos procedentes de la herencia de los Anjou. Ferrante comprendió todo lo que significaba aquella preparación bélica para el futuro de su estirpe, y el Papa sabía igualmente que era preferible tener al Sur de Roma un poder turbulento, pero débil, que a una gran potencia mundial. Así, cuando las dos partes, Roma

y Nápoles, tuvieron informaciones precisas de la actitud francesa, abandonaron su recíproca intransigencia.

Mas, a pesar de ello, el Papa obtuvo que Cervetri y Anghillara y los otros castillos y tierras no fuesen enajenados por el contrato de venta efectuado en Florencia, violando la ley feudal, sino que, por nueva compra, Virginio Orsini los recibiera de la Santa Sede, y a ella pagara el precio total de cuarenta mil ducados, que ingresaron en el tesoro de San Pedro. Además, parece que en las conversaciones preliminares el Papa obtuvo también que Virginio Orsini se obligara a ceder posteriormente estos bienes al hijo, lo que efectuó Virginio pocos meses después. El Papa transigía así sólo en la forma, porque en el fondo mantenía su tesis jurídica y evitaba que en la realidad práctica estos bienes, a través del jefe del Ejército napolitano, Condestable del reino y gran feudatario del mismo, fuesen a parar en definitiva a la Corona de los aragoneses de Nápoles.

*Matrimonio de Joffre de Borgia y Sancha de Aragón.*

Este grave conflicto, que pudo provocar una guerra y que tanto daño ha hecho injustamente a la memoria del Papa Borgia, fué solucionado, pues, en la mejor forma posible. Y como todo arreglo era seguido por un matrimonio, abrió nuevamente las conversaciones de un pacto familiar entre el Papa y el Rey de Nápoles. El mismo Embajador español inició las conversaciones sobre este tema. Por primera vez oímos en esta ocasión hablar de la posibilidad de que César Borgia abandonara los hábitos (1). En efecto, el Rey de Nápoles expresó el deseo de casar a su hija Lucrecia con César. Pero el Papa se opuso decididamente, por lo que fué preciso volver a la primera idea que había tenido el mismo Rey, o sea, la de casar a su nieta Sancha con Joffre de Borgia.

El Papa, como Monarca absoluto, aunque electivo de los territorios eclesiásticos, proveyó a Joffre de bienes adecuados, pero rehusó darle el ducado de Benevento, que el Rey solicitaba con gran interés. El Rey Ferrante dió también una dote amplia a su nieta. Joffre fué

---

(1) TRINCHERA: *Códice Aragonés*, tomo II, parte 2.ª En esta segunda parte se halla toda la historia de estas conversaciones. Es, sobre todo, importante la carta de 11 de julio de 1493 que Ferrante dirige a su hijo, el Príncipe de Altamira.

hecho Príncipe de Squillace y Conde de Cariati. Para unificar los intereses de la Iglesia y de Nápoles, se le hizo igualmente *condottiere* de ambos Estados, pagándosele de por mitad la *condotta*. El 16 de agosto de 1493, Joffre y Sancha fueron comprometidos oficialmente en Roma, habiendo dado Sancha, a este efecto, poderes a su tío Federico, segundo hijo del Rey Ferrante. Pero el Papa no dejó que Joffre se trasladase a Nápoles, y sólo después de la muerte de Ferrante, el matrimonio fué consumado.

Ciertamente, esta unión familiar, hecha a expensas de la Iglesia, no es concebible en los modernos tiempos, y sería altamente criticable. En una época en que el Papa era un Soberano como todos los otros, siendo el patrimonio público su único patrimonio privado, actos de este género deben ser considerados a la luz del Derecho público de la época. Todos los otros Papas, en semejantes condiciones, habían hecho, o hicieron después, lo mismo que Alejandro VI. Insistimos una vez más en decir que es preciso no olvidar la frase de Lorenzo *el Magnífico* en su carta a Inocencio VIII: «Lo único que un Papa puede hacer en favor de los suyos es proveerlos de bienes mientras viva» (1).

Otra dificultad grave tuvo Alejandro VI en los primerosos meses de su papado.

*Principio de la enemistad entre Alejandro VI y el futuro Julio II.*

Desde el principio del año 1493 se inició la enemistad intermitente, pero larga, entre el Papa Alejandro VI y el Cardenal Julián de la Rovère, luego Julio II. Un juicio imparcial entre los dos Papas de más fama del Renacimiento, solamente puede hacerse después de haber examinado los hechos. El Cardenal De la Rovère era desde hacía algún tiempo un personaje considerable, quizá la figura preponderante del Sacro Colegio. La elección de Alejandro VI fué un golpe rudo a su ambición. Durante la disputa con el Rey de Nápoles y Virginio Orsini, le encontramos en los brazos de éstos y en contra de los intereses de la Iglesia. El papado iba cubriéndole de «beneficios», y usa-

---

(1) El mismo Rey Ferrante dice, en la ya citada carta, al Principe Altamira, que el Papa tiene la manera de beneficiar a los suyos *como* es deber de Su Santidad. («Et quello sia per darli del canto suo havendo S. Santitá lo bono modo che ha ad beneficarlo et bene collocarlo, como ad Sua Santitá specta.») *Códice Aragonese*, publicado por TRINCHERA.

ba miramientos especiales para con él; pero Julián, con su violencia habitual, que no conocía frenos morales o materiales, fué provocando una situación tal, que el Papa tuvo que denunciarle en pleno Consistorio. La denuncia de los hechos resultó una acusación de traición, pues apareció claro que un Príncipe de la Iglesia tenía secretos convenios con un Soberano extranjero para sustraer bienes feudales al patrimonio de la misma. La superioridad mental de Alejandro VI y su reconocida claridad en la exposición y fuerza dialéctica empeoraron en el Consistorio la causa del Cardenal De la Rovère. Y éste, irritado, pasó de la intriga a la acción, como vemos tantas veces en la Historia.

Este Cardenal había aprobado el trato entre Virginio Orsini y Franceschetto Cibo, cuando era aún desconocido por el Papa. En su casa había alojado al Príncipe de Altamira durante su residencia en Roma. Y había sido el consejero principal del Rey de Nápoles durante toda aquella lucha. Así, cuando Alejandro VI pareció determinado a no ceder los derechos de la Iglesia, a pesar de hallarse rodeado de enemigos, y a entrar en guerra, corrió a Ostia, de donde era Obispo, se encerró en la fortaleza que dominaba la entrada del Tíber, y amenazó desde allí las comunicaciones marítimas de Roma. Es de creer que su acto estuviese en consonancia con los propósitos de los capitanes que rodeaban al Rey de Nápoles, los cuales en altas voces reclamaban que se asaltara la ciudad de Roma para reducir a Borgia a la impotencia o para algo peor. Pero el Rey de Nápoles no se atrevió a tanto, calculando las consecuencias de un acto tan grave, y De la Rovère, su aliado, volvió a Roma reconciliado con el Papa, que le perdonó en esta primera ocasión, como en otras posteriores. El 24 de julio de 1493, Virginio Orsini y el propio Cardenal cenaron en el Vaticano. De la Rovère fué uno de los fiduciarios del arreglo que sobrevino, representando los intereses de Orsini, mientras el Cardenal Juan Borgia representó los de la Iglesia. Alejandro VI quedó muy apenado por la actitud de su antiguo colega, y atribuyó ésta a la protección que él había dispensado a Ascanio Sforza.

Pero Julián era díscolo por temperamento. Cardenal bajo su tío Sixto IV, estuvo en relativa tranquilidad en aquel primer período

por el doble respeto que le debía, y también por la violencia del carácter del Papa, aún mayor que la suya. En tiempo de Inocencio VIII dominó en el Vaticano, causando grandes dolores al Papa, que era un espíritu tranquilo. Ahora no sabe resignarse a tener un jefe que le domina. Protesta porque el Papa defiende los intereses de la Iglesia, se enoja por los nombramientos de los nuevos Cardenales, no acepta las resoluciones del Consistorio y tiene a Ostia fortificada para servirse de ella en contra de Roma. Poco tiempo después de esta reconciliación toma el camino de Francia para dar mayor impulso a la preparación de la guerra por la conquista del reino de Nápoles.

*El matrimonio de Lucrecia.*

Las dificultades políticas no eclipsaban en el Papa el afecto familiar. La pequeña Lucrecia iba creciendo rápidamente, y ya podía ser prometida en matrimonio, según las costumbres de entonces. Documentos contradictorios indican que Lucrecia Borgia, antes y después de la subida al pontificado de Rodrigo, había contraído obligación de casarse con distintos nobles, y que en el año 1491 estuvo comprometida (los documentos dicen casada en algunos casos) con Juan de Centellas, con Gaspar de Procida, hijo del Conde de Aversa, y más tarde con el Conde de Prada (1). Pero parece que no hubo matrimonio alguno, y que las promesas, o no existieron o no fueron cumplidas. Los tres nombrados probablemente eran simples aspirantes. Los tres eran españoles. Si el Cardenal Borgia se satisfacía con dar a Lucrecia a uno de estos tres jóvenes nobles, Alejandro VI aspiraba a algo más alto. En efecto, los pretendientes fueron todos excluídos para franquear el paso a Giovanni Sforza, Señor de Pesaro, pariente de Ludovico *el Moro*. Y éste, según las más lógicas y humanas deducciones, podemos decir que fué el primer marido de Lucrecia, redactándose el contrato matrimonial en 2 de febrero de 1493, y celebrándose el matrimonio en 12 de junio del mismo año. Este matrimonio unió a los Borgias con la familia de los Sforza. El Cardenal Ascanio había triunfado en su labor, con gran dolor del

(1) Infessura da por seguro el matrimonio con Juan de Centellas. Juan Andreas Boccaccio afirma, en cambio, que un matrimonio había sido celebrado con Gaspar de Procida. Lucrecia tenía, a la sazón, once años. Escritores posteriores dan por ciertos los dos matrimonios.

Rey de Nápoles. Lucrecia recibió treinta mil ducados de dote. Parte de esta suma procede de una donación que le dejó al morir su hermano, el primer Duque de Gandía. El Papa concurrió espléndidamente a completar el total.

*Celebración del matrimonio en el Vaticano.*

El matrimonio se celebró en el Vaticano, como se había hecho en tiempos de Inocencio VIII. Ceremonias religiosas y fiestas civiles fueron igualmente brillantes, pero sin la pompa que veremos más tarde en ocasiones análogas. Un largo sermón y una más larga comedia fueron las atracciones principales. Además, un banquete de familiares y una distribución de confites a la usanza del tiempo. En todos los actos de aquel día, menos en el banquete, estuvo presente una parte del Cuerpo diplomático acreditado en Roma. Juan Andreas Boccaccio relata en un despacho a su Gobierno lo acontecido. Califica la comedia de digna, y en el banquete da como personajes principales, entre los hombres, al Papa, a Ascanio Sforza y a dos Cardenales más, y también al Conde de Pitigliano, capitán general de las fuerzas papales, en total ocho; y entre las damas, a Adriana del Milá, viuda de un Orsini, que es pariente del Papa; a la hija del Conde de Pitigliano y a Giulia Farnese. Entre todas, no pasan de seis. Por una frase del despacho de este enviado de Mantua se ha puesto este matrimonio entre las orgías vaticanas. Pero Boccaccio, que escribe al día siguiente, añade simplemente, a lo que hemos ya indicado, que de ocho a nueve de la noche se hizo la entrega de los presentes, y luego, después de un baile de las damas, entre ellas mismas se dió una comedia con cantos y música. El enviado termina diciendo: «Así se pasó la noche; si esto fué bueno o malo, lo dejo juzgar a Vuestra Excelencia.» Es preciso pensar que la noche pasó fácilmente, pues si los regalos terminaron de entregarse a las nueve, el baile empezó tarde, y la comedia, mucho más tarde. Las comedias de entonces duraban cuatro o cinco horas, y a veces más. La frase última con que el Embajador cierra el despacho, aparte de su vaguedad dubitativa, es una expresión de reverencia para el alto personaje a quien escribe. En toda la correspondencia diplomática de la época, y nosotros lo hemos notado especialmente en los despachos y relaciones venecianas, se usa a menudo esta forma, que deja el juicio definitivo al que recibe el do-

cumento. De todos modos, si Boccaccio relata actos normales de la vida que, como se desarrollaron en el Vaticano, hubiesen podido presentarse en cualquier familia noble de la época, y si en el Vaticano había ya costumbre de celebrar estas funciones civiles, a las que concurrían señoras, ¿qué importancia debe concederse a una frase protocolaria final, que no puede ciertamente alterar el inocente relato que a ella precede? (1).

*César, Cardenal.*

El Papa nombró Cardenal a César Borgia el 20 de septiembre de 1493. Ya había nombrado excepcionalmente en 31 de agosto de 1492 a su primo Juan Borgia. Decimos excepcionalmente, porque fué nombrado él sólo. Parece que Alejandro VI quería desde el primer momento tener en el Consistorio un hombre hábil, y éste lo era, en efecto, como aparece por un despacho del Embajador Manfredi, que desde Florencia comunica a Mantua que se trata de un «hombre excelente y que conoce los asuntos». Pero, al elevar a César, nombra a once más. En este grupo hay tres jóvenes de menos de veinte años: Hipólito de Este, hijo de Hércules de Ferrara, que tenía solamente quince años, y el futuro Papa Paulo III, Alejandro Farnese, siendo el tercero César, que apenas tenía dieciséis o diecisiete. Si estos tres nombramientos fueron debidos al espíritu nepotista del Papa, añadiendo a ellos también el de Giulio Cesarini, los otros son producto de un maduro criterio político. En la lista encontramos al gran Canciller del Rey Enrique VIII de Inglaterra, Juan Morton, al elocuente Bernardino López Carvajal, a Raimundo Peraud, al Abad de Saint-Denis, a Domingo Grimani, hijo del Doge de Venecia, al hijo del Rey de Polonia y otros. Para dar un juicio exacto sobre estos nombramientos, hay que tener presente que la Iglesia se dividía en dos ramas, una puramente religiosa y otra totalmente política, y que los que gobernaban la primera, en cuanto a la cura de las almas, eran los Obispos; los Cardenales unían a sus funciones religiosas deberes temporales.

---

(1) En realidad, los escritores posteriores a los de la época han copiado a Infessura en este extremo; pero como Infessura no es considerado testigo fehaciente, estiran la frase de Boccaccio. Es útil saber que Infessura está tan mal informado que a Giovanni Sforza le llama Alessandro Sforzza.

Sobre la edad, muy juvenil, de los tres mencionados, hay dos justificaciones o, por lo menos, explicaciones: una, que todos los otros Papas nombraron Cardenales de la misma edad, y otra, que muchos de estos cuasi niños elevados a la púrpura fueron luego grandes Papas.

*Reorganización política de Roma.*

Alejandro VI, cuya diligencia y aplicación al trabajo habían sido probadas durante los muchos años en que fué Vice-Canciller, al mismo tiempo que manejaba la política exterior y se interesaba en las cosas de su familia, dirigía con mano fuerte y previsora los asuntos internos del Estado. Inmediatamente después de su elevación nombró cuatro reputados doctores en Jurisprudencia como miembros de una especie de Tribunal Supremo, y dictó leyes para evitar los abusos judiciales en las Cortes menores. Reformó las prisiones. Fijó un día a la semana para oír personalmente las quejas de los que se creían objeto de injusticia. Más tarde reformó la Constitución de Roma, o más propiamente puede decirse dió a los romanos el derecho de reformarla. En un importante documento del año segundo de su pontificado se encuentra toda la teoría borgiana en materia de gobierno interno, que es la misma que practicó luego César en Romaña, bajo la dirección de Alejandro VI, y que le hizo tan popular, al punto que aquella región le quedó fiel aun después de la muerte del Papa y de su propia caída. En efecto, Alejandro VI, «considerando que la ciudad que dió al mundo el Derecho debe de querer darse leyes a sí misma» (1), invita a los jefes populares a dictarse la Constitución que ellos quieran, deroga las precedentes otorgadas por los Papas y proclama de antemano que los ciudadanos de Roma deben aprobarla en definitiva. Y como entiende que en el curso del tiempo puede haber modificaciones que demande la experiencia, mientras niega autoridad a la Santa Sede para modificar la Constitución popular, reconoce al pueblo el derecho de dictar nuevas medidas y de reformar las precedentes en todo tiempo (2). El lenguaje del Papa no parece de aquel siglo, sino de la bella alborada del siglo XIX. La refor-

(1) *Statuta et Novae Reformationes Urbis Romae*, libro IV, folio I.
(2) Ut supra.

ma fué aprobada bajo el nombre de «Reformationes Alexandri VI», y es el documento de Derecho público más previsor y completo de la Roma papal, abarcando la administración del Estado, las relaciones civiles y la justicia criminal. El Papa, no satisfecho con todo esto, constituye una asamblea popular, que debe reunirse por lo menos una vez al mes, «para escoger los medios necesarios al buen gobierno y prosperidad de la Santa Romana Iglesia y para la protección de la ciudad y de sus habitantes».

*Visitas a los territorios.*

En los últimos meses del 1493, el Papa quiso recorrer el territorio patrimonial de la Iglesia, y el 26 de octubre dejó a Roma, visitando a Ascanio Sforza en Nepi. Pasó en largas jornadas a caballo por Ronciglione, Viterbo y Toscanella. En Corneto, a pesar del cansancio por el camino recorrido, fué a pescar con un pequeño grupo de cortesanos. Más tarde se dirigió a Civitavecchia, pero volvió a Corneto, y alternando el despacho de los asuntos públicos con las funciones religiosas, hallaba tiempo para otras pesquerías y para largas y fatigosas partidas de caza. A los sesenta y un años estaba fuerte y vigoroso, como fuerte y vigoroso fué hasta la muerte, según lo comunicaba el Embajador de Venecia a la Señoría pocos días antes de la rápida enfermedad y fallecimiento. De Corneto siguió su excursión a lo largo de todo el territorio, volviendo a Roma en 19 de diciembre, aclamado por toda la población con un entusiasmo que desde siglos no habían visto sus predecesores.

*Alejandro VI y los descubrimientos.*

A este mismo primer período de su pontificado se debe el acto importantísimo de dividir entre los reinos de Portugal y España el campo de los descubrimientos de las nuevas islas y de la tierra firme. Esta temprana cuanto oportuna acción evitó graves conflictos entonces y otros más graves que se hubieran presentado en el futuro. La forma usada para el caso fué la típica forma suave suya, revestida de la actitud soberana que le era igualmente habitual.

Se ha dicho que Alejandro VI, llamado a dar una solución a las opuestas pretensiones de Portugal y de España, trazó a capricho una línea de Norte a Sur sobre un mapa y falló que los descubrimientos del Oriente pertenecían al primero, y los de Occidente a la segunda. Es

ésta una estúpida leyenda, caprichosa, que no merece los honores de la discusión.

La verdad es muy diferente. Ella revela el cuidado que el Papa puso en esta grave cuestión y su habilidad y mesura. Examinémosla.

Cuando Cristóbal Colón volvió de su primer viaje con las noticias maravillosas sobre lo que había encontrado más allá de los mares, el Rey de Portugal alegó que por el tratado de 1479 concertado con España, las nuevas tierras descubiertas o por descubrir le pertenecían. En efecto, por el tratado de Alcaçoba se había convenido que, menos las Canarias, todas las otras islas de Occidente pertenecían a Portugal. Las Canarias habían sido consideradas como dominios españoles. El Rey portugués, para apoyar con armas efectivas su gestión diplomática cerca de la Corte vecina, preparó una flota que debía seguir a Colón en sus nuevos y ya anunciados viajes y ocupar por la fuerza las tierras en donde éste desembarcara. España no aceptó la teoría portuguesa, pues los descubrimientos de Colón habían creado una situación nueva, no contemplada en el tratado de Alcaçoba. Y para evitar la guerra, pidió la intervención de Alejandro VI.

El Papa, solicitado así por el Embajador español, estudió la cuestión, y sin entrar en un largo debate con Portugal, aplicó a favor de España una fórmula de «donación de tierras descubiertas» usada precedentemente por la Santa Sede a favor de Portugal, cuando éste había pedido la legalización de sus conquistas oceánicas. En efecto, desde Martín V hasta Sixto IV, pasando por los Papas Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III, la Roma papal había concedido a Portugal todas las tierras que los navegadores de éste habían ocupado en sus largos viajes. Con este criterio, el Papa dictó a favor de España tres Bulas consecutivas que llevan la fecha de 3 de mayo de 1493. En la primera concede a los Reyes españoles las islas y las tierras encontradas y que se encontrasen en las sucesivas exploraciones, siempre que no perteneciesen a otro Soberano de la cristiandad. Tal concesión la motivó afirmando que el nuevo descubrimiento extendía la esfera civilizadora de Europa y ensanchaba los dominios cristianos con el triunfo en aquellos lejanos países de la fe católica. En la segunda Bula concedió a España los mismos derechos territoriales otorgados a Portu-

gal por los precedentes Papas sobre las tierras que sus súbditos o agentes habían descubierto. Y en la tercera fijó las obligaciones de España de educar en la fe católica y en las buenas costumbres a los habitantes de los nuevos territorios.

El hecho de que Alejandro VI haya dictado en un mismo día tres Bulas sucesivamente sobre la misma materia, y no una que englobara todos los puntos tratados, se explica por la costumbre vaticana de tratar cada asunto específico en Bula separada.

Ninguna de las tres Bulas indicadas es aquella famosa conocida por el nombre «Inter Cetera Divina» (1). Esta aparece con fecha 4 de mayo del mismo año, pero probablemente es de tiempo posterior, y en ella se encuentra la línea divisoria de Norte a Sur que pasa a cien leguas a oriente de Cabo Verde. «Inter Cetera Divina» es la Bula generalmente conocida que sirve de constante referencia en la materia. ¿Por qué fué dictada esta nueva Bula, y por qué fué hecha la demarcación de las dos zonas objeto de futuros descubrimientos? A distancia de siglos, a falta de informaciones directas, podemos colegir que el Papa quiso evitar que España pudiese alegar más tarde una cierta exclusividad o monopolio sobre todos los descubrimientos que pudiesen hacerse en cualquier parte del mundo. La Bula «Inter Cetera Divina» no es más que un documento de mayor precisión que el precedente. En ella, la parte «donativa», digámoslo así, es solamente una reproducción de la última Bula del día anterior.

La autoridad del Papa para hacer tal «donación» ha sido considerada desde distintos puntos de vista. ¿Qué derechos, en efecto, asistían a Alejandro VI para conceder, a uno y a otro, tierras que ni siquiera pertenecían a la Cristiandad, y sobre todo qué derecho podía alegar para conceder tierras aún no descubiertas? Las palabras usadas en las cuatro Bulas indicadas parecen inspirarse en la teoría teocrática de la autoridad suprema del Papa sobre todos los poderes de la tierra. En realidad, sin embargo, en aquellos últimos años del siglo XV se hallaban ya muy lejos tales principios, a pesar de que Juan de Tor-

(1) Usamos la ortografía del tiempo, que suprime el diptongo en la palabra «caetera».

quemada tratara de ponerlos nuevamente en boga. El contenido de las Bulas, por otra parte, no parece que pretenda reavivar esta teoría ya anticuada, que no corresponde a la situación política de la época; al contrario, su examen nos lleva a suponer que el Papa hacía uso de un derecho distinto, meramente espiritual. En ellas, la conversión de los habitantes de los nuevos territorios al Cristianismo es presentada como el punto esencial y la causa determinante de la concesión o «donación». La conquista de las almas, en la mente vaticana, es un motivo más elevado que cualquiera otro. La expansión católica para que miles de conciencias encuentren el camino de la salvación es algo que nadie puede combatir todavía teóricamente en este final del siglo XV. No es en realidad que así se piense por lo general, pues ya los Estados en este período en que se iban afianzando las Monarquías absolutas, se habían redimido de la tutela del Vicario de Cristo, pero quedaban las fórmulas exteriores, que en la evolución histórica son siempre las últimas en desaparecer. Este contraste entre la forma y el fondo de las cosas, o sea, entre las palabras que se usan y el propósito que se alienta, lo hallamos siempre cuando una Era llega a su ocaso.

La Bula «Inter Cetera Divina», como hemos indicado, reproduce en gran parte la última dictada con fecha del día anterior; y de mil seiscientas palabras, más o menos, que contiene, cuatro quintas partes de ellas se refieren a la obligación de convertir a las poblaciones nuevas a la fe católica y mantener para ello en las islas y tierras firmes lejanas una organización eclesiástica adecuada. El Papa parece entender que no puede imponer deberes de naturaleza eclesiástica a un Estado sobre un determinado territorio sin que aquél pueda ejercer una soberanía continua y pacífica en el mismo, y en tal virtud la concede a España, y amenaza con excomunión *latae sententiae* a quien fuera a discutirle con las armas en las manos tal dominio. «Espontáneamente..., por nuestra pura liberalidad de ciencia cierta, y en la plenitud de nuestra autoridad apostólica..., concedemos a perpetuidad y donamos a vos y a vuestros herederos, los Reyes de Castilla y León, todas las islas y tierras firmes descubiertas y por descubrir hacia Occidente y Sur. En consecuencia, trazando una línea del polo Norte al polo Sur, que pase a cien leguas de Cabo Verde y de las Azores,

todas las islas y tierras firmes descubiertas y por descubrir que se hallen o se hallaran al Oeste o al Sur, siempre que no perteneciesen ya a otro Príncipe cristiano desde la pasada Navidad, serán vuestras... De estas tierras y estas islas os declaramos señores con plena y completa potencia, autoridad y jurisdicción... A todas las personas, cualquiera que sea la dignidad que ostentaren, aunque fuese imperial o real, prohibimos, bajo excomunión *latae sententiae*, de entrar en esas islas y tierras firmes descubiertas o por descubrir, sea para fines de comercio, sea por otras causas, sin vuestro permiso o el de vuestros herederos y sucesores.» Estas son las palabras de la Bula.

Portugal no quedó satisfecho de esta solución, que le venía a limitar el campo de acción en un momento en que representaba la potencia naval más preparada para tales empresas, y siguió invocando el tratado de 1479. Grave error de Portugal fué el de fundar sus derechos en tal convenio, que en realidad no contemplaba las nuevas tierras lejanas halladas por Colón, o era caduco, ya que, entonces como ahora, la vigencia de un tratado se basa sobre la regla *rebus sic stantibus*, o sea, sobre situaciones de hechos no alterados profundamente o por el curso del tiempo o por causas naturales o inesperadas. Hizo que sus Embajadores protestaran en Roma y en España. Pero no se atrevió a seguir sus propósitos de ocupación de los nuevos territorios, no queriendo caer en la excomunión papal. Alejandro VI no desarmó a su vez, y en 25 de septiembre de 1493 dictó una Bula más, que ha sido calificada de «Bula de extensión de la concesión apostólica y donación de las Indias», en la cual, en efecto, extiende los derechos soberanos concedidos a toda tierra que se encontrare por los vasallos de los Reyes españoles al Este, Oeste o Sur de las Indias a favor de éstos y de sus sucesores. El Rey de Portugal comprendió entonces la necesidad de llegar a un arreglo amistoso, y al año siguiente, por negociaciones directas entre las dos Cortes vecinas, Portugal aceptó la Bula del Papa Alejandro VI como generadora del derecho de España, y España, a su vez, extendió el derecho de Portugal a ocupar todo nuevo territorio, a occidente de Cabo Verde, de las cien leguas que habían sido fijadas, a doscientas setenta leguas. El nuevo tratado fué convenido en Tordesillas el 7 de junio de 1494, y

lleva su nombre. Las dos altas partes contratantes acordaron también solicitar conjuntamente la aprobación del Papa a la modificación introducida en la fijación de la línea divisoria, y éste la concedió inmediatamente, quedando así definitivamente resuelta la grave cuestión.

Esta última fase de las negociaciones diplomáticas ha hecho surgir la hipótesis de que Alejandro VI, aparte los términos de las Bulas, actuó en realidad como mediador o árbitro entre España y Portugal. Los Papas, en diferentes ocasiones, desempeñaron tales papeles. Y Alejandro VI, de manera especial, concurrió a resolver armónicamente dificultades de orden no sólo internacional, sino también nacional. Pero contra esta hipótesis está el hecho de que el Papa, al «donar» a España los nuevos territorios descubiertos o por descubrir, usaba de un derecho establecido por la tradición, o sea, establecido en los casos de los descubrimientos portugueses. Y está también el hecho que el Papa repite en dos Bulas, la última del 3 y la célebre del 4 de mayo de 1493: que aquella donación y concesión es espontánea, de su pura liberalidad y usando la plenitud de su autoridad apostólica.

Lo que la sana crítica nos indica es que Alejandro VI no pudo actuar, en la creencia de que siendo el más alto Soberano del mundo, con derecho a delegar el poder temporal en el Emperador y en los Reyes, aplicaba este derecho a las tierras que luego formaron las Américas. Si algunos teólogos, todavía en aquella época, defendían y propagaban tal doctrina, los Papas, no muy dados a elucubraciones vanas, no creían en ella, y menos podía creer en teoría tan desusada el práctico y *realista* Borgia. Tampoco suponemos que el Papa haya querido realizar un acto de soberanía temporal para un fin de orden espiritual. Pues, aun cuando la forma de las Bulas nos podría llevar a considerar este punto, lo descartamos, porque al leer los documentos de la época vemos que nadie se llenaba de alegría y satisfacción porque los hombres que poblaban las nuevas tierras iban a ser convertidos, sino que todos miraban al oro y a las especias que debían llegar. El mismo Papa hace referencia a ello cuando dice, en la Bula del 4 de mayo, que en las tierras descubiertas «se han encontrado oro, especias aromáticas y otras cosas, abundantes cuanto preciosas, de diverso género y cantidad diversa».

En cuanto a que se tratara de un arbitraje, ya hemos dicho nuestra opinión, y en realidad no vemos, ni en la forma ni en el fondo de los documentos, que el Papa ejerciera una tal función.

La autoridad que asistía al Papa Alejandro VI para delimitar la acción colonizadora de Portugal y España queda explicada por los hechos, si no tratamos, como a menudo sucede a los historiadores, de someterlos a contorsiones imaginativas. El Papa, en vista de las diferencias que surgían entre Portugal y España, y de una posible guerra, a instancia de España intervino en la cuestión, y resolvió en vista de los precedentes. Los precedentes revestían con una forma de «donación» o concesión el reconocimiento de la conquista de los nuevos territorios, y Alejandro VI mantuvo esta forma, pero sin imponer su voluntad en ningún momento, aceptando, en cambio, los acuerdos de las partes en disputa, por ser los principales interesados. Como el reconocimiento de la conquista era hecho por el Pontífice, éste no podía poner otra condición que la propagación y mantenimiento de la fe católica.

No hubo especiales favores para España en la línea divisoria trazada, porque en aquel entonces, después del primer viaje de Colón, todo lo que hubiese al occidente de Cabo Verde no era considerado en su importancia real, que sólo el curso del tiempo vino a revelar. Alejandro VI, de estas primeras dificultades europeas que provocaron las tierras que luego fueron calificadas de americanas, sacó nuevo respeto para la Iglesia, en su doble calidad de organismo espiritual y temporal, mantuvo la paz y probó que no habían errado sus colegas del Consistorio al elegirle unánimemente y la opinión popular cuando afirmaron que el nuevo Papa podía dirigir con mano segura, en los difíciles mares de aquel entonces, la barca de San Pedro.

CAPITULO VIII

# UNA AMANTE DEL PAPA

Mientras Rodrigo Borgia es Cardenal, no hallamos en documentos, memorias y crónicas noticia alguna de que tuviese como amantes a la históricamente famosa Vannozza Cataneis (1) ni a la no menos renombrada, especialmente por su belleza, Julia Farnese. Sólo después de estar sobre la silla de San Pedro aparecen estos dos personajes importantísimos de la tragedia borgiana, pero en forma vaga, especialmente en relación con la Vannozza. Luego, a la muerte del Papa, se apoderan del hecho los libelistas, y, más tarde, los historiadores asignan a ambas mujeres un papel esencial en la vida del Papa Borgia. Podría alguien observar, a este propósito, que si las amantes y los consiguientes hijos de un Papa despiertan interés histórico, los de un Cardenal son dejados en la sombra. Pero la aparente fuerza de esta observación dejaría de ser convincente al pensar que en este mismo período tenemos referencias repetidas sobre las familias legítimas e ilegítimas de los Cardenales, bastando los ejemplos de los Cardenales Ardicino de la Porta y De Estouteville.

*Estridentes contradicciones históricas.*

De todos modos, nos parece que ha llegado el momento de tratar de esta cuestión y procurar esclarecer los hechos a través de las múltiples contradicciones, lagunas y exageraciones que han llegado hasta nosotros. Y de no sernos posible dar una versión exacta de

(1) Se usan indiferentemente los nombres Cataneis, Cathaneis, Catanei, de Cathaneis, Catani...

cuanto realmente hubo de estos amores, procuraremos indicar aquella parte de verdad histórica que nos permite separar lo que sabemos de lo que no sabemos. Es preciso declarar previamente que no es fácil hacer afirmaciones definitivas, porque mientras por un lado hay la opinión, que tiene sus raíces en la convicción de la época, y en esto nos referimos más a los hijos que a las amantes de Alejandro VI, por otro lado hay situaciones de hecho y documentos que nos obligan a sustentar un criterio opuesto a la opinión común. El que quiere llegar a la verdad usando los métodos probatorios y lógicos del proceso judicial, y no dejarse llevar por el fácil sistema de repetir lo que otros han dicho sin espíritu crítico, se halla perplejo muy a menudo en el curso de esta investigación, por las constantes inverosimilitudes que encuentra en los relatos que han sido aceptados hasta el presente. Por ejemplo, el observador elevado a juez se ve obligado a creer, si acepta la opinión común, que Vannozza Cataneis dió un hijo al Papa en el mismo período de gestación en que dió un hijo a uno de sus maridos legales; que uno de los hijos del Papa nació de Vannozza antes de que ésta entrara en la pubertad; que la concubina tenía casas de mal negocio en Roma, y que fué enterrada con los honores de un Cardenal en Santa María del Popolo, iglesia de la nobleza romana, a la presencia del representante del Papa León X; y para añadir una contradicción más, que en los últimos años de su vida es pobre y rica al mismo tiempo. En cuanto a los hijos, cuyo examen será objeto de otro capítulo, las contradicciones no son menos relevantes; una de ellas, esencialísima: que mientras Rodrigo Borgia vivió en Roma desde los diecisiete o dieciocho años, con excepción del breve e intenso período en que fué Legado del Papa Sixto IV en España, los hijos nacieron en España, y en una época en que no puede hablarse de repetidos viajes entre esta nación y Roma.

La mayor parte de los biógrafos de Alejandro VI nos ha dejado un cúmulo de absurdos que no concuerdan entre sí. Cada uno, obedeciendo a su propio capricho, comete errores propios. Y en el fondo no hay más que un desconocimiento total, de tal magnitud, que en lo referente a la Vannozza, de la cual vamos a tratar primeramente, se confunden el nombre, la edad, la condición social, la nacionalidad,

los matrimonios contraídos, los hijos tenidos. Es útil dar una idea de cuanto se ha dicho sobre ella en este sentido para poder examinar luego con mayor facilidad lo poco de verdad que nos es dado reconstruir.

*La historia original.*

Bruchard cita a Vannozza dos veces solamente, sin ninguna alusión al Papa. El documento anónimo a que nos hemos referido, y que ha servido de fuente abundante a los historiadores, la presenta como española. En este documento se relata, como hemos indicado antes, que Rodrigo Borgia, viviendo en España, se enamoró de una viuda y la hizo su amante. En el curso del tiempo, como la viuda tenía dos hijas, abusó de ellas, viviendo así irregularmente con las tres. Muerta la viuda, encerró a una de las jóvenes en un convento y a la otra la trajo con él a Roma. Esta es la famosa Vannozza que el anonimista llama Virginia Vannotti. Añade el libelo que éste es el primer viaje de Rodrigo Borgia a Roma, y lo coloca en el año 1490, en cuyo año hace morir al Papa Calixto III. La enormidad de todos estos disparates no necesita ser discutida. Litta, autor serio, considera a la Vannozza hija de Ranuccio Farnese; pero un continuador suyo niega este extremo, y dice que el nombre de la amante de Alejandro VI no es en este caso abreviación cariñosa de Giovannozza o Giannotta, sino que viene de la familia plebeya romana de los Vannozza; y, a su vez, otro continuador del mismo Litta, Odorici, comete el mismo error. Salazar, que nos ha dejado una buena colección de documentos, confunde, como Litta y como Odorici, a Vannozza Cataneis con Giulia Farnese. En la *Vida del Padre Affó*, publicada por Litta, se da un árbol genealógico de la familia Farnese y se incluye a Vannozza. Moroni la llama Lucrecia Vannozia. Y Tommaso Tommasi dice que su nombre era Catalina y que el apellido era Vannotti (1).

*Cómo llaman los biógrafos a Vannozza Cataneis.*

*Su condición social.*

Si sobre el nombre no hay opinión concorde, menos la hay sobre su condición social. Mientras Litta la eleva a la nobleza, Moroni la declara cortesana y, por añadidura, famosa. Esta afirmación de Moroni hizo fortuna, pues la mayoría de los escritores del que podríamos llamar el

---

(1) TOMMASO TOMMASI, cuyo verdadero nombre fué Gregorio Leti, escribió una *Vida del Valentino*. Es uno de los primeros escritores que haya tratado de los Borgia.

período intermedio, no la califican de otra manera. Mariana la considera una joven que abandonó una honrada casa pobre.

*Los matrimonios que contrajo.*

En cuanto a sus matrimonios, Infessura declara que ella casó en primeras nupcias con Domenico de Arignano, que escritores posteriores llaman Arimano y Cariñano. Pero en un documento que se ha alegado como auténtico la encontramos casándose más tarde con Giorgio della Croce, no ya como viuda, sino en primeras nupcias, lo cual viene a negar el matrimonio con Arignano. Y es de este Giorgio della Croce de quien tuvo un hijo de nombre Octaviano, casi al mismo tiempo en que nació Jofre Borgia, luego Príncipe de Squillace. Otro matrimonio se le supone por todos a la muerte de Giorgio della Croce, en 1486, en el mismo año de la viudez, con Carlos Canale. No es ya joven en 1486, pues ha tenido muchos hijos, uno de ellos el primer duque de Gandía, nacido *por lo menos* en 1461 ó 1462, y todavía favorece con otra prole al nuevo marido. Y más vieja aún sería si seguimos un documento de la Colección Osuna, publicado por Thausne, en el que se le supone un marido más y otros hijos con precedencia a estos tres matrimonios indicados (1).

*Casada tres veces.*

Pastor emite su opinión considerando a Vannozza hija de padres romanos, amante del Papa desde 1460, y la casa tres veces: una, en 1474, con Domenico de Arignano; otra, con Giorgio della Croce, en 1480, y una última vez con Carlos Canale, noble milanés, en 1486. Gregorovius coincide con Pastor; pero mientras en un momento de sinceridad declara que sobre ella nada sabemos de cierto, en otro, en que le domina la fantasía, describe su casa y su vida. La casa no es excesivamente elegante, pero tampoco modesta, y la dueña recibe a los Cardenales, colegas del amante, y a los españoles, que, numerosos, llegan a la capital del mundo cristiano. El lector advierte en seguida que Gregorovius da a la Vannozza una de las casas en que viven los romanos de aquel tiempo, que él se complace en describir y en donar hipotética-

---

(1) Esta colección contiene documentos borgianos confeccionados con posterioridad a los acontecimientos, pero ella hizo exclamar a Von Pastor que la causa del Papa Borgia estaba irremediablemente perdida después de tal publicación. Pastor, probablemente, no hizo un examen detenido de los mismos. De Roo parece no haberlo hecho tampoco personalmente, pero quien examinó por él tales documentos fué cuidadoso investigador.

mente a la persona de la cual, como él dice, nada sabemos de cierto (1).

Portigliotti, para aumentar la confusión, reproduce una supuesta Bula, ya conocida, de Alejandro VI, uno de tantos documentos que se fabricaron entonces y después en y fuera del Vaticano, de fecha 6 de agosto de 1493, en que el Papa declara que tuvo un hijo, Joffre, siendo Obispo de Porto y Vice-Canciller, con una mujer viuda (2). Obsérvese que Joffre nació por el 1481 u 82, y Giorgio della Croce, casado en 1480 con Vannozza, murió en 1486, o sea algunos años después del nacimiento de Joffre, habiendo hecho testamento en 9 de octubre de 1485. De lo cual se deduce que de ser cierta la Bula, Joffre no podría ser hijo de Vannozza, de lo que, sin embargo, es imposible dudar.

*Un matrimonio más.*

Para añadir una prueba más a toda esta confusión, diremos que Thuasne, al publicar los documentos auténticos del archivo del Duque de Osuna, presenta uno por el cual Vannozza, en este caso de apellido Pinctoris, pero madre del Duque de Gandía, César, Lucrecia, etc., o sea, nuestra Vannozza, había estado casada en primeras nupcias con otro más anterior a Arignano, o sea, con un tal Antonio de Brixia, y que esta unión fué fecunda a su vez en varios hijos, entre ellos Pablo de Brixia, un canónigo, tutor luego de Juan Borgia, Duque de Gandía. Por este documento, Vannozza tendría, al casarse con Carlos Canale, último marido, y con el que tuvo hijos, una edad muy avanzada. Esto no debe sorprendernos, porque en materia de edad la historia de esta mujer resulta igualmente famosa, como lo es por el número de maridos y de hijos. En un documento notarial que se halla en el Archivo del Capitolio de Roma, del 15 de enero de 1517, Vannozza, la esposa de Della Croce y de Canale, se obliga a no revocar una donación que ha hecho *inter vivos*, ni en el caso de ingratitud ni en el caso de tener nuevos hijos («per supervenientiam liberorum»). Ahora Vannozza Cataneis, la madre de los dos Duques de Gandía, César, Lu-

(1) Los dos libros de Gregorovius, *Istoria della Cittá di Roma* y *Lucrezia Borgia*, son interesantísimos. Este autor une a la investigación cuidadosa una excesiva sentimentalidad artística que le lleva a bellas creaciones del todo arbitriarias.

(2) «... de nobis tunc episcopo Portuen S. R. C. Vice-Cancellerio genitos et muliere vidua.»

crecia y Joffre, tiene en esta hora setenta y cinco años, siendo esto una de las pocas cosas históricamente ciertas que conocemos de ella, y que demuestra la invención de las otras aseveraciones (1).

Todas estas noticias contradictorias indican que la *communis opinio* se ha formado, no por una espontánea opinión popular que a veces hay que aceptar a falta de datos ciertos, sino por un agregado secular de deducciones fantásticas que tradicionalmente se han considerado muy propias de un personaje igualmente fantástico, como lo es el Papa Borgia de la leyenda. Y por el error de método que ha presidido a toda la historiografía de este período, ha venido consolidándose.

*La sensualidad de Rodrigo Borgia.*

Nosotros no discutimos esta cuestión, movidos por la creencia de que Alejandro VI, ya en el papado, no podía haber llevado una vida irregular y tenido a esta mujer, casada, viuda o soltera, o en las tres situaciones a la vez, como amante. Es más, opinamos que quien creyera que Rodrigo Borgia mantuvo el voto de castidad se podría equivocar. Porque teniendo en cuenta que hijos, y por consiguiente relaciones anticanónicas, tuvieron Pío II, el erudito Eneas Silvio y Sixto IV; que a Inocencio VIII se le atribuyeron nada menos que dieciséis hijos, fijándose en igual número varones y hembras, y que Julio II tuvo tres hijas conocidas en toda Roma, no podemos suponer que Alejandro VI fuera una excepción. De haber sido así, de algún modo hubiera llegado hasta nosotros tal contraste, porque alguien hubiera hecho notar esta diferencia con los otros Papas.

Más todavía; esta unión ilegal de Rodrigo Borgia con Vannozza, perdurando años y años, dadas las circunstancias, la época y la general transigencia por cosas de este género, le honraría sobremanera. Según Pastor, esta relación se inicia en el 1460, y termina, por lo menos, después de veinticinco años. De ser cierta, si se piensa que en el Renacimiento hasta el llamado *vicio clásico* era atribuído a muchos hombres célebres esta plácida y larga vida familiar, alegrada por numerosos hijos, nos revelaría en Rodrigo un tipo patriarcal que sale de la tragedia borgiana.

---

(1) Véase De Roo, obra citada, vol. I, pág. 147.

Nosotros no creemos, como Leonetti y De Roo, que estas alteraciones de la vida, que atacamos por falsas, nos obligan a la inversa a creer en un Papa Borgia casto y puro. Al fijarnos en la figura de él reproducida por el Pinturicchio en el Vaticano, y al reflexionar sobre los tiempos aquéllos, que no invitaban a la contrición y al sacrificio, nos inclinamos a pensar que el voto de castidad pudo ser violado por nuestro personaje, ya que se violaba generalmente por clérigos menores, a pesar de que la disciplina es más exigente en los inferiores que en los superiores; y se violaba abiertamente en los conventos, tanto en los de los hombres como en los de las mujeres. Los tiempos dictaban muchas aberraciones. Los retratos que los escritores del tiempo nos hacen de él tampoco revelan al asceta. Sano de cuerpo y mente, vigoroso y fuerte; sus placeres tomados de las cosas de la vida mortal; de la comedia, reproducción de esta vida; del carnaval, manifestación alegre de las cualidades espontáneas del espíritu; su sentimentalidad exagerada, que le lleva a explosiones de alegría, en que las lágrimas le hacen aún más húmedos los ojos sensuales, o a tristezas que desploman su alma; por todo ello pensamos que sus hábitos no fueron diferentes a los de otros hombres y sacerdotes. Y es bueno advertir que Rodrigo Borgia era un realista que sometía todo a un juicio crítico, y no podía considerar que la virtud surgía de un sufrimiento inútil.

*La verdad real.*

Pero, volviendo a la cuestión puramente histórica, ¿qué es lo que hay de verdad en el fondo? A nuestro entender, los historiadores han sido llevados a tantos errores porque han adaptado los hechos al tipo histórico que se han forjado y no han creado el tipo histórico sobre los hechos; y, en este caso especial, porque han usado el sistema malhadado de aceptar documentos sin valorizarlos. Aquí, examinando bien la cuestión, debe de haber más de una Vannozza, ya que el nombre era muy común entonces. La Vannozza casada con Arignano no debe de ser la casada con Della Croce y con Canale. La rica que deja una cuantiosa fortuna a la Beneficencia y a la Religión no puede ser la Vannozza pobre preocupándose de sus pequeñas deudas en algunos documentos notariales. La madre de Joffre no puede ser la madre de Octaviano. La cortesana romana no puede ser la que Pablo Giovio llamaba la «proba

mulier Benossia» (1). La propietaria y gestora de posadas y fondas no puede ser la madre del Duque de Gandía, del Duque Valentino, de la Duquesa de Ferrara y del Príncipe de Squillace. Quizá hay una tercera Vannozza que casó con Paolo de Brixia. Quizá existieron aún más de tres, o sea: una, la madre de los Borgia, probablemente casada en segundas nupcias con Arignano; otra, la señora casada con Della Croce y Canale; una tercera, la cortesana; y una más, ligada con De Brixia. Los historiadores, sin discriminación, las han unido todas, haciendo no sólo un monstruo moral, sino un monstruo físico, que tiene hijos sin cesar, por doble serie, a edades inconcebibles, y que, pasados los setenta y cinco años, todavía espera tener más.

*Una lápida engañadora.*

En esta hipótesis de que existe una confusión de nombre y abundancia de personas nos confirma el hecho de que en una lápida descubierta por Belli se encuentra una «Vanogia Catanea, madre del Duca Borge», debido a que había hecho una donación para que se celebraran unas misas en favor de las almas de sus maridos Della Croce y Canale, y a su muerte una para ella misma. Belli creyó haber encontrado un documento auténtico. Matagne, sobre la fe de Belli, deduce que, debido a esta lápida, no puede existir duda alguna de que la mujer de Della Croce y de Canale es también la madre de César Borgia, porque no hubo otro Duque de Borgia más que César (2). Pues bien, la deducción de Matagne es exacta, pero el hecho de donde parte carece de base. Una investigación hecha por De Roo ha fijado con exactitud que el documento que se otorgó haciendo la donación para tales misas no inserta la frase de la lápida (3). El documento es de 15 de enero de 1517, mientras que la lápida fué esculpida, según el mismo Matagne, en 1608. La lápida surge por el documento de donación. En la donación no se hace referencia a ningún hijo y mucho menos a César. El escultor o los que le ordenaron la lápida, para dársela de eruditos llevados por la sinonimia, añadieron las palabras «madre del Duca Borge».

---

(1) Pablo Giovio conoció personalmente a la madre de Juan, César, Lucrecia y Joffre Borgia.
(2) Matagne: *Revue des Questions Historiques*, tomo XI, pág. 189.
(3) De Roo, obra citada, vol. I, pág. 152.

Limpio el camino de tantas anomalías y oscuridades, procede fijar la parte verdaderamente histórica, que no es extensa, como muy bien observa Gregorovius. Todo lo que se conoce de Vannozza Cataneis está en relación con el segundo Duque de Gandía, con César, Lucrecia y Joffre.

La noche del asesinato del segundo Duque de Gandía, éste y César habían comido con ella, que era su madre. Esto es dicho por todos en aquella ocasión. Ella va con la hija Lucrecia a Pesaro cuando ésta se halla casada con Giovanni Sforza. Luego corresponden por cartas ella y Lucrecia, siendo ésta Duquesa de Ferrara. Igualmente existe correspondencia de ella con el Cardenal Hipólito de Este. Más tarde, muerto Alejandro VI, se le pone un pleito por indemnización de daños, por haber, según la acusación, reclutado soldados para su hijo César. Su otro hijo, el Príncipe de Squillace, desaparecido César de la escena italiana, le envía a su casa de Roma a su hijo para que la vieja abuela le cuide. A su muerte, en el año 1518, se le hacen funerales con pompa semejante a la de un Cardenal; el Papa León X envía sus chambelanes, la Congregación del *Gonfalone* le presta sus homenajes y su asistencia fraterna, y una lápida sella sus restos. La lápida dice que «Vanotia de Cathaneis, famosa por sus nobles hijos el Duque César de Valencia, Juan de Gandía, Joffre Squillace y Lucrecia de Ferrara, y distinguida por su virtud, eminente por su piedad, así como por edad y por prudencia, habiendo bien merecido del Hospital del Lateran», allí se encuentra (1). Jerónimo Pico, fideicomisario y ejecutor testamentario, puso esta lápida. Todos éstos son hechos ciertos.

*La muerte de Vannozza.*

En Marín Sanudo encontramos un despacho del Embajador veneciano, que al dar cuenta del fallecimiento de Vannozza, dice que la madre del Duque Valentino y de la Duquesa de Ferrara ha muerto, y pone la fecha y otros pormenores. El despacho del Embajador o la copia de Sanudo es errónea en diferentes puntos, lo cual no es extraño, pues Sanudo contiene innumerables errores; pero, en este caso,

---

(1) FORCELA: *Iscrizioni*, vol. I, pág. 335, núm. 1.276.

es importante solamente el hecho de que el Embajador, o Sanudo, o el copista, califican a la Vannozza de amante de Alejandro VI.

Con estos pocos datos no se puede reconstruir una *vida,* pero sabemos suficientemente que, en efecto, existió una Vannozza que fué la madre de los famosos Borgia. El lazo con Alejandro VI sería evidente, indiscutible, si se probara la paternidad de éste en cuanto al Duque de Gandía, César, Lucrecia y Joffre. Pero ésta es una hipótesis que no puede probar otra hipótesis; hipótesis vehemente, sin duda, pero no tan fácil de considerarse como un hecho cierto, como opina la generalidad. Y las dificultades se multiplican cuando se piensa que los hijos que se atribuyen a Vannozza por los documentos fehacientes, o sea los cuatro indicados, tuvieron por lo menos otro hermano y otra hermana, indudablemente hermanos de padre y madre, como lo acreditan documentos irrefutables que establecen relaciones jurídicas sujetas a formalidades muy estrictas.

***El verdadero marido de Vannozza.***

De Roo, después de cuidadosa investigación, llega a consecuencias diametralmente opuestas a la opinión general. Según él, un Guillermo Raimundo Llançol y de Borja nació de doña Juana de Borja y de don Pedro Guillén Llançol, y siendo primer hijo heredó las propiedades de Gandía, en aquel entonces no elevadas a posesiones ducales. De Roo reconoce que este nombre no se halla en el árbol genealógico de esta familia confeccionado por Fidel Fita en 1564, pero considera su existencia bien probada por Imhof en *Genealogiae XX Illustruim in Hispania Familiarum,* el cual, en efecto, afirma que un Guillermo Raimundo fué el primer hijo de Pedro Guillén (1). Este Guillermo Raimundo, que no debe ser confundido con el *condottiere* papal que murió en Roma, su sobrino, casó con Violante, comúnmente llamada Vanotia, hija de Seras o Gerard, Señor de Castelvert, del cual surgieron luego los Condes de Olocan, como ha probado Expilly en una monografía, y de doña Damieta, hijo de Giovanni del Milá y de doña Catalina de Borja. Juan Luis del Milá, Cardenal de los Cuatro Coronados, nació también de este matrimonio.

Los dos Duques de Gandía, Jerónima, César, Lucrecia y Joffre,

---

(1) Página 24.

según De Roo, son hijos de Guillermo Raimundo Llançol y de Borja y de Violante, llamada Vannozza. De Roo basa sus pruebas, primero, en que si bien el ducado de Gandía fué dado durante la vida del Papa Borgia, las tierras de Gandía pertenecían con precedencia a los Llançol Borgia; segundo, que en una Bula del Papa Inocencio VIII, al concederse un favor eclesiástico al primer Duque de Gandía, se dice que se trata de un sobrino de un Cardenal, no pudiendo ser Rodrigo Borgia, porque éste o era el padre del Duque de Gandía o era un lejano pariente, debiendo por consecuencia ser el Del Milá; y tercero, que estos hijos eran españoles y que la única Vannozza española era esta esposa de Raimundo Llançol de Borgia (1).

Todas estas inducciones representan una buena hipótesis, pero queda el hecho de que hubo hijos de esta Vannozza que fueron considerados todos hijos del Papa. Este es el punto principal del cual depende toda la cuestión.

*Vannozza se apellida Borgia.*

A estas investigaciones de De Roo se puede añadir que Vannozza, en sus cartas, se firmaba «Borgia», y ninguna mujer toma el apellido del amante, a menos que no sea para dar a entender que ha habido matrimonio, pretensión inadmisible en este caso. Estas cartas, así firmadas, iban dirigidas no sólo a la hija, sino a personajes de importancia. Ella llamábase Borgia, si en efecto es la mujer de Llançol Borgia, a pesar de ser éste su segundo apellido, por lo ilustre del mismo, y porque cuando se reside fuera de España, en países donde no hay la costumbre de usar los dos, acontece que el segundo apellido predomina sobre el primero. Algo más puede alegarse. ¿De dónde surgió que a Rodrigo Borgia se le diera por siglos, y todavía algunos se lo siguen dando, el apellido de Llançol? ¿Cómo llegó a Roma este «Llançol», sino a través de esta rama, en donde posiblemente había una Vannozza? El Papa, ya por ser Papa, no tenía apellido, era Alejandro VI; pero los que eran considerados sus hijos y estaban bajo su

(1) Un inteligente estudioso de Borgia, que ha examinado la obra de De Roo, niega las consecuencias a que éste ha llegado en la cuestión del matrimonio de Vannozza con Guillermo Raimundo. Se trata del señor Ventura Pascual, de Valencia, que ha tenido la amabilidad de comunicarme el resultado de sus investigaciones.

protección y amparo, de ser cierta la hipótesis de De Roo, eran Llançol y Borgia. Así, los hijos dieron los apellidos al padre, si es que son hijos del Papa Borgia. Es una simple hipótesis.

*Vannozza es española.*

Muy fuerte argumento es que con esta versión tenemos una Vannozza española, porque si Pedro Luis, primer Duque de Gandía, es hermano germano de los otros, Juan, César, Lucrecia y Joffre, y, por tanto, Vannozza es madre de él también, no puede ser más que española, pues los documentos de la Corte española hablan del noble linaje de los padres de Pedro Luis y de su nacimiento español (1).

De Roo sigue afirmando que Guillermo Raimundo Llançol y Borgia murió en 1481, porque, considerándose Joffre hijo de una viuda, tuvo que nacer después de la muerte del padre y que Vannozza se casó con Arignano, que posiblemente es el nombre italianizado de Areños, parientes por afinidad de los Borgia. Y, en fin, que por estas segundas nupcias, según la costumbre del tiempo, aún existente en ciertas partes del Sur de Italia y España, dió los hijos a sus familiares, algunos de ellos al Cardenal Borgia, el más rico de los parientes (2). El segundo matrimonio vendría a explicar por qué Vannozza no fué vista nunca en el Vaticano. Probablemente, el Cardenal Borgia no aprobó el nuevo enlace, por no ser el Arignano de la alcurnia deseada, y esto provocó un rompimiento entre los dos parientes. Es muy de tenerse en cuenta que, mientras los hijos aman tiernamente a la madre, ésta no parece haber asistido a sus grandes triunfos cuando tuvieron por escenario el Vaticano. Ni pueden los escritores que consideran a Vannozza concubina del Papa Borgia, para justificar la ausencia, alegar razones de pudor o de respeto público, cuando afirman que la segunda amante asistía a estos actos.

En toda esta cuestión hay, pues, más de desconocido que de conocido. Si Vannozza Catanei o Cathaneis, o dei Catanei, fué amante del Cardenal Borgia desde antes del año 1460 hasta 1483 u 85, depende no de informaciones directas sobre ella, sino de si sus hijos, Juan, César, Lucrecia y Joffre, fueron también hijos del Papa Borgia.

---

(1) Véase el cap. X de esta obra.

(2) Lucrecia, en su niñez, quedó en casa de Adriana del Milá, pariente muy cercana de los Llanzol Borja.

CAPITULO IX

# JULIA «LA BELLA»

Otra larga relación amorosa se atribuye al Cardenal Borgia, relación que, según se afirma, continuó siendo ya Papa. La persona que endulzaba sus años ya maduros se dice haber sido Julia Farnese. Julia Farnese era conocida por Giulia *la Bella*. Los Farnese procedían de una noble estirpe de la Etruria Romana, que durante siglos fué de parte güelfa, y en su seno se reclutaron *condottieri* de fama que sirvieron, entre muchas señorías, a Venecia, Florencia y al papado. La madre de Julia fué una Caetani de muy antigua y noble casa romana.

*A los quince años.*

En todos los escritores modernos, copiándose los unos a los otros, se encuentra el relato de estas relaciones de Alejandro VI. El relato, de ser cierto, resultaría una manifestación monstruosa de la época y de las personas que se hallan comprendidas en la intriga. El Cardenal Rodrigo Borgia, según tal versión, ha conocido a esa bella criatura antes de los quince años en casa de su pariente Adriana del Milá, española y sobrina del Cardenal Luis del Milá. Adriana había casado, después de llegar de España, con Ludovico, de la famosa familia Orsini, Señor de Bassanello. De esta unión nació un hijo llamado Orso u Orsino, que casó con Julia inducido por el propio Cardenal Borgia, que ya había poseído a la joven esposa o que la gozó al celebrarse el matrimonio. La ceremonia civil de la unión se verificó en casa de Borgia. Los Caetani asistieron al acto, y también algunos de los Orsini, a la

cabeza de los cuales figuraba el Cardenal Juan Bautista Orsini. Estos prominentes ciudadanos de Roma favorecieron aquella farsa inmunda para obtener la protección y los favores de Rodrigo Borgia, a la sazón, hay que hacerlo constar, no Papa, sino Cardenal. La madre del marido, o sea Adriana del Milá, fué la que entregó la joven de quince años al libertinaje de este Cardenal de cincuenta y ocho años, y la seguía albergando a ratos en su casa, para que allí fuesen más cómodas y más íntimas aquellas relaciones. Y bajo aquel mismo techo, testigo de tanta aberración, se hallaba Lucrecia Borgia, hija o no de Rodrigo, pero ciertamente objeto de todos sus amores familiares y de todos sus cuidados, porque él la había entregado a Adriana para que le sirviera de madre, de guía y de educadora. La edad no impidió, según el relato, que Julia tuviese hijos de Rodrigo Borgia, seguramente hijos de él, a pesar de la evidente promiscuidad que suponía el hecho de estar Julia casada con un joven con quien hacía vida común en Roma, y en algunas posesiones fuera de Roma.

Esto es cuanto se nos ha dicho. Y, en verdad, casos de este género han podido suceder en el mundo, porque el campo de la inmoralidad es tan vasto como el de la virtud. Pero, indiscutiblemente, nadie con sereno criterio afirmaría tal perturbación de toda idea de bien sin pruebas indiscutibles ante su propia conciencia. ¿No debe ser el juicio de la Historia como el de la conciencia individual?

Es obligación nuestra hacer constar que todo esto ha sido dicho ligeramente, pues ello surge de sospechas populares, siempre prontas a formarse contra los poderosos; de madrigales recitados a escondidas; de toda una oscura y pasional tradición, cuando no de la propia cosecha de los escritores de la época posterior. Las llamadas relaciones de Alejandro VI con la bella Farnese no nos vienen de una información seria y verosímil, sino que salen, como las de la Vannozza, de la confusión y alteración de los hechos conocidos, y nos vemos obligados a afirmar que no solamente no hay pruebas concluyentes que nos induzcan a creer en ellas, sino que las hay negativas, que nos imponen suponer que tanta vileza es una invención más de las muchas que cayeron sobre la cabeza expiatoria del Papa Borgia.

*Confusiones entre los nombres de Vannozza y Julia.*

Ciertos autores de la primera época, habiendo oído que el Papa tuvo una amante, confunden a Vannozza Catanei con Julia Farnese. Parece increíble, pero es así; la Vannozza madre de Pedro Luis, que, según todas las hipótesis, nació en 1458, o ciertamente no después del año 1462, es confundida con esta joven que tenía quince años en 1489, y no es el caso de que tal confusión de personas haya surgido en la mente de escritores poco cuidadosos. Litta, entre otros, incurre en ella, y se trata de un investigador *bastante* honorable y escrupuloso. Estos amores tienen principalmente su base histórica en Infessura, Sanazzaro y Matarazzo, que calificaron a Julia de concubina del Papa. Escritores como Gregorovius y Von Pastor añaden como prueba decisiva una carta del propio Alejandro VI y dos de un joven clérigo a la sazón, Lorenzo Pucci, cuñado de una hermana de Julia.

En realidad, para quien conoce por directo examen de sus obras a Infessura, Matarazzo y Sanazzaro, sabe que en ellos no hay nada exacto, y la mayor parte de lo que han dejado escrito es falso. Sanazzaro era un escritor satírico, que divirtió a sus lectores y sirvió a sus Príncipes a expensas de Alejandro VI; vivía en Nápoles y odiaba al Papa, servía a sus Reyes aragoneses, pero fué el primero en abandonarlos al ser expulsados del reino. Matarazzo, o el que escribió las crónicas que llevan su nombre, vivía en Perugia, donde recibía en cartas divertidas todas las intrigas y embustes que los académicos del tiempo le enviaban, agriados por el servilismo a que estaban sometidos. Los retóricos de aquella época eran rebeldes en el fondo del alma, aun cuando aparecían sumisos y celebraban a los Príncipes. Con ellos aconteció lo que en los modernos tiempos ocurre con los maestros: que, aun siendo respetados en teoría, pero mal pagados y tenidos sólo en un grado superior a la domesticidad, se han agriado y se han ido al campo revolucionario. Stefano Infessura no era como los dos precedentes; él fué el calumniador por fanatismo. Le vemos como uno de los últimos representantes de la Roma que había tenido veleidades republicanas y que soñaba en la grandeza antigua; amigo de la familia Porcari, recuerda el sacrificio de Stefano Porcari, héroe popular romano, con bellas y nobles palabras. Faccioso de la rama de los Colonna, está

ligado al Partido Popular. Todos los Papas son sus enemigos, y contra todos usa el mismo lenguaje. Las calumnias que dirige contra Alejandro VI armonizan con las que cubren la memoria de un Sixto IV o de un Inocencio VIII. Su método es crear hechos o tomar pretextos de hechos reales para demostrar la infamia de los Papas. La verdad no le importa.

Ningún historiador ha dado valor a los escritos de los dos primeros, y todos han considerado igualmente el *Diario de la Ciudad de Roma* de Infessura poco fidedigno. No obstante, al mismo tiempo de condenarlos como poco fieles, estos historiadores los aceptan, considerándolos buena fuente de información. Von Pastor, repetidamente dice que no puede tenerse confianza en ellos; así, Gregorovius, e igualmente Oreste Tommasini, que brillantemente explica su opinión: «La academia le inocula como un prejuicio más la triste pasión de los dísticos, puestos al servicio de las ridiculas intrigas y del odio.» Pero lo cierto es que estos eruditos mencionados, como todos los otros, usan las inexactitudes, errores y falsedades, especialmente de Infessura, cuando se trata de los Borgia.

Es preciso observar, para que sirva de explicación también en los otros casos, que al citar a Infessura le negamos credibilidad, porque no existe el original de su *Diario*, y en el gran número de copias que han llegado hasta nosotros, los copistas han hecho estragos. La diferencia entre estas copias son enormes, no tratándose de alteraciones, sino de cambios radicales. Hasta el fin político está tergiversado en ellas, porque en unas copias el autor aparece favorable a los Colonna y en otras a los Orsini. Hasta el idioma es diferente, pues unos manuscritos son en latín, otros en italiano y otros en dialecto depurado con fuertes tendencias provinciales. Infessura, probablemente, no fué tan extravagante e inexacto como aparece a nuestros ojos, porque su obra fué alterada, reformada y hecha según la voluntad de los que la copiaron.

Sobre Julia Farnese, en los manuscritos existentes hay diferencias que desvirtúan cuanto sobre ella se atribuye a Infessura. Por ejemplo, en uno de estos manuscritos, hablándose del nombramiento de Cardenal de Alejandro Farnese, hay una referencia a Julia, y se le llama concubina del Papa: «item unum de domo Farnesia consan-

guineum Juliae bellae eius (Alejandro) concubinae»; pero en otro, en cambio, después de citada Julia *la Bella,* se añade en este mismo lugar «uxoris domini Ursini» simplemente. También sucede que en estos párrafos que relatan los nombramientos de los Cardenales hechos en 20 de septiembre de 1493 por Alejandro VI, hay alteraciones e interpolaciones en todos los manuscritos, debiéndose considerar como falsa la totalidad de estas páginas del *Diario.* En la segunda ocasión en que Infessura nombra a Julia hay igual discrepancia. En unos manuscritos, al indicar los puestos en un banquete, dice: «Deinde Julia bella, eius (de Alejandro) concubina», y en otros, «Julia dicta de Farnesio», y en otros más, solamente: «Julia Bella» (1).

*Una carta de Alejandro VI.*

Pastor y Gregorovius atribuyen a una carta del propio Alejandro VI el valor de una confesión sobre estos amores. Aunque parezca inconcebible, es, sin embargo, cierto que a menudo los mejores investigadores en materia histórica resultan ser los peores críticos históricos. Von Pastor es prudente por costumbre, pero cae con facilidad en deducciones ilógicas. Gregorovius, después de haber buscado pacientemente la verdad, la va alterando grado a grado en el curso de la narración llevado por su bella fantasía; Gregorovius es un concienzudo estudioso, pero no tiene sentido histórico. Puede ponérsele en la época moderna como el precursor de estas biografías *romancées* que tanto daño hacen a nuestros estudios. Sin una visión exacta de la vida, encerrado en el estrecho ambiente de los archivos, se podrá investigar con exactitud, pero no escribir la Historia. Por esto los antiguos tuvieron como historiadores a los hombres políticos y a los generales comandantes de ejércitos.

Para dar un exacto conocimiento de los hechos, reproducimos la parte acusatoria de la carta a que se refieren Von Pastor y Gregorovius; es una carta dirigida a Lucrecia Borgia: «Madonna Adriana y Julia han llegado a Capo di Monte, en donde encontraron a su her-

---

(1) TOMMASINI dice de los manuscritos de Infessura: «Di tutti questi manoscritti assai diverso è il valore. Y piú antichi e pregevoli recano nel testo la lezione schietta favorevole alla causa popolare e Colonnese, cui lo scrittore è devoto, gli altri l'ingarbugliano e sovente l'alterano secondo contraria inclinazione degli ammanuensi, favoreggiando la fazione ecclesiastica ed Orsini.»

mano muerto (es el hermano de Julia). Por esta muerte, tanto el Cardenal Farnese como Julia, han sufrido mucho y se hallan tan afligidos que los dos han caído con fiebre. Nosotros hemos mandado a Pietro Carranca que los visite, y nos hemos ocupado de los médicos y de todo lo que fuera necesario. Confiemos en Dios y en la Madonna Gloriosa que pronto estén bien. Verdaderamente, el señor Joanni y tú tenéis poco respeto y consideración por este viaje de Madonna (Adriana) y Julia, dejándolas partir sin expreso permiso nuestro, porque debéis haber pensado, como era vuestro deber, que tal viaje repentino, sin nuestro conocimiento, no podía sino dolernos sumamente. Y dirás que ellos lo quisieron así porque el Cardenal Farnese lo quería y lo ordenaba, pero hubiérais debido pensar si esto era del agrado del Papa. Ahora está hecho: otra vez tendremos más cuidado y pensaremos muy bien en qué manos pondremos nuestras cosas.»

Esto es todo. Es la carta de un viejo cura que exagera siempre en cuanto a deberes. Lucrecia y su marido *han faltado de poco respeto y consideración* al Papa. El Cardenal quizá *ordenó y mandó* el viaje; pero el Papa hubiera debido ser tenido más en cuenta. Y al final pone: «tendremos más cuidado». Esta fraseología se puede oír aun hoy en Roma, en ambientes del mismo género. En cuanto al fondo, esta carta dice cosas muy distintas de lo que han creído ver los dos ilustres escritores mencionados.

El Papa se duele de que la señora Adriana y Julia hayan emprendido viaje sin su consentimiento, y hace una velada amenaza de que en otra ocasión sabrá mejor en qué manos poner sus asuntos. Sólo admitiendo de antemano que Julia era amante del Papa y que el Papa quería que no se separara de él, se pueden considerar estas palabras, digámoslo así, de resentimiento amoroso. En este caso la carta no sería una prueba, sino la confirmación de una prueba preexistente, que, en efecto, no tenemos. En cambio, ¿por qué el Papa pone juntas a la «Madonna» Adriana con Julia, al decir que ambas se habían ido sin su permiso? Es más lógico suponer que la queja va dirigida contra «Madonna» Adriana directamente, porque habiendo puesto en manos de *ella sus cosas,* no ha sabido cumplir con su deber al viajar sin la autorización papal. Es preciso fijarse que el nombre de Julia está en

segundo lugar, y que la carta no está escrita a Julia ni a Adriana, sino a Lucrecia Borgia. ¿Cuáles son éstas *sus cosas?* Y aquí está la clave de la carta de Alejandro VI. Adriana del Milá, que emprende un viaje de placer y que luego resulta de dolor, no autorizada por el Papa, es una empleada del Vaticano, tiene un puesto de alta confianza y de utilidad cerca de Alejandro, es una especie de mayordomo del Papa, es la vieja ama de casa del cura ya difícil, sensibilísimo y gruñón por falta de familia y por la edad, del cura que no conoce sus cosas íntimas, ni sabe dónde están hasta los pequeños objetos de uso diario, ni sabe cómo arreglarse en su propia casa. Nosotros encontramos a la del Milá hasta los últimos días de Alejandro VI en el Vaticano recibiendo un salario por sus servicios continuos (1). Esta carta fué escrita de puño y letra del Obispo Juan López, luego Cardenal, hombre de gran respeto, como casi todos los que rodearon a aquel Papa. ¡Qué conspiración de cieno se debe suponer para interpretar dicha carta en el sentido de que el viejo amante se queja a su propia hija, real o putativa, de que la madre del marido de su concubina le ha sustraído a ésta por unos cuantos días, redactando la misma un Obispo, luego Cardenal del todo respetable!

*La esposa de Cristo.*

Como las frases impresionantes tienen su fortuna histórica, como la tienen también en la vida cotidiana, hay una que ha servido para condenar a Julia irremisiblemente. Se trata del nombre de «Esposa de Cristo», que atribuyen al populacho de Roma haberle dado. En todos los libros sobre los Borgia surge la Esposa de Cristo. Pues bien, ¿cuál es el origen de esta frase? Stefano de Castrocaro escribe una carta desde su pueblo hablando de diversas cosas, y entre ellas lanza este calificativo alegre que declara haber recibido de Roma. Pero se apresura a añadir que no puede dar fe de que sea así, lo cual significa que se apresura a declarar que ha sido inventado por él. De todas estas fórmulas están llenas las divertidas correspondencias del Renacimiento.

Stefano de Castrocaro quería acusar al Papa de favorecer al joven Farnese cuando le elevaba a Cardenal. Y era probablemente el eco de un candidato no favorecido.

(1) Gregorovius nos lo da a conocer en su *Lucrecia Borgia.*

La protección del Papa a los familiares de Julia, que se alega con tanta ligereza, no resiste el más ligero examen. Julia era hija de Giovanna Caetani, la cual, a su vez, era hija de Ranunccio Caetani, jefe de esta poderosa casa. A su matrimonio asistieron sus tíos, entre otros el protonotario Giacomo Caetani, ya que su padre había fallecido y ella estaba bajo la tutela de él y de otros tíos. De parte del marido, el pariente más respetado era el Cardenal Juan Bautista Orsini, que igualmente dió realce al acto del casamiento con su presencia. Ahora, en el curso del tiempo, durante el período de los supuestos amores, el Papa Alejandro VI persiguió a los Caetani, les quitó su gran feudo de Sermoneta y el protonotario Giacomo murió en el castillo del Santo Angel; e igual suerte corrió el Cardenal Juan Bautista Orsini, mientras el resto de la familia fué desposeído de todo. Es cierto que el hermano de Julia, Alejandro Farnese, luego Papa Paulo III, fué hecho Cardenal en su primera juventud. Pero, aparte el espíritu nepotista de Borgia y la probable insistencia de «Madonna» Adriana, la persona más cerca del oído del Papa, mujer por añadidura y por tanto hábil en el pedir, hay el hecho de que Alejandro Farnese, bajo cualquier otro Papa, hubiera sido, tarde o temprano, Cardenal, por la alta jerarquía eclesiástica que ya tenía desde su niñez y por ser de noble alcurnia romana. Inocencio VIII, y no Borgia, hizo al joven Farnese protonotario apostólico, y no es que todos los protonotarios llegaran al cardenalato, pero quien era protonotario en su primera juventud llegaba a Cardenal más tarde con muchas probabilidades. En la lista de los Cardenales de aquel período se encuentran además, normalmente, nobles romanos; era ésta casi una exigencia de la ciudad y una costumbre. Así, son Cardenales en esta época un Colonna, un Savelli, un Conti y un Orsini. Alejandro VI nombró a un Farnese, o sea a un descendiente de una familia que había sido güelfa durante cinco siglos, y que, caso raro, nunca había combatido contra ningún Papa.

*Protección del Papa a los familiares de Julia.*

Cuando el alegre populacho llamaba al Cardenal Farnese el Cardenal de la *gonnella* (1), se refería a que había sido el candidato del *entourage* femenino del Papa, *entourage* que presidía Adriana del Milá;

*El Cardenal de la «gonnella».*

(1) «Gonnella» significa saya.

y si aún la maledicencia popular iba más lejos, lo cual no parece, no hay que elevar a verdad real un *motto* sarcástico doblemente injusto, sea por falta de prueba de estas relaciones, sea por las cualidades personales del agraviado, que más tarde fué electo unánime Supremo Pontífice.

*Diálogo entre la muerte y el Papa.*

En un diálogo satírico, una de las muchas sátiras que corrían entonces por el mundo en contra de los gobernantes, como en todas las épocas de gobiernos absolutos, en un diálogo satírico, repito, titulado: «Diálogo entre la muerte y el Papa, enfermo de fiebre», que circuló por el año 1500, Julia le dice al Papa que le ha dado tres o cuatro hijos. El anónimo autor no podía suponer a César Borgia uno de ellos, como lo han supuesto escritores posteriores, porque por lo menos debía conocer de vista a Julia y a César, y saber que eran más o menos contemporáneos de nacimiento. Pero tampoco debía estar bien enterado de las cosas de Julia, pues ésta no tuvo más que una hija, Laura, que casó con Nicolás de la Rovère, sobrino de Julio II, siendo éste Papa, celebrándose la función matrimonial en el Vaticano, con mucha pompa, en noviembre de 1505 (1). Julio II no hubiera consentido el matrimonio si hubiese habido la menor sospecha de tal paternidad, ni de transigir sobre cosa tan grave, en aquella hora en que no hablaba de Alejandro VI sin llamarle marrano, hubiera casado a los dos jóvenes bajo su mano, en su Palacio y con tanta pompa.

*La broma de Lorenzo Puccio.*

Y por fin llegamos a la carta acusatoria, según muchos escritores, de Lorenzo Puccio. Este era cuñado de Isabel Farnese, hermana de Julia. De él hay una carta escrita a su hermano, Puccio Pucci, en la que afirma que le había dicho al Cardenal Farnese que Laura se parecía a Alejandro VI y que podía ser hija del mismo. Este joven era un protegido del Cardenal Farnese, y probablemente se divertiría en escribir cosas alegres para provocar el buen humor del que las leyera, como era costumbre de la época. El cinismo literario de aquel tiempo ha llevado a muchos sesudos e inconmovibles eruditos del

---

(1) SIGISMONDO DEI CONTI: *La Storia dei suoi tempi*, tomo II, pág. 61.

período posterior a grandes errores (1). Nadie puede suponer que el joven cura que pedía continua protección a esos familiares los fuera a mortificar por lo menos, si no se quiere suponer que los insultara tan gratuitamente. Y para comprender que algo de un género ligero debía tratarse, basta decir que la niña tenía un año y el Papa bien pasados los sesenta. La belleza de Julia provocó algunas dudas en Roma sobre su virtud, ya que la belleza de una mujer provoca muy a menudo tales dudas. Pero los bien enterados de la época nunca pensaron que se desarrollase un drama tan espeluznante entre tantos personajes de los mejores nombres de Roma. Julia siguió, aun después de la muerte de Alejandro y de su propio marido, en las mejores relaciones con su vieja suegra Adriana del Milá; Lucrecia, igualmente, en lo más alto de la grandeza, le escribió hasta sus últimos días; el Cardenal Farnese y todos los parientes le conservaron estimación y afecto. Ninguna crítica, ninguna alusión de contemporáneos se oye sobre estas relaciones ilícitas, ni siquiera después de la muerte de Alejandro VI, a pesar del odio que dejó en las pequeñas Cortes italianas. Sólo un Embajador veneciano, cerca de cuarenta años después, recuerda la voz que corrió por Roma. En Bonarzo, propiedad de los Orsini, continuó erecta después de su muerte la elegante capilla dibujada por Vignola, con que Orsino Orsini quiso rememorar la virtud y la piedad de su mujer.

*Julia Farnese, respetada hasta su muerte.*

Si las relaciones de Vannozza Cataneis y Rodrigo Borgia están todavía sometidas a pruebas, las de Julia Farnese alcanzan una demostración negativa. Si, efectivamente, Alejandro VI, siendo Papa, hubiese tenido por amante a la joven aristócrata romana, dados los odios que su política despertó, tendríamos una prueba plena en una abundante literatura. Pero los escritores modernos se ven obligados a declarar que sobre esta segunda amante tampoco se escribió mucho, como tampoco se había escrito mucho en relación con la primera (2). Si no se

---

(1) Ejemplo muy de recordarse nos lo dan las cartas de Maquiavelo a Vettori y a otros; especialmente la de su vida en San Casciano y la de una cierta innoble aventura. No pocos biógrafos de Maquiavelo dieron aquellas composiciones literarias como verdades históricas.

(2) E. Rodecanachi, en la obra citada, lo manifiesta claramente.

escribía mucho en cosa que pica el buen humor y la curiosidad de todos, y que denigra a un poderoso, tratándose además de un hombre a quien se le atribuyeron todos los crímenes, hasta los más inverosímiles, es que nada se sabía. La prueba negativa está en las *insignificantes pruebas* que se presentan para unir a la más bella mujer de Roma, al abrirse a la vida, con el viejo Cardenal, luego Papa Alejandro VI (1).

---

(1) El autor de este libro debe declarar que él también, al no tratar directamente de los Borgia, ha aceptado en su otra obra, *Maquiavelo*, la opinión general sobre estos amores de Alejandro VI y otras acusaciones generalmente admitidas. Cuando se estudia un personaje no se investigan los hechos colaterales todos, aceptándose en cuanto a ellos la «communis opinio».

## CAPITULO X

# LOS HIJOS DEL PAPA

En esta parte de la historia del Papa Borgia se entra en un laberinto, y es preciso tener un hilo de Ariadna para no perderse; y, aun así, no se está siempre seguro de salir de las dificultades que las complejidades de la vida y la maldad de los hombres han creado a cada paso. Los hijos del Papa Alejandro son muchos o son pocos, o no los tiene, según el humor de quien escribe y el tiempo en que se escribe. Algunos escritores le atribuyen cuatro, o sea los que responden a los nombres que figuran sobre la lápida que honra la memoria de la Vannozza. Otros suben a cinco, a seis, a siete, y añadiendo los que se le conceden de Julia *la Bella,* la cifra resulta indefinida, pues los hijos de ésta, si bien uno sólo para la Historia, llegan en la imaginación de cronistas a un máximo de cuatro, aunque no siempre se mantiene esta corta cifra. No hay que olvidar que entre los hijos se encuentra también al *Infans Romanus,* que está en disputa entre Alejandro VI y César Borgia. Si siguiéramos a Infessura, como lo han hecho muchos escritores posteriores, deberíamos añadirle todavía uno más, o sea el Cardenal de Monreale. Pero siendo, como hemos ya indicado, Infessura polifáceo, si formamos nuestra versión de los hechos sobre la más hostil de las copias de su *Diario,* «lo cardenale di Monte Regale, é figlio dello ditto papa Alessandro», mientras que, si aceptamos otra

copia, el «figlio» desaparece, y en su lugar encontramos la palabra «nepote», o sea sobrino (1).

Examinemos esta cuestión en concreto.

*Los hijos de Vannozza.*

Juan, César, Lucrecia y Joffre estuvieron siempre en relaciones entre sí, y por el papel que desempeñaron y por los documentos conocidos desde antiguo, sabemos que son hermanos germanos. Si uno de ellos es hijo de Alejandro VI, hay que considerar a los otros de la misma paternidad. Pero éstos no son los solos hermanos germanos. Aunque sobre la lápida de la Vannozza no hay otros nombres, hay, sin embargo, otros hermanos de padre y madre, de Juan, César, Lucrecia y Joffre, bien determinados en documentos más seguros y fidedignos que una lápida.

*Pedro Luis de Borja.*

En España, un joven lleno de fuerza y de pujante valor hizo una rápida carrera militar (2). Muy joven aún se sienta en las Cortes de Aragón, Valencia y Cataluña. En Ronda se bate heroicamente y está al lado del Rey en toda la campaña en contra de los moros. Este joven a quien el Rey hace «Grande de España» y le concede luego el título de Duque, es Pedro Luis de Borja, que indiscutiblemente es hermano de padre y madre de Juan, César, Lucrecia y Joffre. Escritores modernos, considerando este hecho imposible en cuanto a la madre, porque les ha creado una madre a su voluntad, abandonan toda investigación. Realmente, no hay tal imposibilidad; ésta surge sólo cuando de dos o más Vannozza se quiere hacer una sola, como hemos indicado en un capítulo precedente. Si se deja a la madre de César en su realidad histórica, ella será fácilmente la madre de Pedro Luis también.

Cuando el Rey premió el valor militar de Pedro Luis de Borja, lo hizo dictando una Real orden, en la cual, al concederle la Grandeza de España, la extiende a César, Juan y... de Borja (así pone la Real orden que ha llegado hasta nosotros), por ser *germanos* de Pedro Luis (3). Esta Real orden fué dictada el 28 de mayo de 1485,

---

(1) INFESSURA: *Stefano-Diario* (publicado por Tommasini), pág. 296: «El Cardenal De Monreal es hijo de dicho Papa Alejandro».

(2) El Rey declara que obró con «animo indefesso ac viriliter».

(3) FIDEL FITA: *Estudios Históricos*, tomo VI, pág. 224: «et vestri respetu

siete años antes del Cónclave que elevó al papado a Rodrigo Borgia. Joffre, cuyo nombre no aparece en el documento, tenía a la sazón muy pocos años, y debe suponerse que al expedirse la copia oficial se llenara el lugar vacío que se encuentra en el original.

A fines de este mismo año de 1485, el Rey, al hacer Duque a Pedro Luis, en otra Real orden hace referencia a sus herederos, aunque sin citar nombres. En esta Real orden, más señaladamente que en la primera, se alude a la nobleza del agraciado (1). Y cuando más tarde se hace una lista de las propiedades de doña María Enríquez, Duquesa de Gandía, se consigna que había sido prometida de Pedro Luis y casada con Juan, ambos *hermanos germanos* (2).

De este Pedro Luis, primer Duque de Gandía, no se habla en Italia, es del todo desconocido, mientras que en España es un personaje de consideración. Es prometido de una prima del Rey Don Fernando, o sea de doña María Enríquez; en cuestiones de propiedad, se enfrenta con el mismo Rey, y es sostenido por Inocencio VIII; en la guerra y en la paz ocupa puestos importantes. Antes de ser hecho Duque, hace un acuerdo monetario con el Rey y con los conocidos favoritos de la Reina Isabel, doña Beatriz de Bobadilla y su marido el converso o hijo de conversos, don Andrés de Cabrera, Marqués de Moya. Parece poseer gran fortuna y ha heredado las tierras de Gandía y otras vecinas. El precio por el cual obtuvo el feudo que compró, él y no Rodrigo Borgia, como se ha dicho, no fué grande, pues el Rey quiso, como parte del precio, que abonara una cantidad a los Marqueses de Moya y que reconociera sobre sus territorios unos derechos de la Corona y de la ciudad de Valencia. Pero, cosa inverosímil, sobre todo si hubiera que admitir la opinión común de que el Cardenal Borgia enriqueció a este hijo natural y le compró el ducado y las tierras de Gandía, en 1483 encontramos que el propio Cardenal es deudor de Pedro Luis de Borja por la suma de 5.770 libras, 15 suel-

---

atque meritis prenominatos germanos»; y al principio de la Real orden: «Nobiles et dilecti nostri, domini Petrus Luduvicus de Borja, alumnos et camarlengus noster, César de Borja, Johannes de Borja... germani».

(1) Fidel Fita, obra citada, tomo VI, pág. 212.

(2) Idem, íd., íd., íd., tomo VI, pág. 126.

dos y 9 dineros, y que le paga transfiriéndole un crédito que tiene sobre la baronía de Lombay. Pedro Luis muere joven, antes de que Rodrigo fuese Papa.

¿De quién era hijo Pedro Luis?

*El padre de Pedro Luis.*

Ciertamente es hijo del mismo padre y de la misma madre de los otros cuatro germanos suyos, pues si lo es por documento auténtico de Juan y César, lo deben ser Lucrecia y Joffre. En ningún documento español, ni cuando se le hace Grande de España, ni cuando de ellos se dice: «precipue nobilibus ac clarissimis parentibus», y se le crea Duque, se citan los nombres del padre o de la madre; en uno nada más. Podría considerarse sospechosa la omisión. Sin embargo, la costumbre no era estricta en citar nombres, bastando la indicación general de que los antepasados o los padres eran nobles y esclarecidos. El hecho cierto es que en 1485, el padre, si fué, como lo supone De Roo, Guillermo Raimundo Llançol y de Borja, había muerto ya, desde hacía tres o cuatro años. En cambio, algunas Bulas papales hacen de Pedro Luis el hijo de Rodrigo de Borgia. Examinados estos documentos, se encuentran en el fondo y en la forma inexactitudes y alteraciones que nos hacen dudar de que sean documentos auténticos. Sería largo hacer un análisis pormenorizado; pero es fácil probar a grandes rasgos que son más que dudosos (1). De documentos falsos de este género se hacían por centenares en aquel tiempo, siendo esta falsificación en masa un negocio y una afirmación literaria que preocupaba mucho a los Papas, y que fué objeto de severas persecuciones. En el caso de Pedro Luis, resulta que las copias certificadas de las Bulas que se han encontrado, en las que se le declara hijo de Rodrigo Borgia, firmadas por los Papas Sixto IV e Inocencio VIII, o no se encuentran registradas en absoluto en los Archivos vaticanos, y las copias además no tienen sello o lo tienen incompleto, o si se hallan los originales anotados, no lo están en los registros correspondientes, sino en un registro con muchas hojas en blanco y sin

---

(1) De Roo, en la obra citada, ha hecho un examen muy minucioso. Pero se nota en él que las investigaciones no fueron todas hechas por el mismo escritor directamente, y se encuentran algunas contradicciones en los diferentes volúmenes.

que la anotación tenga los requisitos habituales, y, además, en este segundo caso, no existen las copias que se entregaban a los interesados.

Para aumentar nuestras dudas, mientras en los documentos españoles, o sea en las copias de las Bulas encontradas en España y que no se hallan anotadas en el Vaticano, el lenguaje latino es españolizado, el nombre de Borgia está en español, es decir: Borjia; las fechas son inexactas, estando equivocados el año del papado de Sixto IV y el tiempo en que Rodrigo Borgia fué Vice-Canciller; en los documentos vaticanos se desconocen los hechos, siendo, en cambio, la forma correcta, y se dan a Pedro Luis intenciones de recluirse en un convento en la hora en que lucha contra los moros; se le considera Caballero cuando es ya Grande de España, la más alta dignidad civil del reino, y, por añadidura, se le llama *domicellus romanus*, cuando los documentos españoles le consideran valenciano. En ambos tipos de documentos se nota el fin que se perseguía, o sea establecer la paternidad de Rodrigo sobre este Borja, y se advierte el sabor de la falsedad por la repetición innecesaria y petulante de tal situación. Más extraño aún es que a uno de estos documentos se le da una fuerza legal de orden civil en España, o sea, que se autoriza a Pedro Luis a poseer ducados, baronías, etc., que no es cosa que compete al Papa, sino al Rey. Y para mayor prueba de su falsedad, estas Bulas, en cuanto a los hechos, no armonizan con otras encontradas en plena regla formal, en buen latín eclesiástico y anotadas en buenos registros. En éstas, al Cardenal Rodrigo Borgia se le trata de consanguíneo de Pedro Luis y no de padre.

***El testamento de Pedro Luis.***

En relación con Pedro Luis hay un documento más que debe tenerse en cuenta. Se trata de un testamento que aparece hecho en Roma. En él también hay la confesión de la paternidad de Rodrigo. Aquí, Pedro Luis se atribuye el apellido de Borxia, mientras le encontramos siempre calificándose de Borja. *Devuelve* sus propiedades al padre Rodrigo Borgia bajo ciertas condiciones y le confía la tutela del hermano Juan. Caso raro si no único, en que un notario otorgue una disposición testamentaria en la cuál un testador concede a su propio padre el derecho de ejercer la tutela sobre otro de los hijos de éste.

Y, por último, en el testamento deja a Lucrecia, para dote matrimonial, diez mil florines valencianos, y nosotros sabemos que Lucrecia, por disposición de última voluntad de este hermano, recibió once mil. Este documento, hecho en Roma, declara a Pedro Luis «habitator civitatis Valentiae», lo cual contrasta con el otro documento, hecho en España, que le llama «domicellus romanus».

El nacimiento de Pedro Luis debe ponerse en el año 1458 o poco después, en España, según hipótesis aceptada aun por los escritores no favorables al Papa Borgia, y su muerte debe considerarse acontecida en el año 1491 o antes, también en España. La Vannozza, la que fué madre de César y los otros, y por tanto de Pedro Luis, hermano germano de éstos, vivió setenta y cinco años, cuatro meses y trece días, según reza en su lápida; habiendo muerto el 26 de noviembre de 1518, nació, pues, en julio de 1443, y debía tener más de quince años al nacer Pedro Luis, siendo no sólo posible, sino normal en aquella época que hubiese tenido a tal edad su primer hijo.

*Una hermana de Pedro Luis.*

Lo indicado es lo que hay de histórico sobre Pedro Luis, que nos conduce hacia otra hermana de los Borgia; otra hermana de él y por tanto de Juan, de César, Lucrecia y Joffre. Hermana igualmente de padre y madre, o sea hermana germana. En un contrato de promesa de matrimonio de 24 de enero de 1482, encontrado por Gregorovius en el Protocolo del notario Beneimbene, de Roma, aparece una Jerónima Borgia. Se trata de una promesa de matrimonio de esta Jerónima con el joven Juan Andrés Cesarini. En este documento se dice que la prometida es hermana germana de Pedro Luis y de Juan (1). No se nombra a los otros por ser niños, aun cuando Juan lo era también. El Cardenal Rodrigo Borgia actúa principalmente en este acto notarial junto con el noble romano Gabriel de Cesarini, padre del prometido. Gregorovius y autores posteriores han considerado este contrato nupcial como una confesión de Rodrigo de su paternidad sobre Jerónima, y si así fuera, sería una confesión de paternidad general sobre todos los otros hermanos de ella. Pero la lectura del contrato nos lleva a de-

(1) ... «Jeronimam Sororem dui Petri Ludovici de Borgia et Johannis de Borgia infantis germanor, fratrum volens.» etc. Archivo Notoril del Capitolio o Protocolo Beneimbene (de Roma).

ducciones opuestas. El Cardenal Borgia asiste al acto en representación de los hermanos de Jerónima, y no a título de padre; y no se puede hablar de que lo hiciera por pudor, ya que se alega que en múltiples Bulas él ha querido que constara su derecho sobre esta numerosa prole. El Cardenal, en este documento, fija exactamente sus intenciones. Dice que actúa movido por afecto paterno («paterna caritate et affectione») hacia la («generosa puellam virginem») Jerónima, que sale de su familia y que quiere tratar como si fuera su hija («de sua domo et familia existit veluti filia recognoscere et tractare»); y que, en consecuencia, por el honor de dicha su casa y familia, promete el matrimonio y una dote («et pro honore dicte sue domus et familia ipsa condecenter maritare», etc.). La dote asciende a cuatro mil ducados oro. No mucho para un supuesto padre como el Cardenal Borgia. El Cardenal, aunque protege ya a esta familia, no la ha hecho, como más tarde, la heredera de su existencia y de su nombre de gran Príncipe.

Gregorovius se basa en las palabras «paterna caritate et affectione» y en las «veluti filia recognoscere et tractare» para suponer el reconocimiento de la paternidad. Nosotros opinamos que la caridad paterna surge precisamente en el ánimo de una persona cuando tiene afecto hacia otra que es desvalida, pues un hijo real no vive de la caridad de su padre, y el «veluti filia tractare» indica precisamente que no lo era naturalmente, porque no se trata *como hijo* a quien *lo es* efectivamente. Si el Cardenal Borgia era el padre de Jerónima, no quiso declararlo ante el notario Beneimbene en aquella ocasión, sino ocultarlo con estas palabras que irreflexivamente se presentan como una confusión.

Antes de examinar la cuestión verdaderamente controvertida e interesante de la paternidad del Papa Borgia sobre los célebres Juan, César, Lucrecia y Joffre, hay que aclarar el origen de otros hijos que le son atribuídos, y cuya investigación presenta fases menos complicadas.

*¿Es Isabel Borgia hija del Papa?*

Si bien muchos escritores afirman que el Papa Alejandro VI tuvo solamente dos hijas, o sea Jerónima y Lucrecia, algunos otros, con mayor o menor seguridad, presentan una tercera, llamada Isabel. A

ésta no se le supone germana de los otros hijos de Rodrigo que alcanzaron la celebridad, y, por tanto, habida de la Vannozza. Isabel, si fuera hija de Rodrigo Borgia, no lo sería de la Vannozza. Pero Isabel no es hija, sino pariente de Rodrigo, y probablemente de la rama pobre de los Borgia.

Dos pruebas se han presentado para determinar la supuesta paternidad de Rodrigo: una es un contrato matrimonial, y otra, una frase del *Diario* de Bruchard. El documento primero dice que ante el notario Agostino dè Martini han convenido casarse Pedro, hijo de Juan Mattucci, e Isabel Borgia; que ésta aporta una dote de dos mil ducados, compuesta de una casa y terreno, que se valoriza en ochocientos ducados, y otra casa, en setecientos. Los restantes quinientos ducados se darán en metálico. Se añade en el documento que el acto fué llevado a cabo en casa del Vice-Canciller, estando presentes los protonotarios Borgia y Agnelli y Antonio de Porcaris y Jacobo Casanova (1). El Vice-Canciller no está presente, la dote es mezquina y en todo el acto de promesa matrimonial en relación con el Cardenal Borgia hay sólo el apellido y el lugar en que éste se celebró. Sabido es que el clan de los Borgia en España y en Italia era numerosísimo, y que el pariente rico prestaba a menudo en aquella época, y aun hoy en la provincia, en Italia y España, la casa para actos semejantes a los menos elevados en nobleza o fortuna. A veces la costumbre se extiende a los domésticos de cierta importancia o para los cuales se tiene gran afecto. El documento a que nos hemos referido es de 1 de abril de 1483, pero ha sido coleccionado mucho más tarde y no es un documento auténtico; mas el contexto del mismo, en contra de la opinión de autores católicos, nos convence de la verdad de su contenido y no se puede colegir nada a favor de esta nueva paternidad de Alejandro VI. Al contrario, su lectura lleva a exclamar que, ciertamente, no se trata de la hija del rico Cardenal Borgia. La frase de Bruchard tendría más valor si las interpolaciones no fuesen habituales en su *Diario* y si dicho *Diario* no contuviese en este punto cier-

(1) Archivo Histórico del Capitolio (de Roma), Credenza XIV, tomo LXXII, folio 303. (De Roo.)

tos vicios de forma poco comunes al diligente maestro de ceremonias del Vaticano. Bruchard dice: «Fué recibido en los meses de octubre o noviembre de MDI Mattucci, romano, hijo de Pedro Mattucci, ciudadano romano, sobrino de nuestra Santidad el Papa, por una hija suya, mujer de dicho Pedro, Canciller de la ciudad» (1). De Roo hace notar que la interpolación es evidente, porque el minucioso Juan Bruchard nunca usa «en los meses», sino fija exactamente el día, ya que ésta es la forma con que lleva su *Diario,* y mucho menos usa el período de los meses para consignar un acto cualquiera, y además observar con justicia que Bruchard pone el año siempre al principio y no en el texto.

Acéptese o no esta aguda observación, es lo cierto que el peculiar contrato matrimonial que hemos referido, y la falta total de noticias anteriores o posteriores al mismo, no pueden hacernos creer que Isabel era hija del Papa sólo porque en el *Diario* de Bruchard, manoseado durante siglos por copistas, se inserta después de la palabra Papa «ex filia», o sea, de una hija suya (2).

***Hijos de Alejandro VI con Julia Farnesse.***

Pasemos ahora a los hijos de Alejandro VI, ya Papa, y cuando ha pasado los sesenta años. La primera acusación es de haber tenido tres o cuatro hijos con Julia Farnesse. Esta resulta fantástica del todo, porque Julia tuvo una sola hija, que casó con un sobrino de Julio II, a la presencia de éste, con mucha pompa en el Vaticano, y en la época en que el odio de este Papa en contra de la memoria de Alejandro VI le hacía cambiar de habitación para no ver su figura retratada en la misma.

***Un nuevo Rodrigo Borgia.***

Queda Giovanni Borgia, el *Infans Romanus,* y también un tal Rodrigo Borgia, menos conocido. Este Rodrigo Borgia hubiera debido nacer cuando el Papa había muerto ya o estaba moribundo, a los setenta y dos años, lo cual daría a la frase del Embajador veneciano «el Papa se pone cada día más joven», no el valor de una figura retórica, sino de una impresionante realidad. Unica prueba sobre este nacimiento se encuentra en una Bula de León X, de 1515. En realidad,

---

(1) Bruchard, obra citada, bajo las fechas indicadas.

(2) *El Liber Notarum,* de Bruchard, en esta parte, contiene las mayores acusaciones en contra del Papa y de César.

en contra de las costumbres vaticanas, no es una Bula, sino un *omnibus* de Bulas, pues resuelve un sinnúmero de situaciones. Todo de una vez, la Bula absuelve de excomunión al joven Rodrigo Borgia, que tiene entonces doce años, le legitimiza, le hace abad del Monasterio de los Benedictinos de Vietri, cerca de Salerno, a pesar de ser laico y no clérigo en aquel momento, y le autoriza a recibir futuros beneficios seculares o regulares. La Bula, por otra parte, no dice que este Rodrigo sea hijo de Alejandro VI, sino de un Sumo Pontífice, y no da la edad exacta, sino que le declara de doce años o *duodecimo vel circa,* el 15 de agosto de 1515. Alejandro murió el 18 de agosto, justamente doce años antes. Si el *casi* comprende unos días más, el Sumo Pontífice ya será otro, o sea, Pío III o Julio II. Además, esta Bula se halla inserta en un registro de páginas en blanco y con un largo espacio para la fecha, a fin de ponerla a voluntad, y, en efecto, fué completada después por otra mano con una rúbrica del funcionario autorizante erróneamente puesta. Lo escrito es del todo caprichoso y falso (1). Gregorovius ha seguido la vida de este Rodrigo y ha encontrado que tiene un hermano Obispo, el cual no aparece en la larga lista de los hijos de Alejandro VI. Por fin, el Embajador de Ferrara, desde Posillipo (Nápoles), anuncia la muerte de este Rodrigo Borgia diciendo simplemente que pertenecía a la casa Borgia, pero no hace alusión al difunto Papa Alejandro VI, a pesar de que a la sazón todos toman deleite en injuriar su memoria.

*Un «Infans Romanus».*

Con Giovanni Borgia (no confundirse con el segundo Duque de Gandía), o sea el que ha pasado a la Historia bajo el nombre de *Infans Romanus,* los biógrafos se han sentido a su entera satisfacción. El drama es ahora verdaderamente borgiano. La promiscuidad de esta familia entra en escena. Héte aquí un hijo disputado entre Alejandro VI y César Borgia. ¿César y el padre solamente? No. Es poca cosa. No hay que olvidar tampoco el segundo Duque de Gandía, que se llamaba igualmente Giovanni (en italiano) (2). ¿No se ha atribuído el asesinato del mismo al hermano César? ¿No se consideró como

(1) De Roo, obra citada, vol. V, pág. 256.
(2) Portigliotti, obra citada, página 248 y siguientes.

causa un doble amor incestuoso, el amor de Lucrecia con los hermanos? Lucrecia, pues, es la madre de este segundo Giovanni, y la paternidad está en disputa entre su propio padre, Rodrigo, y sus dos hermanos Juan y César. Aumentados o disminuídos los vivos colores de esta tragedia, según los gustos, esto es en el fondo lo que se nos ha transmitido.

No hay por qué decir, sin embargo, que todo es simplemente una fantasía arreglada sobre el tema de los Borgia de la leyenda.

La acusación de incesto está tan descartada hoy día que ningún escritor serio la considera cierta. Ella tuvo origen en la lucha de fango que se entabló entre Giovanni Sforza y los Borgia, cuando el Papa, para anular el matrimonio del Sforza con Lucrecia, lo declaró impotente. Sforza replicó con una frase injuriosa, atribuyendo propósitos malsanos al viejo Pontífice con Lucrecia, pero no alegó un solo hecho. La frase tenía los caracteres de una injuria, no de una calumnia. Es más: nosotros conocemos esta acusación de Giovanni Sforza por las siguientes palabras de un despacho de Constabili al Duque Ercole de Ferrara: «anzi haverla conosciuta infinite notte, ma che Papa no ge la ha tolta per altro se non per usar con lei »(1). Marco Attilio Alessio ha oído el rumor más tarde, y lo da como tal («vulgo increbuit»). Matarazzo, o quien ha escrito la crónica que lleva su nombre, es en realidad el que crea la fábula, y superando a Sforza, que sólo supone en el Papa una intención futura, dice que el propio Giovanni Sforza encontró a Lucrecia culpable de incesto con sus dos hermanos, el Duque de Gandía y César, y que por esto, él, Sforza, mató al Duque de Gandía. Los napolitanos Pontano y Sannazaro ayudaron a Matarazzo poniendo en versos el incesto. Del Embajador veneciano Capello, tan adverso al Papa, nos viene el hecho como un simple rumor, si es que Sanudo refiere exactamente lo dicho por Capello. Se ve, pues, cómo de una simple frase inicial de Sforza, que en derecho de retorsión, a quien le llama impotente, le acusa de que-

(1) Después de indicada la causa que el Papa alega para la nulidad matrimonial, o sea la impotencia, Giovanni Sforza dice al Embajador que «por el contrario, la ha poseído infinitas veces, pero que el Papa se la ha quitado para hacerla suya».

rerle quitar la mujer para gozarla, surge el triple espeluznante incesto.

Examinemos ahora los hechos, en su realidad histórica, en relación a este *Infans Romanus*. César vive en Roma y tiene un hijo con una mujer soltera. El niño es llevado al Papa, el cual, con su habitual sensibilidad, podríamos decir sensiblería, le empieza a recibir y a quererer tiernamente. Le reúne con el hijo de Lucrecia y lleva a ambos públicamente con él. Su insaciable nepotismo, apoyado en la creencia de que el Papa mientras viva tiene todos los derechos de un Príncipe temporal, nombra a este pequeño Giovanni Duque de Nepi: en una Bula de 10 de septiembre de 1501 aparece que los Cardenales Antoniotto Pallavicini, Juan San Giorgio, Hipólito de Este y Francisco de Borgia son nombrados sus tutores, por ser el niño de natales ilegítimos, habiendo nacido del noble señor César Borgia, casado, y una mujer soltera. Y el Papa, haciendo uso de la apostólica autoridad que tiene, legaliza esta situación (1). Con otra Bula de 1 de octubre del mismo año el Papa provee de otro modo a la tutela, pero en la misma repite que Giovanni Borgia es hijo ilegítimo de César (2). Precedente a estas Bulas, una de las cuales, la primera, ha sido atacada de falsa, lo que para el caso no importa, el Papa, en el Colegio de los Cardenales, ordenó la publicación de una Bula en la cual se fija que queda legitimado Giovanni Borgia como hijo de César, con los derechos de ser considerado el primogénito.

En el Vaticano se han encontrado mandatos de pago en los cuales el Papa llama siempre a este Giovanni sobrino (3). Los tutores usan para este niño gobernador de Nepi el escudo de armas de César, y lo imprimen igualmente en las monedas de Camerino, del cual el pequeño es también Duque y Señor.

En Bruchard, por otra parte, encontramos una indicación de que Giovanni es hijo del Papa, y en igual forma dubitativa en un Despa-

(1) Archivo Secreto Vaticano: Alessandro VI, Reg. 871, fol. 196 bis.
(2) Archivo Secreto Vaticano: Alessandro VI, libr. V, Reg. 871, fol. 144.
(3) Archivo Secreto Vaticano: División Com., 1.501-1.503.
Armario 29, No. 54, fol. 189 1/2 «dilecto filio infanti Johannes Borgia nostro secundum carnem nepotem». Véase GREGOROVIUS: *Lucrecia Borgia*, otro documento de los archivos de Módena.

cho de Giustinian. Este Embajador veneciano dice que Giovanni es considerado por algunos hijo del Papa, aunque él le titula hijo de César (1). Sigismondo dei Conti supone que es hijo del Papa.

*Bulas contradictorias.*

Unos documentos encontrados por Gregorovius vienen a poner más sombra sobre esta cuestión. Dos Bulas contradictorias, inexplicables, relacionadas entre sí, redactadas el mismo día y teniendo la misma fecha, nos dicen, una, que Giovanni Borgia es hijo de César, y con ello se le da la legitimidad, y otra, que es hijo del propio Pontífice que dicta las dos Bulas, o sea Alejandro VI. Lo más original de este último—llamémoslo así—golpe de escena que nos había reservado esta parte de la historia de Borgia, es que una de las Bulas resulta innecesaria. La legitimación en cuanto a César ya estaba hecha solemnemente. ¿Por qué Alejandro VI la renueva y la renueva sin necesidad en el mismo momento en que la anula, declarando que no es cierto lo que consigna en el mismo día en el precedente documento?

Algunos, frente a lo inexplicable, acuden a justificaciones absurdas. Gregorovius dice que el Papa no podría reconocer un hijo suyo, pero podía reconocer como suyo un hijo de César. Esto no es jurídico ni responde a los hechos, porque el Papa, en la Bula, reconoce un hijo suyo, no un hijo de César como suyo. Portigliotti supone que Lucrecia se lo exigió, pues Portigliotti jura que hay incesto papal. Y, por fin, Frederick Baron Corvo sostiene que este Papa enérgico y sincero lo hizo por honor, no pudiendo mantener una falsedad (2). Pero entonces, ¿por qué repetir la falsedad sobre la paternidad de César el mismo día? De Roo da muchos argumentos técnicos que le llevan a considerar que ambas Bulas son falsas; y en este caso, ¿por qué el humorista falsificador ha hecho dos documentos contradictorios? Un enemigo del Papa hubiera falsificado sólo la segunda Bula, en la cual Alejandro VI se declara padre de Giovanni, y no se hubiera tomado la pena de hacer la otra, que debilita su primera falsificación, y que, por añadidura, es inútil, pues ya hay otra con fecha muy precedente para el mismo fin.

---

(1) Villari: *Dispacci di Giustinian,* vol. I, pág. 109.

(2) Frederick Baron Corvo: *A History of the Borgia.* Es un libro muy original, con algunos errores, pero no tantos como otros de más renombre.

Por otra parte, no se puede suponer que hubo dos falsificadores que hiciesen la misma nefanda labor el mismo día, porque el segundo documento se refiere al primero. Ni se puede suponer que el documento en que se hizo la legitimación en cuanto a César es real, y el que se refiere a Alejandro VI falso, porque precisamente el primero es inútil, innecesario, contrario a la forma jurídica, e indica que su compilador no sabía que había un acta consistorial y una Bula papal que concedían tal legitimación. Una sola hipótesis queda, simple hipótesis, pero verosímil. En 1535, a propósito del ducado de Nepi, hubo un pleito en el que Giovanni defendía sus derechos. Un abogado con pocos escrúpulos y desconocedor de los documentos que había en el Vaticano quiso poder usar una u otra paternidad, según las necesidades del pleito, e hizo falsificar las dos Bulas. Giovanni Borgia perdió la cuestión judicial, porque el Tribunal consideró que las dos Bulas se anulaban recíprocamente. Lo cierto es que Alejandro VI no hubiera dictado ni una ni otra. Su inteligencia y el conocimiento que tenía del caso no le hubieran permitido repetir innecesariamente una legitimación para anularla inmediatamente con una confesión que no era útil a nadie, y menos al niño a quien tenía tanto interés en defender. Estos son los hechos, y al relatarlos podemos presentar nuestras deducciones, pero no estamos autorizados a crearlos.

*La paternidad de los hijos célebres.*

La cuestión más importante que se presenta en este aspecto de la vida del Papa Borgia es la de la paternidad de los hijos cuyos nombres se hallan sobre la lápida de la Vannozza. Generalmente en Roma, al segundo Duque de Gandía, a César, a Lucrecia y a Joffre, se les califica de hijos del Papa. Es cierto que un Papa llama hijos a todos, pero en el caso presente no puede tenerse en cuenta esta afectuosa calificación del jefe del mundo cristiano y resolver así el enigma. Al contrario, las cartas del Papa a Lucrecia, por ejemplo, parecen contradecir la tesis de la paternidad, usando a menudo la frase «hija en Cristo». Pero si el Papa llamaba a todos «hijos» o «hijos en Cristo», y todos llamaban al Papa «Santo Padre» o «Padre», un tercero no calificaba a nadie con tales cualidades; y estos cuatro personajes están calificados como hijos del Papa innumerables veces por muchas personas. Leonetti afirma que en una cuidadosa investigación que ha he-

cho ha encontrado que en los documentos de importancia no se les aplica la palabra hijos, sino *nepos,* sobrinos o parientes del Papa (1). Leonetti da las pruebas de lo que afirma, pero es indiscutible que en la vida diaria predomina insistentemente el nombre de hijos. Y aun cuando a Portigliotti, que quiere acusar al Papa, se le escapa la frase: «Para los Borgia, como para todas las grandes familias eclesiásticas, los términos de parentesco tenían entonces una gran elasticidad y gozaban del privilegio de sustituirse los unos a los otros de una manera verdaderamente extraordinaria» (2); nosotros nos encontramos perplejos en aceptar esta generalización frente al hecho concreto de la calificación casi unánime de hijos que se daba a estos cuatro, que, por añadidura, vivían al amparo del Papa.

Las altas posiciones que alcanzaron estos personajes; los matrimonios de los Duques de Gandía, el primero no consumado y el segundo, sí, con María Enríquez, prima del Rey Don Fernando; el de César con la hija del Rey de Navarra; de Lucrecia con el honorable y poderoso Duque de Ferrara, y de Joffre con la hija del Rey de Nápoles, no presentan ninguna objeción en contra de la bastardía papal, digámoslo así, porque recordamos que el poderoso y rico Lorenzo *el Magnífico* dió su hija en matrimonio al hijo de Inocencio VIII.

Mas si la calificación general, en la vida diaria, es la de hijos del Papa, no es menos cierto que no hay documento serio que reconozca esta paternidad, si se consideran falsas las múltiples Bulas dudosas que encontramos en este caso como en los precedentes. Es más: existen documentos no pontificios en los cuales se niega virtualmente tal paternidad y situaciones de hechos que parecen hacerla del todo imposible.

***¿Dónde nacieron los supuestos hijos del Papa?***

De la mayor importancia es saber dónde nacieron estas personas. En cuanto a Pedro Luis, que es hijo de Alejandro VI si los otros lo son, porque hermanos germanos son todos, no hay dudas que nació en España. Es ésta, además, la opinión general de los escritores. César declara él mismo que nació en España, y añade «que él y sus hermanos

---

(1) LEONETTI, obra citada.
(2) PORTIGLIOTTI, obra citada, pág. 249, edición francesa.

y hermanas eran nacidas en España». Y como de Pedro Luis, así de César, muchos escritores afirman que nació en España. Hasta el anónimo manuscrito sobre *La Vida de Alejandro VI* consigna que César y sus hermanos nacieron en España. César entró en la vida eclesiástica y todos los «beneficios» que recibió fueron españoles y le obligaban a residir en España, salvo dispensa papal, debiendo tener, en caso de ausencia, un procurador acreditado.

Todos los indicios que hay en relación con el nacimiento y residencia de César en España llevan a la convicción que sólo para que estudiara bien, Rodrigo Borgia lo trajo a Italia, enviándole a Perugia, al Colegio de la Sapienza. Rodrigo hizo con César lo que Calixto había hecho con él, o sea, después de haberle protegido con «beneficios» y prebendas en España, le trajo a Italia para darle mayor cultura y prepararle a una vida eclesiástica más provechosa. Y como en el caso de Rodrigo Borgia, también César recibe en la época en que le encontramos en Italia la dispensa papal a que hemos aludido, o sea el derecho a seguir percibiendo los beneficios de España, a pesar de residir fuera de ella (1). La importancia de esta dispensa es grande, especialmente teniendo en cuenta la fecha de 1489, pues en este año César tenía alrededor de catorce años de edad.

En cuanto al segundo Duque de Gandía, que consideramos mayor que César, Gregorovius cree que vivió en España y que apareció en Italia en 1490. Y Bruchard, más explícito, dice que era nacido en Valencia. De Joffre y Lucrecia no conocemos, por datos de la época, el lugar del nacimiento. Gregorovius los considera españoles llegados a Italia en tierna edad. De todos ellos sabemos que hablan como su idioma nativo el español, y Bembo admira a Lucrecia por pronunciar bien el italiano, dando a entender con ello que no era su idioma nativo.

Si quedara firmemente establecido que estos llamados hijos de Alejandro VI nacieron en España, habría que buscar la paternidad

---

(1) De Roo, obra citada, vol. I, pág. 258. De Roo afirma que dicha Bula es de 18 de mayo de 1489, y se halla en el Archivo Secreto Vaticano. Regesto 770: *Inocente VIII*, commun, ano V, libro LXXIII, folio 255.

de otro hombre, porque no es posible suponer que la concubina de Rodrigo Borgia viajara en aquella época como en los tiempos modernos. La documentación oficial que nos queda para resolver esta *vexata quaestio* es contradictoria y enigmática.

*Un documento interesante.*

En un documento español de los Reyes Fernando e Isabel, que se halla en la colección Salazar, se hace la alusión al padre de Juan Borgia, segundo Duque de Gandía, en esta forma: «*que Ill.* (ilustre) *quom.* (quodam, fallecido)... *de Borgia, genitor vestre... promiserimus* que al ilustre difunto ...de Borgia... prometimos». Este documento sería decisivo en favor de la tesis opuesta a la de la paternidad del Papa si no nos asaltara la duda de que en él se incurrió en un error por parte del escriba, y que el fallecido, en realidad, no es el padre de Juan, sino el hermano Pedro Luis, primer Duque de Gandía. Es más: aun en esto tenemos nuestras dudas, porque esta declaración de los Reyes, en que se ha hecho una promesa al padre, resulta inaplicable al hermano Pedro Luis, porque los Reyes Fernando e Isabel, con este documento, confirmaban al segundo Duque de Gandía los derechos sobre los feudos que tenía en Italia, de cuyos feudos había sido investido con posterioridad a la muerte del mismo hermano, y no por los Reyes de España, sino por el de Nápoles. Así, al hablar del padre difunto, se debe tratar de un error, o de algo que no nos es dado comprender. Sin embargo, si se habla de un padre difunto, éste, en ningún caso puede ser Alejandro VI, que en la fecha del documento estaba vivo. Hay otro documento, que debe ser del 1501, en el cual se hace una proposición por la Santa Sede a Luis XII de Francia sobre determinados extremos, y en ella se consideran a los hijos del Duque de Gandía, a César, a Lucrecia, etc., «neveux et parens», sobrinos y parientes de Alejandro VI (1). Como fuera de Italia la posición de los gobernantes es, en este momento, de

*Una prueba fehaciente.*

(1) Este documento fué puesto seguramente más tarde en el expediente que se calificó: «Propositions faites par le Pape Alexandre VI de France Louis XII, au sujet de Seigneuries, titre et offices possedés par ses neveux dans la partie du royaume de Naples qui restera au pouvoir du roi». El título no corresponde exactamente al contenido, que se refiere a otros asuntos también.—Collection Dupuy, Cod. 28, fol. 17, Biblioteca Nacional, París.

imparcialidad, presentamos otros dos documentos no italianos. Una carta escrita desde Alemania a César Borgia, o sea al Cardenal de Valencia, en 29 de agosto de 1495, en que se pone «Ad Valentinum, nepotem» de Su Santidad (1). Y en un pleito debatido en el Parlamento de París, en que es parte Claudio de Borbón, nieto de César Borgia, éste se refiere al Papa Alejandro diciendo «dudit Pappe Alexandre, son oncle», del dicho Papa Alejandro, su tío, y a César Borgia en la siguiente forma: «Cezar de Bourgia neveu du Pappe Alexandre Sixciesme» (2).

*Documentos italianos.*

Los documentos italianos, a su vez, son innumerables, y como hemos ya dicho, en los indubitables, el nombre que se da a estos hijos que se hallan escritos en la lápida de Vannozza Catanei es de sobrinos del Papa. Fumi refiere que el Valentino fué nombrado «protector» de Orvieto siendo Cardenal, y el Consejo de la ciudad recibió la noticia por conducto de su enviado en Roma, el cual declara que el Cardenal de Valencia, sobrino del Papa, estaba dispuesto a aceptar el cargo (3). Cuando el Senado de Venecia declaró a César de la nobleza veneciana, le llamó sobrino del Papa Alejandro VI (4). En los dos contratos matrimoniales de Lucrecia, redactados por el notario Camilo Beneimbene, uno con Giovanni Sforza y otro con Alfonso de Aragón, se dice, en el segundo, que es nieta del Papa, y en el primero que es hermana del Duque de Gandía y persona que el Papa ama mucho (5). Los dos Reyes de Nápoles, Ferrante y Alfonso, en alguna ocasión, en carta a terceras personas, califican a César y a Joffre de sobrinos del Papa (6).

---

(1) Viena, Archivo de Estado. Cod. II, Conceptum Missivem et coetera, folio 252.

(2) Archivo Nacional, Cod. K. 188, núm. 154. París. *Extrait des registres du Conseil privé du Roi.*

(3) FUMI, LUIGI: *Alessandre VI e il Valentino in Orvietto.* «Notizie Storiche ricordate da documenti inediti a proposito delle nozze di Francesco Gamurri e Anna Giulietti», página 74. Biblioteca de Orvieto.

(4) LEONETTI, obra citada, vol. I, pág. 197. Leonetti hace un examen completo de este calificativo de sobrino y sobrinos aplicado a Juan, César, Lucrecia y Joffre.

(5) Gregorovius trata este punto y nos da los documentos.

(6) Archivo Aragonés, anteriormente mencionado.

*Una investigación contemporánea de la paternidad de César Borgia.*

En una de las «Acta Consistorialia», la que se refiere al nombramiento de Cardenal de César Borgia, se dice que «Papa Alejandro por estos tiempos hizo Cardenal a César Borgia, *su hijo, probando que el no era su hijo, sino criado y educado en su casa*».

En esta ocasión, el Papa parece haber ordenado una investigación sobre la paternidad de César y de haber nombrado investigadores a los Cardenales Juan Bautista Orsini y Antoniotto Pallavicini. Infessura dice que los dos Cardenales informaron que César era hijo legítimo de Domenico de Arignano. Sea verídico o no Infessura, y hay que creer que no lo es, resulta cierto que los Cardenales todos aceptaron la designación de César, no encontrando el impedimento de bastardía. Y el Consistorio no era muy favorable al Papa en aquella hora.

*César, sobrino del Papa.*

Es que sobre César existen la mayor parte de los documentos y de las opiniones que se han dado en esta cuestión, por ser el más destacado de los llamados hijos del Papa Borgia. Pedro Mártir (1), cuando habla de la muerte de César, dice que en España le tenían por el sobrino de un hermano del Papa, y Zurita nos comunica que «tenía el pueblo a César Borgia por hijo del Papa», y afirma que no lo era (2). El mismo calificativo de sobrino usan en cuanto a él algunos Embajadores. Clemente de Vebron reproduce de un despacho de Florimondo Brognolo la frase: «César, sobrino de un hermano de Nuestro Señor» (3). Sobre César tenemos algo originalísimo. Corvo publica que el escritor Varillas da como padre de César Borgia nada menos que al Cardenal Julián de la Rovère, y declara que tal versión merece consideración, pues sirve para explicar la enemistad constante entre Alejandro VI y Julio II (4). Boccaccio, Embajador de Ferrara en 1492, cuando no había la más lejana idea de establecer lazos de familia entre la Corte de Roma y la de su Duque, escribe: «Había llegado a Roma el primer marido de la dicha sobrina (Lucrecia), el cual

---

(1) Reproducido por LEONETTI, obra citada, vol. I, pág. 197, «cuyus (César) ipse fratris nepos esse dicebatur».
(2) ZURITA: *Anales de Aragón,* libro I, cap. XXII, pág. 28.
(3) *Les Borgia,* pág. 564: «Nipote de uno fratello di Nostro Signore.»
(4) FREDERICK BARON CORVO: *History of the Borgias,* pág. 296.

fué devuelto a Nápoles no visto por nadie» (1). Brognolo da a Lucrecia el mismo vínculo familiar con el Papa, y lo repite en cuanto a César en otro despacho del 19 de mayo de 1493 (2).

Es inútil repetir todos los casos en que los normalmente llamados hijos del Papa fueron considerados simplemente familiares. El Embajador de Hércules de Este, al escribir desde Roma a un amigo, da el verdadero aspecto, quizá, a estas relaciones familiares, cuando dice: «Virginio Orsini ha ido a Nápoles y ha llevado consigo a un sobrino hijo de Nuestro Señor». Sobrino que era tenido como hijo, o hijo que usaba el nombre de sobrino. La calificación es exacta; pero debido a la doble interpretación a que da lugar, no resuelve el problema (3).

*Bulas de legitimación.*

Mas, también en cuanto al segundo Duque de Gandia, Juan, en cuanto a César, a Joffre y a Lucrecia, nos encontramos con Bulas de legitimación y con actas notariales en que aparece consignada la paternidad de Alejandro VI. Thuasne y L'Espinois dan un gran valor a estos documentos, y en el criterio de Von Pastor, éstos pierden irremisiblemente la causa del Papa Borgia (4). De Roo, en cambio, discurre sobre ellos triunfalmente y los niega. Las Bulas del Archi-

---

(1) GREGOROVIUS, en *Lucrecia Borgia*, nos da datos y documentos interesantes, y, en cuanto a Lucrecia, suficientemente imparciales.

(2) También GREGOROVIUS, ut supra.

(3) VENTURA PASCUAL, en *Notas sobre la Historia de los Borgia* publicada en *Saitabi-Noticiario de Historia, Arte y Arqueología de Levante*, núm. 2 de 1940, reproduce unas palabras del testamento de don Joffre de Borja y de Llançol de 10 de febrero de 1497, hecho en Valencia, que quizá pueden aplicarse a estos otros Borgia de los cuales venimos tratando: «E com nos e los fills nostres tostemps haiam *tengut* e *de present tenim per pare* e protector nostre apres de deu a la Santedat de nos Senyor lo Papa Carissim oncle e Senyor nostre, lo cual ab diverses e multiplicades obres hanc conegut nos ha *tengut tractat* e *repurat* por fill, por ço carissimament lo suplicam vulla tenir nostres fills et filles es especial protectio e amor *e tracte aquells e tinga aquells per fills*...»

Si los sobrinos que vivían en España se consideraban y querían ser *tenidos, tratados* y *reputados* como hijos, no es extraño que esta condición alcanzasen los sobrinos de Roma que estaban al amparo del Papa. Pero las hipótesis no resuelven las cuestiones históricas.

(4) Toda la obra de Von Pastor, *Historia de los Papas desde el final de la Edad Media*, está, en lo referente a Alejandro VI, ensombrecida por esta cuestión de los hijos. De no haber pesado sobre su ánimo de católico esta violación del voto de castidad, tenemos la convición que otro hubiera sido su juicio y por otros derroteros hubiera corrido su relato.

vo de Osuna, o no se encuentran en los Registros del Vaticano, o han sido sustancialmente alteradas, y alteradas exclusivamente en cuanto a la ilegitimidad. Estas Bulas del Archivo de Osuna, que tanto entusiasmo produjeron en el primer momento, no concuerdan con las otras muchas que se hallaban en el Vaticano. En éstas no se hace referencia a la ilegitimidad, siendo práctica canónica consignar siempre, en cada Bula en que se concede «un beneficio», una breve indicación de la legitimación, si ésta ha sido concedida. Una Bula que se halla en el Vaticano, y que sí se refiere a la legitimación de César, está a su vez en un registro sospechoso, o sea con hojas en blanco y sin la numeración corrida. Bula que evidencia su falsedad a todas luces por la ortografía latina que en ella se usa y que no es la de la época. El diptongo romano, abolido por los escritores papales de aquel tiempo, lo encontramos usado en esta Bula. Estas y otras razones da con gran perspicacia el erudito De Roo.

Otros errores prueban que los documentos del Archivo de Osuna han sido alterados. En uno, español, atribuido al Rey, se usa el apellido de César en italiano, Borgia, y en otro, romano, la forma española de Borja. Muchas contradicciones y errores sobre la edad, sobre la precedencia del nacimiento de César a Giovanni, siendo históricamente lo contrario, sobre los estudios, etc., vienen a crear nuevas dudas de que algunos de estos documentos han sido la obra malévola de tiempos contemporáneos y posteriores a los de Alejandro VI, confeccionados para confirmar una creencia ya formada, o para dar crédito a calumnias interesadas.

*Un caso de compra de Bulas.*

Para dar una prueba de cómo es preciso considerar con cuidado papeles de este género y cómo era general la industria de las falsificaciones entonces, diremos que una Bula que se supone del tiempo de Inocencio VIII y trata de la legitimación de Joffre, se halla en un Registro Vaticano con la siguiente nota: «Comprado (el documento) el 5 de octubre de 1530 al Maestro Vicente Genovés». De lo cual se deduce, o que el Vaticano compraba su propia documentación, y ésta, por consiguiente, corría libremente por las calles de Roma, o que, todo lo contrario, a los Borgia era adquirido por el Vaticano.

La falsificación, sin embargo, sorprende, en este caso, por lo exten-

sa y lo orgánica. Nadie de la familia Borgia ha sido olvidado, ningún medio de prueba ha sido abandonado. Ciertamente, no se puede suponer que hubiese un grupo de hombres dedicados a hacer una labor sistemática de falsificación. Por otra parte, es difícil creer que el espíritu deportivo de falsificar, muy común en ciertos períodos, o la agria revancha de las casas baronales hayan, en una fecunda espontaneidad, producido esta obra completa que se halla en España y en Roma.

*El misterio sigue.*

El misterio seguirá (1).

Para nosotros, sin llegar a conclusiones definitivas, los mayores argumentos en contra de la paternidad de Alejandro VI consisten, primero, en que Pedro Luis, germano de todos los otros, nació seguramente en España, y que los que le siguieron, si no todos, muchos de ellos nacieron en España. Y en este caso no podían haber sido hijos del Papa Borgia, aun si los documentos fuesen todos uniformes y fehacientes y la opinión sobre la paternidad más universal de lo que en efecto fué; y, segundo, que esta larga familia, nacida de la unión de la Vannozza y Rodrigo, de seis hijos, el primero nacido en 1458 ó 1459 y el último en 1481 ó 1482, no haya sido conocida al tiempo en que se formaba y crecía, sino después que Rodrigo Borgia llegó al Vaticano.

---

(1) Véase Apéndice.

CAPITULO XI

# CARLOS VIII INICIA SU INVASIÓN

*Muerte del Rey Ferrante.*

Las dificultades entre la Santa Sede y el reino de Nápoles, solucionadas con las noticias de la preparación de Carlos VIII para la conquista de aquel reino, y selladas, al estilo de los Príncipes, con el matrimonio de Joffre y de Sancha, recibieron otra favorable ayuda con la muerte de Ferrante. Bruchard, al recibir la noticia, sale de su habitual reserva, y escribe en su *Diario* que el Rey ha desaparecido *sine cruce, sine luce, sine Deo.* Haciendo un juicio político más amplio, cabe decir que Ferrante moría demasiado tarde o demasiado pronto, o sea en un momento en que hubiera podido desplegar sus grandes cualidades de intrigas y poner en juego sus muy estrechas relaciones con la Corte de España. Quizá el viejo zorro hubiera cambiado la situación uniéndose a Ludovico *el Moro* y a Venecia, abandonando Gian Galeazzo Sforza al primero y haciendo a la segunda algunas concesiones en el Adriático meridional.

*Significación de Carlos VIII en Italia.*

La entrada de Carlos VIII en Italia es la causa inicial de los grandes males sufridos por ésta, a consecuencia de la dominación extranjera, que la oprimió durante cuatro siglos. Las pretensiones francesas sobre Nápoles determinaron la intervención española, porque de haberse consolidado por pacífica posesión del reino la rama bastarda de los aragoneses, ya italianizada, España difícilmente hubiera encontrado el pretexto para invadir a Italia. De la dominación española se pasó a la aus-

tríaca, pues la casa de Austria sustituyó a España y mantuvo un continuo yugo, directo e indirecto, sobre la península, que duró cuatro siglos, si se excluye el paréntesis napoleónico. La aventura de Carlos VIII retrasó a su vez también la formación de la Francia moderna (1). Cuanto se diga en contrario para defender esa invasión impremeditada traspasa los límites del juicio práctico y de la sana lógica. El joven Rey, de pocas luces y de ninguna experiencia, cambió toda la política de su padre y predecesor. Luis XI había añadido a la antigua Francia el Rosellón y la Cerdeña, las ciudades del Somme y la Normandía, el ducado de Bourgogne, el Artois y el Franche-Comté, el Anjou, el Bar y la Provence. Su propósito era «mantener la extensión del reino, de un lado, hasta los Alpes, en donde se encuentra la Saboya, y, por otro lado, hasta el Rin, en donde se halla el territorio de la Borgoña» (2). En cambio, el propósito de Carlos VIII, aparte las aspiraciones de las cuales no conocemos el grado de interés que tuviera sobre Jerusalén y Chipre, con la consiguiente cruzada, era conquistar el lejano reino de Nápoles a nombre de la casa d'Anjou, de la cual había heredado los derechos. La casa d'Anjou había perdido el reino en tiempos de Raniero, que fué expulsado por Alfonso V de Aragón; ella, a su vez, lo había usurpado de la casa de Suevia. El Rey de Francia, sosteniendo que estos derechos eran sagrados, calificando de derechos la usurpación de que fueron víctimas los suevos, y, en cambio, de ilegítima la ocupación aragonesa, se preparó a la reconquista. Para no dejar enemigos a espaldas, en el momento de entregarse a esta empresa pagó por el tratado de Etaples una fuerte suma a Enrique VII, Rey de Inglaterra; reintegró el Rosellón y la Cerdeña al reino fronterizo de Aragón, y el Artois y el Franche-Comté, a Maximiliano, Rey de los romanos.

*Retrato de Carlos VIII.*

Italia era un país rico y poblado, y Nápoles brillaba entre los grandes Estados de Italia; pero la lejanía, las intrigas constantes, las posibles sublevaciones populares que los franceses ya de antiguo conocían

(1) Henri Hausser y Agustin Renaudet: *Les Débuts de l'Age Moderne*, pág. 71.

(2) Pierre Champion: *Le Roi Louis XI*, pág. 28. Las palabras entre comillas están en un preámbulo a un acto de cancillería de la época, reproducidas en esta obra.

por dolorosa experiencia, eran de tenerse en cuenta, y una conquista de este género no hubiera debido pagarse a precio de la naciente unidad nacional. La conquista de un país civilizado es siempre poco remuneradora, y es en precario. Para apreciar a la luz del caso práctico cómo el curso de la Historia no depende de arquitectónicas concepciones o de destinos manifiestos, basta fijarse en el personaje que determinó este acto trascendental, leyendo el retrato que del Rey conquistador nos ha transmitido Zaccaria Contarini, Embajador veneciano, en su *Relación sobre Francia,* de 1492: «La majestad del Rey de Francia tiene veintidós años de edad, es pequeño y mal hecho en su persona; feo de cara, con los ojos grandes y blancos, y es miope; la nariz, aguileña, es igualmente más grande y más gruesa de lo natural; los labios, *etiam* gruesos, los tiene continuamente abiertos; sufre en las manos de unos movimientos espasmódicos muy feos de verse *et est tardus in locutione* (1). Mi opinión, que podría ser errónea, me hace tener por seguro que *de corpore et de ingenio parum valeat*» (2).

*Italianos en la Corte francesa.*

En realidad, Carlos VIII no parecía tener más que un interés juvenil en la expedición contra Nápoles. La Corte francesa estaba llena de Barones napolitanos dirigidos por el Príncipe de Salerno, que habían huído de Nápoles por las feroces persecuciones de Ferrante, empeñado en establecer rápidamente una Monarquía absoluta contra la nobleza, que no quería despojarse de sus tradicionales derechos feudales (3). Todos estos hombres de alta alcurnia, de noble presencia y habla amena, estaban muy cerca del Rey. Por otra parte, los grandes dignatarios del Estado francés eran corrompidos, de poco juicio, y sólo pensaban en aumentar sus fortunas, inclinándose por ello a todo cuanto significara manejo de fondos, conquistas y relaciones con los Estados italianos, que eran ricos, y a los cuales se vendían en todas las ocasiones. La Corte de Francia del tiempo de Luis XI había sido gran corruptora, y sabido es que el asalto de corruptor a corrompido es fácil y rápido,

---

(1) «Y se demora sobre las sílabas.»

(2) «De cuerpo y de ingenio vale igualmente poco.»

ALBERI: *Relazioni Venete,* serie I, vol. IV, páginas 15 y 16.

(3) Además de Antonio Sanseverino, Príncipe de Salerno, había el hijo del Príncipe de Bisignano, el Conte de Chiaramonte, el Conte de Avellino, el Conte de Saluzza y otros. Había en la Corte también muchos españoles.

pues el que no respeta el honor ajeno, defiende muy poco el propio.

*Influencia de los italianos de Italia sobre Carlos VIII.*

Pero más que los italianos en Francia, fueron los italianos de Italia los que influyeron sobre la desgraciada empresa. En una primera época es Ludovico *el Moro* el gran propulsor. Más tarde, como veremos, lo es Julián de la Rovère, el famoso Julio II, que la historia de Italia presenta en la trilogía patriótica uniéndole a Dante y a Maquiavelo... Y no sólo éstos fueron culpables; todos los Príncipes y hasta los pueblos de la península concurrieron a la desgracia común. Venecia quedó imprudentemente neutral, creyendo ser prudente. Sólo Alejandro VI, no italiano, fué decididamente contrario. Los italianos fueron los artífices de su propia ruina en esta ocasión; pero el fenómeno es de todos los tiempos, no excepcional de aquellos, pues ninguna conquista se ha hecho sin un grado más o menos grande de cooperación del conquistado. En la vida privada, como en la pública, a menudo la violencia constituye un estado de relaciones en que el agredido, por imprudencia o pasividad, concurre a su propia desgracia.

*Ludovico el Moro principal factor de la invasión.*

Ludovico *el Moro*, principal factor de este gran mal, buscaba la solución de un problema personal, o sea la investidura del ducado. La Duquesa de Milán era hija de Alfonso II de Nápoles; la Duquesa era enérgica y ambiciosa y reclamaba, además, legítimamente, que su marido gobernara el Estado que había heredado. Ludovico, de regente, había virtualmente usurpado el gobierno, no entregándolo a su sobrino Gian Galeazzo Sforza, que era mayor de edad. Mientras Nápoles estuviese gobernada por la casa de Aragón, la aspiración de Ludovico de apoderarse definitivamente del ducado resultaba imposible.

Ya en 1491, por una de tantas revoluciones que conturban a la ciudad de Génova, Francia y Milán se habían puesto de acuerdo, mediante la actuación hábil del Embajador de Milán, Erasmo Brasca, sobre esta agitada ciudad, recibiendo la investidura de la misma *el Moro*, bajo la alta soberanía francesa. Desde entonces, continuamente el astuto Ludovico aparecía en Italia como el representante de los derechos y de la política del Rey de Francia, y en Francia, como el intérprete de los sentimientos italianos. Y preparando así las cosas psicológicamente, en 1493 invitó oficialmente a Carlos VIII, por medio de una Embajada extraordinaria, a la conquista de Nápoles. *El Moro* creyó errónea-

mente que una intervención de tal magnitud se podía circunscribir a Nápoles, y trató de obtener el consentimiento de Venecia a favor del proyecto del Rey de Francia, enviándole como Embajador a la inteligente y vivaz Beatriz de Este, su joven esposa, que todavía no contaba veinte años, la cual pronunció un discurso público ante la Señoría, y le comunicó luego en privado que el Rey de Francia enviaría en misión a Peron de Basche a visitar las Cortes italianas, incluyendo a Venecia y al Papa, a fin de ser favorecido en sus propósitos y no encontrar obstáculos en la conquista.

*Oposición de Alejandro VI.*

La figura de Alejandro VI se agiganta en esta ocasión. Como en los momentos de prueba se revelan los grandes hombres, así en esta hora difícil el Papa probó que respondía a las aspiraciones de los Cardenales que le habían puesto con voto unánime sobre la silla de San Pedro. Y, rodeado por un mundo de traidores a los propios intereses y a los de Italia, sostuvo una lucha sin descanso contra el tenaz asalto de los franceses invasores, de las grandes y pequeñas Cortes italianas, de los Cardenales de gran inteligencia y fuerza y de la opinión popular, representada principalmente por el mayor exponente de la popularidad de la época, el monje Jerónimo Savonarola.

A mediados de 1493, el Papa, sabedor ya de los proyectos de Carlos VIII, para desviarlos, insistió cerca de él y de Maximiliano sobre la necesidad de una cruzada en contra del turco (1). El recuerdo del tío Calixto III, insistente promovedor de la cruzada, y el avance turco a lo largo de las costas mediterráneas, quizá influyeron también sobre el ánimo de Alejandro VI, pero su actitud parece más bien inspirada en el deseo de llevar a otras tierras y a otros mares, fuera de los de Italia, las belicosas armas francesas. El Rey Carlos, aunque aceptó el proyecto y prometió entenderse con el de los romanos sobre la cruzada, envió, sin embargo, a Italia a Peron de Basche a notificar a los Estados del Norte, a Florencia y al Papa sus verdaderas intenciones. Ya Venecia, como hemos visto, conocía los fines de esta misión por Beatriz de Este, esposa de Ludovico *el Moro*. El Doge veneciano había contes-

---

(1) Maximiliano era Emperador de Alemania, pero por no haber sido coronado se le llamaba rey de los romanos.

tado a Beatriz que no podía formar opinión ni expresarla sin oír al Papa y al Senado de la República, y comunicó todo a Alejandro VI.

*La m... Peron de Basche.*

Así, cuando Peron de Basche llegó a Roma, el Papa estaba preparado, y a la demanda de investidura del reino de Nápoles a favor del Rey Carlos VIII, hecha desde la primera entrevista en forma de *ultimatum*, contestó con tranquila serenidad, usando una táctica que le es habitual en los momentos difíciles, es decir, llevando la cuestión del campo político al jurídico. El enviado de Carlos VIII creía recibir una contestación definitiva, y se halló con lo inesperado. El Papa no se oponía a las pretensiones legales del Rey francés, pero había que juzgarlas. Carlos VIII podría alegar sus derechos, y éstos serían examinados por un Tribunal de la Santa Sede, que ejercía la alta soberanía sobre el Reino. Una sola condición ponía, y era que no se acudiese a las armas, pues la justicia cesa cuando actúa la fuerza. El Papa hizo entender al emisario que, ante una invasión, en ningún caso daría la investidura. Basche, como todo intermediario, no quería comunicar a su mandante una contestación que se basaba sobre una hipótesis, en este caso la prueba del derecho del Rey, y discutió violentamente, llegando a amenazar al Pontífice con la reunión de un Concilio para deponerle. En definitiva, Basche volvió a Francia sin haber conseguido más que la promesa de un examen jurídico del caso (1).

*... Briçonnet.*

Cuatro meses más tarde, en diciembre de 1493, el Rey envió una nueva Embajada presidida por Guillermo Briconnet, a quien el Papa acababa de crear Obispo de San Maló. El Papa tuvo mejor juego con éste que con el torpe y venal Basche. Tomó tiempo para dar una respuesta definitiva, afirmando que deseaba conocer la opinión de los venecianos, a los cuales había escrito. Contemporizó largamente. Y durante los días de la espera fué creando en el ánimo del Embajador, que por otra parte tenía gran influencia sobre el Rey, la convicción de que la empresa no dejaba de tener peligros para el mismo Rey y para la Cristiandad. Es muy probable que Alejandro VI hiciera brillar ante los ojos de Briçonnet el *cappello* cardenalicio. La palabra cálida de Alejan-

(1) Francesco della Casa, Embajador florentino, califica a Basche de avaricioso y fácil de corromper.

dro VI y la promesa de una brillante carrera eclesiástica convencieron a Briçonnet, quien al volver a Francia sometió a la Corte todas las dudas que se habían sembrado en su ánimo, las cuales fueron tenidas muy en cuenta.

*Influencia de Julián de la Rovere sobre el Rey Carlos.*

Pero el débil Rey tuvo en este período un consejero tempestuoso y agresivo, un hombre que en la violencia no respetaba barreras: el Cardenal Julián de la Rovère, el futuro Julio II, que debe toda su gloria histórica a este temperamento sin frenos. El Cardenal, al ver al Papa decidido a oponerse a los propósitos de Carlos VIII, creyó llegado su momento; huyó de Roma y por el camino del mar llegó a Francia, siendo recibido con grandes honores en la Corte. Un Concilio que depusiera a Alejandro VI sería el paso previo de su elevación al pontificado (1). A sus esfuerzos se debe que Briçonnet quebrara en su empeño. Los dos partidos que cerca del Rey se disputaban desordenadamente el dominio de su voluntad, al fin se pusieron de acuerdo, y la invasión de Italia fué decidida. La ruina de Italia estaba decretada. El Papa, bien informado, intensificó su política de defensa, ya que la de prevención no daba resultado. Por un contrato de mayo de 1494 se había ligado con mayores lazos familiares a Alfonso II, sucesor de Ferrante en Nápoles, y ahora se preparaba a tener acuerdos militares. Es más: para romper el nudo gordiano y dar a comprender al Rey francés su decisión completamente adversa a sus pretensiones, reunió el Consistorio, y después de una discusión larga y agitada, hizo acordar la coronación solemne de Alfonso. El partido francés de los Cardenales, dirigido por Ascanio Sforza, se opuso tenazmente, pero el Papa pasó por encima de sus protestas. Los Embajadores franceses residentes en Roma volvieron a amenazar con el *Concilium* y la destitución. El siguió firme en sus fórmulas jurídicas.

En su decisión no le detiene tampoco una nueva Embajada del Rey de Francia, más solemne y más amenazadora, presidida por D'Au-

(1) Julián de la Rovère había intentado obtener del Rey de Nápoles igual persecución contra el Papa, o sea la convocatoria de un Concilio. Como aquel se negó a seguir sus consejos, el Cardenal le abandonó, y, pasado al enemigo, fué a Francia a promover la caída de los aragoneses de Nápoles y del Papa mismo.

bigny. La amenaza de convocar el Concilio para destituirle si no da la investidura a Carlos VIII, ahora se presenta como un hecho de resultados inminentes. El Papa declaró, sin embargo, que no podía cambiar su actitud. E insiste en que si las pretensiones del Rey de Francia se basan sobre un derecho, serán examinadas; si sobre la fuerza, serán rechazadas; y afirma que, mientras tanto, no le está permitido desconocer a la Monarquía aragonesa los derechos y la investidura que ha recibido durante todo el tiempo pasado por manos de múltiples predecesores suyos. Las relaciones quedaron rotas sobre estos dos puntos irreconciliables entre el Papa y la misión francesa. Sin embargo, si el Papa resiste con fuerte energía, no resisten los suyos, no resisten tampoco algunos de los Cardenales que le han sido amigos hasta aquel momento, y se venden sus *condottieri.*

*D'Aubigny, en Roma.*

D'Aubigny aprovecha su estancia en Roma para comprar a los múltiples Colonna, a Trajan y a Pablo Savelli y a otros. Sobre la fortaleza de Ostia flota ya la bandera de Francia junto con la de Julián de la Rovère. En territorio de la Iglesia los antiguos soldados del Papa, que hasta ayer han estado a sueldo del Vaticano, hoy reciben el dinero de Francia, que es en realidad dinero de los Príncipes italianos dado a Francia. La obra de erosión y de traición va produciendo sus efectos alrededor del Papa, que no puede comprender cómo todos hayan perdido la noción del propio interés y preparen voluntariamente sus desgracias. Trata a veces de restablecer la disciplina moral, en otras quiere convencer a los descarrilados, pero él mismo sufre las alternativas del ambiente, recobrando siempre sus energías cuando piensa que su fórmula jurídica está dentro de la más estricta tradición de la Iglesia.

*Decisión definitiva de invadir a Italia.*

En Francia conocían a su vez el estado de Italia y de Roma y el aislamiento de Alejandro VI, y el 11 de agosto de 1494, después de un Consejo real en que estuvieron presentes también Julián de la Rovère y los Embajadores de Milán, el Ejército francés partió hacia Italia; pasaba los Alpes el 2 de septiembre; el 5 estaba en Turín, y el 9 en Asti, en donde Ludovico *el Moro* recibió al Rey, en consonancia con los gustos de éste, con las más bellas damas de la aristocracia milanesa. El Rey siguió para Pavía, en cuyo castillo visitó a Gian Galeazzo, enfermo, y luego para Piacenza, en donde recibió la noticia de su muer-

te, muerte esperada y que muchos sin pruebas han atribuído, según la moda del tiempo, a veneno suministrado por *el Moro*. En Piacenza llegó el Legado del Papa, el Cardenal Giovanni Borgia, que el Rey no quiso recibir, pretextando que había coronado a Alfonso II, su enemigo. Lo cual, en efecto, había llevado a cabo aquel Cardenal en cumplimiento del mandato que el Papa y el Sacro Colegio le habían dado.

***El Rey, en Lombardía.***

Desde Piacenza, el Rey avanza hacia el Sur, mientras sus tropas se van desplegando a los dos lados de los Apeninos, como en una maniobra militar. Si el Ejército francés hubiese encontrado la más ligera resistencia, la expedición habría tenido una solución desastrosa desde estos primeros avances antes de haber penetrado en Toscana. Ya consumada la invasión extrajera, se apoderó de todos un gran temor. Los mediocres comprenden la gravedad de los acontecimientos sólo frente al peligro. Mientras Carlos VIII todavía se paseaba por los campos de la Lombardía, la muerte del legítimo Duque había hecho Duque de Milán a Ludovico *el Moro*, y el Rey de Nápoles, en sus dificultades, aceptaba esta sucesión. Venecia despertaba al fin, y teniendo intereses sobre la estrecha entrada del Adriático, veía que esta invasión situaba en aquellas costas a un poder demasiado fuerte. Los pequeños Príncipes y los pueblos, que antes habían considerado al Rey extranjero como a un libertador, sufrían las depredaciones de sus soldados, que eran franceses, suizos y alemanes. Pero no había resistencia militar alguna, los Ejércitos de Nápoles abandonaban la lucha frente a los grupos italianos que estaban a vanguardia de las fuerzas de Carlos VIII.

***El Ejército papal retrocede hacia Roma.***

El Ejército papal, a su vez, había debido volver a toda prisa al territorio de la Iglesia para defender al Papa personalmente y a Roma, amenazados por los antiguos *condottieri* y vicarios de la propia Iglesia, que en nombre del Rey de Francia ocupaban la campiña romana y dominaban el litoral. Así la línea de defensa que presenta la entrada de Toscana quedó desguarnecida. Y más grave aún en tales circunstancias fué que Florencia se hizo sinceramente francesa, como entonces se decía, sea por odio a Piero de Médicis y a su familia, sea porque estaba bajo la influencia de fray Jerónimo Savonarola, un agitador que unía la política con la religión, dando así a los intereses facciosos el fuerte espíritu pasional del ascetismo. El monje se diputó él mismo Embaja-

dor cerca de Carlos VIII, a quien con su habitual sinrazón llamó enviado de Dios, nuevo Ciro y reformador de la Iglesia.

*Cínica declaración de* el Moro.

Una cínica declaración de Ludovico *el Moro* explica la situación del momento. Es extraño e impresionante ver cómo en un mismo país y en una misma época puedan darse un hombre como aquel fraile atormentado, visionario y epiléptico, y un espíritu sutil, acomodaticio y penetrante como Ludovico. Los venecianos, conocido el nuevo estado de ánimo de Ludovico *el Moro,* le enviaron dos Embajadores, Sebastián Badoer y Benedetto Trevisan. Su misión consistía en explicarle que la situación era peligrosísima y que Ludovico, en defensa de su Estado, que *merecidamente* tenía, estaba en la obligación de tomar decisiones que evitasen males futuros. Ludovico, con la sinceridad de todos los hombres que creen haber hecho un mal por poderosos e ineludibles motivos, hace una declaración que evidencia el espíritu realista del Renacimiento. Es el 3 de diciembre de 1494 cuando él declara a los Embajadores venecianos que había visto los inconvenientes de una invasión extranjera, y que para evitarlo en tiempo oportuno, había enviado a su esposa a Venecia, pero los venecianos no la habían querido oír. Quiere referirse con esta alusión al hecho de que los venecianos no le habían querido reconocer entonces como el legítimo Duque de Milán, lo cual le hubiera desviado de su intriga francesa. Esto es sólo el preámbulo. Sobre el fondo de la cuestión reproducimos sus palabras, según nos las han transmitido los Embajadores venecianos; explican todo lo que vino después y cómo habiendo llegado el Rey con el favor general de Italia a conquistar Nápoles, aun antes de terminada la conquista, cae en la aversión general. He aquí lo que dice Ludovico:

«Este Rey de Francia es joven y de poco juicio, y no está aconsejado debidamente. Los que le asisten se hallan divididos en dos grupos: uno, gobernado por monseñor Felipe y secuaces, enemigos míos; el otro, por monseñor de San Maló y Beauchario (*sic*) y compañeros, opuestísimos a los primeros en todo. Para contrariarse y vencerse mutuamente no curan del interés del reino. Y los dos grupos se ocupan de sacar dinero sin preocuparse de otra cosa. Entre todos no se hace un medio hombre capaz (*sabio*). Yo recuerdo que estando en Asti, el Rey se reunió con los suyos en consejo para consultar algunas materias;

uno se ponía a jugar a un lado y otro a comer, y quién se interesaba en una cosa y quién en otra, y, cuando alguien, dando su atención al asunto por un momento, tomaba una decisión y ordenaba que se hiciesen algunas comunicaciones, pronto, habiéndolo oído otro, revocaba lo hecho por aquél. El Rey es muy soberbio y muy ambicioso, tanto cuanto se puede imaginar, y no tiene estimación por nadie; algunas veces que estábamos sentados juntos me dejaba solo en la habitación como a una bestia, y él se iba a almorzar. Vino aquí con mil quinientas lanzas solamente y tres o cuatro mil suizos, y trajo nada más que treinta y cuatro mil escudos. Es verdad que yo había convenido abastecerle. Pero una vez, al venirme pidiendo con exceso y viendo que los suyos no se ocupaban más que de apropiárselo, sin ninguna administración, le dije: *Si queréis que yo os dé dinero, es muy conveniente que conozca y vea la distribución de lo que ya habéis recibido y de lo otro que me estáis pidiendo.* Pero los administradores, no queriendo dar cuenta para no descubrir sus rapiñas, no me molestaron más con semejantes solicitudes.» Después de haber presentado este cuadro expone su estado de ánimo, y dice: «La empresa de Sarzana, deseo que vuestras señorías lo sepan, la aconsejé para distraerle de ir al reino de Nápoles, pues acometiéndola perdería tiempo, por estar aquella ciudad muy fortificada; pensé que con trescientos hombres que hubiese tenido a su defensa le hubiera hecho perder dos meses en el ataque, y sin éxito final. Pero Dios quiso, quizá por los pecados del que intervino en ello (1), que en aquel lugar de tanta importancia no hubiese gente ninguna ni víveres para una noche, de manera que sucedió lo que debía suceder.» Ludovico declara con franqueza que desea que su aliado pierda la guerra, porque no es correspondido en su amistad, lo cual prueba afirmando que Sarzana le fué prometida a Génova, que es gobernada por él, pero luego el Rey, faltando a la palabra, se la había reservado para él personalmente. «¿Cómo podemos confiar en él? Ha realizado tantas crueldades y ha sido tan insolente en todos los territorios nuestros por donde ha pasado, que no hemos visto la hora en que saliera de nuestros con-

---

(1) Se refiere a Piero de Médicis.

fines. Son mala gente y hay que hacer de todo para no tenerlos de vecinos.»

*Ludovico cambia su política.*

Ludovico confiesa que por su parte ya ha empezado a combatir al Rey. Ante todo ha hecho desarmar la flota de Génova, que estaba a disposición de Francia, y ha retirado y disuelto sus fuerzas en Romaña. Ha hecho saber al Papa esta nueva actitud suya incitándole a perseverar en su empeño favorable al Rey Alfonso, y al mismo tiempo ha comunicado al Cardenal Ascanio, su hermano, que se reconcilie con el Papa y que de ninguna manera permita a los *condottieri* rebeldes molestar al Papa y al Rey de Nápoles. Por emisario secreto ha alentado a Alfonso II a que resista por dos meses, ya que el Rey Carlos no tiene dinero para una más larga empresa. A su representante en los Ejércitos del Rey le ha dicho que sostenga la independencia de Florencia y que diga al Rey abiertamente que si le quiere tener a él (al *Moro*) por amigo, que no altere el Estado de Florencia, porque «teniendo yo la acusación de haberle traído a Italia para la empresa de Nápoles, en donde él decía que tenía tanto derecho, no quiero que se diga que he sido la causa de que vaya destruyendo Estados italianos». Al final de su discurso comunica a los Embajadores que ha tenido al tanto de todos sus actos a Maximiliano, Rey de los romanos.

La última parte de su exposición, que viene después de una intervención de los Embajadores, se refiere a lo que se debe hacer en el futuro. Aconseja que todos los Príncipes comuniquen al Rey Carlos que no haga daño al Papa, que es el Jefe de los cristianos, y que no se dejen engañar por sus declaraciones, que va a Roma como amigo, «porque no es conveniente que un amigo se meta en casa de otro en contra de su voluntad», o que va a reformar la Iglesia, cosa que no es de su competencia, pues además «tiene más necesidad él de reformas que aquélla». Indica que el Papa no debe conceder al Rey el paso por sus territorios, pues así, no pudiendo abastecer a su Ejército, deberá retirarse. No le inspira confianza la acción de la diplomacia papal en el momento, pues el Cardenal de la Rovére, según sus noticias, vence al Papa en este campo, corrompiéndole al mismo Legado papal; y termina diciendo que si estos remedios no son suficientes, habrá que pensar en otros. Y, en efecto, en esta misma entrevista, los remedios indicados se

consideraron insuficientes, y se lanzaron las bases de la futura Liga Santa o alianza, que obligó a Carlos VIII a volver precipitadamente a Francia (1).

*El Rey, en Florencia.*

Mientras tanto el Rey, a oscuras de la nueva perfidia de Ludovico, seguía su camino (2). Entraba en Florencia, desde donde lanzaba un manifiesto anunciando la cruzada, para la cual no había preparación alguna ni estaba en sus planes llevarla a cabo. Admitía, sin embargo, que iba a conquistar a Nápoles como necesidad previa, y solicitaba del «Muy Santo Padre en Cristo, Alejandro VI, Papa por la Providencia de Dios, concedernos la misma cortesía que ha otorgado a nuestros enemigos: el libre paso por sus territorios y las vituallas necesarias a nuestras expensas».

Este manifiesto, dictado en Florencia, fué el único acto público hábil de este Rey en Italia; pero la insinceridad era tan evidente, que nadie le prestó fe. Por otra parte, en privado se negaba a recibir a los Embajadores que el Papa le había enviado con un nuevo proyecto por el cual la Casa d'Anjou, en este caso los Reyes de Francia, recibirían un tributo anual de los Reyes aragoneses de Nápoles, como acto de vasallaje, o algo de este género. El Rey continuó su marcha.

---

(1) Despachos de SEBASTIAN BADOER, de enero y febrero de 1495, en la Biblioteca Marciana y en el Archivio di Stato de Venecia.

(2) Un diplomático florentino llama la actitud tornadiza de los hombres y los Estados: *Ludovicheggiare*.

CAPITULO XII

# CARLOS VIII, EN ROMA

*Los Orsini traicionan al Papa y al Rey de Nápoles.*

Carlos VIII entró en los Estados pontificios contra la voluntad del Papa y sin hacer caso a sus nuevas proposiciones, y avanzó hacia Roma después de haber ocupado las plazas fuertes que encontraba en el camino. En el patrimonio de la Iglesia no halló resistencia alguna, pues todos los vicarios papales se habían declarado por él. La familia Orsini fué la última en pactar, pero lo hizo también y en una forma que indica el bajo grado moral del principal de la misma, Virginio, que ya hemos conocido como jefe del Ejército napolitano, y que en estas horas está a la cabeza de una de sus más importantes unidades en campaña. El intermediario del pacto celebrado entre Carlos VIII y Orsini fué un Cardenal, que era nada menos el Embajador del mismo Papa cerca de Carlos VIII. Cuando la traición lo invade todo rompiendo los instrumentos de la acción política y militar, un jefe de Estado está vencido antes de luchar. Los que aparecen continuar sirviendo son aún peores que los rebeldes declarados. Y lo que resulta penoso para la conciencia humana de todos los tiempos es que entonces los traidores, disfrazados o abiertos, triunfan o sobreviven. El éxito personal no es el producto de la virtud, sino el de la mayor o menor armonía que existe entre el temperamento individual y el carácter de la época en que se vive. Véase lo que hace Virginio, jefe de uno de los Ejércitos del Rey de Nápoles, en este pacto. La familia Orsini pone bajo el control del Rey francés todos

sus castillos, fortalezas y feudos; los hijos de Virginio y otros parientes, es decir, toda la casa Orsini, entran con sus hombres de armas al servicio del Rey de Francia, las fortalezas del Campagnano y otros lugares quedan entregados al Cardenal Perault, como depositario, pero al servicio del mismo Rey, debiendo ser devueltos a los Orsini sólo cuando Carlos VIII abandone los Estados pontificios; Virginio Orsini continuará, en cambio, al servicio del Rey de Nápoles. Con cuánta eficacia esto último se podrá imaginar fácilmente. Y, en efecto, recibió personalmente al Rey en Bracciano, y luego, a la entrada del territorio napolitano, le dejó libre el paso, para entregarse a él, poco más tarde, en Nola, cerca de Nápoles.

***El Papa duda si abandonar a Roma o quedarse.***

El Papa, frente a este desplome general, había estado en dudas si abandonar Roma o no. En las comunicaciones que había recibido de algunos Estados se le daban consejos discordantes; los Reyes de España le urgían que se quedara en Roma, mientras Venecia le indicaba que se retirara a la plaza más fuerte de los Estados pontificios, y para un caso extremo le ofrecía su propia ciudad como asilo. En el Vaticano se tenía preparado todo para la huída, pero al fin el Papa decidió quedarse en Roma. En los últimos días de diciembre, cuando la vanguardia de los Ejércitos reales estaba a la vista de la ciudad, el Papa recibió una Embajada del Rey compuesta del senescal de Beaucaire, del Gran Mariscal de Gié y del Presidente del Parlamento de París, Ganay, gran Embajada para un Príncipe vencido y sitiado en su ciudad, aún más grande para un Papa que debe ser sometido a un Concilio y destituído. Carlos VIII y sus consejeros, aunque no constituyen todos juntos un medio hombre capaz, según la frase de Ludovico *el Moro,* sabían que tenían delante a Alejandro VI, y no al Papa Borgia de la leyenda, a un Jefe de la Cristiandad querido de los pueblos y respetado por los Soberanos. El Papa recibió esta Embajada, aceptó sus declaraciones respecto a que el Rey no quería lesionar los derechos del Pontífice y concedió lo que se le pedía: libre paso por los territorios de la Iglesia y la retirada de Roma del Duque de Calabria. Se ha dicho que el Papa capituló por miedo, y sus acusadores, sin examinar las circunstancias, han considerado este acto como una prueba de complicidad suya en la invasión francesa. El Papa, en realidad, con esta concesión, legalizaba una

situación de hecho, pues el Rey ya circulaba libremente por los territorios de la Iglesia, y el Duque de Calabria no podía quedar en Roma y debía de todos modos retirarse si no quería ser hecho prisionero con todos sus hombres. Toda resistencia era imposible. No obstante, Alejandro VI llevó a efecto, a su manera, esta formal sumisión, o sea con la dignidad y solemnidad que ponía en sus actos públicos. Celebró una misa solemne, convocó al Colegio de los Cardenales, invitando al Duque de Calabria a presenciar su reunión, y allí, ante todos, hizo pública su determinación de dejar al Duque retirarse de Roma; le condecoró con la insignia de Caballero de Jerusalén y le dió la investidura de su ducado de Calabria con la santa bendición. Antes de dejar Roma el Duque, hizo al Papa una insistente invitación del Rey Alfonso II para que dejara la ciudad amenazada y se retirara al reino de Nápoles.

Aparte estas satisfacciones formales, Roma y Nápoles estaban vencidas; toda resistencia era imposible. En el mismo Consistorio en que se despidió al Duque de Calabria se acordó aceptar las demandas que Carlos VIII había hecho, incluyendo la de entrar en Roma. El Papa, sin embargo, limitó la ocupación de la ciudad a la ribera izquierda del Tíber. Entre las demandas del último momento del Rey estaban también el perdón a todos los Cardenales rebeldes y el reconocimiento del antiguo dominio, a favor del Cardenal Julián de la Rovère, de la fortaleza de Ostia, que había sido la primera en enarbolar la bandera del Rey de Francia. El Papa accedió a estas demandas muy a su pesar.

*Entrada de Carlos VIII en Roma.*

Carlos VIII había notificado a las sucesivas Embajadas papales, cuando se negaba a recibirlas durante su avance, que quería tratar con el Papa directamente; y ahora iba a hacerlo. En estas negociaciones fué vencido, como era de esperar, dados los dos opuestos grados intelectuales.

*Entusiasmo popular.*

Alejandro VI quedó en el Vaticano; los franceses, de acuerdo con el pacto, permanecieron en la ribera izquierda del Tíber, sin aproximarse al Vaticano ni al castillo del Santo Angel. La entrada del Rey en Roma, el 31 de diciembre de 1494, fué acompañada por una gran manifestación popular. El pueblo de Roma se desbordó por las calles entusiasmado con el extraño acontecimiento. «Desde el palacio del Cardenal Costa hasta San Mateo había una iluminación de antorchas

y fuegos a las once de la noche y todos gritaban «Franciá! ¡Francia! ¡Colonna! ¡Colonna! ¡Vincula! ¡Vincula!», al decir de Bruchard. Era el triunfo de la violencia y de la traición, sancionado como acontece generalmente por el favor popular. Colonna y Julián de la Rovère, Cardenal de San Pedro en Vincula, recibieron una parte bien ganada de aquella gloria efímera. Pocos días después, el populacho romano, cambiando de humor, amenazaba con una insurrección al Ejército invasor, y el propio Cardenal y Colonna se creyeron en peligro.

Mientras el Rey, a caballo «el más feo de los hombres, pequeño, jorobado y de todo otro modo repulsivo» (1), seguido por Julián, Ascanio y otros Cardenales, entraba por *Porta del Popolo,* el Papa, en la capilla vaticana, cantaba las Vísperas, como de costumbre, según Bruchard nos comunica.

*El Rey y el Papa empiezan a pactar.*

El contacto diplomático entre los dos Soberanos empezó desde el momento de la llegada del de Francia, pues Alejandro VI comprendió que era necesario, y envió un grupo de distinguidos ciudadanos a recibirle en nombre de la ciudad. Este no hizo caso a esa primera misión, y se entretuvo durante todo el camino hablando con el anodino Bruchard, al cual pedía banales informaciones sobre el Papa y el Cardenal César Borgia. El 4 de enero, Alejandro VI hizo que una diputación de cuatro Cardenales, Pallavicini, San Giorgio, Bernardino Carvajal y Riario, se acercaran al Rey. Estos Cardenales, conociendo que el Rey era instrumento de intrigas de sus colegas rebeldes, creyeron oportuno desvirtuarlas. Y empezaron su misión tratando del Papa: «Dejad que malas lenguas digan cuanto a ellas guste; pero, ciertamente, Alejandro VI es más santo ahora, o es por lo menos tal cual era cuando fué elevado al Supremo Pontificado: no un hipócrita, no un desconocido, sino uno que había ocupado durante treinta y siete años una alta dignidad que le obligó a hacer públicos no sólo sus actos, sino todas sus palabras; y éstos que ahora son sus detractores fueron entonces sus principales sostenedores, al punto que no perdió en el Cónclave el voto de un solo Cardenal» (2).

(1) Tedaldini, testigo presencial, así se expresa en su breve *Diario.*
(2) Sigismondo dei Conti: *Le Storie dei Suoi Tempi.* Véase también De Roo, tomo IV, cap. V. Obra citada.

*Demandas del Rey.*

El Rey, recibida esta segunda misión cortésmente, nombró a su vez sus delegados, que fueron el Conde de Brasse, Montpensier y el Presidente Ganay. Las demandas reales, ahora que el Ejército estaba en Roma, eran más exigentes que las enviadas desde Bracciano. Ahora el Rey exigía: la entrega del castillo del Santo Angel; al Cardenal César Borgia como Legado cerca de su Ejército, pero un Legado que no podía retirarse a su voluntad, ni ser retirado; otras plazas fuertes pontificias; la restauración de todos los derechos y privilegios de los Cardenales y Barones traidores, y la entrega de Djem, el hermano del Sultán de Turquía, prisionero en Roma.

*¿Quién es el Príncipe Djem?*

En relación con esta última exigencia, es preciso dar una explicación. Este Príncipe Djem que sale ahora a la escena tuvo gran resonancia en aquel tiempo. La historia de nuestra civilización cristiana ha dado, a ratos, prominencia a algunos de estos tipos orientales, quizá a causa de su exotismo. Djem fué popularísimo en Europa. Traicionado en nombre de una fe, la cristiana, en la que no creía, perseguido por su propio hermano, que ofrecía pagar su cadáver a precio de oro, tuvo que llevarse a la tumba un profundo desprecio por la humanidad, y en su rostro se expresaba esta altanería desdeñosa que ostentan siempre los que han sido ofendidos en el total de su conciencia, y para los cuales la muerte es una liberación, porque rompe el lazo que los liga a sus despreciados semejantes. El Príncipe Djem era hijo del gran Sultán Mahomet II. A la muerte de éste, luchando en contra de su hermano el Sultán Bajzet, fué derrotado y se refugió en Rodas, bajo el amparo y la fe del Gran Maestro de la Orden de San Juan de Jerusalén, Pierre D'Aubusson. Pero los caballeros de Rodas, corrompidos por Bajzet, enviaron al Príncipe Djem prisionero a Francia. El astuto Sultán, conociendo la codicia de los Príncipes cristianos, agregó una suma anual de cuarenta mil ducados a la persona del detenido, considerando que este oro aseguraría su prisión. Djem vino a representar así una entrada cuantiosa que muchos Príncipes cristianos desearon, ofreciéndose como depositarios de la triste prenda. Después de algunas dificultades, un buen día el Rey de Francia le envió al Papa Inocencio VIII, pasando luego en herencia a Alejandro VI. Ahora Carlos VIII le reclama.

El Papa, después de haber convocado un Consistorio, no aceptó las condiciones del Rey, y no hizo caso del ultimátum con que las formula. Otra vez Alejandro VI acudió a los principios jurídicos frente a la fuerza preponderante que le acosaba. Y respondió que no podía aceptar la obligación de enviar al Cardenal César Borgia, porque los Legados no los nombran los Reyes, sino los Papas, después de buen examen del Sacro Colegio; que el Príncipe Djem estaba seguro donde estaba, en el castillo del Santo Angel, pero se hallaba dispuesto a entregarlo para que sirviera contra el Sultán Bajzet cuando el Rey fuese a la cruzada ofrecida, no antes; y que el castillo del Santo Angel lo tenía en nombre de los Príncipes cristianos y preferiría morir a entregarlo. Cuando pensamos que pocos años después el Papa León X, ante otro Rey amenazador, pero aún lejos de Roma, decía temeroso al Embajador veneciano: «Domine Orator, veremos lo que hará el Rey cristianísimo, nos pondremos en sus manos y pediremos misericordia» (1); cuando pensamos que estos curas políticos ni estaban animados por el fanatismo religioso como en los primeros siglos cristianos, ni eran por naturaleza belicosos, sino más bien tímidos por su propio ministerio, Alejandro VI nos parece admirable, resistiendo palmo a palmo a las exigencias de la fuerza, mientras los cañones apuntan contra él y la ciudad es presa de la soldadesca.

*El Papa rechaza las demandas del Rey.*

Alejandro VI, al remitir su negativa al ultimátum del Rey, se encierra con tres mil soldados en el castillo del Santo Angel preparándose para la defensa. Por su parte, el Rey tuvo realmente los cañones apuntados contra el castillo, los cuales probablemente no fueron disparados porque el Papa hizo circular su propósito de presentarse sobre los muros al primer disparo vestido con todos los hábitos pontificales y con la custodia en las manos (2).

*El Papa se retira al castillo del Santo Angel.*

Pero, en definitiva, la mente práctica de Alejandro VI, que no creía en la eficacia completa de estos actos teatrales, comprendió que entre el Papa y el Rey era mejor tener emisarios de paz que el fuego

---

(1) «Domine Orator, vedremos quel che fara il re christianisimo, ce metteremo in le so man dimandando misericordia.»

(2) Malipiero (Annali) dice que pensaba tener en una mano las cabezas de los Santos Pedro y Pablo, y el Santo Sacramento en otra.

de los cañones, e inició sus conversaciones a través de un enviado particular. En el campo del Rey las opiniones diferían. Los Cardenales rebeldes insistían en que se convocara un Concilio y se destituyera al Papa, pero el Rey y los franceses querían un Papa que diera al Rey la investidura del reino de Nápoles, y no un interregno largo y lleno de sorpresas, que haría más remota esta aspiración. Por otra parte, si Alejandro VI acarició en algún momento veleidades de resistencia, en la noche del 9 al 10 de enero tuvo que perderlas, pues una pared exterior del castillo, derrumbándose completamente, vino a probar la débil defensa que era aquel recinto contra la artillería gruesa de Carlos VIII, que tanta impresión había producido en toda Italia.

*El acuerdo llegó inesperadamente.*

Así las cosas, las negociaciones privadas produjeron un acuerdo inesperadamente. Se llegó a una solución de armonía porque, según parece, los intereses de todos dictaban una transacción. Los mismos Cardenales Ascanio Sforza y Julián de la Rovère, aspirantes al papado, veían en el Concilio un peligro, pues después de aquellos pocos días de ocupación de Roma, en que la rapiña, el asesinato, el robo y la violencia se habían generalizado en la ciudad, junto con una gran escasez de víveres, una convocatoria del género hubiera sido peligrosa para sus propias vidas. El populacho les imputaría a ellos la culpa de los males que estaba sufriendo. El mismo Cardenal De la Rovère comunicó al Rey que una insurrección popular era posible. El sabía que si el 31 de diciembre se había gritado ¡Vincula! ¡Vincula!, el 10 de enero, de reunirse el pueblo, gritaría por las mismas gargantas ¡Borgia!, ¡Borgia! Los Colonna, a su vez, no querían que continuara aquella confusión, que destruía su propia ciudad y les iba quitando la aureola secular de jefes del partido popular que se habían ganado con muchos peligros y continuas luchas. En el campo francés, Alejandro también tenía admiradores y amigos. Las continuas Embajadas de los años precedentes le habían puesto en contacto con los más altos personajes de la Corte francesa, los cuales habían sentido la fascinación de su personalidad y se habían rendido a su inteligencia.

*En qué consistió el acuerdo.*

Los pactos de la transacción pueden resumirse en tres grupos: El primero representa las garantías que el Rey obtiene para seguir su

marcha: libre paso de sus Ejércitos por el territorio de la Iglesia, pagando las provisiones; entrega del Príncipe Djem, debiendo ser devuelto después de la campaña de Nápoles, y mientras tanto los cuarenta mil ducados que por él paga el Sultán serán cobrados por el Papa; César Borgia acompañará al Rey por un período limitado de cuatro meses; algunas fortalezas quedarán como garantía en manos del Soberano, así como algunos gobernadores pontificios serán nombrados por él. El segundo grupo constituye la parte que interesa al Papa: El Rey le hará en persona el acto de obediencia y prometerá respetar en todo tiempo sus derechos temporales y espirituales, obligándose además a defenderlos contra quien quiera invadir su territorio; si el Sultán declara la guerra al Papa, el Rey deberá defenderle, y se obliga a no insistir sobre la posesión del castillo del Santo Angel; a su salida de Roma serán devueltas al Papa las llaves de las puertas y entregados los puentes de la ciudad; dentro de cuatro meses el Rey resolverá el asunto de los cuarenta mil ducados que Giovanni de la Rovère, hermano de Julián, se ha apropiado, procedentes del pago anual del Sultán por el Príncipe Djem. El tercer grupo de acuerdos se refiere a los Cardenales, a las ciudades y a los vicarios rebeldes, quedando todos amnistiados (1).

Como se ve, el Papa ha salvado todo lo importante. De la investidura no se habla, y el Rey hace acto de sumisión: de dominador pasa a dominado. En cambio, el Papa cede en cuanto a César Borgia y al Príncipe Djem si bien a título temporal; César por cuatro meses y Djem mientras el Rey esté en Italia.

*Alejandro y Carlos se encuentran por primera vez.*

El 16 de mayo, el Papa y el Rey se encuentran por primera vez. Alejandro VI se hizo encontrar rezando. Egidio de Viterbo dramatiza el suceso diciendo que a la vista de aquel acto en que el Papa, rodillas en tierra, devotamente se dirigía a Dios, el Rey y sus acompañantes quedaron tan impresionados, que un gran amor por él surgió en sus pechos, y veneraron a aquel hombre que habían hasta entonces odiado. El Rey permaneció en el Vaticano. El 19, día de la

(1) El documento que hemos resumido se encuentra con algunas diferencias no esenciales en Thuasne y en los Archivos Nacionales de Francia.

ceremonia de la obediencia, cuando ya todos estaban reunidos, el Rey, que había ya pedido y obtenido dos días antes una modificación de lo pactado concerniente al Príncipe Djem, en el sentido de que se le dejara mayor amplitud en disponer del mismo, solicitó por conducto del Presidente Ganay en aquel solemne ambiente, tres favores: la confirmación de todos los privilegios para él y los suyos, la investidura del reino de Nápoles y el reconocimiento de lo que mutuamente las dos partes habían aceptado sobre Djem.

*Obediencia que el Rey presta al Papa.*

El Papa accedió a la primera y tercera de las demandas; en cuanto a la segunda, habló de la necesidad de un examen más cuidadoso. La palabra solemne y elocuente del Papa impresionó al Rey, que se levantó, no para insistir en la investidura, sino para repetir las palabras que Bruchard le había preparado: «Santo Padre, yo he venido para hacer acto de obediencia y reverencia a Vuestra Santidad, como lo han hecho los Reyes de Francia, mis predecesores». A indicación del Rey, el Presidente Ganay habló después en su nombre, afirmando que su Soberano había querido hacer personalmente, y no por medio de Embajadores, el acto de respeto a la Santa Sede y al que la ocupaba, y que reconocía en Alejandro VI al Pontífice legítimo; al verdadero vicario de Cristo y sucesor de los Apóstoles Pedro y Pablo. Al día siguiente, en una misa solemne, en que alineados en la gran plaza de San Pedro asistieron más de veinte mil soldados y mucha población, oficiando el Papa, el Rey actuó de sacristán en la parte en que el sacerdote se lava las manos, echándole el agua, sosteniendo el plato y dándole la toalla. El Papa, por su parte, satisfizo al Rey en todas sus demandas de favores para su séquito.

*El Rey se retira de Roma.*

El 28 de enero, con gran satisfacción popular, Carlos VIII partió de Roma creyendo que allí dejaba un amigo y quizá un aliado. El Papa, que le había llevado a su lado a caballo por las calles de Roma, en las múltiples conferencias que tuvieron le hizo sentir toda la superioridad de su mente y de su carácter. La investidura no fué concedida. Djem y César siguieron el largo cortejo real, pero el primero murió en Nápoles, y el segundo huyó del campamento de Velletri, a sólo treinta y seis millas de Roma.

Dadas las circunstancias, no pudo ser una victoria diplomática

más resonante. El Papa, que estaba a merced de ese Rey victorioso, la ciudad ocupada, todos los señores de Italia en su contra, los vicarios en abierta rebelión, muchos Cardenales trocados en consejeros del enemigo, no le dió la investidura, único objeto de la ocupación de Roma, y le dejó partir como amigo, no sin antes haberse hecho prestar la obediencia y el más absoluto reconocimiento de su elección pontifical. Sin embargo, los biógrafos han querido interpretar estos hechos, tan evidentes por sí mismos y por sus resultados, con suspicaces deducciones, siguiendo el criterio de cronistas del tiempo en que Alejandro VI es vituperado con las más absurdas acusaciones de complicidad con Carlos VIII. La lógica directa y fácil es la ayuda que el buen juicio tiene en todos los tiempos para la interpretación de los hechos.

*Afirmaciones absurdas de los historiadores.*

Una de las afirmaciones más absurdas que se han hecho contra el Papa Borgia se refiere a que él, precisamente, había llamado a Carlos VIII a la conquista de Nápoles. Escritores posteriores han aceptado en parte esta afirmación, diciendo que concurrió a llamarle. Nada más inexacto y antihistórico. No hubo un solo momento en todo el tiempo de la preparación bélica en que el Papa no se opusiera decididamente a tal empresa. En los últimos meses del 1492, poco después de su ascensión al pontificado, Alejandro VI había pedido a Carlos VIII que, junto con Maximiliano, se preparase para una cruzada, pero no para la conquista de Nápoles. Maximiliano, más honorable que los historiadores, ha dejado dicho, justificando al Papa: «Nuestro Santo Padre ha pedido al Rey de Francia hacer la guerra a los infieles y no a los cristianos» (1).

Al principio de 1493, en Francia, conociéndose bien las opiniones adversas de Alejandro VI, se prepararon para el ataque en contra de él por medio de un Concilio, en primer término, y, de fallar esto, declarar la independencia de la Iglesia Galicana y suprimir toda contribución a la Santa Sede. Cuando Mateo Pirovano se entrevista con Beaucaire y el general de Languedoc, a petición del Rey Carlos, le dicen, a propósito del Papa: «En cuanto a él, bastará sólo que se apa-

---

(1) Archivo de Viena, citado por De Roo, pág. 99.

rezcan las tropas francesas para reducirle a estar tranquilo», y añadieron que el Rey tenía dos maneras con las cuales, aun quedando en su habitación, podía hacer arrepentir al Papa de su actitud presente. Y demandando yo (continúa el Embajador Pirovano) cuáles eran estas formas, me contestó el General que una era el Concilio, al cual, insinuaba hábilmente, no sería difícil obtener la adhesión del Emperador y Rey de los romanos (Maximiliano), y la otra, no prestarle obediencia, reteniendo los productos de los «beneficios», que proporcionan grandes sumas a Roma» (1). Poco más tarde, Carlos de Barbiano, Conde de Belgioioso, da cuenta a Ludovico *el Moro* de una conversación que ha tenido personalmente con Carlos VIII en Amboise el 28 de septiembre, en la cual, a propósito del Papa, el Rey le dice «que no le faltan maneras para obligar al Papa». Por otra parte, todas las múltiples Embajadas que el Rey envió a Alejandro VI, desde la de Peron de Basche hasta la de D'Aubigny, refieren la opinión del Papa, opuesta a la empresa de Nápoles y a la entrada en Italia del Rey de Francia.

*El único dato que se alega contra el Papa es erróneo.*

Para que se vea una vez más con qué ligereza y mala voluntad se ha escrito la historia de este Papa, nótese que la prueba única de la acusación de haber fomentado la invasión se basa en una Bula en que el Papa permite a las tropas del Rey atravesar por los Estados pontificios. La Bula es legítima y cierta, pero se le da la fecha de 1 de febrero de 1494, o sea cuando Alejandro VI está en tratos con el Rey de Nápoles para probar así una evidente duplicidad. El hecho real es que la copia de la Bula o Breve ha sido reproducida poniéndose como fecha el 1 de febrero de 1494, pero *more florentino*, que en el moderno calendario corresponde al 1 de febrero de 1495, pues el año, según aquel estilo, empezaba en el mes de marzo. En consecuencia, la Bula de Alejandro VI no era de la fecha de cuando pactaba con el Rey de Nápoles, sino de cuando los franceses estaban en territorio romano, un año después, y, por tanto, la autorización del paso libre de

(1) *Despachos de Pirovano del* 16 *de agosto de* 1493, Archivo de Estado de Venecia.

las tropas francesas debía servir, no para que entrasen, sino para que saliesen de los territorios papales (1).

Le es fácil al historiador, conocidos los hechos como han sido transmitidos a la posteridad, y apoderándose del espíritu del ambiente que quiere revivir, estimar el grado de veracidad de los testimonios, si usa de su espíritu crítico y pone como supremo interés la verdad. Pocas preguntas hubieran explicado al estudioso que erróneamente hubiese apreciado la fecha de la referida Bula cuál era la verdadera.

¿Por qué Carlos VIII no hizo uso, para obligar al Papa a darle la investidura, de la Bula referida, de ser cierta la fecha que le dan los historiadores adversos? ¿Por qué Ludovico *el Moro* no descargó su culpa sobre el Papa? Y el tercer principal interesado, el Rey de Nápoles, ¿por qué nunca se quejó del engaño del Papa? Porque lo cierto no es lo que se ha dicho. La fecha de la Bula o Breve coincide con la salida de Roma de las tropas francesas, no con los tratos tenidos con el Rey de Nápoles. El Rey Carlos no usó, ni en Francia, ni en Italia, ni luego en la misma Roma, este fácil argumento, por no ser cierto. Ludovico, a su vez, más tarde, en 1496, le hace al Papa plena justicia. Al advertir al Embajador veneciano Francesco Foscari que se evitasen sospechas entre Milán y Venecia, «porque (con ellas) no se podrá hacer nada bueno ni procurar la salvación de Italia como lo exigen los tiempos presentes», exclama: «¿Cuándo nos llegará la ocasión de encontrar un Pontífice que tan constantememente vigile a este efecto, como lo hace el que tenemos?» Y el Embajador añade en su Despacho que el Duque de Milán comparó esta actitud decidida de Alejandro VI con la inestabilidad de Sixto y de Inocencio VIII. Del Rey de Nápoles no tenemos una sola queja en su desgracia; al contrario, el propio Ferrante, sospechoso y pérfido, pocos meses antes de morir, habiéndosele dicho que el Papa podía entenderse con el de

(1) Cherrier, *Histoire de Charles VIII*, tomo I, pág. 384, dice: «Un bref du premier fevrier authorisa le roi très Chretien à venir en Italie.» Pero Cherrier no se fijó en el Breve, cuyo texto dice: «Ya que nuestro hijo queridísimo Charles, habiendo venido a nuestra ciudad con su Ejército, quiere seguir su marcha», etc...

Francia, se burlaba de la noticia con el Embajador suyo en Roma (1).

La política de Alejandro VI fué siempre uniforme, y ello se verá claramente cuando en los últimos años de su pontificado se entretiene con el Embajador Giustinian, cuyos Despachos, habiéndonos llegado íntegros, impiden que la fantasía de los escritores se sustituya a los hechos, y nos permiten conocer la verdad. El grito de «fuera los bárbaros» lo hubiera podido lanzar con derecho este Papa, pero él nunca fué melodramático.

---

(1) Felipe de Commines, en sus famosas y utilísimas *Memorias*, ha dejado resuelta esta cuestión. Carlos VIII obró bajo la influencia nefasta y corruptora de Ludovico *el Moro*.

## CAPITULO XIII

# LA LIGA SANTA

*Tempestad a espaldas de Carlos VIII.*

Alejandro VI comprendió que al salir el Rey Carlos para Nápoles iba a una conquista efímera, y empezó a preparar su derrota. Las informaciones que le llegaban de todas partes por conducto de la diplomacia vaticana, pocas veces brillante, pero siempre cuidadosa, le daban una clara visión del estado de las cosas de Italia y Europa. Ludovico *el Moro,* que había llamado con tanta insistencia al Rey francés, ahora urgía a Venecia para la formación de una alianza; y, como antes lo había hecho con Carlos VIII, en este momento asumía la representación de otro Soberano extranjero, de Maximiliano, Rey de los romanos. Venecia despertaba al fin; influída por emisarios del mismo Maximiliano, presididos por el Obispo de Frundiperg, tomaba muy en cuenta un proyecto formal de alianza o liga. Los Estados italianos que quedaban favorables a Francia eran la Saboya, por razones territoriales, y el Monteferrato, por enemistad al *Moro;* los Estes de Ferrara, por temor a Venecia, y Florencia, por los intereses encontrados que tenía con los venecianos sobre Pisa. Es preciso reconocer que los florentinos de la República hicieron de la política francófila una buena muestra de lo que hoy llamaríamos honor nacional: siguieron a Francia en la buena y en la mala fortuna, y sacrificaron sus instituciones libres a esta sincera política internacional.

*Una misión española.*

Pero más que todos estos Estados, los Reyes de Castilla y Aragón se declararon contra Carlos VIII, por las insolencias de que hizo víctima al Papa y a los pueblos de Italia, según alegaban. El Papa estaba regocijado de la actitud española. El mismo día que salía de Roma

el Rey francés llegaba una Embajada española para entrevistarle. No habiendo podido celebrar la entrevista en Roma, la Embajada, apresuradamente, siguió al cortejo real, y en Velletri presentó a Carlos VIII sus credenciales y los propósitos de sus Soberanos. Antonio de Fonseca, uno de los enviados, en presencia de la nobleza francesa reprochó al Rey su actitud para con el Papa, a quien España, dijo, estaba obligada a defender; calificó de abusivo el acto de haber exigido al Cardenal César Borgia como Legado y tenerle virtualmente como prisionero; y que la conquista del reino de Nápoles contra la voluntad del Papa, que era el alto poder feudal de aquellas tierras, resultaba una usurpación. El Rey contestó suavemente tratando de justificarse, alegando que el Papa había entrado en convenio con él sin ninguna coacción, y que en cuanto a la justicia que le asistía sobre el reino de Nápoles, después de la conquista, él deferiría la cuestión legal a la decisión papal. Añadió que, de todos modos, él había adelantado tanto, que ahora toda discusión era inútil, no pudiendo retroceder.

*Escena dramática.*

Antonio de Fonseca, ante esta declaración última que, poniendo el hecho por encima del derecho, daba por terminado todo futuro examen del asunto, tomó en sus manos el tratado de Barcelona celebrado entre los Reyes de España y de Francia, y lo hizo pedazos, tirándolo a los pies del Rey y declarando trágicamente que delante del tribunal de Dios, sus Reyes quedarían absueltos de no respetar en lo futuro aquel tratado. La argumentación de Fonseca parece haber sido dictada por el Papa mismo, pues toda ella estaba inspirada en las razones que Alejandro VI venía dando desde que empezó a hablarse de esta empresa en Nápoles.

*Huída del Cardenal César Borgia.*

Velletri debió vivir unos días de intensa agitación, pues, poco después de esta comnovida escena, César Borgia desaparecía del campo del Rey, y, disfrazado, salía de la ciudad, a pesar de la natural vigilancia de un Ejército en guerra (1).

---

(1) Sobre esta fuga se ha dicho que estaba preparada, y que al abrirse los bagajes de César Borgia se encontró que estaban llenos de piedras. Es posible que la fuga hubiera sido premeditada, dado el carácter que luego se reveló en César en sus años de capitán y gobernante. Pero la simulación de los equipajes no existe. Los equipajes fueron más tarde enviados con todo lo que contenían a Roma.

El joven Cardenal, que era vigorosísimo, se disfrazó de mozo de cuerda y siguió rápidamente, según algunos, hacia Roma, para abandonarla en seguida por consejos del Papa, y, según otros, hacia Rignano y Spoleto directamente. El Papa pareció condenar el acto, de César, y envió al Obispo de Nepi para deplorarlo ante Su Majestad: y el Rey francés, a su vez, remitió a Roma a Felipe de Bresse, para protestar del incumplimiento del pacto celebrado. Todo esto era secundario. Y útil ahora sólo para la historia anecdótica. Lo importante en aquel momento era que la victoria militar, fácil, sonriendo a Carlos VIII, le hacía cabalgar rápido hacia el nuevo reino, distrayéndole de los graves acontecimientos que se iban preparando a sus espaldas, por juzgarlos sin importancia.

*Abdicación del Rey de Nápoles.*

El Rey Alfonso II, sobre cuyas virtudes militares se tenían tantas esperanzas, abdicaba a su vez sin combatir, y prácticamente huía con todas sus riquezas a Sicilia, en donde moría antes del transcurso de un año. Mientras tanto, las dos columnas en que se había dividido el Ejército invasor, una marchaba, dirigida por el Rey personalmente, por la vía cómoda y fortificada de Ceprano, San Germano, Capua, Aversa, Nápoles, y la otra, a la cabeza Fabricio Colonna, Antonello Savelli y Robert Lenoncourt, tomaba las montañas de los Abruzos hacia el Sur. Durante el camino, toda resistencia de las ciudades era severamente castigada, y toda sumisión igualmente provocaba los abusos de la soldadesca. Se entró en el país que se quería conquistar, destruyendo y matando. El terror corrió hasta Nápoles. Y el nuevo Rey Fernando II, que sucedió a Alfonso, abdicó también, retirándose a Ischia, una de las islas a la entrada de la bahía de Nápoles, a unas tres o cuatro millas de la costa.

*Muerte del Príncipe Djem.*

Al Ejército napolitano lo disolvió el terror de los ciudadanos y la traición de sus propios jefes. San Germano fué abandonado. Capua fué entregada por Trivulzio, que pasó al servicio del Rey de Francia. Virginio Orsini se dió al enemigo en Nola. El Rey llegó a Nápoles sin oposición, pero a la llegada debía tener una gran contrariedad, más grande que la fuga de César: la muerte del Príncipe Djem. Djem enfermó en la última etapa del camino, frente a Capua, continuando el viaje, sin embargo, y a pesar de los cuidados, dejó de existir el 25 de

febrero. Los historiadores han acusado al Papa de haberle envenenado. La acusación empezó por un «se dice» de los contemporáneos. Sanudo nos transmite que la sospecha de que el Papa hubiese entregado el prisionero envenenado a plazo («dato attossicato a termene»); pero Sanudo no lo cree, dado que a Alejandro VI no le convenía una muerte que le privaba del rédito anual de cuarenta mil ducados. Commines repite el «se dice». Y Guiciardini, años después de la muerte de Alejandro VI, lo dió por seguro. Los escritores posteriores juraron, en su mayoría, la verdad de este primer envenenamiento, como si fuese un artículo de fe.

Que hombres de aquella época, en que se hablaba de milagro al caer el muro del castillo del Santo Angel, o por las curaciones que el Papa hizo bendiciendo a los enfermos a la vista del propio Rey Carlos; en que se consideraba necesario consultar a los astrólogos para entrar en la ciudad, creyesen en un veneno a plazo prefijado, se explica; pero que se crea en un período en que la ciencia, con sus rigurosos esclarecimientos, ha sustituído a tantas extravagantes manifestaciones de la mente ignorante y exaltada, resulta inconcebible. El Rey de Francia recibo del Papa al Príncipe Djem el día 27 de enero, y le llevó cabalgando a su lado por toda la campiña romana, con el desasosiego natural y las grandes incomodidades de aquel mes de febrero entre los pantanos y bajo las lluvias constantes. El Príncipe Djem, que había hecho una vida de prisionero, especialmente en los últimos tiempos, estaba poco acostumbrado a una existencia de campamento. Así, frente a Capua, a una corta marcha de Nápoles, enfermó de catarro, con manifestaciones en los ojos y en el estómago (1). Continuó a la intemperie, marchando hacia Nápoles, y un mes después de haber sido entregado al Rey, murió. Este famoso veneno de los Borgia, esta *cantarella* que permite a quien la toma llevar una existencia tan accidentada en perfecta salud, para luego revelarse, científicamente no puede existir. ¿Es que la ciencia no tiene valor ante la fantasía de algu-

(1) «Si ammalò, fo divulgato da cataro, el qual li era disceso in uno ochio e nel stomago.» SANUDO: *Diario*, tomo II, pag. 243.

nos hombres? En esta ocasión se habla del veneno borgiano por primera vez.

*Coronación del Rey de Francia en Nápoles.*

Por otra parte, la muerte de Djem no era tan grave como la situación en el nuevo reino, por culpa de la soldadesca y la rapacidad de los hombres que rodeaban al Rey. La nobleza napolitana fué agraviada y repelida, e igualmente el pueblo. Los conquistadores habían visto que ambos no sabían defender sus personas, sus bienes y su libertad, y los trataban con profundo desprecio. El Rey se coronó él mismo, aplaudido pero no amado, en la Catedral de Nápoles; Giovanni Pontano, el erudito y literato que había servido al astuto y cruel Ferrante con tanta devoción y amor, canta con igual devoción e igual amor, en una oración elegante y de nobles palabras, las glorias de Carlos, y condena agriamente los crímenes de los Reyes aragoneses sin ningún asombro (1). Pontano era una expresión inteligente de toda aquella vileza colectiva, y casos semejantes abundan en la Historia.

La disolución no dejaba de penetrar también en el campo del dominador. Carlos VIII, que había empezado esta campaña con sus divertidos días de Lyon, en donde fáciles amores estuvieron a punto de distraerle de la empresa, ahora se entrega a las fiestas, a los juegos, a las mujeres (2). Los que le acompañaban no dejaban nada para la gente del lugar; todo les parecía poco, riquezas, títulos, honores, mando, placeres.

Mas en esta embriaguez, en esta desbordante alegría, empezaron a llegar las noticias de los Embajadores de Francia, que avisaban al Rey que era preciso pensar en su seguridad. Commines le recomienda que se apresure, porque podría ser hostilizado al regresar a Francia, Precisamente en el mar corría ya a lo largo del Tirreno una escua-

---

(1) Este escritor y poeta, cortesano y hombre de Estado, Embajador y gran Canciller, es uno de los principales testigos en quien pone fe el Tribunal de la Historia en este famoso proceso de los Borgia. ERASMO PERCOPO, en *Vita di Giovanni Pontano,* niega que éste pronunciara la oración referida. Pero admite que en el *Asinus* ataca a sus amos anteriores.

(2) PHILIPPE COMMINES: *Memoires,* tomo II, pág. 397: «Tout se mit a faire bonne chière, et joustes, et festes.» Commines era, a la sazón, Embajador del Rey de Francia en Venecia.

dra española, y en tierra, cualquier Ejército en el Monteferrato haría imposible la retirada, o poco decorosa, como lo indicaba el mismo Duque de Orleans, desde Asti, al Duque de Bourbon (1). Lo que al fin despertó al Rey francés no fueron los avisos de sus agentes y de sus mejores hombres, sino la formación de la liga entre el Papa, el Rey de los romanos, los Reyes de España, Venecia y el Duque de Milán. La liga fué calificada de Santa y, por voluntad del Papa, promulgada el Domingo de Ramos, 12 de abril de 1495. Las manifestaciones populares en toda Italia fueron ruidosísimas. La poesía dialectal multiplicó sus elogios, especialmente al Papa y a la República veneciana, y los insultos vulgares cubrieron a Carlos VIII y a los franceses. En Venecia se cantaba:

*Proclamación de la liga.*

*«Questo é papa Allesandro che correggie*
*L'error del mondo con divine leggie»* (2).

En todas partes había fiestas. Y un espíritu como de liberación domina en todos. Se reproducían pocos meses después las mismas escenas que habían acompañado a Carlos VIII en su viaje triunfal, pero ahora, no a su favor, sino en contra suya. ¡Oh, eternamente tonta veleidad de la raza humana!

La prudente Señoría veneciana, sin embargo, si bien se preparaba para la guerra y enviaba a Roma, junto con Ludovico *el Moro,* soldados y dinero, aspiraba todavía a solucionar el conflicto pacíficamente, y ofrecía al Rey una retirada honrosa. Ella deseaba que el Rey se retirara sobre las galeras de Venecia que el Doge ofrecía a Commines para tal efecto. El texto del tratado de la liga no revela una alianza para la guerra. En efecto, sus propósitos son de establecer una defensa común. Es evidentemente un tratado defensivo. Pero cuando la defensa es armada y con armas superiores a las del enemi-

(1) *Annotations et eclaircissements à les Memoires de Commines,* páginas 418-419: «Et principalement à me envoyer gens à ce que je puisse garder les passages des montagnes... et sauver la personne du Roy.»

(2) «Este es el Papa Alejandro, que corrige los errores en que cae el mundo con leyes divinas.» SANUDO: *Diarii,* vol. I, pág. 252, julio del año 1496.

go, ya empieza a ser una ofensa. Horacio ha dejado dicho que un velo ligero separa el bien del mal. Más transparente aún es el velo que divide la defensiva de la ofensiva.

*El Rey abandona Nápoles.*

Carlos VIII, frente a estos graves acontecimientos, abandona Nápoles el día 20 de mayo, dejando en el reino al Duque de Montpensier, y no manifiesta otro propósito que el de entrevistarse con el Papa, al cual ya había, desde Nápoles, comunicado este deseo. ¿Quería el Rey entenderse en la hora difícil con Alejandro VI, por las formas suaves de éste y la hábil solución que daba a todos los problemas, o tal vez quería vengarse de él con un acto de violencia deponiéndole, como había dejado entender en Nápoles, cuando recibió las primeras noticias de la tempestad que se le había formado? Ni una hipótesis ni otra parecen lógicas. El Papa, por su parte, estaba en duda si seguir el consejo de Maximiliano y de la Señoría de Venecia de abandonar Roma, o si aceptar definitivamente la entrevista con el Rey. Demoraba su decisión fijando condiciones para el acto de la entrevista; pero al mismo tiempo preparaba su viaje. Por último, recordando cuánto había sufrido Roma pocos meses antes y los peligros que él mismo había corrido, el 27 de mayo, solemnemente, abandonó la ciudad acompañado por veinte Cardenales y siete mil hombres armados.

El Rey, no obstante, entró en Roma el 1 de junio, siendo recibido por el Cardenal Pallavicini, en representación del Pontífice. Esta vez, los soldados invasores se mantuvieron disciplinados, lo cual prueba que la virtud depende, en parte, del castigo que pueden recibir sus transgresores. Este Ejército ya no estaba seguro de que su enorme fuerza le ponía por encima de toda ley moral. El 3 del mismo mes, Carlos VIII, siempre interesado en ver al Papa, partió de Roma como para ir hacia él, no se sabe si con solicitud de amigo o como enemigo. Alejandro VI, después de recibir muchos emisarios, aceptó la entrevista, proponiendo Orvieto como lugar del encuentro. Pero habiendo el Embajador francés observado que el Rey no podía desviarse del camino de Francia, y sugerido Viterbo en lugar de Orvieto, el Papa tomó esta observación como una negativa, y partió rápidamente para Perugia, con la intención de seguir hasta Ancona. Esto probó

*Alejandro VI no quiere entrevistarse con el Rey.*

a los franceses que Alejandro VI huía en realidad. El Rey, a su vez, tenía mucho interés y buenas razones en seguir para el Norte, y dejó al Papa en paz. Rápidamente volvió Alejandro VI a Roma, siendo recibido por una inmensa muchedumbre con indescriptible entusiasmo.

En el Norte de Italia ya había guerra, aunque no declarada. Las tropas del *Moro* y las venecianas ya tenían en el ducado de Milán sus encuentros diarios con las del Duque de Orleáns, que con vigorosos movimientos pasaron a la ofensiva y hasta ocuparon Novara. Carlos VIII llegó a Pontremoli el 3 de julio, sabiendo que el enemigo le esperaba en el camino. El 5 estaba ya en la difícil cadena de montañas que defienden el centro occidental de Italia, del Norte. Su intención era dirigirse a Asti. En su camino debía atravesar el Taro, río que desde las montañas de Liguria va a desembocar en el Po. El Taro puede pasarse fácilmente en tiempo seco, pero se cambia en torrente peligroso con pocas lluvias, como sucede con los ríos en las montañas. El Ejército de la Liga Santa, mal dirigido, cometió el error estratégico de esperar al enemigo a la salida de la cordillera. Si Carlos VIII es sorprendido en los desfiladeros, hubiera perecido o hubiera sido hecho prisionero con todas sus tropas. Sólo en Fornovo, cerca de la llanura, la cual permitía una retirada fácil o una fuga, fué atacado. El combate fué rudo y largo.

*Batalla de Fornovo.*

El primer día, los venecianos y lombardos hicieron muchos prisioneros. El Marqués de Mantua, jefe de las fuerzas de la Serenísima, había sido fuertemente encargado por la Señoría de hacer prisionero al Rey, y estuvo a punto de cumplir el encargo, si la oscuridad de la noche y la resistencia de un grupo francés que se retiró a una floresta rodeando al Rey no frustraran sus esfuerzos. Al día siguiente hubo una tregua, que el Duque de Mantua aceptó erróneamente, y el 7, el Rey levantó el campamento a muy temprana hora, y aprovechando la confusión de la batalla, mal dirigida por parte de los aliados, siguió su marcha hacia Borgo San Donnino apresuradamente, quizá en fuga, poniéndose fuera de peligro, aunque el Conde Gajazzo, que le había acompañado como amigo hasta Nápoles pocos meses antes, en representación de Ludovico *el Moro*, le atacara ahora insistentemente por retaguardia. El resto del Ejército francés permaneció en el terreno y se

batió valerosamente. El Rey, ordenadas sus pocas fuerzas, llegó a Asti, siendo recibido por el otro Ejército que allí había dejado al comienzo de la invasión.

Sobre esta batalla de Fornovo se ha opinado de diferentes maneras. Los aliados la consideraron una gran victoria; los franceses, por su parte, le quitaron importancia y se atribuyeron un triunfo táctico, ya que el Rey, en efecto, había podido pasar por las filas enemigas y seguir su ruta. Commines, que asistió al combate, hace un relato en el cual el patriotismo, otro enemigo de la Historia, le desvía de todo sentido crítico. El *Diario Ferrarese*, de Bernardino Zambotti, dice que del lado de los aliados fueron muertos cuatro mil italianos, y un poco más de sesenta soldados del lado de los franceses (1). Ciertamente, este *Diario* era llevado al día, y esta tan inverosímil noticia del primer momento debió de ser la que todos tuvieron en Ferrara, porque el Duque Hércules había ligado su suerte a la de los franceses. Pocos días después, cuando se tuvieron más exactas informaciones, se supo que por las estrechas calles de la poderosa Venecia se gritaba: «¡A Ferrara, a Ferrara!», manifestando así la voluntad popular el deseo de una invasión al vecino ducado, y el poeta cantaba: «Marqués de Ferrara, de la Casa de Magancia, tu perderás el Estado, a despecho del Rey de Francia» (2). Todo cuanto se dijo entonces resulta una exageración de ambas partes; el Rey, ciertamente, se abrió paso a través de las líneas enemigas, pero llegó a Borgo San Donnino perseguido y muy de cerca por una columna de los aliados. En Italia se habló de gran victoria, y fueron hechas grandes fiestas en las principales ciudades, mientras un escritor francés moderno dice que Carlos VIII se vió obligado a *bousculer* a los italianos en Fornovo.

La batalla no fué entre italianos y franceses, en realidad. Muchos italianos había en el campo de Carlos VIII, y al decir de Commines,

---

(1) *Diario Ferrarese*, de BERNARDINO ZAMBOTTI, Colección Rerum Italicarum Scriptores, fascículos de 1935. Esto debe servir de ejemplo para comprender que los *Diarios* y *Memorias*, si bien dan el sabor de la época, constituyen una fuente de información que necesita ser sometida a ulterior examen.

(2) «Marchese de Ferrara di la casa di Maganza, tu perderá el stado al dispetto dil re di Franza.» Versos reproducidos por Sanudo.

eran éstos los que más interés tenían en seguir combatiendo (1). Muchos suizos y alemanes, igualmente acompañaban al Rey. Mientras en el Ejército coaligado había un sinnúmero de estradiotas, o sea, albaneses y balcánicos, que había tomado a sueldo la República veneciana. Según informaciones concordes de ambos lados, estos estradiotas fueron la causa de que los aliados no alcanzasen una resonante victoria, pues en lugar de seguir a los caballeros que avanzaban sobre el enemigo, como ordenaba la táctica de entonces, los abandonaron para ir a robar el convoy real. En verdad, los unos y los otros, en su mayoría, peleaban por el botín, no por la gloria, y menos por otros sentimientos más altos, de honor y de patria. A aquel fino y penetrante observador que fué Nicolás Maquiavelo no podía ocultársele que mientras la defensa de los países estuviese confiada a los aventureros que especulaban con la traición, no habría garantías para los Estados, y por ello insistió toda su vida en la necesidad de crear milicias ciudadanas.

Carlos VIII, de Asti pasó a Turín, y antes de volver a Francia decidió socorrer a Novara, que, ocupada por el Ejército francés, estaba ahora sitiada por las fuerzas de Venecia y Milán. Este Rey puede ser considerado poco inteligente, imprevisor y contrahecho, desagradable y soberbio, pero no se le puede negar valor y constancia, y un espíritu de aventura que le hace desafiar todos los peligros y el desasosiego de los campamentos.

En Nápoles las cosas marchaban mal para los franceses que allí habían quedado. La capital era conquistada por Gonzalo de Córdoba, con la escuadra española situada en la bahía. Montpensier, que había quedado de Virrey, se vió obligado a pactar una tregua. Los venecianos ocupaban muchas ciudades de Puglia. Y el Rey Fernando II era nuevamente dueño de la mayor parte del reino.

*El Papa amenaza de excomunión al Rey.*

El Papa, viendo que el Rey Carlos continuaba en Italia y hasta amenazaba volver sobre sus pasos, creyó llegado el momento de usar sus grandes prerrogativas espirituales para atacar al enemigo dentro de su propio país, sublevándole a través de la fe religiosa a los gobernados. Este método había dado resultados muy favorables al Pa-

(1) COMMINES: *Memoires*, vol. II, pág. 482.

pado en épocas precedentes, pero en este nuevo período histórico no podía tener más efecto que el de crear dificultades. En una larga Bula de 9 de agosto de 1495, el Papa se dirige «a nuestro queridísimo en Cristo, hijo nuestro, Carlos, cristianísimo Rey de los franceses», y después de un severo examen de todas las violencias de la invasión y de los ataques a su dignidad eclesiástica y de los abusos sufridos, conmina bajo pena de excomunión al Rey, y «a tus (del Rey) Duques, Barones, Condes e ínclitos capitanes, a todos y cada uno de los que en Italia estén a sueldo tuyo militando contigo y a los otros que son tus secuaces o aliados, o que te dan auxilio y consejos o favores» a desistir de sus propósitos de guerra en Italia. El efecto en Francia no fué como lo hubiera sido en otros tiempos, pero provocó gran impresión sobre la Reina, muy religiosa; sobre Briconnet, deseoso de gozar del cardenalato; sobre el Parlamento de París, que era, con gran sentido común, contrario a la inútil y peligrosa aventura. En muchos nobles igualmente se formó un espíritu público contrario a aquella guerra, que nunca había sido muy popular, espíritu público que actuó sobre la voluntad de Carlos, que al fin pasó los Alpes, abandonando Italia, a la cual no volvió, a pesar de sus intensos deseos. La muerte le sorprendió, joven aún, en abril de 1498.

*Venecia recibe la Rosa de Oro.*

El Papa, desconfiando del éxito total de su Bula amenazadora contra Carlos VIII, envió otra Bula a Venecia ensalzándola por sus virtudes, con gran satisfacción de la Señoría y del pueblo. Y como premio de su actitud y como aliento para el futuro, le remitió la Rosa de Oro, que el año anterior, en la esperanza de detenerle en su proyecto de conquista, había enviado al propio Rey Carlos (1). También a los Reyes de España se dirigió Alejandro VI, insistiendo para que continuasen guerreando contra Francia en la frontera, y a Maximiliano le pedía la promesa de que la atacara por su lado fuera de Italia. Al mismo tiempo intimaba a los suizos, amenazándolos con todos los rigores de una religión que no perdona, de no servir a su enemigo.

(1) La Rosa de Oro puede considerarse como un superlativo premio Nóbel de aquel tiempo.

En su prodigiosa actividad, le dominan dos ideas: la independencia de Italia y la libertad de la Sede Apostólica.

*Ludovico cambia una vez más.*

Pero en Italia quedaba el partido del Rey. El Cardenal Julián de la Rovère continuaba su labor a favor de Carlos VIII, al punto de que la Señoría de Venecia decía a Baldassarre di Posterla, enviado de Ludovico *el Moro*, que sería útil alejarle de los consejos del Rey. Gian Giacomo Trivulzio, que mandaba el resto del Ejército francés aún en Italia, conspiraba con dicho Cardenal para insurreccionar a Génova en favor del Rey Carlos. Por otra parte, seguían las constantes alternativas de Ludovico *el Moro*, que ya había roto la liga, aun antes de que el Rey volviese a Francia, pactando con él una paz separada. Si no a justificar, pero ciertamente a explicar esta política del *Moro*, concurren muchas consideraciones. Ludovico no era traidor por naturaleza, como nos lo transmite la tradición, sino por necesidad.

*Carácter de Ludovico el Moro.*

Los peligros en que se había encontrado y la ambición que le dominaba habían creado en él una astucia excesiva, que es mezcla de desconfianza, habilidad y deshonor, la cual servía a sus intereses hasta cierto grado, pero, pasado éste, resultaba la causa de sus dificultades. La astucia, entonces, en aquel Renacimiento agitado, y quizá en nuestros días también, es una droga que debe usarse con moderación. En realidad, el ducado de Milán se hallaba en una de estas rutas desgraciadas en donde se han dado las grandes batallas a lo largo del tiempo; en aquella época estaba de vanguardia italiana hacia el Imperio y Francia, sin contar a los vecinos suizos, que, poniéndose a sueldo de uno o de otro enemigo, podían caer fácilmente sobre la misma Milán, y a los venecianos imperialistas, que querían avanzar siempre y dominar los caminos de los Alpes. El Emperador se declaraba además su alto Soberano, y una de las ramas de la familia real de Francia, luego el propio Rey, le disputaba la posesión del Estado en nombre de los antiguos señores del mismo, los Visconti. Ludovico, jefe de un tal Estado, comprendía que las alianzas entonces eran de dudosa ayuda, y pretendía elevarse a árbitro del equilibrio europeo y no ser víctima de sus cambios. Pasar de una situación de inferioridad a una privilegiada es la obra del genio cuando el genio es favorecido por la fortuna. El no era un genio, ni pretendía serlo,

pero tenía gran confianza en su habilidad, no limitada por ninguna frontera moral. Hizo la paz con Carlos VIII con el mismo fin que le impulsó a llamarle primero y a combatirle después, para asegurar su territorio. Si Carlos VIII, por un cambio de fortuna, vuelve a ser fuerte, ¿qué pueden hacer por él Venecia, el Imperio, el Papa y la misma España? Todos éstos tienen donde retirarse, pero él está en la vanguardia. Al primer ataque cae. Además, a excepción de España, que tiene su política propia, los otros tres aliados no le inspiran confianza. El Papa tiene una fuerza moral, que utiliza en los grandes conflictos, pero solamente a su favor. Los venecianos tienen dos políticas tradicionales: una occidental, de una importancia secundaria, y otra en el Mediterráneo oriental, que les interesa más; disfrutan de instituciones admirables para los tiempos normales, no adecuadas, sin embargo, en las horas azarosas, por los opuestos pareceres de los cuerpos deliberantes, que inspiraron al *Moro* la frase justa: «Cada uno de aquellos Señores sabe más que Yo; pero todos juntos, no.» Maximiliano, a su vez, es un hombre de buenas intenciones, hábil e inteligente, pero versátil e indeciso, y, sobre todo, no tiene el apoyo de sus vasallos, que no le dan ni hombres ni dinero para la guerra.

*El gran error del* Moro.

El error básico de Ludovico fué la llamada de Carlos VIII a Italia; pero en sus actos posteriores obró en defensa de «los intereses vitales de su Estado», concepto que el Derecho internacional ha consagrado como superior a la justicia, a la honorabilidad y al bien, y ha sustraído del juicio de los hombres, aun en nuestros tiempos modernos, después del indiscutible progreso que sobre aquella época ha tenido el Derecho público.

En este período del cual tratamos, resulta que Carlos VIII está fuera de Italia hasta su muerte, sólo porque en Francia no se desea por el momento una nueva aventura. Pero en Italia quedan todos los elementos para que se reincida. Queda el mismo espíritu de traición, quedan los mismos hombres que se habían unido al Rey y le habían llevado por la península en su feliz marcha hacia Nápoles. La Liga Santa no ha creado ninguna situación definitiva. Otro Rey continuará la obra de Carlos VIII, y luego, otro más será la causa de la ruina de Francia e Italia, para preparar el triunfo total del Emperador Carlos V.

CAPITULO XIV

# EL PAPA BORGIA Y SAVONAROLA

*Deducciones sobre la traición general.*

Alejandro VI comprendió que nada bueno le podía venir del extranjero, si no disciplinaba definitivamente a los vasallos de la Iglesia, a los vicarios, a todos los que rodeaban la Santa Sede. El Papa Borgia conocía a estos Barones y Duques; más ahora, con el hecho extraordinario de la invasión de Carlos VIII, los había visto bajo un aspecto todavía más siniestro. El territorio de la Iglesia resultaba indefendible y a la disposición del primer ocupante, porque los que lo debían defender lo entregaban al enemigo a cambio de dinero y de favores. Los Colonna, los Orsini, los Savelli, los Conti y todos, se habían puesto en aquella hora difícil en contra de la Santa Sede. Los vicarios que estaban más lejos habían abierto las puertas al enemigo, y muchos lo habían secundado, como los Riario y los Este. Había que corregir todo esto. La acogida a Carlos VIII había sido para Borgia de una gran enseñanza en muchos aspectos.

Alejandro VI tenía bien balanceados los sentidos político y jurídico. El primero, no dominando al segundo, le impedía que cayera en el oportunismo; el segundo, no teniendo más preponderancia que el primero, le evitaba entregar sus ideas a una rigidez contraproducente. El estado de cosas existente debía, en consecuencia, ser corregido, pero gradualmente; eso sí, debía serlo de todos modos. Con la exuberancia de sus facultades físicas e intelectuales, tan pronto tuvo

una relativa paz internacional, puso mano a la obra. Una obra que le ocupó todo el resto de su pontificado, durante el cual castigó y redujo a la impotencia a todos los que lo habían traicionado; expulsó de sus territorios a los tiranos y redujo a una absoluta sumisión a los Príncipes dependientes de la Iglesia. Julio II, después de muchos desvaríos, siguió sus huellas y evitó que se deshiciese en esta parte interna la gran labor de Alejandro VI. Tarea inmensa y de diversas consecuencias. Si ahora empieza la lucha, también empieza a crearse la fama de los Borgia. Es ahora cuando todos estos poderosos señores, con grandes Cortes, en donde el poeta y el erudito rivalizan, o en donde el poeta es un erudito y el erudito un poeta, al verse amenazados, se lanzan a una campaña de descrédito en contra del Papa y los suyos, que se intensifica a medida que van perdiendo los bienes abusivamente retenidos; sin embargo, en esta primera prueba que a continuación consignamos, se trata de una simple tentativa, y por añadidura poco afortunada.

*Lucha contra los Orsini.*

Los Orsini son los primeros a quienes ataca el Papa. ¿Qué han hecho? Lo que por hábito inveterado hacían todos. Pasarse al enemigo por pasión momentánea o por mayor paga. No tener idea ni sentimiento alguno de patria, de religión, de deberes, de honor. Los Orsini habían estado a las órdenes de los aragoneses. Virginio Orsini, el jefe de la Casa, había sido uno de los grandes personajes del reino de Nápoles. Y después de entenderse personalmente con el Rey Carlos en Bracciano, se había entregado en Nola. Ahora que Carlos VIII no está en Italia, y que Montpensier, su representante, lucha para conservarle parte de la conquista napolitana, Virginio y los suyos, con otros vicarios de la Iglesia, como los Vitelli y Bartolomeo de Alviano, luego famoso *condottiere,* están al servicio de Montpensier y a sueldo del Rey francés contra el Rey de Nápoles y contra el propio Papa, a los que han servido, sin embargo, recientemente.

La Liga Santa, la guerra en la frontera francoespañola, el esfuerzo veneciano y la actitud favorable de Maximiliano, perdían toda su eficacia si el reino de Nápoles, Ostia, puerto de Roma y gran parte de los territorios papales continuaban ocupados por un Ejército italiano a las órdenes de estos *condottieri,* que actuaban en nombre del Rey

de Francia. En aquel período en que las distancias eran más difíciles de recorrer por el mal estado de los caminos, y en que el egoísmo sórdido de los combatientes debilitaba no sólo el concepto del deber de un aliado, sino que empañaba hasta la noción del propio interés, las victorias en la periferia no compensaban las derrotas sufridas al centro.

*Guerra declarada.*

El Papa, con su método habitual, trató de obtener por la persuasión lo que podría darle la fuerza, y no habiendo podido convencer a estos rebeldes, los excomulgó. Haciendo seguir a las armas espirituales las temporales, envió contra los grandes feudos de los Orsini a Guidobaldo de Montefeltro, Duque de Urbino, y al segundo Duque de Gandía, Juan Borgia, que acababa de llegar de España, y al cual, el Papa, uniendo su invencible espíritu nepotista al deseo de tener un hombre fiel en la jefatura de su Ejército, nombró Capitán general de la Iglesia. Las fuerzas papales rindieron a discreción todos los castillos y fortalezas de la poderosa familia, menos Bracciano, que resistía y que era el principal feudo de los Orsini. Para mayor desgracia de éstos, más al Sur, la derrota de Francia era definitiva. Montpensier tuvo que pactar su entrega, en cuyo pacto los *condottieri* italianos quedaron a merced del Rey de Nápoles. Virginio Orsini fué encerrado en una fortaleza, en donde murió exacerbado por las noticias de tantas derrotas. Una pequeña anécdota nos viene a recordar que estamos en la historia de Borgia. Es algo que podría considerarse cómico, si no se tratara de algo trágico. Es posiblemente algo que viene de una caprichosa tradición, mantenida en la familia Orsini por algún tiempo. Virginio ha muerto de veneno, porque el Papa se lo ha ordenado bajo amenazas al Rey de Nápoles. Y el hecho se dice revelado por un niño que sostenía en sus manos una vela un día que el Papa, para ver bien lo que escribía, le había llamado al efecto. El niño, en tal postura, leyó por encima de las espaldas del Papa el papel en que éste escribía al Rey de Nápoles que envenenara inmediatamente a Virginio Orsini, bajo amenaza de quitarle la investidura del reino (1).

---

(1) SANSOVINO: *Casa Orsini*, pág. 124.

Sigamos la historia real, pues esta anécdota no es creída hoy por nadie.

El Ejército pontificio, que había alcanzado victorias parciales en los territorios romanos, en Bracciano, que como hemos dicho era el feudo principal de los Orsini, sufrió una grave derrota. En la primera fase de la batalla, el Duque de Urbino y Juan Borgia creyeron la conquista, no sólo fácil, sino segura, y avanzaron sin cuidado. Pero Vitellozzo Vitelli y Bartolomeo de Alviano, que habían podido retirarse libres del reino de Nápoles por condescendencia de aquel Rey, con tropas nuevas reclutadas en Toscana, tomaron de lado al Ejército sitiador y lo destruyeron casi completamente el 24 de enero de 1497. El Duque de Urbino fué hecho prisionero, y el Duque de Gandía pudo salvarse con dificultad, herido ligeramente en la cara. Las victorias y las derrotas en las guerras no son fáciles de explicarse; un elemento de importancia secundaria las determina a veces. Pero es lo cierto que el segundo Duque de Gandía no había tenido práctica en estas andanzas bélicas, y el de Urbino, hombre respetable por razones múltiples, no fué nunca un guerrero, a pesar de haber mandado Ejércitos. A él le debía faltar hasta el respeto que el soldado debe tener por el jefe, ya que era opinión general, y bien fundada, que dicho Duque, en la vida privada, no tenía las facultades de un hombre completo. Del otro lado, los dos *condottieri*, Vitellozzo Vitelli y Alviano, eran entonces, y lo fueron aún más tarde, considerados entre los mejores capitanes de Italia.

*Tratado de paz con los Orsini.*

Esta primera prueba contra los Barones no le dió al Papa el resultado apetecido. Continuar la guerra hubiera sido su deseo, pero el peligro extranjero se presentaba nuevamente y no quería verse envuelto en dificultades al presentarse uno de mayor alcance. En el Norte de Italia, la Liga se deshacía virtualmente, y Maximiliano, que había entrado en Italia con pocas armas y con muchos proyectos, había vuelto para Alemania disgustado de sus aliados (1). Pero si el Papa no ganó la guerra contra los Orsini, supo ganar la paz. Con su habilidad característica, cambió una derrota en victoria, y mezclan-

(1) Diciembre de 1496.

do en la discusión los intereses materiales con los principios ideales, en cuya amalgama resultaba maravilloso alquimista, tuvo la aceptación de los siguientes pactos: los Orsini no podrán tomar las armas contra el Papa, si bien pueden continuar, dentro de esta condición, siendo *condottieri* del Rey de Francia; pagarán setenta y cinco mil ducados, como pena de su rebelión, al tesoro de la Iglesia; el Papa obtendrá la libertad de los Orsini, que se hallan todavía en las prisiones del Rey de Nápoles, y los Orsini, a su vez, dejarán libres a todos los prisioneros hechos en la guerra, menos al Duque de Urbino, que pagará personalmente su rescate. Por último, el Papa devolverá las fortalezas y feudos conquistados, menos el castillo de Isola. No habían sido vencidos definitivamente estos vasallos eternamente rebeldes, pero salían castigados y en parte humillados en este primer ataque. Alejandro VI aplazó simplemente sus propósitos; la obra la completará más tarde César Borgia con mayores y mejores elementos que le dará el Papa. Ahora, otra vez se ve obligado a dar atención a asuntos más graves, de orden internacional.

*La Liga Santa se debilita.*

En 1497, la Liga Santa sufrió un mayor colapso. Maximiliano había querido aprovechar su paso por Italia para apropiarse la ciudad de Gorizia, que ocupó, alegando algunos derechos que, sin embargo, eran posteriores a los de la República de Venecia, la cual, desde 1424, tenía aquella ciudad como dependencia del patriarca de Aquileia (1). Los venecianos aspiraban, por otra parte, a posesionarse definitivamente del litoral adriático del reino de Nápoles. La lucha, por tanto, se entablaba entre el Imperio y Venecia y entre Venecia y Nápoles. Los Reyes de España, en 17 de enero de este año, concertaron una tregua separada con Francia, sin preocuparse de sus aliados, como había hecho Ludovico *el Moro*. La cuestión de Pisa se agravaba también, y a tal punto que parecía inminente un rompimiento de hostilidades entre todos los aliados del Norte de Italia. En esta batalla de apetitos, Alejandro VI centuplicaba sus esfuerzos para mantener la alianza que había salvado a Italia. Contra las ambiciones de Venecia

---

(1) Sanudo, *reproducido por* Romanin: Obra citada, vol. V, pág. 99, nota. Lo referente a esta cuestión de Gorizia no se encuentra en la obra impresa de Sanudo, pero Romanin la copia del manuscrito.

en el Adriático, hizo valer sus derechos sobre Nápoles, y obligó al Rey, ya dispuesto a ceder los territorios de las costas, a mantenerse firme, y a los venecianos a aceptar sus decisiones, al menos aparentemente. Al Rey de los romanos le envía al Cardenal Bernardino Carvajal con plenos poderes suyos, y luego le pone al lado un Nuncio activísimo que da fe y ánimo a aquel versátil Emperador, que hasta para irse a coronar a Roma y asumir legalmente este título no supo llegar a una decisión.

En el año precedente, el Papa había obtenido que el Rey de Inglaterra suscribiera también la alianza, enviándole una capa y una espada de honor, cuyo regalo produjo gran satisfacción en el ánimo de Enrique VII. Y, por fin, al principio de 1498, cuando perdió toda esperanza en la eficacia de la Liga, intentó por medio de un mensajero secreto un arreglo directo con Carlos, para detenerle en su empeño de volver a Italia y que abandonara sus pretensiones (1). Y parece que hubiera conseguido su objeto si la muerte no sorprende al Rey poco después.

*Alejandro VI y la política de Florencia.*

Sus esfuerzos para separar a Florencia de Francia fueron aún mayores, porque la Toscana defendía con sus montañas y fortalezas a los Estados pontificios de toda invasión procedente del Norte. Y como la República se resistía, pensó en una restauración de los Médicis. Estos propósitos fueron la causa de la lucha entre el Papa Borgia y Savonarola, el fraile maniático, que creyó siempre al Rey Carlos VIII un nuevo Redentor. En sus funciones de profeta, el ídolo popular no podía equivocarse, y por ello, a pesar de las dudas internas, obligado por su primera actitud, se mantuvo fiel a este absurdo hasta la muerte, en la horca, y quemado luego su cadáver. Por ironía de la suerte, el monje murió precisamente un día después del ataque apoplético que terminó con la vida del joven monarca francés. Alejandro VI, al encontrarse en su camino con ese fraile paranoico, quiso evitarlo. Para los

---

(1) Felipe Commines: *Memoires*, tomo II, libro VIII, cap. XXV: «Le Pape Alexandre qui regne de present estait en grant practique, de tous pointer a se renger de siens comme malcontent de Venissiens: et avoit messagier secret, que je conduisis en la dicte chambre du Roy notre sire peu avant sadicte mort.»

hombres normales, los que tienen alterada la mente no resultan en ningún caso amigos útiles, aun cuando lo quieran ser, y en cambio son siempre enemigos peligrosos. Pero cuanto más tolerante era la actitud del Papa, más arrogante se mostraba Savonarola. Elevándose el fraile a alto personaje en un momento revolucionario, cuando se alteran todos los valores morales, mezcló la política con la religión, para dominar a las masas incultas, y su demencia, consecuencia, en parte, del éxito fácil y grande que tuvo, llegó a creer, o por lo menos decir, que Dios, directamente, le indicaba los actos que debía realizar, los milagros que hacía y los que estaba dispuesto a hacer en lo futuro cuando se los pidiesen. Saturado de todos los prejuicios de una época en que éstos abundaban, enviaba escapularios a moribundos y anunciaba catástrofes o días de bienestar y prosperidad. En su visión calenturienta, profetizaba que los infieles se convertirían a la religión de Cristo, que Carlos VIII volvería a Italia, y esta vez, sí, sería el gran Redentor, y que Roma caería piedra sobre piedra. Como todos los desequilibrios, unía a una convicción ciega una astucia engañadora, que le permitía graduar sus actos atrabiliarios, retroceder oportunamente o desbordar en desordenada violencia. El caso Savonarola no es importante de por sí. En Asia fué muy común. En Europa más raro, pero no ciertamente único en aquel entonces. En la modernidad reviste un carácter científico con igual espíritu mesiánico. Sólo que Savonarola fué entre todos los agitadores eclesiásticos el más mediocre, y por serlo, levantó más la voz y provocó más ruido a su alrededor. Lo importante de este caso está en las vicisitudes que corrió Florencia. Llegó ella misma a una neurastenia colectiva bajo la influencia de este hombre anormal, que puede explicarse en un período de misticismo y en una ciudad inculta, pero no en Florencia, de tanta doctrina, y delicada, y en una época como el Renacimiento, iluminada por dos faros en sus opuestos límites, Lorenzo *el Magnífico* y León X. Más importante aún es que Príncipes italianos, no muy santos por cierto, creyesen en la divinidad del fraile, y que Cardenales como Caraffa y hombres de Iglesia, como Gioacchino Turriano, el prior de la Orden de los franciscanos, le apoyasen, y le apoyasen precisamente en los meses en que declaraba que Dios le confiaba sus

*Arrogancia de Savonarola.*

secretos, que hacía ofrecimientos sobre la palabra del Señor y que decía: «Como nosotros hemos recibido de El (Dios) la infalible promesa, así nosotros, con gran seguridad, garantizamos su cumplimiento» (1), y declaraba que «los temidos turcos se convertirían», y «esto, El (Dios) ha tenido la benevolencia de revelármelo» (2).

*El Papa amenaza a Savonarola.*

Alejandro VI tenía un alto respeto por su Dios para permitir que esta mente perturbada hiciera de él tanto escarnio. En una primera carta del 15 de octubre de 1495, después de decirle que no provocara discordias en Florencia, le añade: «En tus prédicas públicas, tú predices el futuro y afirmas que lo que dices te llega de la eterna luz y como inspiración del Espíritu Santo, con lo cual tú desvías a estos hombres sencillos del camino de salvación y de la obediencia a la Santa Romana Iglesia. Tú hubieras debido predicar la unión y la paz y no éstas que el vulgo llama profecías y adivinaciones. Tú debieras, aún más, considerar que las condiciones de los tiempos no son para que tales doctrinas sean pregonadas, pues si ellas de por sí pudieran causar discordias aun allí donde hubiera paz completa, cuánto más no lo hará en momentos en que hay tantos rencores y facciones.» El Papa le excusa, sin embargo, diciendo que él está convencido de que predica tales cosas, no por ánimo malo, sino por sencillez («simplicitate») y para bien de la religión, aunque, añade, está demostrado que prácticas de este género no la favorecen. Y termina ordenándole abstenerse por el momento de predicar, y le hace una indirecta invitación a que vaya a Roma, «en donde te recibiremos con ánimo paterno» (3). Pero fray Jerónimo, a ésta y otras cartas sucesivas, contestaba o con evasivas o con una arrogancia impropia, producto de su vanidad ofendida.

El Papa, después de paciente gestión, nombró una comisión de Cardenales para que estudiara si debía mantenerse la excomunión que se había visto obligado a dictar, o debía revisarse; en la comisión puso también al Cardenal Caraffa, que había favorecido hasta entonces a

---

(1) Carta de fray Jerónimo a los Emperadores y Reyes de Francia y España.

(2) Ut supra.

(3) VILLARI: *Girolamo Savonarola,* y THUASNE, obra citada.

Savonarola. La comisión, unánimemente, se declaró por la no revocación de la excomunión.

*El Papa amenaza a Florencia de excomunión.*

Con gran lentitud y prudencia, el Papa, poco deseoso de continuar esta lucha, apremiaba en 1498 a la Señoría de Florencia para impedir al fraile seguir actuando en el campo eclesiástico, toda vez que, excomulgado, no podía oficiar. Pero agotada toda su paciencia, en los últimos días de febrero de 1498, contestando a una carta de la Señoría de Florencia, que defendía aún tanta demencia sólo por razón de popularidad, escribe enojado que, o le envíen al fraile a Roma bajo buena custodia, en cuyo caso será bien tratado, pues él desea su conversión y no su castigo, o por lo menos le separen de los fieles, a quienes estaba envenenando con sus teorías, y le encierren «tamquam membrum putridum in aliquo loco privato bene observatum» (como miembro podrido en algún lugar segregado, bajo vigilancia). Y como no desea que la Señoría continúe demorando el asunto, con escarnio del poder eclesiástico, amenaza a Florencia también con excomunión general en el caso de que no cumpla sus disposiciones.

*La prueba del fuego.*

Mas en Florencia el ánimo popular iba cambiando espontáneamente. Las profecías de Savonarola no se realizaban. Otro fraile le vino al encuentro y negó su inspiración divina, proponiéndole, para probar su falsedad, la antigua prueba del fuego. Savonarola perdió su valor habitual y se hizo sustituir por otro compañero de su Orden en esta prueba. Y en el último momento, el 7 de abril de 1498, presentó condiciones diciendo que «Dios se las había sugerido». Ante las hogueras preparadas para recibir a los dos frailes, empezó a discutir teológicamente las modificaciones que quería introducir en dicha prueba; sobre todo, insistía en que su sustituto llevase la hostia en las manos al entrar en el fuego. El pueblo, que deseaba el espectáculo macabro, estaba impaciente y protestaba por la demora. La Señoría, presente, había ya fijado también cómo debía interpretarse la verdad divina en caso que uno u otro fraile saliera inmune de las llamas que se agitaban en la plaza. Mientras la resistencia pasiva de fray Jerónimo demoraba el acto, una lluvia abundante vino a apagar el fuego, enfureciendo a las masas. Los días de Savonarola estaban contados desde este momento. Había acariciado y excitado los instintos del

populacho, siempre morbosos, y en esta ocasión, al contrariarlos, perdió toda su potencia. Florencia trató a Savonarola como los pueblos tratan a sus dictadores; después de haberle seguido ciega y sumisamente, en un solo día le derribó.

*El pueblo surge contra Savonarola.*

La persecución fué terrible, como la apoteosis. Su gran partidario Francisco Valori fué asesinado, y también otros. El mismo tuvo que ser defendido de las iras de las masas, salvando la vida con dificultad. Aquel pueblo que había creído en su divinidad, ahora quería lapidarle. La Señoría, por fin, dió curso al proceso, y fué condenado a muerte. Sin embargo, Savonarola era un fraile, y la cuestión debatida era puramente eclesiástica. El Papa debía autorizar su degradación antes de cumplirse la sentencia. Además, había que resolver la cuestión que el Papa precedentemente había planteado, reclamándolo para enjuiciarle él. La Señoría pidió al Papa que le autorizara a ejecutar la sentencia. En la carta que se hace tal demanda se nota que teme que el Papa quiera salvar la vida del fraile que tanto le ha injuriado, pues insiste en que la ejecución debe hacerse en Florencia, para dar un buen ejemplo, y que no sería oportuno que elementos extraños se mezclasen en soluciones de este género (1).

*Muerte de Savonarola.*

El Papa no deseaba ni la vida ni la muerte de fray Jerónimo, sino la aplicación de la ley. A él le había disgustado mucho todo aquel procedimiento de la prueba del fuego, y el 8 de abril, sin conocer cómo había terminado el acto del 7, final cómico y trágico al mismo tiempo, desaprobó fuertemente lo hecho (2). En contestación a las demandas de la Señoría, nombró dos prelados para que examinasen el proceso desde el punto de vista religioso, siendo uno de los prelados el antiguo superior de Savonarola, o sea, el ya nombrado Gioacchino Turriano, y no encontrada causa para sobreseer la condena, Savonarola fué ejecutado.

Este fraile ha dejado frases violentísimas contra el Papa Borgia. Por lo general, no le nombraba en sus sermones, pero indirectamente repetía todas las injuriosas afirmaciones que la maledicencia hacía

---

(1) Carta de la Señoría a su representante en Roma.
(2) LUCAS: *Girolamo Savonarola*, pág. 347.

circular. Como todos los fanáticos, se dirigía más contra los defectos exteriores que toda vieja organización va acumulando a través de los siglos, que contra los actos importantes y fundamentales de la misma. Atacaba el lujo, provocando la baja envidia de los desheredados, no su interés. Destruía en Florencia obras de arte, al mismo tiempo que quería la caída total de Roma.

El Papa fijó sus ojos sobre este hombre en el primer momento, por el mal que hacía a Italia elevando a figura apostólica a Carlos VIII, su conquistador. Luego, sin preocuparse de las injurias que le dirigía, quiso evitar que continuara aquella agitación, que resultaba un escarnio de la religión y de la inteligencia. Procedió en contra de él sin rencores, sólo animado por un alto concepto de estricta justicia.

## CAPITULO XV

# EL ASESINATO DEL DUQUE DE GANDIA

En el año difícil de 1497, mientras la amenaza de una nueva invasión francesa se hacía más insistente y la Liga Santa perdía toda cohesión, Alejandro VI sufrió graves dolores familiares, que le tuvieron en gran desasosiego, dado su temperamento sensible y su amor entrañable al clan de los Borgia. Un contemporáneo dice que nunca se vió «un homo piú carnale» (1). Sus manifestaciones de alegría o de dolor, cuando se trataba de sus parientes, los términos en que de ellos habla, las preocupaciones que tiene ante los posibles peligros que corren, así como las explosiones de entusiasmo a que se entrega cuando han realizado algún acto notable, son tales, que revelan una anormalidad que no puede condenarse, pero una anormalidad al fin. Y no es que tal cosa acontezca sólo cuando se trata de César, o Lucrecia, o Juan, o Joffre, llamados, o en realidad, hijos suyos, sino en el caso del sobrino, luego Cardenal De Monreal, o de su hermano el primer Pedro Luis, o también de Adriana del Milá, o de Alfonso de Este, último marido de Lucrecia. El lenguaje que usa en este amor de vida mortal tiene el tono del de los libros santos y de los rezos habituales, y también de las oraciones inflamadas que el púlpito reclama. Es

---

(1) Esta frase, que significa «el hombre que más ama a los de su carne», ha sido traducida sarcásticamente por escritores modernos por «*el padre más afectuoso*».

probable que la larga costumbre de la observancia religiosa haya concurrido con su carácter entusiasta o excitable a formarle esta manera de expresarse.

*La incapacidad matrimonial del marido de Lucrecia Borgia.*

El día 14 de junio de este año, después que Ascanio Sforza recibió la noticia de labios del Papa y de los de Juan y César Borgia, de que Lucrecia no podía continuar en la aparente vida conyugal que llevaba con Giovanni Sforza de Pesaro, a causa de la impotencia de éste, Juan Borgia, el segundo Duque de Gandía, fué asesinado en forma misteriosa y cruel. La desolación del Papa no tuvo límites.

De esta muerte de Juan Borgia, no solamente ningún escritor de aquel tiempo, ni moderno, ha acusado al Papa, sino que todos convienen en que hombre alguno ha sufrido más que él en igual tragedia. Se nos ha transmitido que por tres días rehusó los alimentos, que sus sollozos resonaban en las salas vaticanas tristemente, y que hasta quiso abandonar la triple corona y, de quedar Pontífice, reformar radicalmente la Iglesia. Sobre esta muerte, los escritores no ocultan cierta satisfacción, y han cubierto el dolor de Alejandro VI con un tinte de sarcasmo más cruel que la sonrisa de Yago. Los Borgia han sido castigados; es la acción compensadora de un Dios del Sinaí, o la inflexible Némesis que se venga implacable. Dicen aún más: el castigo terrible que han sufrido no debe inspirar piedad, sino que, al igual del crimen, debe producir la repulsa general. Los Borgia, víctimas o verdugos, deben ser odiados en ambos casos. Hasta este año de 1497, la familia execrada ha sido simoníaca y nepotista; una ligera acusación de envenenamiento del Príncipe Djem, acusación hipotética, no creída, empieza opacamente a enrojecerla de sangre; un cierto erotismo afortunado se supone en el Papa a los sesenta y cinco años, y en Lucrecia cuando no había aún cumplido los trece. Pero ni los antiguos ni los modernos, hasta esta fecha, nos dan hechos merecedores de los Borgia de la leyenda. Es ahora cuando se empieza a escribir la gran tragedia, que supera a la de los Atrides.

César ha matado a su hermano Juan por mezquina envidia o por algo peor. Alejandro VI continúa amando a César y se hace cómplice del crimen. Esta es la acusación.,

*Juan Borgia, en Roma.*

Juan Borgia había llegado de su ducado de Gandía un año antes de la muerte. El Papa le había llamado a Roma hacía ya algún tiempo, pero los Reyes españoles no le habían permitido la salida del reino (1). A su llegada a Roma, Alejandro VI le había usado como *condottiere* de la Iglesia, e inmediatamente después le había nombrado Gobernador del patrimonio y, luego, Capitán general. En pocos meses le había llevado a hacer las primeras armas en contra de los Orsini, y frente a la fortaleza de Ostia, que todavía permanecía en manos de los rebeldes, al mando del Cardenal Julián de la Rovère, que actuaba en nombre del Rey de Francia. En estos últimos tiempos, el Papa le está preparando un gran ducado, el de Benevento. La carrera de Juan Borgia no había podido ser en Roma más brillante ni más rápida.

Juan Borgia, que no había probado grandes cualidades militares, era agradable conversador, ostentoso, altanero en público, buen camarada, amigo de los placeres y personalmente valeroso; su presencia inspiraba amistad y respeto. Diferente de César, que, italiano de temperamento, era severo, taciturno y reflexivo, este Duque de Gandía revelábase Borgia en toda su persona, y por encima de ello típicamente español.

*Cena en casa de la Vannozza.*

El día 14 de junio, Juan y César, junto con el Cardenal De Monreal, primo de ellos, fueron a una comida en una viña de la madre, Vannozza Catanei, sobre el Esquilino. El motivo de la misma era la salida, en días posteriores, de César, Cardenal de Valencia, para Nápoles, como Legado a la coronación del nuevo Rey Federico (2). De esta reunión familiar, de sus conversaciones y alegrías, nada ha sido transmitido a la posteridad, y de ello nada dicen los contemporáneos, por la banalidad del acto, igual ciertamente a todos los del género. Después de la comida, al anochecer, los dos hermanos y el Cardenal De Monreal, acompañados por algunos servidores, tomaron sus cabalgaduras para dirigirse al Vaticano. Al pasar cerca del palacio del Cardenal Ascanio Sforza, a la entrada del puente del castillo del Santo

---

(1) ZURITA: *Anales de Aragón*, lib. I, cap. 28, pág. 34.

(2) Es inexacto que también el Duque de Gandía tuviese que partir para Nápoles a recibir la investidura del ducado de Benevento, porque esta investidura debía darla el Papa y no el Rey de Nápoles.

Angel, el Duque de Gandía se detuvo, y con expresión de alegría dijo que tenía algo que hacer, dando a entender que le esperaba una aventura amorosa. Los dos Cardenales, César y el De Monreal, que, como el Duque, se llamaba Juan Borgia, insistieron mucho para que no se separase, o que le acompañasen algunos hombres armados. Roma era muy insegura, especialmente de noche. El Duque accedió a llevar un solo hombre, e hizo subir a la grupa de su mula a otro, que con un antifaz había estado en la cena y que durante algunos días había sido visto en sus antecámaras. Separado Gandía de su hermano y primo, se dirigió hacia la plaza de los Hebreos, en donde ordenó a su servidor que le esperara hasta las doce de la noche, después de cuya hora debería retirarse para el Vaticano de no haber él vuelto por aquel lugar. Los dos Cardenales, por su parte, no contentos con que el Duque se arriesgara así solo por las calles de Roma, se quedaron algún tiempo sobre el puente, esperando que el Duque volviera, ya que él había dejado entender que quizá los alcanzaría muy pronto en su marcha hacia el Vaticano. Pero, visto que no volvía, continuaron su ruta con el pequeño séquito que tenían.

*Muerte trágica de Juan Borgia.*

Nadie ha sabido nunca dónde fué el Duque con el enmascarado después de haber dejado al doméstico. Sobre este mismo doméstico, las versiones llegadas hasta nosotros son distintas, pues mientras Bruchard dice que fué gravemente herido y que, recogido en una casa, murió sin poder explicar nada, Scalona, orador de Mantua, afirma que fué ligeramente herido en su camino hacia el Vaticano, a donde iba un poco más tarde de haber dejado al amo, para buscar algunas armas. De todos modos, muy poco podría haber dicho este servidor, que no fué testigo presencial de la tragedia. Es de suponer más exacta la versión de Scalona que la de Bruchard, pues sólo de acuerdo con esta versión se puede conocer con tanta seguridad que fué dejado en la plaza de los Hebreos con la orden de esperar allí (1). Lo que se sabe con certeza, por el proceso que se hizo, es que a las doce de aquella noche, un tal Jorge Schiavone, cuidando un barco que había traído

*La declaración de Schiavone.*

(1) Este relato está tomado íntegramente de los dos más detallados que se escribieron inmediatamente. Uno, de Bruchard, *Liber Notarum,* y otro, de Juan Carlos Scalona, Embajador de Mantua en Roma.

a Roma unas maderas, vió acercarse al río dos hombres por el camino que iba del castillo del Santo Angel a la iglesia de Santa María del Popolo. Estos hombres examinaron los alrededores, mirando de un lado y de otro si había gente; luego, dos más aparecieron, y, en fin, un tercero a caballo, que llevaba un cadáver. El cadáver fué arrojado al río, y los cinco, después de asegurarse que había bajado al fondo, y de haber hundido con piedras el manto en que estaba envuelto, que al principio flotaba, se retiraron. La declaración de Schiavone hizo examinar el fondo del Tíber por aquellos parajes, y el cadáver apareció cubierto de fango. Era el del Duque de Gandía, Capitán general de la Iglesia, el primer personaje no eclesiástico de los dominios papales, y por añadidura tenido por el Papa como hijo, o realmente hijo suyo. Pocas veces un funeral ha sido acompañado con mayores manifestaciones de duelo. La ceremonia fúnebre fué solemne y severa.

*Excitación en el Vaticano.*

En el Vaticano, el día 15, el día después de la comida, al no aparecer el Duque, hubo la consiguiente alarma, pero se supuso que la aventura amorosa se había prolongado. El Papa fué informado de la ausencia del Duque por un empleado de la Casa de éste y por otro del Cardenal César Borgia, y aunque le sorprendiera, la atribuyó él también a un pasatiempo femenino. Pero, por la tarde, el Papa se alarmó y llamó a los dos Cardenales Borgia, pidiéndoles que le dijesen toda la verdad, pues, al parecer, creía que lo de la ausencia y la manera en que se le había relatado era una forma piadosa que ocultaba algo más grave, ya conocido por todos menos por él. Los Cardenales, requeridos severamente para que dijeran todo lo que sabían, no pudieron más que relatar lo sucedido, por lo que el Papa exclamó que ahora lo importante era saber si estaba vivo o muerto, y en un rapto de ira, afirmó que si le habían asesinado, él conocía a los autores. El Papa ordenó una rápida investigación, y bajo la dirección personal del mismo Gobernador de Roma, se llevaron a cabo las pesquisas, que si no dieron ni entonces ni después resultado en cuanto al asesino, produjeron rápidamente el rescate del cuerpo del asesinado, en la forma que hemos indicado.

*El sufrimiento del Papa.*

El dolor del Papa frente a la irreparable realidad fué grandísimo. Pero después del desahogo natural que los nervios imponen, espe-

cialmente a los temperamentos sensibles, recobró su comedimiento. El día 19 entró en el Consistorio, en donde los Cardenales, los Embajadores y otros altos funcionarios le expresaron sentidas condolencias. Alejandro VI, en esta hora, se reveló en todo su carácter, como acontece en los grandes dolores; lleno de dignidad, sereno en su juicio, profundamente creyente, y, al mismo tiempo, humano y realista.

Más noble debe aparecer a los ojos de la posteridad en esta grave ocasión, si, realmente, el Duque de Gandía era su hijo.

En el severo silencio con que el pesar de las colectividades recoge a todos, habló él con voz firme, diciendo que el Capitán general de la Iglesia había muerto, y que una pena insondable había penetrado en su alma, al punto que ningún bien terrenal la podía aliviar; que probablemente Dios había querido castigar algunos de sus pecados. Declaró que se desconocían los autores del crimen o los que lo habían inspirado. Exoneró algunos cuyos nombres se murmuraban, como Giovanni Sforza, o su hermano Galeazzo, el Duque de Urbino, el Cardenal Ascanio Sforza, del cual manifestó que siempre le había considerado y seguía considerándole como a un hermano, y que no era el caso de hablar del Príncipe de Squillace, Joffre Borgia, hermano del asesinado. Y como el Cardenal Ascanio no había ido al Consistorio por miedo a alguna violencia de los elementos militares españoles, harto excitados, el Papa rogó al Embajador de España que hiciera saber al Cardenal que le sería grato verle. Terminó diciendo: «Que Dios perdone al culpable.»

La investigación de este crimen continuó sin resultado. Pero lo que no se pudo saber entonces se ha inventado fácilmente después, imputándoselo a César Borgia.

*Los inculpados del primer momento.*

Los contemporáneos no pensaron en César inmediatamente, ni dieron luego en los años sucesivos, cuando toda infamia era atribuída a los Borgia, un solo dato, un hecho, o un mero indicio que pudiera autorizar la hipótesis de su culpabilidad. Las afirmaciones concretas vinieron a mediados del siglo XVI, aunque igualmente sin una sola prueba.

En los días del delito, una carta de Scalona al señor de Mantua

indica múltiples presuntos culpables, según los rumores circulantes. Los rebeldes de la ciudad de Viterbo, el Cardenal Ascanio Sforza y el Duque de Urbino, que, como hemos visto, hecho prisionero por los Orsini, fué abandonado por el Papa y obligado a pagar su propio rescate, son mencionados. Scalona no dice si había habido acusaciones por parte de Juan Borgia contra este Duque de Urbino por la derrota sufrida en el asalto a Bracciano, pero es fácil suponer que la culpa de ella haya caído sobre el de Urbino. El mismo Embajador revela que se habla de otras personas: del Duque de la Mirandola, que tenía una bella hija que gustaba al Duque de Gandía, y de Giovanni Sforza, marido de Lucrecia, del cual en estos momentos se pensaba separarla anulando el matrimonio por causa de impotencia. También comunica la creencia que Gandía haya sido asesinado por razones amorosas; pero al mismo tiempo dice que el que ha realizado el delito o lo haya ordenado tenía los dientes largos, o sea, que era poderoso y fuerte. Como se ve, se trata de hipótesis subjetivas, que se hacen siempre en los primeros momentos.

Más que de todos éstos se sospechó de los Orsini, aunque las investigaciones policíacas, muy activas, se dirigieron contra el Duque de la Mirandola, según lo indica otro Embajador, el de Florencia, Alejandro Bracci. Entretanto, si la Policía iba en un sentido, la voz popular murmuraba en otro, y acusaba a Giovanni Sforza, Duque de Pesaro, y al hermano de éste, ambos fuera de Roma (1).

El Cardenal Ascanio, después de una larga entrevista con el Papa, insiste en la carta enviada a Milán, que se está acusando al Duque de Urbino, y también hace alusión a los Orsini. Parece evidente que Alejandro VI pensara en estos últimos, y que hasta hablara de ello en los primeros momentos con convicción, pero, en realidad, nunca tuvo dato alguno, y sus actos posteriores indican que su convicción no

---

(1) Un libro reciente, *Il Segreto dei Borgia*, de Dell'Oro, considera probada la culpabilidad de los Sforza de Pesaro. Afirma, además, que Lucrecia era amante del Duque de Gandía y que éste era sólo medio hermano de aquélla. El autor yerra del todo. La prueba de la culpabilidad es débil; el incesto surge de hipótesis y de fuentes falsas, y el lazo familiar resulta contrario a lo poco conocido históricamente de las relaciones de familia de estos Borgia, pues Lucrecia era hermana germana del de Gandía.

fué muy firme. De todos modos, de la acusación contra los Orsini se habló más largo tiempo. El embajador de Milán comunica a Ludovico *el Moro*, y el de Florencia a la Señoría de la ciudad, que se considera a éstos los culpables del delito. Las llamadas Crónicas de las distintas ciudades se dividen ellas también en cuanto al nombre del culpable. Pero de César nadie habla. Este, después de algunos días de dolor, todo vestido de negro, él y su séquito, marchó a Nápoles, con todos los honores y las facultades de un Legado, a coronar al nuevo Rey de Aragón, siendo recibido con respeto y gran cordialidad.

*Primeras voces contra César.*

La primera vez que encontramos en un documento, no la acusación, sino la hipótesis de culpabilidad de César, es a fines de febrero del año siguiente, o sea, en 1498, en un despacho que, de Venecia, envía el Embajador de Ferrara, Alberto della Pigna, al Duque Hércules: «Yo he oído otra vez que la causa de la muerte del Duque de Gandía ha sido el Cardenal, su hermano.» Ha oído la noticia en Venecia, lejos de Roma, y la transmite a Ferrara, cerca de Venecia, en donde no se ha oído. Evidentemente, este nuevo rumor, si no es una deducción aislada sin importancia, tenía el mismo fundamento de los precedentes. En efecto, se acusa a quien se supone que ha tenido un motivo para que se produjera aquella muerte. A los Orsini se les acusa porque son enemigos declarados; a Sforza de Pesaro, porque se le ha ofendido calificándole de impotente; al Duque de la Mirandola, porque tiene una bella hija que gusta al Duque de Gandía; al de Urbino, porque hay rivalidades militares y responsabilidades de una derrota, etc., etc. Un año después, como se empieza a hablar de que César se retira de la vida eclesiástica para entrar en la carrera militar, se le atribuye la sucesión de Gandía, y, cambiando el efecto por la causa, se dice: «César quería la sucesión de Gandía y por esto le ha matado.» En realidad, César no sucedió al hermano, porque en el ducado de Gandía y en sus otros bienes, en Roma y en España, le sucedió, como era natural y legal, el hijo, que se llamaba Juan también, el tercer Duque de Gandía, que casó con una sobrina del Rey Don Fernando y fué padre de San Francisco de Borja. César fué solamente el depositario y, luego, el administrador de la herencia de Roma, herencia

liquidada más tarde con el representante de la viuda, doña María Enríquez. Los favores del Papa, César los siguió recibiendo, pero nunca se pensó en darle el ducado de Benevento ni los bienes y feudos que Gandía tenía en Nápoles; él fué Capitán general de la Iglesia sólo dos años después de la muerte del hermano, y toda su fortuna radicó en la protección que le dispensó el Rey de Francia, que no hubiera podido tener Gandía por ser vasallo del de España.

*Un famoso libelo confirma las acusaciones contra César.*

Después del rumor recogido por Alberto della Pigna, hay de acusatorio para César un famoso libelo, o sea, la carta a Silvio Savelli, escrita el 19 de noviembre de 1501, en que se dice incidentalmente que en Roma todos temen al hijo del Papa, que habiendo matado a su hermano, de Cardenal se ha vuelto asesino. Este es el desahogo de un retórico a sueldo que escribe a un perseguido. En este documento no hay nada que responda a la verdad en todo cuanto se dice.

*Otras acusaciones posteriores.*

Sólo después de la muerte de Alejandro VI se empieza a creer en esta acusación. Pero los indicios que se dan son tan evidentemente falsos, que avaloran la tesis de la inocencia de César. Della Pigna, para mantener su primera comunicación de 1498, dice, en 19 de junio de 1504, que la viuda de Juan Borgia, Duque de Gandía, ha hecho detener en España a César para vengarse del asesinato del marido. Nada más falso. La viuda estuvo en las mejores relaciones con el cuñado, y el Rey Don Fernando declaró que César estaba recluido en el castillo de Medina del Campo, por acusaciones del *Gran Capitán* que desde Nápoles había remitido. En verdad, Don Fernando retenía a César por indicación del Papa Julio II, que así se lo pedía (1).

Gonzalo de Córdoba había arrestado a César en Nápoles, a pesar del salvoconducto que le había dado, por orden del mismo Rey de

---

(1) «Non decet Maiestates vestras Catholicas pati atque permittere ut quicquam periculi statui Sancte Romani Ecclesie ab ipso duce Valentin, dum in vestra tutela est oriatur...» Arch. Secret. Vat. Julii II brevia, Armar. 39, tomo XXII, folio 52. Reproducido por De Roo.

El Rey Don Fernando escribió en aquel entonces que no habiendo querido tratar a César cuando era poderoso, menos lo quería ahora, que estaba sin prestigio ni fuerza. Don Fernando ennoblecía con estas palabras morales un acto político altamente reprobable, pues César fué a Nápoles con un salvoconducto.

España, influído por Julio II, y preso le había remitido a España. Doña María Enríquez nada tuvo que ver en todo esto.

Dos Embajadores venecianos han hecho alusión a este crimen, atribuyéndolo a César: Polo Capello y Giustinian. Los dos no estaban en Roma al tiempo del hecho, y los dos han escrito años después cuando el Papa Borgia y César eran la pesadilla de la política de conquista de los venecianos (1). Los dos Embajadores atribuyeron el delito a César, porque le suponen la codicia de heredar al hermano. Hemos ya visto que César no heredó ni podía heredar al hermano, que tenía descendencia directa, y que tampoco le heredó en aquellos favores, podríamos decir, de origen dinástico que el Papa tenía preparados para Gandía. El hecho cierto es que César dejó el «cappello» de Cardenal un año después de la muerte del hermano, y que fué a Francia, en donde estuvo otro año y que a la vuelta empezó a obtener favores del Papa de un género análogo a los que recibió Gandía en el período que estuvo en Roma, que no llegó, a su vez, a un año completo. Los hechos pueden ser apreciados sólo cuando se tiene en cuenta su sucesión gradual; de lo contrario, se está sujeto a los mismos errores de perspectiva que se cometen al mirar un horizonte demasiado extenso.

César no tuvo relación alguna con este delito. Ya en los modernos tiempos ha sido revisada esta parte de la tragedia borgiana. Ultimo en acusarle ha sido Leopoldo Ranke (2), que sobre la fe de Sebastián Branca de Telini, en un acto de acusación compleja, dice: «Al hermano, que era Duque de Gandía, le hizo lanzar al río; hizo matar al cuñado, que era hijo del Duque de Calabria, el joven más hermoso que nunca se viera en Roma, y, más, hizo matar a Vitellozzo, el hombre más valeroso de aquel tiempo.» Ranke cree en todo esto. Una simple, rapidísima lectura del *Diario* de Branca de Telini prueba que no pueden sumarse más errores históricos en una obra sola (3).

---

(1) Capello llegó a Roma el 23 de mayo de 1499. Marino Giorgi le sucedió en 1500. Marco Dandolo siguió a Marino Giorgi, y más tarde vino Giustinian.

(2) Leopoldo Ranke: *Historia del Papado durante los siglos XVI y XVII*, página 75 (edición francesa).

(3) Branca de Telini, entre otros errores, dice que los franceses ganaron a los españoles en la guerra de Nápoles, cuando la más elemental ver-

¿Quién mató al segundo Duque de Gandía? La única respuesta que puede dar un historiador de conciencia, es: «No lo sabemos.» En efecto, si nó se pudo en el momento del delito, ¿cómo podrá saberse cuatrocientos cincuenta años después? Entonces, la Justicia no conoció al delincuente, no pudo hacer más que presentar hipótesis contradictorias, y el gran público sólo se hizo eco de los rumores más inverosímiles. De lo único que la posteridad puede estar segura es de que César Borgia no intervino en el crimen.

---

dad es que los franceses fueron expulsados del reino de Nápoles definitivamente. Véase el breve *Diario* de Branca de Telini en Muratori Italicarum Rerum Scriptores.

CAPITULO XVI

# LOS DOLORES FAMILIARES Y LA REFORMA DE LA IGLESIA

*Lucrecia se retira a un convento.*

Mientras la muerte de Juan Borgia afligía al Papa, de tal manera que los contemporáneos afirman que no quiso tomar agua ni comida durante tres días, las relaciones de Lucrecia con el marido pesaban también dolorosamente sobre su espíritu. Días antes del delito, el 4 de junio, Lucrecia, separada del marido, se retiró a un convento para evitar acusaciones futuras (1). El 14 de junio, los familiares de Lucrecia llamaron a Ascanio Sforza, pariente del señor Pesaro, y le comunicaron, como ya hemos dicho, que el matrimonio no se había consumado, a pesar del tiempo transcurrido, a causa de la impotencia del esposo. Ascanio comunicó la penosa noticia a Ludovico *el Moro,* y el Papa, a su vez, reunió al Consistorio, y declarando que no quiere decidir él mismo, nombró una comisión compuesta de los Cardenales Antoniotto Pallavicini y Giovanni San Giorgio, encargándola de dar su opinión canónica, y, si procediera, disolver el vínculo. El Papa había tratado precedentemente de obtener la separación de los cónyuges en

(1) Bruchard: *Liber Notarum.* Da la noticia con fecha 4 de junio de 1497. También se halla la misma noticia en un Despacho de Donato Aretino, orador de los Este, al Cardenal Hipólito d'Este, diciendo que fué al convento *insalutato hospite,* o sea sin avisar a la familia.

Pietro Balan, en su *Historia de Italia,* relaciona la retirada al convento de Lucrecia con la muerte del Duque de Gandía, erróneamente.

forma amistosa, y para evitar escándalo se hallaba dispuesto a dejar la dote de Lucrecia a Sforza y a hacer alguna concesión patrimonial (1).

*La anulación del matrimonio.*

Giovanni Sforza se defendió como pudo a través de sus poderosas influencias; pero en 18 de noviembre del mismo año 1497 reconoció, en documento auténtico, su estado, aunque precedentemente en cartas a sus poderosos parientes de Milán había manifestado que deseaba probar lo contrario y que había poseído a Lucrecia diferentes veces. La comisión de los dos Cardenales, el 19 de diciembre, anuló el matrimonio. Lucrecia volvió a ser soltera.

Un acto de este género debía producir comentarios y rumores del peor gusto, tratándose de la familia de un Soberano y de un Borgia; no fué suficiente para evitarlos la retirada al convento, como lo haría aun en el Sur de Italia la hija de una familia provincial acomodada, ni la comisión de los dos Cardenales, ni siquiera la confesión del propio marido. Matarazzo, fuente de tantos historiadores, escribe en su crónica que Lucrecia es, en aquel momento, a los diecisiete años, la mujer pública más frecuentada de Roma. Una frase del marido ofendido hace surgir la teoría del incesto: el Papa tiene el propósito de hacerla suya; y nadie piensa que el Papa en seguida va a hacerla de otro, casándola nuevamente, teniendo además dificultades en la elección por el exceso de concurrentes.

*Se acusa a Lucrecia de haber tenido un hijo adulterino.*

Para mayor infamia, se dijo que Lucrecia había tenido un hijo a mediados de marzo de 1498, por lo que la concepción debió de ser al entrar en el convento. Hasta Von Pastor, el mejor biógrafo, aunque muy incompleto, de Alejandro VI, cree en todo esto, porque un señor Poggio, secretario de Bentivoglio, Señor de Boloña, dice que en Venecia corren tales rumores. Von Pastor, diligente coleccionista de datos, a menudo no hace funcionar su juicio propio. Es en Roma en donde debiera haber corrido la noticia de este supuesto hijo y no en Venecia,

(1) En el Archivo milanés se encuentra una larga correspondencia entre el Cardenal Ascanio Sforza, Ludovico *el Moro* y Stefano Taverna, orador de *el Moro* en Roma. De esta correspondencia se deduce claramente la impotencia de Giovanni Sforza, que, invitado a reunirse en Nepi con Lucrecia, a fin de consumar el matrimonio, se negó.

y en Roma nada se sabe. Capello, también citado por el mismo autor, habla de incesto con los hermanos, al mismo tiempo que del hijo que se presenta en época tan excepcional, y habla de otras cosas descartadas históricamente, y descartadas por el propio Pastor. Hubiera debido pensar el ilustre escritor que el Duque de Ferrara, poco más tarde, recibió a Lucrecia con honores, respeto y afecto, cuando casó con su primogénito, lo cual indica la poca importancia y veracidad que dió al rumor comunicado por su enviado de Venecia. Lo que impresionó a Von Pastor fué la coincidencia de tres rumores concordantes, y no pensó que podrían tener el mismo origen, como en efecto lo tuvieron. No es ésta la primera vez que a Lucrecia le atribuyen un hijo, a pesar de su poca edad. Basta decir que una de estas frases banales de comadre, dicha por un contemporáneo, o sea que por las formas exteriores, Lucrecia parecía tener un principio de embarazo, frase pronunciada cuando ella tenía trece años, ha hecho que historiadores posteriores creasen un nuevo título acusatorio.

*La acusación se eleva a incesto.*

Mas ¿quién es el padre de este hijo que se supone concebido en el convento? Cada escritor moderno ha aceptado el rumor que más le agrada de los varios corridos a través del tiempo. El primer acusado es un hermano, el Duque de Gandía, simplemente porque fué asesinado (1). César viene después, porque César es siempre un buen candidato para todos los crímenes. ¿Por qué no el Papa mismo? Giovanni Sforza ha revelado sus intenciones siniestras de hacer suya a Lucrecia, pues ahora la intención se ha cambiado en hecho. Pero ni para los creyentes apasionados de la tragedia borgiana nada de esto es verosímil. ¿Cómo creer en delito tan repulsivo, si no hay un solo indicio? Debe inventarse algo distinto. En efecto, existe un Pedro Calderón, conocido por Perotto, empleado papal muy ligado a la persona de Alejandro VI, íntimo de la familia Borgia, que fué encontrado,

---

(1) En cuanto a las supuestas relaciones del Duque de Gandía o de César con Lucrecia, no hay ninguna prueba; sólo voces aisladas de maledicencia vaga. Basta pensar, para negarlas, que Giovanni Sforza, que iba buscando un pretexto para culpar a Lucrecia, que le hubiera absuelto a él de la acusación de impotencia, nunca acudió a tamañas invenciones. (Sobre Lucrecia Borgia se puede leer con provecho el libro de Gregorovius, mejor dispuesto con ella que con los demás familiares.»

como tantos otros, muerto en el Tíber, cosa muy común, no porque eran tiempos borgianos aquéllos, sino porque desde años antes de los Borgia, y después, acontecía esto en Roma. Pues bien, Perotto debe ser entonces el padre del supuesto hijo de Lucrecia. Así, el señor Poggio, ya referido, escribe desde Venecia que ha oído decir que Perotto «ha preñado a Lucrecia». Nadie se preocupa de saber si el hijo existe realmente, porque, como se trata de un acto perverso, la mayoría se inclina a darlo por seguro.

*Asesinato de Perotto.*

Con este caso de Perotto se presenta, una vez más, lo que es corriente en la tragedia de los Borgia. En ella, según la leyenda formada, no hay crimen aislado, sino siempre un grupo de delitos conexos. Calderón o Perotto, que ha poseído a Lucrecia en circunstancias y momentos tan excepcionales, se dice es a su vez asesinado por César, que no venga la honra familiar, sino su amor incestuoso. Perotto vive en las antesalas de Alejandro VI, es su más fiel auxiliar. César le encuentra en los vastos salones y cuchillo en mano le persigue. Perotto corre veloz ante la acometida brutal y cae en brazos del viejo Papa. El Cardenal de Valencia le alcanza allí y le entierra en el cuerpo tembloroso su arma repetidas veces. La sangre brota, bañando la cara del Papa y el manto sagrado. Ese relieve macabro es el adecuado a la espeluznante escena borgiana.

Continuemos nuestro análisis, impugnando en sereno examen tantas inculpaciones, cuyo absurdo venimos señalando en todos los casos. Bruchard, que está habitualmente en las mismas antesalas, no conoce nada de este crimen, y sólo dice que Perotto cayó en el Tíber en contra de su voluntad: «Cecidit in Tyberim male libenter», o sea, que fué lanzado a él por malhechores o por sus enemigos (1). En su

---

(1) BRUCHARD: *Liber Notarum.* El hecho está relatado bajo la fecha del *Diario,* 14 de febrero de 1498. Bruchard añade que se habla mucho de esta muerte en Roma, lo cual es natural, tratándose de un funcionario muy adicto a la persona del Papa. Debemos hacer observar que el *male libenter* consta en todos los manuscritos de Bruchard. Dell'Oro, en el libro citado, dice que en el Manuscrito de Milán no está. Evidentemente, la caída en el Tíber dio la oportunidad a un copista de decir irónicamente que no fué del agrado de la víctima. Bruchard, en su *Liber Notarum,* y por lo que conocemos de su vida, no parece haberse permitido frases graciosas frente a un delito, ni en ninguna ocasión.

*Diario* no hay nada de esta tragedia, que es suficiente, sin embargo, para despertar la imaginación del opaco maestro de ceremonias del Vaticano. No hay nada tampoco en las informaciones de los Embajadores, deseosos de comunicar a sus Señores las noticias más extraordinarias. Nada en las *Crónicas,* insidiosas. Poggio, en la carta referida, dice a Hércules de Este que Perotto ya no estaba en el Vaticano y que se hallaba en la prisión. El desconoce que Perotto ha muerto. La escena de esta muerte trágica se halla exclusivamente en la carta a Silvio Savelli, carta anónima dirigida a este exilado, a quien el Papa ha quitado todos sus bienes, ha destruído su poder y ha arruinado a su familia; carta que no es una comunicación privada, como de su nombre pudiera suponerse, sino un panfleto que circulará de mano en mano entre los enemigos, ya numerosos, del Pontífice severo que ataca con fuerte energía a todos los nobles, a todos los poderosos, a todos los Señores de los dominios pontificios. La carta a Savelli es un arma de la lucha, no un documento histórico. Pero es el más conveniente de los instrumentos para acusar a los Borgia. El Embajador Capello, que no se halla en Roma aún, más tarde, a través de Sanudo, reproduce esta acusación, que ciertamente ha leído en el anónimo libelo.

Hay una triple contradicción sobre la muerte de Perotto. Es en el Tíber donde la encontró, según Bruchard; en la prisión, de acuerdo con Poggio, y en la furiosa escena vaticana, si se sigue al autor anónimo de la carta a Savelli. Los historiadores posteriores han sumado las tres versiones: Perotto, detenido, fué luego llevado al Vaticano, allí asesinado en los brazos del Papa y tirado al Tíber para ser pescado más tarde por las mismas autoridades que le habían lanzado allí. Parece excesiva esta forma de reconstruir el pasado. Evidentemente, si la Historia ha destruído la reputación de los Borgia, los Borgia han atentado fuertemente a la credibilidad histórica.

De este supuesto hijo de Lucrecia no se sabe nada más; desaparece del clan Borgia, que, sin embargo, ayuda, protege y eleva a todos sus miembros, y, de acuerdo con la leyenda, principalmente a los bastardos.

Mas, volviendo a los hechos reales, la muerte del Duque de Gandía en primer término y esta situación matrimonial de Lucrecia afligieron sobremanera el alma de Alejandro VI. En el Consistorio del 19 de junio, al dar cuenta del primero de estos acontecimientos, manifestó que era preciso reformar la Iglesia, y que para ello nombraría una comisión de seis Cardenales, sometiéndose a la reforma él el primero.

*El afligido Papa tiene una crisis mística.*

Debemos hacer notar que en aquel entonces todos hablaban de reformar la Iglesia. Las reformas, como las revoluciones, son necesarias cuando hay que armonizar un estado de derecho con una nueva situación de hecho. En el curso del tiempo, las relaciones eclesiásticas habían cambiado por su gradual desarrollo; empero, las instituciones habían quedado inmutables. La reforma debía venir a restablecer la debida armonía entre el hecho y el derecho. Mas este proceso, que debe ser rápido, choca en todas las épocas con el horror a lo nuevo, y de ahí que sólo la pasión, o sea un estado de anormalidad, pueda llevar a cabo la obra. Mientras no se forma este estado pasional en la mente colectiva, todos reconocen el mal, y todos hablan teóricamente de los cambios necesarios, y nadie se atreve a llevarlos a efecto; tantos son los obstáculos materiales que se encuentran al paso y los peligros inherentes.

*Se habla de reformar la Iglesia.*

La Iglesia era regida en esta época, así en la parte política como en la espiritual, en forma de Monarquía absoluta. Esta no respondía a la tradición, pero se había establecido poco a poco por diferentes concausas. El Papa, después de una larga lucha, especialmente con las Iglesias del Oriente mediterráneo, había asumido la posición de *primus inter pares,* y posteriormente de Soberano sometido sólo a los consejos generales del Catolicismo, o sea a los Concilios, ahora es el representante inapelable de Dios en la tierra. Quien hable de *Concilio* en esta última época, si no es la autoridad competente, es un revolucionario peligroso, porque pide un remedio cuyos efectos curativos van siempre más allá de la necesidad del organismo al cual se aplica. Reclamar la convocatoria de un Concilio era como pedir en tiempos posteriores la reunión de los Estados generales, y en los más modernos como clamar por una Convención Constituyente. Así, no fueron pocos los peligros de la Iglesia católica durante el laborioso Conci-

*Cambios sucesivos de la autoridad de los Papas.*

lio de Trento, aunque convocado mucho más tarde y con gran preparación. Por otra parte, los Papas y los Cardenales, y también los teólogos, pensaban que la Iglesia debía reformarse, porque ya no limita sus altas funciones a la salvación de las almas, sino que es un instrumento de bien terrenal en la vida moral del mundo, íntimamente unida a los nuevos sistemas políticos y jurídicos estatales que se han formado y se van perfeccionando con tendencia a una autonomía absoluta muy peligrosa para la propia Iglesia. Y como siempre sucede, a esta concepción teórica, de la reforma o revolución, le dió vida algo más comprensible y sentimental la protesta contra los abusos del régimen, perdiéndose poco a poco en el pensamiento de la gran mayoría la parte doctrinal, y quedando sólo el deseo de enmendar lo existente en cuanto constituía corruptela y vicios de las instituciones en vigor.

*La idea de la reforma en el campo de la Iglesia.*

Antes de Alejandro VI se había hablado de reforma, y después se habló mucho más. Pero se necesitó la pasión de un Lutero que pudo actuar en un ambiente político favorable como Alemania; y se necesitó una agitación interna en el Catolicismo de más de medio siglo para darnos la reforma interior de la Iglesia con el Concilio de Trento. Alejandro tenía en esta cuestión una visión exacta, porque unía a una clara y equilibrada inteligencia un conocimiento completo de las cosas de la Iglesia. Durante el tiempo que había sido Cardenal, había intentado una reforma parcial en España, con el Concilio español que reunió en Segovia y continuó luego en Madrid. Además, en el Cónclave en que resultó electo Paulo II, él mismo juró la declaración previa, que los Cardenales suscribieron para el caso en que fuesen electos, de reformar la Iglesia tres meses después de la elección. En los Cónclaves sucesivos dió más o menos el mismo juramento; y en el que resultó electo, el juramento consistió en la obligación de convocar un Concilio general para la reforma y moralización de todo lo concerniente a la Iglesia.

*Alejandro VI promueve la más amplia reforma de la Iglesia.*

Esta obligación que se imponían los Papas electos, ineficaz por las tantas reservas mentales a que se prestan siempre las obligaciones puramente morales, demuestra que en el centro mismo de la Cristiandad se pensaba con insistencia en la reforma, y que el Papa Borgia, durante medio siglo en este centro, la había reconocido como una necesidad. En el Consistorio del 19 de junio de 1497, Alejandro VI reali-

zaba, pues, un acto en que muchas veces había pensado, y al cual se veía obligado por su declaración firmada en el Cónclave, aunque la obligación, canónicamente, no representaba un caso de conciencia. Como el dolor mejora a los hombres y los libera de los prejuicios y temores ambientes, el espíritu de Alejandro VI se sobrepuso a las dificultades contingentes que en las horas normales le impedían examinar la cuestión de la reforma en sí mismo. Y empezó a actuar sin pensar en las dificultades prácticas. Los Cardenales de la Comisión fueron los más distinguidos del Sacro Colegio: Oliverio Caraffa, Jorge Costa, Antoniotto Pallavicini, Juan de San Giorgio, Francisco Piccolomini y Rafael Riario. El Papa añadió a esta Comisión sus propios secretarios, los Obispos de Cosenza y de Capaccio, con la idea de colaborar él mismo en ello. Y a fines de noviembre, para dar mayor actividad a la labor que se hacía, autorizó a todos los Cardenales a concurrir a las reuniones.

*Trabajos que se hicieron sobre la reforma.*

Contrariamente a cuanto se ha dicho por muchos historiadores, la obra que se hizo fué prolongada e intensa. De Roo ha encontrado múltiples copias de los datos y proposiciones que se recogieron, conservados en el Vaticano en dos volúmenes especialmente, uno de trescientas cuarenta y seis páginas y otro de ciento treinta y dos. Parece que a medida que se avanzaba en el estudio se ensanchaban los fines de la reforma, y que al final fué considerado necesario un Concilio, porque la materia a resolver superaba las facultades papales.

*Por qué no se llegó a reformar la Iglesia bajo Alejandro VI.*

El Cardenal Caraffa, uno de los más activos de los colaboradores, propuso cuatro Bulas papales, cada una abarcando una materia; pero en la documentación se encuentran proyectos ya redactados que indican que se descartó toda idea de reforma papal para acudir a un Concilio ecuménico. El Concilio no fué nunca convocado, y la justificación de esto la da el mayor enemigo del Papa Borgia, Julio II, que al convocar en el año 1511 el Concilio de Lateran, con más modestos propósitos, dice: «El Concilio ha sido largamente aplazado desde los tiempos del Papa Alejandro por las calamidades que han afligido a Italia y que todavía la afligen.»

Desde el punto de vista moral, la iniciativa de Alejandro VI, sin embargo, no pierde importancia por no haber alcanzado sus fines. Para negar esta importancia moral, se ha dicho que, no teniendo autoridad, el Papa no podía acometer la reforma. Alejandro VI tuvo tal autori-

dad hasta su muerte, al punto que los Reyes abúsivos de la época buscaban todos su amistad y protección, y le dejaban por respeto los tratados que celebraban con otros Soberanos, abiertos a su firma en todas las ocasiones. Esta reforma por él iniciada tuvo partidarios fanáticos en las filas eclesiásticas, que llegan a esperar el siglo de oro de tal acontecimiento (1). La realidad es, y a ella se refiere Julio II, que la llegada de Luis XII a Italia, las conquistas extranjeras de Milán y Nápoles, las incursiones turcas sobre las costas de Italia, los pactos de Ludovico *el Moro* y de Federico de Nápoles con el Sultán de Turquía, la actitud de los Barones y Príncipes del territorio de la Iglesia, y, por fin, el imperialismo veneciano, no podían producir un ambiente favorable a un Concilio que tuviese tan amplios propósitos. Aparte la consideración práctica, que si todos hablaban de reforma nadie todavía la quería. Quien conozca la historia del Concilio de Trento debe justificar al Papa Borgia, porque sabe la influencia que tuvieron los poderes temporales sobre este acto puramente eclesiástico y los peligros que corrió la Iglesia.

*Alocución de Alejandro VI.*

Los nobles propósitos de Alejandro VI se encuentran en el prefacio al documento o documentos que se prepararon. Lo publicamos íntegramente para que sean conocidas las ideas que tenía en ese año de 1497: «Colocados por la Divina Providencia como vigía de la Sede Apostólica para, en el cumplimiento de los deberes de nuestro oficio pastoral, desarraigar el mal que debe ser vencido y plantar el bien que debe ser fomentado, nos hallamos dedicados con toda nuestra alma a la reforma de las costumbres. Advertimos, con pena, que la conducta de los cristianos se ha ido desviando de la perfecta y antigua disciplina, ha roto los saludables principios de antaño, los decretos de los santos Concilios y Soberanos Pontífices que frenan la sensualidad y la avaricia, y ha estallado en un libertinaje tal, que es imposible tolerarlo por más tiempo. La naturaleza de los mortales se inclina al mal, y sus apetitos no siempre se ajustan a la razón, sino que, como dice el Apóstol, llevan la mente al cautiverio y conducen los pueblos al yugo del pecado. Hemos, ciertamente, aspirado siempre a que esta

(1) Pedro Delfino: *Epístolas*, libro, V, epístola 37.

licencia fuese refrenada por nuevas Constituciones. Hemos a menudo dado nuestra obra en ese sentido a Pío II, Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII, nuestros predecesores de feliz memoria, cuando estábamos en jerarquía inferior («in minoribus») gozando los honores del cardenalato. Al principio de nuestro pontificado también decidimos consagrar nuestros cuidados a este asunto, anteponiéndolo a toda otra labor, pero envueltos como estábamos en otra mayor dificultad a consecuencia de la llegada a Italia de nuestro bien amado hijo en Cristo, Carlos, el muy cristiano Rey de los franceses, con un potentísimo Ejército, fuimos compelidos a posponer nuestro empeño hasta hoy. Pero ahora hemos comenzado la reforma con nuestra Curia romana, que es nexo de todas las naciones que profesan el Cristianismo, y que tiene la obligación de ser modelo de vida ejemplar. Queriendo, por tanto, llevar a cumplimiento cosa tan sagrada, tan necesaria y tan deseada por nosotros desde largo tiempo, hemos escogido del Colegio de nuestros Venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana los seis miembros más probados que viven, sobre todo, en el temor de Dios, o sea, Oliverio, Obispo de Sabina, y Jorge, Obispo de Albano, Antoniotto, que lleva el título de Santa Práxedes, y Juan del título de San Nereus y Achileus, Cardenal-sacerdote; también Francisco de San Eustachio y Rafael de San Jorge, Cardenales-diáconos. Ellos nos ayudarán con sus labores y con su consejo y prudencia. Después de considerar todas las Constituciones del pasado, y pesar cuidadosamente las circunstancias del presente, hemos promulgado con autoridad apostólica las adjuntas Constituciones y Ordenanzas, a las cuales otorgamos también la autoridad de una Constitución, mandando sean observadas inviolablemente. Otras Constituciones de nuestros predecesores sobre igual materia continuarán en vigor. Y, siguiendo las huellas de nuestro Salvador, del cual somos inmerecidamente Vicario en la tierra, de El, que empezó a actuar y a enseñar y a instruirnos no sólo con el ejemplo, sino también con la palabra, nosotros nos sometemos, nosotros mismos, a la ley, aun cuando tenemos el poder supremo de los santos cánones y la facultad de hacer las leyes, a pesar de poseer la más sublime dignidad y la más alta autoridad. Deseando dar ejemplo a los demás, aca-

tamos la reforma para nuestra propia persona y para toda nuestra familia oficial, y hemos resuelto conducir nuestra vida según nuestra dignidad y rango, obligación que extendemos a todos los que viven en nuestro palacio, a nuestros domésticos y a todos los que se hallan directamente bajo nuestro mando, especialmente aquellos que viven en esta misma Corte.»

*Los principios de esta reforma.*

Las disposiciones prácticas que siguen a este prefacio son muchas y de diferente carácter. Reproducirlas todas sería largo. Se consignan, en los documentos encontrados, en primer término, algunas reformas que el presente Papa ya está practicando, a pesar de la costumbre contraria establecida en el pasado. Se previene que no deben venderse las indulgencias, se prohiben las exacciones ilegales de los funcionarios del Tesoro y la venta de las tierras o ciudades del Patrimonio de la Iglesia. Se determina que el número de Cardenales no debe exceder de veinticuatro, y que deben llevar una vida pura y santa; sus banquetes deben empezar con un plato de pastas, una carne hervida y un asado y terminar con frutas, y durante los mismos hay que leer versos de las Escrituras Santas y no permitir músicas, cantos seculares ni histriones. Los Cardenales deben residir en Roma y no dejarse acompañar cuando visitan la ciudad con más de veinte hombres a caballo. Ellos deben ser escogidos entre los teólogos y pertenecer proporcionalmente a todos los países. Sólo un pequeño número puede ser reclutado entre familias principescas o ducales. Los que pertenecen al séquito de los Cardenales no deben tener concubinas, y menos los que gozan de beneficios, so pena de perderlos.

El Papa mismo no debe circular por Roma acompañado por hombres armados, fuera de su escolta, y debe siempre llevar la capa roja; en su palacio deben habitar solamente clérigos, ni puede transferir su Corte y residencia fuera de Roma sin la autorización del Consistorio. Los Cardenales y los Obispos deben reformar sus iglesias respectivas. Los Obispos deben convocar todos los años un sínodo de su Diócesis, y los Arzobispos un Concilio provincial cada tres años. Los conventos deben ser purificados. Todo Obispo, Abad y Cura deben vivir en su respectiva residencia, salvo permiso papal. Toda simonía será castigada con la excomunión. Los Obispos deben ser doctores en De-

recho canónico. Cultura necesaria en el clero, alto y bajo. Todo nombramiento de clérigo debe ser precedido de un examen moral del candidato. Los «beneficios» no pueden ser excesivos. Los curas pobres deben ser mantenidos por el Tesoro papal. Y muchos otros preceptos del género, además de los concernientes a abusos específicos que se cometían más habitualmente en Alemania y en Inglaterra.

Se determina, por fin, que el Papa debe convocar un Concilio tan pronto sea posible hacerlo, y debe dictar una Constitución para prevenir los abusos de los Cónclaves.

*Concordancia de esta reforma con los principios del Concilio de Trento.*

Es muy de tenerse en cuenta que no se hace ninguna alusión a cómo el Papa debe vivir, si se excluye lo referente al traje que debe usar en las calles de Roma, a los hombres de armas que le pueden acompañar, y a los que pueden habitar en el Vaticano (1).

Las medidas estudiadas por esta amplia Comisión de Cardenales, bajo la dirección de Alejandro VI, y los proyectos acordados, ofrecen una impresionante analogía, en algunos casos identidad, con los que fueron presentados y luego aprobados en el Concilio de Trento al reanudarse esta labor. El Papa que la reanudó fué Alejandro Farnese, el Cardenal «de la gonnella», según la sátira romana, el hermano de Julia *la Bella*, el protegido discípulo de Alejandro VI. El Cardenal Farnese estaba en su primera juventud cuando estas ideas se elaboraban, en un momento en que todo conocimiento se traduce en una educación del espíritu. Era entonces Cardenal. Así, cuando fué electo Papa, cuarenta años más tarde del día en que Alejandro VI le dió la púrpura, estas olvidadas páginas vaticanas, sin salir quizá de sus archivos, vinieron a su mente, y con paciencia y dificultades de todo género, dificultades que por cierto no terminaron con la convocatoria, llamó al famoso Concilio ecuménico que todos los Papas habían ofrecido y deseado. Alejandro VI había preparado esta obra con certero instinto, y sus ideas, a pesar de la agitada mentalidad de la época, han sobrevivido por siglos, y sabido es que la supervivencia constituye la única medida de la grandeza de las ideas.

---

(1) Hay un número de preceptos en esta reforma que tratan de las obligaciones de los Príncipes y Reyes para con la Iglesia. Omitimos toda referencia a los mismos, por no ser de interés en este estudio.

CAPITULO XVII

# MATRIMONIOS PRINCIPESCOS DE CÉSAR Y LUCRECIA

*César abandona la Iglesia.*

Como hemos dicho, César Borgia entra en la escena mundial en 1498, pero es en 1499 cuando empieza su acción intensa. En los años pasados ha sido hombre de Iglesia. Los únicos documentos que existen sobre su existencia precedente se refieren a lazos de familia, al derecho que tiene entonces de heredar la grandeza de España del hermano Juan Borgia y el ducado de Gandía, y a los beneficios eclesiásticos de que los Papas, amorosamente pródigos, le cubrieron. Algunas palabras de elogio nos revelan que hizo buenos estudios.

No se le relaciona con la muerte del Duque de Gandía hasta este año noventa y ocho, e igualmente surgen más tarde las fábulas sobre el asesinato de Pedro Calderón, llamado Perotto. Hasta 1498, el terrible César Borgia es un joven Cardenal que piensa sólo en divertirse. Se ocupa de cacerías, cuida su jauría, se viste como un Príncipe temporal, asiste poco a los actos religiosos. Entonces tiene apenas veintitrés años.

Decir que un segundón de familia noble se daba a la vida eclesiástica por vocación, es desconocer por completo la época; y condenar a quien, sin tener tal vocación, se ha dado a esta vida, que empieza a veces antes de los siete años, es no conocer aquellos tiempos y todos los tiempos. César era el tercer varón de los hermanos, sean

éstos hijos del Papa, o de Guillermo Raimundo de Llançol y de Borgia, o de Arimanno, o de cualquier otro, que esto no hace al caso, y tenía dos familiares Cardenales, y otro familiar, ya muerto, había sido Papa. En tales condiciones, la carrera eclesiástica era imperativa, indiscutible, porque era la riqueza en lugar de la pobreza; una posición de respeto y hasta de renombre, en lugar de una vida oscura de hombre de armas de segundo orden. Además, era la familia la que decidía y no el niño tierno de pocos años, que un buen día, vestido con el hábito de clérigo, iba a pasar pocas horas en la sacristía. De todos modos, para ser eclesiástico entonces no se necesitaba vocación alguna, y cuanto más alto era el cargo que esperaba al iniciado, menos era necesaria, porque la Iglesia tenía tantas funciones civiles y militares, que todas las vocaciones resultaban aprovechables en su seno. Cuanto se ha dicho sobre esta ausencia de vocación espiritual en César, prueba la falta de sentido histórico en los críticos, que han sido llevados al error por no comprender que cuando César habla más tarde de esto, al abandonar el cardenalato, usa un pretexto canónico para justificar un acto político.

*Breve período histórico de César.*

César ha sido calumniado aún más que Alejandro VI, a pesar de que en su brevísima existencia de personaje histórico, pocos hombres han tenido mayor éxito que él en el aprecio y en el afecto de los grandes y de las multitudes. Su vida activa empieza, como hemos dicho, en 1499, y termina a fines de 1504. Durante este corto tiempo conquista pueblos, que le reciben como a un libertador, y algunos le aman hasta en la desgracia; el Rey de Francia, el Soberano más poderoso del momento, le guarda no sólo miramientos excepcionales, sino que le trata en ocasiones con familiaridad de igual; las Cortes amigas le reciben con júbilo; Venecia le hace su patricio; sus subordinados dan la vida por él, aun después de su caída; Gonzalo de Córdoba, el *Gran Capitán*, le protege cuando es perseguido por Julio II, y solamente cambia esta actitud al recibir órdenes en contrario de su Rey Don Fernando; por fin, muchos Cardenales le obedecen primero y le defienden después, no obstante haber muerto Alejandro VI. Es el árbitro de la elección papal del Cardenal Julián de la Rovère, como lo ha sido de la de Pío III pocos días antes. Los que conocen

a la veleidosa humanidad pueden comprender lo que supone esta amistad de los poderosos, este respeto de gente encumbrada y esta fidelidad de los pueblos. Claro está que en este aprecio general por César, históricamente cierto, no pueden incluirse los escritos anónimos, las cartas privadas, que recogían rumores y voces malévolas, ni las informaciones interesadas de Embajadores enemigos, ni las de los Príncipes y sus cortesanos, que caían bajo la férrea acción de este hombre, que en sus conquistas parecía haberse desposado con la victoria. Error grave comete el que en un examen hecho a distancia de siglos, acepta como parte principal de la reconstrucción que hace de los acontecimientos pasados las insidiosas sospechas, las murmuraciones, toda la malevolencia subterránea con que los intereses lesionados manifiestan su despecho, o el chascarrillo ofensivo con que la mediocridad literaria y no literaria se venga de los que sobresalen. Precisamente esta tendencia de poner a César como autor de tantos delitos imaginarios y esta insistencia en destruirle moralmente, prueba que su personalidad en aquella época hablaba a la fantasía de todos. Entre muchos hechos coordinados, efectivos y reales, que nos dan un personaje de sobresalientes cualidades, respetado, amado, que impresiona por su inteligencia a hombres de gran valía, que da muestras de valor y decisión, y las insinuaciones aisladas, la repetición de rumores o el sarcasmo de poetas que son asalariados por enemigos vencidos, el juicio sano del observador no puede ni debe vacilar. Si la historia de los grandes hombres se tuviera que hacer, no sobre sus hazañas, sino sobre las murmuraciones, no habría un solo gran hombre público en los anales del pasado a quien rendir nuestros respetos.

*Una permuta del* cappello *por una mujer.*

Ya desde el año 1497 se hablaba de que el Cardenal de Valencia se quería retirar de la vida eclesiástica, y los *rumores* empezaron a correr. Uno de ellos, muy grave, que César quería hacer una permuta con su hermano Joffre, dándole a éste el *cappello,* y recibiendo en cambio a Sancha como esposa. Sanudo lo da con un «se dice» desde Venecia, y Ascanio Sforza refiere que se ha hablado de ello en Roma. En 1498 se insiste más en que César quiere reintegrarse a la vida civil, aunque sin ninguna alusión a Sancha y al supuesto cambio. El rumor se había desvanecido sin duda porque nunca existió tal proyecto.

El Papa había sido contrario a la retirada de César de la carrera eclesiástica. Al principio de su pontificado rechazó la proposición de matrimonio que le hacía Ferrante, Rey de Nápoles, de casarle con una hija suya, entre otras razones porque no aprobaba tal retirada. Pero ahora, muerto Juan Borgia, y no pareciendo hombre muy capaz el joven Joffre, Alejandro VI, de tanta ambición familiar, empezó a inclinarse hacia los deseos de César. Es muy probable que el Papa, después de haber acariciado la idea de que César recibiera un día sobre su cabeza la triple corona, sucediéndole en un futuro más o menos lejano, como él había sucedido al tío Calixto III, al ver ahora que el joven Cardenal no hacía liga con sus colegas, única forma de poder obtener el voto de los Cuerpos colegiados, comprendiera que tan alta aspiración era irrealizable, y en consecuencia, creyera preferible prepararle un mejor porvenir, dejándole como Príncipe de un vasto territorio, y no como uno de los muchos Cardenales. Es una simple hipótesis muy en consonancia con el espíritu perspicaz del Papa Borgia y de su desbordante nepotismo.

*Cómo pudo César abandonar la purpúra.*

Quedaba, sin embargo, la cuestión formal de este acto excepcional y los escrúpulos religiosos que provoca. A ambas cosas, Alejandro VI daba gran importancia. En conversaciones con Ascanio Sforza y con los Embajadores de Milán y Nápoles a fines del año 97, y precisamente el 24 de diciembre, el Papa habló largamente del interés que el Cardenal de Valencia tenía en retirarse de la Iglesia, y añadió que, si esto acontecía, debía hacerse con el menor escándalo posible. César, a su vez, favoreció esta tendencia y disipó los escrúpulos que acarreaba. Al efecto, empezó por declarar que de seguir siendo Cardenal se perdería su alma, pues los actos que realizara serían contrarios a sus votos, y luego convenció al Consistorio para que, en pleno, pidiera al Papa que accediera a sus deseos.

Alejandro VI estaba enterado de los manejos de César y de los argumentos que esgrimía, y hacia la mitad del año ya favorecía sus intenciones, porque comprendía que si César debía retirarse de la vida eclesiástica, aquel momento era el más oportuno, por hallarse de Pontífice que había de autorizarlo, sin adversarios fuertes y árbitro de la situación del mundo. El Rey Federico de Nápoles, que

había sucedido al sobrino, necesitaba del apoyo papal, por las amenazas de los venecianos, que querían retenerle las ciudades litorales del Adriático y del Jónico, y por los constantes peligros del lado de Francia. Rey de Francia va a ser muy pronto su antiguo conocido el Duque de Orleans, bajo el nombre de Luis XII. Venecia y Florencia le quieren de amigo. Ludovico *el Moro* parece sometido. La amistad de estos Reyes y Príncipes, y ciertos intereses personales que el nuevo Rey de Francia tuvo ante la Curia de Roma, le hicieron pensar en el curso de sus meditaciones que César, al dejar una carrera provechosa, entraría con muy poco esfuerzo en otra, igualmente buena y posiblemente mejor. En aquel entonces, el mayor vínculo de los intereses políticos es el matrimonio, y el Papa empezó a examinar este lado del problema. Así, al mismo tiempo que accedía a retirar el *cappello* de la cabeza de César, pensaba en formarle una mejor situación y en casarle con una mujer de alta alcurnia.

*Declaración de César en el Consistorio.*

César, en el Consistorio privado del 17 de agosto de 1498, no estando presente el Papa, declaró a los Cardenales que nunca había tenido inclinación eclesiástica, y que si había seguido en tal vida y alcanzado tan alta jerarquía, era por mandato y por favor del Pontífice; que, a pesar del tiempo, su inclinación continuaba siendo hacia la vida secular; por lo cual suplicaba a sus compañeros que pidiesen al Papa que le dispensara la extraordinaria concesión de volver al mundo y poder contraer matrimonio. Ofrecía, naturalmente, devolver todos los beneficios y prerrogativas que la Iglesia le había conferido. Todos los Cardenales, por unanimidad, acordaron deferir esta dispensa a la voluntad del Papa (1). Alejandro VI había ya recibido del Rey de España una fuerte opinión contraria a tal dispensa. Enterado éste de los proyectos de matrimonio, que se dirigían del lado de Francia, no quería que se contrajesen por la Monarquía electiva de Roma alianzas de familia que fuesen contrarias a sus intereses. Don Fernando tenía ya sus miras sobre Nápoles, y, además, todo acuerdo de la Santa Sede con Francia le era perjudicial. El Papa, con su habitual estrategia, tomó tiempo, procurando, como era su costumbre, convencer

---

(1) BRUCHARD: *Liber Notarum,* bajo la fecha referida.

a la parte en desacuerdo, pero dispuesto siempre a seguir en definitiva su propia voluntad.

En los últimos meses del año 1498, César empezó a abandonar los beneficios, uno a uno, y el Papa ofreció al Rey de España darlos a españoles para atraerle a sus propósitos.

*Un título francés para el ex Cardenal.*

En esta renuncia de César, cuya fecha exacta se desconoce, hay una aparente contradicción en los documentos. Mientras el Rey de Francia confiere a César un título francés, en agosto de 1498, sólo en el Consistorio del 26 de noviembre del mismo año dejó César de ser Obispo de Valencia. La contradicción puede consistir en que, llevándose a cabo contemporáneamente los actos de la renuncia eclesiástica con los nuevos favores y prerrogativas civiles que se le daban, el Papa demoraba la aceptación de los primeros en correlación con los segundos, a menos que no sea por cuestiones meramente burocráticas. Lo cierto es que cuando César hacía su declaración primera en el Consistorio, el Rey de Francia se había obligado ya a traerle a su lado, y le daba con formal diploma firmado en Etampes el condado de Valencia y Diois en el Drone, territorios de la Iglesia, pero en disputa con el Rey. Le prometía, además, en matrimonio a Carlota, hija del Rey Federico de Nápoles, o a una de sus propias parientes de sangre real. El 1 de octubre, también antes de la aceptación consistorial de la renuncia del ya mencionado obispado de Valencia, César, acompañado por un séquito lujosísimo, pagados todos los gastos por el Rey Luis XII, salía de Roma para Francia.

*Nuevo matrimonio de Lucrecia.*

Mas, en este mismo año 1498, el Papa pensó en casar a Lucrecia, declarada soltera por la Comisión cardenalicia en el último diciembre. Es de suponer, por el número de pretendientes que hubo, que un matrimonio con Lucrecia resultaba de gran provecho para el favorecido. Uno de ellos fué el Duque de Gravina, de la familia Orsini, la gran enemiga. Luego se estuvo a punto de concertar el matrimonio con el hijo del Príncipe de Salerno, Roberto de Sanseverino. Pero Ludovico *el Moro* protestó contra tal alianza familiar, diciendo que era contrario a los intereses de los Sforza y que traería la ruina de Italia. Estas oposiciones a actos puramente privados de la familia del Papa, prueban, una vez más, el concepto que se tenía de la autoridad papal.

Si el Papa, al favorecer a su familia, asumia actitudes de soberano temporal, los Príncipes de la época, imponiéndole restricciones del mismo género, aceptaban esta situación como del todo legítima.

*Alfonso de Aragón.*

El matrimonio con Roberto Sanseverino no pudo llevarse a cabo por otros motivos, y no por la oposición del *Moro*. El Príncipe de Salerno se rebeló contra el Rey Federico, que rápidamente invadió sus feudos, capturándole las principales fortalezas y, por último, Salerno. Sanseverino se vió obligado a huir. Como Lucrecia estaba sobre el mercado matrimonial, pronto el Rey Federico hizo dos rápidos arreglos. Sustituyó al Príncipe de Salerno con el hijo natural de su difunto hermano, el Rey Alfonso II, que se llamaba Alfonso también, en el principado y en el amor de Lucrecia. La nueva proposición fué aceptada inmediatamente, tanto más que las cualidades personales de Alfonso de Aragón eran sobresalientes en lo moral y en lo físico, aparte de sus extensos feudos, que comprendían no sólo los de Salerno, recibidos ahora, sino los que poseía antes, entre otros el principado de Bisceglie y Corato (Quarata, entonces), en Puglia. Alfonso había sido discípulo del famoso Brandolino Lippo, y al llegar a Roma se reconocía que no había joven más apuesto y bello. Alfonso era bien conocido en casa de los Borgia, porque era hermano de Sancha, casada con Joffre.

No es de creer, como se insinúa, que estos matrimonios se hacían exclusivamente por razón de la dote que el Papa daba, porque éste, buen contratante, muy hábil en el manejo de los dineros, siempre obtenía mejores condiciones que las que ofrecía. En este caso de Lucrecia, da una dote de cuarenta mil ducados, pero el Rey de Nápoles debe asegurar a su pariente feudos que rindan ocho mil ducados anuales y otros que en el futuro le produzcan hasta cuatro mil más. Ciertamente, la base de la unión en todos estos contratos es el interés recíproco, pero el interés mayor en este caso lo representaba el alto cargo que Borgia cubría.

*Celebración de las nupcias.*

El matrimonio fué celebrado el 21 de julio de 1498, en la misma forma, o parecida, con que se llevó a cabo el precedente con Giovanni Sforza, si bien esta vez no encontramos insinuaciones malévolas, como entonces, porque, en este período, los Orsini y los Colonna no están

en malas relaciones con el Papa, y porque en Nápoles tienen la pluma inactiva los literatos a servicio de los aragoneses, por tratarse del matrimonio de uno de sus amos. En esta ceremonia, que se califica de tranquila, o sea, no escandalosa, por los historiadores, hay la misma comida familiar, el baile, la comedia y, por añadidura, la misma mascarada; el Papa se divierte mucho con su habitual buen humor y su excesiva ternura para los suyos. El único comentario que se hace con ocasión de esta boda es el de Gattaneo, que «la esposa parece estar muy interesada en el marido». Ella tenía dieciocho años; él, diecisiete.

Los esposos se quedaron a vivir en Roma; el Papa les manifestaba un gran afecto; llegó hasta nombrar a Lucrecia Gobernadora de Spoleto y Foligno, y luego de Nepi. Mas, la política del Papa, un año después, no se inclinaba ya hacia Nápoles. Complicaciones internacionales le habían obligado a dirigirse por otros rumbos, y los aragoneses Alfonso y Sancha, con Lucrecia y Joffre, encontraban poco favorable el clima de Roma. Es útil observar que el Papa Borgia ayudó siempre a la familia aprovechando sus influencias políticas, pero nunca puso al servicio de aquélla los altos intereses de la Iglesia y de su Estado.

*César galopa hacia Francia.*

Durante este período, César, que había marchado hacia Francia, era recibido en aquel país con todos los honores. El Cardenal Julián de la Rovère escribe al Papa, con el cual estaba ya en buenos términos, que César se ha ganado el afecto de todos por sus grandes cualidades. El Rey Luis XII, pronto eleva el condado de Valencia a ducado. Así es cómo el Cardenal de Valencia de España pasa a ser, por mera coincidencia de nombres, el Duque de Valencia de Francia, comúnmente conocido por el *Valentino*. El Rey, igualmente, toma a ese «neveu du Pape» como *condottiere* de su reino, le da la Orden Real de San Miguel, le declara francés, y César Borgia se obliga a «obrar y pensar» como si hubiese nacido en Francia.

*Carlota de Nápoles se niega a casarse con César.*

Las relaciones de César con la Corte siguieron en los mejores términos, si se excluyen las pequeñas envidias que tuvo que provocar el afecto que le prodigaba el Rey, por ser César agradable, fino y hábil. Durante su estancia en Francia se entrega a todos los ejercicios atléticos; con elegancia gusta de los placeres, es amable con todos,

y, con buen tino, presta dinero al Rey personalmente. Un inconveniente grave, sin embargo, se presentó en cuanto al matrimonio. Carlota de Nápoles se negaba a casarse con César, no obstante la insistencia de Luis XII. Una influencia mayor que la del Rey de Francia hacía presión sobre su alma: la del padre. Se ha dicho que Carlota sentía repulsión hacia el Cardenal, no queriendo ser la «Señora Cardenala». Quien conoce los éxitos amorosos de estos jóvenes prelados, descarta esta hipótesis. César, además, era considerado uno de los mejores mozos de su tiempo. La actitud de Carlota era de obediencia al padre, el cual escribía al Rey de España que prefería perder la corona, la hija y su propia vida antes que acceder al matrimonio. ¿Era desprecio lo que sentía por los Borgia, por considerarlos advenedizos, u odio personal contra César? Ni lo uno ni lo otro. Federico, siendo Príncipe, había estado mezclado en una proposición de su padre, el Rey Ferrante, de casar a su hija con César, proposición que el Papa rechazó. El Rey de España, por otra parte, había casado a doña María Enríquez, su prima, con el hermano de César. La rama bastarda de Aragón no iba a considerar advenedizo a un pariente de dos Papas y ligado por estrechos lazos de familia a la rama legítima de su propia casa. El reino de Nápoles era feudo de la Iglesia, y era además reclamado por el Rey de Francia, que alegaba mejores derechos a aquel trono; César, protegido del Papa y del Rey, podía ser el objeto de un acuerdo entre el Vaticano y Francia; y este matrimonio podría dar lugar también a una conspiración de Palacio en la misma Nápoles, y resolver una querella de dos con el triunfo de un tercero. Biagio Buonaccorsi, el modesto y fiel auxiliar de Maquiavelo, en su *Diario*, escrito con tanto sentido común como sencillez, nos da la verdadera razón de la actitud de Federico. El Rey de Nápoles estaba dispuesto a dar la mano de Carlota de Aragón al Duque Valentino si el Rey de Francia y el Papa le garantizaban conjuntamente la tranquila posesión del reino. La condición no fué aceptada, y las proposiciones matrimoniales quedaron definitivamente rotas (1).

(1) Biagio Buonaccorsi: *Diario dei sucessi più importanti in Italia, e particolarmente in Fiorenza dall'anno 1498 in fino all'anno 1512* (o sea du-

De acuerdo con la palabra real, ofrecida en Etampes, César podía escoger alguna otra doncella pariente del Rey; escogió a otra Carlota, Carlota d'Albret, la hermana del Rey de Navarra. Y el matrimonio se celebró el 10 de mayo de 1499. César estuvo al lado de su esposa poco tiempo, pero sus relaciones con ella fueron siempre buenas. La hija Luisa, que nació de este matrimonio, y que César nunca conoció, fué educada en el respeto al nombre del padre, y sus descendientes ni ocultaron ni trataron de justificar su origen. Cuando César murió, en audaz empresa de guerra, precisamente a las órdenes del Rey de Navarra, Carlota llevó el riguroso luto, y su vida, no larga, pues murió a los treinta y seis años, a pesar de su renombrada belleza, fué, a juicio de todos, completamente pura, no obstante el ambiente general de alegre corrupción.

*César casa con otra Carlota.*

Ya antes de la celebración de este matrimonio, Luis XII había nombrado una Embajada especial, compuesta, entre otros, por el Cardenal De la Rovère, que la encabezaba, y por César Borgia. Esta Embajada debía hacer, en nombre del Rey, acto de obediencia al Papa, y manifestarle que el Rey de Francia le reconocía como el «verdadero Rector de la Iglesia universal, el verdadero Vicario de Cristo sobre la Tierra, y al cual se le debe sincera y completa sumisión filial» (1).

*Misión que reciben el Cardenal De la Rovere y César.*

No es extraño ver al Cardenal Julián y a César unidos. Como hemos dicho, Alejandro VI y el futuro Julio II se habían reconciliado. Desde 1497, por intervención del Cardenal Costa, los dos viejos compañeros, que tan íntimos fueron bajo Sixto IV, habían arreglado todas

---

rante el tiempo que Buonaccorsi fué empleado en la Cancillería de Florencia). El autor, bien enterado, dice, en relación con este proyecto matrimonial: «Había prometido el Cristianísimo (el Rey de Francia) dar por mujer al hijo del Papa una hija del Rey Federico de Nápoles, que se hallaba en la Corte al servicio de la Reina... Esta promesa no pudo cumplirse, porque la niña no quiso dar su consentimiento al matrimonio sin recibir previamente el del Rey Federico, su padre. Este, sabiendo que el Cristianísimo había empeñado su palabra con el Papa de darla por mujer al hijo, de todos modos, y juzgado que quería cumplir su obligación sin forzar a la niña (a causa del afecto que le tenía la Reina), trataba por este camino de obtener que el Cristianísimo le dejara como Rey en Nápoles, a cambio de un fuerte subsidio y la concesión de este matrimonio.» Y añade: Federico «secretamente hacía comunicar a la hija que no diera su consentimiento, si antes no le daban satisfacción». (Páginas 9 y 10.)

(1) París. Biblioteca Nacional. Fonds Dupui. Cod. 293.

sus diferencias. El Papa Borgia hubiera podido tomar fácil venganza contra su terrible e implaçable enemigo de los tiempos de Ferrante y de Carlos VIII, ya sin el apoyo del Rey de Francia ni el del Rey de Nápoles; pero, a pesar de su fama siniestra de envenenador de Cardenales, trató siempre con gran indulgencia a los que le habían ofendido, especialmente a Julián de la Rovère, a Ascanio Sforza y a Perault. Julián ya había estado en Roma en el 1497, y había vuelto a Francia. Ahora, con el Valentino, tomaba, a fines de julio de este 1499, el camino de Italia con gran lentitud. El Valentino estuvo más de un mes en Lyon, y llegó a Roma en noviembre. Más de un año permaneció en Francia; había salido siendo, probablemente, Cardenal aún, y volvía Duque, marido de una hermana de Rey, y amigo predilecto del más potente Monarca en aquel momento.

## CAPITULO XVIII

# EL PAPA Y LUIS XII

*Disoluciones matrimoniales y nombramiento cardenalicio.*

La protección que el Rey de Francia dió a César Borgia había sido obra de Alejandro VI, que lo previó y lo pactó todo. Preparación legal y preparación psicológica, que sólo la unión de las dos aseguran los éxitos permanentes. El Papa había fijado que se diesen a César ducado, territorios, rentas, esposa y hasta los gastos del suntuoso viaje, que costó enormemente, de lo cual el Rey protestó luego, con razón. Para la preparación psicológica, el Papa hacía coincidir más o menos con la llegada de su amado familiar el envío del nombramiento de Cardenal al poderoso George D'Amboise, la notificación de la nulidad del matrimonio contraído por el Rey, cuando era Duque de Orleans, con Juana de Valois, conocida por Juana de Francia, y la promesa de la autorización canónica necesaria para poder contraer nuevas nupcias con Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII. Estos actos de Alejandro VI han sido muy criticados, imputándosele que ponía al servicio de los intereses de su familia, no ya sólo su autoridad política, sino la eclesiástica. La crítica es, una vez más, errónea. El Papa Borgia se sirvió de estas decisiones eclesiásticas, otorgadas con plena justicia y según el ritual de la Iglesia, para mejorar la situación de César, pero no dictó las resoluciones en el exclusivo interés de éste. El nombramiento de George D'Amboise como Cardenal de Rohan respondía a una necesidad política. Era ya Obispo, y en aquel momen-

to, para usar la frase de Dante, tenía ambas llaves del corazón del poderoso Rey de Francia. Este Cardenal fué más tarde dos veces «papabile», en los dos únicos Cónclaves a que asistió, pues la muerte le sorprendió durante el pontificado de Julio II. La disolución del matrimonio del Rey, por otra parte, no fué dictada por el Papa, sino por una Comisión especial. El Pontífice, en su Bula, indicó que, sólo de ser ciertos los hechos de la demanda, estaría la Comisión facultada para dictar la nulidad. El proceso canónico se encuentra íntegro en los archivos franceses (1). Los hechos están en él bien definidos. Pocas veces un proceso se ha celebrado con mayores garantías.

*Procedimiento en la anulación del matrimonio de Luis XII.*

Al recibir la petición del Rey, enviada con un Embajador especial, el Papa nombró, el 30 de julio de 1498, al Obispo de Albi y al Obispo de Ceuta para que siguiesen los procedimientos necesarios y resolviesen el caso conjuntamente. Más tarde, temiendo que la Comisión pudiera no tener toda la autoridad necesaria, por tratarse de un Rey, agregó a ella al Cardenal Felipe de Luxemburgo. El proceso se inició en Tours el 30 de agosto. El Rey, por medio del procurador Antonio Scanno, alegó que Luis XI le había obligado, siendo Duque de Orleans, bajo pena de muerte, a casarse con Juana de Valois; que no había habido dispensa eclesiástica, ni entonces ni después, de los impedimentos canónicos por la consanguinidad de los esposos y por ser el padre de la esposa padrino de bautismo del esposo; que, además, aquélla no podía cohabitar. El Rey añade en su defensa que había huído de su casa para evitar la coacción y había sido puesto en prisión durante tres años, a causa de esta resistencia suya. La Reina compareció personalmente ante el Tribunal y se opuso débilmente a la demanda. Los jueces, para decidir causa tan importante, tomaron como asesores a otro Cardenal, a cinco Obispos, a los presidentes de las Comisiones de Investigaciones del Parlamento de París y a numerosos doctores en Teología y Leyes. El 18 de diciembre, la sentencia fué leída y promulgada anulando el matrimonio. Fué acordada por

(1) Biblioteca Nacional (París). Fonds latinos. Cód. 5.974. Fonds fr. Códice 2.711. Fonds. fr. Cód. 20.176 y 20.177. Los dos Códices primeros se refieren a la disolución del matrimonio de Luis XII con Juana de Francia. Los dos últimos son documentos relativos a la Casa Real de Francia, recogidos por los frailes de Santa Marta.

unanimidad. No es ésta la primera vez ni la última que la Iglesia anula un matrimonio después de veinticinco años de celebrado. Es preciso recordar que las disposiciones canónicas violadas no se convalidan por actos posteriores ni por el tiempo transcurrido, como en Derecho civil, por ser éste en su base, contractual, y no así el otro.

*Dispensa canónica para el nuevo matrimonio.*

Alejandro VI concedió con asombrosa rapidez la dispensa requerida por el Rey para el nuevo matrimonio con la viuda de Carlos VIII. La dispensa era necesaria por existir una consanguinidad de quinto grado. La razón que se alegó fué el interés del Estado, y, en efecto, lo había. Se trataba de unir o separar de Francia extensas provincias que la nueva Reina, ya Reina de Francia con el Rey anterior, aportaba como dote.

Con estos hechos ciertos e indiscutibles caen las acusaciones que desde Maquiavelo hasta nuestros días se han venido haciendo sobre este proceso judicial. Alejandro VI actuó con cuidado y precisión, como si hubiera conocido que el ojo de las generaciones posteriores iba a escudriñar con marcada malevolencia estos actos suyos. Es igualmente falso que César llevara personalmente la Bula autorizando el matrimonio de Luis XII con Ana de Bretaña, y todavía más falso que el Obispo Fernando de Almeida haya sido muerto por orden de César por haber revelado el contenido de dicha Bula antes de que el Rey concediese los favores pedidos. La Bula fué enviada a George D'Amboise directamente, y el Obispo Almeida murió dos años después de esta fecha, cerca de Forlí (1). Si César hubiese conocido las acusaciones de Maquiavelo, siempre impreciso en los hechos históricos, por ser, sobre todo, escritor político, en sus conversaciones con él más tarde en Romaña hubiera podido parodiar el bello verso de Zorrilla en el *Don Juan Tenorio,* diciéndole: «Los muertos que vos matáis, gozan de buena salud» (2). El Papa, en poco tiempo, había elevado a César en

(1) ALVISI: *César Borgia,* pág. 53 y siguientes.

(2) En esta historia de los Borgia hay el trabajo ingrato de tener que ir negando hechos creados por la leyenda a cada paso. Es también del todo inexacto que en los pactos matrimoniales se obligara al Papa a elevar a Cardenal al hijo del Rey de Navarra, cuñado de César. Amanco D'Albret, protonotario e hijo del Rey, era un candidato indiscutible para el cardenalato. Y, en efecto, fué creado Cardenal dos años después del matrimonio de César.

la vida civil, con el éxito y la rapidez con que lo había hecho en la eclesiástica; pero no había cedido nada de lo que le estaba confiado, y menos en el campo canónico. Veremos a continuación cómo tampoco en el político olvida los intereses de la Iglesia para favorecer a sus familiares, y cómo, por el contrario, en la misma hora en que recibe pruebas de la mejor amistad y devoción de Luis XII, procura distraerle de la cuestión italiana.

Alejandro VI es una figura política que se admira cuando se la examina de cerca. En la historia y en la vida hay hombres que usan la manera fuerte, así en la expresión de las ideas como en la realización de los hechos, y lo que dicen y lo que hacen se aprecia a distancia. Como al actor excesivamente dramático no le favorece la cercanía del público, así estos hombres pierden cuando uno se les aproxima. En cambio, otros, como Alejandro VI, crecen en nuestra admiración a medida que se les ve actuar en los pormenores, y el observador va comprendiendo que la virtud y méritos en ellos se halla en la precisión de las ideas, en la constancia fundamental de sus propósitos, en la ductibilidad formal, en fin, en la habilidad inteligente y continua con que obtienen éxitos sin disonancias y sin ruidos.

Alejandro VI, tan interesado en los favores que el Rey de Francia prodiga a César, y que tiene, además, el triste recuerdo de traición general del tiempo de la empresa de Carlos VIII, al encontrarse nuevamente frente a las aspiraciones francesas, actúa, en esta ocasión también, en el interés de Italia y de la Sede Apostólica. Y sólo cuando la necesidad le obliga a transigir sobre la penetración extranjera, porque no puede resistirla, con hábil maniobra procura que el equilibrio de las fuerzas en lucha garantice aquel resto de libertad de que gozaban los Estados italianos. La política seguida constantemente por Alejandro VI se verá aún más clara en las conversaciones sostenidas en los años posteriores con los representantes de la República de Venecia, que en aquella hora, atacada por todas partes, en la política y en los comercios, en tierra firme y por mar, concurría con sus mismos errores a su propia decadencia por uno de estos arcanos insondables que pesan sobre los pueblos como sobre los individuos destinados a la ruina. La adversidad, haciéndonos perder la confianza en

nosotros mismos, muchas veces nos induce a errar, y redobla así las consecuencias de los males que sufrimos.

*El Papa se opone a las espiraciones de Luis XII.*

La opinión común de los escritores es que Alejandro VI se entregó a Francia a causa del Duque Valentino. Vamos a ver en seguida que este juicio sobre la política general del Papa es tan erróneo como la tragedia anecdótica creada alrededor de su vida privada. Al ser consagrado en Reims Luis XII, además de los títulos franceses asumió el de Rey de Nápoles y Duque de Milán. El Papa comprendió fácilmente el significado de tal consagración, y al enviar una Embajada extraordinaria a felicitar al nuevo Rey, la dió orden de tratar ampliamente la cuestión italiana en caso de que el Rey iniciara la conversación, haciendo comprender que más útil y honroso sería para él emprender una acción en contra del turco que alterar la paz de la vecina península. Los Embajadores, que en esta ocasión eran dos colaboradores directos e íntimos del Papa, debían tratar separadamente tres cuestiones. Sobre el reino de Nápoles debían repetir la tesis pontificia del tiempo de Carlos VIII: si el Rey de Francia alega tener mejores derechos que la dinastía aragonesa, un Tribunal de la Santa Sede examinará la controversia, y el Papa hará que se resuelva con absoluta imparcialidad. En cuanto al ducado de Milán, debían recordar al Rey que durante cincuenta años los Sforza estaban gobernando a Milán y que los antepasados del Rey habían tenido la benevolencia de no atacarlos; hacerlo ahora sería debilitar en una lucha estéril las fuerzas de la Cristiandad; el Papa se obligaba a obtener de Ludovico *el Moro* pruebas de respeto y consideración para el Rey de Francia. En la cuestión de Pisa, el Papa aconsejaba su devolución a Florencia para mantener la paz de Italia, ya que Pisa había sido causa de discordia continua entre las Repúblicas de Venecia y Florencia y el ducado de Milán.

Este proyecto de paz italiana que el Papa pudo obtener de los Poderes italianos, ahora lo solicitaba de la benevolencia del Rey francés. Pero Luis XII, que pareció oír los consejos papales, y hasta llegó a hacer promesas en lo referente al reino de Nápoles, cuya empresa le parecía difícil, tenía ambiciones grandes en su ánimo, y ya se pre-

paraba para la conquista de Milán, esperando que los acontecimientos internacionales la hiciesen posible (1).

*Los venecianos se alían con el Rey francés.*

Pero mientras el Papa actuaba con su Embajada para mantener a Italia en paz y libre de la dominación extranjera, los venecianos intrigaban en sentido contrario, enviando sus emisarios a pedir la invasión. Venecia se encontraba en sorda lucha con Ludovico *el Moro.* La guerra entre los dos Estados limítrofes era esperada a cada momento. La Serenísima, bajo el pretexto de presentar sus parabienes al nuevo Rey, envió una Embajada en forma para proponerle una alianza y acordarla. Los pactos de la alianza fueron, en efecto, ampliamente discutidos durante algún tiempo entre las partes interesadas. El Rey los quiso enviar al Papa para que los conociera de antemano y los aprobara; pero enterados de este propósito los venecianos, que conocían la opinión de Alejandro VI sobre el mantenimiento del *statu quo*, ordenaron a sus Embajadores evitarlo de todos modos (2). Así, a espaldas del Papa, la alianza fué pactada y publicada sólo el 15 de abril de 1499. Los pactos, de una gravedad excepcional, fueron los siguientes: *a*) Alianza defensiva contra cualquier potencia, menos el Papa, que si lo deseaba podía entrar en ella; *b*) Alianza ofensiva contra el Duque de Milán para que el Rey de Francia pudiera recuperar el ducado que le pertenecía por herencia de los Visconti, expulsados de él medio siglo antes por los Sforza; *c*) Cesión a Venecia de ciertas tierras y ríos por parte de Francia, después de haber ésta ocupado el territorio del *Moro*, o sea, cesión a Venecia de una parte del ducado de Milán; *d*) Alianza ofensiva de ambos países en caso de ataque por parte de Maximiliano, Rey de los romanos, a Francia, y *e*) Derecho de Venecia de no concurrir a la guerra en el caso en que el turco asaltara a los venecianos antes de empezarse las operaciones contra Ludovico.

---

(1) Maximiliano, Rey de los romanos, un día (14 de julio de 1502) dijo al Embajador veneciano, Francesco Capello: «No se puede tener confianza en el Rey de Francia, porque todos los días jura cumplir cuanto promete sobre el Crucifijo y sobre la Hostia consagrada, y al volver las espaldas no lo recuerda siquiera y hace todo lo contrario de lo prometido.» Citado por ROMANIN: *Historia Documentada de Venecia*, vol. V, pág. 130.

(2) Secreta 26 de octubre de 1498. Archivio di Stato. Venecia.

Estos pactos fueron comunicados a Roma por el Cardenal Julián de la Rovère y por el Embajador veneciano después de haber sido convenidos, pero antes de la publicación del tratado. La Corte papal quedó muy impresionada por tal noticia; Alejandro VI se mostró muy irritado (1) contra la República de Venecia y acordó enviar una misión especial, confiada al Cardenal Juan Borgia, para que visitara las ciudades italianas, a fin de preparar la constitución de una nueva liga que impidiera una segunda invasión francesa (2). Buonaccorsi, que, como hemos dicho, estaba en la Segunda Cancillería de Florencia, la cual se ocupaba de los asuntos extranjeros, relata que el 12 de junio el Legado papal propuso la alianza antedicha, y que la Señoría de Florencia rechazó la oferta manteniendo su fidelidad al Rey de Francia (3). El Cardenal Juan Borgia siguió su misión, pero sin resultado. La fecha de estos actos de Alejandro VI oponiéndose a las pretensiones francesas coincide con las prodigalidades de Luis XII a César, con el matrimonio real que éste hace, con los juramentos que presta de servir a Francia. Dos deducciones honorables se imponen ante estos hechos: una, que los intereses de la Iglesia y de Italia ocupaban preeminentemente la mente y el corazón del Papa Borgia; otra, que el Valentino no tenía todo el poder que se le ha supuesto sobre el ánimo del Papa.

*El Papa quiere contrarrestar la alianza franco-veneciana.*

La turbulencia de Ludovico *el Moro* debía enajenarle la voluntad de Alejandro VI. Al tener noticia de la alianza francoveneciana, el Duque acudió al turco excitándole a atacar a los venecianos (4). Para Alejandro VI, y para cualquier Papa, toda alianza y amistad con el Señor turco, como se decía entonces, no era precisamente un crimen político, sino un pecado mortal. *El Moro* obligó al Papa a no considerar la cuestión dentro de la política, sino a examinarla desde el punto de vista religioso, aparte que, aunque políticamente, la amenaza de los turcos era ya efectiva sobre las costas cercanas a Italia,

*El Papa contra Ludovico* el Moro.

---

(1) Maquiavelo: *El Príncipe*, cap. VII, pág. 34.
(2) Zurita, obra citada, página 165, cap. XXXVIII, lib. III.
(3) Biagio Buonaccorsi, obra citada, pág. 22.
(4) Archivio di Stato. *Venecia Secreta*, 24 de agosto de 1499, carta al Rey de España.

y una ocupación turca de cualquier parte de la península entrañaba evidentemente mayores peligros que una francesa.

Por tales condiciones, y después de no haber tenido éxito la misión del Cardenal Juan Borgia, Alejandro VI tuvo que sustituir su política de mantener los extranjeros fuera de Italia, por otra: la de organizar un Estado más fuerte para la Iglesia, ya que ahora en las fronteras de sus territorios se iban a establecer países de mayor potencia militar, y procurar que las grandes potencias europeas se neutralizasen las unas a las otras.

La mayor parte de los escritores han afirmado que el Papa entró en la liga francoveneciana desde el primer momento; otros han dicho que entró más tarde, y que en ambos casos el precio de la adhesión al tratado que hizo más fácil la entrada en Italia de Luis XII consistió en el apoyo del Rey a César en su conquista de Romaña. Lo cierto es que el Papa nunca formó parte de esta alianza, y el apoyo a la Iglesia y a César, gonfalonero de la misma, fué debido al deseo del Rey de Francia de conservar la amistad de la Santa Sede, a los préstamos hechos por César al Rey y a las cualidades de habilidad y de persuasión del propio César.

*Invasión del ducado de Milán.*

El Rey de Francia hizo otro pacto con el Duque Filiberto de Saboya, y empezó a enviar hombres y armamentos a Gian Giacomo Trivulzio, que estaba constantemente atacando los confines del ducado de Milán. Luego envió fuerzas organizadas a las órdenes del Conde de Ligny y del señor D'Aubigny. El Rey mismo movió su Corte hacia el Sur y se preparó en Lyón a seguir para Italia. Por otra parte, Venecia entraba con sus Ejércitos en el ducado por el otro extremo.

Ludovico, viendo que sus fuerzas no resistían el ataque enemigo, puso a salvo sus hijos y sus riquezas, enviándolos con el hermano Cardenal Ascanio a Alemania. Al mismo tiempo llamó a consejo a los representantes populares, esperando que la resistencia de las ciudades le diera tiempo para recibir ayuda de Maximiliano y del Rey de Nápoles y reclutar además a los suizos y a otros mercenarios. Con su habitual ingenio confesó a los diputados del pueblo sus propios errores; habló de los gravosos impuestos, que eran producto sólo de las necesi-

dades de los tiempos, y de su decisión de ser un gobernante bueno para el futuro, administrando justicia imparcial y usando gran transigencia con todos sus súbditos. Recordó todo cuanto habían hecho por Milán él y sus antepasados, y advirtió que los franceses destruirían todo el ducado en su propio interés, tratándolos duramente, como siempre hacen los conquistadores. Los exhortó, en fin, a la resistencia, pues, dijo, los franceses son impetuosos en asaltar, pero no saben perseverar. Los diputados populares, después de consultas entre ellos, contestaron que el pueblo había decidido abrir las puertas de las ciudades a los franceses, y, a las nuevas insistencias de Ludovico, replicaron con más audacia que él había sido el primero en no tener fe en la victoria, habiendo enviado fuera del ducado a su familia y sus bienes. Abandonado por el pueblo, con un ejército no adecuado a las duras circunstancias, asaltado por los dos lados extremos, la derrota estaba en el orden natural de las cosas. Ludovico abandonó a Milán. Luis XII entraba en ella el 6 de octubre de 1499 con festejos de gran esplendor. Rodeaban al Rey los Cardenales George D'Amboise, Julián de la Rovère y Juan Borgia; los Duques de Saboya, Ferrara y César Borgia, Duque de Valencia; los Embajadores venecianos, los Marqueses de Monferrato y de Mantua. El pueblo aplaudió satisfecho de aquel acto que daba un excitante a sus nervios y espectáculo a sus ojos. Los carruajes del Valentino fueron los más admirados, al decir de Baldassarre de Castiglione, que estaba presente.

*Ludovico abandona Milán.*

El Rey quedó en Milán por poco tiempo. Luis XII, más hábil que Carlos VIII, no se alejaba mucho de su centro, que era Francia. Desde Milán, sin embargo, preparó la conquista del reino de Nápoles, y, convencido por el Duque Valentino, se decidió a ayudarle, dándole suficientes fuerzas para que iniciara sus operaciones de Romaña. Ausente el Rey, Ludovico *el Moro* apareció nuevamente a las puertas de Milán, y con el apoyo de las poblaciones maltratadas por Trivulzio y los franceses, reconquistó el ducado con la rapidez con que lo había perdido. Breve reconquista. *El Moro,* que no había mantenido su palabra nunca, cayó a su vez víctima de la traición. En Novara, los suizos que había asoldado se entendieron con sus connacionales del lado francés y decidieron abandonarle. El Duque les suplicó con mil promesas que

mantuviesen los pactos convenidos, les ofreció todo lo que tenia, pero sólo pudo lograr que le permitiesen confundirse con los soldados para huir disfrazado; denunciado, sin embargo, fué hecho prisionero y remitido a Francia, donde terminó sus días en un castillo, viviendo mientras tanto con relativa libertad y con todo respeto. Los franceses han tenido siempre estos rasgos de generosidad para el vencido.

*El Papa confisca los bienes de los Caetani.*

El Papa no quedó inactivo, aprovechando este momento favorable para sus reformas políticas. Preparaba las fuerzas militares, desposeía de sus bienes a los Caetani, a pesar del íntimo parentesco de éstos con los Farnese, o sea, con el Cardenal Alejandro y Julia *la Bella*, y metía al protonotario Giacomo en el castillo del Santo Angel, por delito de lesa majestad, en donde murió poco después, en el mes de julio de 1500 (1). El Papa persiguió con tanta violencia a los Caetani, porque tuvo conocimiento de que se habían puesto al servicio del Rey Federico de Nápoles, el cual, a imitación del *Moro,* había hecho alianzas con el Sultán Bajazet, ofreciéndole nada menos que un puerto en la península. La calificación de lesa majestad dada al delito convenía más a los fines del Pontífice, que, ya libre de la enemistad de los Reyes extranjeros, contando, al contrario, con la benevolencia de ellos y el apoyo del de Francia, se preparaba para dominar definitivamente a los Príncipes vicarios, que eran la vergüenza de Italia y la ruina de la Corte de Roma, precisamente por no ser fieles a la alta majestad del Pontífice.

---

(1) Naturalmente, esta muerte debía ser atribuída al Papa; Rafael de Volterra lo consigna así al escribir después de la muerte del propio Papa; pero Bruchard dice que Giacomo Caetani murió el 9 de julio de 1500, que el Cardenal Farnese se ocupó de su entierro en la iglesia de San Bartolomé, en Roma, en donde la madre y las hermanas y otros familiares vieron el cadáver descubriendo el féretro. Pablo Jovio «hace asesinar», en esta ocasión, a Nicolás Caetani, también por el Papa Borgia. Este Nicolás había muerto, sin embargo, en 1494.

CAPITULO XIX

# EL JUBILEO Y EL ASESINATO DE ALFONSO DE ARAGÓN

*Años de jubileo.*

La antigua costumbre establecida por Bonifacio VIII de celebrar un jubileo cada cien años para lavar las culpas de los pecadores con un viaje a Roma, obligaba a Alejandro VI a este acto solemne en el año 1500. El período inicial de cien años había sido reducido sucesivamente, hasta que Paulo II lo fijó en veinticinco años. Un viaje a Roma constituía una aventura peligrosísima en aquel tiempo. Los vicarios de la Iglesia, que gobernaban las ciudades y castillos a lo largo de los caminos, o sus feudatarios, se trocaban en salteadores o ayudaban a los salteadores. Bandas de corsos o de otros insulares desembarcaban en las costas de la península y se apoderaban, en abundante cosecha, de los bienes de estos hombres de fe que iban a buscar la salvación espiritual a la Ciudad Eterna.

*Indulgencia a las almas del Purgatorio.*

Para compensar tantas dificultades y peripecias, el Papa, con el consejo de los teólogos, concedió indulgencia plenaria a las almas que se hallaban en el Purgatorio si un representante de ellas en la Tierra intercedía en su favor. Con mayor espíritu práctico, Alejandro VI se ocupó igualmente de la seguridad de la vida mortal de los peregrinos. A fines de 1498 trató en Consistorio de las medidas que debían tomar para facilitar estos viajes y la seguridad de las vías de comunicación. Y propuso al efecto una organización policíaca parecida a la Santa

Hermandad española, consistente en una fuerza pública popular, compuesta de un miembro por cada cien casas, y una justicia expeditiva anexa a esta organización de policía. Sin embargo, esta excepcional iniciativa para la época no podía encontrar aceptación, y menos cooperación, en los vicariatos de la Iglesia. Los pequeños Señores italianos, viviendo como Príncipes riquísimos, con gastos superiores a sus entradas, al decir de Maquiavelo, debían aumentar su rédito precisamente con continuas depredaciones. Esta popular o Santa Hermandad italiana, quedó, pues, sólo como una aspiración de Alejandro VI. Y como no podía asistir impávido a los crímenes que ya se venían cometiendo, en febrero de 1500 dictó una Bula fulminando a los depredadores. «Nosotros mandamos (bajo pena de excomunión) a todos (los vicarios, etc.) que si un peregrino es robado, el Señor o la autoridad del territorio en el cual se ha cometido el crimen debe devolver las cosas robadas.»

*Gran afluencia de peregrinos a Roma.*

Las graves peripecias, las terribles incomodidades y los peligros no detuvieron a los fieles de acudir a Roma desde las partes más lejanas de Europa. Olas continuas de masas humanas llegaban a los pies del Pontífice, que el día de Pascua, al decir de Bruchard, podía bendecir a doscientos mil peregrinos en las polvorientas llanuras que rodeaban la iglesia de San Pedro. Toda la solemnidad y pompa en que la Roma papal es suprema en los anales de la Historia, fué desplegada para impresionar a aquellos creyentes. Los Cardenales, relucientes de oro, recorrían las calles y presidían en las principales iglesias. Los soldados del Papa, sobre caballos cubiertos de terciopelo costoso, precedían procesiones de ascetas embelesados. Los parientes del Soberano, como en todas las Monarquías, cumplían el deber de dirigir los cortejos, bajo el sol o la lluvia, presentándose en público con sus mejores galas. El fervor religioso se unía a una ostentación de potencia sobrenatural, como sobrenatural y potente era la entidad que se adoraba. En aquella hora en que Dios concede gracias excepcionales a una grey que fatigosamente ha llegado a la Ciudad Eterna para tocar piedras que redimen del pecado y recibir el perdón de unas manos que marcan signos en el aire, la humildad del ambiente no hubiera animado la fe de almas sencillas. Los grandes actos requieren noble y tam-

bién ostentosa vestidura. La solemnidad predispone a la admiración, y ésta es la puerta de entrada de la obediencia. El jubileo no podía ser un acto católico si no hubiese sido acompañado por el despliegue de fuerza y de boato que exige el Dios del Sinaí.

Naturalmente, algunos espíritus, que no se fijan en la exterioridad para penetrar en las eternas verdades, no gustaron de aquel exagerado esplendor, y volvieron de Roma a sus conventos, a su gleba o a sus villorrios, agitados y confusos; pero la masa que cree y no critica, que ama y no juzga, estuvo convencida y satisfecha de haber asistido a un espectáculo que precede e imita al ambiente soñado de aquella eternidad que debe premiar sus virtudes y sus dolores.

*Se extiende el jubileo.*

El Papa tuvo que aplazar la fecha del cierre del jubileo en Roma, y además, extender sus beneficios a ciudades y Estados que los venían solicitando con viva insistencia; tal éxito tuvo la excepcional ceremonia aquel año. En Italia, en Hungría, en Alemania, Suecia, Noruega, Francia y otros países se dió la concesión deseada. Con Bulas sucesivas, Alejandro VI, en la cumbre de la gloria y del respeto universal, no solamente fué determinando el grado de indulgencias, sino también las formas para conseguirlas y la inversión que debía darse al dinero recolectado. Sobre esta inversión del dinero surgieron las únicas dificultades en relación con el jubileo. Al Papa Borgia se le ha acusado de haber entregado las sumas recibidas a César y a Lucrecia; pero, en la realidad histórica, la mayor parte fué destinada a la guerra contra los turcos, dejándola en algunos casos a los Príncipes y Estados que luchaban en contra de ellos, como Venecia, Hungría, Polonia, Portugal; y a la construcción de iglesias y caminos. En Alemania, en donde se iba formando un fuerte espíritu local más que nacionalista, hubo gran oposición por parte de los Príncipes a remitir a Roma las sumas reunidas en los Estados germánicos. Este espíritu local y esta oposición de enviar a la Santa Sede dinero alemán fueron las primeras indicaciones de la Reforma. El Papa, en esta ocasión, al ser informado, accedió en seguida a que los fondos del jubileo quedaran en Alemania, ordenando su entrega al Emperador (Rey de los romanos), bajo obligación previa de concurrir a una cruzada en contra de los turcos. En efecto, Maximiliano aceptó la obligación y

recibió el dinero, aunque luego olvidó la cruzada y no se preocupó de devolver lo que no era suyo.

*Significación real del 1500.*

El año 1500 es para los contemporáneos el año del jubileo; para la Historia, su importancia es distinta. Para la Historia es el inicio de la conquista de Romaña, es la muerte de Alfonso de Aragón, Duque de Bisceglie, y la división del reino de Nápoles entre España y Francia. Los acontecimientos históricos cambian de importancia con los siglos, porque la Historia es el producto de un estado de relación entre el tiempo en que los hechos acontecen y el tiempo en que se relatan. Para nosotros, aquel jubileo es como cualquier otro de los que se han venido repitiendo por siglos, y, además, hemos perdido todo interés en examinar esta cuestión de los fondos nacionales que Roma exigía en nombre de la religión; cuestión grave entonces por sus repercusiones en la fe de los pueblos. Pero queda todavía llena de colores la rápida conquista de César; vive aún como impresionante tragedia la muerte del segundo marido de Lucrecia, y las consecuencias de la entrada de España en la Italia continental que han permanecido en la vida europea hasta nuestros tiempos modernísimos. El año 1500 no puede recordarse en la historia del Papa Borgia sin estos tres acontecimientos.

*César Borgia en la conquista de Romaña.*

En 7 de noviembre del año precedente, el Rey Luis, al volver a Francia, puso a disposición de César cuatrocientos hombres de armas, bajo el mando de Antonio de Bessey, y trescientos bajo el de Ives D'Alegre. César envió estas tropas hacia Romaña, mientras él se dirigió rápidamente a Roma para ponerse a la cabeza del Ejército que el Papa le tenía preparado. Con extraordinaria rapidez, el 13 de noviembre entraba en Roma y el 21 la dejaba, acompañado por una fuerza de ocho mil hombres, mandados por los Orsini, Juan Bautista dei Conti, Vitellozzo Vitelli y Baglione (1). El Papa había hecho preceder estas armas temporales de las espirituales, declarando el mes anterior decaídos de todos los derechos a los vicarios, a Catalina

(1) Este Vitelli y este Baglione, como los Orsini, eran personajes de gran importancia. Signorelli, al pintar en la catedral de Orvieto su magnífico y amplio cuadro, «El Anticristo predicando sus teorías», los pone juntos a Dante y Petrarca.

Sforza, que retenía Imola y Forlí a nombre de su hijo mayor, Octaviano; a Malatesta de Rimini; a Varano de Camerino; a Manfredi de Faenza; a Guidobaldo de Montefeltro, aquel Duque de Urbino que se dejó batir frente a Bracciano, y a Giovanni Sforza de Pesaro, el primer marido de Lucrecia. La declaración de la pérdida de los derechos fué dada en juicio formal por un Tribunal pontificio. El Papa Borgia, hijo de la Curia de Roma, en donde había permanecido medio siglo, no sabía actuar sino dentro del más cumplido formalismo. Llevaba todas las cuestiones *ad punctum juris*, y se le aplaudía entonces este apego a las formas legales.

*Guerra de liberación.*

La campaña militar que emprendía César, en la mente de las poblaciones de los Estados pontificios era una guerra de liberación, no de conquista. Alejandro VI, como todos los Monarcas absolutos, al combatir a los grandes feudatarios, se había ligado al pueblo por lazos de un interés común. Los vicarios de la Iglesia no querían respetar a su Soberano, en cuyas sucesivas elecciones ellos mismos influían, y consideraban al mismo tiempo la fortuna, el honor y la paz de sus gobernadores como cosas de las cuales podían disponer libremente. Pocos pueblos han tenido peores gobiernos que Romaña y las otras provincias del centro de Italia. Eran, en consecuencia, rebeldes y tiranos en una sola pieza. Estos pequeños soberanos, que no surgían del fragor de la batalla, o del amor a los pueblos, o de una larga tradición, filtros sociales purificadores, sino del éxito de una traición familiar o del nepotismo ocasional de un Papa, satisfacían sus ansias de advenedizos, de dinero y de poder, perdiendo todo freno moral y jurídico. En lucha encarnizada con otros que querían reconquistar el dominio y la riqueza por ellos sustraídos, no dormían tranquilos sobre sus bienes, y el ataque diario que esperaban y las amenazas constantes que recibían les hacían perder todo resto de equilibrio moral, que, humanos al fin, se conserva hasta el postrer momento aun en los más abyectos.

El acto papal de declarar decaídos de todos sus derechos a tales tiranos dió esperanza a los pueblos, los sublevó moralmente, y todos ansiaban que llegara el momento oportuno para rebelarse abiertamente. El Ejército de César Borgia tenía, pues, una tarea fácil de cumplir.

*Contra Catalina Sforza.*

Las fuerzas pontificias se dirigieron ante todo contra Catalina Sforza, una mujer cuyo nombre llena las páginas de la Historia de la época. Una mujer fuerte, belicosa y cruel, y, sin embargo, de una naturaleza marcadamente femenina. De sutil habilidad, llegó hasta a engañar a Nicolás Maquiavelo; cálida en la expresión, al punto de convencer a Alejandro VI, que, al darle la libertad, la recomendó a las buenas gracias de la Señoría de Florencia; fuerte y gentil al mismo tiempo, obligó a César a que la tratara con todos los miramientos cuando la hizo prisionera. Era una «virago» que combatía con un valor que no supone la derrota; había tenido tres maridos, múltiples amantes e innumerables hijos. Sus represiones sangrientas al tiempo de los asesinatos de los Príncipes Riario y Feo, sus consortes, han sido recordadas como modelo de ciega crueldad aun para aquella época cruel.

La Condesa Catalina, como se la llamaba, al ser atacada por las fuerzas papales, dejó a Imola en poder de Dionigio Naldi, su amante del momento, y se encerró en Forlí para defenderla personalmente. Pero Imola, por un movimiento popular irresistible, abrió las puertas al Valentino, y Forlí, después de algunos encuentros sangrientos, se rindió igualmente. No así la fortaleza donde Catalina se había retirado, cerca de la ciudad, que fué luego tomada por asalto. Sus defensores todos fueron pasados por las armas; la Condesa se rindió a un capitán francés de las fuerzas de Borgoña, salvando así su vida. César remuneró a éste, y llevó a Catalina a la ciudad, a su propia morada (1). En los días siguientes, discutido de quién era prisionera, como siempre acontece en los Ejércitos aliados después de un hecho de armas, y resuelto el caso a favor del Valentino, éste la llevó a Roma. El Papa la encerró en Belvedere, y, después de una tentativa de fuga, en el castillo del Santo Angel. Más tarde la liberó probablemente a instancias del Rey de Francia. Haya habido o no esta intercesión real, el 13 de julio de 1501 Alejandro VI la recomendaba a Florencia,

(1) El CONDE PASOLINI nos ha dejado una biografía de Catalina Sforza. Algunos historiadores han escrito que César *abusó* de Catalina, rebajando la historia a mera sátira, olvidando las edades respectivas, las condiciones del lugar, la agitación de la hora, y, sobre todo, su misión, que consiste en transmitir hechos y no hipótesis maliciosas.

donde la Condesa había resuelto residir, y hacía constar en la carta que la había tratado con benevolencia y que la había puesto en libertad concediéndole esa gracia, por ser ésta su costumbre y por dictárselo el cargo pastoral de que estaba investido. Es probable que esta actitud benévola del Papa fuera debida también al recuerdo de Sixto IV, pues Catalina estuvo casada con un sobrino de éste, y Alejandro VI recordó siempre con gratitud y afecto a aquel predecesor suyo. Más tarde encontramos otra prueba de benevolencia papal para los hijos de Girolamo Riario y de Catalina en la concesión de una pensión anual de dos mil quinientos florines a favor de ellos (1).

*El Valentino vuelve a Roma llevando a la Sforza.*

El viaje a Roma del Valentino, después de la captura de Imola y Forlí, no fué para recibir los honores del triunfo, ni para acompañar a tan elevado prisionero, como era la Condesa, sino porque habiendo Ludovico *el Moro* reconquistado su ducado, el Valentino temía las consecuencias de un tal cambio político, especialmente si Maximiliano, siguiendo a Ludovico, viniese también a Italia. Además, las tropas francesas que estaban a sus órdenes habían sido llamadas a Lombardía para combatir a las del *Moro*. El Papa, que no quería intervenir en una empresa difícil en momento tan inseguro, ordenó al Valentino se quedara en Roma. Mientras tanto, aprovechó este período para entregarse a la grata labor de elevar a César y de honrarle sobremanera. En 19 de marzo de este año 1500 le hace Vicario de Imola y Forlí, y el 29 del mismo mes, gonfalonero de la Iglesia. No satisfecho, le da la Rosa de Oro de aquel año.

César aprovecha aquellos meses para organizar un nuevo Ejército bajo las indicaciones del Papa; y éste, a su vez, va reuniendo los fondos para reanudar la campaña contra los vicarios, cuando el horizonte internacional se haya despejado.

*Asesinato del Duque de Bisceglie.*

Un nuevo terrible golpe familiar debía volver a agobiar el alma del Papa Borgia en esta hora de tanta actividad y de tantos deberes eclesiásticos. Alfonso de Aragón y Lucrecia se hallaban establecidos nuevamente en Roma, habitando cerca del Vaticano, en el lado opues-

---

(1) Biblioteca Barberini, Cód. XXXII, pág. 242, bajo el título *Acta contra Principes et Barones*.

to de la plaza de San Pedro. La joven pareja, alegrada por el nacimiento de un niño, vivía la vida principesca de aquellos años movidos. El aragonés Duque de Bisceglie se hallaba en todos los cortejos, en las ceremonias oficiales, agasajado y admirado, y en perfecta armonía con el Papa y el resto de la familia Borgia. Según la opinión general, Lucrecia le adoraba. El 15 de julio de 1500, inesperadamente, al salir del Vaticano para su propia casa, en las primeras horas de la noche, acompañado por pocos servidores, fué asaltado por un buen número de asesinos, que fingían ser pordioseros, y herido gravemente. Los asaltantes, realizado el delito, huyeron por las escaleras de San Pedro, protegidos por un grupo de hombres a caballo, que se calcularon en cuarenta, abandonando luego todos la ciudad por la puerta Pertusa (1). Alfonso, gravemente herido, fué llevado por los criados al Vaticano.

Como sucede en acontecimientos de este género, en la natural confusión se atendió, en primer término, a salvar al herido, a pesar de lo desesperado del caso, llamando a los médicos más prominentes. Y se pensó en defenderle de un nuevo ataque, asegurando la vigilancia policíaca, ya que la audacia del primero hacía temer que se repitiera. César, gonfalonero de la Iglesia, mantuvo el orden público y dispuso que nadie podía llevar armas en las proximidades del Vaticano, bajo pena de muerte (2). Dieciséis hombres fueron puestos en guardia a la defensa del herido. Y se inició una investigación judicial para descubrir a los autores del delito.

Los médicos del Papa hicieron las primeras curas necesarias. Los Colonna, muy ligados en aquel momento con el Duque de Bisceglie, enviaron un médico prominente por su cuenta, y el Rey Federico, desde Nápoles, envió los suyos. A la cabecera de la cama del herido estaban la mujer, Lucrecia, y la hermana, Sancha, cuidándole con amorosa devoción. Según Biagio Buonaccorsi, a pesar de las curas recibidas, el Duque de Bisceglie murió de sus heridas (3).

---

(1) Bruchard: *Liber Notarum*, bajo la fecha: Año 1500, del 5 al 25 de julio, pág. 237.

(2) Alvisi: *César Borgia*, pág. 108.

(3) Biagio Buonaccorsi, obra citada, pág. 51. Lucrecia casó con el Duque de Bisceglie, el cual, saliendo una noche de Palacio (Vaticano), «fué sobre las escaleras asaltado y herido de muerte, de cuyas heridas, por fin, murió».

*La leyenda de que César asesinó a Bisceglie.*

Pronto formóse la habitual leyenda. Una leyenda inverosímil, confusa y contradictoria. ¿De qué delito no es culpable César si está presente? Lo que ha llegado hasta nosotros del *Diario* de Bruchard, sobre este delito, no hace alusión a César. Bruchard dice simplemente que el Príncipe Bisceglie, no queriendo morir de sus heridas, fué estrangulado en su cama. Pero estas breves palabras constituyen una evidente interpolación del copista, que fácilmente pudo introducir la frase años más tarde, cuando todos afirmaban que Bisceglie había sido asesinado por César.

La interpolación de las palabras «in lecto suo fuit strangulatus» nos parece, repetimos, evidente, porque a continuación se dice que los médicos de Alfonso de Aragón fueron detenidos, enviados al castillo del Santo Angel y sometidos a inquisición, a los efectos de depurar sus responsabilidades sobre la cura que habían hecho al difunto (1). Bruchard nos dice también que el herido había sido custodiado diligentemente, y que, después de muerto, fué llevado a una capilla de la Basílica de San Pedro y velado por el Cardenal Francisco Borgia y la familia.

*Las distintas versiones del delito.*

El Embajador veneciano Paolo Capello refiere que Bisceglie, convaleciente, quiso matar a César desde el balcón de su habitación, mientras éste paseaba en los jardines vaticanos, y que César, para vengarse, le asesinó (2). El Embajador de Florencia, casi homónimo del anterior, Francisco Capello, comunica que corría el rumor de que al entrar los asesinos de César en el cuarto del convaleciente, éste, súbitamente, murió de miedo. Matarazzo, en Perugia, al escribir su crónica, dice que César mató al cuñado con sus propias manos. Brandolino Lippi, el maestro de Bisceglie, declara que no se conoce el autor ni la causa del delito.

Los escritores posteriores, reuniendo todas las distintas frases acu-

---

(1) Bruchard: *Liber Notarum*, bajo la fecha 11-23 de agosto de 1500.

(2) Hagen, en una monografía, *Alexander XI, Caesar Borgia und die ermordung des Herzogs Von Bisellis*, basa la culpabilidad de César Borgia, principalmente en el Despacho de Paolo Capello, de 23 de agosto de 1500, que se halla en Sanudo, *Diarii*, pág. 635. Nosotros no comprendemos cómo se puede prestar fe al testimonio de Pablo Capello, después de saber que su *Relación de Roma* está llena de falsedades históricas generalmente reconocidas.

satorias, forman una escena completa. César, después de que sus asesinos no han tenido éxito pleno, quiere envenenar al cuñado, que se resiste a morir de las graves heridas, pero lo evitan Lucrecia y Sancha, que cocinan su comida personalmente en una *pignatella* (1). Un día, el propio César fué a visitar al convaleciente en unión del Papa, y le dijo: «Lo que no se ha hecho a la comida, se hará a la cena.» Y, en efecto, el 18 de agosto hizo entrar con él a *Michelotto,* Miguel de Corella, al que se le ha dado la parte del enmascarado en la tragedia del Duque de Gandía, en el cuarto de Bisceglie, y le ordenó que le estrangulara. Este *Michelotto* es el *villano* de todas las tragedias borgianas, a pesar de que fué, y aun después de la muerte del Valentino, un capitán muy apreciado, sirviendo a César a la cabeza de numerosos hombres de armas, y más tarde a la República de Florencia.

En aquellos días tórridos de Roma, Alfonso de Aragón, Duque de Bisceglie, tuvo que ser enterrado rápidamente, lo cual ha aumentado la sospecha, especialmente en las épocas posteriores, de que el delito fuese producto de querellas familiares, y por tanto, de César. Pero los escritores más recientes, que conocen por las investigaciones de los archivos todos los esfuerzos del Vaticano para averiguar la verdad y las prisiones de los médicos de acuerdo con Bruchard, avalorando así la versión de Buonaccorsi de que muriera a consecuencia de las heridas, niegan toda posibilidad de que César haya sido el autor del crimen (2).

¿Qué interés podía tener César en deshacerse de este joven, que no llegaba a los diecinueve años? César, en esta hora, está gozando de sus primeros grandes triunfos, que son doblemente grandes. Su vida le debe parecer hermana de la fortuna. Los Reyes le ayudan en su carrera magnífica. Pocos meses después, la Serenísima le hace patricio de Venecia. ¿Cómo iba a poner en entredicho todo cuanto le venía tan fácilmente?

---

(1) Utensilio de cocina hecho de barro.

(2) Pastor, Creigton, Alvisi, entre otros, consideran a César del todo inocente de esta acusación. La opinión contraria es sostenida por Cipolla: *Le Signorie dal 1300 al 1530 in Italia,* y también en muchas obras de autores de importancia secundaria.

Es difícil establecer hipótesis a tanta distancia de tiempo y sin los datos y circunstancias del caso. Pastor sospecha como autores del delito a los Orsini, porque Bisceglie se había ligado fuertemente con los Colonna. Es posible; pero más posible es que el criminal, ciertamente un poderoso, por el número de hombres armados que concurrieron a realizar el crimen, vengaba alguna ofensa privada de aquellas que quedan ocultas al ojo escudriñador del público y del historiador.

*¿Quiénes fueron los verdaderos autores?*

Enviar unos asesinos a la misma plaza de San Pedro; asaltar al pariente del Papa, hijo de un Rey, a las puertas del Vaticano; tener al mismo tiempo preparados cerca de aquel lugar a unos cuarenta hombres a caballo para defender a los criminales, es algo que demuestra que se quería realizar una venganza que la pasión apremiaba. Porque, de otro modo, se hubiera esperado más oportuna ocasión en un lugar más apartado del Vaticano, o se hubiera usado otro medio y otra forma de delito para eliminar a un enemigo que estorbaba, pero contra el cual no había el vehemente deseo de aplicarle un castigo con propósito vengativo.

Lucrecia, a la muerte del marido, se retiró desolada de Roma para el castillo de Nepi. Al hacerlo, no sólo cumplió con una costumbre de abandonar el ambiente de dolor en que había vivido en el último mes, sino que se alejaba de Roma en la estación de los fuertes calores. Deseosa de continuar en aquella soledad de Nepi, se vió obligada, sin embargo, a volver a la ciudad en el invierno, cuando ya se empezaba a hablar de un nuevo matrimonio. Los pretendientes eran numerosísimos, no obstante haberle asignado la leyenda un terrible hermano que, o mataba a sus maridos o amenazaba con hacerlo.

*Lucrecia se retira de Roma.*

El Papa, el 25 de agosto, fué en procesión solemne a Santa María del Popolo; el Valentino iba a la cabeza del cortejo con sus hombres de armas, reverenciado por los romanos y los peregrinos. El pueblo no entraba en las intrigas de los Embajadores, y juzgaba sanamente. Tampoco el Rey Federico de Nápoles acusó a César de la muerte de su sobrino, a pesar de que muy pronto los Borgia y los aragoneses se vuelven a encontrar frente a frente.

## CAPITULO XX

# LA DIVISION DEL REINO DE NAPOLES

*Situación de Europa.*

El jubileo se acerca a su fin. El Papa ha reforzado a su Ejército para reanudar la guerra en Romaña y en el resto de sus territorios. El Rey de Francia y el de España se han puesto de acuerdo sobre Nápoles, y Federico ofrece al turco, en cesión permanente, Tarento, en el extremo oriental de su reino, a cambio de una alianza que le defienda de estas grandes potencias europeas. La política italiana entra en una nueva fase al empezar el siglo XVI. Estamos muy lejos ya del sistema creado por Cosme de Médicis, y que Lorenzo *el Magnífico* mantuvo con acierto, o sea, de la supremacía de los cuatro grandes Estados: Venecia, Nápoles, Milán y Florencia, en perfecto equilibrio entre ellos. El ducado de Milán ahora depende directamente de Francia, e igualmente depende de ésta, en las relaciones internacionales, Florencia, República de tendencia democrática, pacifista en todas las ocasiones, menos cuando se trata de defender su comercio y las vías del mismo, como en el caso de la conquista de Pisa. Venecia, a su vez, desea romper todo vínculo italiano y no tener más amistad que la del Rey de Francia, pues quiere reforzarse en el Adriático con su ayuda y a expensas de Nápoles y de las tierras del Papa. Su ambición en tierra firme la lleva a enemistarse, igualmente, con sus poderosos vecinos, los Este y los Gonzaga. Nápoles, el Estado italiano más extenso, se halla en vísperas de caer definitivamente, agredida la familia que lo gobierna por sus propios parientes de España.

En una época como ésta, en que no habían surgido aún los gran-

des principios del Derecho internacional, inestables también en nuestros modernos tiempos, y en que caía hacia el ocaso de manera rápida el respeto político para el Jefe de la Cristiandad, Alejandro VI, se reafirmó en su convicción de que sólo un Estado pontificio fuerte podía garantizar la autoridad eclesiástica de Roma; y que roto el equilibrio italiano, sólo el equilibrio de las fuerzas europeas podía salvar el resto de independencia que quedaba en Italia.

De la nueva situación que se fué creando surgieron nuevos conflictos. Porque la paz y el orden son consecuencia de un largo proceso de adaptación, y toda situación nueva, en lo político como en lo económico, si llega rápidamente, aunque sea útil al procomún, es causa de luchas y de trastornos. En efecto, pocas veces ha habido más problemas sobre el tablero político que en esta alborada del 1500. Conflicto entre Alemania y Francia, que encuentra un momentáneo arreglo en un pacto de familia y en otras concesiones. Conflicto entre España y Francia, que se resuelve en una partición amistosa del reino de Nápoles, que dura poco tiempo. Conflicto entre Venecia y el Papa, que Alejandro VI, mientras vive, evita que estalle en guerra abierta, con una política suave y clarividente, y que luego Julio II exacerbó con daño recíproco, provocando el ocaso súbito de las últimas dos potencias italianas que habían resistido a los golpes extranjeros.

En estas condiciones, Alejandro VI pone mano a la obra de aumentar el poder temporal de la Iglesia, enviando a César nuevamente a Romaña.

*La actividad del Valentino.*

Los venecianos, al ver la rápida conquista de Imola y Forlí meses antes, y al tener noticias de Roma, así como del campo francés, que el movimiento de avance pontificio contra los vicarios pronto sería reanudado, enviaron a Bartolomeo de Alviano, su *condottiere* principal, a Rimini y a Faenza, con buen número de tropas para defender a los Malatesta y a los Manfredi, Señores, respectivamente, de las dos ciudades. El Papa protestó, e igualmente Luis XII; y los venecianos se vieron obligados a retirar sus tropas y a su belicoso *condottiere*. El Duque Valentino pudo así empezar su nueva labor sin dificultades. Pero la actitud veneciana indicó al Papa en dónde se hallaba el verda-

dero peligro y cuál era el remedio para evitarlo, e imaginó una de esas soluciones que los hombres de la Iglesia traen a la política del formalismo de su Derecho canónico, acordando que César actuaría en nombre del Rey de Francia, pero en el interés de la Santa Sede. Los venecianos quedaban neutralizados definitivamente. César, fuerte con un Ejército de diez mil hombres, con la rapidez que le era habitual en los días de acción, fué ocupando ciudades y territorios; pero poco tuvo que batallar. Sólo bajo los muros de Faenza encontró fuerte oposición. Pesaro expulsó a Giovanni Sforza antes de su llegada y se entregó a las armas del Papa como a un Ejército libertador. Rimini, que los tristemente célebres Malatesta habían desgobernado, siguió el ejemplo. Y así todas las pequeñas ciudades y castillos por donde el Valentino pasaba. Faenza gozaba de una buena vida pública. Después de la muerte de Galeotto Manfredi, asesinado por su mujer, Francisca Bentivoglio, hija de Giovanni, Señor de Bolonia, dieciséis prominentes ciudadanos tenían el Gobierno, como tutores políticos de Astorre, hijo de aquél. La ciudad no quería cambiar de Gobierno. El Vaticano la atacó durante el invierno, pero inútilmente, y tuvo que abandonar el sitio por la dureza del clima y las agresivas salidas de los sitiados. Hasta fines de abril de 1501 no pudo entrar en ella, y no por victoria en campo abierto, sino gracias a la traición de un combatiente enemigo y a la absoluta escasez de víveres. Astorre Manfredi y un hermano natural suyo, de nombre Giovanni Battista, fueron remitidos a Roma y encerrados en el castillo del Santo Angel. Más tarde fueron encontrados muertos en el Tíber. Quizá víctimas de la razón de Estado, pues en Faenza todavía se les quería. La muerte de los Manfredi no ha podido ser aclarada, por falta de datos ciertos del primer momento (1).

Después de la conquista de Faenza, el Duque Valentino tuvo dos

(1) La acusación del asesinato contra César Borgia en este delito procede de Bruchard, de Sigismondi dei Conti, y, con exageración y múltiples errores reconocidos, de Guicciardini. El párrafo de Bruchard parece interpolado. Guicciardini fantasea sobre falsos ecos lejanos. Ninguno de los tres da una prueba o siquiera un indicio de la culpabilidad de César. Giustinian, el gran acusador de los Borgia, da el hecho precedido por un «se dice». El orador Catanei, en cambio, escribe a Mantua el 7 de junio de 1502, pocos

proyectos, que debió abandonar rápidamente por voluntad del Rey de Francia; uno, expulsar a los Bentivoglio de Bolonia; otro, reponer a los Médicis en el Gobierno de Florencia. En ambos casos, el Valentino pidió compensaciones para desistir de sus propósitos, y así obtuvo una buena ayuda en dinero y en hombres de armas de los Bentivoglio y una *condotta* y un tratado de paz de parte de los florentinos. Detenido en la parte oriental de la península, César pasó a la occidental, atacando a Piombino, que estaba bajo el Gobierno de Yacopo de Appiano, pero no pudo continuar la obra personalmente, y tuvo que dejar las tropas de ataque bajo el mando de Vitellozzo Vitelli, que conquistó la ciudad (1). El Rey de Francia, que había empezado la nueva expedición contra Nápoles, le ordenó incorporarse a las tropas francesas, que en el mes de julio de 1501 bajaban por las montañas de la Toscana hacia el reino de Nápoles.

***Luis XII a la conquista de Nápoles.***

Luis XII preparó la operación de Nápoles con más cuidado que Carlos VIII, aunque el éxito final fuese igualmente desastroso. La prudencia, el cuidado, el esfuerzo inteligente, concurren en los resultados favorables de las acciones humanas con un porcentaje muy inferior al que generalmente le concedemos. Causas inesperadas, acciones concurrentes imprevisibles, neutralizan o destruyen los mejores planes o favorecen las imprudencias de los ineptos. Esta conquista de Nápoles provocó en el ánimo del Papa los mayores dolores.

Se ha acusado al Papa Borgia «caprio» expiatorio de todos los males de la época, una vez más en esta ocasión, y el acusador es nada menos que Leopoldo Ranke, historiador eximio, que no acertó, por

días después del hecho, supuesto o real, del hallazgo de los cadáveres en el Tíber, que «los Manfredi, que vivían en el castillo del Santo Angel, libres pero vigilados, han sido llevados para Piombino.»

(1) En este período, en relación con Vitellozzo Vitelli, surge un incidente que revela el carácter de Alejandro VI y su política. Vitellozzo, al ir a atacar a Piombino, pasó por Orvieto, cometiendo depredaciones. Los orvietanos se quejaron al Papa. Este, oídas las justas reclamaciones, exclamó indignado: «¡Oh! ¿Es éste, pues, el oficio de nuestros soldados, depredar las tierras de la Iglesia?... Por mi fe os digo que no castigaré menos los daños sufridos por vosotros que si Vitellozzo hubiese despojado mi propia habitación.» Y, en efecto, quiso retirar a Vitellozzo del Ejército pontificio, no llevando a cabo su propósito a petición de los mismos orvietanos, que perdonaron al *condottiere*. Fummi, obra citada, pág. 49.

no haber conocido toda la documentación secreta de este período. Se ha dicho que Alejandro VI llamó a los españoles de Italia y los alió a los franceses. Los antecedentes políticos de esta campaña militar exoneran al Papa de esta responsabilidad. El no tuvo otra participación en la alianza francoespañola que la aceptación de los hechos, después de haber intentado evitar que se realizasen. Aceptó, pues, lo inevitable, procurando limitar sus efectos desastrosos.

*El Papa favorece el* statu quo.

Alejandro VI, en su primera embajada a Luis XII, como hemos dicho ya, le recomendó dejara la cuestión de Nápoles en el *statu quo*, o que la confiara a una solución de Derecho. Luego le propuso mantener a los aragoneses en el reino con la condición de que éstos pagaran un tributo a los Reyes de Francia por los derechos que pudiera haber tenido la Casa de Anjou. El mismo Sanudo, cuando reproduce la «relación» Capello, hace decir a éste que el Papa, al conceder a Luis XII la anulación del matrimonio con Juana de Francia, le pidió no inmiscuirse en cosas de Nápoles, sino para favorecer al Papa. Todo esto es inexacto, o de Capello o de Sanudo, pues el Papa, como hemos visto, no anuló personalmente el matrimonio del Rey Luis, pero indica cuál era la opinión contemporánea sobre el estado de ánimo de Alejandro VI. A este propósito debemos hacer notar que Ranke, al reproducir la frase original de Sanudo, que en italiano, en forma veneciana de la época, dice: «Del reyno di Napoli non se impazzare se non in aiutare al Papa», traduce que renuncie a toda acción sobre el reino de Nápoles, excepto en favor de la Casa Borgia, cuando la frase significa «no intervenir en el reino de Nápoles más que en ayuda del Papa» (1).

En todas las ocasiones, como, por ejemplo, cuando el Rey de Francia estaba en Milán, el Papa le aconsejó siempre que no se mezclara en las cosas de Nápoles. Ningún acto de Alejandro VI existe que pueda, directa o indirectamente, ser considerado como una invitación, o siquiera indicación, de ocupar el reino de Nápoles, hecha al Rey de

---

(1) Esta ayuda se refería al deber general que tenían los Príncipes cristianos de defender al Papa, y también al caso en que los Reyes de Nápoles, como en el pasado, no quisieran respetar los derechos de soberanía del Pontífice. Los Borgia no entran, en absoluto, en la cuestión.

Francia o a los de España, antes de que éstos se pusieran de acuerdo merced al tratado de Granada.

*La partición del reino de Nápoles.*

Es más, el tratado de Granada fué concertado sigilosamente a sus espaldas. Cuenta Zurita que el Embajador de España, Mosén Gralla, al visitar un día a George D'Amboise, Cardenal de Rohan, le dijo: «¿Qué le parecería si en el asunto de Nápoles nosotros nos pusiéramos de acuerdo como ustedes lo hicieron con los venecianos por el ducado de Milán?» A lo que el Cardenal añadió: «Y de esta manera mantendríamos la paz entre los dos reinos.» Exactas o no estas palabras, es lo cierto que las dos Monarquías acordaron dividirse el reino de Nápoles. El Papa tuvo conocimiento de este tratado, estrictamente secreto, después de convenido. El Rey Federico de Nápoles igualmente lo vino a conocer después, cuando ya ingenuamente había solicitado a las tropas españolas que desembarcasen en su reino para ayudarle. El secreto había sido absoluto.

*Tratado entre Venecia y Francia.*

Los franceses, después de haber arreglado virtualmente las cosas del lado de España, quisieron asegurarse a los venecianos también. En mayo de 1500, sus Embajadores pidieron formalmente al Senado de la Serenísima un nuevo pacto de alianza, diciendo que, debido al hecho de que muchos parecían amigos no siéndolo, como el Marqués de Mantua y el Duque de Ferrara, y que habiendo, por otra parte, el Rey de Nápoles enviado dinero a Ludovico *el Moro* para que reconquistara Milán y estar ahora en trato con el turco, e instigar continuamente al Rey de los romanos en contra de Francia, era útil ponerse de acuerdo y hacer la guerra a todos los enemigos de Venecia y Francia, especialmente al Rey Federico y al turco, repartiéndose luego entre los dos aliados las tierras adquiridas. Esta alianza debía ser comunicada al Papa para obtener de él que, en cuanto al turco, invitase a los otros Monarcas europeos a la cruzada, y que en caso de que éstos fuesen morosos o negligentes, el Santo Padre los llamase al deber y les reprochara su conducta ante el mundo, «poniendo así a Dios del lado del Cristianísimo Rey de Francia y de la República Veneciana» (1).

---

(1) Resumen hecho por ROMANIN, obra citada, vol. V, pág. 122. Archivo Secreto, tomo XXXVIII, pág. 27. Reunión del 7 de mayo de 1500.

El Senado veneciano accedió a la propuesta alianza, fijando como condición principal, y no secundaria, como aparecía en las proposiciones francesas, la anexión de Ferrara y Mantua a la República.

*El ducado de Milán, al futuro Carlos V.*

Luis XII, no satisfecho completamente con la alianza de España y Venecia, quiso resolver las dificultades que tenía con Maximiliano, haciendo una tregua, vanguardia de la paz, aceptando las partes que el ducado de Milán sería dado por investidura imperial al Rey de Francia, pero en definitiva pasaría a Carlos, nieto de Maximiliano, el futuro Carlos V, que lo recibiría como dote de Claudia, hija de Luis XII, con la cual casaría tan pronto llegasen a una edad conveniente.

*El Papa modifica el tratado de Granada.*

En estas condiciones, el 25 de junio de 1501, estando ya en marcha hacia el Sur el Ejército francés y preparado el de España en Sicilia, los Embajadores de Francia y España se presentaron al Papa y le pidieron la aceptación por su parte del tratado de Granada, que dividía el territorio de Nápoles en dos: en un reino que comprendía las ciudades de Nápoles y Gaeta con toda la Campania y los Abruzzos, cuyo Monarca tendría como título el de Rey de Nápoles y Jerusalén; y en un ducado que comprendía la Calabria y la Puglia. Los Embajadores pidieron además que el Papa diera la investidura del reino a Francia y del ducado a España. El Papa, aparte la imposibilidad en que se hallaba de resistir a esta demanda, que llevaba la sanción de todo el areópago internacional del momento, tenía las pruebas de que Federico de Aragón estaba pactando con el turco. Sin embargo, con buenas palabras demoró la investidura, y hasta su aceptación, e hizo una contraproposición, exigiendo la cruzada como punto esencial del acuerdo y la partición del reino de Nápoles como consecuencia de la misma. En efecto, el tratado, en definitiva, fué calificado de «liga del Pontífice Alejandro VI con los Reyes de Francia y España contra los turcos y sus adherentes y cómplices...» Los cómplices y los adherentes son el Rey de Nápoles, y por voluntad de Alejandro VI, los Savelli y los Colonna.

Las tropas francesas, en su camino hacia Nápoles, entraron en Roma. César entró también con las suyas. Pero ambos Ejércitos siguieron rápidamente hacia el Sur. El Papa creía haber realizado la gran ilusión de su existencia, que había heredado del tío Calixto III,

y cumplido con el voto patético del Papa Eneas Silvio, muerto en Ancona. Para Alejandro, la cruzada estaba en marcha.

*Los degüellos de Capua y el harén del Valentino.*

Los franceses de D'Aubigny y los italianos del Duque Valentino, que habían respetado hasta entonces las poblaciones por donde pasaban, al tomar Capua cometieron una de las matanzas más repugnantes de la Historia. Se refiere por Sigismondi dei Conti que César, con otros jefes, hizo grandes esfuerzos para evitar aquellas violencias, pero infructuosamente, ya que el Ejército estaba enfurecido por las bajas considerables que un contraataque de los sitiados le había hecho. Francisco Guicciardini, que en todas las ocasiones quiere pintarnos a los Borgia bajo el peor prisma, dice que César quiso que le presentaran a las mujeres prisioneras, y que escogió cuarenta de ellas, las más bellas, para formar un harén bien poblado. Esta noticia la da sólo Guicciardini, que escribió años después en Florencia, y la da como un rumor público. Los relatos de la horrible matanza y de las violaciones y abusos de los que presenciaron tanto horror, no tratan en absoluto de este acto vil, cuanto espectacular, de César. Pero, como en todos los casos en que un autor, más o menos de la época, da noticias adversas de los Borgia cubiertas con un «se dice» o un «se divulgó», también en éste los escritores recientes presentan como hecho cierto la hipotética insinuación de los primeros tiempos (1).

No obstante esta nueva injuria histórica, el Duque Valentino terminó la campaña de Nápoles altamente apreciado. El Rey de Francia le envió un mensajero especial con cartas, dándole las gracias por su ayuda en la empresa y ofreciéndole que pronto vería cómo sabría desobligarse y cómo le trataría de buen amigo y pariente (2). Los Reyes de España, a su vez, le daban el título de Duque de Andría, que había pertenecido al Rey Federico cuando era Príncipe, y como estos honores llevaban siempre aparejadas buenas entradas, el Valentino salía de la breve guerra con abundante remuneración. Así, mientras bajo la guía de Guicciardini, para la Historia, vuelve César a Roma

(1) Naturalmente, excluímos de esta acusación a los que han tratado estos tiempos borgianos, si no con imparcialidad, por lo menos con seriedad.
(2) *Instructions de Edouard au Duc de Valentinoys 8 août 1501.* Biblioteca Nacional de París.

con un nuevo crimen, para los contemporáneos llega, el 15 de septiembre de aquel mismo año, con redoblado prestigio.

*Contra los Colonna y los Savelli.*

Alejandro VI no era hombre que dejase pasar esta ocasión propicia sin dar un golpe mortal a sus enemigos, en este caso, los Savelli y los Colonna. Alentado por el tratado que firmaron en Roma los Embajadores de los Reyes Católicos y del Cristianísimo sobre la cruzada, y en vista de que los dos Colonna jefes de la familia habían caído prisioneros en Capua, uno muerto, a consecuencia de las heridas recibidas en combate, excomulgó a todos los de este nombre con una Bula del 20 de agosto y les confiscó todos los bienes. La Bula es muy extensa y relata todas las rebeldías de los Savelli y Colonna contra la Iglesia, empezando por decir que desde Bonifacio VIII era despreciada esta casa de los Colonna (1); incluye al mismo Cardenal Giovanni Colonna en la pérdida de los bienes, pero excluye de la confiscación sus «beneficios» eclesiásticos, menos la Abadía de Subiaco. Más tarde, en 17 de septiembre, con otra Bula, el Papa privó de sus bienes a otras casas baronales, especialmente a los Estouteville, que habían estado ligados a los Colonna. Estas puniciones, como en los casos precedentes, provocaron el entusiasmo popular. Alejandro VI visitó, pocos días después, algunas ciudades y castillos de estas antiguas familias, y en todas partes fué aclamado. Las poblaciones en su totalidad, por donde pasaba, le vitoreaban al grito de «¡Borgia! ¡Borgia!».

De estos bienes y de los de Caetani, el Papa se había reservado el derecho de disponer libremente, y así lo hizo. Después de haber concedido a los Orsini, que por el momento le eran amigos, algunos castillos, dividió el resto en dos partes; con una creó el ducado de Sermoneta, que dió al niño Rodrigo, y con otra constituyó el ducado de Nepi y de Palestrina, que dió al otro niño Giovanni, ambos de la casa Borgia y que en estos momentos eran objeto de todo su amor desbordante y de su ilimitada protección. El Papa Borgia aprovechaba una vez más los acontecimientos internacionales favorables para elevar a su familia.

*Carta a Silvio Savelli.*

El famoso libelo que corre bajo el nombre de *Carta a Silvio Savelli,* estando éste refugiado en la Corte de Maximiliano, se supone de

---

(1) «Quasi ficus fatua noncupata.»

noviembre de 1501. Este libelo es una contestación a la Bula indicada de excomunión de los Colonna y de los Savelli. Como en ésta el Papa hace la historia de los crímenes de estas dos familias, en la *Carta* se hace la historia de los crímenes de los Borgia. El autor de ella fué, según todas las probabilidades, un literato napolitano, Jerónimo Mancione, si son ciertas algunas indicaciones que da Agostino Nifo (1). A causa de este libelo, que fué abundantemente usado por los contemporáneos, y lo es aún hoy por los escritores adversos a los Borgia, conocemos el concepto que Alejandro VI tenía de la libertad en las relaciones individuales. El Papa quiso que le leyesen la obra de Mancione, como se hacía leer todas las injurias que anónimamente se le dirigían. A veces reía con su fuerte risa de hombre satisfecho y corpulento; otras veces sonreía con sus labios sensuales. Estaba convencido de que nadie podía creer en tantas cosas fantásticas, dictadas, a veces, por la ira de un interesado; otras, por la alegre inventiva de un poeta callejero. Al Embajador de Ferrara, un día, reveló su concepto de la libertad con las siguientes palabras: «Roma es una ciudad libre, en donde cada uno puede decir y escribir lo que mejor le plazca; mucho malo se dice de mí, y yo no me ocupo», y reafirmó este criterio criticando al Duque Valentino, que no quería tener la misma tolerancia (2).

*Origen de la censura eclesiástica.*

Pero Alejandro VI no sustentaba igual opinión en materia estrictamente eclesiástica. Toda desviación en este campo la consideraba un delito. Es él, en efecto, quien introdujo la censura eclesiástica por primera vez. En una Bula de 1 de junio de 1501, después de hacer elogios de la Imprenta, declara, sin embargo, que este instrumento de divulgación, así como puede ser útil para propagar el bien, puede producir grandes trastornos al dar publicidad al mal (3). Hace notar

(1) De Re Aulica, lib. I, cap. LXXXVII. Otros atribuyen el escrito a un veneciano. César Borgia hizo justiciar a un veneciano creyéndolo culpable de haber escrito la carta. Probablemente fué sólo un propagador de la misiva.

(2) Despacho de 1 de febrero de 1502 del Embajador Constabili al Duque de Ferrara.

(3) «Hinc est quod sicut ars impressoria litterarum utilissima habetur ad faciliorem multiplicationem laborum probatorum et utilium, ita plurimum damnosa foret si illus artifices ea perverse uterentur passim imprimendo que perniciosa sunt.»

que en muchas partes, especialmente en Colonia, Mainz, Treves y Magdeburg, se publican libros contra la religión cristiana, y que él, representante de un Dios que descendió a la tierra para iluminar el intelecto humano y ahuyentar las tinieblas del error, está obligado a prohibir estrictamente que se continúen estas malas prácticas. Los impresores, por tanto, de los cuatro países indicados deben pedir en lo sucesivo permiso para sus publicaciones a los respectivos Arzobispos, y éstos deben examinarlas previamente, y, además, depurar las que se encuentren en circulación. Esta censura, establecida para los cuatro Estados germánicos, fué aplicada por algunos Obispos en otras diócesis, y más tarde, en 1515, el Papa León X la extendió a todo el mundo cristiano. Como se ve, el sistema del Papa Borgia no cambia, es rígido hasta la exageración en toda materia que toca a la Iglesia como entidad espiritual y moral, y, en cambio, es tolerante en materia temporal.

*La cuestión turca.*

En estos años de 1500 y 1501, Alejandro VI tomó gran interés en la cuestión turca. Con su vigor habitual, se dirigía a los Príncipes de Europa para que llevasen a cabo la cruzada prometida. Pero los Estados europeos, no sólo no respondían al llamamiento, sino que se entendían con el Sultán más o menos abiertamente. El Duque de Milán, como hemos dicho, le invitaba a atacar las posesiones venecianas, lo que el Sultán realizaba en forma destructora y sangrienta, quemando ciudades, asesinando o esclavizando a sus habitantes. El Rey de Nápoles le ofrecía territorios en su mismo reino. El Rey de Francia, por medio de su conocido enviado Commines, se entretenía en Venecia, durante cuatro horas, con el Embajador turco. Florencia enviaba dinero al Sultán. El mismo Maximiliano, en contra de sus propios intereses, facilitaba a un Ejército oriental el pase por la Goritzia, para que atacase por tierra a los venecianos. El turco podía dar al equilibrio político de aquel entonces el margen de victoria deseado, y todos acudían a él en los momentos extremos.

*El Congreso de Roma contra el turco.*

El Papa, no obstante todo esto, aprovechando los entusiasmos del jubileo, reunió en 11 de marzo de 1500, en el Consistorio, una especie de Congreso, formado por todos los Embajadores en Roma. En su discurso de apertura presentó el peligro de una invasión turca. Hizo

el elogio de Venecia, que defendía, al defenderse ella misma, a toda la Cristiandad. Declaró que contaba, en el mar, con tres potencias, principalmente, Francia, España y la propia Venecia; y en tierra, con Polonia y Hungría. Terminó ofreciendo todas las concesiones eclesiásticas que se le pidiesen para arbitrar fondos. Pero los Embajadores salieron de la dificultad de aquel convenio declarando que no tenían facultades y que sus Estados harían lo que los otros Estados se dispusieran a hacer. La eterna fórmula diplomática para no dar paso a un asunto. Alejandro VI, irritado, deploró, en el discurso de clausura, la actitud del Rey de Francia y del de los romanos, y denunció al Rey Federico de Nápoles de estar en trato con el turco.

La inutilidad de esta reunión no descorazonó al Papa. Comprendiendo la avaricia de aquellos Soberanos, empezó a recolectar dinero directamente. A los Cardenales les obligó a dar fuertes sumas, de acuerdo con sus «beneficios», y lo mismo a los altos Prelados; decretó nuevos impuestos eclesiásticos con este fin; llegó a distintos arreglos monetarios con Enrique VII de Inglaterra (1), de los cuales el Rey no cumplió luego ninguno; obtuvo de Maximiliano y de sus grandes vasallos la promesa de un Ejército de treinta mil infantes y una buena caballería. También el Rey de Francia prometió unas galeras. En realidad, sólo la flota española, dirigida por Gonzalo de Córdoba, ayudó por breve tiempo, aunque con gran éxito, a los venecianos, mientras el Rey de Hungría se batía con los turcos invasores. El Papa dió a los Reyes Católicos, en esta ocasión, el título de Defensores de la Fe. Pero comprendiendo, al fin, que las promesas no eran mantenidas y que los tratados quedaban incumplidos, se limitó a hacer una alianza con Venecia y Hungría. Este Papa, que se presenta como codicioso, dió todos los beneficios eclesiásticos de este reino y además cuarenta mil ducados anuales al Rey Ladislao, y envió otros quince mil ducados a su representante en Venecia. La alianza era débil, y la Cristiandad dividida fué salvada, porque el turco, en la cumbre de su ardor bélico, se vió obligado a dirigirse hacia Persia y a gastar contra ella sus energías, entonces formidables.

---

(1) Villari: *Dispacci di Giustinian,* vol. I, pág. 49.

## CAPITULO XXI

# EL VENENO

Hasta la vejez, Alejandro VI no ha sido acusado directamente de ningún crimen. En el asesinato del Duque de Gandía se hace notar por sus enemigos mismos su enorme dolor; en el de Perotto se le presenta como víctima y no victimario; en el más terrible aún, siempre según las acusaciones, del Duque de Bisceglie, toma medidas para perseguirlo. En cuanto al Príncipe Djem, en realidad, no se hace una acusación precisa, como hemos visto. En las fiestas a que asiste hay alegría, se llega hasta echar confites en el seno de las damas que le rodean, pero no se suponen aún actos pornográficos o repulsivos. Ahora, a los setenta años, se le inicia en la gran criminalidad, o, en algún caso, se descubre esta criminalidad. La leyenda se forma en esta época, porque entonces se publica el libelo anónimo llamado *Carta a Silvio Savelli,* y es en este período cuando aparece la decidida enemistad de los venecianos, y también su triunfo sobre los tiranos que ocupan el amplio territorio de la Iglesia. La hoja históricopenal que ha llegado hasta nosotros, escrita durante tres siglos, es interesante. Examinémosla:

*Un Obispo que continuaba en su credo judío.*

En 6 de julio de 1498, el Papa acusó a Pedro de Aranda, Obispo de Calahorra, de los delitos de herejía y de simonía. Pedro de Aranda era un español a quien el Papa tenía gran afecto y confianza, al punto de haberle nombrado mayordomo del Vaticano. Judío de ori-

gen, se había convertido aparentemente al cristianismo, y había llegado a tan alta dignidad. En España, hay que recordarlo, muchos judíos convertidos, o personas en parte de sangre hebraica, ocupaban altos puestos (1). La Reina Isabel se confesaba con uno de ellos; su amiga predilecta es Beatriz de Bobadilla, casada con Andrés Cabrera, en cuyas venas corre sangre judía. Judío, de origen más o menos lejano, es el Marqués de Villena, que dominó al Rey anterior, Enrique IV. El «Escribano de ración» del Rey Don Fernando es de origen judío, y su tesorero desciende de un rabino. Igual origen tienen sus amigos y compañeros de diversiones, Jaime de la Caballería, Juan Cabrera, Sánchez de Paternoz. Las grandes casas españolas, a su vez, se han unido, para mejorar sus fortunas, a muchas familias hebraicas; por las venas de algunos de los Lunas, los Villa Hermosa, los Guzmán y los Mendoza corría sangre judía, de acuerdo con las opiniones de investigadores honorables.

Pedro de Aranda había superado las dificultades de un viejo proceso iniciado en España contra él mismo y contra su propio padre, a quien se acusaba de «marrano», o sea haber simulado su conversión

---

(1) La cuestión de la infiltración hebraica en la nobleza española de aquel entonces es muy controvertida. La afirmación nos viene de documentos de la época dándonos casos específicos, y de un libelo resumen titulado *El tizón de la nobleza,* obra de DON FRANCISCO MENDOZA Y BOBADILLA, doctor en Teología y Letras, de Salamanca, catedrático de las Facultades de Evora y Coimbra, Obispo de Coria y de Burgos, Arzobispo de Valencia y Cardenal, sobrino del famoso Cardenal de España, calificado, al tiempo de Doña Isabel y Don Fernando, de tercer Rey de España. No hay duda de que *El tizón de la nobleza* o *Memorial* dirigido a Felipe II es la obra de la pasión; pero los datos que usó el autor para el Rey fueron tomados del manuscrito de un libro suyo titulado *De los linajes de España,* libro que no fué publicado y que se extravió a la muerte del Cardenal. Escritores de alto prestigio, como Amador de los Ríos, han recogido la documentación contemporánea, reconociéndola fidedigna.

En período reciente se han presentado protestas eruditas a esta opinión general, negando todo valor probatorio a los documentos alegados. Don Luis Araújo Costa, en el periódico *La Epoca,* de Madrid, de 1 de agosto de 1931, estudió con fino análisis *El tizón de la nobleza,* llegando a la conclusión de que es obra falsa y, en todo caso, apasionada. Posteriormente, el señor Martín Almagro, en una nota final al libro de WILLIAM THOMAS WALSH, *Isabel la Católica,* dice que es un error considerar como verdad histórica «teorías absurdas y no probadas respecto al carácter u origen hebraico» de personajes de la época.

Pero otro escritor, portugués, el señor J. LUCIO DE AZEVEDO, en *Historia*

al cristianismo (1). Esto no obstante, al igual que otros altos funcionarios de la Iglesia española, como hemos dicho, llegó a Obispo de Calahorra, y a un hijo natural que tenía, nombrado Alfonso Solares de Aranda, le llevó también a la carrera eclesiástica, elevándole, gracias á su influencia en la Curia, al cargo de protonotario vaticano y a secretario papal.

El Papa Borgia está acusado por Sanudo, que lo reproduce del Embajador veneciano Capello, de haber condenado a Pedro de Aranda para apropiarse sus riquezas, y mandádole encerrar en el castillo del Santo Angel, donde murió. Esta acusación fué hecha, no en 1498 cuando Aranda es detenido, sino más tarde, al tiempo de las grandes invectivas, o sea en el 1500. Y, naturalmente, ha sido repetida desde

---

*dos Christaos Novos Portugueses*, muy adverso a los judíos, dice, con mejor base histórica: «Después de invadida la esfera política, hasta entonces reservada al clero y a la nobleza, en cuyas venas no circulaba sangre sospechosa, no bastándole esto (la judería), fué a buscar esposas a los gineceos cerrados de la hidalguía, equiparando el soberbio linaje de los godos a la descendencia que se arrogaba de las mujeres más ilustres de los familiares de Judá y de Levy, de los sacerdotes y soberanos cuyos nombres encontramos eternizados en la Biblia. Los más jactanciosos provenían de David, y, como antepasados, reivindicaban la Virgen María y el propio Jesucristo.»

Un estudio más detenido de esta cuestión podría hacerse sólo por interés histórico. En cuanto a las consecuencias de este hecho sobre la llamada limpieza de sangre, la importancia es mínima, pues después de pocas generaciones la cantidad de sangre que dejaba uno de sus miembros en las venas de la estirpe es tan insignificante, que hay que fijarla en milésimas partes.

(1) AMADOR DE LOS RÍOS: *Historia de los judíos de España y Portugal.* (Vol. III, pág. 271 y siguientes.) El autor, después de haber calificado a Pedro de Aranda de Prelado insigne y virtuoso, y de haber dicho que los inquisidores le infamaron, junto a otro Obispo converso, de gran alcurnia, don Juan Arias Dávila, en una nota, añade: «Ambos Obispos apelaron a la santidad de Inocencio VIII y obtuvieron del Pontífice que se quitase a los inquisidores ordinarios el conocimiento de las causas que se les había formado, enviando al Obispo de Torney para que, unido al inquisidor general, conociese exclusivamente de ellas. Parece que don Juan Arias Dávila y los suyos fueron absueltos; don Pedro de Aranda acudió de nuevo a Roma en defensa de la memoria de su padre, Gonzalo Alfonso, difunto hacía mucho tiempo, y sometido ahora, por los inquisidores de Valladolid, a póstumo juicio. Alejandro VI expidió en 15 de agosto de 1493 un Breve especial, encomendando al Obispo de Córdoba, don Iñigo Manrique, y a fray Juan de San Juan, prior de los Benedictinos de Valladolid, el juicio de sentencia del cadáver de Gonzalo Alfonso.

Evidentemente, Amador de los Ríos no conocía la existencia de este segundo proceso de Pedro de Aranda.

entonces. Según todos dicen y repiten, el Obispo de Calahorra fué enviado a la prisión por esta codicia borgiana de apropiarse del dinero ajeno, recurriendo para ello a las formas más reprobables.

*El juicio contra el Obispo de Calahorra.*

Pero el hecho cierto es que sobre este caso hay todo un largo proceso. El Papa hizo la denuncia en pleno Consistorio, en 1498, y nombró una comisión de investigación, compuesta del Obispo Isvalies, el Obispo Eggert Durkop y el teólogo Pablo de Mondia. Esta comisión informó directamente al Consistorio. Ella juzgó al Obispo de Calahorra como herético, por no creer en la Santísima Trinidad, pues negaba al Hijo y al Espíritu Santo, y por usar ritos judaicos; como simoníaco, porque exigía dinero por todo acto religioso; como rebelde a la Sede Apostólica, por no admitir en su diócesis curas legalmente ordenados en Roma ni reconocerles los «beneficios» concedidos; por falsificador, por haber fabricado dos documentos, uno en daño de tercera persona y otro en favor de su propio hijo. El proceso se halla íntegro, con las declaraciones de innumerables testigos, pasan de cien, en la Biblioteca Barberini, de Roma (1). Pedro de Aranda parece haber tenido una naturaleza inquieta, agitada, agresiva y fuerte. Firme en sus convicciones y seguro de su impunidad. Los testigos declaran que omitía siempre el nombre del Hijo y del Espíritu Santo en los rezos públicos, que hacía su confesión cara al muro, usando el idioma hebraico, y que discutía los problemas religiosos más atrevidos, desde el punto de vista de su credo. Además, refieren el género de vida que llevaba, respetando el *Sabath* y haciendo matar los animales de comida a la manera judía; comía carne los viernes y los sábados; batía a los curas hasta sacarles sangre, etc., etc. Este proceso obligaría aun hoy al más sensible de los modernos jurados a dictar sentencia condenatoria. Y con estas pruebas tan evidentes igual sentencia se dictó entonces, y la confiscación de los bienes a favor del

(1) La Biblioteca Barberini se halla ahora incorporada a la Biblioteca Vaticana. La relación hecha por los dos Obispos citados arriba y por el teólogo Mondia se encuentra en el Catálogo Barberini Latino 2876, Códice XXXVI-10. El título del legajo es: «Acta Consistorialia a die 16 Junij 1498 usqne ad 5am. Julij 1499, tempora Alexandri VI.» Y el documento de referencia se halla al folio 7 versus y siguientes, bajo el rubro «Inquisitio contra Episcopum Calagusitanum».

Tesoro pontificio fué consecuencia de la sentencia. Y este Papa tan codicioso, que según sus calumniadores ha hecho condenar al Obispo para apropiarse de diez mil ducados que posee y otras riquezas, en lugar de absorber todos los bienes de Pedro de Aranda, a pesar de la sentencia, usa una parte de ellos para el mantenimiento del detenido, que queda autorizado a tener dos sirvientes, y dona una casa de la propiedad del mismo en Roma al Hospicio de Santiago, con hospital anexo (1).

*Los* marranos *condenados en Roma.*

Esta acusación contra el Papa Borgia surge al tiempo de otra que se le hace a propósito de unos «marranos» que fueron obligados a ir por las vías de Roma vestidos de amarillo con una cruz roja en el pecho y una vela encendida en la mano, como en acto de contrición. En este segundo caso, Bruchard relata, coincidiendo con Sanudo, que se indica que toda esta farsa seria («saria per li danari») por el dinero. Thuasne, después de cuatro siglos, quita la hipótesis «sería» y da por hecho que los «marranos» fueron castigados para extraerles dinero. Pero lo cierto es que fueron castigados, lo cual hace suponer que prefirieron sufrir el castigo a dar dinero, por ser ésta la ley de la época.

*El envenenamiento de los Cardenales.*

Pronto debemos saltar del robo al asesinato. Según la leyenda borgiana, el Papa se inclinaba a usar sus cualidades y facultades criminales especialmente sobre sus compañeros de Consistorio. Nadie se ha preguntado: ¿Por qué entonces vivieron tantos años el Cardenal Ascanio Sforza, el Cardenal Colonna, el Peraud y otros, que le habían hecho continuas traiciones, y que eran ricos y cargados de «beneficios»? Alejandro VI, él mismo, se ha defendido ante la Historia haciendo observar al Embajador de Ferrara que su espíritu le inclinaba al perdón. Un día, en conversación con Beltrando Constabili, le recuerda que ha tenido que perdonar a Cardenales que el mismo Rey Carlos VIII, al referirse a ellos, calificaba de traidores. «Yo hubiera tenido el derecho de castigar con la muerte al Vice-Canciller (Ascanio Sforza) y al Cardenal de San Pietro in Vinculi (Julián de la Rovère);

(1) *Manuscrito de la Fundación de Santiago,* tomo I.

pero no quería hacer daño a nadie y perdoné a catorce Señores» (1). Hombre de Iglesia, aparte su creencia, que fué profundamente religiosa, hombre de Iglesia en el sentido que se hallaba permeado de esa psicología especial que respalda cada acto con una larga tradición, entiende que como pastor de la grey humana debe guiarla y perdonar a la oveja que se aparte, si el perdón la atrae nuevamente al buen camino. En múltiples ocasiones insiste en esta tesis de que su alta misión le impone abrir los brazos a todos y perdonar.

La opinión universal considera que la primera cualidad borgiana es la de envenenador, y envenenador de Cardenales. Los Borgia, según ella, han creado hasta un tóxico especial, cuyo secreto se han llevado a la tumba. Es la «cantarella», a base de cantáridas, o de arsénico, o de otros agentes químicos desconocidos; es un polvo blanco que a veces no tiene sabor, y en otros casos resulta repulsivo; una pequeña dosis en un cáliz, disuelta en el vino, en el agua, en un caldo, o esparcida como sal, y la víctima muere a voluntad del victimario. Un día, la «cantarella» permite al Príncipe Djem correr en perfecta salud durante un mes, al lado de Carlos VIII, por las llanuras romanas y la Campania, en un crudo invierno, para luego revelarse a su víctima bajo los muros de Capua y troncharle la existencia en Nápoles; otro día, en cambio, en horas, se lleva del mundo de los vivos al Cardenal Michiel o al Cardenal De Monreal. Pero los Borgia no envenenan porque sean enfermos de la mente, como otros tipos históricos. En ellos no hay sadismo criminal, sino interés sórdido. La supuesta tragedia de los Borgia es impulsada por la codicia, la viciosa pasión del dinero.

*La muerte por veneno era una hipótesis constante.*

Estos crímenes por envenenamiento no se pueden dejar a la exposición cronológica; es útil agruparlos para comprenderlos y para apreciar la falsedad de las continuas acusaciones que han llegado hasta nosotros. Es preciso establecer la premisa de que es difícil encontrar en todo este período un caso de muerte más o menos inesperada de un personaje que no provoque una o más insinuaciones de Embajadores o de cronistas de la época, de que se debió a veneno. Desde el

(1) Despacho del 1 de febrero de 1502, del Embajador Constabili al Duque de Ferrara.

Rey de Castilla, Enrique IV, y naturalmente mucho antes también, hasta George D'Amboise, Cardenal de Rohan, en tiempos de Julio II, que no fué el último, se ha hablado siempre de veneno. Pero en el caso de los Borgia, un «se dice hubo veneno» es una prueba plena; en los otros casos, los historiadores han dejado caer la sospecha no avalorada por otros elementos probatorios. Aparece evidente a quien estudia esta cuestión, que, creada la fama borgiana por las luchas sostenidas por Alejandro VI contra los enemigos de la Iglesia, toda afirmación acusatoria ha sido, por vaga que fuese, aceptada como un hecho indiscutible. En este caso del veneno a los Cardenales hay otra razón que ha llevado a los escritores de las sucesivas épocas a jurar sobre la fe de un rumor, de un «se dice», de la más vaga e inverosímil insinuación. El Papa Borgia se apropiaba *in continenti* de los bienes de estos Cardenales fallecidos. Al tener noticias de la muerte, y aun antes, al conocer la enfermedad, con vigilancia especial se preparaba para ocupar los bienes dejados. Este efecto pasa a ser causa. Si el Papa vigila al enfermo en vista de sus bienes, y tan pronto fallece ocupa cuanto tiene, es que ha provocado su muerte con este propósito. Sólo el desconocimiento de las leyes eclesiásticas de aquel tiempo ha permitido tomar como indicio de culpabilidad esta apropiación. De acuerdo con las leyes canónicas, el eclesiástico podía disponer de sus bienes sólo si había recibido una autorización papal; de lo contrario, su herencia era deferida a la Iglesia (1). Fué discutido si podían separarse los bienes que procedían de «beneficios» de los bienes propios, pero la confusión que esto producía hizo descartar esta tesis. Los Papas eran discretos en el ejercicio de esta facultad y concedían a menudo autorizaciones para testar, reservándose el derecho de poderlas revocar.

*La apropiación de los bienes de los eclesiásticos.*

Como en los tiempos de Inocencio VIII, se habían relajado las costumbres administrativas de la Iglesia: tan pronto moría un Prelado rico, sus subordinados o sus familiares se apropiaban de todo lo que podían, afirmando que lo habían recibido en vida de aquél. Alejandro VI puso término a este abuso, aun cuando a veces, espontánea-

---

(1) «Cum ex antiqua consuetudine et observantia romanae curia, quae cum bona et pecunia curialium qui beneficia ecclesiastica obtinent ad cameram apostolicam pertineant.»

mente, regalaba parte de los bienes a los que habían acompañado al difunto en su existencia. Al acudir el Papa por medio de sus agentes a la casa mortuoria, realizaba el acto de autoridad que aun hoy llevan a cabo los jueces en muchas legislaciones, a petición de parte, poniendo sellos en los muebles de las habitaciones del *de cuyus* mientras todavía su cadáver se encuentra yacente. Julio II regularizó este derecho de la Cámara apostólica.

*Envenenamiento del Cardenal De Monreal.*

El primero de los Cardenales cuya muerte se ha sospechado haber sido provocada con veneno por los Borgia, es nada menos que el Cardenal Giovanni Borgia, en enero de 1500, y se atribuye a César, y no al Papa. Sólo Guicciardini acusa al Papa también. Bruchard, o el copista, o el interpolador de su *Diarium*, dice simplemente que la fuerte fiebre que tuvo Giovanni durante dos días se consideró sospechosa, y Sanudo, en Venecia, más explícito, añade: «Se juzga que ha sido envenenado.» Luego, el propio Sanudo insiste en el veneno y declara que el Duque Valentino le hizo envenenar por el afecto que el Papa tenía a este pariente suyo. Sanudo, probablemente, construye esta parte de los hechos usando los despachos de los Embajadores, y, además, elevando a realidades sus ilaciones lógicas. En efecto, el Embajador veneciano comunica que el Cardenal Borgia ha sido enviado a la eternidad como todos los otros, y el Valentino es el culpable. En este caso, sucede algo que destruye la leyenda de la codicia del dinero de Alejandro VI, y consiste en que la fortuna del Cardenal, que hubiera podido pasar a la Casa Borgia por derecho civil, fué, en cambio, a la Cámara apostólica por obligación canónica. La enfermedad del Cardenal Giovanni Borgia duró dos días solamente, estando lejos tanto el Valentino como el Papa. Había dejado a César catorce días antes de su muerte para dirigirse a Roma a fin de tomar parte en el jubileo. Lo cierto es, al decir de Pier Francesco Justolo, que César tuvo un gran pesar por esta muerte (1). El Cardenal era su compañero y amigo de la mayor devoción. Ambos se consideraban como hermanos, y debido a este sentimiento se llegó a suponer que este Borgia, Cardenal De Monreal, fuese hijo del Papa.

---

(1) Alvisi: *César Borgia*, páginas 82 y 83.

Los escritores más recientes no aceptan esta acusación. No podemos explicarnos por qué en unos casos aceptan como verdad indiscutible el *Diarium* de Bruchard y el de Sanudo como han llegado hasta nosotros, y en otros les niegan toda veracidad.

Dos Cardenales venecianos se suponen envenenados también: uno es Zeno, y otro, Michiel.

*El caso del Cardenal Zeno.*

Juan Bautista Zeno y Juan Michiel eran de noble familia veneciana, hijos de dos hermanas del Papa Paulo II, y elevados a la púrpura cardenalicia por éste, habían sido colegas de Rodrigo Borgia bajo tres Pontífices; y durante el papado de Alejandro VI habían aprobado sus actos y le habían ayudado honorablemente. En 7 u 8 de mayo de 1501, Juan Bautista Zeno, Cardenal de Verona, murió en Padua. La sospecha del envenenamiento surge, en este caso, de una larga lucha que el Papa sostuvo con la Señoría de Venecia a propósito de sus bienes. Según Bruchard, Alejandro VI había autorizado al Cardenal a disponer de sus pertenencias por un acto de última voluntad, pero luego había derogado la autorización. La Señoría, a la cual iba parte de la fortuna, de acuerdo con el testamento, no quiso aceptar el auto de revocación. El Papa amenazó a Venecia de apelar al Emperador y a los Reyes de Francia y España; le envió un Breve de excomunión y se incautó de los pocos bienes de Zeno, que no estaban en Venecia. Bembo, en su *Historia de Venecia*, dice que el Papa se apropió doscientas libras de oro que el Cardenal tenía escondidas en Ancona (1). El hecho es cierto, pero no en la forma que lo da Bembo, escritor literario poco cuidadoso en materia de hechos. Bruchard dice que el difunto Cardenal había enviado a un convento de monjas de Ancona veinte mil ducados en depósito para que, a su muerte, fuesen entregados a un Prelado que le asistía. Este Prelado murió antes que el testador, y al conocer el Papa la existencia de este dinero y su procedencia, lo hizo ingresar en el Tesoro pontificio (2).

---

(1) Bembo: *Hist. de Venecia*, lib. V, pág. 185.

(2) Bruchard: Obra citada, pág. 283. En esta parte del *Liber Notarum*, de Bruchard, como en otras, está la prueba de que, o Bruchard no escribía sus notas al día o que la mayor parte de las que leemos bajo su nombre no son

La mayor parte de la fortuna la tenía el Cardenal consigo, en Padua. Sanudo dice que, habiéndose sabido que Zeno había hecho testamento y que estaba moribundo, la Señoría prohibió a los parientes la entrada en la casa, y luego envió a los dos regidores («rettori») de Padua y a Ludovico della Torre con cien hombres armados para custodiar las riquezas (1). Muerto el Cardenal, Venecia se apropió su fortuna, que, según Bruchard, supera los cien mil ducados, y según Sanudo, poco más de sesenta y cuatro mil.

*La muerte del Cardenal Michiel.*

A pesar de ser contraria a la ley esta apropiación, la Serenísima no hizo caso ni a las excomuniones del Papa ni a las dificultades que podían surgir con Estados extranjeros. Conservó aquel dinero, y en la lucha contra el Papa para retenerlo, no alegó nunca el envenenamiento como causa de la muerte. Zeno murió en Padua, cerca de Venecia, muy lejos de Roma.

Cuando aconteció la muerte del Cardenal Michiel, hubo igual dificultad con la Señoría en materia de sucesión, y más exactamente con su Embajador en Roma, Giustinian. Michiel murió poco antes de Alejandro VI, o sea, el 11 de abril de 1503. La sospecha del veneno consiste en que el Cardenal murió de una enfermedad del estómago que duró dos días. La apropiación de sus bienes en este caso fué acordada por el Consistorio. Meses más tarde, muerto Alejandro VI y estando preso César, fué juzgado y condenado como autor del asesinato, por medio del veneno, del Cardenal Michiel, su hombre de confianza, un clérigo de los Estados venecianos llamado Asquinio de Colloredo. Al leérsele la sentencia, en 16 de marzo de 1504, no obstante haber negado el delito aun bajo la tortura, confesó su participación en el mismo declarando que le habían ordenado aquel acto infame Alejandro VI, ya difunto, César, que se hallaba en prisión, y unos Cardenales españoles, a la sazón refugiados en Nápoles (2).

Quien conozca lo que acontece en los tiempos agitados, comprende

---

de él. En efecto, en este extremo de la herencia del Cardenal Zeno encontramos toda la cuestión que surgió entre el Papa y Venecia en los primeros diez días de mayo, cuando en Roma apenas se sabía de la muerte de Zeno.

(1) Sanudo: *Diarii*, cap. IV, pág. 19.

(2) Villari: *Dispacci Giustinian*, vol. II, pág. 351.

la actitud de Colloredo. El inspirador de todos los delitos que se descubren es el gobernante caído. Pero, en este caso, ni los contemporáneos ni los enemigos de los Borgia creyeron en esta culpabilidad, pues no se intentó ningún proceso contra César ni contra los Cardenales que eran enemigos del nuevo Papa, Julio II. Si la acusación hubiese tenido algún viso de verdad, Julio II la hubiera usado, por lo menos, como un arma contra la familia odiada. Colloredo fué decapitado, y su declaración, ciertamente, hubo de considerarse como el último recurso a que acude un criminal en la hora de la expiación para salvar la vida.

*El Cardenal Juan López.*

En estos envenenamientos de purpurados resulta algo verdaderamente curioso. Las víctimas no son los enemigos del Papa, sino sus amigos. Ya hemos visto a su sobrino, el Cardenal De Monreal, y también a los dos venecianos; ahora veremos envenenado a su íntimo, que le ha defendido hasta con el Rey de España, al Cardenal Juan López. Luego, al Cardenal Ferrari, que intervino en el matrimonio de Lucrecia.

De lo acontecido con el Cardenal López no sabemos más que lo relatado por Bruchard, que excluye toda tragedia, y que prueba la fidelidad del Cardenal al Papa hasta el último momento. Bruchard relata que «el 5 de agosto de 1501, a las horas diecisiete, el Cardenal de Capia dió su alma a Dios en el Palacio Apostólico»..., y que «antes de morir pidió que se le enterrara en la capilla de Calixto, en la Basílica de San Pedro, y no quiso hacer testamento, dejando todos sus efectos a la disposición de su Santidad» (1). Pero no piensa así Brukardt, el moderno autor de la *Cultura del Renacimiento,* y antes que él, Sismondi, los cuales ponen al Cardenal López entre las víctimas del veneno borgiano. El Papa se hallaba a la sazón en Frascati, por los fuertes calores de Roma, y Bruchard, conociendo el afecto que Alejandro VI tenía al difunto Cardenal, no sólo le comunicó la muerte, sino el estado de descomposición del cadáver por el clima tórrido. El Papa contestó con un enviado especial que se cumpliesen todos

(1) BRUCHARD: El Cardenal «López noluit testari, sed reliquit omnia bona sua dispositione et mero arbitrio ss. d. n. pape.»

los deseos de López y se le enterrara en la capilla de Calixto, en San Pedro, como lo había pedido.

*Ferrari se supone que murió también de veneno.*

El Cardenal Juan Bautista Ferrari murió también en el Palacio Apostólico. El Papa le visitó, y al salir, probablemente por haber dicho los médicos que no había esperanza de salvarle, ordenó que se hiciera un inventario de los bienes. Giustinian escribe en un Despacho el habitual «se duda del veneno». Mucho más tarde, escritores eclesiásticos han publicado que bajo León X, un Sebastián Pinzón fué acusado de la muerte del Cardenal Ferrari, y que, torturado, negó el delito; pero posteriormente lo confesó, sin que haya pronunciado el nombre ni hecho alusión siquiera del Papa Borgia (1). La realidad es que si la tortura obligó a Pinzón a declararse culpable, se cometió con él un asesinato legal. Bruchard da en el *Diario* todo el proceso de la enfermedad del Cardenal, y los médicos que le asistieron, y los consultados sobre el caso, todo lo cual excluye que hubiese habido veneno. El Cardenal estuvo diecisiete días enfermo, no quiso tomar medicinas, comió y bebió con exageración algunos días, mejoró luego, pero una fuerte fiebre le atacó continuamente hasta el día 16 de julio; volvió a mejorar, efímera mejoría, y el día 20 murió. Los médicos que le asistieron, los cuales, al decir de Bruchard, eran *plures valentes,* no pudieron obligarle a tomar medicina más que el 17, en cuyo día sólo quiso tragar una pequeña parte de la dosis que le dieron (2).

El Embajador Giustinian, como el maestro de ceremonias Bruchard, da él también todas las alternativas de la enfermedad, y sólo después de comunicar la muerte, declara que «por ciertos signos se considera que el Cardenal sea muerto *ex veneno*» (3). El Papa, en Consistorio, dispuso de los bienes de este Cardenal, dando el Obispado de Módena al hermano del difunto, que Bruchard califica de *hominem rusticum et laicum,* por el afecto que tenía al que acababa de fallecer. El mismo Giustinian dice con aversión y crítica amarga, como de

(1) Vedriani: *Vita dei Cardinale Modenesi,* pág. 20 y siguientes.
(2) Bruchard: *Liber Notarum,* págs. 331 y 332.
(3) Los Despachos de Giustinian a que nos referimos están escritos entre el 12 y el 22 de julio de 1502.

costumbre, que la buena herencia de este Cardenal compensaría al Papa del daño que recibía al perder «en la persona de este Cardenal a un hábil instrumento para arbitrar fondos, siendo opinión general que Su Santidad no encontrará otros de igual suficiencia para el cargo».

*Ferrari odiado por ser tesorero de la Iglesia.*

Juan Bautista Ferrari, a causa de las funciones de tesorero que había desempeñado, era muy odiado. A su muerte se escribieron múltiples epigramas. El que mejor interpreta la opinión general sobre el difunto encargado de recolectar fondos, es el siguiente:

*«Ne dicas: sit terra levis, nec spargite flores*
*Nummos, si requiem mi dare vis, numera.»*

Otro epigrama une en una común ofensa a Ferrari y a los Borgia:

*«Bos bona, terra corpus, Styx animam.»*

*El Cardenal Orsini muere en el castillo del Santo Angel.*

La última víctima del veneno borgiano se supone que fué el Cardenal Juan Bautista Orsini. Alejandro VI había tenido buenas relaciones con este Cardenal, a pesar de las intermitentes luchas con la familia, a la cual pertenecía. Los últimos acontecimientos de Sinigaglia, en donde César había de un solo golpe liquidado las suertes de sus *condottieri*, entre ellos los Orsini, obligaron al Papa a detener a ese Cardenal y a recluirle en el castillo del Santo Angel. Aun en la prisión, el Cardenal Orsini era tratado con los miramientos de un detenido político y de alta categoría. La familia le visitaba, recibía la comida de fuera, tenía su propio médico y libertad para moverse dentro de una parte del castillo. Estas consideraciones no pudieron prevenir, sin embargo, una enfermedad que siguió su curso. Los Embajadores extranjeros y los familiares, eran informados a diario sobre el curso de la misma por el propio médico de la familia Orsini. El 22 de febrero de 1503, el Cardenal murió, y el Papa le hizo rendir los honores de su alta jerarquía.

El orador de Florencia escribió el 23 de febrero a la Señoría: «El Cardenal Orsini murió ayer y ha sido enterrado a las veinticuatro horas en la iglesia del Salvador, de la Casa Orsini. Por orden del Papa, el cadáver, acompañado por sus familiares y por los Cardenales de la Curia, iba descubierto y extendido sobre el ataúd..., indicando todo

su rango de Cardenal. Los frailes hicieron el servicio religioso, y había sesenta o setenta velas encendidas.» El hecho de que el Papa hiciese ir el cadáver descubierto por las vías de Roma, se debió al temor que tuvo de que se hablara en seguida de veneno. Los libelos caían en sus manos, y él los leía con la sonrisa de quien comprende las flaquezas humanas, sabiendo que son siempre los más perversos los que acusan de perversidad a sus adversarios. Pero, por reacción natural, quería evitar que la gente honrada pudiera ser engañada. Alejandro VI, además, llamó a los médicos que habían asistido al Cardenal y les hizo dar el diagnóstico bajo juramento, y no contento con esto, preguntó si la muerte podría ser atribuida a veneno. Todos negaron esta probabilidad. La casa Orsini, que volvió a los pocos meses a ser poderosa, después de la muerte de Alejandro VI no hizo acusación alguna de este género ni habló de veneno.

*Una estadística que defiende a Alejandro VI.*

Un escritor inglés ha hecho un examen estadístico sobre los Cardenales muertos durante los pontificados de Sixto IV, de Inocencio VIII, de Alejandro VI y de Julio II, y teniendo en cuenta las proporciones numéricas, declara que no hay ningún aumento apreciable en la mortalidad de los Cardenales del período de Alejandro VI. Y este autor no es nada favorable a los Borgia (1).

La historia del veneno usado por esta familia es la prueba más evidente de que la ingenuidad humana es hoy tan grande como en los tiempos primitivos, y que sólo ha cambiado de forma. Y a esta ingenuidad extrema se añade tal ausencia de sentido común, que nos obliga a pensar que los hombres, a veces, escriben y leen, respectivamente, por deleite o por rutina y no por dar o adquirir conocimientos.

Mientras estos delitos se sobreponen en la leyenda borgiana los unos a los otros, en la historia, en cambio, vemos a esta casa profundamente honrada por los contemporáneos. El sentido moral al principio del siglo XVI tenía deslices que algunos otros siglos no conocen, pero existía. El mismo sistema de calumnias que se usaba nos da la prueba de que el mal era reprobado y que había una sanción pública para los malvados. El retórico que escribió la *Carta a Silvio Savelli,*

---

(1) L. Collison Morley: *The Story of the Borgias*, pág. 237.

los Embajadores que insinuaban dudas sobre delitos cometidos, y las mismas *pasquinadas* que el alegre romano producía en las sombras contra el poderoso, indican que la acusación sobre hechos de este género, aun cuando evidentemente incierta o en grado de sospecha, era ofensiva y mortificante. El desprecio del Papa contra las calumnias y la indignación de César por la circulación de las mismas revelan que ellas producían su efecto público. Si los Borgia eran honrados y respetados, se debió a que cuanto se afirmaba entonces de soslayo y se dijo después como cosa real, era considerado como falso o como dudoso, especialmente por aquellos que estaban enterados de los hechos y conocían que la pasión animaba el ambiente. Las observaciones con que en cada caso hemos analizado la acusación, han demostrado la falsedad de la imputación de envenenadores.

CAPITULO XXII

# TERCER MATRIMONIO DE LUCRECIA BORGIA

*El ducado de Ferrara completaría las posesiones de la Iglesia.*

El matrimonio de Lucrecia Borgia con Alfonso de Este, primer hijo y sucesor de Hércules, Duque de Ferrara, se celebra en el momento de mayor esplendor de los Borgia. Lucrecia entraba en una familia antigua y respetada, emparentada con todas las grandes casas de Italia; en una Corte de lujo y de exquisita intelectualidad. Su nuevo marido dejaba por ella a la Duquesa de Angoulème, de la realeza francesa, que Luis XII le ofrecía; mientras su primera mujer, fallecida en plena juventud, había sido una Sforza, hermana de la Emperatriz de Alemania, o sea de la esposa de Maximiliano. Los arreglos del matrimonio entre la Casa Borgia y la de Este fueron largos y tuvieron que resolver la doble dificultad de los conciertos patrimoniales y de la política internacional. Hércules de Este, llevado por su codicia, y además alentado por el Rey de Francia, quiso sacar el mejor partido de esta unión con una casa cuyo jefe era no sólo un Monarca poderoso y rico, sino el que tenía derechos feudales sobre su propio Estado. Y pensaba que debía obtener ventajas rápidas y reales, y no esperanzas futuras, porque este Soberano, el más alto del mundo cristiano, al desaparecer se llevaría a la tumba todos sus bienes materiales y toda su autoridad, no dejando nada a la familia. Ciertamente, el astuto Duque tenía también sus dudas sobre cuanto afirmaban ya los venecianos desde entonces, o sea que la fortuna de César, hermano de

la prometida, dependía igualmente de la duración de la vida de Alejandro VI. Y éste pasaba de los setenta años.

*Oposición al matrimonio de Alfonso de Este con Lucrecia*

Por otra parte, había las intrigas internacionales y los intereses políticos opuestos. Venecia, como hemos visto, quería anexionarse Ferrara y Mantua, y Luis XII había ofrecido para ello su cooperación por conducto de los Embajadores. Una alianza familiar del Papa con los Este hacía irrealizable este plan. Y Maximiliano, en sentido opuesto, temía que este matrimonio fuese la consolidación del dominio francés en Italia, representada a la sazón por el Duque Valentino. Para Florencia, una alianza política, consecuencia de una unión familiar, entre el Estado papal y Ferrara, era el cerco de hierro alrededor de su territorio. Los mismos parientes de los Este, especialmente los Gonzaga, veían en la alianza el predominio definitivo de la Romaña en aquella parte de Italia, y, por tanto, la sumisión incondicional de los Príncipes todos a la Santa Sede. Para los barones desposeídos de sus bienes y de sus feudos, y para los que estaban amenazados de serlo, el matrimonio constituía su caída definitiva, el ostracismo y la miseria. En pocas ocasiones una unión de casas reinantes ha provocado mayores dificultades y ha interesado más a la política internacional. La opinión de los Estados le era unánimemente adversa. Había que evitar su realización de todos modos. Hércules fué requerido por Maximiliano de no llevarla a cabo de ninguna manera. Venecia y Florencia actuaron en el mismo sentido con descortés insistencia. Los Gonzaga no ocultaron su despecho. El Rey de Francia quería unir a los Este con su propia familia. Y para evitar el matrimonio, se intensificó la campaña de injurias, de libelos anónimos, de acusaciones de hechos espeluznantes.

*El futuro de César y Lucrecia en la mente del Papa.*

El Papa, por su parte, creía firmemente que la alianza de las dos casas aseguraría a la vez la suerte de Lucrecia y la de César después que él desapareciera. Alejandro VI se preocupaba mucho de este futuro. Lucrecia era buena y gentil, y, además, siendo mujer, no podía defenderse por sí sola. El Valentino tenía grandes cualidades, pero la vida le había sido muy fácil, el éxito lo había acompañado siempre; era inteligente y hábil; decidido y valeroso; sabía esperar y armarse de prudencia. Pero su ambición no estaba uniformemente dirigida

hacia un fin. No tenía la unilateralidad de propósitos que es el arma que triunfa en las batallas por el éxito. Le gustaba la diversión, se abandonaba al placer. Tenía hábitos que no se armonizaban con los del hombre de acción. Naturalmente desdeñoso, no cultivaba el ambiente en que vivía, haciendo aquella obra de preparación diaria que crea simpatias, amistades, afectos firmes, tan útil luego en las horas de prueba. El Duque era perfecto cuando la necesidad espoleaba sus facultades; no así en los tiempos normales. Tipos de este género saben conquistar, pero no saben conservar las cosas adquiridas. Y el Papa, sagaz, lo veía. En una ocasión, no sabiendo callar sus sentimientos, reveló esta dolorosa previsión suya al Embajador de Venecia, diciéndole que el Valentino dormía de día y estaba despierto de noche, y exclamó, como pensando en alta voz: «Yo no sé si podrá mantener luego lo que ha adquirido ahora.» El Valentino, por su parte, da al matrimonio de Lucrecia igual importancia que el Papa, y colabora para su éxito.

***Los aspirantes a la mano de Lucrecia.***

Era natural que, muerto Alfonso de Aragón, surgiesen nuevamente muchos aspirantes a la mano de Lucrecia. En noviembre de 1500, el Embajador de Florencia, Francisco Capello, dice a la Señoría que el Duque de Gravina, sobrino del Cardenal Juan Bautista Orsini, a instancia de éste, estaba en camino de Roma para aspirar a la mano de la joven viuda, y hasta Bruchard habla de ello. Otros candidatos se presentaban también con mayor timidez. Se hacía alusión a que un Colonna pudiese entrar en la familia del Papa.

Alejandro VI había examinado desde el primer momento la situación y había tomado su resolución. En otra época, un Orsini hubiera sido considerado muy favorablemente, o se hubiera acudido quizá a un español. Pero ahora el Papa está entregado en alma y cuerpo a recobrar para la Santa Sede el antiguo dominio que el Rey carolingio le había dado y a hacer de César el gran vicario poderoso de estos territorios. Lucrecia debe servir a este fin, como lo están sirviendo las armas del Valentino y los soldados del Rey de Francia.

***La intervención del Cardenal Ferrari.***

El Cardenal Juan Bautista Ferrari, devotísimo del Papa, había estado al servicio del Duque Hércules de Este. En 18 de febrero de 1501 escribió una carta a este su antiguo protector, exponiéndole la utilidad de un enlace de su hijo Alfonso con Lucrecia Borgia. Esta inter-

vención de un tercero en los arreglos matrimoniales era muy común, casi habitual entonces. Nicolás Maquiavelo hace llegar hasta nosotros, en una forma u otra, que en tres ocasiones intervino como amable embajador matrimonial; en uno de los casos se trataba de la hija de Francesco Guicciardini.

El Duque de Ferrara, al recibir la carta del Cardenal, se encontraba tratando con el Rey de Francia el matrimonio de su primogénito con Luisa, Duquesa de Angoulème, sobrina de Luis XII, y creyó que no debía llevar una doble negociación sin desdoro para él y sin ofensa para el Rey francés. En cambio, Alejandro VI consideraba que nada era difícil cuando el tiempo permite a la inteligencia encontrar la forma de vencer los inconvenientes. Y, con audaz maniobra, se dirigió directamente al Rey de Francia pidiéndole le favoreciese en sus propósitos y que solicitara del Duque de Ferrara una decisión favorable. Luis XII, al principio, no sólo rehusó mezclarse, sino que se manifestó en contra del matrimonio; pero luego, bajo mayores presiones, intervino cerca de Hércules, aconsejándole pedir la mano de Lucrecia, pues él retiraba la demanda hecha a favor de la Princesa de Angoulème, advirtiéndole que era preciso que fuese muy exigente en cuanto a la dote. Hércules accedió a ambas cosas, y, con un maravilloso doble juego del Renacimiento, al mismo tiempo que favorecía sus intereses solicitando la mano de Lucrecia y buena dote para el hijo, evadía la oposición de los Estados y de los parientes, diciendo que el Rey de Francia le ordenaba aquel matrimonio en contra de su voluntad. Las negociaciones preliminares fueron largas. Hubo que convencer a muchos y vencer dificultades.

*Exigencias del Duque de Ferrara.*

El Duque de Ferrara pidió como dote doscientos mil ducados en efectivo, veinte mil en joyas, la supresión del tributo de cuatro mil ducados al año que debía pagar el ducado como derechos de la investidura al Vaticano y los territorios de Pieve, Cento y Puerto Cesenático. Exigió, además, unos «beneficios» para el hijo, Cardenal Hipólito de Este. Evidentemente, esto era lo que se pedía, sabiéndose que la otra parte no aceptaría, y que era preciso, después de larga discusión, rebajar las pretensiones. Esta forma de llevar a cabo el contrato matrimonial existe aún hoy en muchas provincias de naciones euro-

peas. Para quienes tienen experiencia de los países a que nos referimos, el trato entre los Este y los Borgia parece una escena de la vida cotidiana. Se discutió ampliamente. Todo fué en extremo vulgar, especialmente para aquellos que, con justicia, creen en la espontánea elección de los cónyuges dictada sólo por el amor. Pero la costumbre no era ésta. Largos conciertos interrumpidos y reanudados; los interesados directos, o sea los prometidos, impedidos de dar su opinión, pero ayudando respectivamente a los padres con actitudes de ocasión; Lucrecia, cuya venta se discute, apremia en secreto a los suyos para que den lo más que puedan, y trata de hacerse más agradable a los otros, para que tengan en cuenta en el precio sus bondades y su afecto para la nueva familia en la que aspira a entrar. Hubo la delicada intervención de los amigos, la información de los domésticos, la intransigencia momentánea de una o de otra de las partes. El contrato fué discutido con vehemencia y hábiles argumentos, mezclándose lo monetario a lo moral con dialéctica fácil y cerrada. Pero tan pronto se llegó al arreglo y los dos jefes de familia dieron el consentimiento, todo cambió. La ternura sustituyó a las caras severas del anterior momento. Se declaró, como para justificarse cada uno de las vulgares exigencias monetarias, que el contrato era una necesidad indispensable en la forma, sólo por la forma, pero la unión de las dos familias, la felicidad de los futuros esposos, la prosperidad de los hijos que vendrían, era lo único que verdaderamente interesaba. Un cambio de escena radical repuso el matrimonio sobre el terreno suyo propio: el de los buenos sentimientos y del recíproco afecto. Todo esto aconteció en este caso al principio del siglo XVI; todo esto sucede hoy entre algunas clases burguesas acomodadas en algunos rincones del mundo. Normalmente, ciertos hábitos y formas de vida persisten a lo largo de los siglos, pero cambian de ambiente, y casi siempre lo que desaparece en la ciudad, sujeta a las influencias externas, queda en la provincia, más tradicional y tranquila. Sólo conociendo estas costumbres puede comprenderse el lenguaje de Hércules de Este, que hizo, sin embargo, exclamar al Papa que era hombre superior a las costumbres, que se conducía como un perfecto mercader. Sólo conociendo los hábitos del tiempo se puede explicar la indicación de Luis XII de pedir lo más posi-

ble. Y de igual manera, la intervención del Cardenal Ferrari y hasta del Cardenal Julián de la Rovère promoviendo o interesando el arreglo matrimonial. Sin tal conocimiento, este matrimonio aparece como una venta de los bienes y derechos de la Iglesia a la codicia de Hércules de Este.

*El Papa da la mitad de lo pedido.*

El Papa, en respuesta a las demandas del Duque de Ferrara, ofreció la mitad de la suma pedida y acudió sobre las otras demandas al Colegio de los Cardenales, pues el asunto era una cuestión de Estado tanto como privada. Los Cardenales aceptaron las decisiones papales.

Mas si el contrato matrimonial de Alfonso de Este y Lucrecia Borgia necesitó una larga preparación, la celebración del matrimonio exigió otra no menos larga. En primer término, Hércules quería que las condiciones pactadas se cumplieran antes de celebrarse las nupcias. Debía de tener constantemente la idea de que mientras vive, un Papa puede beneficiar a los suyos; pero, muerto, cesa todo. Luego, el matrimonio debía llevarse a cabo con gran lujo. Los Este, como los Borgia, deseaban demostrar toda la satisfacción que sentían por el enlace. Hércules quería enviar un cortejo digno de la nobleza de su casa y recibir otro digno de la alta posición de Lucrecia.

*El cortejo de los Este sale para Roma.*

A principios de diciembre de 1501, el Cardenal Hipólito de Este salió de Ferrara con sus hermanos Fernando y Sigismondo, numerosos personajes de alta alcurnia y quinientos acompañantes más. El 23 entraban en Roma por la puerta del Popolo. La recepción que se les hizo fué magnífica y entusiasta. Veintitrés Cardenales y cuanto había de más alto y respetado en Roma se unieron a una muchedumbre que aplaudía incesantemente, atraída por la belleza del acto y conmovida por la idea del enlace de Lucrecia, que tanto había sufrido ya, a pesar de su juventud. El Valentino, resplandeciente de oro, guiaba un Ejército de cuatro mil hombres. Juan Bautista Scabolino, uno de los que relatan la belleza de este cortejo, dice que el Duque Valentino «montaba una yegua blanca grasísima y bella, que parecía tener alas», y que «su traje y los mantos de su cabalgadura fueron estimados en diez mil ducados, porque no se veía más que oro, perlas y otras prendas» (1). El Papa Borgia,

(1) Sanudo: *Diarii*, IV, pág. 195.

conmovido, recibió a los Este rodeado por doce Cardenales. Por la correspondencia que ha quedado, podemos ver que Lucrecia Borgia era considerada un modelo de virtud (1). Los Embajadores de Ferrara escriben: «Cuanto más examinamos y estudiamos su vida de cerca, más se eleva nuestra opinión sobre su bondad, su castidad y su discreción. Hemos observado también que ella no es solamente religiosa, sino devota.» En una larga correspondencia, muy íntima, que con la firma El Prete se dirige a la Marquesa de Mantua, Isabel de Este, hay iguales expresiones de respeto e iguales alabanzas. El Prete no pudo alterar la verdad, ni siquiera para satisfacer a los Marqueses de Mantua, que, por razones de política, no habían sido muy entusiastas, ni lo eran todavía, de este enlace. Para el informante, Lucrecia es bella, gentil, honrada y perfecta, al describir los pormenores de su vida, sus trajes, sus hábitos diarios.

*Enlace en los salones del Vaticano.*

En 28 de diciembre, los salones del Vaticano se llenaron de la más elegante concurrencia. Todos los Cardenales que se hallaban en Roma estaban presentes. Innumerables Obispos y los Embajadores y la nobleza admiraban los encantos de la desposada. El Papa quiso que se uniesen también a aquella ceremonia los representantes de la ciudad, o sea los Senadores y los Conservadores. Ferrante, el hermano de Alfonso de Este, tomó la mano de Lucrecia, y al ponerle el anillo nupcial, dijo: «El muy ilustre Señor Alfonso, vuestro esposo, os envía por su espontánea voluntad este anillo matrimonial, y yo, Ilustrísima Señora Lucrecia, os lo presento en su nombre.» Esta contestó: «Y yo lo acepto por mi espontánea voluntad y libremente.»

*Lucrecia va hacia Ferrara.*

El 5 de enero de 1502, Lucrecia salía de Roma acompañada por un cortejo larguísimo. El Valentino le dió doscientos soldados de escolta. Nobles doncellas la rodeaban. Caballeros de la mayor distinción se honraban en servirla. Los pueblos por donde pasó le hicieron manifestaciones delirantes; los Príncipes y las ciudades le enviaron regalos. Su esposo la fué a encontrar a Castel Bentivoglio, estando con ella por breves horas para luego recibirla oficialmente, a la cabeza de los

---

(1) Gian Luca Pozzi, agente de Hércules de Este, escribe en 22 de diciembre de 1501: «Lucrecia es prudente y discreta, amable y de buena inclinación, revela modestia, dulzura y dignidad. Es católica y teme a Dios.»

nobles, en Ferrara. El Papa Borgia se había separado de ella tiernamente. Por detalles no importantes históricamente, pero útiles para conocer los estados de ánimo de los personajes, creemos que Alejandro VI tuviera más afecto por Lucrecia que por el mismo César. Su confianza en ella es absoluta, y por dos veces la deja en el Vaticano revisando su correspondencia y vigilando cuanto pasa. Nunca encontramos en sus labios una crítica, un reproche; al contrario, cuando habla de ella, no sabe cómo encomiar sus virtudes, su refinamiento, su gusto. Este día, 5 de enero de 1502, la vió por última vez.

En Ferrara se reprodujeron las fiestas de Roma. Parecía que Lucrecia llevaba a todas partes la alegría y la felicidad. Por estas cualidades suyas, el porvenir, a pesar de la muerte del Papa y de la caída de César, y a pesar de lo turbio de los tiempos, no le fué ingrato. Pero entre toda esta alegría y felicidad no podían faltar las agresiones morales, habituales en Roma. La calumnia era considerada un arma legal, y además, un pasatiempo de eruditos.

*Una fiesta de cortesanas en el Vaticano.*

Dos sátiras corrieron por Roma, que, recogidas por Bruchard, o interpoladas luego en su *Diario,* han dado oportunidad a escritores posteriores para tratar a Lucrecia con el desprecio con que lo hacía el contemporáneo Matarazzo, que nunca la conoció, ni supo nada de ella directamente, escribiendo con el sólo objeto de enlodar, en interés de su señor, la familia Borgia. Una de estas sátiras se refiere a una fiesta de cortesanas que se dice dada por César, en la cual se hace llegar la obscenidad a un grado repulsivo, que resulta excesivo aun para la época. Al Papa y a Lucrecia se les pone en esta bacanal insensata. Al examinar todo el *Diario* de Bruchard, se ve que este meticuloso maestro de ceremonias no cultivaba la prosa indecente; es más, se ve que la rehuye. Ya hemos manifestado el porqué de nuestras dudas sobre la autenticidad de algunas páginas o frases que se encuentran en Bruchard, pero en este caso se debe añadir que sólo un escritor de cuentos droláticos se hubiera abandonado al alegre pasatiempo de relatar una escena pornográfica con todos sus particulares e íntimos detalles (1). Bruchard no fué testigo ocular, y de haber escrito sobre un

(1) En una de las copias de la obra de Bruchard, la calificada por el manuscrito monacense, todo lo referente a esta sátira se halla borrado. Nadie ha

asunto de este género, lo hubiera referido con palabras generales. Además, si César daba en esta ocasión una tal fiesta, es que debía estar habituado a dar otras parecidas, aunque más modestas, tanto más cuanto que nadie encontraba inconveniente en ello, si el mismo Papa y la prometida de un hijo de una gran familia se divertían de ese modo. No hay, sin embargo, ningún otro relato de semejantes orgías en Bruchard. El momento escogido por los panfletistas fué el del matrimonio, cuando los Embajadores de la familia de Este se hallaban en Roma para estudiar la vida que llevaba Lucrecia y su moral. El interpolador de Bruchard escribió sobre las huellas de los panfletistas.

La escena consiste en que César ha hecho venir a sus habitaciones del Vaticano cincuenta «meretrices honestes», o sea cincuenta cortesanas, para dar un alegre espectáculo al Papa y a Lucrecia. Las cortesanas, primero vestidas, luego desnudas, bailan y se divierten con los domésticos. Luego, puestos los candelabros en el suelo, se inicia un raro juego, llamado de las castañas, sobre las cuales, con pies y manos, caminan domésticos y cortesanas. Y, por último, todos se abandonan a actos bestiales, recibiendo los triunfadores premios de los Señores que asisten a la bacanal.

Además de Bruchard, esta escena la reproduce Matarazzo en su *Crónica,* pero Matarazzo la ha tomado de la misma fuente que ha inundado el *Diario* de Bruchard. Matarazzo está lejos de Roma, y algún amigo le informa de estos libelos dirigidos contra los Borgia. El Embajador Francisco Pepi escribe también a Florencia que el Papa ha pasado hasta una hora avanzada la noche precedente en las habitaciones del Valentino, pero nada habla del juego de las castañas, limitándose a decir que hubo «bailes y risas». Es probable que César diera una fiesta y que de ello surgiera toda la maledicencia posterior. Lo cierto es que por estos días se oye el testimonio de los hombres severos que envían Hércules de Este y otros familiares, que cuentan las virtudes, la moral y la devoción de Lucrecia.

---

podido borrarlo por amor a los Borgia. Por lo que debemos deducir que, siendo el manuscrito monacense el menos infiel, el párrafo fué borrado, por creerse que era una interpolación, o por tener pruebas de ella en aquel entonces.

*Un cuento drolático.*

La otra sátira se refiere a algunas mulas que, llevando leña, pasaban cerca del Vaticano. Unos soldados del Papa les quitaron la carga y las entregaron a cuatro caballos; éstos las atacaron furiosamente, y se atacaron entre sí. Se afirma que el Papa y Lucrecia, desde una ventana, miraban, riéndose de aquella escena escandalosa. Este cuento inconcebible es relatado de manera distinta. Matarazzo, por ejemplo, coloca el hecho en las cuadras del Vaticano, y dice que el Papa ordenó todo para dar un espectáculo en honor de Lucrecia. Estas variantes, por lo general, prueban que, o los hechos no son ciertos, o que han sido fuertemente alterados. Mas, como hay una animadversión en contra de los Borgia, casi como si aún viviesen, escritores modernos llegan a deducciones absurdas. Portigliotti, por ejemplo, resuelve la contradicción de los relatos agrupándolos todos, y dice que hubo dos hechos consecutivos: el primero, el de las mulas, que surgió debido a los soldados, y el segundo, el de las cuadras, que fué provocado por el Papa, no satisfecho del anterior, y para dar mayor alegría a Lucrecia (1).

Mientras el buen humor romano desahogaba sus iras contra estos «catalanes» que tan alto habían subido y que estaban destruyendo a tantas familias romanas, Lucrecia cabalgaba hacia su nueva patria. La recibían entre sus brazos las Cortes de mayor cultura de Italia, y los mayores poetas pulsaban sus liras en su honor.

---

(1) PORTIGLIOTTI: *Les Borgia*, pág. 62.

CAPITULO XXIII

# CONQUISTA DE URBINO Y DE CAMERINO

En la primera mitad del año 1502, Alejandro VI se dedica a ordenar las posesiones que ha conquistado para la Iglesia. Las propiedades de los Barones romanos, con sus ciudades y castillos, las fué poniendo en gran parte bajo la administración directa de la Sede Apostólica, y asimismo los territorios ocupados al Norte de Roma. En todos ellos disminuyó la tributación, resolvió las cuestiones de campanario que existían entre pueblo y pueblo y que provocaban conflictos sangrientos; dió un régimen normal y legal de libertad y de orden, dentro de los criterios de orden y libertad de la época. Las poblaciones se sintieron aliviadas de las brutales exacciones de los Príncipes vanos, codiciosos y sanguinarios que hasta entonces las habían gobernado. En Romaña mantuvo un vicariato bajo el Duque Valentino y de Romaña; el Obispo de Isernia, Giovanni Olivieri, con el título de lugarteniente general, había, el año precedente, establecido un sistema político a satisfacción de todos (1). Y en este año de 1502, don Ramiro de Lorca, con mano más dura, pero con igual interés, al acoplar sus funciones precedentes con las de lugarteniente civil que dejó el Obispo de Isernia, siguió gobernando, sin mirar a amigo o enemigo del régimen, con severidad y rectitud, cualidades que no cuadran a los pueblos de instituciones nuevas. Alejandro del Monte, que sucedió a

*Reorganización administrativa.*

(1) Alvisi, obra citada, pág. 227 y siguientes.

Ramiro de Lorca, le dió, en fin, un gobierno que puede considerarse más democrático que el de Florencia y tan ordenado como el de Venecia. El Valentino, bajo la dirección del Papa, supervisaba la obra de sus delegados, concedía favores a las ciudades que reclamaban, dispensaba del pago de impuestos a los territorios pobres, construía obras de carácter militar y también de carácter civil, elevaba, sobre todo, la dignidad y el concepto de la responsabilidad del ciudadano, encargándole las funciones públicas de las cuales había sido privado hasta entonces, con algunas excepciones, como la de Faenza, durante la minoría de edad de Astorre Manfredi, en la cual gobernó un grupo de ciudadanos (1).

Pero es preciso considerar que los pueblos no dan fáciles saltos en sus progresos políticos. Los tiempos aquellos no eran propicios para una tranquila sistematización de la cosa pública. Las dificultades que saltaban fuera a cada instante del choque de los intereses y de la alterada psicología del ambiente, no permitían la aplicación ordenada y fecunda de los principios de buen gobierno. El elemento social sobre el cual había que actuar no tenía la solidez necesaria para tomar una forma definida. Italia era en aquel entonces un vasto laboratorio de instituciones, y como en la vida pública los experimentos no dan nunca resultado, porque el buen gobierno, *lato sensu*, no es más que un estado de armonía, producto de lenta adaptación entre la organización pública y las necesidades privadas, así los sistemas de democracia y de aristocracia, de libertad y de tiranía, de Monarquía y de República, todos tenían en aquel período, por su alternante aplicación, como denominador común, el descontento general. Sin embargo, en el breve tiempo que César Borgia fué Duque de Romaña, dió a aquel Estado una finalidad de bien público que no había sido conocido antes, y, en tesis general, sus pueblos transigían con el nuevo régimen.

---

(1) «Sé yo y sabe el mundo que no he quitado la vida a nadie que no lo haya merecido y no me haya dado motivo justificadísimo... Yo no quiero otro testigo que las ciudades de Romaña, que durante mi gobierno empezaron a conocer aquella tranquilidad y aquella paz que no habían siquiera soñado en el pasado.» Palabras de César Borgia al Duque de Urbino, después de la muerte del Papa Alejandro VI, reproducidas en una *Vida del Duque de Urbino*, de BALDI, indicada por Dall'Oro en el *Segreto dei Borgia*.

A estos éxitos de la política papal, que llamaremos internos, no correspondían los internacionales, pues nuevas dificultades aparecían en el horizonte. *Dificultades internacionales.*

La guerra contra el turco, que el Papa había preparado con tanto esfuerzo, sacrificando hasta sus mayores entradas, había sido abandonada por los principales poderes, España y Francia, mientras el Imperio había quedado todo el tiempo inactivo, a pesar de las promesas dadas y del dinero recibido. Sólo Venecia y Hungría, porque eran directamente atacadas por la agresiva potencia oriental, continuaban de acuerdo con el Pontífice. Pero Venecia, en ese estado de demencia en que caen los pueblos cuando empiezan a decaer, dificultaba la acción del Papa, desplegada, sin embargo, en favor de ella misma. Alejandro VI quedó sorprendido al ver que, habiendo enviado por conducto de las casas bancarias Spannochi, Ulric Fucher y Saulo, al Obispo de Venosa, a Venecia, quince mil doscientos cincuenta ducados oro para armar nuevas galeras, no se habían invertido, por los inconvenientes puestos por los propios venecianos a la muerte inesperada del Obispo de Venosa (1). Los venecianos temían la influencia papal en el oriente mediterráneo aun en aquellas horas tan inciertas, y por ello ponían en peligro la suerte de la guerra. De un Despacho de Antonio Giustinian, Embajador de Venecia, tenemos un indicio de estos estados de ánimo que muchas veces producen desconfianza entre los mismos aliados y son causa de la derrota común. Después de la toma de Santa Maura por las galeras venecianas y las papales, en que cada parte se atribuía la conquista, Alejandro VI, sosteniendo en Consistorio la versión de los hechos favorables a la Iglesia, preguntó vagamente, como planteando una cuestión para el futuro, que a quién debía quedar la plaza conquistada. *Quid juris?* El Cardenal Grimani, veneciano, contestó con sorna: «Santo Padre, Su Santidad la puede conservar en su nombre y en el de la Santa Sede fortificándola, guarneciéndola y defendiéndola.» Giustinian nos dice que el Papa simuló estar distraído y no contestó (2). En efecto, Alejandro VI

(1) *Historia de San Giovanni Gerosolimitano*, vol. II, pág. 559.
(2) VILLARI: *Despachos de Giustinian*, vol. I, pág. 134.

debía de dejar caer con amargura en el alma aquella observación de un Príncipe de la Iglesia sobre la debilidad de la misma. ¡Qué difícil es gobernar cuando todos abandonan lo que ha sido confiado a su defensa!

*La imprevisión del tratado de Granada.*

Más grave aún para el Papa eran, en este campo internacional, las divergencias surgidas entre franceses y españoles en el territorio de Nápoles. El tratado de Granada había dividido el territorio en dos partes, pero no todo el territorio. Con la precipitación y despreocupación con que se hacen los tratados sobre distribución de conquistas futuras, los Reyes de España y Francia olvidaron algunas provincias del reino de Nápoles. La Capitanata y la Basilicata, y, sobre todo, la rica aduana de Foggia, no habían sido específicamente contempladas en el tratado, y tampoco en la investidura hecha más tarde por el Papa a favor de los Reyes. Franceses y españoles, al querer ocupar ambos estos territorios, iniciaron una guerra *de facto*, luego declarada, que terminó más tarde, muerto ya Alejandro VI, con la expulsión definitiva de los franceses de aquel reino. Alejandro VI intentó dar solución a las diferencias, y los Soberanos confiaron en el Papa y en sus decisiones; pero el tratado de Granada, dividiendo un territorio secularmente unido, había creado una de estas situaciones internacionales tan comunes en la modernidad, que no resisten el contacto de los hechos, a pesar de la honorabilidad de los contratantes al momento de crearlas, porque los hechos se rebelan siempre a las creaciones arbitrarias, no sólo de los codiciosos, sino, sobre todo, de los soñadores.

*El Papa, árbitro.*

El Papa fué invitado por el Embajador español, en público Consistorio, a intervenir en este conflicto. El orador expuso que los Reyes Católicos y el Rey Cristianísimo habían concertado una paz (la que precedió a la conquista del reino de Nápoles) no sólo por sus propios intereses, sino en bien de la cristiandad, y que ahora (al hacer la conquista), habiendo surgido diferencias o discordias entre los capitanes de estos dos Estados, *inscius dominis* (1), *ex nunc*, Sus Majestades Reales declaraban árbitro a su Santidad y al Sacratísimo Colegio para terminar todas las diferencias que entre ambas Monarquías pu-

(1) Sin la voluntad de los Soberanos.

diesen surgir en aquel reino (1). Alejandro VI aceptó el honroso encargo y propuso la única solución posible en casos como éste, en que no existe un derecho preestablecido, o sea, la aceptación del hecho tal como está, el *uti possidentis,* quedando cada una de las partes con lo que poseían en el momento del conflicto. Pero si la guerra había estallado en contra de la voluntad de los respectivos Gobiernos, la paz no podía llevarse a cabo por un arbitraje, por muy alto que fuese el árbitro. Y la lucha siguió con gran dolor y mayor preocupación del Papa, que consideraba contraria a los intereses de la Santa Sede cualquiera de las posibles soluciones que no se basara en el *statu quo.*

*Necesidad de un Estado que defienda a la Iglesia.*

Estas dificultades a las puertas de la misma Roma y los peligros futuros, obligaron a Alejandro VI a apresurar la organización de un Estado fuerte, bajo una familia de guerreros, que dependiera de la Iglesia, vicario de ella, una especie de guardián que, arma al brazo, defendiera los actos temporales de la Sede Apostólica. Y le confirmaron en su propósito constante de unir las fuerzas de este gran Estado papal con las de los venecianos, y con ello impedir o prevenir el dominio extranjero en Italia (2). Desgraciadamente para la suerte de ésta, el pensamiento político del Papa no pudo cristalizar en aquel mar de pasiones. Su primer programa al ocupar la silla de San Pedro, de mantener lejos al extranjero, al bárbaro, como entonces calificaban al ultramontano, había caído con la entrada de Carlos VIII en Italia y la consiguiente de Luis XII. Este segundo no pudo siquiera ser iniciado, por la continua negativa de los venecianos, que aspiraban más a pequeñas conquistas territoriales, efímeras y de poca utilidad, que a una vida sosegada y de tranquilidad continua.

César estuvo un período de cinco meses en Roma casi en la ociosidad, el más largo que pasó al lado de Alejandro después de haber abandonado la púrpura cardenalicia. En 17 de febrero, ambos salieron de Roma por pocos días para Piombino, a donde llegaron de Civitavecchia en unas galeras. En Piombino, el Papa consagró una iglesia y asistió a los convites y fiestas que César consideraba indispensables

(1) VILLARI: *Despachos de Giustinian,* vol. I, páginas 61 y 62.
(2) En el capítulo XXV tratamos ampliamente de esta política del Papa Borgia.

para la adhesión popular, y que tanto alegraban al viejo Papa. Ambos estudiaron las defensas de la ciudad y ordenaron obras nuevas. De Piombino pasaron a Elba, en donde examinaron los planos de las fortalezas, planos que Alvisi supone de Leonardo de Vinci. El Papa, a los setenta años, paseó por las calles de la ciudad sobre un mulo, siendo recibido en esta isla, como en todas partes, con gran afecto por las poblaciones (1).

*Accidentes naturales sufridos por el Papa Borgia.*

Al volver a la península, una fuerte tempestad hizo peligrar las galeras, amenazando la vida de los viajeros. César entró en un pequeño bote con algunos marineros y pudo llegar a tierra, mientras las fuertes marejadas se lo impedían a las galeras. Los Cardenales pasaron una noche de terror; no así el Papa, que se mantuvo intrépido todo el tiempo (2).

Esta era la segunda vez que Rodrigo Borgia fué objeto de la inclemencia de estos mares, y en las dos ocasiones estuvo próximo a perder la vida. De peligros por causas naturales hubo algunos más en su existencia. Una vez, paseando en los jardines vaticanos, un pesado hierro cayó a sus pies desde una gran altura. En otra ocasión, un techo de la sala se desplomó sobre su cabeza. En todos los casos salió ileso, con gran descontento de sus enemigos.

De regreso a Roma, Alejandro VI siguió estudiando la situación internacional, y se puso a preparar un nuevo Ejército.

César quedó también en la ciudad, haciendo su vida habitual, levantándose tarde, pasando despierto las noches y corriendo con su habitual antifaz por los lugares alegres. Esperaba el momento de la acción, que era cuando recobraba sus facultades todas. Los hombres de armas del papado se iban reuniendo, y los *condottieri* recibían el precio de la *condotto* al mismo tiempo que ricas tierras en los territorios romanos. Francisco y Julio Orsini, Duque de Gravina, y Vitellozzo Vitelli eran los principales jefes de las nuevas fuerzas. Nadie sabía a qué se destinaban estas fuerzas, y por tanto, todos temían. Pero los

(1) ALVISI, obra citada, páginas 243 y 244. Alvisi se refiere a la *Istorie* de G. CAMBI.

(2) BRUCHARD: *Liber Notarum*, pág. 320: «Papa vero cum galea sua non potuit attingere portum, ex quo omnes in galea perterriti et ex turbatione maris commoti, hinc inde in galea sunt prostrati, solo Papa dempto, qui in sede sua, in puppi firmiter et intrepide sedens prospexit omnia.»

enemigos probables no podían ser más que los vicarios que aún quedaban, especialmente aquellos contra los cuales el Papa, en diferentes épocas, había celebrado el juicio correspondiente declarándolos decaídos del derecho de la investidura. César, encontrándose meses después con el Obispo Soderini en la ciudad de Urbino, le confiesa que su intención era destruir, no a uno o a otro de los vicarios, sino a todos los tiranos de Italia (1).

*César vuelve a Romaña.*

Así, no es extraño que cuando el Papa considera que, dado el estado de equilibrio momentáneo en que se encuentran las grandes potencias, puede reanudar su gran obra de depuración, limpiando todo el territorio de la Iglesia de la peor criminalidad que haya tenido mando sobre los pueblos, envía a César a llevarla a cabo con toda energía. No sería exacto afirmar que el Papa combatía a los tiranos por un alto sentimiento de justicia abstracta. El Papa Borgia, en su realismo, no se hubiera atribuído tal misión, que, por otra parte, en el curso de la Historia, o ha sido obra errónea de hombres de Estado, que ha quebrado siempre, o disfraz habilísimo para cubrir intereses más o menos justificados. Borgia deseaba poner un término a los múltiples vicariatos, porque con ellos, buenos y malos, la Iglesia no podía contar en caso de necesidad. Por lo cual no había establecido diferencia entre los Manfredi, queridos en Faenza, y Catalina Sforza, odiada en Imola. Igualmente, no iba a diferenciar ahora entre Guidobaldo de Montefeltro, amado en Urbino, por su gobierno en cierto modo probo y justiciero, y los Varano de Camerino.

*La Santa Sede y Florencia.*

El 12 de junio de este año de 1502, César abandonó Roma para ir a reunirse con su Ejército. Cuáles fuesen las intenciones precisas del Papa y de César, no se conocieron, ni aun en vísperas de la acción. La salida de César de Roma coincidió con un levantamiento de Arezzo contra Florencia y una invasión de Vitellozzo Vitelli en el territorio de esta misma República. Todos creyeron, en consecuencia, que Florencia, con la cual, además, los Borgia hasta entonces no habían estado en buena armonía, sería atacada. Pero no fué así. El Ejército papal se

(1) En esta ocasión, Maquiavelo acompañaba, como secretario, al Obispo Soderini, hermano del gonfalonero de Florencia. Los Despachos que quedan de esta misión fueron redactados por él.

dirigió contra Urbino. Cierto es que el Papa y el Duque no fueron del todo extraños a estas acciones de Vitellozzo. Pero parece que desistieron luego de sus propósitos, pensando en los peligros que tal operación entrañaba, dada la protección decidida del Rey de Francia por aquella República, cuya situación geográfica le permitía comunicar sin mayores dificultades sus posesiones de Milán y de Nápoles. Por otra parte, no parece que el Papa conociera de antemano el ataque que César llevó a cabo súbitamente contra el Duque de Urbino, privándole en pocos días de todo su Estado. Este acto fulmíneo sobre el ducado de Urbino, conquistado con un simple paseo militar, ha sido presentado por los escritores de la época como un triste engaño de César, criticado por el mismo Papa. En realidad, Guidobaldo de Montefeltro fué sorprendido, pues no esperaba el ataque. La misma noche en que le anunciaron la proximidad del Valentino, estaba cenando fuera de la ciudad, sin pensar que se hallaba en guerra, y no tuvo tiempo más que para huir. Es cierto, sin embargo, que César le atacara con los mismos hombres y las mismas armas que él le había facilitado, pues el Duque Guidobaldo se hallaba en relación con los enemigos de César y se había resistido a cumplir con sus deberes de vicario de la Iglesia. Es más, César acusó al Señor de Urbino de tenerle preparado un ataque traicionero para quitarle todas sus artillerías y asaltarle luego al pasar por su territorio. Y alegando esta causa o pretexto, se justificó con el Papa, en larga carta, de haber iniciado una acción de guerra sin su conocimiento y autorización.

*Pérfido juego de recíproco engaño.*

De los *Diarios* y *Crónicas* de la época no resulta muy clara toda esta situación, y tal parece que una vez más fué usado el pérfido juego del recíproco engaño. La verdad que ha llegado hasta nosotros es que, de un lado, el Valentino trabajaba por medio de emisarios en Urbino contra aquel Duque antes de conocer los actos de Guidobaldo en favor de sus enemigos los Varano, y por otro lado, Guidobaldo desconocía las intrigas del Valentino cuando secretamente apoyaba a estos Varanos, sus vecinos, enemigos de la Iglesia.

El Papa, ante aquella fácil conquista, se convenció en seguida del buen derecho de César, y añadió a sus títulos de Duque de Valencia y de Romaña también el de Urbino.

*Isabel de Este y el Cupido de Miguel Angel.*

Un episodio gentil del Renacimiento viene a entrelazarse con estas trágicas deslealtades. César, siendo Cardenal, había comprado a Miguel Angel un Cupido que había pasado por antiguo y lo había donado a Guidobaldo. Ahora lo encontraba nuevamente en el castillo de éste con otras riquezas, y caía en sus manos como botín de guerra (1). Isabel de Este, que tanto gustaba de las cosas de arte, y sobre todo de las antiguas, interesó al Cardenal Hipólito, su hermano, y a otros, que lo pidiesen en su nombre a César, «ya que éste no se deleitaba mucho con las antigüedades». César complació al instante a la señora de Mantua, y le envió el Cupido y una Venus que ella igualmente deseaba, pero le hacía notar que calificaba erróneamente el Cupido de antiguo, cuando era obra de Miguel Angel, ya en esta hora autor célebre de la estatua «La Piedad». Isabel agradeció el regalo, y cierra una carta al marido en que le da la noticia con estas entusiastas palabras: «No escribo de la belleza de Venus porque creo que Vuestra Señoría la ha visto, pero del Cupido, como cosa moderna, no tiene igual» (2).

*Difícil toma de Camerino.*

Mas, si Urbino fué ganada en tres días y sin molestias de nadie, o sea, sin que nadie pereciera, según César Borgia comunicó a Maquiavelo (3), la toma de Camerino fué, por el contrario, difícil y sangrienta. Los Varano gobernaban su Estado con mano dura. Julio César Varano, ahora de más de setenta años, había asesinado en su juventud a su propio hermano Rodolfo. Tenía un fuerte Ejército, y, además, a su alrededor se había reunido un buen número de exilados de los territorios papales, que venían a combatir en Camerino, con rabia feroz, su propia batalla. Pero el pueblo y la burguesía local, que no amaban a sus Príncipes, no estaban dispuestos a sufrir las consecuencias dolorosas de la toma de la ciudad por asalto de un enemigo, que ellos consideraban como a un libertador. Sin embargo, la guerra empezó con gran encono, y la suerte de las armas en los primeros momentos sonrió a los Varano. Aníbal, hijo de Julio, con la caballería, batió en

(1) César se apropió la bellísima biblioteca que tenían los Duques de Urbino, de la cual habla Baldassarre Castiglione, luego orador en España, en el Cortigiano, y la envió a Cesena.

(2) Carta que se encuentra en la Biblioteca Comunal de Mantua, reproducida por Alvisi en *Apéndices,* núm. 64, obra citada.

(3) MACCHIAVELLI: *Legación al Duque Valentino.*

campo abierto al Duque de Gravina, Francisco Orsini, en Santa Anatolia. César Borgia, que estaba lejos, reforzó el Ejército papal con buena artillería y numerosa infantería, poniendo sitio a la ciudad, después de saqueadas las tierras y pueblos circundantes. Un tumulto obligó a los desfallecidos tiranos a iniciar conversaciones de paz, y, como sucede siempre, al conocerse éstas públicamente, el pueblo no esperó el éxito de las negociaciones y abrió las puertas de la ciudad al invasor. El Duque de Gravina hizo prisioneros a todos los Varano, menos a uno que se hallaba en Venecia, el más joven, Gianmaria, y los envió a César. Pocos meses después, el viejo Julio fué muerto en La Pérgola, y los hijos fueron ejecutados debido a la precipitada retirada a que se vieron obligadas las fuerzas de César ante la rebeldía victoriosa de Vitellozzo y de este mismo Duque de Gravina (1).

No parece que César Borgia tenía la intención de aplicar la última pena a los Señores de Camerino, y se afirma por sus propios enemigos que fué una cruel medida adoptada por Michelotto sin consultarlo. Sobre estas ejecuciones se ha fantaseado mucho por los historiadores, afirmando que los prisioneros se rindieron y que los pactos de la rendición no fueron respetados, dándoseles la muerte contra la fe jurada. Los hechos bien conocidos de la aprehensión de los Varano niegan esta nueva acusación de deslealtad de César. Los Varano no se rindieron, y por tanto no pudieron poner condiciones al darse prisioneros. Ellos mismos se consideraron prisioneros de guerra a discreción del vencedor, y mientras estuvieron en las fortalezas de la Iglesia no reclamaron por esta supuesta violación de los pactos de la rendición. Su ejecución se llevó a cabo meses después, o sea, en la primera mitad de octubre del mismo año, cuando, repetimos, las armas papales estaban retrocediendo rápidamente frente al avance de los Barones rebeldes.

La toma de Camerino regocijó al Papa, y en Roma fué celebrada con grandes manifestaciones de alegría. La rebeldía de los capitanes de César, en cambio, produjo una fuerte conmoción.

---

(1) Se afirma por algunos que los Varano fueron muertos en la fortaleza; otros dicen que cayeron en campo abierto, habiéndose podido unir a la rebelión de los capitanes de César.

## CAPITULO XXIV

# LA CONSPIRACION DE LOS «CONDOTTIERI»

Entre el Papa y César, por un lado, y los jefes superiores del Ejército de la Iglesia, a los que impropiamente podríamos llamar grandes feudatarios de la Corte de Roma, por otro, había fundamentalmente un contraste de intereses que no podía dejar de revelarse tarde o temprano. En la realidad práctica, el papado quería servirse de Vitellozzo, de los Orsini, de Oliverotto da Fermo para destruir a los Varano, a los Bentivoglio, a los Baglione, a los Riario, Señores de Sinigaglia, a los Petrucci, que tenían las mismas cualidades morales y políticas de aquéllos; y estos capitanes, por su parte, comprendían que después de haber realizado el exterminio de los otros, llegaría también su hora de ser exterminados. A todos parecía evidente que el Papa estaba practicando el «vendicabo me de inimicis meis cum inimicis meis» (me vindicaré de mis enemigos con mis enemigos). Además, entre todos estos tiranos, *condottieri* del Papa y adversarios de él, se habían establecido numerosos lazos de familia, ya que no sólo la vecindad los llevaba a ello, sino que en esa época, entre los Señores, altos y bajos, todo arreglo político se sellaba con un matrimonio, y a todo matrimonio se le daba interés político. Los asaltantes eran, pues, parientes de los asaltados. *Desavenencia de los* **condottieri.**

Ya al atacar a Urbino y a Camerino, los capitanes no habían mostrado entusiasmo alguno, y murmuraban. En privado, la Iglesia y sus *Lucha sorda.*

*condottieri* se hacían amenazas recíprocas. Pero se iba adelante, más o menos de acuerdo, salvando las apariencias, porque éstos recibían el dinero necesario para mantener un Ejército que, de otro modo, no podían tener, Ejército que, dado el caso, podía servir contra los mismos que lo pagaban; y aquélla esperaba que la autoridad de la Santa Sede y el temor que se le tenía impediría que se llegara a una conspiración entre los protestantes, sin la cual no podían surgir dificultades serias. Los *condottieri,* queriendo evitar un rompimiento de consecuencias funestas, y en la esperanza de armonizar por algún tiempo los intereses del Papa con los propios, insistían cerca de César en asaltar a Florencia, y alimentaban el odio que éste instintivamente tenía contra aquella República de mercaderes. Vitellozzo, hombre de guerra, y como tal muy respetado, en esta empresa tenía además un interés personal: el de vengar la muerte de Vitello Vitelli, su hermano, ejecutado por la República apresuradamente, cuando ésta creyó que la traicionaba siendo jefe de su Ejército en la guerra contra Pisa (1). Las dos partes, o sea, los Borgia y los *condottieri,* se hubieran puesto de acuerdo en este odio común, a no ser por el Rey de Francia.

*Nueva llegada de Luis XII a Italia.*

Mientras Vitellozzo invadía por su cuenta, pero con el consentimiento de Roma y de César, el territorio florentino, y César entraba en Urbino y Camerino victoriosamente, llegaba a Italia Luis XII, una vez más, y asumía, con un prestigio que no justificaban sus fuerzas materiales, el papel de árbitro de las cosas de la península, o por lo menos de los países del Norte y del centro de Italia. El respeto a Francia era grande en aquel entonces. Con justicia se exclamó: «Todos los italianos son franceses.» Una política de diaria atracción y un acto de fuerza en ocasión oportuna hubieran dado a Francia la dominación secular de Italia, que pasó, en cambio, a España, y luego a Austria. La actitud francesa de este período se distingue por una serie de errores inexplicables, y, sin embargo, los consejeros del Rey y el Rey mismo no eran incapaces.

---

(1) Según SANUDO, Capello, el Embajador veneciano que estuvo en Roma, dice que los florentinos cortaron la cabeza a Vitello y luego le hicieron el proceso. Colección Alberi: *Relazioni Veneti,* serie II, vol. III, pág. 3 y siguientes.

El 7 de julio de 1502, Luis XII estaba en Asti. Todos los enemigos de los Borgia acudieron al campo de ese gran distribuidor de justicia. Acudieron también los que no habiendo sido aún sacrificados esperaban serlo en el futuro, si la fortuna seguía sonriendo a César sobre el campo de batalla y al Papa en su política. El Rey, ante todo, renovó sus propósitos de proteger a Florencia, y César obedeció humildemente. Vitellozzo fué obligado a abandonar a Arezzo y todo el territorio florentino, bajo amenaza de César de ir él personalmente a Civita Castellana, residencia de Vitellozzo, a constreñirlo por la fuerza. En lo demás, el Rey quedó fiel a la palabra empeñada de no mezclarse en los asuntos de los vicarios, sino para ayudar al Papa.

*César va a entrevistarse con el Rey.*

César, comprendiendo el peligro que corría al estar la Corte francesa llena de enemigos suyos, que usaban la calumnia oportunamente, con la habilidad de los italianos de la época, soplándola al oído del que manda, y el oro, que forma las convicciones en las conciencias mercenarias, avisó al Rey que iría a verle a Milán. Y, de incógnito y con pocos hombres, salió de Urbino el 25 de julio, pasó por Ferrara el 28 para visitar a su hermana Lucrecia, que se hallaba enferma, y llegó el día 5 de agosto a Milán.

Muchos creían, o por lo menos propalaban, que la llegada del Rey de Francia tenía por objeto castigar a César; otros pensaron que se lo llevaría con él a Francia. El Rey, al saber que César estaba cerca, le fué al encuentro con tales manifestaciones de agrado y simpatía, que no dejó ya dudas sobre sus intenciones amistosas. «Que sea el bienvenido, mi monseñor primo y buen pariente», le dijo, y le echó los brazos al cuello, besándole repetidamente. Luego, en persona, le llevó al castillo y a las habitaciones que le había preparado. Los enemigos de César recibieron la indicación de ausentarse de la Corte. El Marqués de Mantua tuvo que reconciliarse con César, y hasta se anunció, como prenda de esta amistad, el matrimonio de los dos niños, Luisa, que César había tenido de Carlota D'Albret, y Francisco, hijo del Marqués. Esta fué una hora de triunfo para César Borgia. Los que asistieron a ello no podían comprender por qué Luis XII, que si bien había tenido siempre gran benevolencia por César, en esta ocasión exageró su afecto, le elevó a segundo personaje del reino de

Francia, y por qué le puso por encima de todos los Príncipes de sangre real que le acompañaban. Aparecía aún más impresionante esta actitud del Soberano por el hecho de que todos esperaban lo contrario, ya que en aquel gran mentidero que eran las pequeñas Cortes italianas, el deseo de todos había creado rumores y voces que, sin conocerse el origen, se daban, sin embargo, como ciertas, asegurándose los unos a los otros como verdad indiscutible que la protección real a favor de César había terminado (1).

*Entendido secreto del Papa con el Rey.*

Los contemporáneos hubieran debido comprender, si es que algún contemporáneo pudiera comprender la historia de sus tiempos, que el Rey de Francia prefería al Papa a cualquier Príncipe destronado; pero lo que no sabían, ni podían saberlo, era que, antes de la llegada de César a Milán, ya Alejandro tenía, por conducto de Monseñor Trozo, esbozado un nuevo convenio con el Rey. Al Papa no le agradaban estos viajes del Soberano extranjero, y temía siempre una nueva conquista. Su desprecio contra los Cardenales que estaban cerca del Rey y que le incitaban a intervenir en los asuntos de Italia era grande, abandonándose en su excitación a violentas exclamaciones en contra de ellos: «Aquellos idiotas de Cardenales (Julián de la Rovère, Ascanio Sforza y Rafael Riario) que están cerca del Rey de Francia, han pintado al Rey el paraíso en Italia, y *tamen* (sin embargo) aquí ha encontrado el infierno. Esperamos verlos desacreditados cerca del Rey, porque siempre el premio de los malvados es ser odiados por aquellos que al principio les han favorecido» (2). No pudiendo Alejandro VI evitar en esta ocasión la llegada del Rey, mientras aconsejaba a César que demorara su ida a Milán, había enviado a Trozo, en cuya habilidad confiaba, a explorar el terreno (3). Su método político era evitar el mal; pero cuando éste se presentaba, aceptarlo y obtener que del mal saliera, si no el bien, por lo menos lo útil.

---

(1) El propio Maquiavelo escribe años más tarde que el Valentino se había ido a disculpar ante el Rey de las acusaciones que se le hacían.

(2) Despacho de Giustinian del 7 de agosto de 1502.

(3) A este Monseñor Trozo, que encontraremos más tarde en trágica aventura, se le llama en los distintos documentos con los nombres de Troches, Troccio, Trocces, Trozo, etc.

*Francia y España adulan al Papa.*

Concordadamente con la presencia en Italia de Luis XII, el Papa había sido encargado, el 20 de julio precisamente, de resolver el conflicto surgido en el antiguo reino de Nápoles entre Francia y España. Y los Reyes españoles le ofrecían, por medio del Embajador, un «bello y útil presente», insistiendo en que se pusiera al lado de España. El Rey de Francia no ofrecía donativos, pero se presentaba en persona y daba prendas de garantía de sus favores. El Papa se inclinó hacia Francia, por ser la que en aquel momento aspiraba al mantenimiento del *statu quo*, y ofreció al Rey francés enviar a César a pelear contra los españoles con diez mil hombres en defensa de sus derechos en Nápoles cuando el Rey lo ordenara, a cambio de ser apoyado en los territorios de la Iglesia. Luis XII halló justas las proposiciones papales, y pactó formalmente con el Valentino. Este apoyaría a Francia con diez mil hombres, en caso necesario, mientras el Rey, desde luego, se obligaba a concurrir con trescientas lanzas a la conquista de Bolonia para la Iglesia y a derrotar a los Orsini, Baglione y Vitellozzo (1). Este arreglo secreto explica el recibimiento hecho a César, su marcha llena de honores hasta Génova al lado del Soberano y, luego, la cordial y afectuosa despedida, que tronchó todas las esperanzas de los enemigos de los Borgia.

*Pacto con el Vaticano.*

Este convenio proyecta también una nueva luz sobre las relaciones entre César y sus capitanes y sobre la conspiración que sobrevino y la engañosa represión. Los Orsini y Vitellozzo, que el Rey de Francia se obliga a exterminar, son en este momento los principales jefes del Ejército papal; son pagados por la Santa Sede y están recibiendo nuevas tierras y nuevos títulos. Si el Valentino, después de la intervención papal, conviene en un pacto secreto su exterminio, es que los consideraba ya enemigos. No es de extrañar, pues, que al volver César del campo del Rey, los capitanes estuviesen conspirando contra él y que se estuviesen entendiendo con aquellos vicarios a los cuales se habían obligado a combatir. El odio de estos señores, de uno y otro lado, contra el Duque Valentino, era igualmente grande. Mien-

---

(1) *Inventaire de Jeanne de Serre*, citado por ALVISI, «César Borgia», página 312.

tras Bentivoglio, enemigo, declara que lo matará en la primera ocasión, Oliverotto dice que lo hará antes de un año, y Vitellozzo jura que no se le escapará (1).

*Palabras de Isabel de Este sobre fidelidad política.*

Isabel de Este observaba sin ninguna malicia que aquellos tiempos, siendo excepcionales, no eran para tener en cuenta el interés del aliado del momento o para pensar en las enemistades precedentes. La psicología de la época era gobernarse al día, siguiendo la vía del propio e inmediato interés. El maquiavelismo no fué creación de Maquiavelo, ni la traición fué monopolio de César Borgia.

El Papa, una vez seguro del apoyo del Rey de Francia, inició su ataque espiritual también contra los Bentivoglio de Bolonia. Con un Breve del 2 de septiembre de 1502 citaba ante su corte a Giovanni Bentivoglio y a sus hijos Aníbal y Alejandro. Naturalmente, Alejandro VI hablaba en el Breve de la tranquilidad tan necesaria a Bolonia, comprometida por las violencias de los Bentivoglio contra los ciudadanos, y con nota patética recordaba los años que pasó en aquella Universidad (Gimnasium), que le hicieron amar tan profundamente a la pobre tiranizada ciudad. Estas explicaciones daban a su mente de hombre de ley una satisfacción jurídica y moral. Pero, en realidad, traer a Bolonia a los Estados de la Iglesia era la intención de Alejandro VI para duplicar la fuerza defensiva de éstos. El Papa no quería unir Bolonia al ducado de Romaña, sino tenerla bajo el Gobierno directo de la Sede Apostólica, manifestándolo así repetidas veces y ofreciéndolo espontáneamente al Rey francés.

*Los Bentivoglio, amenazados.*

Para combatir a los Bentivoglio era necesario un buen Ejército. César podía contar con unos cinco mil hombres a sus órdenes directas. Los Orsini, Vitellozzo Vitelli y Oliverotto da Fermo sumaban otro Ejército de nueve mil. Todos juntos y con buenas artillerías podían

(1) Es interesante extraer de esta típica tragedia renacentista, que Maquiavelo calificó de «bellísimo engaño», la psicología de la época: en público, genuflexiones, abrazos, juramentos de eterna amistad y de unión; en privado, el Papa y César pactan con el Rey francés el exterminio de sus generales; y los generales acuerdan la ruina de su jefe con los enemigos sobre los mismos campos de batalla. Cada parte espera la hora favorable, y ambos conocen la recíproca malvada intención, disimulando serenamente. Sufre la ética, pero triunfa la estética.

tener esperanzas de éxito, especialmente si llegaban a tiempo las trescientas lanzas del Rey de Francia. El efecto moral que producirían en el campo de batalla los soldados del Rey sería más eficaz que la ayuda material que darían por su número. Pero pronto el Duque supo que no sólo no podía contar con los nueve mil hombres de sus *condottieri*, sino que la parte del Ejército papal a las órdenes de éstos, en caso de guerra, pasaría al servicio de los Bentivoglio.

*La conjura de la Magione y la rebelión en campo abierto.*

Al mismo tiempo que el Papa trataba en secreto con Luis XII cerca de Perugia, en la Magione, propiedad del Cardenal Orsini, se reunieron sigilosamente en los últimos días del mes de septiembre el Cardenal Orsini, Julio, Pablo y Francisco Orsini, Vitellozzo Vitelli, Juan Pablo Baglione de Perugia, Antonio de Venafro, representando a Pandolfo Petrucci y Oliverotto Eufreducci, conocido por Oliverotto da Fermo, que había asesinado no hacía mucho tiempo a sus parientes y protectores, los Señores de Fermo, en una comida familiar, apropiándose luego el Estado. La reunión fué del todo secreta, y en ella se concertó una alianza defensiva y ofensiva entre los presentes y los Bentivoglio, con objeto de restablecer sobre sus Estados a todos los Príncipes expulsados por el Papa y atacar a César Borgia, que estaba en Imola, hasta vencerle y destruirle. Venecia y Florencia apoyaban la conspiración, pero con prudente reserva, especialmente Florencia, que envió a Nicolás Maquiavelo cerca del Vaticano. Los aliados de la Magione aumentaron su número, obteniendo la adhesión definitiva de Pandolfo Petrucci, tirano de Siena, del Duque de Urbino, siempre popular en su antiguo Estado, de un Varano hijo de Rodolfo, aquel que había sido asesinado por el hermano Julio César, y otros de menor importancia. Pero aunque este arreglo había sido hecho en septiembre, todavía en el mes de octubre los Orsini trataban con el Papa en Roma y cobraban de la Santa Sede los dineros para pagar a las tropas, engañando a Alejandro VI, que todavía confiaba en que, por temor, no llegarían a un acuerdo. Sólo la prudencia extrema del Papa impidió que se les entregase una fuerte cantidad que estaban esperando, para ponerse luego en abierta rebeldía.

*Entrevista entre el Papa y César.*

El secreto y el engaño no pudieron durar, sin embargo, mucho tiempo. César, al conocer los hechos, y al estallar la lucha, después

de un primer abatimiento, recobró sus fuerzas y tuvo una entrevista con el Papa cerca de Roma, decidiendo ambos aceptar el reto. Con el dinero que abundantemente recibía de Roma, César empezó a organizar un nuevo Ejército en Romaña. Por el otro lado, los tiranos aliados, que hubieran podido actuar con un éxito indiscutible en los primeros momentos, fueron aplazando el ataque. En realidad, la acción contra César fué iniciada por el elemento popular de Urbino, siempre más decidido y bravío que todos los guerreros, que todavía recordaba al buen Señor Guidobaldo. La guerra, si guerra puede llamarse a estas hostilidades sin nexo ni concierto, fué llevada flojamente entre César y los viejos y nuevos enemigos. Cada uno de los conspiradores procuraba tener alguna vía abierta para entenderse con el Papa, al cual temían especialmente. El único combate que se dió fué el de Calmazzo, en donde don Miguel Corella y don Hugo de Moncada fueron batidos por los Orsini, quedando Moncada prisionero. El Valentino, obligado por las circunstancias, reconcentró sus fuerzas en su provincia de Romaña, abandonando el resto; pero sigilosamente había creado un nuevo Ejército con soberbia confianza en sí mismo, al decir de Maquiavelo. Los aliados, en lugar de ir al centro y batir el núcleo principal del enemigo, se esparcieron por el vasto territorio, conquistando ciudades en lugar de vencer y destruir Ejércitos, error éste de todos los tiempos.

*César organiza nuevas fuerzas.*

César, en poco tiempo, pudo organizar una fuerza, si no superior, por lo menos igual a la de sus adversarios, si se exceptúa el Ejército de Bolonia de los Bentivoglio, que se quedó a la defensiva, después de un pequeño avance en los primeros momentos. El Papa, igualmente se armaba en Roma. Y el Rey de Francia, mientras enviaba las lanzas ofrecidas a César, escribía al Papa que, en caso de necesidad, él vendría en persona a combatir a todo enemigo de Su Santidad.

*Los conjurados viéndose perdidos, tratan la paz.*

Los conjurados habían perdido un tiempo precioso. Ahora estaban ya derrotados. Pero ni el Papa ni César querían vencerlos en campo abierto, perdiendo hombres y dinero, y corriendo el riesgo que toda batalla supone. Los dos Borgia conocían a los hombres que tenían enfrente, y sabían que cada uno de ellos, a pesar de todos los juramentos de alianza y fidelidad, entregaría a su propia suerte al

amigo más querido, si de ello le resultara algún beneficio. Alejandro VI no había roto sus relaciones con el Cardenal Orsini, que había sido el nexo de los conspiradores en el primer momento, y César mantenía conversaciones secretas, pero continuas, con los Bentivoglio y con Pandolfo Petrucci. La desbandada moral vino pronto, y después de conciertos colectivos, que mal ocultaban los individuales que se hacían en privado, se llegó a un arreglo por el cual la víctima principal volvía a ser el único bueno en aquel grupo de hombres poco honorables, Guidobaldo de Montefeltro, Duque de Urbino, que perdió su Estado, porque en el arreglo fueron reconocidas todas las conquistas precedentes realizadas por César. Dos pactos distintos fueron hechos. En uno, los capitanes se obligaron a volver al servicio del Papa, pero no para servir todos juntos, sino uno cada vez. César y los sublevados, incluyendo a Pandolfo Petrucci de Siena, firmaron este primer documento. En otro se revocaba la sentencia que quitó la investidura a los Bentivoglio, y éstos quedaron vicarios de Bolonia. El Papa y los Bentivoglio firmaron este segundo. Se convino además que los Bentivoglio serían *condottieri* de César y le pagarían un tributo anual, y que un nieto del Señor de Bolonia casaría con una sobrina del Obispo de Elna, luego Cardenal, sobrino del Papa Borgia.

*Se reanuda la guerra y se marcha contra Sinigaglia.*

Hecha así la paz, César ordenó en seguida el ataque a Sinigaglia, que gobernaba la *prefettessa,* o sea, Juana de Montefeltro, viuda de Juan de la Rovère, prefecto por derecho de familia, en nombre del hijo, Francisco María, que era heredero también de Guidobaldo de Montefeltro, y por tanto, del ducado de Urbino. Los antiguos coaligados en contra de César, en lugar de acogerse a la cláusula del convenio, de que sólo uno a la vez debía prestar servicio en el Ejército papal, concurrieron todos a la nueva empresa. Sólo faltaron Baglione, enfermo en Perugia, y Giovanni y Julio Orsini, que estaban con el Cardenal Orsini en los castillos romanos. Oliverotto da Fermo, sin embargo, llevó todo el peso de la acción, aunque poco hubo de hacer. La *prefettessa* huyó, dejando encargado del castillo a Andrea Doria, luego al servicio de Génova. El avance de las fuerzas del Papa trajo a Oliverotto con cerca de tres mil hombres a los alrededores de Sinigaglia. Los Orsini y Vitellozzo acamparon a una distancia de la mis-

ma de cinco millas con un contingente de hombres armados superior en número al de Oliverotto.

César había pasado las fiestas de Navidad en Cesena, divirtiéndose como de costumbre. El 28 de diciembre estaba en Fano, en donde se quedó hasta el 31, y al amanecer de este día, llevando a don Miguel Corella a vanguardia, avanzó hacia Sinigaglia, adonde había sido llamado con urgencia por sus capitanes, con el pretexto de que el castellano Doria no quería entregar la fortaleza sino a él en persona.

*La tragedia de Sinigaglia, contada por César.*

Cómo se desarrolló la parte cruenta de esta tragedia, y de qué parte se inició la nueva traición, no es fácil determinarlo, por los contradictorios relatos que han llegado hasta nosotros. César creyó que los antiguos coaligados habían decidido asesinarle la noche misma de su llegada a la ciudad. Con cartas del primero de enero, desde la misma Sinigaglia, a raíz del hecho, el Valentino se dirige a Isabel Gonzaga, a la Comunidad de Pesaro, de Atri, Venafro, Piombino y a otros, y, naturalmente, antes que a todos, al Papa, relatando y explicando los acontecimientos. El dice: «Los Orsini y sus cómplices, después de haber sido perdonados por su primera traición, cuando, al estar a sueldo del Papa, habían «rebelado las armas nuestras contra nosotros mismos», quisieron concurrir voluntariamente a la acción de Sinigaglia, haciendo creer que venían con poca gente, mientras traían el mayor número de soldados que pudieron recoger, con los cuales, y con la ayuda y acuerdo del castellano de la fortaleza enemiga, maquinaron hacer contra la persona nuestra lo que nosotros, prevenidos y con conocimiento de todo, hemos hecho en contra de ellos» (1). El Valentino añade que «el mundo debe estar contento y alegre, máximemente Italia, que ve así reprimida y extinguida la pública y calamitosa peste que sufrían sus pueblos» (2).

*La opinión general.*

El relato de César se halla corroborado por la opinión general de aquel entonces, que calificó de traidores a los *tiranos tan maravillosa-*

---

(1) Véase ALESSANDRO LUZIO: *Isabella de Este e i Borgia*, pág. 110. LUZIO: *Renier Mantova e Urbino*, pág. 113. También ZAMBOTTI BERNARDINO: *Diario Ferrarese;* enero 6 de 1503, página 344.

(2) ZAMBOTTI, «ut supra», pág. 345.

*mente extinguidos.* El propio Rey de Francia califica el hecho como «la obra de un romano». Maquiavelo, en su primera información a la Señoría, modificada más tarde, habla de la nueva traición de los capitanes (1). El Papa, a su vez, manifiesta al Embajador veneciano que Ramiro de Lorca, ajusticiado pocos días antes por el Duque en Cesena, sin que se hubiera sabido exactamente la causa, había revelado al Duque, antes de morir, las intenciones de los antiguos conjurados. El señor de Mantua (2) felicita a César, y así todos los otros Príncipes y ciudades. Si el acto es infame en la opinión de la posteridad, el regocijo que el mismo despertó entre los contemporáneos fué grande.

*Cómo realmente se desarrollaron los hechos.*

Los hechos se desarrollaron de la siguiente manera, según las relaciones más aceptables. César, acompañado desde Cesena por más de seis mil hombres, ordenó a sus fuerzas que se organizasen, para entrar en la ciudad de Sinigaglia, cerca del puente sobre el río Misa, mezclando infantería y caballería y cerrando las filas. Los Orsini y Vitellozzo Vitelli, al otro lado del puente, se acercaron a César, que los besó, y se incorporaron a sus fuerzas cabalgando al lado de él. Una de las versiones a propósito de Vitellozzo hace notar que éste no quería separarse de sus soldados, creyendo que al hacerlo iba a una muerte segura. Pero lo cierto es que, junto a los Orsini, entró en Sinigaglia al lado de César. Oliverotto, por su parte, se hallaba distribuyendo sus tropas y revisándolas, poco dispuesto a alejarse de ellas; pero llamado por don Miguel Corella, entró también en la comitiva; y César fué hablando con ellos durante el camino amistosamente, hasta llegar al palacio en donde tenía preparado su alojamiento. Los dos Orsini, Vitellozzo y Oliverotto, se acercaron al Duque para despedirse, pero éste les indicó que quería hablarles, o los invitó a comer, subiendo todos a una habitación, en la cual el Duque los hizo aprehender, después de haber salido de ella con un pretexto banal.

---

(1) Maquiavelo escribió dos cartas, una del 31 de diciembre y otra del 1 de enero, por creer perdida la primera. Dice: «Después de la retirada de los franceses de Cesena, estos enemigos reconciliados trataron... ponerle (a César) las manos encima y apoderarse de él.»

(2) Es que el Emperador le había comunicado que su excelencia César «ha hecho a ellos (los *condottieri)* lo que ellos le quisieron hacer». (Archivo de Mantua, bajo la fecha de 4 de enero de 1503.)

*Todo estaba preparado.*

Que todo estaba preparado por parte de César resulta más evidente aún por los hechos posteriores. En efecto, las tropas de César se lanzaron sobre los campamentos de las afueras inmediatamente, dispersaron a los soldados de los antiguos conjurados, matando a muchos y robando a todos. Los asaltados, sin explicarse aquel repentino ataque, desorganizados y sin jefes, corrieron en todas direcciones, desbandándose los que pudieron salvar la vida. La infantería del Duque, realizada esta fácil labor, volvió luego a Sinigaglia, y, embriagada de sangre y de vino, continuó el saqueo en la ciudad, hasta que César, a caballo, puso freno a tanto abuso, haciendo ajusticiar en plena calle a algunos de los forajidos. En esta actitud le encontró Maquiavelo, sorprendido y agitado por aquel espectáculo. El Duque le saluda, baja del caballo, y, fríamente, le cuenta todo lo ocurrido.

*¿Quién traicionó?*

¿Quién fué realmente el traidor? Sin tener por este hecho el entusiasmo de Luis XII, que lo calificó, como hemos dicho, de *obra de romanos,* es lo cierto que demuestra no poca audacia hacer prisioneros a los jefes, y por cierto queridos, de un Ejército superior en número, y luego, con celeridad fulmínea, destruir a ese mismo Ejército. A César no debía ocultársele que la duda de uno de los ejecutores de su plan, una cualquiera imprevisión, un incidente de poca importancia, una sospecha del adversario, hubiera hecho caer todo su proyecto, y de victimario se hubiera trocado en víctima. Al decidirse a tal acto audaz, grávido de tantos peligros, tuvo que ser impulsado por una gran necesidad. Y, en efecto, la impresión que se trasluce de los documentos originales es que estos amigos de hoy, enemigos ayer, hubieran sido nuevamente enemigos mañana, hasta el exterminio de una de las partes. Y lo que estaba en el orden natural de las cosas se realizó.

*Muerte de Vitellozzo y Oliverotto.*

La noche misma del 31 de diciembre, a las diez, después de un proceso sumarísimo, fueron muertos Vitellozzo y Oliverotto. Los dos Orsini quedaron detenidos para ser sometidos a un proceso en Roma, en donde «giuridicamente si giudicheranno», según dice en 2 de enero de aquel nuevo año Nicolás Maquiavelo (1).

---

(1) MACCHIAVELLI: *Opere,* vol. V, pág. 387.

A la mañana siguiente, o sea, el día 1 de enero de 1503, se rendía el castillo, habiendo huído Andrea Doria, y César salía rápidamente para Perugia y Siena.

*Prisión del Cardenal Orsini en Roma.*

El Papa, al ser informado de lo sucedido, se apoderó del Cardenal Juan Bautista Orsini. Bruchard relata que el Papa hizo comunicar al Cardenal y al Obispo Jacobo de Santa Croce que la fortaleza de Sinigaglia había caído en manos del Valentino, y que aquéllos, oída tal noticia, se dirigieron a caballo al Vaticano para felicitar al Papa, siendo detenidos al llegar, en la sala del Papagallo (1). Pero lo cierto es que la fecha de esta detención es de 3 de enero, cuando el Papa no conocía aún la rendición de la fortaleza; sólo sabía del grave incidente ocurrido entre César y los capitanes. Bruchard, en este relato, comete otro error, debido probablemente a interpolaciones de los copistas o a otras causas, afirmando que el Cardenal fué puesto en la cárcel de Torre di Nona (2). El Cardenal Orsini fué, en cambio, llevado a Torre Borgia, cómodos salones vaticanos, en donde estuvo rodeado y atendido por sus servidores (3). Alejandro VI, al recibir la noticia de César sobre la tragedia, comprendió toda la gravedad de la situación y ordenó que se tomasen las precauciones necesarias, entre otras, esta prisión del Cardenal y demás familiares de los Orsini, así como la del Obispo de Santa Croce, ligado íntimamente a éstos. Que el Papa había previsto lo que podía presentarse con práctica exactitud, los hechos futuros lo probaron. La familia Orsini, que era muy numerosa, se levantó en armas, no sólo acompañada de sus aliados habituales, sino hasta de los que habían sido sus eternos enemigos, los Colonna, y amenazó a Roma y al Vaticano, al punto que el Papa, después de haber tomado medidas urgentes de defensa, llamó, con una insistencia que revela el grave peligro, a César y a su Ejército, para que fuesen a defender a Roma y al Papa, que estaba a merced del enemigo.

El Papa Borgia, acusado de envenenador y de asesino, era tan amante de las formas, que lo sometía todo a juicio regular. Así, en lugar de abandonarse a un acto de violencia inmediata contra Juan

---

(1) Bruchard: *Liber Notarum*, bajo la fecha indicada.
(2) Turris None, Bruchard, «ut supra».
(3) Villari: *Dispacci di Giustinian*, vol. III, pág. 305.

Bautista Orsini y sus cómplices, ordenó que se iniciara el correspondiente juicio. El gobernador de Roma fué a secuestrar el palacio y los bienes del Cardenal y de los otros detenidos en la única forma que se secuestraban los bienes en aquel entonces, o sea, ocupándolos, y, en consecuencia, expulsando a los que estaban en ellos. Los historiadores han hecho de este secuestro y de la forma de cómo se llevó a cabo, uno de los crímenes borgianos. Una fuerza papal fué, a su vez, el día 5, dirigida por Joffre Borgia, a Monte Rotondo, propiedad de los Orsini, y a la abadía Farfensis, cerca de Fara Sabina, ocupando ambos lugares y todas las otras tierras de los Orsini.

*Secuestro de bienes.*

El Cardenal Juan Bautista estaba casi ciego y en muy malas condiciones físicas; entregado a todos los vicios, jugador desenfrenado, pasaba habitualmente las noches enteras en diversiones y en juegos; la detención, los secuestros de los bienes, la destrucción de su casa, que parecíale definitiva, le quitó las pocas fuerzas físicas que le quedaban. Había asistido a la reunión de la Magione, y confesó sus culpas, mientras su salud se agravaba. Murió en el castillo del Santo Angel. El Obispo de Santa Croce, en cambio, fué puesto en libertad por no haber indicios de culpabilidad contra él.

*El Valentino empieza no obedecer al Papa.*

El Valentino no se ocupó de la orden del Papa de volver a Roma, y siguió su marcha triunfal. En Cagli, el Obispo Gaspar Golfi incitó a los habitantes a hacerle resistencia; pero habiendo el pueblo abierto las puertas de la ciudad, el Obispo fué condenado a muerte y ejecutado al instante (1). Citta di Castello, que los Vitelli habían tiranizado, se entregó a César, quien la aceptó sólo en nombre directo de la Iglesia, y no como vicario. Perugia se levantó gritando, según la moda de la época: «¡Duque! ¡Duque!», aclamando así, como su nuevo Señor, al Valentino, quien, una vez más, aceptó la ciudad en nombre de la Iglesia y no en el suyo. Fermo, Cisterna y Montone

(1) En realidad, César no se encontraba personalmente en esta operación, y el autor de la muerte del Obispo Golfo ó Gulfi fué don Miguel de Corella, que, asaltado a traición y herido pocos días antes, vengaba con este acto la pérdida de muchos de sus soldados y la del Capranica, *condottiere* de distinción, además de la captura de Hugo de Moncada, su compañero, connacional y amigo.

fueron igualmente ocupadas por las tropas de César y sometidas a la autoridad papal (1).

*Ataque a Pisa.*

El Valentino, con una rapidez que no recuerda al hombre que pasaba las horas del día en cama, y con una decisión que no se le encuentra más tarde, muerto Alejandro VI, cae sobre el territorio de Siena. Ha destruído ya el brazo de la conjura de la Magione, como él dijo, y quiere destruir el cerebro. El cerebro es Pandolfo Petrucci, el tirano de Siena, que sabía usar el dinero para los fuertes y la espada para los débiles. Pandolfo Petrucci había escapado una vez a la acción del Papa y de César, enviando dinero a Luis XII, a cambio de su protección, y ahora que César ha entrado en su territorio y que el pueblo de Siena se le ha rebelado, veinte mil ducados más toman el camino de los Alpes. Pandolfo Petrucci, en efecto, obligado a abandonar Siena la noche del 28 de enero de 1503, vuelve a ella dos meses después. César había felicitado a los sieneses por la reconquistada libertad, al librarse de Petrucci, pero los vió nuevamente sometidos a su tiranía, más feroz aún, ya que costaron caros a aquellos ciudadanos los dos meses de libertad borgiana. La represión fué terrible.

*En Roma, los Orsini toman la ofensiva juntos con los Colonna.*

Alejandro VI, más perspicaz que César, no queriendo triunfos efímeros, se opuso a los actos, políticos y militares, que éste realizaba en contra de Petrucci. Además, mientras en la periferia de los Estados pontificios se iban redoblando los éxitos, cerca de Roma, como hemos dicho, los enemigos amenazaban la misma vida de la ciudad y del Papa. En Roma, la situación era grave. Tan pronto los Orsini, que se encontraban en sus castillos, conocieron los hechos de Sinigaglia y de Roma, y se repusieron del primer estupor, empezaron a atacar las fortalezas y tierras papales, llegando a las puertas de la misma ciudad. Frente al común enemigo, la antigua querella entre Orsini y Colonna, un tiempo respectivamente güelfos y gibelinos, entró en una tregua, y las dos casas baronales se unieron. Julio Orsini, desde Ceri, antiguo nido de águila de los Orsini, estorbaba todo comercio con Roma, que

---

(1) «Yo no he sido un usurpador de las cosas de otros, como se dice, sino *recuperador* de las cosas quitadas... a la Iglesia.» Palabras de César Borgia en conversación con el Duque de Urbino, después de la muerte de Alejandro VI, reproducidas por Baldi en una *Vida del Duque de Urbino.*

se hallaba sólo a dieciocho millas de aquella fortaleza. Un Colonna ocupaba Palombara, y Fabio Orsini, desde la importante posición de Bracciano, dominaba los caminos y reunía armas y armados. A fines de enero, los Orsini y sus aliados atacaban el puente Nomentano, a la entrada de Roma.

*Diferencias en las aspiraciones del Papa y del Valentino.*

El Papa, que era impresionabilísimo, clamaba por su Ejército y por el Duque Valentino, y por primera vez asistimos a una cierta resistencia por parte de éste a obedecer las órdenes papales. Hasta parece que el Duque fingió o exageró una enfermedad, estando en Acquapendente, para no marchar con mayor rapidez hacia Roma. Es que ya en ese año 1503 se evidencia la discrepancia de puntos de vista y de intereses entre el Papa y César. Este desea crearse un fuerte Estado en el nordeste de Roma, como vicario permanente de la Santa Sede, y nada más. Mientras aquél, deseando mucho también la formación de ese Estado para tan amado miembro de su familia, tiene su política general, la que quiere llevar a su máxima realización antes de morir. Para el Valentino los enemigos no son los Barones romanos, sino los antiguos tiranos de la Romaña; y el Rey de Francia es el supremo árbitro de Italia. Para el Papa, los Barones romanos y los tiranos del centro de Italia deben desaparecer para que la Iglesia sea independiente, y al Rey de Francia hay que respetarle, cuando no es posible, por la astucia o la fuerza, mantenerle en su propia casa.

Las amenazas impresionan al Papa, pero no le arredran, y en 7 de febrero pone, con excepción de Giangiordano, a todos los otros Orsini, o, para ser más exactos, a Julio, Fabio, Francisco, Juan, Organtino y Franciotto Orsini, fuera de la ley, y les considera como bandidos de derecho común. Giangiordano se hallaba entonces al servicio del Rey de Francia en el antiguo reino de Nápoles, y por esto se libró de las iras vaticanas. El vigor del viejo Papa se aprecia más al saber que cuatro días antes de esta Bula de excomunión había recibido una desagradable carta de Luis XII, en la cual el Rey se muestra disgustado de la marcha de los acontecimientos en Italia y de las actividades conquistadoras del Duque Valentino. El dinero de Petrucci y las insinuaciones de Venecia y Florencia producían sus efectos.

El Papa comprendió que cumplir los dictados de este poder lejano,

que no asumía responsabilidades, disponiendo sobre lo que debía hacerse, sin conocer las necesidades ambientes, hubiera sido decretar su propia ruina. Toda debilidad en aquella hora hubiera provocado la presentación de un sinnúmero de reivindicaciones y quejas al Soberano francés, que parecía asumir el papel de protector del Vaticano en los períodos amistosos, y de severo juez en las horas de discrepancia. El Papa sabía que en esta ocasión, dada la condición en que se encontraban las cosas de Nápoles, estando los españoles allí, Luis XII no representaba un grave peligro. Y ordenó que se continuara la acción destructora, sin tener cuenta de las decisiones del Rey.

La guerra contra los Orsini y sus aliados fué llevada con lentitud y flojamente. César se hallaba en buenas relaciones con Giangiordano, que desde Nápoles había acudido a sus feudos, o sea, al terreno de la lucha. Bracciano no fué atacado, pues César insistía en que no podía ir contra la expresa voluntad del Rey francés, que se oponía a tal ataque, y también porque Giangiordano y él pertenecían a la Orden de San Miguel, cuyas leyes impedían que las diferencias entre dos miembros de la misma se resolviesen por las armas, debiendo ser, en cambio, deferidas a la decisión del Rey. El Papa se desesperaba al oír estos escrúpulos en labios de César.

*El Papa expulsa hasta a sus parientes de las tierras del patrimonio.*

Con excepción de Bracciano, todo el resto del territorio, sin embargo, fué ocupado por las armas papales, bajo la presión violenta de Alejandro VI. La fortaleza de Ceri fué conquistada y desmantelada. Los Barones fueron expulsados de todas sus guaridas. El Papa obligó a sus propios parientes a dejar las tierras del patrimonio eclesiástico. Francisco Colonna, casado con una Borgia, fué indemnizado, y al Duque de Nepi se le dió Piombino, pero ambos tuvieron que reintegrar a la Sede Apostólica sus bienes y títulos. En cuanto a Bracciano, el Papa, no pudiendo consentir que quedara como una excepción, ofreció una amplia indemnización a Giangiordano Orsini, consistente en los bienes del Príncipe de Squillace en el reino de Nápoles. La transacción no fué aceptada por Giangiordano. El Rey de Francia intervino, esta vez amistosamente, y fué hecho depositario de aquellos bienes para futuras resoluciones.

Estamos en vísperas de la muerte del Papa Borgia. Su política

parece haber alcanzado un completo triunfo. Los Barones romanos, que habían dominado la Santa Sede por siglos, o que habían gobernado su territorio sosteniendo, ora un Papa, ora otro, han sido destruídos, exilados, reducidos a la impotencia; los tiranos del centro de Italia, menos los Bentivoglio y Pandolfo Petrucci, han sido muertos, o se hallan fuera de sus dominios. Sobre la derrota de todos ha surgido un fuerte Estado, gobernado por hombres civiles, con amplias libertades municipales, con milicias y defendido por un buen Ejército de más de diez mil hombres.

No obstante, Alejandro VI comprendía que sólo una estrecha y sincera alianza con Venecia podía consolidar su obra. La salvación de Italia podía venir, en efecto, de la unión de Venecia y del papado, y con la salvación de Italia, la independencia de la Iglesia y la continuación de la Casa Borgia.

## CAPITULO XXV

# ROMA Y VENECIA

La obra del Papa Borgia, reuniendo bajo el dominio efectivo de la Santa Sede los territorios que la tradición, más que el derecho, le habían dado, ha sido negada por escritores modernos del valor de Ranke, Bruckart, Von Pastor y otros (1). A pesar de la evidencia de los hechos que hemos relatado, la ingente labor de haber reconstituído el Estado papal se atribuye a su sucesor Julio II, o sea el Cardenal De la Rovère. Para redimir a estos doctos investigadores de su error, y a la generalidad, participándolo, no ha bastado siquiera la opinión del mismo Julio II, que en su obra de reconquista alegó siempre la anterior ocupación bajo su predecesor, Alejandro VI, ni su actuación cerca de César Borgia, después de la muerte de Alejandro VI, insistiendo con todo género de presiones para obtener la entrega de las ciudades y castillos de Romaña.

*Alejandro VI y Julio II.*

Sobre los dos Papas, Borgia y De la Rovère, la Historia ha emitido dos juicios opuestos, igualmente falsos. Al primero se le ha culpado de todos los vicios y de todos los errores; al segundo se le han perdonado los vicios, y los errores han sido interpretados como actos gloriosos. La razón es obvia. Alejandro VI no es el tipo histórico que im-

(1) Funk Bretano: *La Renaissance*, pág. 329 y siguientes. Este autor hace notar que la obra indicada fué erróneamente atribuída a Julio II por los escritores mencionados.

presiona a la posteridad: su labor fué lenta y coordinada; miró siempre al éxito real; ocultó sus esfuerzos prodigiosos detrás del hecho realizado; se consideró no como el genio inspirador, sino como un cooperador de la gran organización, suprema y eterna, a que pertenecía. No le importó la gloria ni el aplauso; la misma estimación de los demás no le interesó. El deber cumplido, coronado por el éxito, era el único premio deseado.

La Historia quiere admirar al héroe, y cuando no le encuentra, al falso héroe, y Julio II fué gesticulador, subjetivo, incongruente y vano. Iba a la guerra sin dinero y sin soldados; entraba con fiebre y bajo la nieve en actitud de vencedor en una ciudad ya conquistada por otros; se hacía considerar patriota y hablaba en contra de los bárbaros (1), mientras había estado en el séquito de todos los Soberanos extranjeros que habían entrado en Italia con «la lanza sobre la pierna», cuando Cardenal (2); y siendo Papa destruyó, de acuerdo con los mismos bárbaros, en alianzas continuas, a Venecia, la única potencia italiana que quedaba, y, para mayor desventura, invitó a los españoles a invadir el Norte de Italia, preparando, por la sucesión austríaca, la desgracia centenaria de la península. Pero ¿cómo los historiadores podían prescindir de la bella frase de este gotoso, que se embriagaba a menudo, dicha al artista?: «¡No me pongas un libro en la mano, ponme una espada!» ¿Cómo no admirar su entrada en Perugia, llevando como vanguardia a sus Cardenales? (3). ¿Cómo no sentir un cálido entusiasmo cuando exclama que él solo expulsaría a los franceses de Italia? La Historia aplaude el gesto amplio y la frase sonora. Julio II tuvo al Vaticano como un gran escenario para su persona. Alejandro VI estuvo en él para cumplir una misión.

El Papa Borgia, sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, no pudo consolidar su obra en la política internacional. Su programa hubiera dado

---

(1) La frase «fuori i barbari» no fué nunca pronunciada por Julio II.

(2) Era ésta la actitud del conquistador.

(3) Maquiavelo, que fué enviado cerca del Papa durante esta famosa marcha bélica, dice que los hombres prudentes no se explicaron cómo Baglione (típico tirano delincuente), Señor de Perugia, no haya aprovechado ocasión tan propicia para enriquecerse, prendiendo al Papa y a casi todos los Cardenales.

a Italia en los siglos futuros un desenvolvimiento normal, como lo tuvieron las otras naciones de Europa, si Italia no hubiese labrado su propia ruina.

No fué suya la culpa del fracaso, como no fué error suyo tampoco la entrada, durante su pontificado, de los franceses y de los españoles en el reino de Nápoles y en el ducado de Milán. Los italianos de entonces habían perdido el sentido de la propia conservación. La errónea política de Venecia fué la causa primera de los males futuros de Italia, como Ludovico *el Moro* lo era de los del momento. Pero la falta de éxito completo no eclipsa la bella página política de Alejandro VI, que es admirable por su previsión, su esfuerzo, su habilidad y constancia. Por suerte, ella ha llegado hasta nosotros intacta, debido a esta fuente de informaciones, aún en gran parte inexplorada, que se llama Archivo de Estado de Venecia.

***El Papa** considera a Venecia y al papado ejes de la política italiana.*

El Papa está, en la primera mitad del año 1502, en la cumbre de la gloria. El Rey Luis XII apoya al papado en su obra de conquista, en Romaña y en el Patrimonio. Los Reyes de España le favorecen en todas sus demandas. La familia prospera, mientras él avanza en años, manteniendo una gallardía que hace observar a un Embajador que cada día está más joven. Un hombre de menor envergadura que el Papa Borgia se hubiera mecido sobre aquella favorable situación; festivo, como era por tendencia de espíritu, se hubiera entregado a una vida de placeres, habiendo ya cumplido con creces sus obligaciones hacia la Santa Sede. El viejo hombre de Iglesia, que había vivido casi toda su vida en Italia, y se sentía italiano de alma, como afirmaba (1), comprendía, sin embargo, que aquellos Reyes que tanto le adulaban no eran buenos vecinos, y que si hoy, gracias a su habilidad,

---

(1) En realidad, el alma de Rodrigo Borgia quedó siempre española, pero su método mental fué del todo italiano; su educación, romana, y su ideal, la Iglesia universal. Hablaba español y valenciano con los suyos; no estaba ligado a las banderías locales, y se rodeaba con gusto de hombres de confianza procedentes de su tierra natal. Pero en su política nunca influyó el espíritu ancestral. Su dialéctica, las sinuosidades del pensamiento, la transigencia formal, son las de un gran pensador italiano, no importa de qué época, y llevan el sello de la sutileza y de la variedad, contraste que el Derecho romano y la Filosofía helénica dejaron en herencia fecunda a las provincias del centro y del sur de Italia.

no extendían sus tentáculos sobre toda Italia, mañana lo harían, amenazando a Roma y subordinando a sus caprichos el resto de la península. Sabía que había edificado un buen edificio, pero que era necesario encerrarlo dentro de buenas murallas para defenderlo, y con espíritu superior, comprendiendo que Venecia era el único factor con el cual se podía contar contra los ultramontanos, aun sabiéndola adversa y desconfiada, y su enemiga personal, empezó una labor de conquista moral con el fin de llegar a una alianza con ella, labor a la cual, no obstante los continuos desengaños, estaba todavía entregado cuando le sorprendió la muerte.

*Ideas sobre una alianza.*

Desde marzo de 1502, el Papa empezó a dar forma a sus ideas sobre esta alianza, cuya base debía ser una prudente política antiultramontana. Tratar con Venecia no era cosa fácil. Ella inspiraba en la política internacional los mismos recelos que inspiran hoy aquellos Estados que quieren predominar usando en su provecho el equilibrio en que se colocan los otros. Los venecianos eran considerados entonces, como lo fueron siglos después los ingleses, fríos, inseguros, calculadores, que ponen su riqueza y poder en la balanza internacional equilibrada sólo cuando su interés se halla en juego, y mientras tanto se encierran en un aislamiento vigilante. Ellos querían tener autoridad en todo y con el mínimo esfuerzo; responsabilidad, en nada. El Papa conocía a Venecia, y por clarividencia del futuro y por su emotividad, no amaba tal política. En una conversación que tuvo con Alejandro Bracci, orador de Florencia, revela este estado de ánimo y la opinión que tenía de los venecianos. Este orador escribe al gonfalonero Soderini, el 15 de mayo de 1503: «*Ultimo loco* (por último), quiso (el Papa) conocer qué opinión tenía la S. V. de los venecianos, y qué haríamos en estos enredos y qué parte tomaríamos.» Constituyen los «enredos» la lucha entre españoles y franceses en Nápoles, una nueva visita del Rey de Francia a Italia y la actitud de Maximiliano. El orador declara que contestó al Papa que «el gonfalonero florentino conocía muy bien la naturaleza veneciana y la forma con que procede en semejantes ocasiones, pues la experiencia del pasado le enseñaba que aquéllos no iban más que a ganancias seguras». El Papa contestó: «Son malos hombres, y no los he podido nunca domesticar; son ami-

gos solamente de su conveniencia, pero algún día podrán equivocarse...» (1).

*Primer movimiento hacia la alianza.*

No obstante este criterio, Alejandro VI comprendía que no había más solución para el bien de Roma y de Italia que entenderse con ellos. Durante dos años estuvo tratando de domesticarlos. El 20 de marzo de 1502 hizo hacer por uno de sus secretarios una proposición formal al Embajador de Venecia (2). Ya en los meses precedentes había iniciado el asunto vagamente, sin producir repercusión alguna en el ánimo de la otra parte. El Papa sabía que sus indicaciones habían sido transmitidas a la Señoría veneciana, y que ésta ni siquiera había replicado a su propio Embajador. En esta ocasión parece que usó una forma más precisa. Por el Embajador Marín Zorzi sabemos lo que aconteció, y reproducimos a continuación, íntegro, el Despacho: «Hoy, 20 de marzo de 1502, el Señor Adriano, secretario pontificio, el cual, aunque duro y siniestro, parece ser muy apreciado por el Papa, me ha dado muchas vueltas y por espacio de dos horas quizá me ha roto la cabeza con estas palabras: «¿No veis, Embajador, la ruina de Italia? ¿No veis que estos dos Reyes, de Francia y de los romanos, se han puesto de acuerdo para apoderarse de Italia? Aunque se diga que el Emperador (Rey de los romanos) venga para hacer daño al Pontífice, si éste, en realidad, sucumbiera, ¿qué haríais vosotros en Italia? ¿Cómo es posible que la sabiduría de vuestro Senado, que tiene fama de ser la más grande del mundo, no piensa en esto? ¿Lo pensará acaso cuando el mal esté hecho? ¿No podríais vosotros y el Papa hacer una alianza secreta, en la forma más conveniente, a fin de que cuando estos Reyes llegasen para común daño de vosotros, os encontrasen unidos para defender vuestros territorios? Esta alianza no sería dirigida contra Francia ni contra el Rey de los romanos, sino sería hecha sólo al efecto de vuestra seguridad y la de Italia. El Rey de Francia ha decidido hacer una alianza con el Rey de los romanos y el de España, y no ha pensado comunicarlo al Papa ni a vosotros;

---

(1) Archivo de Florencia: *Lettere ai Dieci*, abril-mayo de 1503.

(2) Roberto Cesi: *Dispacci degli Ambasciatori Veneziani alla Corte di Roma presso Giulio II*. Es interesantísimo el prefacio del autor, pues nos da a comprender el estado de ánimo de Alejandro VI y su política.

y vosotros, ambos, ¿no sabríais hacer, sin agravio para aquél y sin derogar los pactos existentes con que estáis vinculados, una inteligencia secreta, una concordancia de criterios (1), sin publicidad y sin evidenciarla de ningún modo, que, caso de que aquéllos viniesen, como ya lo han hecho, en contra de algunos de vosotros, vosotros quedaríais bien unidos y no os dejaríais quitar lo vuestro?» (2). El Embajador añade, una vez más, que le entretuvo mucho rato, insistiendo en estos argumentos. Pero que a él le era difícil contestar, pues por un lado sabía que tales palabras venían del Papa («veniunt de super»), y por el otro lado conocía la opinión de la Señoría de no hacer caso, ya que, habiéndole comunicado en otras ocasiones iguales iniciativas, no le había dado una sola palabra de contestación. Zorzi, en efecto, desvió la conversación de Monseñor Adriano y se puso a hablar de la cuestión turca, añadiendo de soslayo que el Papa podría evitar la acción que temía de los Soberanos europeos en Italia, excitándolos a una cruzada en contra de los infieles (3).

*Giustinian llega a Roma.*

Mas Zorzi dejaba el cargo por aquellos días para ser sustituido por Antonio Giustinian. De la obra de Giustinian queda una larga correspondencia, de la cual se han servido muchos escritores para dar mayor valor a las acusaciones contra Borgia (4). Los historiadores se han servido de estas páginas de la época para el relato anecdótico, sin ver en ellas la parte política, o sea la acción pública que los hombres de aquel tiempo desplegaron en relación con sus contemporáneos y

(1) Lo que hoy se llama una acción paralela.

(2) Roberto Cesi: *Dispacci degli Ambasciatori Veneziani alla Corte di Roma presso Giulio II*, nota a la pág. 8 del prefacio.

(3) Cesi, «ut supra».

(4) Los Despachos de Giustinian son mil doscientos veintitrés, y se inician el 4 de mayo de 1502. Del tiempo de Alejandro VI hay solamente los enviados durante un año, dos meses y pocos días. Pascuale Villari los ha publicado en resumen. Nosotros, a pesar de haber leído muchos *in extenso*, citaremos a Villari para facilitar al público su comprobación, menos en algunos casos. En uno citaremos la obra de Cesi, ya mencionada. Estos Despachos se conservan en la documentación secreta del Senado, pero se trata de una copia hecha en el siglo xvi. Hay algunos en la documentación de los *Dieci* que son auténticos. No citaremos en la nota al pie de la página el libro de Villari ni el Archivo cuando damos la fecha del Despacho, por ser esta indicación suficiente. A veces tampoco pondremos nota alguna si es que se puede deducir del texto mismo la fecha del Despacho.

con el porvenir. Nosotros creemos que quien lea detenidamente estos Despachos y los examine a la luz de los hechos posteriores, limpiándolos de las hipótesis malévolas, de las sospechas, desmentidas luego por los propios acontecimientos, y, sobre todo, de la animadversión que este Embajador, enviado en misión hostil, tenía al Papa, queda profundamente impresionado de la personalidad de Rodrigo Borgia, y debe considerarlo no sólo un hombre de Estado de primer orden, sino un político de rectos principios y de una honorable aunque excesiva espontaneidad. Creemos, además, que de ese contacto diario entre el Papa y el Embajador, evidenciado por dicha correspondencia, es el segundo el que se revela a nuestros ojos engañador y falso, y que la propia República de Venecia, por una serie de errores continuos, llega hasta traspasar los límites tan elásticos, sin embargo, de la dignidad internacional (1).

*Opinión de Giustinian sobre el Papa.*

Giustinian formaba su criterio e interpretaba los hechos siguiendo el peor método que puede usarse cuando se tratan los negocios públicos. Para él, Alepandro VI *aliud dicere aliud sentire* (una cosa dice y otra siente), y, por tanto, aconseja hacer siempre lo contrario de lo que el Papa indica. Esta difidencia que muchos ponen como base del propio juicio, a falta de sereno criterio, ha sido causa de grandes males en la vida internacional, y se revela especialmente entre los diplomáticos de poca capacidad. Y como la mente humana, después de haber fijado un rumbo a sus ideas, difícilmente lo cambia aun frente a las continuas pruebas en contrario, así este Emabajador mantuvo su criterio, a pesar de las pruebas continuas que tuvo de los numerosos errores en que cayó a causa de su malévola prevención. Nosotros he-

---

(1) Después de haber escrito esta obra nuestra, y publicadas las ediciones francesa e inglesa, nos llega un libro de crítica, titulado : *Il Segreto del Borgia*, de IGNACIO DELL'ORO, que ha visto la luz en Milán (Casa Editora Ceschinan). En las dos obras hay dos observaciones que coinciden plenamente a propósito de los Despachos de Giustinian. DELL'ORO considera, como yo, que, a pesar de las injurias del Embajador, éste ha elevado en su correspondencia la figura del Papa Borgia; y él también se entrega al examen de los hechos referidos y de sus pruebas históricas para deducir que el Papa nunca mintió al Enviado de Venecia, y que, en cambio, éste lo hizo a menudo. Probablemente los dos hemos seguido la inspiración de PASCUALE VILLARI al leer su prefacio a los Despachos de Giustinian.

mos hecho un estudio de esta correspondencia, examinando los múltiples casos en que Giustinian hace notar a la Señoría que el Papa miente, y hemos ido a comprobar el hecho histórico controvertido, encontrando que el Papa no mentía, y, lo que es más, que Giustinian supo luego que el Papa no había mentido. Ante esta comprobación y evidencia de la persistente y voluntaria equivocación del Embajador, se puede formular una sola hipótesis: que al injuriar a Borgia acariciaba los oídos de la Señoría a la cual servía. No se elevó Giustinian a la grandeza de otros de sus colegas del pasado y del futuro de la que fué gran diplomacia veneciana, pero no fué diferente a muchos de su tiempo. Véanse unos cuantos ejemplos de esta contumaz, cuanto errónea malevolencia de Giustinian:

*Casos de exceso de suspicacia del Embajador veneciano.*

Cuando el Duque Valentino fué a rendir homenaje al Rey de Francia en Milán y luego le acompañó hasta Génova, el Embajador, en todos los Despachos de aquel período, dice que no recibiría permiso para salir de la corte, y que el Rey le obligaría a seguirle hasta Francia. El Papa advertía al Embajador que no sería así; que el Valentino quedaría en Italia y que estaba por el momento en la corte francesa sólo por su libre voluntad. «El Papa, al decirme esto, miente», repite el enviado de la Señoría. Y el 2 de septiembre, con los mayores honores, el Valentino se despedía del Rey para volver a Romaña. Cuando el Papa detiene en Roma al Cardenal Orsini y a sus partidarios, Giustinian anuncia que serán ejecutados todos. Sucedió lo contrario: el Obispo de Santa Croce y el Abad Alviano fueron puestos en libertad a los pocos días. El Duque de Urbino se refugia en Pitigliano; después de la fuga de Urbino, el Papa lo anuncia así al Embajador, y éste comunica a sus Señores que el hecho no es cierto, atribuyendo al Papa, al hacer correr estas voces, el deseo de asaltar el territorio de Pitigliano y tomar el dinero que Venecia ha enviado allí en pago de la *condotta* del Príncipe de aquella ciudad, que es su *condottiere*. La verdad histórica es que el Duque de Urbino, en aquel entonces, se refugió en Pitigliano, y que allí estaba cuando el Papa así lo comunicaba a Giustinian. La mujer de Bartolomeo de Alviano, sorprendida con la hermana mientras huía, fué detenida y luego puesta en libertad por las fuerzas de César; el Papa lo comunica a Giustinian,

pero éste declara que «no prestaba mucha fe a la noticia (dada por el Papa) si no veía otra seguridad» (1); resultó que, en efecto, las dos mujeres habían sido puestas en libertad. Trozo, secretario muy íntimo del Papa, se fuga porque se le ha descubierto, según el Embajador Soderini, de Florencia, que transmitía a Francia los secretos de la Corte papal; el Embajador lo comunica dando múltiples y arbitrarias informaciones, advirtiendo que no es cierto lo de la fuga, que se está fingiendo, y que el Papa le ha enviado en misión secreta, o le ha dejado huir, de acuerdo con él, por algún siniestro plan, o que le ha matado. Trozo había huido, en efecto, y fué detenido, e históricamente resulta que el Papa sufrió mucho por la deslealtad de este muy inteligente servidor suyo. En los días de la muerte del Cardenal De Monreal, sobrino del Papa, habiendo pedido el Embajador una audiencia, le fué contestado que se le daría otro día, por la pena que embargaba al Pontífice; él comunica a la Señoría este hecho sin importancia, añadiendo: «La pena que tenía debía de ser la de contar dinero y manejar joyas»; sabido es, en cambio, que el Papa tenía un gran afecto por este pariente suyo, y que esta muerte le impresionó tanto, que durante los días que le sobrevivió perdió todo su buen humor. El Papa participa, en enero, al Embajador, que Pandolfo Petrucci ha salido de Siena, y éste, al transmitirlo a la Señoría, advierte que debe ser todo lo contrario; Petrucci, en efecto, salió de Siena el día 28 de enero de 1503. Un mes antes de morir, el Papa comunica al Embajador que necesita tener cerca el Ejército papal, por la gravedad de los acontecimientos; el Embajador estima que no es cierto, sino que desea invadir a Siena o a otra ciudad; el Papa tuvo acampado a su Ejército en dos grupos: uno, cerca de Roma; otro, más lejos; y dió, además, permiso a los españoles, sus hombres más fieles, para incorporarse al Ejército de Gonzalo de Córdoba, en el reino de Nápoles; nunca pensó en la operación de Siena.

Los ejemplos podrían multiplicarse en asuntos grandes y pequeños, y con la misma monotonía y con igual prueba de que el Embajador no tenía razón para dudar de la palabra del Papa. Debe-

(1) Archivo florentino, *Lettere ai Dieci,* 1503.

mos declarar algo más: que durante nuestro examen no hemos encontrado un solo caso en que la sospecha del Embajador resultara fundada.

En tal estado de ánimo, Giustinian y la Señoría veneciana misma no podían tener una visión clara de las cosas. El Papa, por su parte, conocía esta situación, y trató de desvirtuarla, aclararla, explicarla, pero sin resultado. El «faceva buona cera» (ponía buena cara) al Embajador, pero esta actitud era tomada como un engaño más. Contra las sospechas de tipo femenino no hay esfuerzo que valga.

*El Papa vuelve a tratar de la alianza con Giustinian*

Desde la llegada a Roma de Giustinian, el Papa volvió a tratar de la alianza entre los dos Estados. En el mes de mayo, mes en que el nuevo Embajador inicia sus funciones, le habla en tesis general, como convenía hacerlo en una primera entrevista. Luego, en 30 de junio, al anuncio de la vuelta a Italia de Luis XII, considera con el veneciano los peligros que este viaje entrañaba; el Embajador no lo entiende así, y dice que «la República esperaba bienes y favores de esta llegada, dada la mutua benevolencia y alianza que había entre Francia y Venecia». El Papa no le dejó continuar, y dando por terminada aquella divagación errónea del diplomático, exclamó: «¡Dios quiera que así sea!» La Señoría y su Embajador estaban confiados y satisfechos de estas relaciones entre Luis XII y Venecia; muy pocos años después, ésta era aplastada por el Rey de Francia. El Papa, clarividente en la misma hora en que recibía las pruebas del mayor respeto y adhesión de aquel Soberano, estaba, sin embargo, desconfiado y sospechoso. En muchos Despachos de junio y julio, el orador veneciano comunica a la Señoría que el Papa está muy preocupado por el anunciado viaje del Rey a Italia.

Luis XII, por su parte, constantemente da pruebas de respeto al Papa. En vísperas de su viaje a Italia, de acuerdo con los Reyes Católicos, declara que, habiéndose entre ambos reinos concertado una paz, no sólo en interés de ellos, sino en el de toda la cristiandad, hace árbitro a Su Santidad y al Sacratísimo Colegio de toda divergencia que pueda surgir entre ambos Monarcas (1). En Italia no puede

(1) VILLARI: *Despacho de Giustinian*, 20 de julio de 1502 ,vol. I, páginas 61 y 62.

estar más amable con el Duque Valentino. Cuando los capitanes de la Santa Sede se rebelan, ofrece castigarlos en persona. Y, además, es él mismo quien le ha dado al Papa la posibilidad de librar a Italia de tantos tiranos y constituir un Estado fuerte para la Iglesia. Pero Borgia era hombre de Estado y quería que la Iglesia, así como su familia, después de su muerte, viviesen por derecho propio, por su propia fuerza, y no por la benevolencia de un Rey extranjero, la que con acierto, estimaba momentánea, como se probó luego. El Papa no se inclina ante las favorables soluciones del momento. El presente lo puede defender él. Es al porvenir al que teme. Y este porvenir puede asegurarse con la unión del papado y de Venecia, pues siendo ambos ricos, pueden subvencionar el Ejército más poderoso de Europa.

*Relato de una entrevista entre el Papa y el Embajador de Venecia*

El 13 de octubre, a raíz de dejar Italia el Rey de Francia, el Embajador veneciano, en un largo Despacho, expone la teoría papal de la necesidad de esta unión. Es la misma tesis que Monseñor Adriano expuso al Embajador Zorzi, pero es interesante la peroración personal del Papa.

«Su Beatitud—dice el Embajador—me llevó hacia un lado aparte, por estar ya de pie, y me dijo: «¿Es posible, Embajador, que aquella Señoría (Venecia) Ilustrísima pueda tener los oídos tan cerrados, que no quiera satisfacernos y hacer lo que tantas veces le hemos pedido, ni siquiera confiarse en nosotros, que no deseamos otra cosa que tener con ella buen y especial entendimiento? Os lo hemos dicho ya que, aun siendo de nacionalidad española, y por algún lado podemos parecer favorables a Francia, somos, en realidad italianos: el arraigo nuestro está en Italia, aquí debemos vivir, y así también nuestro Duque (Valentino). Nuestras cosas no están seguras sin aquella Señoría. Ella no se fía de nosotros, y esta deficiencia suya hace que no pudiendo nosotros tener confianza en ella, nos veamos obligados a hacer cosas que de otro modo no haríamos.»

El Embajador dice que el Papa le entretuvo toda la mañana tratando del peligro extranjero y de la necesidad de la unión de los dos Estados, y añade que su contestación fué la de costumbre, o sea dar evasivas y hablar de las buenas relaciones existentes entre todos. El Papa replicó: «Embajador, vos seguís con las habituales generali-

dades, y ésta es la costumbre de vosotros cuando no queréis hacer una cosa. Es preciso llegar *ad particularia.* Escribid, para satisfacernos, cuanto os hemos dicho, a la Ilustrísima Señoría, y luego, en otra ocasión, hablaremos los dos, sin intervención de nadie.»

La ocasión de volver a tratar el asunto, el Papa la siguió buscando con interés. El 10 de noviembre, por conducto de uno de sus secretarios, Pedro Grifo, invitó a Giustinian a que fuera al Vaticano. En la sala del Papagallo, Monseñor Trozo le esperaba, y apresuradamente le dijo: «Magnífico Embajador, hace más de media hora que os espero; entrad, que nuestro Señor os aguarda.» El Papa estaba esperándole, y empezó a hablarle nuevamente de la alianza, cuando llegaron los Cardenales de Santa Práxedes, Santa Croce y de Ferrara, a los cuales rogó que esperasen. Luego llegaron también los dos oradores franceses, y el Papa, temiendo que aquella entrevista larga y secreta inspirara alguna sospecha, dijo a Giustinian: «Señor orador, lo que debemos deciros requiere tiempo, y no queremos inspirar sospechas a ésos (los franceses) que son de fuera, porque la cosa debe mantenerse secreta. Otro día fijaré la hora para que nos veamos.»

Y el 14 del mismo mes le llamó y le habló con vehemente interés. Giustinian, en un despacho al Consejo de los Diez, hace un largo resumen de sus palabras, que son de un supremo interés: «Embajador—dijo el Papa—, hasta ahora os hemos dejado entender el deseo nuestro de unirnos con la Ilustrísima Señoría y hacer de nosotros y de ella una misma cosa. Es muy cierto que hemos dicho palabras generales, y de vos las hemos recibido aún más generales. Estamos convencidos de que habéis dado cuenta de todo a la Señoría por el deber de vuestro cargo y que igualmente no habéis recibido contestación a propósito, no habiendo querido ella hacerlo pareciéndole que nosotros hemos hablado abstractamente y por alguna difidencia que ella tiene de nosotros. Ahora nosotros estamos dispuestos a hablaros más abiertamente, por representar vos aquel Excelentísimo Estado, a fin de que le pongáis ante sus ojos nuestro corazón y le signifiquéis nuestras palabras, que están dichas con tal expresión, que le revelarán el ánimo nuestro.» «Luego—sigue diciendo el Embajador—hizo un largo discurso para probar la desgracia en que había caído Italia, no por

otro motivo que por difidencia que habían tenido entre sí los Señores de Italia, que de cinco han sido reducidos a dos, y los tres restantes están en manos de uno solo.» Y continuó: «El Estado de Milán está en manos del Rey de Francia, y el de Nápoles es ahora también de dicho Rey, y los florentinos son sus esclavos. Quedamos nosotros y la Señoría (Venecia), y si queremos continuar con nuestras difidencias, por culpa nuestra, digámoslo así, y no vuestra, pronto veremos nuestra ruina, porque, notadlo bien, estos ultramontanos (no nombrando a nadie específicamente) están con la boca abierta esperando la oportunidad para engullirse el resto de Italia. Y la cosa ha tardado tanto porque no han acordado la forma, pero la voluntad no ha faltado, y os podemos dar buen testimonio de ello, y vosotros mismos bien lo sabéis. Si queremos abrir los ojos y pensar bien, las señales que hemos notado son para dar miedo. Y diremos primero de nosotros que si el Señor Dios no hubiese puesto esta discordia en el Reame (reino de Nápoles) entre Francia y España, nos hallaríamos este año en una gran agonía. Dios ha puesto su mano. Pero si las cosas nuestras hubiesen ido mal, os hubiera ido igual a vosotros, pues no debéis pensar que sois hijos de la ganza blanca (privilegiados), y si la potencia vuestra es grande, quedando solos poca agua podríais llevar a tanto fuego. Por todo esto, es bueno que de una vez nos despojemos de recelos y que nos entendamos. No tenga sospechas aquella Señoría que le digamos palabras para engañarla, ni que la queremos meter en dificultad u otras cosas, que no es nuestro propósito; y si ella, que es prudentísima, considera que en esta unión se encuentra más el bien nuestro que el suyo, aun cuando haya utilidad común, podrá convencerse que es interés nuestro serle fiel, porque si la engañamos nos engañamos nosotros mismos. ¿Créis vos, Embajador, que nosotros desearíamos ver a la Señoría talmente oprimida que en caso de necesidad nuestra no encontráramos en Italia un Estado que viniese en nuestra ayuda, y especialmente tratándose de aquella Señoría, que siempre ha sido devotísima de la Sede Apostólica? Muy bien sabemos nosotros que los favores de vuestra Señoría, que es inmortal, son muy diferentes de aquellos que hacen los otros, gente de la cual, cuando uno más espera, menos recibe; lo que dan es tan contrapesado, que

mejor sería no recibirlo; nunca se les paga bastante por lo poco que hacen, y siempre quieren que se les quede obligado, mientras ellos no desean estarlo con los otros. Antes de que le hagan al amigo un bien, le dan tantos rodeos que le desesperan (1). Vosotros habéis sufrido vuestra parte también: en esta empresa contra los turcos habéis tenido una buena experiencia de todo esto.

»Nosotros sabemos cómo procede aquella Señoría y cómo proceden los otros. La edad nuestra es tal, que debemos pensar en dejar a la posteridad muestra segura de que lo que le dejáremos podrá conservarlo, y esto no puede alcanzarse sin el concurso de aquella Señoría; lo cual debe convencerla de que no la engañamos, pues lo que os estamos diciendo lo deseamos para bien público y por privado interés de nuestra sucesión.»

Después de toda esta exposición dialéctica, de una fuerza irrebatible, el Papa viene a la parte en que desea apoderarse del alma del oyente y de la Señoría lejana a través de éste, y continúa: «Nosotros nos queremos poner en los brazos de aquella Señoría. Que ella ordene que se haga esto, y si no lo hacemos, entonces que no nos crea. Sabemos bien que lo que ha cerrado el oído de aquel Dominio es que no tiene confianza en nosotros; pero que nos diga lo que quiere y qué podemos hacer para inspirarle confianza, y si no lo hacemos, entonces que no confíe. Nosotros, algunas veces, hemos realizado actos que han podido hacerle creer que teníamos mayor interés en otros que en la Señoría; pero a ello nos hemos visto obligados por la Señoría misma, que no ha querido entenderse con nosotros. Ahora queremos poner nuestro corazón en sus manos; que no rehuse esta oferta que le hacemos, pues, en verdad, si ella no accede, ahora que nosotros nos hemos humillado tanto ante ella, como se ve por nuestras palabras, debemos juzgar que no es cierto que ella tiene tanta buena voluntad hacia nosotros como siempre nos ha dado a entender.»

Y, para terminar, presenta sus ideas en breve resumen: «Que la Señoría, que es prudentísima, considere que si unirnos a ella es cosa útil para nosotros; y si es así, en efecto, y si ella, además, nos tiene

---

(1) Esta alusión va contra los Reyes ultramontanos.

por un hombre que conoce cuál es su interés, juzgará que realmente le estamos abriendo nuestro corazón. Si el estar unido a ella podrá serle de mayor daño que lo que le pudiéramos hacer ahora, que no se una. Si es lo contrario, ¿por qué no hacerlo? ¿En qué cosa le puede dañar una buena inteligencia y una amistad estricta con nosotros? ¿Qué daño le podrá venir de esto? ¿A quién ofenderá haciéndolo? Con ello hará lo que ha sido costumbre de aquel Estado, de ser un buen miembro de la Iglesia y un defensor de la Sede Apostólica, por lo cual ha recibido gloria y nombre inmortal.»

El Embajador, que ha oído todo manteniendo una actitud fría, comunica a la Señoría las palabras y la actitud del Papa, y cierra el Despacho diciendo: «Hablando, parecía que el pecho se le abriera y que del corazón y no de la boca le salían sus palabras» (1).

*Venecia no quiere alianzas con Roma*

Pero la Señoría no tiene interés en la alianza con el Papa. Al contrario, la opinión general en Venecia era que el gran enemigo de la República era precisamente el Papa, porque avanzaba hacia las riberas italianas del Adriático y allí se establecía, sin comprender que en ningún caso un vicariato papal, que por su naturaleza debía ser político y guerrero, competiría con ella en el campo comercial y marítimo. Además, la aspiración de Venecia estaba en aquella hora en una expansión territorial del lado de Italia, que esperaba satisfacer con la ayuda de sus propios contrincantes, los invasores extranjeros. Es extraño ver cómo un Gobierno tan hábil y ponderado se equivocara tanto en aquel período. La actitud del Papa ante Giustinian y ante la Señoría veneciana es, como él mismo lo dice, de humillación. Y podríase criticar a Alejandro VI de falta de dignidad si cuanto él anunciaba no se hubiera realizado. Sin la Liga de Cambrai, de pocos años después, que se repartió en un tratado todas las posesiones de Venecia, y sin el saqueo de Roma y el envilecimiento en que cayó la Santa Sede, las súplicas de ese clarividente hombre de Estado nos revelarían un momento de debilidad o de inferioridad moral. Pero hay horas en que el sacrificio de la propia dignidad es el mayor de los heroísmos, que sólo los grandes egoístas no saben apreciar. La súplica insistente para

(1) CESI, obra citada, pág. 7 y siguientes.

evitar un mal que la torpeza y la maldad preparan, elevaba a quien la hacía, especialmente cuando el que la hacía en aquellos mismos días en pleno Consistorio volvía a asumir la altiva superioridad que cuadra al Vicario de Dios en la tierra.

*Papa insiste.*

El Papa, en 2 de diciembre del mismo año, al ver al Embajador veneciano entre los que debe recibir, le ruega que le espere hasta que haya recibido a todos, pues desea hablarle tranquilamente, y cuando queda libre le pide que le disculpe, porque le hará marchar a su casa ya de noche. Después de tratados los asuntos del día rápidamente, vuelve en esta conversación a su tema, ya que no ha recibido contestación del Embajador a sus cálidas palabras del 14 de noviembre. El Papa encuentra que no van bien las cosas de Italia. En este fin de año y al principio del próximo, tal afirmación resulta un *leit-motiv* en sus labios. Para los historiadores, que, llevados por una declaración interesada de un contemporáneo, han dicho y repetido que el Papa Borgia no se ocupaba más que de favorecer y engrandecer a su familia, esta nota pesimista no resulta fácil de explicarse, ya que su familia, en esta hora, se halla en la cumbre de la potencia y de la gloria. Alejandro VI, continuando su conversación, indica al Embajador que si bien está en peligro la situación italiana, puede, sin embargo, arreglarse. Y él desea vivamente buscar un arreglo: «No desearíamos que los franceses viniesen a destruir nuestras tierras, pues os aseguro traen con ellos el fuego, no respetan a amigos ni a enemigos, y estiman que todo daño que hacen a Italia es poco.» Como ha estado todo el día recibiendo sentado, el Papa se levanta e invita al Embajador a hacer un poco de ejercicio; en realidad, quiere decirle de pie las últimas palabras, pues por su cuerpo, alto y grueso, por sus ojos fuertes, que no han apagado los años, por sus gestos solemnes, él sabe que así impresiona más a sus oyentes: «Ved, Embajador, cómo el uno y el otro de estos dos Reyes, de Francia y de España, se esfuerzan por expulsarse recíprocamente del Reame. Mal sería para nosotros y mal para vosotros que los españoles tuviesen el reino (de Nápoles), pero mucho peor que fuese del todo en manos de Francia, porque nos tendrían encerrados aquí dentro y nos harían funcionar de monaguillos. Y vosotros tampoco estaríais muy bien. Por el amor de Dios, de-

pongamos esta dificencia nuestra, entendámonos un poco y proveamos a la salud de Italia; máximamente, debiendo dejar obligaciones después de nosotros. Vosotros, que sois inmortales, porque la Señoría vuestra no muere nunca y disfrutará del porvenir por más tiempo, debierais ocuparos más, y, sin embargo, parece que no lo estimáis así, como se ve por algunas actitudes vuestras no muy acertadas. ¿Sabéis lo que dice la gente? Dice que sois demasiado inteligentes, y que queréis ver demasiado. Os hemos dicho que no es malo escuchar a quien os ruega... Dejad este *demasiado,* que muchas veces sirve de daño.» Y terminó: «Muchas veces os hemos dicho iguales palabras; no hemos querido dejarlas de repetir para descargo nuestro.»

*Los acontecimientos internacionales separan a Venecia aún más de Roma.*

En el principio del próximo año, la política de los venecianos y del Papa, en lugar de seguir el giro que quería darle Alejandro VI, chocaba nuevamente en todos los terrenos. El Papa, después de haber propuesto una fórmula de paz entre España y Francia en Nápoles, y de no haber sido aceptada por estas dos potencias, procuró seguir una política de equilibrio, dejando a las partes contendientes destruirse entre sí. Para el Papa era un mal el triunfo de España, pero un mayor mal el de Francia, pues ésta hubiera alcanzado entonces una preponderancia absoluta sobre toda la península. La misma preponderancia que, debido a los errores de Julio II, alcanzó España poco después, con la destrucción del Dominio veneciano, con la caída de la República de Florencia y con el saqueo de Roma. Los Embajadores franceses y españoles sitiaban materialmente a Alejandro VI, para tenerle cada uno de su parte. Y el Papa, que, según una historia menos verídica que todas las leyendas, estaba desacreditado y envilecido por tantos crímenes, se resistía a dar su apoyo moral, tan insistentemente solicitado, a ninguna de las partes. Los Embajadores de los dos grandes poderes entraban muy a menudo en el Vaticano, retirándose a veces sin ser recibidos por el Papa, que buscaba mil pretextos para no hacerlo.

*Venecia quiere aliarse con Francia y España.*

Venecia quería igualmente mantenerse neutral, pero quería hacerlo a fuerza de alianzas secretas con las dos partes contendientes. En 22 de marzo de 1503, Giustinian comunica a la Señoría haber visto al Papa, y que éste, extemporáneamente, le ha preguntado: «Bien,

Embajador, ¿cómo se terminará la cosa con estos españoles?» Giustinian comprendió que el Papa se refería a la alianza que Venecia estaba pactando sigilosamente con España, y declara que fingió no comprender, contestando vagamente: «¿En cuanto a qué?» El Papa, que era hombre franco y decidido, le replicó: «En cuanto a esa alianza que se dice que vosotros queréis hacer con ellos.» El Embajador esbozó una sonrisa, manifestando que no sabía que la Señoría estuviese tratando una nueva liga, pensando más bien que le bastaría la buena y antigua amistad que tenía con los Reyes Católicos, conservando al mismo tiempo la alianza que le unía con el Rey Cristianísimo. El Papa interrumpió: «¿Con dos contrarios como éstos es imposible armonizar contemporáneamente?» Pero Giustinian, que quería ocultar la verdad, replicó con un juego de palabras en que confundía la actitud de indiferencia que el Papa tenía en el conflicto con la concertación de dos alianzas con dos naciones que están en guerra entre sí: «Se puede armonizar, en cuanto a Venecia, una situación de este género, si se armoniza con la beatitud vuestra, que con la amistad de las dos partes no es enemigo de ninguna de ellas.» Giustinian añade en el Despacho: «A estas palabras me miró fijamente al rostro y meneó la cabeza, y luego dijo: «Decid la verdad sobre vuestra fe, Embajador: ¿qué es lo que realmente hará la Señoría Ilustrísima?» Y como el Embajador eludía contestar, el Papa, melancólicamente, añadió: «Sería, sin embargo, una buena cosa pensar un poco en los asuntos de Italia.»

El Papa temía más a una paz hecha por Francia y España, en daño de Italia, que a la guerra misma, y Giustinian considera este concepto, que es justo y humano y de todos los tiempos, como una manifestación de perversión del Papa Borgia, acusándole de querer prolongar la contienda. Cuando hay rumores de paz, el Papa, en 8 de abril, dice al veneciano: «Ved, Embajador, cómo estos ultramontanos se unen entre ellos sin ninguna intervención nuestra o vuestra...; sería útil que también nosotros nos ocupáramos de nuestros intereses y tuviéramos un entendimiento, no en daño de nadie, sino para la seguridad y conservación de nuestros Estados.» Y el 11 del mismo mes, como tales rumores se acentuasen, vuelve el Papa a insistir sobre su tema

habitual: «Embajador, proveamos a nuestros intereses y unamos a esta pobre Italia, la cual estaría unida si la Ilustrísima Señoría se dignara contestar sobre lo que hemos tratado a menudo sin recibir nunca contestación.»

*¿Fué Alejandro VI insincero?*

Maquiavelo, más tarde, escribiendo sobre Alejandro VI, bajo la influencia de la falsa fama que se le iba formando, dijo que engañó siempre y que tuvo éxito siempre en sus engaños. Giustinian, en el momento en que trata con él, adopta el mismo juicio, afirmando que «cuando mejor son sus palabras..., más deben inspirar sospechas a los que conocen su naturaleza, que acaricia más a quienes quiere hacer mayor mal» (1). Nosotros no tenemos de aquellos tiempos nada más completo y fehaciente que esta larga correspondencia de Giustinian, en la cual se relatan al día las relaciones del Papa con Venecia, e incidentalmente con el mundo. A la luz de lo que en ella se refiere por un gran enemigo del Papa, no es Alejandro VI el que engaña, sino que es engañado. Y si los contemporáneos, en efecto, creyeron que él tuvo esta facultad de saber mentir y hacerse creer en la mentira, debemos suponer que sufrieron un efecto de espejismo, como aquel que sufren a menudo los inferiores mentales cuando son vencidos en la lucha de la vida, atribuyendo a causas injustas las derrotas que proceden de su propia incapacidad. Alejandro VI tiene las cualidades negativas del engaño; esto es, la indiscreción y la espontaneidad. El Papa no puede callar nada, era la frase de aquel tiempo. Es, además, un emotivo, al punto que, cuando no habla, expresa en el rostro sus sentimientos. Giustinian y otros nos han transmitido estas cualidades de su carácter en múltiples documentos. Este Embajador, en comunicaciones de 19 y 20 de mayo de este año de 1503, dice a la Señoría que el Papa está de mal humor, porque quiere ser neutral en el conflicto francohispano, y habla mal de los franceses y no se alegra de los éxitos de los españoles. En otra ocasión, el Cardenal Grimani, en pleno Consistorio, quiere intervenir en una discusión en que se trata de una cuestión eclesiástica entre Venecia y Roma; Grimani es veneciano; el Pontífice sabe que estos Cardenales están más ligados a sus familiares,

(1) VILLARI: *Dispacci*, vol. II, pág. 70.

a sus ciudades y a sus Estados que a la Iglesia, y no pudiéndose contener, a pesar de estar tratando en aquel entonces una alianza con Venecia, bruscamente lo calla, diciéndole: «Sé lo que queréis decir, pero en esta materia no quiero vuestra opinión» (1).

*Los grandes Estados solicitan la amistad del Papa.*

Si Venecia no quiere aliarse con el Papa, Maximiliano por un lado y España por el otro, lo quieren fuertemente (2). Son dos Estados potentes. A Borgia, a su familia y a la Santa Sede les convendrían por el momento estas alianzas; pero el Papa comprende las dificultades futuras, y las rechaza. Quiere una alianza italiana, porque sabe que toda otra significa abrir aún más las puertas a los conquistadores, cuyo último propósito será someter la Santa Sede a sus dictados. Giustinian, autorizado al fin, le comunica que Venecia no acepta las ideas papales. «*Domine* orador—dice Alejandro VI, al replicar—, a nosotros se nos ha caído la gran esperanza que teníamos en aquella Señoría, porque, precedentemente, por noticias de nuestro Legado, llegamos a creer que podíamos ser satisfechos en nuestro deseo por la Ilustrísima Señoría, enderezando en consecuencia las cosas de esta pobre y desgarrada Italia.» Viendo claro las dificultades futuras para Venecia, le añade que quizá el porvenir le hará comprender cuáles son sus verdaderos intereses, aunque estima que entonces será tarde. Con maestría política explica al Embajador que después de la guerra vendrá la paz, y que ambos Reyes considerarán a Venecia y a Roma como enemigos; el vencedor, además, no quedará satisfecho con el reino de Nápoles y querrá mayores territorios. Cuando esto suceda, bajo el imperio de la necesidad, se querrá poner remedio a la expansión del victorioso, y no se podrá (3).

*Venecia comunica a Francia las tentativas secretas del Papa*

Mas, la Serenísima respondía a todas las palabras amables y a los razonamientos del Papa con una actitud, si no inexplicable, por lo menos poco en armonía con su tradición de inteligencia y de nobleza. Mientras Roma se confiaba a Venecia, queriendo unirla al propio interés y, de todos modos, darle las manifestaciones de su mayor buena voluntad, ésta comunicaba al Rey de Francia, en secreto y traicio-

---

(1) *Despacho de Giustinian de 10 de mayo de 1503.*
(2) *Despacho de Giustinian de 3 de mayo de 1503.*
(3) *Despacho de Giustinian de 29 de marzo de 1503.*

neramente, las ideas y los propósitos papales. El Papa, sabido todo esto, no se altera, pero amonesta paternalmente a Venecia: «Nosotros no podíamos imaginar que así procediese la Serenidad (veneciana), que era prudentísima y circunspecta, y que por su sabiduría conoce lo que debe un Estado como el suyo estimar la fe propia y hacer que cada uno pueda libremente hablar con ella..., y ella hoy debe considerar cuánto daño le viene por esta infidelidad.» El Embajador negó, pero el Papa no aceptó la negativa; tan seguro estaba de su información. En los Archivos de Venecia, en efecto, se encuentran las denuncias que se hacían a Francia «rogando al Rey Cristianísimo y al Cardenal de Rohan *instantissime de taciturnidad* para poder continuar este oficio» (1).

Mas, aun después de esta prueba, de tan baja moral diplomática, el Papa sigue teniendo confianza en la inteligencia y sabiduría de Venecia. Un día llama a Giustinian para preguntarle sobre unas declaraciones del Embajador francés de Trans, gran amigo de César Borgia, que aseguraba haber la Señoría pactado una nueva alianza con el Rey francés. El Embajador negó, y el Papa creyó en la negativa, porque el propio de Trans acababa de propalar la especie de que la Santa Sede estaba a favor de España, y exclamó: «Este Monseñor de Trans bien podría llamarse Monseñor de *Trame* (enredos). A nosotros nos da a entender que vosotros sois franceses y que la majestad del Rey os ha prometido la Sicilia, y a vosotros os dice que somos españoles» (2). Por fin, el 11 de agosto, pocos días antes de morir, ya después del supuesto envenenamiento, el Papa dice a Giustinian, haciendo referencia al paso desolador de las tropas de Luis XII en marcha hacia Nápoles: «Ved, *Domine* orador, cuántos males vienen por no llegarse a un entendimiento entre nosotros y la Ilustrísima Señoría. Estad seguro que todas estas cosas cesarían y que todos se acercarían a nosotros y a ella, y ambos podríamos gobernar pacíficamente y devolver a Italia su antigua libertad.» Dos días después, Alejandro VI enfermaba, y moría el día 18.

---

(1) Archivo de Estado, Venecia, Registro 54, a. c. 76. Comunicación al Cristianísimo por conducto del Embajador veneciano en Francia.
(2) *Despacho de Giustinian* de 26 de julio de 1503.

*Grave error de Venecia.* Venecia había basado su política sobre un punto solo, en aquel precisamente en que sus intereses estaban en conflicto con el papado. No había comprendido, como no lo han comprendido en casos semejantes muchos otros Estados a lo largo de la Historia, que la política de un país no debe hacerse depender de una situación sola; que, por el contrario, ella debe ser la resultante de muy complejos esfuerzos, con miras, no a un bien determinado, sino a la totalidad de bienes que puede alcanzar un Estado. La Romaña era el punto en donde chocaban las ambiciones de Venecia y Roma. El Papa Pío II dejó dicho que todos los males de Italia tenían origen en Romaña. En este caso, la Romaña fué sólo objeto pasivo de grandes males. Romanin ha afirmado y probado que la Señoría, en este período, tuvo una política que tocó en la demencia (1). Cesi, un erudito veneciano, ha podido decir con justicia: «Rehusando (Venecia) orientar la política italiana de acuerdo con la clara visión de Alejandro VI, preparó su propia ruina» (2).

*El Papa Borgia clarividente.* Los hechos posteriores, que dan el único juicio recto e inapelable sobre los actos del pasado, elevan y consagran toda esta obra política del Papa Borgia. Venecia fué llevada a las guerras que estallaron después de la muerte de Alejandro VI en grandes condiciones de inferioridad. Un Papa atrabiliario, Julio II, que se dejaba llevar por su pasión, sin política definida, sin interés por las cosas de Italia cuando sus caprichos así lo demandaban, se puso a la cabeza de una coalición hostil a la fuerte República italiana. Luis XII y Maximiliano, de acuerdo con el Papa, llegaron a los tratados de Blois, del 22 de septiembre de 1504, en los cuales convinieron coaligarse contra la Serenísima, con el objeto de destruir su poderío y repartirse sus territorios de tierra firme (3). Del tratado de Blois, más tarde, el 10 de diciembre de 1508, se pasó al de Cambrai, incluyendo a mayor número de coaligados en la guerra contra Venecia.

---

(1) ROMAIN: *Storia Documentada di Venezia*, vol. V.

(2) ROBERTO CESI: *Dispacci degli Ambaciatori Veneziani alla Corte di Roma, preso Giulio II*, pág. XIII.

(3) LUNIZ: *Reicharchiv*. Contiene los tratados a que hacemos referencia

El preámbulo de este implacable documento, que inspiraron los italianos mismos, entre éstos Julio II principalmente, termina así: «Hemos encontrado no sólo útil y honorable, sino también necesario, llamar a todos a tomar una justa venganza a fin de apagar, como cuando hay un incendio común, la insaciable codicia de los venecianos y su sed de dominio.» En los artículos que siguen, todas las posesiones de Venecia, marítimas y terrestres, fueron repartidas entre los firmantes. Ravena y cuanto Venecia había conquistado en Romaña, al Papa; Padua, Vicenza, Roveredo, el Friuli, el territorio de Treviso y toda Istria, al Emperador; Crema, Cremona, Brescia, Bergamo y las dependencias del ducado de Milán, adquiridas precedentemente por Venecia, al Rey de Francia; el Rey de España, que ocupaba Nápoles, recibía Trani, Otranto, Brindisi, Gallípoli y las demás tierras que los venecianos tenían ocupadas en el sur de la península; al Rey de Hungría, las tierras de la Dalmacia, y al Duque de Saboya, el reino de Chipre. La Serenísima quedó humillada y vencida. Por suerte, fué detenida la mano de Luis XII, que, adelantándose a Napoleón, quería ocupar la ciudad misma y terminar su independencia. Igual suerte inesperada fué que, después de la paz de 1503, pactada con el sultán Bajazed, éste se viese envuelto en graves dificultades con Persia y obligado a sostener con ella una ruda guerra, que dejó a Venecia tranquila del lado del mar.

*El ataque a Venecia.*

La gran República marítima no vivió después de esta hora de apogeo, debido a sus fuerzas y a su habilidad inteligente, sino por las múltiples causas concurrentes que en toda sociedad humana desvían hacia el bien o hacia el mal el curso lógico de los acontecimientos. Le quedaron sus riquezas, capital del antiguo vigor, que demoraron su caída, no obteniendo otros triunfos que los morales, hasta que el corso audaz, hijo de una nueva época, la borró del mapa cuando no era más que una simple, aunque bella tradición. El egoísmo alimenta el éxito en un comienzo y lo destruye al final. Alejandro VI había sido un buen profeta.

## CAPITULO XXVI

# MUERTE DE ALEJANDRO VI

*Todo parece favorable a los Borgia, pero el Papa es pesimista.*

La situación europea era, como hemos dicho, del todo favorable al papado en los últimos meses de la vida de Rodrigo Borgia, a pesar de su gran pesimismo sobre el futuro. El Rey de Francia, aunque árbitro de la política italiana, deseaba tenerle como aliado, y para ello estaba dispuesto a cederle sus derechos sobre el reino de Nápoles, a cambio de la Romaña. El Rey de España rogaba a su vez al de los romanos, o sea, a Maximiliano, que diese a César la investidura de la Toscana con el título de Rey. Las ciudades de Siena, Pisa y Luca fueron ofrecidas por ambos contendientes, España y Francia, a la Santa Sede. Priuli, en 11 de enero de este 1503, con la exageración con que se escribían los *Diarios,* inserta en el suyo unas palabras que revelan cómo todo favorecía a los Borgia: «Algunos (César) le querían Rey de Italia y coronarle; otros le querían hacer Emperador, porque él prosperaba de tal manera que nadie tenía valor para negarle cosa alguna» (1). En este momento el Papa Borgia tiene como única traba a sus ambiciones familiares su conciencia, y como única dificultad para aumentar los dominios de la Santa Sede su visión certera de que cayendo de un lado o de otro, sin ser obligado por los acontecimientos, concurría a romper el equilibrio existente y a dar solidez

---

(1) Priuli: *Diarii,* bajo la fecha arriba mencionada.

a la conquista extranjera, concentrándola en un solo poder hegemónico, y con ello a la dominación absoluta del ultramontano en Italia. El veía lo que no supo ver, poco más tarde, Julio II.

*Prudente espera.*

En esta hora crítica, en cuanto a sus previsiones, decide, pues, esperar que los hechos le dicten la actitud a seguir, y piensa canalizar a su favor la victoria ajena. Su gran enemigo, que le odia desde el fondo del alma, como sólo saben odiar los clérigos y los diplomáticos, porque están obligados a fingir, los unos, la piedad, y los otros, la cortesía, cuando no las sienten, Antonio Giustinian, en 4 de julio, dirige un despacho a la Señoría, que constituye el mayor elogio que se puede hacer de un hombre de Estado. El cerebro de este Pontífice, afirma el Embajador veneciano, es muy inquieto, y continuamente aspira a grandes cosas y a altas empresas; tiene oro en abundancia, y ahora también el favor de los españoles, a los cuales, según se dice, se unirá después de la victoria, o sea, después de la conquista de Gaeta; con su dinero, con estos Ejércitos y con algún arreglo que hará con Maximiliano, a quien le tirará en pago los productos de la Cruzada en Alemania, no se sabe a qué cosa no aspirará, aunque sea de una magnitud superior a lo que la razón pudiere aconsejar. Giustinian añade que esta obra grande puede tener por objeto la conquista de Florencia, Bolonia y Ferrara, y dice que todos los Príncipes italianos temen y desean que el Rey de Francia envíe tropas suficientes para «prohibir el saciar tantos apetitos». Pero, descorazonado y triste ante la invencible habilidad del Papa, concluye sus observaciones: «Esto no sería tampoco un remedio adecuado, porque Alejandro VI, con su juego habitual, cambiaría su posición, se uniría al Rey de Francia, y la desgracia de los Señores de Italia sería entonces aún mayor» (1). Despojado este despacho de la parte psicológica, revela que el Embajador suponía que el Papa pensaba seguir expulsando de sus tronos a los pequeños Señores, a pesar de haber realizado en el año precedente buena parte de esta labor. Y el veneciano tenía razón. De todo cuanto se habló en aquel tiempo y se ha hablado después sobre las ambiciones de Borgia, lo único histórico y cierto que

(1) *Despacho de Giustinian de 4 de julio de 1503.*

queda es la declaración del propio Papa, hecha en el Consistorio del 8 de marzo de 1503, al proponer la creación de nuevos oficios para arbitrar fondos. Con su mente clara y su experiencia en cuestiones de finanza, después de haber fijado en cuarenta mil ducados los ingresos necesarios, dice: «Estos dineros serán para las necesidades y contingencias que ocurran en la tarea de extirpar las malas espinas de este país y adquirir todos estos Estados para la Iglesia, a fin de dejar después de nosotros el buen nombre de haberlo hecho, lo cual, nuestros predecesores intentaron alcanzar y no lo pudieron» (1).

Alejandro VI, como de costumbre, no se lanzaba al ataque militar sin la preparación política. En este momento, la situación política es confusa, y, por tanto, mientras el Ejército continúa organizado en sus campamentos, obliga al Valentino a quedarse en Roma y le deja continuar su vida nocturna de alegría y de amor. Espera que se resuelva la contienda de Nápoles para entrar en escena, y que el victorioso le encuentre fuerte y rico.

*Fondos para la Iglesia.*

En el Consistorio del 31 de mayo nombra nueve Cardenales más, cinco españoles, tres italianos y un alemán. Giustinian dice que son, por lo general, hombres de buena fe, pero han tenido que pagar cada uno una cantidad que llega hasta veinte mil ducados, y que en total se han cobrado unos ciento veinte mil. El Embajador hace notar que, añadiendo esta suma a la venta de los beneficios, cuyo producto calcula, no en cuarenta mil, como dijo el Papa en el Consistorio, sino en sesenta y cuatro mil, y la herencia del Cardenal Michiel, el Papa tendrá un fondo magnífico. Y de este modo, concluye, Alejandro VI ha probado que las entradas de un Papa dependen de su voluntad (2). Ciertamente, Adrián de Corneto, gran latinista y filósofo, no pagó los veinte mil ducados, porque sabemos que no los tenía, y que hasta entonces sus «beneficios» no le habían enriquecido. La elección de los Cardenales costaba al favorecido, por ciertas generosidades tradicionales o legales, y por subvenciones más o menos voluntarias al Tesoro papal; pero esto no constituía una simonía. Cuando en las democra-

(1) VILLARI: *Despacho de Giustinian de 8 de marzo de 1503.*
(2) VILLARI: *Despacho de Giustinian de 31 de mayo de 1503.*

cias los candidatos concurren con determinadas sumas a los fondos del partido que los elige, no compran la elección. En el caso de los Cardenales, los fondos iban al Tesoro común de la Iglesia, y a veces eran dinero para las cruzadas, y otras veces, para usar la frase del Papa Borgia, «servía para extirpar las malas espinas». La impresionante opinión de Giustinian de que Alejandro VI probó que las entradas de un Papa dependen de su voluntad, los modernos la conocen por experiencia, y saben que en Derecho público siempre sucede así: las entradas dependen de la voluntad del poder soberano. En la economía privada, las entradas determinan los gastos; pero en la pública, los gastos, dentro de la relatividad de toda cosa humana, determinan la cuantía de los ingresos.

*La mortandad en Roma.*

En este año de 1503, Roma sufre un verano aún más caluroso que de costumbre. La falta de condiciones higiénicas de la ciudad y las marismas circundantes, provocan terribles epidemias. El 7 de julio, un empleado florentino en Roma, Francisco Fortucci, comunica a sus Señores: «Hay muchos enfermos de fiebre, y se mueren bastantes», y pocos días después, insiste: «Se mueren muchos de fiebre, y hay algún caso de peste, según se dice», y el 22 del mismo mes pide permiso para abandonar aquella residencia, pues el temor que tiene le impide cumplir sus funciones debidamente. No le faltaba razón a Fortucci para estar atemorizado, ya que su jefe de misión, el Embajador Alejandro Bracci, había muerto de fiebre el 6, y el sustituto, Antonio Zeno, estaba enfermo grave. En el mes de agosto, la situación empeora; Constabili y Zeno nos han dejado dicho que vivir en Roma era insoportable. El primero comunicó a Ferrara que toda persona de importancia estaba enferma, y el segundo dijo a Florencia que las condiciones de la ciudad, por los muchos enfermos y los grandes calores, no son nada favorables. La Naturaleza, con sus dictados supremos, debía poner término a la política del Papa Borgia. Es el elemento accidental que siempre rompe la línea recta de los acontecimientos. Además, Rodrigo Borgia tenía ya setenta y dos años; es vigoroso, sin embargo, cabalga aún, duerme poco y trabaja mucho; visita de tiempo en tiempo sus dominios de Príncipe y asiste a las fatigosas ceremonias religiosas. Pero el cuerpo, en la avanzada

edad, resiste a veces los trabajos habituales, cediendo, en cambio, rápidamente cuando algo anormal sobreviene.

Alejandro VI estaba en estos meses no sólo de mal humor, sino con tristes presentimientos. Al hablar con los Embajadores revela a menudo ese estado de ánimo. «Muere mucha gente, tenemos que cuidarnos un poco más», exclama. Su temperamento jovial, su afán para el trabajo, la satisfacción que le producen las continuas visitas, alternando la discusión del asunto grave con la charla amena, no armonizan con unos calores tórridos y una epidemia que diezma vidas de amigos y de colaboradores.

*ena en casa de Adriano de Corneto.*

En uno de los primeros días de agosto, el Papa salió del Vaticano para ir a cenar a una propiedad campestre del Cardenal Adrián de Corneto, aquel Monseñor *Adriano, hombre siniestro*, de que habla el Embajador Zorzi, recientemente elevado a la púrpura, en la creación cardenalicia del 31 de mayo. Giustinian dice en un Despacho del día 13 de agosto que la comida fué «cinco o seis días antes» del día en que escribe, pero es de suponer que fuese aún antes. De todos modos, algunos concurrentes a esta comida privada, y el mismo anfitrión, enfermaron días después. César Borgia había acompañado al Papa. Además del Cardenal que invitaba, no se conoce haya estado presente ningún otro Cardenal, y menos que hubiese enfermado, porque en el Consistorio del día que siguió a la muerte de Alejandro VI, el único que faltó de los Cardenales presentes en Roma fué Adrián de Corneto.

*Enfermos a consecuencia de la cena.*

Esta cena privada, debido a la simultánea enfermedad de algunos o muchos de los concurrentes, y a la consiguiente muerte del Papa, se ha presentado como la última escena trágica de Rodrigo Borgia. El gran envenenador debía morir de veneno para dar a su vida un epílogo congruente a la terrible leyenda formada alrededor de su nombre. Alejandro VI murió el 18 de agosto de 1503, al anochecer, del veneno injerido en los primeros días del mes, según las historias todas que han llegado hasta nosotros, menos las últimas, que con más sentido crítico rechazan, por absurdas, la versión, o más exactamente, las versiones propaladas sobre el grave acontecimiento. Voltaire inició la rectificación sin datos históricos, con su habitual profundo sentido de la psicología humana.

La hipótesis de que la muerte fuese de veneno corrió en seguida, ciertamente, por Roma. Esto era natural, pues a todos los personajes de la época se les suponía víctimas de tal método eliminatorio. Además, el cadáver del Papa, sea por los grandes calores, sea por el carácter de la enfermedad, o por ser muy corpulento, entró pronto en el proceso de descomposición, saliéndosele la lengua de la boca y ennegreciéndosele la piel, lo cual hizo pensar a los que estaban dispuestos a creerlo, que en este caso no había dudas de que el veneno había producido sus efectos. Aun cuando Giustinian relaciona la enfermedad con la cena de los primeros días de agosto, como no habla de veneno ni entonces ni después, el primero que encontramos que públicamente afirma que en aquella cena Alejandro VI fué envenenado es Tomaso di Silvestre, que, en sus *Crónicas,* bajo la fecha del 22 de agosto, dice que el predicho Papa Alejandro había muerto el viernes pasado con algunos otros Prelados y Obispos, y cómo habían sido envenenados en un convite que había dado el Señor Adrián, Cardenal.

***Hipótesis de veneno.***

Pero ¿quién ha envenenado al Papa?

***Distintos relatos sobre el envenenamiento.***

Toda fantástica acusación se descubre en los grandes debates, especialmente en el foro penal, por el estudio de los pormenores. Giovio, Guicciardini y Bembo dicen que un sirviente, equivocadamente, echó el veneno en las copas del Papa y de César. Guicciardini precisa más, y afirma que César quería envenenar al Cardenal Adriano y envió el vino preparado al efecto a casa de éste con un sirviente que no conocía sus intenciones. Pero César se retrasó por el camino, y llegado el Papa con precedencia, teniendo sed, bebió la fatal poción; luego llegó César y bebió el mismo vino. Bembo va más allá, y señala como envenenador al propio Papa; es éste el que quiere asesinar a su antiguo secretario, que siendo ahora Cardenal, le ayuda en el despacho de los asuntos. Pedro Mártir de Anghiara parece también haber escrito el 10 de noviembre de aquel año sobre este veneno; pero este escritor italiano, que vivía en España, ponía a capricho las fechas en sus *Epístolas,* que eran trabajos literarios. Matarazzo y Sanudo, el primero en las *Crónicas* que figuran con su nombre, y el segundo en sus *Diarii,* cambian los pormenores, manteniendo sustan-

cialmente los hechos anteriores. Sigismondo dei Conti, favorable a Alejandro VI mientras éste vivió, y enemigo después, dice que César fué el causante involuntario de la muerte del Padre, aun cuando, siguiendo la moda de Guicciardini, declara que no puede asegurar la veracidad de lo que relata.

Priuli, en sus *Diarii,* nada menos que el 16 de agosto, escribe que han llegado noticias de Roma diciendo que el Papa y el Valentino, queriendo envenenar al Cardenal Adriano, le habían preparado la muerte, poniendo el veneno en los confites que habitualmente se pasan después de la comida. El Papa y el Valentino, por error del sirviente, tomaron también uno de estos confites, como lo hizo el Cardenal. Estos escritores, con excepción de Bembo, que acusa al Papa solamente, y los otros que vinieron después, Mariana Zurita y otros, acusan en gran mayoría a César y no al Papa, mientras Giovio y Priuli señalan a los dos. La divergencia en los relatos surge también en cuanto al autor material del hecho; unos dicen, como Guicciardini, que el vino envenenado, antes de llegar César, fué servido por un criado inocente al Papa, cuando éste llegó; otros, que el Papa envió a cumplir un encargo especial al sirviente que estaba en la conspiración, y entonces, un doméstico, ignorante de todo, resultó el instrumento del delito. Otros más aducen que el doméstico encargado de suministrar el vino fué comprado y cambió a las víctimas en victimarios. Por último, hay quien acusa a los venecianos de haber comprado a un sirviente para que envenenase al Papa y a César. La confusión se agrava cuando se trata de las consecuencias del envenenamiento. Guicciardini dice que el Papa fué llevado al Vaticano moribundo y murió al día siguiente, y que a César se le consideró igualmente como moribundo. Giovio hace morir al Papa cuatro días después. Mariana envía a la tumba en seguida también al Cardenal Adriano. Otros, que el Papa murió alrededor de quince días después de la cena, y que Adriano de Corneto vivió muchos años, teniendo una vida muy agitada (1). Sobre los remedios que usó César para curarse, hay

---

(1) GEBHAR: *Adrian Von Corneto.* Este Prelado, que había sido utilísimo a Alejandro VI, fué desterrado por Julio II, y bajo León X fué privado de todos sus títulos y beneficios.

igual disparidad en los relatos, e igual inverosimilitud. Unos dicen que se quitó el veneno con un baño de agua fría, y otros afirman que la salvación la encontró en el vientre de un mulo que hizo abrir, acostándose sobre el mismo cuando las vísceras estaban aún palpitando. Después de los escritores contemporáneos al hecho, o casi contemporáneos, y por su guía, todos los del período intermedio han repetido las mismas ideas, completándolas y dándolas la explicación necesaria y el móvil del delito. En el Borgia de la leyenda no podía haber más móvil que el dinero. Así hubo que inventarse que alrededor de la mesa fatal había Cardenales ricos. Cardenal había uno solo, Adriano, y era pobre entonces y acababa de recibir el *cappello*.

*La reacción lógica a las invenciones apasionadas.*

Todo esto es leyenda. Voltaire, repetimos, con su fino espíritu, ha sido con Raynaldi el primero en notar la incongruencia e inverosimilitud de todos estos relatos. Luego, muchos otros han seguido la misma senda, como Villari, Reumont, Pastor, Creighton, Gregorovius y Alvisi, por no citar más que los principales. Pero ninguno de estos autores ha juzgado conveniente hacer un verdadero proceso de revisión de las otras acusaciones, que han sido aceptadas bajo la fe de documentos del mismo género o aún menos fehacientes que éstos, que hacen morir a Alejandro VI de veneno.

La muerte de Alejandro VI fué del todo normal. Su enfermedad, explicable, y el desenlace, absolutamente natural.

*Estadística sobre la muerte de los últimos Papas.*

Hemos dicho que, en aquellos meses de verano, Roma era inhabitable. Murieron durante los meses de julio y agosto los cinco inmediatos predecesores de Alejandro VI. Calixto III, el día 6 de agosto de 1458; Pío II, el 15 de agosto de 1464, si bien en Ancona y no en Roma; Paulo II, el 26 de julio de 1471; Sixto IV, el 12 de agosto de 1484, e Inocencio VIII, el 25 de julio de 1492.

*Un boletín de la enfermedad de Alejandro VI.*

Puede darse fácilmente un boletín del estado de salud del Papa durante el último mes de su vida, tomándolo de los documentos de la época. Desde el 8 de julio le aflige una ligera disentería, y él mismo lo comunica al Embajador veneciano, que el 11 le encuentra vestido y recostado sobre una cama: «He ido al Palacio, y al entrar en las cámaras papales he encontrado a Nuestro Señor con sus hábitos recostado sobre el lecho. Me ha puesto buena cara, pero me ha dicho

que durante tres días no se ha sentido bien, con un flujo, pero que espera no tenga importancia» (1). En efecto, al día siguiente el Papa revista las tropas desde un balcón del Vaticano, y el 14 despacha activamente los asuntos sentado en el trono en la Sala de los Pontífices. Sin embargo, Giustinian, que le visita en este día también, le encuentra algo deprimido. En 26 de julio trata con el veneciano el importante asunto de la alianza de Venecia con Francia, y hace un juego de palabras entre *Trans* y *Trame* (2). A la muerte del Cardenal De Monreal, su sobrino, se afecta mucho y se niega a recibir a los Embajadores. Luego, en uno de los próximos primeros días de agosto, va a cenar con el Cardenal Adriano de Corneto. El 7 de este mes lo dice a Giustinian: «Hay tantos enfermos en Roma y tantas muertes diarias... Tenemos que cuidarnos un poco más.» El 8 muere otro sobrino suyo, que era capitán de la Guardia del Vaticano, y asiste al desfile del funeral desde una de sus ventanas. Amaba mucho a este sobrino, y sintió gran pena por su muerte; tuvo fiebre, y el Obispo de Venosa, su médico, aunque enfermo también, fué a visitarle, quedándose luego en Palacio. Al día siguiente asistió a la función religiosa que se celebró por el aniversario de su elevación al papado, y recibió a los Embajadores, manifestando a Giustinian, una vez más, que los males de Italia provenían de la separación en que estaban Venecia y el papado. Pero le embargaba la preocupación de morirse. No estaba alegre, como de costumbre, cuando se presentaba en las funciones públicas; y melancólicamente, dijo: «Este mes no es favorable a las personas gordas.» El 12 tuvo fiebre y ataques de vómitos, expulsando mucha bilis. El 13 fué sangrado, quitándosele, según un informe, nueve onzas de sangre; otros afirman que más. Este remedio hizo bajar la fiebre, y algunos Cardenales jugaron a las cartas a su lado, acompañándole todo el día. La fiebre, que había disminuido, no desapareció, sin embargo, y el día 14 se le hizo otra toma de sangre. En este mismo día, Constabile, el Embajador de Ferrara en Roma, envía a la Corte de Este, en donde estaba Lucrecia, el siguiente Des-

(1) *Despacho de Giustinian de 11 de agosto.*
(2) Véase capítulo precedente.

pacho, que trata de todo el curso de la enfermedad, aunque prueba, por los datos que hemos recogido, que no conocía el proceso total de la misma: «Ayer, por la mañana, fuí informado de buena fuente que Su Santidad ordenó se llamara al Obispo de Venosa, que se hallaba enfermo en su casa, y a otro médico de esta ciudad, y a ambos se les ha retenido en el Vaticano. He sido informado también que el Papa, ayer, vomitó y tuvo fiebre, y que le extrajeron nueve onzas de sangre. Durante el día, Su Santidad tuvo a algunos Cardenales jugando a las cartas, mientras él descansaba. He sido informado que ayer, por la noche, durmió muy bien; pero hoy, entre las horas dieciocho y diecinueve, ha habido una crisis como la del sábado, de un género sobre el cual los hombres de su Corte no quieren hablar y rehusan dar informaciones sobre su estado. Yo he tratado de todos modos saber lo que pasa; pero mientras más esfuerzos haga, menos sé. A los médicos, los farmacéuticos y los barberos no se les permite retirarse. De lo cual yo concluyo que la enfermedad es grave... No es extraño que Su Santidad esté enfermo, porque todos los de la Corte vaticana están en el mismo estado, por las malas condiciones del aire que allí se respira.» El 15, la fiebre continúa, con temperatura alta. El 16, Constabili sigue informando que la fiebre no cede, y el 17, Giustinian escribe a Venecia: «La fiebre continúa atormentándole, no sin peligro. He sido informado que el Obispo de Venosa... ha dicho que la enfermedad del Papa es gravísima...» El 18 se sentó en la cama estando presentes algunos Cardenales; oyó una misa. El Obispo de Venosa salió de la cámara papal llorando y diciendo que el peligro era inminente; y, en efecto, al anochecer, el Papa Borgia murió.

Algunos escritores modernos han presentado esta hoja clínica a médicos eminentes, preguntando si con tales síntomas podía Alejandro VI haber muerto de veneno. La contestación ha sido del todo negativa. Contestación igualmente negativa hubieran dado estos mismos médicos si se les hubiera dado la hoja clínica del Príncipe Djem, o del Cardenal Zeno, o del Cardenal De Monreal, o del Cardenal Orsini, etc., etc.

*Muerte natural*

Alejandro VI murió de fiebre, quizá con complicación cardíaca, ya que Giustinian dice a la Señoría que murió del corazón. El carácter

de la fiebre es difícil determinarlo. Posiblemente una de las que eran endémicas en Roma, u otras procedentes del Oriente, como acontecía a menudo. Ciertamente, las enfermedades de César y del Cardenal Adriano fueron del mismo género que la del Papa, y que en la noche de la cena el envenenador fué un mosquito de la especie que transmite gérmenes maléficos: malaria, fiebre amarilla, etc., que atacó a todos, o algunos de los concurrentes.

El Papa, durante su enfermedad, según parece, no nombró a César, ni a Lucrecia (1), ni se sabe si Joffre, presente en Roma o no lejos de ella, le viera en los últimos momentos. El 18 por la mañana, el Pontífice pidió confesarse. El Obispo de Carinola, su confesor, le dió también la extremaunción.

*funeral.*

El funeral del Papa y todas las ceremonias religiosas posteriores se llevaron a cabo de acuerdo con el ritual. Bruchard, que trata sumariamente el período de la enfermedad, al entrar en funciones, por estar a su cargo el funeral, se extiende en el relato de todos los pormenores.

La leyenda de que el cadáver del Papa fué arrastrado por los pies; de que al morir se entrevistó con el diablo—esto también ha sido referido en serio—, y que fué en seguida, y sin honores, enterrado en modesta fosa, es fantástica creación de los enemigos de Alejandro VI, que en esta hora se vuelven audaces y recobran todas sus esperanzas de recuperar sus antiguas riquezas y dominios. Bruchard nos dice cómo se lavó el cadáver, y que se le vistió una primera vez; cómo luego, él mismo, le puso ricos hábitos; cómo cubrieron el catafalco espléndidos ornamentos con las armas de Borgia, y cómo los oficios religiosos fueron todos cumplidos. El funeral, de los nueve días de duración, fué celebrado con todas las formas de la vieja costumbre. Los Cardenales que había en Roma asistieron, y un enorme número del Clero regular y del secular.

*cadáver horrible de verse.*

El cadáver, durante el tiempo que estuvo presente, era horrible de verse. Bruchard relata con cierta complacencia que «facies erat sicut pannus vel morus ñigerrimus, livaris tota plena, nasus plenus,

(1) BRUCHARD: *Liber Notarum*, pág. 352.

os amplissimum, lingua duplex in ore, quae labia tota implebat, os apertum et adeo orribile quod nemo videns unquam adesse talem dixerit». Giustinian y Constabili también hacen notar que estando expuesto y descubierto, estaba negro e hinchado (1).

Parece del todo cierto que César, al tener noticia de la muerte de Alejandro VI, se apropió sus riquezas y el dinero que tenía, enviando a Miguel Corella a las Salas Pontificias a exigírselo al depositario, Cardenal Casanova (2). Sin embargo, el mismo Bruchard, que da la noticia de esta apropiación violenta, dice que los Cardenales de Santa Práxeda y de Cosenza hicieron el inventario de los bienes del Papa, que Miguel Corella no se llevó el día anterior por no conocer dónde se encontraban. De todos modos, los Cardenales, para tener fondos y satisfacer las necesidades inmediatas de la Sede Apostólica, tuvieron que levantar un empréstito; el Tesoro pontificio estaba vacío.

Es útil saber que igual situación encontró Alejandro VI al subir a la silla de San Pedro, once años antes.

La obra del Papa Borgia se pone de relieve ahora, en estos pocos días después de su muerte, mientras se celebran en honor de su alma las nueve misas rituales con gran pompa y con la asistencia de los Cardenales, revestidos de sus pesados hábitos, bajo la canícula de agosto. Porque si él, en ruda labor, necesitó once años para dar

---

(1) Esta descomposición rápida del cadáver puede ser considerada como un síntoma contrario a la hipótesis de que la muerte fué causada por veneno, y por veneno en forma de polvo blanco, o sea por la *cantarella* de los Borgia, pues en ésta se supone que había arsénico, y el arsénico demora la descomposición. Los copistas del *Diario* de Bruchard añadieron a la horrible descripción que hemos transcrito otras frases para hacer aún más repulsivo el cadáver del Papa Borgia.

(2) Parece probado que don Miguel Corella, el conocido Micheletto, se llevó todas o la mayor parte de las riquezas del difunto Papa por la fuerza, resistiéndose el Cardenal Casanova a entregarlas; y que todas fueron dadas a César. Don Miguel era español, de Corella. Hombre de probado valor y de una absoluta fidelidad a los Borgia. Después de la muerte del Papa fué detenido y procesado. Absuelto, pasó a prestar servicios bajo los estandartes de la entonces democrática República florentina, siendo primero *bargello* y luego *condottiere*. Los soldados, por su pequeña estatura, le llamaban Micheletto (pronúnciese Miqueletto) o Michelotto. Era capaz de todo atrevimiento físico bajo las órdenes de un buen jefe, y sus propósitos no olían a santidad. Un día, el Papa Julio II, estando de humor jovial, exclamó: «Tengo que pedirle a Micheletto algunas recetas para gobernar mejor a la Iglesia.»

a la Iglesia su independencia política, sustrayéndola al dominio de las facciones, y conquistarle un territorio, desaparecido él, en pocos días los Cardenales al servicio de las Casas principescas o ligados a los intereses de Estados enemigos de la Santa Sede, traidores a los propios deberes, o débiles e incapaces, permitieron que se eclipsara por una violenta y rápida acción todo cuanto Alejandro VI había conquistado. La brevedad del tiempo en que destruyó su magna obra pone aún más de relieve lo que él había hecho. La forma en que los intereses particulares vuelven a surgir en daño de la Iglesia, o sea, de la institución políticoreligiosa que él amó tanto, da a la posteridad la significación exacta de su política.

*Un epitafio.*

Un poeta a sueldo pone en sus labios estos cuatro versos, que suenan a ofensa, pero que en su parte final, bien interpretados, reflejan toda la verdad de aquella hora:

*«Sevicia, insidia, rabies, furor, ira, libido*
*Sanguinis aque auri spongia dira sitis*
*Sextus Alexander, jaceo hic, iam libera gaude,*
*Roma tibi quoniam mors mea vita fuit»* (1).

Aparte las cualidades que el poeta atribuye a Alejandro VI, de violencia, insidia, libídine, etc., y su sed de sangre y de dinero, que la posteridad, también erróneamente, ha aceptado, queda en estos pocos versos la afirmación de que Roma revive, satisfecha, y que la muerte de aquél fué vida para ella. Roma, hasta Alejandro VI, no fué posesión de sus habitantes ni de la Iglesia, sino la tierra de una nobleza desenfrenada, inquieta, rebelde a todas las reglas del deber y del orden, especialmente desde el cisma de Aviñón. Esta Roma destruída por aquel Papa, renace. Los Príncipes vuelven con sus Cortes, con sus soldados, con sus poetas, con su pueblo, siempre dispuesto a aplaudir la fuerza o el engaño.

*La vuelta de los Príncipes.*

El día 19 de agosto, Silvio Savelli, al cual fué dirigida aquella famosa carta, panfleto calumnioso, que, repetimos, ha servido con

(1) Estos versos se encuentran en el Manuscrito monacense del *Liber Notarum*, no en otros, y fueron interpolados en él muchos años después de la muerte de Bruchard.

otros documentos del género para escribir la historia de los Borgia, ocupa su antiguo palacio y la cárcel Savelli («Carceris sabelle»), poniendo en libertad a todos los presos por delitos comunes. Silvio Savelli estaba ya en Roma en vida del Papa y había sido recibido por éste, que tenía una concepción de la libertad que no era la de sus tiempos. Probablemente como algunos de los Colonna y otros Barones, recibía también una pensión o subsidio del Tesoro papal.

Los detenidos políticos, el día 20 empezaron a salir del castillo del Santo Angel, y los exilados, a entrar en la ciudad. Próspero Colonna, al que el Sacro Colegio pide no viniese a Roma, llega el día 22 con buena caballería. Un enviado de los Cardenales le presenta la carta en que se le ruega que, por la tranquilidad de las futuras elecciones papales, no entre; no la lee, y sigue. Por la noche se hacen fiestas en el Capitolio; el pueblo grita: «¡Colonna! ¡Colonna!», y cinco Cardenales le rinden homenaje. El 23 entra Fabio Orsini con numerosas fuerzas de caballería e infantería. Gritos del populacho en su honor, sumisión de Cardenales, muchos hombres asesinados en las calles, especialmente españoles; más de cien casas quemadas por el furor faccioso. Roma revivía tiempos medievales, que Alejandro VI creía haber dejado en el ocaso.

***La Sede Apostólica pierde todos sus territorios.***

Las posesiones de la Sede Apostólica, que se habían organizado con tanta diligencia, desaparecieron en pocos días. César Borgia, enfermo y sin la firmeza de Alejandro VI, quiso aliarse con una de las facciones, y escogió a la de los Colonna. Para entrar en sus buenas gracias les envió las *contraseñas* para ir a ocupar los castillos y fortalezas que Alejandro VI les había quitado. Los Orsini no necesitaron *contraseñas,* y tampoco los Savelli, los Conti y los otros Barones. Todos los guardianes entregaban las ciudades, los castillos, las tierras papales, sin resistencia.

***La Iglesia pierde todas sus ciudades y posesiones.***

Más lejos, el Duque de Urbino empezaba a tomar posesión de su Estado el 22 de agosto. Los Varano entran en Camerino el 29 del mismo mes. La *Prefettessa,* o sea la madre de Francisco María de la Rovère, nieto del futuro Papa Julio II, entra en Sinigaglia. Juan Pablo Baglione, el 9 de septiembre conquista Perugia, que se ha opuesto a abrirle las puertas voluntariamente. Juan Sforza entra en Pesaro.

Los Appiano, en Piombino. Más lejos, los Malatesta, apoyados por los venecianos, ocupan a Rimini, pero Dionisio Naldi los expulsa en nombre de la Iglesia y de César Borgia (1). Los Malatesta venden sus derechos señoriales a la República veneciana. Un bastardo de los Manfredi entra en Faenza con el apoyo de los florentinos. También los Ordelaffi reciben la ayuda de Florencia para adueñarse de Forlí, de la que eran Señores antes de Girolano Riario y de Catalina Sforza, y, en efecto, entran en ella el 22 de octubre, mientras en Roma, el Cardenal Riario, tío de los pretendientes, solicita el apoyo veneciano contra las tropas de la Iglesia. Los venecianos penetraron en Romaña y ocuparon las tierras papales.

Todo esto representa un asalto a los intereses de la Iglesia, porque menos algunas ciudades y Romaña, que estaban dadas en vicariato, con un Gobierno sobre el cual la Iglesia ejercía una acción indirecta, todo el resto del territorio, los castillos, las ciudades y muchas propiedades territoriales, pertenecían directamente a la Iglesia. El gran reivindicador había desaparecido, y todos los antiguos usurpadores volvían a sus habituales posesiones con mayor rabia y codicia. Los ciudadanos pagaron muy caro los pocos años de libertad gozada. En muchos de estos pequeños Estados, la venganza que tomaron los antiguos tiranos fué terrible.

*Los antiguos tiranos vuelven con sus Cortes servidores.*

Estas reconquistas constituyeron toda una revolución política y moral. El nuevo «país legal» de esta parte de Italia se forma ahora con estas Cortes y sus servidores. El poeta romano bien pudo añadir en sus versos despectivos al nombre de Roma el de Italia, cuando dijo que la muerte de Alejandro VI era la vida para aquélla. En efecto, sin la muerte de Alejandro VI, esos Príncipes, que se vendían al mejor postor sobre el campo de batalla, que estaban al servicio de todos los conquistadores extranjeros, y que todos eran parricidas

(1) Archivio di Stato: Secreta, reg. 39 c. 106.
(2) Sanudo: *Diarii*, vol, V, pág. 66. El partido de la conquista inmediata de la Romaña tenía como jefe a Jorge Emo. El partido de la conquista lenta, a Foscari y a Morosini. Triunfó el primero, enviándose por la Señoría a Pablo Manfroni, a Felipe Albanese y a Juan Francisco Caracciolo con hombres y dinero a ocuparla.

o fratricidas o traicioneramente asesinos, no hubieran vuelto a la vida del Poder o preeminencias (1).

Pero, al fin, ellos vencieron, y la victoria, conquista de la fuerza, se vuelve a su vez conquista moral. El Papa Borgia recibió su condena infamante.

A su avanzada edad, Alejandro VI, que ya venía considerando la posibilidad de la muerte, siguió trabajando sin tomar precauciones personales sobre el futuro. Hombre de gran previsión y de larga vista, sucumbió, sin embargo, al legado común, que nos hace trabajar aun estando al borde de la tumba, en la hora de la desaparición eterna, como si tuviésemos que seguir dirigiendo nuestros esfuerzos y gozar de sus resultados. No pensó en su sucesión. ¿Fué por respeto a los principios de la Iglesia? ¿Fué por tener confianza en los hombres que había elevado al Colegio Cardenalicio? ¿Fué porque sabía que, muerto él, nadie respetaría su voluntad, ya que para dominar por la fuerza a las asambleas es preciso sostener constantemente levantado un látigo, pronto al castigo?

Lo cierto es que, aun siendo nepotista en sumo grado, no tomó ninguna medida en favor de los suyos para cuando él faltase. En el campo de la hipótesis, podemos suponer que estaba arraigada en su mente de hijo de aquel siglo, y producto legítimo de la Iglesia política, la idea de que un Papa puede proveer al bien de sus familiares mientras viva, pero que, muerto, nada puede dejarles.

*Lucrecia queda en la cumbre de la gloria y del respeto general.*

De sus parientes que le sobrevivieron, los más afectos habían sido Lucrecia y César, que muchos contemporáneos llamaron hijos, y que la posteridad, casi unánimemente, ha aceptado como tales. Lucrecia, ligada por amor, y no ya por interés, a los Este, sirvió a las obligaciones que una Corte impone con gran esmero, primero bajo Hércules, y luego, a la muerte de éste, acompañando a su marido, Alfonso. Ella no sufrió directamente la reacción que hizo víctima a otros de la

---

(1) «Recibida la noticia de la muerte del Pontífice..., todos los Señores italianos se pusieron en movimiento, y los *pobres* Señores expulsados por el Duque Valentino de sus Estados empezaron a levantar la cabeza con gran esperanza de volver a sus Estados con la ayuda de diversas potencias» (potentati). (PRIULI: *Diarii*, pág. 285). Este autor también califica de *dignissimi* a los Barones romanos.

Casa Borgia. Al contrario, pudo ser útil a algunos de sus parientes, pues en su casa encontramos amparados a buen número de Borgia, y hay súplicas de ella a favor de César, cuando estaba en España relegado en un castillo, dirigidas al Rey Don Fernando. Muy admirada, fué cantada por poetas y tenida en gran respeto entre la larga y noble parentela del marido (1). Murió el 24 de junio de 1519, a consecuencia de un parto, a los cuarenta y dos años de edad. El 22 del mismo mes, dos días antes de morir, escribió una admirable carta al Papa, León X, que terminaba con las palabras: «Y recomiendo a vuestro santo favor a mi esposo y a mis hijos, que todos ellos son servidores de Vuestra Santidad.» El marido lloró con cálidas lágrimas su desaparición (2).

*César estuvc altura difícil papel.*

César tuvo que sostener una fuerte lucha, sin éxito, y cerró su breve historia con una muerte valerosa, pero sin gloria. Sobre los años que pasó César Borgia, después de Alejandro VI, no se ha hecho aún un estudio con el cuidado necesario. En el Archivo de Venecia se hallan muchos datos; otros se encuentran publicados en el amplio resumen hecho por Pasquale Villari, de los *Despachos* de Giustinian. Lo cierto es que la República de Venecia pocas veces ha temido a un hombre más de lo que temía a este Duque Valentino, aun en los días en que estaba preso en Roma, en Nápoles o en España. Y pocas veces un Estado ha perseguido a un jefe de otro Estado con igual saña y constancia. Para encontrar un caso que pueda quizá comparársele, debemos venir a una época mucho más cercana a la nuestra (3).

---

(1) Conocidos son los versos de Ludovico Ariosto: «Lucrecia Borgia di cui difora in ora. La beltà, la virtù, la fama onesta e la fortuna crescerà no meno Che giovin pianta in morbino terreno».

(2) Alejandro Luzio, *en Isabella Gonzaga, e i Borgia*, trata de un amor tardío de Lucrecia, ligando su nombre al del Marqués de Mantua. El autor basa su aserto en una correspondencia en la cual los personajes aparecen bajo pseudónimo. A pesar de tratarse de un escritor serio y docto, no hemos quedado convencidos de sus deducciones. A la mujer de cuarenta años en el siglo pasado le estaba prohibido todo llamamiento amoroso. ¡Qué no debía ser en el 1500! Sin embargo, las investigaciones de Luzio no pueden ser descartadas por completo.

(3) Giustinian, en un Despacho, dice al Papa que la República (Venecia) sabía guardar la fe, no sólo a los vivos, sino también a los muertos, asegurándole con estas palabras que podía morir tranquilo, que la República se interesaría por Valentino. Giustinian fué el principal instrumento de la persecución contra César.

Después de una fortuna oscilante, primero bajo Pío III, que tuvo menos de un mes de Pontificado, y luego bajo Julio II, que fué electo por su apoyo decisivo, César Borgia huyó de Ostia, donde estaba detenido por orden papal, a Nápoles. En esta ciudad, el *Gran Capitán*, Gonzalo de Córdoba, que le había recibido después de darle un salvoconducto que garantizaba su libertad, le guardó todos los miramientos de su alta posición. Pero, por una orden del Rey de España, tuvo que prenderle el 27 de mayo de 1504, faltando a la palabra empeñada, y enviarle a España. Allí quedó preso, en el castillo de Medina del Campo, hasta el mes de octubre de 1506, cuando, al fin, pudo escaparse y entrar en el reino de Navarra, cuyo Rey era su cuñado. Pocos meses después de esta fuga, el 12 de marzo del siguiente año, caía peleando, casi solo, cerca de Viana, contra un grupo de rebeldes al que era a la sazón su Rey y señor.

Es difícil darse un juicio sobre la capacidad política de César Borgia. Cuando César se vió solo en la vida, muy joven aún, estaba gravemente enfermo, y es de suponer que los efectos de la dura enfermedad siguieron por algunos meses. Al restablecerse, ya le habían desarmado casi del todo, y se hallaba rodeado por muchos enemigos. El nos ha dejado la justificación de su debilidad y, por tanto, de su derrota, en las palabras que dijo a Maquiavelo en Roma: «Yo lo tenía previsto todo, menos que al morirse el Papa estuviese yo moribundo.» Sin embargo, su actitud de los primeros momentos, aun estando en tales circunstancias, fué más acertada de la que asumió más tarde. La ayuda a la elección del Cardenal Piccolomini es explicable, no así el decisivo apoyo suyo a la del De la Rovère. César se halló, en realidad, frente a dificultades que sólo un hombre de constancia, de hábito de trabajo continuo y de espíritu ardiente, podía vencer. Los hombres de estas cualidades han tenido siempre una existencia fatigosa y dura desde el nacimiento. César era, en cambio, la «factura» (hechura), como él mismo se calificaba, de Alejandro VI. Era audaz y hábil sólo para actos aislados, para períodos cortos, pues en el fondo amaba demasiado el placer y los largos descansos para saber sostener luchas continuas. Cuando Alejandro VI le veía negarse a recibir a los Embajadores y dormir durante todo el día, musitaba melancólicamente:

«¡Qué sucederá después de nuestra muerte!», y también en esto el Papa Borgia veía con claridad meridiana.

*)uques Gandía guieron mrados quilos.*

De los otros llamados hijos del Papa, el segundo Duque de Gandía, premuerto a Alejandro VI, dejó una familia larga y respetada. El tercer Duque, también de nombre Juan, tuvo como primer hijo al que fué luego San Francisco de Borja. Joffre, el último de la familia, después de haber estado con César en los primeros difíciles momentos, se retiró a sus propiedades de Nápoles. Pudo conservar todo lo adquirido durante el papado de Alejandro VI, pues el Rey Don Fernando le confirmó todos sus derechos. A la muerte de Sancha, su esposa, casó con una Del Milá, una parienta de España. Y más tarde, una nieta suya volvió al seno de la familia española, casando con un Borgia de los Duques de Gandía; y, siendo ella la última de la rama napolitana, llevó al marido los títulos y las propiedades de Italia.

El Papa Borgia había dejado algo resistente y sólido en el campo del nepotismo, que no desapareció con él ni cayó con la fortuna de César.

*reanu- obra de dro VI. a favor Iglesia e toda Italia.*

En el terreno político, después de un eclipse, volvió a su obra. Pasado el momento de demencia en que los propios servidores de la Iglesia favorecieron su ruina, Julio pudo seguir las huellas de Alejandro VI. Los tiranos, nuevamente fueron perseguidos, Venecia fué combatida en el litoral adriático hasta Ravena, y los Bentivoglio, que habían sido salvados en 1502 por la conspiración de la Magione, eran expulsados de sus tierras y de la rica ciudad de Bolonia.

Pero la obra del Papa Borgia a favor de la Iglesia y en bien de Italia, en esta reconquista llevada a cabo por el violento y desordenado De la Rovère, resultó sólo beneficiosa a la Iglesia en un campo muy limitado. Julio II la llevó a cabo sobre la ruina de Italia y en daño del papado como institución universal. La concepción política y la actuación de Alejandro VI habían tenido un propósito más alto y noble que este resultado de añadir a una Roma sin prestigio un territorio débil.

# APENDICE

En el Capítulo X de esta obra he manifestado que no encontramos indicios históricos de las relaciones ilícitas de Rodrigo Borgia con Vannozza Catanei y de su consiguiente prole antes de que aquél fuese electo Papa en 1492. Un diligente escritor del *Times Litterary Supplement*, de Londres, al examinar con gran benevolencia y detenimiento la traducción inglesa de mi libro, publicada por circunstancias especiales antes que esta edición original, me recuerda una Bula de 1 de octubre de 1480, dada por el Papa Sixto IV, en la cual se dispensa de la ilegitimidad a César Borgia, por ser «de episcopo cardinali genitus et conjugata» (1). El recuerdo hubiera sido oportuno si en lugar de haberme referido yo a las Crónicas, cartas privadas, escritos de Embajadores o publicaciones de la época, hubiera aludido a documentos de Archivos, reales o falsos, y no hubiera, por otra parte, insistido sobre las falsificaciones documentales del Renacimiento en el Vaticano y fuera de él.

Mi razonamiento a propósito de estas relaciones ilícitas es muy simple, y es preciso recordarlo: resulta inexplicable que una parte tan escandalosa de la vida de Rodrigo Borgia se conozca públicamente sólo cuando el escándalo ha cesado, o sea cuando, siendo ya Papa, no tiene relaciones con la Vannozza y vive en el Vaticano. Razonamiento que asume mayor valor si se piensa que las irregularidades del mismo género, atribuídas a otros Cardenales, fueron del dominio público.

La Bula de 1480 me es muy conocida, y por ello he declarado en este libro que no doy fe a una parte de la documentación del Duque de Osuna, hoy en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, en donde se encuentra, y en tesis general he alegado los motivos de esta opinión mía.

La Bula de referencia no es la única que se relaciona con la «vexata quaestio» de la paternidad borgiana.

Veamos rápidamente estos documentos de archivo que existen o parecen existir desde antes de 1492.

Sobre la bastardía de César, hay, además de la Bula de 1 de octubre de 1480, otra posterior, de 16 de agosto de 1482, en la cual se introduce fútilmente el propio nombre de Rodrigo Borgia. Para los acusadores del Papa, esta segunda resulta más importante que la primera; pero casi todos se refieren a aquélla y no a ésta.

---

(1) Nacido de un Cardenal-Obispo y una mujer casada.

En relación con el hermano de César, Pedro Luis, primer Duque de Gandía, hay dos Bulas en la documentación Osuna: una copia simple de un documento en el Archivo Vaticano y un testamento originalísimo. Una de las Bulas es del Papa Sixto IV, que legitima y habilita al señor don Pedro Luis de Borja para que pueda obtener bienes seculares. Está fechada en Roma, en 5 de noviembre de 1481. La otra, del mismo Papa, de 4 de febrero de 1483, confirma una donación de Rodrigo Borgia a este hijo suyo y a su otro hijo, Juan. El documento vaticano, posterior a las dos Bulas, se presenta como del tiempo de Inocencio VIII, 1 de septiembre de 1485. Se trata de una autorización papal para que el bastardo Pedro Luis pueda entrar en una Orden religiosa, absolviéndole del nacimiento defectuoso. En el supuesto testamento, el otorgante dispone de sus bienes a favor de Juan, su hermano, y le nombra tutores; deja como legado una suma de diez mil florines a Lucrecia, y declara que el Cardenal Rodrigo Borgia es su padre, a quien autoriza también, en caso necesario, para que sea tutor de sus hermanos; es decir, le autoriza para que sea tutor de sus propios hijos.

Como se ve, el menos conocido de la progenie borgiana recibe los honores de una abundante documentación.

En cuanto a Juan, segundo Duque de Gandía, encontramos un documento de fecha 29 de enero de 1483. Es un acta notarial o pública declaración, en la cual el Cardenal Rodrigo, con todas sus cualidades eclesiásticas, declara que Juan es su hijo natural, le hace una donación y le nombra tutores. La originalidad de este documento se manifiesta por una serie de nombres no habituales, aunque conocidos, en la historia de los Borgia. La Vannozza aparece viuda de Pictoris; encontramos a los Brixia, y surge un Otto de Boria. Este segundo Duque de Gandía no llamó mucho la atención en este terreno, dando pretexto a algunos escritores para afirmar que era hijo de Rodrigo, pero no de la Vannozza, cuando lo único históricamente cierto en toda esta intrincada madeja familiar es que Juan, César, Lucrecia y Joffre (y, a nuestro entender, también Pedro Luis y Jerónima), fueron hijos de Vannozza Catanei y de un mismo padre, por ser hermanos germanos.

Es sintomático y curioso que mientras se consideraron necesarias ciertas autorizaciones papales para que Pedro Luis y César pudiesen recibir herencias, comprar y vender bienes, ser elevados a la nobleza en España, etc., para Juan Borgia no se mantuvo el mismo criterio jurídico, cuando por ironía de la suerte éste adquirió en España más bienes y títulos que los otros, y dejó la descendencia más larga entre todos los miembros del fatídico apellido.

En los pocos años que corrieron entre el nacimiento de Joffre y la entrada en el Vaticano de Alejandro VI, encontramos solamente simples indica-

ciones de Bulas de Inocencio VIII a favor de Joffre, pero no en el Archivo Osuna, sino en los Registros de la Curia romana. Estas indicaciones, sin embargo, han sido insertas en fecha muy posterior, con toda seguridad.

Sobre Lucrecia aparece, con precedencia a la elección de Alejandro VI, un contrato matrimonial escrito en dialecto valenciano, pero—cosa extraña y sospechosa—hecho en Roma, ante el notario Beneimbene, que actúa habitualmente en los asuntos de los Borgia. En este documento se unen Lucrecia, hija *carnal* de Rodrigo Borgia y don Querubín Juan de Centelles. Ninguna Bula de legitimación existe en los Archivos vaticanos, ni fuera de ellos, antes de 1492, en relación con Lucrecia.

Como ve el articulista del *Times Litterary Supplement,* hay muchos datos aparentes que hablan de la paternidad de Rodrigo Borgia sobre la familia célebre antes de que éste fuese Papa, y no me era desconocida la Bula de octubre de 1480, relacionada con César.

«Se le antoja extraordinario al señor Ferrara—escribe el *Times*—que nunca se adjudicara a Rodrigo Borgia la paternidad de esta familia hasta luego de llegado a ser Papa.» Sí, extraordinario, repetimos, que nadie hablase de ella, cuando la simple asistencia de Rodrigo, en sus mocedades, a una fiesta, dió lugar a una fuerte reprimenda del Papa Pío II y a una abundante prosa de los escritores posteriores. Y nos permitimos añadir: Sí; aún más extraordinario se nos antoja este silencio general al existir tantos documentos como los que hemos citado, los cuales, de ser ciertos, y del tiempo en que están fechados, hubieran llegado a ser del dominio público.

¿Qué valor tienen la Bula de 1480 y los documentos mencionados?

Las Bulas no podían considerarse entonces documentos probatorios, *stricto jure,* sino *juris tantum.* Se admitía la prueba en contrario, porque las falsificaciones se hacían al por mayor. Las facultades del Papa eran múltiples y continuas, y se extendían a toda la Cristiandad, y, sin embargo, su autoridad material no llegaba a los territorios sobre los cuales se ejercían estas funciones jurídicas. El delito de falsificación de Bulas se cometía continuamente, y no podía ser perseguido con la debida diligencia. Basta decir que el matrimonio entre Don Fernando y Doña Isabel fué concertado sobre una Bula falsa, y su autor quedó impune. Podemos añadir el caso de Alejandro Farnese, que en su juventud falsificó una Bula por cuestiones familiares, y esto no impidió que llegase a ser Papa, y, para mayor gloria, el Papa que convocó el gran Concilio de Trento.

La Bula de 1 de octubre de 1480, y todas las otras y los documentos a que nos hemos referido, presentan tantos defectos que siembran múltiples dudas de legitimidad en el alma del estudioso; y en la nuestra, la convicción de que, de un modo u otro, ellos no responden a la verdad. ¿Fabricación completa? ¿Interpolaciones? ¿Simples copias infieles? No lo sabemos. Pero

estamos convencidos de que algo irreal hay en el fondo, o creado con fines calumniosos, o para justificar una creencia sincera, o también, pues estamos en el campo hipotético, para ajustar los documentos a una realidad desconocida hasta la elección papal de Alejandro VI. Repito que no conocemos los motivos que inspiraron tanta falsificación concordante, pero no dudamos de que la documentación fué confeccionada con posterioridad a las fechas que contiene.

Para nosotros, la cuestión de la paternidad queda en los términos que dejamos consignados en el final del capítulo X: Si estos hijos nacieron en España, no fueron hijos de Rodrigo Borgia, y tal parece que todos ellos nacieron en España. Pero es una simple hipótesis nuestra. Sin embargo, si Rodrigo Borgia es en realidad el padre de los célebres Borgia, no es en los documentos que hemos citado en donde se encuentra la prueba de ello.

La Bula de 1480 se halla en el Archivo Osuna, pero no se encuentra en los Archivos del Vaticano, en donde debiera estar, por lo menos copiada. Muchos investigadores la han buscado con diligente voluntad en los Registros de la época, y yo mismo he procurado que se me informara debidamente. No aparece. Pero, aunque se encontrara en los días futuros alguna copia o nota que solucionara la cuestión formal, existen en ella elementos intrínsecos tan claramente erróneos que continuarían haciéndola sospechosa. El saludo habitual del Papa al principio de la Bula se dirige al «dilecto filio Cesari de Boria, Scholari Romano». César, si estaba en Roma en 1480, se llamaba Borgia, y si vivía en España, como es casi seguro, por la documentación toda, no frecuentaba las escuelas de Roma. Pero, sobre todo, se evidencia el *animus injuriandi* de este documento, y destruye, por tanto, su valor histórico, en virtud del hecho de revelar *apertis verbis* que el padre del niño bastardo es un Cardenal-Obispo, o sea un Cardenal que tenía también cura de almas, no siendo necesario a los efectos jurídicos del acto tan específica calificación, pues bastaba, en cambio, la generalización habitual de «un hombre soltero con una mujer casada». Si esta forma anónima era usada comúnmente, ¿por qué tratándose de un Cardenal-Obispo se debía buscar otra distinta, reveladora de un escándalo que, por añadidura, continuaba subsistiendo, pues alrededor de esta fecha apareció, según se afirma, otro de los hijos, la famosa Lucrecia? Ni tampoco puede decirse que la revelación del cargo que ocupaba el padre natural podía ser útil a los derechos de la herencia, porque el nombre de Rodrigo Borgia no se menciona en la Bula, y sólo se dice «Episcopo Cardinalis Genitus» (1).

Cada uno de estos documentos se halla en las mismas condiciones o en otras peores. En muchos casos, mientras se repite inútilmente diferentes veces el lazo sacrilego, se conceden derechos innecesarios o que no están dentro

(1) Nacido de un Cardenal-Obispo.

de las facultades del Papa conceder, como los de heredar Ducados y otros cargos nobiliarios en España; y en otros, aparecen dadas prebendas que, por pruebas indiscutibles, se sabe que no fueron concedidas en la fecha de la Bula. Ejemplo de este último tipo lo encontramos en una que llama a César Protonotario del Vaticano, en un período en que no tuvo tal calidad ni la podía tener.

Por último, lo que más invalida esta abundante documentación es el hecho constante de que las Bulas que se hallan en perfectas reglas formales, o la contradicen, o no hacen mención de la dispensa del impedimento de la bastardía que, de haber sido dada, debía ser mencionaa brevemente en todas las Bulas posteriores. ¿Cómo es posible que una Bula califique a César de Notario habiendo otra precedente que le ha elevado a Protonotario? ¿Cómo es posible que a poca distancia una Bula dé a César una edad y la siguiente se la aumente o disminuya? ¿Cómo se puede concebir que Pedro Luis pida al Papa, en Roma, la dispensa de la bastardía para entrar en una Orden religiosa, estando peleando en contra de los moros y en vísperas de ser Duque de Gandía? ¿Cómo puede concebirse que en el Vaticano se equivoquen, creyendo que ciertas prebendas o beneficios que se hallan vacantes en Valencia se encuentren en Játiva? ¿Cómo es posible que se haga por dos veces una dispensa de los inconvenientes de la bastardía, cuando no se requería más que una sola dispensa, y, en cambio, se deja incumplido el requisito más sencillo, de la mención, que la ley exigía? ¿Cómo podían quedar en el Vaticano, o fuera de él, por un lado, documentos que tratan de la bastardía de César, y por otro, la resolución del Consistorio de los Cardenales que le admitió en su seno, considerándole legítimo después de un informe de un grupo de purpurados cuya honorabilidad nunca ha sido puesta en tela de juicio? ¿Cómo Pedro Luis, que ha recibido la más amplia de las Bulas, que resulta no una dispensa, sino una verdadera y propia legitimación, deba luego obtener una nueva dispensa para entrar en una Orden religiosa? Estas y otras preguntas del mismo género no pueden tener fácil contestación.

La consecuencia lógica del choque entre la verdad real y estos documentos, puede deducirla todo crítico, o todo lector, si es que no se halla influído por la convicción apriorística de que estos Borgia fueron los que la leyenda nos ha transmitido desde la cuna hasta la tumba.

Es muy cierto que escritores honorables han creído en la legitimidad de algunos de estos documentos; pero errores de este género los encontramos a menudo en los casos en que el estudioso no tiene una absoluta libertad mental, influído por criterios generalmente aceptados. Cuando esto sucede, al historiador le invade la misma prevención psicológica que tenemos todos al visitar un manicomio o una prisión en donde se nos antojan anormales los rasgos fisonómicos o las formas somáticas de todos sus ocupantes. Con la

agravante de que cuanto más técnicos seamos, más firmemente mantenemos nuestras apreciaciones.

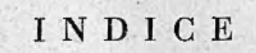
No ocultamos, sin embargo, que el gran número de documentos falsificados sobre estas relaciones de familia nos impresiona, y dudamos que sus autores hayan sido simples *dilettànti* o enemigos directos de los Borgia. No sabemos a ciencia cierta el porque de tanta falsificación. Sobre ello podemos solamente formular hipótesis, pero no llegar a una conclusión definitiva. Podemos atribuir labor tan compleja a algunos clérigos de la época posterior, que se pusieron de acuerdo para armonizar la obra de vilipendio público ya creada con los documentos de los Archivos. Pero entonces, ¿por qué dejaron sin alterar las muchas Bulas que contradicen a las falsificadas? Podemos, con mayor viso de verdad, atribuir el hecho a una tácita concurrencia de voluntades, en cuya virtud todo aquel que encontraba a su paso una Bula o documento que se relacionara con los Borgia lo adaptaba a la opinión que era entonces corriente.

El que ha visto en acción a los copistas de documentos antiguos, conoce la manía que les invade de poner las cosas en orden, siguiendo la línea de los conocimientos modernos, enmendando los originales que tienen delante, Y si se trata de copistas eruditos y de errores aparentemente garrafales en la documentación, se hace indispensable ejercer la mayor autoridad para que los textos queden inalterados. Si esto sucede en nuestros días, ¿qué no sucedería en estos Mil quinientos y Mil seiscientos, de los cuales difícilmente nos han llegado copias uniformes de un mismo documento que haya sido objeto de debate?

Pero, a pesar de nuestra íntima convicción, no podemos crear hechos que no conocemos, y nos vemos obligados a repetir que nosotros no sabemos cómo se falsificaron estas Bulas y los otros documentos indicados, de la misma manera que ignoramos cuáles intereses estuvieron en juego al hacer una obra tan compleja y difícil.

El historiador debe cumplir su labor con un espíritu de sincera humanidad, y en este caso debe confesar que él puede destruir las afirmaciones no corroboradas por los hechos coetáneos, pero no puede reconstruir todo el proceso histórico y los elementos críticos del mismo.

En conclusión, debemos insistir en nuestra afirmación: que resulta extraordinario que la paternidad de la familia célebre se atribuyera a Rodrigo Borgia por escritores y por libelistas, o en cartas de amigos, o correspondencias de literatos, sólo después de su ascensión al Papado; y más extraordinario aún que estos documentos de Cancillería relacionados con Pedro Luis, Juan, César, Lucrecia y Joffre, desconocidos hasta 1492, presenten todos ellos vicios tales que no permitan formarse, al que busca la verdad, una convicción honrada sobre estos hechos tan discutidos.



# INDICE



# INDICE